QUITO

Jorge Salvador Lara

COLECCIONES
MAPFRE

1492

Los Incas del Cuzco quisieron incorporar a sus dominios la ciudad de Quito y su comarca, porque allí moraba el Astro Dios, padre de la dinastía. Ya el hombre paleolítico americano había dejado numerosos vestigios en la ciudad. Sus características geográficas la convierten en única: es andina, ecuatorial, amazónica y del Pacífico. La noticia de sus riquezas atrajo a Pizarro y sus hombres. Quito fue el último centro del poder incaico y sobre sus ruinas se asentó la ciudad castellana en 1534. Desde ese momento, se convirtió en centro de la fusión entre las razas india y española en lo étnico, lo cultural y lo agrícola. Desde Quito partieron las expediciones que descubrieron el Amazonas y Felipe II la proclamó capital de una de las Audiencias. Se construyen templos y conventos y se convierte en la capital del barroco americano. En el proceso de la independencia fue incorporada a la Gran Colombia y no recobró su antigua jerarquía hasta 1830, cuando fue designada capital de la República del Ecuador. El autor nos ofrece la historia de esta hermosa y antigua ciudad.

Jorge Salvador Lara (Quito, 1926). Historiador y Diplomático. De la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Director de la Academia Nacional de Historia. Obras: *Semblanza apasionada de Isabel la Católica* (1957), *Apuntes para la historia de las ciencias en el Ecuador* (1978-80), *Historia del Ecuador* (1980-82, director).

Colección Ciudades de Iberoamérica

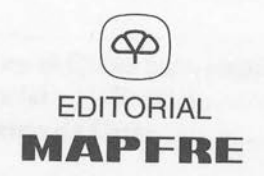
QUITO

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-437-2 (rústica)
ISBN: 84-7100-438-0 (cartoné)
Depósito legal: M. 26314-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n. Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

JORGE SALVADOR LARA

QUITO



Director coordinador: [illegible]
Director de Colección: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: [illegible] (rústica)
ISBN: [illegible] (cartoné)
Depósito legal: M. [illegible]-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo, Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Pinto (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

APÉNDICES

INTRODUCCIÓN

¿Qué tiene la ciudad de Quito que cautiva a cuantos la visitan, logra mantener fresco su recuerdo, vuelve a atraerles como un imán, despierta la inspiración de poetas y compositores, hace florecer apasionadas páginas de elogio en castizos prosistas, enciende la paleta de los pintores e ilumina las pupilas de los fotógrafos? Gentes de todas las épocas le han declarado su amor con palabras que suenan como madrigales. En nuestros mismos tiempos, visitada por líderes provenientes de diversos lugares de la tierra motivados por variadas concepciones de pensamiento y vida, las alabanzas de Quito unimisman a unos y otros.

El rey Juan Carlos de España y el presidente Felipe González, o los presidentes Sarney, de Brasil, y Salinas de Gortari, de México, sin olvidar al comandante Castro de Cuba ni a Sukarno de Indonesia, los príncipes Bernardo de Holanda y Felipe de Edimburgo, o el presidente Mitterrand, de Francia, hasta culminar en el propio papa Juan Pablo II, todos han coincidido en confesar su fascinación por esta urbe singular, la luminosidad de su cielo, el circuito de sus altas montañas, la magia de sus empinadas calles, sus templos monumentales y fulgurantes, la amabilidad de sus gentes, su buena disposición para el trabajo laborioso, su estoicismo ante la adversidad y la pobreza, su gallarda rebeldía en circunstancias especiales, su altivez de siempre, orgullosa de sus raíces aborígenes e hispánicas.

Todavía no llegaban los españoles a Quito en las épicas y dramáticas jornadas del descubrimiento y la conquista, y ya su nombre comenzaba a resonar cuando salían a luz en las prensas de Sevilla las primeras crónicas que mencionaban el legendario encuentro entre Pizarro y Atahualpa. Y al aumentar el conocimiento sobre el Tawantinsuyu —Impe-

rio de los Cuatro Puntos Cardinales—, se supo que los poderosos incas del Cuzco habían anhelado incorporar a sus dominios de Hijos del Sol la ciudad de Quito y su comarca, porque era allí donde tenía su morada a plenitud el Astro Dios, padre de aquella omnipotente y hasta entonces invencible dinastía. Los mitos primigenios vinculaban la fundación de Quito con el diluvio universal al comienzo de las edades. Su nombre y su fama se remontan, por tanto, a inmemoriales tiempos.

Variadas pero trascendentes son las causas que parecen determinar esta singular significación de Quito en el conjunto de las ciudades iberoamericanas. Refirámonos, en primer lugar, a las características que, desde el punto de vista geográfico, la vuelven sin paralelo en el mundo. Encaramada en los altos Andes sudamericanos, sería un contrasentido decir que es la única ciudad *andina*. Tampoco podemos afirmar que Quito sea la única ciudad *ecuatorial* asentada sobre la línea misma del ecuador terrestre, o en sus inmediaciones: basta con ver un planisferio, o mejor una esfera terrestre, para identificar numerosas poblaciones en tal situación. Cuatro naciones comparten el litoral sudamericano sobre el océano Pacífico, por lo que no se puede decir que Quito es la única capital de este lado de la cuenca *pacífica*. Y ya que mencionamos el mayor de los océanos, recordemos que en su contorno está ubicado el terrible «Círculo de Fuego» constituido por los más activos volcanes de la Tierra: el Ecuador está entre los que comparten estoicamente ese amenazador riesgo, pero no es el único. En fin, si miramos al interior de Sudamérica y observamos en un mapamundi el más nutrido de los sistemas hidrográficos de nuestro planeta, reconoceremos prontamente el Amazonas como el mayor de los ríos, con los numerosos afluentes que le llegan de norte y sur: el Ecuador forma parte de la cuenca *amazónica*, y los deshielos orientales de los grandes nevados que argentan Quito, su capital, van a alimentar las aguas de aquel auténtico Río-Mar, pero nadie podría aseverar que es la única ciudad que por tal circunstancia se caracteriza. Reunamos, empero, estas diversas condiciones y encontraremos, no sin expectación, que Quito es, efectivamente, la única ciudad que aúna, simultáneamente, las características de andina, ecuatorial, amazónica y pacífica, integrante por añadidura, terrible experiencia, de la espeluznante cadena volcánica que circunda la mayor masa de agua del planeta.

¿Cuándo llegó el hombre al continente americano? La denominación de Nuevo Mundo, con que lo bautizó la vieja Europa, quizá no se-

ría del todo exacta, pues los avances de la investigación científica han ido haciendo retroceder la antigüedad del hombre en América. Llegado del Asia por el estrecho de Bering, el poblador primigenio avanzó rápidamente de norte a sur en su trashumancia, hasta alcanzar en el extremo austral la Tierra del Fuego.

Quito y su comarca parecen ser uno de los eslabones fundamentales de aquel periplo genesíaco, a juzgar por los numerosos vestigios aquí dejados por el hombre paleolítico americano, que luego de milenios logró hacer de esta zona ecuatorial de los Altos Andes uno de los centros de las antiguas y avanzadas culturas aborígenes.

Los incas ambicionaron Quito por estimarla «ciudad sagrada», dada su condición ecuatorial. Y cuando los españoles, luego del osado golpe de mano en Cajamarca, descubrieron que Atahualpa, el «Señor Universal» de la ecúmene incaica, era quiteño y que en su ciudad había, según decires, una recámara de oro mayor que la del preciado rescate que Pizarro obtuviera, Quito se convirtió en punto de atracción también para las codiciosas miras de aquellos intrépidos aventureros blancos.

La siembra de ciudades empezó como al voleo. Santo Domingo, México, Panamá fueron los grandes puntos irradiantes de la exploración española que pronto cubriría casi toda la América, desde las praderas norteamericanas hasta el estrecho de Magallanes. Pero las ciudades de América del Sur resultaron las de más tardía fundación. Si observamos el calendario estelar de las fundaciones sudamericanas, quizá llame a muchos la atención saber que la más antigua de las ciudades que hoy son capitales, fundadas por España en la América Meridional, es la de Ecuador. Compruébese, en efecto, la lista: Quito, 6 de diciembre de 1534; Lima, 6 de enero de 1535; Buenos Aires, 2 de enero de 1536; Asunción, 15 de agosto de 1537; Bogotá, 6 de agosto de 1538; Santiago, 12 de febrero de 1541; La Paz, 15 de octubre de 1548; Caracas, 25 de julio de 1567, y Montevideo, 1 de enero de 1750. Inclusive Río de Janeiro, fundación portuguesa, se remonta solamente a 1565.

Antiguo núcleo de población indígena, Quito fue desde el arribo de los españoles uno de los principales centros de la fusión entre las razas india y española, tanto desde el punto de vista étnico como del cultural y agrícola. Por cuanto Quito había sido el último centro del poder incaico y sobre sus ruinas se asentó la ciudad castellana en 1534, esa misma importancia como urbe indígena (con el Cuzco fue una de las dos cabeceras del Ingañán, la célebre calzada incaica que tanto admiró

a los conquistadores al extremo de compararla con los caminos del antiguo Imperio Romano) y su ubicación geográfica singular y privilegiada permiten comprender que se haya convertido, de inmediato, bajo los españoles, en nuevo foco, esta vez en la América del Sur, para renovadas empresas de expansión descubridora, fundacional y misionera. Y nada de extraño hay entonces en el hecho de que en la comarca quiteña hayan oído los hispanos, por primera vez, la noticia de «El Dorado» que se expandió como reguero de pólvora y dio lugar al renacimiento de la vieja utopía del Vellocino de Oro.

Entre esas expediciones expañolas de descubrimiento que partieron desde Quito ocupa lugar de trascendencia innegable en la historia el viaje descubridor del río Amazonas, en el que se hicieron famosos los nombres de Francisco de Orellana, intrépido capitán de la aventura, y Gaspar de Carvajal, el fraile que relató la hazaña, tuertos los dos de uno de sus ojos a causa de los dardos aborígenes.

Al desarrollarse San Francisco de Quito, pronto proclamada por Felipe II como capital de una de las Audiencias de su vasto imperio, se va cubriendo paulatinamente de espléndidos templos y conventos, cuyo clímax de construcción se da en el siglo XVII, monumentos que le han merecido la celebridad de que hasta ahora se aureola y le han asignado el cognomento de capital del barroco americano, por los alardes de extraordinaria magnificencia que tal estilo alcanza allí. Proliferan, entonces, artes y artesanías y también se vuelve Quito sede de una de las más famosas escuelas de pintura y escultura en Iberoamérica. No pocos museos del mundo se precian de poseer óleos y estatuas de la «Escuela Quiteña». Esa vocación artística se mantiene, pues Quito continúa como uno de los núcleos más interesantes del cultivo de las artes en Iberoamérica y sigue dando nombres ilustres y obras valiosísimas a la historia y la iconografía de la plástica contemporánea.

Surgió con renovados bríos la fama de la vieja ciudad andina por las investigaciones realizadas en ella y su comarca por sabios europeos como el francés La Condamine y el prusiano Humboldt, la publicación de cuyos trabajos dio lugar a que se hablara del «segundo descubrimiento de América».

En el proceso de la independencia hispanoamericana, tan dramático como antes la conquista y sin duda respuesta a ella, también correspondió papel protagónico a Quito, foco insurgente del primer movimiento claramente autonomista de las antiguas colonias españolas. El

estallido ocurrió el 10 de agosto de 1809 y fue el comienzo de una verdadera reacción en cadena, cuya consecuencia final fue la descolonización de América.

Como una de las paradojas de la historia, la capital sudamericana que proclamó, la primera, el postulado de la libertad política, fue una de las últimas en obtenerla definitivamente. Fue necesaria la convergencia de cuerpos de ejército de las dos grandes huestes libertadoras, de Bolívar y San Martín, para lograr, tras la cruenta batalla del Pichincha, comandada por el genio del joven general Antonio José de Sucre, la emancipación definitiva del antiguo Reino de Quito. En Guayaquil, su puerto principal, se celebraría poco después la famosa conferencia entre los dos libertadores que determinó la forma republicana de gobierno para las circunscripciones territoriales recién nacidas a la libertad. Merece especial recuerdo la épica batalla que selló la liberación de Quito porque es, tal vez, la única en la historia que se ha librado en las laderas de un volcán, el Pichincha, célebre por sus erupciones y que aún hoy da muestras eventuales de su peligrosa actividad.

Incorporada a la Gran Colombia, el colosal Estado creación de Bolívar, la ciudad de Quito —con parte de su ancestral jurisdicción— fue despersonalizada con el simple cognomento de «Distrito del Sur», pero en 1830 recobró su antigua jerarquía y fue designada Capital de la República del Ecuador. Ella sirvió de escenario a un episodio de profunda significación espiritualista cuando el Ecuador fue la primera nación consagrada por la Iglesia y el Estado al Corazón de Jesús, en gesto que imitarían otras naciones y culminaría con similar consagración del mundo entero por el papa León XIII en los albores del presente siglo XX.

Ardua, por lo múltiple, pero no difícil, sería la recopilación de cuantos elogios le han prodigado magistrados, escritores y turistas extranjeros que han llegado a Quito y han quedado prendados de ella. Su renombre, por eso, no ha hecho sino crecer. Algún día sugerí una antología poética sobre la capital del Ecuador, ilustrada con reproducciones de los grandes artistas que han consagrado óleos, acuarelas y plumillas a las bellezas de esta afamada ciudad andina, y un colegio hizo el plausible intento, pero apenas si alcanzó a cortar algunas vistosas flores del magnífico jardín lírico con que se engalana Quito, renovado de año en año, al igual que las muestras pictóricas, y ya no sólo

de sus hijos o connacionales sino de numerosos artistas extranjeros que llegan atraídos por la nombradía de la urbe.

Muchas son las ciudades afamadas del planeta, ya por la alcurnia de sus gestas en la historia y la cultura, ya por la belleza de su paisaje y edificios. Mencionarlas sería laborioso y comprometido y habría siempre el riesgo de imperdonables omisiones. Y, sin embargo, Quito fue la primera ciudad del continente americano y, junto con Cracovia, la primera del mundo en merecer, por parte de la UNESCO, el honroso reconocimiento de constituir «Patrimonio de la Humanidad» por la rica gama de sus atributos, dignos de ser preservados para beneficio de las generaciones presentes y futuras del universo entero.

Capítulo I

LA HOYA DE QUITO
EN LOS ALTOS ANDES ECUATORIALES

Características físicas y naturales

Ubicación geográfica

La hoya de Quito se halla ubicada en el norte de la Región Interandina del Ecuador, noroeste de la América del Sur, entre los 77° 55' 45" y 78° 40' 20" de longitud occidental de Greenwich y los 0° 12' de latitud norte y 0° 40' latitud sur.

Quito y su comarca están, pues, en plena región ecuatorial. La línea equinoccial lo atraviesa, en efecto, y en varios lugares han sido levantados recordatorios alusivos, el más importante en San Antonio de Pichincha, a pocos minutos de Quito. El Cayambe, inmensa mole de hielo, es hito con que la propia naturaleza ha querido señalar uno de los puntos por donde pasa el ecuador terrestre.

Relieve

Todos los observadores de la naturaleza ecuatorial han ponderado la vigorosa estructura de las dos cordilleras andinas que caracterizan el colosal sistema montañoso de la República del Ecuador. Las dos cadenas paralelas unidas de trecho en trecho por ramales secundarios transversales, llamados nudos, semejan una gigantesca escalera. El panorama es una «avenida de volcanes», según denominación de Humboldt.

La parte de los Andes atravesada por la línea ecuatorial es segmento de esa escalera cósmica y una de las secciones más hermosas de

aquella espléndida avenida. Unidas entre sí la cordillera Occidental y Oriental o Real por los nudos de Mojanda-Cajas, al norte, y de Tiopullo, al sur, forman gigantesco y amurallado rectángulo, solamente abierto en la esquina noroeste por la formidable ruptura del río Guayllabamba por donde, a través de abrupto encañonado, van a desembocar en el Pacífico todas las aguas de la provincia.

Este rectangular anfiteatro andino conforma la llamada hoya de Quito, y constituye la parte andina de la provincia de Pichincha, cuya capital lo es también del Ecuador.

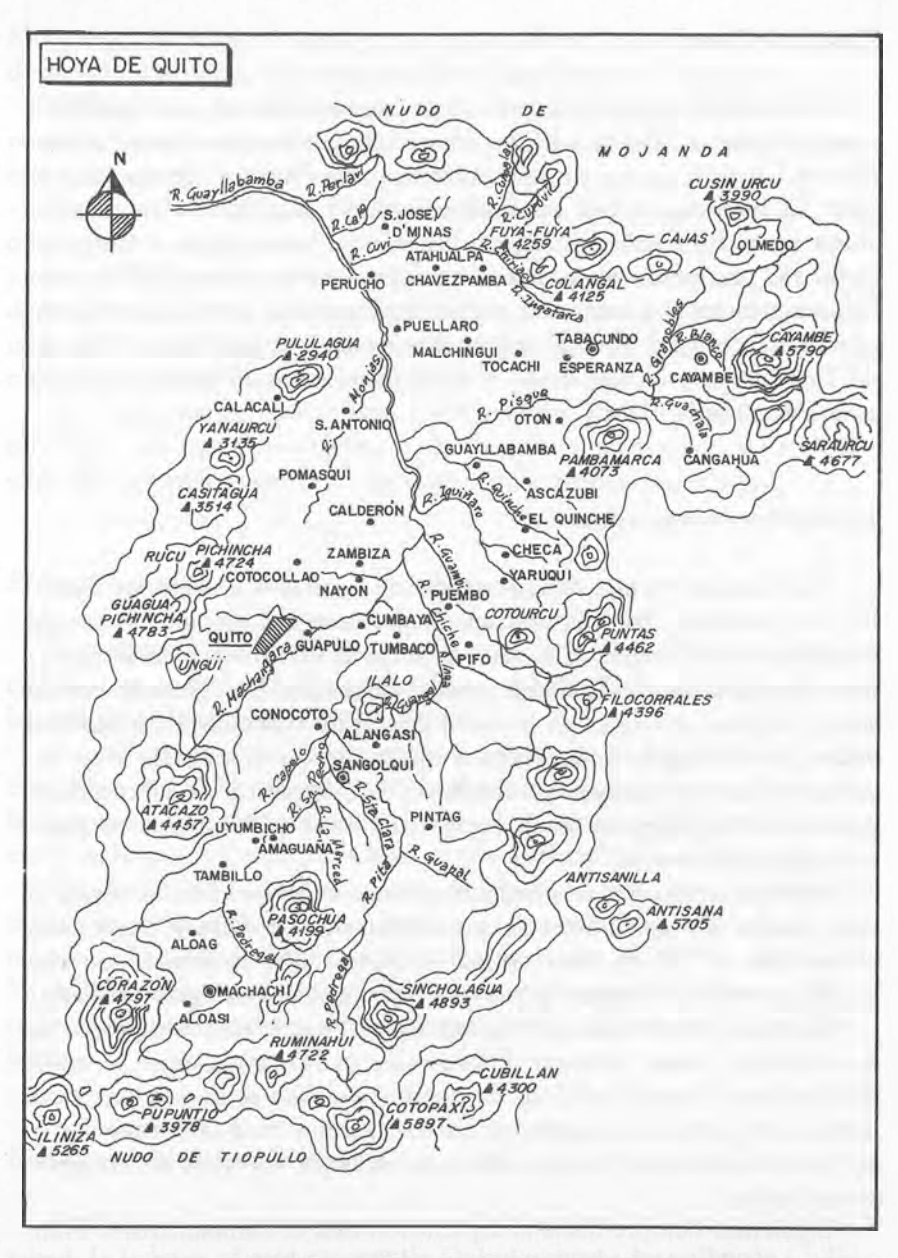
La cordillera Occidental

En la esquina noroeste de la hoya logró el río Guayllabamba romper la cordillera. Allí las alturas son menores y el hondo cañón por donde corre presenta un muñón, el Itagua (2.944 m), comienzo de los cerros de Tanlagua. Hacia el sur continúa la cordillera con el Pululagua (3.350 m). Del centro de su cráter insurge el Pondoña (2.940 m).

Lentamente sube la cordillera Occidental: en el Yanaúrco tiene ya 3.315 metros y en el Casitagua, 3.514 metros. Luego sus alturas trepan el macizo del Pichincha, verdadero sistema de montañas, la más alta de cuyas cumbres es el Guagua Pichincha (4.737 m), no visible desde Quito, al oeste del Rucu Pichincha (4.698 m). Su cráter no es directamente peligroso para la capital del Ecuador, acunada al pie del volcán en un repecho oriental de sus faldas. Otras cumbres menores del imponente macizo son El Padre Encantado (4.570 m), el Cúnturhuachana y el Ungüi. El Yavirac o Panecillo es cúpula de hinchazón volcánica satélite.

Más al sur se levanta el Atacatzo (4.457 m), cuyo cráter se abre hacia el oeste, al igual que el del Corazón, que aparece a veces con blanca pincelada en las sienes. Pequeña estribación suya, hacia el sureste, es el cerro La Viudita (3.788 m). Otra estribación, esta vez hacia el suroeste, es el Ninahuilca.

La cordillera prosigue con el Corazón (4.786 m) y culmina con los hermosos Illinizas, nevados perpetuos: su picacho norte tiene 5.130 metros, el del sur, columna suroeste de la hoya, alcanza 5.125 metros.



La hoya de Quito. Fuente: Francisco Terán, *Geografía e Hidrografía de la Hoya del Guayllabamba,* México, 1962.

El nudo de Tiopullo

Es la cadena transversal que une las dos cordilleras, entre los Illinizas y el Cotopaxi. Desde aquéllos, desciende por los páramos de Romerillos y Chasqui, punto de fácil tránsito entre Quito y Latacunga-Ambato. El nudo se yergue en Pupuntío (3.798 m), alcanza su máxima altura en el Rumiñahui (4.722 m) y continúa hasta llegar al Cotopaxi (5.897 m), gigantesco y espectacular volcán nevado, la más alta boca de fuego activa en el mundo. Su colosal figura cónica se distingue desde casi toda la hoya de Quito, cuya columna sureste constituye. El nudo de Tiopullo se prolonga desde el Rumiñahui hacia el norte y culmina en el Pasuchoa (4.199 m).

La cordillera oriental o Real

En el ángulo sureste de la hoya, donde confluyen el nudo de Tiopullo y la cordillera Oriental, descuella majestuoso el Cotopaxi. Su colosal y perfecto cono nevado, al que sin alcanzar su estatura sólo el Fujiyama tiene parecido, es visible desde grandes distancias. En contraste con su serena belleza ha tenido un historial bravío de erupciones. Su material volcánico ha llegado hasta grandes distancias. Su nombradía atrae ascensionistas, exploradores y científicos. Los lomeríos de la cordillera continúan hasta llegar al Sincholagua, cumbre de 4.896 metros, no siempre cubierta de nieves.

Siguen los páramos en dirección norte, con leve inclinación hacia el este, aunque un ramal, fuera del eje normal de la cordillera, trepa hasta el Antisana (5.756 m), otra colosal y espectacular montaña, con dos grandes cumbres cubiertas de nieves eternas unidas por ligera ensillada.

Los páramos de Guamaní siguen hacia el norte, en el eje propio de la cordillera, hasta alcanzar Filocorrales (4.447 m). Luego tenemos Allcuquiru o Puntas (4.462 m). El nombre quichua es descriptivo, pues estas aristas parecen «dientes de perro», aunque más poéticamente se las ha calificado como «negros picos que semejan los tubos de un gigantesco órgano».

Siguiendo siempre hacia el septentrión está el Pambamarca o Francésurcu (4.093 m), desde donde la cordillera Oriental se dirige al este, luego hacia el norte y vuelve a su eje para continuar con el nudo de

Mojanda-Cajas hacia el oeste y con la cordillera Real, al norte. En este desvío alcanza dos grandes eminencias, el Saraúrco y el Cayambe.

El Saraúrco (4.667 m) no es visible desde la hoya de Quito por su posición fuera del eje de la cordillera Real. El nivel del hielo perpetuo está más bajo que en los demás montes (4.200 m).

Termina la cordillera Oriental o Real, en la hoya de Quito, con otra cumbre espectacular, el Cayambeurco, más conocido como Cayambe (5.790 m), en la intersección de la línea equinoccial con el meridiano 78° de latitud occidental de Greenwich, hito geodésico natural, una de las más hermosas montañas nevadas de los Andes Ecuatoriales, columna noreste de la hoya de Quito.

El Pambamarca, el Saraúrco y el Cayambe limitan una de las más orientales mesetas interandinas, la de Cangahua, proyección al este del valle de Cayambe y comienzo del sistema hidrográfico del Pisque.

El nudo de Mojanda Cajas

Los páramos de Pesillo unen el Cayambe y la cordillera de Angochagua con el nudo de Mojanda Cajas, cadena transversal que enlaza la cordillera Oriental con la Occidental.

Su primera cumbre, hacia el lado noreste de la hoya de Quito, es el Cusínurco (3.990 m), poco visible desde el sur, que se continúa con la depresión de Cajas, utilizada desde tiempo inmemorial para el paso entre las hoyas de Quito y el Chota, al pie del Michínurco (3.883 m).

Desde Cajas se trepa al macizo de Mojanda, que da su nombre al nudo. Se caracteriza por tres lagunas y tres picachos. Éstos son Yanaúrco (4.264 m), Culangal (4.100 m) y Fuyafuya (4.259 m). Aquéllas, Yanacocha («Laguna Negra»), Huarmicocha («Laguna hembra») y Caricocha («Laguna macho»), ésta la mayor, en el antiguo cráter del Mojanda.

Elevaciones del interior de la hoya

El Ilaló es un cerro aislado, de 3.169 metros. Se levanta hacia la mitad de la hoya, al este-sur-este de Quito, y separa los valles de Chillo y Cumbayá. A sus faldas brotan numerosas fuentes termales, señal de

su vulcanismo. Su cumbre es mirador natural, en un día despejado, de la treintena de altas cumbres que enmarcan la hoya de Quito.

Del macizo fundamental de la cordillera Oriental se desprenden hacia la parte interna de la hoya algunas elevaciones de más de 3.500 metros de altura, tales como el Cotoúrco, al este de Puembo; El Tablón, al este, y el Nuñurco y El Inga, al este-sur-este de Alangasí, y el Achupallas, al sureste de Píntag.

Estribaciones de la cordillera Oriental, a la que corre paralela, y borde del repecho donde se asienta Quito, es la loma de Puengasí, antiguamente llamada sierra de Cara, cuyas cumbres, de 3.000 a 3.150 metros, corren de sur a norte, desde Uyumbicho hasta Guápulo, y separan el valle de Los Chillos de la terraza de Turubamba-Chillogallo.

El relieve mismo de la ciudad de Quito, terraza al pie del volcan Pichincha. Colinas características de Quito

La meseta de Quito es alta grada de los Andes escalonada entre las cumbres del Pichincha, a cuyas faldas se encuentra, y el tajo paralelo del río San Pedro-Guayllabamba. Entre ambos accidentes, a manera de contrafuerte de sustentación, en la misma dirección de la cordillera y del cauce del río, corre de sur a norte un ramal secundario formado por las lomas de Puengasí-Monjas-Itchimbía-Guangüiltagua-Catequilla, roto solamente por el abra del río Machángara y por las quebradas tributarias del Batán chico y Molinohuayco.

El Pichincha domina majestuoso esta alta terraza. Vista desde la distancia, la montaña aparece como una gran masa de empinados taludes naturales, sobre la que se destaca, en el centro, a manera de triangular tabernáculo, un escarpado risco de afiladas aristas y aguzado vértice. En realidad son varias las cumbres que conforman el Pichincha, pero el gran basamento es uno solo. Se trata de un verdadero sistema de montañas tan imponente que ha servido para denominar a la provincia donde se alza la capital del Ecuador, aunque quizá el Cayambe, el Antisana, el Illiniza y el propio Cotopaxi ostentan más motivos para ello.

Destácanse sobre el inmenso pedestal dos grandes cimas: el Rucu Pichincha y el Guagua Pichincha, ambos sobre los 4.500 metros, pero desde Quito se ven también el Cúnturhuachana (4.273 m), el Ungüi (3.584 m) y Cruz Loma (3.974 m). En un repecho oriental de la mon-

taña, terraza estrecha y alargada, de tres a cinco kilómetros de ancho por más de 40 entre sus puntos extremos (al sur, cuesta de Santa Rosa, al pie del Atacatzo, que la comunica con el valle de Machachi, y al norte, San Antonio de Pichincha, junto al Pululagua, en plena línea equinoccial, 0° 0' 0", levántase la ciudad de Quito, en cuya mitad urbana yérguese el Yavirac, pequeño cerro en forma de cúpula, al que los españoles llamaron Panecillo. Éste, como Cruz Loma y el Ungüi, es otro volcán parásito del Pichincha que no llegó a explotar. El Cúnturguachana es el borde noroccidental de una inmensa caldera volcánica, derruida en su lado este y erosionada luego por los glaciares. El Rucu Pichincha es también conjunto de farallones abruptos, residuo del antiguo cráter volcánico. Sólo el Guagua Pichincha conserva casi íntegra su caldera todavía con solfataras y eventuales bramidos, para recordar que, aunque durmiente, es volcán activo. Entre el Ungüi y Cruz Loma se encuentra la depresión de Huayrapungo, o «Puerta de los Vientos».

La gran mole del Pichincha, vista desde su lado oriental, es consustancial al paisaje de Quito y contribuye a la belleza mágica de la capital del Ecuador, también empinada en los Andes (2.860 m), por lo que desde aquí se pueden divisar, a diario, y particularmente en las mañanas despejadas, otras 15 montañas, de las 30 que hay en las cordilleras que rodean la hoya.

El Pichincha es parte esencial en la vida y memoria de los habitantes de Quito y su provincia. Desde los mitos genésicos, que se pierden en la alborada de la prehistoria, hasta nuestros días, cuando en una de sus cumbres (Cruz Loma) se levantan poderosas antenas para la telecomunicación, el gran volcán ha sido, en cierto modo, sujeto, y no sólo pasivo, de la historia.

El altiplano de Quito se encuentra dividido en dos grandes segmentos por el Yavirac o Panecillo; al sur se extiende la planicie de Turubamba-Guajaló-Chillogallo, y al norte, el cuenco de Quito y la planicie de Iñaquito-Cotocollao, que luego desciende al valle de Pomasqui-San Antonio de Pichincha, cruzado por la línea ecuatorial. Hacia el este, en el abra del Machángara, está la hoyada de Guápulo, en el sitio donde este río, que bordea por ese lado la ciudad de Quito, rompe los lomeríos de Ilumbisí-Guangüiltagua, y los peldaños de Nayón, Zámbiza, Carapungo y Chingüiltina, a cuyos pies corre el Guayllabamba. De estos dos grandes segmentos, el uno es más alto, frío y húmedo, Cotocollao, y

el otro, más bajo, cálido y seco, ya en pleno sector equinoccial, San Antonio de Pichincha.

El Yavirac se eleva aproximadamente 200 metros sobre el pequeño valle, cuenca u hoyada de Quito, al que limita por el sur; al norte le linda la loma de San Juan o Huanacauri; al este, el Itchimbía, y al oeste, el Pichincha, desde el cual bajan a desembocar en el río Machángara numerosas quebradas de drenaje natural, hoy en buena parte canalizadas y recubiertas con relleno por la acción municipal. En esta hoyada se desarrolló la urbe indoespañola, en un reducido espacio que apenas alcanzaba menos de 1,5 kilómetros en cuadro y que sólo a comienzos del presente siglo comenzó a expandirse.

La llanura de La Magdalena-El Pintado-Turubamba-Guajaló-Chillogallo fue en remotos tiempos un lago pleistocénico alimentado por los glaciares que bajaban del Pichincha y que encontró en el río Machángara su natural drenaje; por eso recibió el nombre de Turubamba, o «llanura de lodo», con que le bautizaron los quichuas, aludiendo al cenagal en que se había convertido y que, disecado al fin, fue, por su feracidad, asiento del «ejido sur» y productivas haciendas —«el granero de Quito»—, parceladas y urbanizadas en los últimos decenios por la expansión fulminante de la ciudad.

Igual cosa ha ocurrido con la planicie de Iñaquito, que se prolonga hasta Cotocollao, asiento no de una sino de dos lagunas pleistocénicas. Disecadas primero por drenaje natural y luego por la acción del hombre, originaron extensos campos dedicados, en el «ejido norte» de la urbe, a la agricultura y la ganadería, con espléndidos pastizales, para luego ceder el terreno al incontenible avance del Quito moderno, con sus avenidas y ciudadelas, inclusive el aeropuerto.

De Cotocollao se desciende al valle de Pomasqui, ya al pie del Casitagua, que se continúa con las pampadas equinocciales de San Antonio de Pichincha, cercanas al Pululagua, bordeadas al oriente por el cerro Catequilla, y regadas por el pequeño río Monjas, que desciende al Guayllabamba, ya encañonado, y próximo a emigrar de la hoya de Quito. El cuenco de Guápulo es otro peldaño al este de Quito por el que se desciende al valle de Tumbaco. Allí se asienta la antigua población de ese nombre.

Nayón y Zámbiza son otros peldaños, más bajos que Quito, pero todavía empinados en relación con el cauce del río Guayllabamba, separados entre sí por la quebrada de Zámbiza y acurrucados en sendos mi-

núsculos valles, al pie del Guangüiltagua, en sus laderas orientales. Carapungo (hoy conocido como Calderón) es una extensa llanura de clima cálido y seco, grada de descenso con respecto a Quito, a cuyo lado noreste se encuentra, que luego se abate hacia el hondo cauce del Guayllabamba, y está separada del valle de Pomasqui-San Antonio de Pichincha por los cerros de Catequilla. Entre Zámbiza y Calderón se asienta Llano Chico y, al noroeste de Calderón, Chingüiltina, hoy llamada Marianita de Jesús.

Las altitudes de Quito varían algo de un lugar a otro en la misma ciudad, dada su abigarrada topografía: 2.828 metros en el observatorio astronómico; 2.811 metros en la plaza de la Independencia; 2.818 metros en el aeropuerto. Pero hacia el sur, Chimbacalle está a 2.834; La Magdalena, a 2.821, y Chillogallo, a 2.814. Y los habitantes de San Juan, Itchimbía y Panecillo viven a 2.900, y en las laderas del Pichincha a 3.000 metros.

Clima. Pisos altitudinales: la «ciudad de la eterna primavera»

La hoya de Quito se encuentra ubicada en pleno centro de la zona tórrida y, sin embargo, su clima corresponde, por lo general, al de las zonas templadas, como ocurre con casi todas las hoyas del callejón interandino ecuatoriano. Ello se debe al hecho de encontrarse rodeada por altas montañas, muchas de ellas nevados perpetuos que refrigeran el clima, particularmente el Cayambe, el Antisana y el Cotopaxi.

Ya Humboldt observó que la América tropical andina presentaba en su clima y recursos naturales una especie de paralelismo con lo que ocurría en el planeta desde el ecuador hasta los polos: las partes bajas presentan clima y recursos propiamente tropicales; las partes intermedias, los correspondientes a las zonas templadas; y las altas cumbres andinas, las gélidas realidades de los polos. Parece advertirse, en el Ecuador, que a partir del nivel del mar, con una temperatura media de 26° C, por cada 200 metros de elevación decrece en un grado la temperatura ambiental media, de manera que en el Callejón Interandino, a los 2.400 metros la temperatura media es 14° C; a los 2.600, 13° C; a los 2.800, 12° C, y 11° C, a los 3.000, hasta llegar apenas a 1° C a los

5.000 metros y comenzar desde allí a disminuir la temperatura media por debajo de los 0° C.

Por encontrarse la hoya de Quito bordeada por las dos cordilleras de los Andes y sus nudos transversales, es posible pasar en brevísimo tiempo del clima helado de los polos a los calores extremos del trópico.

La temperatura media predominante es de 13° C, la «eterna primavera», de que suelen hablar propios y extraños, sobre todo al comparar el clima de Quito con el de Guayaquil, extremadamente caluroso. La oscilación entre la máxima y la mínima temperatura va de los 11,5° C a los 16,9° C.

No obstante esta relativa regularidad del clima quiteño, en un mismo día es comprobable la diferencia brusca del sol a la sombra, que origina catarros y resfríos, y sobre todo del día con la noche. A veces las temperaturas no ofrecen la periodicidad usual y todos comentan los bruscos cambios. Ponderan, por ejemplo, la pluviosidad de Quito, afirmando que en la capital del Ecuador «llueve trece meses al año». J. B. Aguirre, jesuita guayaquileño del siglo XVIII, demostró su gracejo por este singular modo de llover, al decir en una espinela que en Quito

... aun sabe mentir el cielo,
pues vestido de azul velo
nos promete mil bonanzas,
y muy luego, sin tardanzas,
junta unas nubes rateras,
y nos moja muy de veras
el buen cielo con sus chanzas.

Suele afirmarse que, como en toda la Región Interandina, en Quito solamente hay dos estaciones, «invierno» y «verano». En realidad debería hablarse de estaciones «seca» y «lluviosa», pero así como es difícil señalar algún día de Quito en que no haya aparecido el sol, tampoco se podría negar que siempre caen siquiera algunas gotas de lluvia. Ésta arrecia, a veces, en forma de torrenciales aguaceros, que originan terribles aluviones al reunirse caudalosamente, en los desaguaderos naturales del Pichincha, las aguas que de él bajan. También es usual en Quito, dada la longitud de su meseta, que llueva por sectores, contrastando el sol de unos con el diluvio de otros, y a veces inclusive produciéndose en forma simultánea en un mismo lugar sol y lluvia: «¡el diablo y la bruja se están casando!», suele decir entonces la sabiduría popular.



Quito y sus contornos. Fragmento del mapa del Ecuador, editado por el Instituto Geográfico Militar, Quito, 1974.

Son frecuentes, en los períodos de lluvia, cortos días de sequía, que por coincidir con determinadas fiestas religiosas han recibido calificativos especiales, por ejemplo, el «veranillo de las almas», en torno al 2 de noviembre, Día de Difuntos, o el «veranillo del niño», en torno al 25 de diciembre, Navidad. Por el contrario, el 4 de octubre, día de san Francisco, patrono de la ciudad, época por lo general lluviosa, aunque siempre brilla el sol, es inevitable la caída de torrencial aguacero al comenzar la tarde, no pocas veces acompañado de granizo, fenómeno denominado «el cordonazo de san Francisco» y que muy raramente ha dejado de producirse. Y en los primeros días de diciembre, los quiteños que celebran las fiestas de la fundación castellana de la ciudad, especialmente los aficionados a los toros, piden a san Pedro, administrador de las «llaves» del cielo —en Quito los grifos de agua suelen llamarse también «llaves»—, que contribuya a la celebración de la Feria taurina «cerrando» por esos días los grifos... ¡y el santo parece acceder y brilla el sol que es un contento!

La «heliofanía» de Quito es de las más acentuadas entre todas las ciudades del Ecuador y sin duda la mayor entre las capitales de América. Por término medio brilla el sol en Quito 2.055 horas al año. Estas cifras de alta luminosidad suelen ser mayores en la cercana planicie de San Antonio de Pichincha, por donde cruza la línea equinoccial, caracterizada por sequía casi constante, con pluviosidad anual de apenas 350 milímetros al año.

Hidrografía

El río Guayllabamba, eje hidrográfico de la hoya de Quito, es el más importante caudal de aguas de la provincia de Pichincha. Ya en la región litoral se une con el río Blanco, que poco antes ha recibido el Toachi, y forman el Esmeraldas, cuyas aguas desembocan en el océano Pacífico. Profundicemos en su estudio.

El río Guayllabamba

Desde las esquinas meridionales de la provincia, en donde nace, avanza recogiendo las aguas interiores de la hoya hasta volcarlas en un

cauce único, que poco a poco se estrecha en un gran cañón. Las aguas así recogidas rompen impetuosas la cordillera Occidental, en la esquina noroeste de la hoya, y por allí se precipitan hacia la costa para desembocar en el Esmeraldas y proseguir al Pacífico. Como todos los ríos de la sierra, el Guayllabamba es un torrente impetuoso que corre profundamente por un lecho de piedras volcánicas rodadas. Tres son sus afluentes principales dentro de la hoya de Quito: el San Pedro, el Pita y el Pisque, aunque en su marcha recibe también otros tributarios menos caudalosos.

El río Pita

Nace con el nombre de Pedregal en la esquina suroriental de la hoya, de los deshielos del Cotopaxi, y recoge las aguas que bajan del Sincholagua y el Rumiñahui; al pie del Pasuchoa, en la parte sur del valle de los Chillos, recibe el Pita, que viene desde el Rumiñahui, y el Pasochoa, cuyo nombre adopta, y poco después, el Guapal (en algún trecho subterráneo), que recoge aguas de la cordillera Oriental. Atraviesa todo el valle de los Chillos y casi al pie del Ilaló se une con el San Pedro.

El río San Pedro

Nace en la esquina suroeste de la hoya y en su marcha, al atravesar el valle de Machachi, recoge las aguas que bajan de la cordillera Occidental (del Illüniza, Corazón, La Viudita y Atacatzo) y de la parte norte y central del nudo de Tiopullo (Chaupi, Rumiñahui), así como del Pasuchoa. Ya en el valle de los Chillos, donde era conocido como Amaguaña, recibe, cerca de Sangolquí y por el este, pequeños tributarios que bajan de aquellas montañas, los ríos La Merced, San Nicolás, Cachaco y Santa Clara; y por el oeste, poco antes de Conocoto, el río Capelo, pero su principal afluente, al que recibe poco después, es el Pita.

Pasa entonces el San Pedro, ya caudaloso, al valle de Cumbayá-Tumbaco, donde recibe, por el oeste, el aporte del río Machángara, que le trae aguas desde el Atacatzo y el Pichincha; y por el este, la contribución del Chiche, alimentado a su vez por El Inga, con lo que acepta en-

víos de la cordillera Oriental (Filocorrales, Guamaní) y del Ilaló. Luego, entran los ríos Guambi, Iguiñaro y Quinche, también originarios de la cordillera Real (Puntas y Pambamarca), sólo entonces se le une el Pisque.

El cañón del Guayllabamba

Es el gran estrechamiento del cauce del río, que ha venido profundizando su alvéolo en medio de ásperos y erosionados lomeríos, a veces como tallados a cordel por la piqueta de las aguas. El cañón es notable desde la confluencia del San Pedro con el Chiche y el Guambi, pero a partir del Iguiñaro es ya un importante tajo, más impresionante conforme se aproxima a la ruptura que provoca en la esquina noroeste de la hoya, por donde se precipita hacia la costa. Durante este trayecto el Guayllabamba recibe el *Monjas,* por el oeste, y los ríos Alchipichí, Cuví, Cala y Perlaví.

El Guayllabamba desciende, en medio de roquedales, precipicios y peñascos, desde las alturas de la región interandina, a las planicies de la costa. Las aguas bajan con gran violencia, sin permitir represas ni regadío.

El sitio más bajo de la hoya de Quito se encuentra en la esquina noroeste, precisamente en la salida del Guayllabamba por entre las últimas estribaciones del Pululagua, a un lado, y del Mojanda, al otro. En ese punto, al oeste de Perucho, el río ha descendido a 1.600 metros. Para dar una idea del violento curso del turbulento Cuayllabamba, sépase que en menos de 150 kilómetros ha bajado desde una altura de 3.190 metros, en el puente de Jambelí, al sur de Machachi, a 1.800 metros en el puente por donde atraviesa sobre él la carretera Panamericana Norte, y a 1.500 metros en la confluencia del río Cuví.

Lagunas

Aunque rica en montañas y ríos caudalosos, la hoya de Quito es pobre en lagunas. Las tiene, pero son pequeñas. Comparte con la hoya de Ibarra las tres lagunas del Mojanda: Yanacocha, Huarmicocha y Caricocha. Las de Sucúa, Olambiro y Taviro se encuentran en el páramo de

Puntas; en las alturas de Oyacachi, las de Badurríes, El Encantado, Canoacocha y Chuspicocha; 10 kilómetros al este de Cayambe, la de San Marcos, quizá la más conocida. En las faldas del Antisana están Micacocha y Muertepungo. La mayor parte de estas lagunas se encuentra en la cordillera Oriental. Al otro lado de ésta, ya en la provincia de Napo, tenemos las de Papallacta y Volcáncocha, situadas en el páramo de Guamaní.

Geología

¿Cómo fraguó la naturaleza el paisaje de Quito? Hace muchos cientos de miles de años la sierra andina, forjada desde el paleozoico pero fundamentalmente en la era terciaria, siéntese de nuevo estremecida, escenario de otra fabulosa actividad geológica. El dorso de los Andes sufre, de repente, poderosas rupturas por las que sacan sus riscos nuestros más altos volcanes, inconformes de sólo medir, entonces, hasta 3.000 metros de altura. El largo período de las glaciaciones pleistocénicas se caracteriza en el Ecuador por un descenso del nivel de las nieves perpetuas. Son cuatro glaciaciones, separadas unas de otras por largos períodos interglaciares y seguidas todas por el post-glacial, antecedente inmediato de la época en que vivimos.

Del segundo período glaciar son algunos nudos interandinos del norte del Ecuador, como los de Mojanda y Tiopullo, y volcanes como el Rucu Pichincha, entonces abundantemente encanecidos por la nieve. Renace, con violencia, el vulcanismo, las corrientes de hielo se superponen, primero, y les suceden, luego, corrientes ígneas de material volcánico, que abren nuevo paréntesis a las glaciaciones. Además de lava compacta, los volcanes arrojan enormes cantidades de material suelto: bombas, arenas y cenizas, gruesa piedra pómez, cangahua y chocoto.

Una formidable corriente de lava, arrojada por el Rucu Pichincha, avanzó incontenible al norte del valle de Quito, precipitándose sobre Guápulo, por lo que la ciencia llama a este segundo período glaciar «Glaciación de Guápulo». En él, las nieves debieron de cubrir la región donde hoy se alza Quito, cuyo paisaje, aún en formación, debió de ser, por tanto, más semejante al que ahora presentan las regiones polares que al actual panorama ecuatorial.

Este despertarse de las furias interiores, dormidas desde la era terciaria, marca el comienzo del segundo interglaciar. Nuevos volcanes unen sus voces roncas a los antiguos: por ejemplo el Ilaló, que se estrena en este período, mientras el cráter oriental del Chimborazo hace, a lo lejos, su *reprise*.

En el Pichincha, al norte de Quito, podemos ver una profunda cañada, la «Quebrada del Cóndor», residuo de una antigua caldera volcánica: desde la cima, conocida con el nombre de Cúnturguachana, que significa «el lugar donde nacen los cóndores», o más simplemente «la cuna del cóndor», se desgajó un glaciar, acentuando aún más las poderosas estrías dejadas en la roca viva por anteriores erupciones, tal como se puede ahora observar a simple vista, y luego de romper la pared oriental del cráter avanzó por la quebrada hasta Rumipamba, que debe su nombre («llanura de piedras») a las apiñadas morrenas del glaciar.

El retroceso de los ventisqueros de la tercera glaciación es lento. El Pichincha revienta una vez más, en esta ocasión hacia el oeste, con un nuevo cráter: el Guagua Pichincha. En la meseta de Quito empieza, de pronto, a hincharse la tierra: es otro volcán que surge, en forma de cúpula, un pequeño parásito cónico del Pichincha, que no llega a estallar: el Yavirac. Se acentúa la ruptura del cauce del Machángara, que comenzó en el período anterior.

Las dislocaciones geológicas del tercer interglaciar permiten que los valles interandinos comiencen a drenarse. La temperatura sube hasta el extremo de permitir la vida vegetal y animal. Alangasí, al pie del Ilaló, es lugar preferido por mastodontes y milodontes.

La cuarta glaciación no fue tan fuerte como las anteriores, pero ayudó también a configurar el panorama de Quito, por lo que lleva su nombre. El vulcanismo fue débil prolongación del tercer interglaciar: sin embargo, el Guagua Pichincha crece todavía más en este período y logra empinarse sobre el Rucu.

En Quito, en la meseta al pie del Pichincha, desde el Ejido hasta Cotocollao se forma una depresión en la que se estanca una laguna de origen tectónico. Allí desemboca, por la misma Quebrada del Cóndor, un débil ventisquero. En el fondo de la laguna se acumula en sedimentación la cangahua lacustre. En las faldas orientales del volcán se endurecen masas de nieve que, sin originar morrenas, se deslizan formando pequeñas cuencas de neviza. El gran lago de Iñaquito comienza a desaguarse al fin de la cuarta glaciación, en su etapa fluvial, por la quebrada

de Molinourco, en el Batán Chico, hacia el Machángara, cayendo sobre la depresión de Guápulo. En Turubamba, donde se había formado otro lago, comienza también la evasión de las aguas, asimismo hacia el Machángara.

Al declinar la glaciación de Quito —en cuyas postrimerías aparece el hombre en la región andino-ecuatorial—, comienza el período postglacial, caracterizado en especial por el drenaje lacustre. Aumenta también la evaporación solar y, como consecuencia, se produce un nuevo y breve período de intensas precipitaciones pluviales. El Guagua Pichincha sigue erupcionando de vez en cuando. Los hielos glaciares retroceden. La topografía toma poco a poco su configuración actual. La temperatura que en Quito debió de ser de 0° C en la segunda glaciación, sube a 6° C en la tercera y a 9,5 en la cuarta. Actualmente, durante el período interglaciar que vivimos, la temperatura media en Quito es de 13° C más o menos.

Recursos naturales

La gran variedad de la naturaleza de la hoya de Quito, sus contrastes inclusive relacionados con su ubicación ecuatorial, la enorme concentración de montañas nevadas en su mayor parte volcánicas, la pluviosidad del clima y el brillo insistente del sol, dieron a esta región justa fama. Aparte de la feracidad de la tierra, en ocasiones desolada por las erupciones pero prontamente enriquecida por los mismos nutrientes que dichos fenómenos depositan, el acopio continuo de especies vegetales útiles que se añadían a la flora nativa y la benignidad del clima que hacía apta la tierra para la vida y reproducción de las especies animales son factores que han permitido a esta zona presentar un potencial enorme de recursos naturales, tanto minerales cuanto vegetales y animales, de los que el hombre ha ido beneficiándose. Parte de esa riqueza ha sido la gran variedad de suelos.

No han sido de los menores los recursos hídricos, que le han servido para desarrollar fuentes de energía hidráulica y tomas de agua para el consumo de la creciente población asentada en Quito y su hoya. Y tampoco ha sido desestimable la abundancia de aguas minerales y termales, precisamente por ser ésta una zona de alta concentración de bocas de fuego a través de los tiempos.

La gran belleza del paisaje de toda la hoya y en particular del área quiteña

Quizá el mayor de sus recursos naturales sea la gran belleza del paisaje, donde todo confluye a conformar un entorno armónico y único, comenzando por el cielo ecuatorial, altamente constelado de brillantes estrellas, con frecuencia despejado durante la noche, que permite la observación a simple vista de la multitud de astros característicos del centro mismo de la zona tórrida, donde constelaciones que desde Europa aparecen como meridionales, casi en la línea del horizonte, en Quito se alzan esplendentes sobre el cenit, por ejemplo Orión. No es raro contemplar simultáneamente las Siete Cabrillas en el norte y la Cruz del Sur en el austro. Luego la radiante serie de altas montañas visibles desde Quito, perpetuamente nevadas, como el Cayambe, el Antisana y el Cotopaxi, este último en forma de cono perfecto, aparte de que, en determinadas épocas tanto del «invierno», como del «verano», coincidiendo con las etapas más frías boreales o australes, muchas de las montañas de la hoya usualmente no cubiertas de nieves amanecen con sus cúspides empenachadas de blanco sudario.

El verdor predominante (salvo en las relativamente reducidas áreas secas, como San Antonio de Pichincha), en contraste con el cielo azulino, el fulgor del sol y el rutilante brillo de las coposas nubes, así como el perfil de las cumbres, dan al paisaje ecuatorial de Quito un encanto sin paralelo que constituye uno de los factores principales de su atracción para el turista, que no se cansa de admirar las bellezas y contrastes de esta tierra. Indudablemente, el desarrollo de la industria turística parece ser una de las perspectivas de mayor futuro para la capital del Ecuador.

Condicionantes físicos introducidos por el hombre

El hombre, actor esencial de la historia, mantiene un toma y daca con la naturaleza que le alberga. Su fuerza creadora ha transformado la naturaleza para su mayor bienestar, pero a veces también la ha hecho víctima de destrucción y depredación. En la larga marcha de la civilización, el hombre ha cometido frecuentes errores, así como ha reali-

zado obras formidables de progreso y técnica. Mencionemos algunos condicionantes que el poblador del Ecuador ha ido introduciendo en el escenario geográfico donde le ha tocado vivir.

Cambios climáticos

En sus comienzos, totalmente sujeto a las incidencias del clima, el hombre se benefició de éstas para la agricultura, ampliando las áreas de cultivo, pero a veces erró al no mantener especies utilizables pero de difícil reposición. Los bosques han sido la principal víctima. La tarea de deforestación es uno de los principales problemas del mundo actual. Lo que ocurre en las áreas de la gran hoya amazónica, que ya preocupa a escala mundial, es de los peores peligros que amenazan a la humanidad. El Ecuador no ha sido ajeno a este proceso incesante de tala de árboles sin la debida reposición. En la hoya de Quito, apenas si en algunos lugares quedan relictos de los antiguos bosques vernáculos. La deforestación ha incidido poderosamente en el cambio del régimen de lluvias y temperaturas. Y la erosión continúa avanzando, particularmente en ciertas zonas proclives por sus mismas condiciones naturales a la desertización, como las de San Antonio de Pichincha.

Procesos acuíferos: desecación y aluviones

En Quito es hecho histórico comprobable el drenaje de las lagunas pleistocénicas que había al norte y sur de la ciudad. Hoy son un recuerdo. En otras provincias del Ecuador se vislumbra el mismo fenómeno en lagunas cuyo nivel va descendiendo por un proceso de desecación paulatina. En contraste con ello, el régimen de lluvias y los conductos acuíferos del Pichincha originaron a través de milenios una serie de quebradas que bajan desde las alturas, cruzan la meseta de Quito y van a desembocar en el Machángara. El crecimiento de la ciudad y los sistemas de alcantarillado, canalización y rellenos, han alterado el proceso normal de desagüe, y los vertederos naturales, interrumpidos en su desfogue, o sin suficiente cauce para el drenaje, han dado lugar a que, con frecuencia anual, aunque no siempre en los mismos lugares —en una tan amplia zona de laderas del sistema del Pi-

chincha que abarca decenas de kilómetros—, se produzcan terribles avenidas de agua, piedras, lodo y ramas, que causan trastornos y daños a veces cuantiosos, inclusive cobro de vidas humanas.

La flora y la fauna

Obviamente, a lo largo de los siglos, la flora nativa ha sufrido variaciones notables, de una parte, por los procesos de lenta extinción de las especies vernáculas, salvo aquellas que por ser necesidad alimentaria o terapéutica han sido mantenidas mediante cultivos mayores o menores; de otra parte, por la introducción y aclimatación de especies foráneas que el hombre trajo en sus migraciones. A veces los resultados fueron convenientes y originaron nueva riqueza; otras, las experiencias resultaron fallidas e inclusive inconvenientes. Todos los grupos humanos que llegaron a estas tierras trajeron sus propias plantas y sus animales domésticos. Fue sobre todo la migración europea, a raíz del descubrimiento y la conquista, la que mayor número de especies implantó con resultados excelentes, tanto en flora como en fauna. Hoy podemos señalar que en el Ecuador y en la propia hoya de Quito se producen todos los frutos de la tierra, particularmente los europeos. Y las flores han comenzado a ser rico objeto de exportación.

Entre las especies maderables, si por una parte ha habido el problema de la deforestación de árboles nativos, hay que señalar, por otra, los magníficos resultados obtenidos con la introducción del eucalipto en 1865, cuyas plantaciones llegaron a tener poderosa significación económica —hasta nuestros días— e inclusive contribuyeron a modificar el paisaje de las serranías ecuatorianas con grandes bosques de esta especie proveniente de Australia, aunque acusada como desecadora de acuíferos.

La investigación científica ha señalado la presencia en todo el Ecuador, pero en especial en algunas regiones, entre ellas la hoya de Quito, de una rica megafauna pleistocénica, objeto de cacería por el paleoindio hasta hacerla desaparecer. Éste parece ser el destino de muchas de las especies nativas, en parte por la destrucción de su hábitat natural ante los avances de la agricultura intensiva y la misma urbanización, en parte por la persecución, cacería y comercio de que muchas de esas especies son objeto. Toda una legislación proteccionista se ha ido po-

niendo en marcha, pero los resultados no parecen suficientes. En nuestros mismos días, el cóndor andino, ave símbolo nacional por presidir con sus alas desplegadas el escudo ecuatoriano, se encuentra en vías de extinción, y áreas como la del Antisana, en donde se hallaba todavía en apreciable número, han visto lamentablemente reducidos a índices preocupantes los ejemplares sobrevivientes de esta avifauna. Y así se puede decir de otras especies.

Otros recursos naturales

Sin embargo, los recursos naturales que felizmente ofrece la naturaleza ecuatoriana son todavía ricos y abundantes y es de esperar que el esfuerzo creador del hombre los mantenga, acreciente y haga fructificar. Son numerosas las fuentes de regadío, y el empeño estatal las va sistematizando a través de canales en número cada vez mayor, aunque no con la celeridad que sería necesaria. El problema de alimentar de suficiente caudal de agua potable la ciudad de Quito, cuya población aumenta sin cesar, es una de las preocupaciones permanentes de las autoridades nacionales y municipales. Los ríos han dado lugar también a la utilización de la fuerza hidráulica, con no pocos problemas, aunque la instalación del Sistema Nacional Interconectado que utiliza la energía producida en diversas fuentes hidroeléctricas del Ecuador, rico en este potencial, ha solucionado en buena parte lo que para las grandes urbes ecuatorianas significaba la provisión aislada de electricidad. La utilización de minerales es fuente de riqueza varia en la hoya de Quito, con multitud de canteras, minas y hasta placeres de metales preciosos, pero no es ésta, a pesar de su configuración orográfica, su principal riqueza. La creciente construcción de modernas vías de comunicación parece rubricar el criterio sobre las perspectivas del turismo como fuente de riqueza natural para todo el Ecuador y en especial para su capital.

Ámbito territorial urbano y rural

Zonas de dependencia

La expansión de la ciudad desde su núcleo inicial al pie del Rucu Pichincha ha saturado la amplia meseta que va desde Chillogallo hasta

Cotocollao. Zonas que antes fueron tierras de pan sembrar, al norte y sur de los ejidos de la primitiva ciudad castellana, son ahora parte misma de la urbe, que las ha cruzado de calles, avenidas y plazas y constelado de edificios, en sucesión continua.

Este crecimiento incesante ha dado origen a dos fenómenos de expansión: el uno, vertical, con tendencia, sobre todo por parte de la población informal, a trepar las alturas del circuito de colinas y montañas, con la formación de barrios de enorme pobreza, verdaderos tugurios sin servicios suficientes, de anárquico desarrollo; y otro de expansión horizontal de la urbe a los alrededores inmediatos, ya no solamente en dirección norte, sobrepasando Cotocollao hacia Pomasqui, y sur, más allá de Chillogallo, sobrepasando Guajaló, sino hacia el este, a los valles aledaños que han comenzado a convertirse, con urbanizaciones modernas y generalmente planificadas, en verdaderas ciudades satélites, tanto en el valle de Cumbayá-Tumbaco, como en el de Los Chillos, sobrepasando la barrera natural del río Machángara.

Los valles circunvecinos

La empinada terraza del Pichincha donde se levanta Quito, como si quisiera la naturaleza compensar la poderosa muralla occidental que constituyen los riscos del poderoso volcán, se continúa en efecto hacia el noreste, este, sureste y sur, con una serie de valles.

El valle de Cumbayá-Tumbaco, que se encuentra al noreste de Quito, comprende el valle propiamente tal con una altitud media de 2.300 metros y la altiplanicie de Puembo-Pifo-Yaruquí-El Quinche, con una altitud de 2.600 metros, que va ascendiendo lentamente desde la margen izquierda del río San Pedro-Guayllabamba hacia la cordillera Real. El valle de Los Chillos es amplia, feraz y privilegiada hondonada al oriente de Quito, del que le separan las lomas de Puengasí.

El valle de Machachi, al sur de la meseta de Quito, desde el estrechamiento producido entre las faldas del Atacatzo y las del Pasuchoa, comprende toda la subregión de la hoya de Quito limitada por la cordillera Occidental, el nudo de Tiopullo, del Illiniza al Rumiñahui, y el ramal que de éste se desprende hacia el norte, hasta el Pasuchoa.

El valle de Cayambe se encuentra situado al noreste de la hoya de Quito y al norte de la altiplanicie de Puembo-Pifo-Yaruquí-El Quinche.

Comprende el valle propiamente dicho, la hoyada de Cangahua y el plano inclinado de Tabacundo-Malchinguí, que sube desde el tajo del Pisque hasta el nudo de Mojanda.

Los valles subtropicales de Puéllaro y Perucho se encuentran en la margen derecha del cañón del Guayllabamba, independientes entre sí pero igualmente caracterizados por constituir oasis de verdor en medio de la aridez de los taludes del cauce del río.

La subregión de San José de Minas es una depresión entre el nudo de Mojanda, las estribaciones del Cotacachi y el cañón del Guayllabamba, en la parte noroeste de la hoya. La riega el río Cuví. En ella se asientan los pueblos de San José de Minas (2.480 m), Chávezpamba (2.217 m) y Atahualpa (2.248 m). Es apta para el cultivo de caña de azúcar, y en los páramos del nudo de Mojanda hay todavía buenos bosques de maderas finas.

Las subregiones anteandina y trasandina de la hoya de Quito

Del gran macizo de la cordillera Occidental se desprenden, para descender a la costa, varias estribaciones, por cuyas laderas y anfractuosidades se recogen las aguas que forman las numerosas cabeceras de los ríos que van a engrosar los sistemas fluviales del Esmeraldas y el Guayas. Algunas estribaciones son aledañas a la hoya de Quito por lo que han venido a constituir zona de expansión poblacional, tales como las montañas de Nanegal, entre los ríos Nanegal y Guayllabamba; Mindo, entre el Nanegal y el Blanco; Saloya y Tandapi, ya sobre la planicie de Santo Domingo de los Colorados y, más al sur, la cordillera de Chugchilán, que nace en el Quilotoa, provincia del Cotopaxi, montañas a cuyo pie corre el río Toachi, y los cerros del Ila, que separan los sistemas fluviales del Baba-Palenque y el Toachi.

El progreso de las últimas décadas y la apertura de vías de comunicación han desarrollado la porción litoral o anteandina de la provincia de Pichincha, emporio de trabajo y riqueza agropecuaria, reserva para el futuro por las extensas zonas vírgenes de bosque tropical que aún posee.

Podríamos decir que esta inmensa región está subdividida en subregiones, tantas cuantos valles fluviales tiene: Nanegal, Mindo, Saloya, Pilatón, Toachi, Baba, Peripa, Quinindé, Blanco. La más desarrollada

de éstas es la del sector de Santo Domingo de los Colorados, donde en pocas décadas ha surgido una de las grandes ciudades ecuatorianas del litoral cisandino. Está formada por un plano inclinado que va desde los 800 hasta los 250 metros, abundantemente regado, pues allí se encuentran aguas que pertenecen tanto al sistema fluvial del Esmeraldas como al Guayas. Su temperatura media es 21,8° C, que sube hasta 30° C y baja hasta 14° C, con una humedad relativa de 91%. Zona sumamente pluviosa, en ella hay precipitaciones frecuentes, entre 188 y 269 días al año. Cubierta de una sola masa vegetativa forestal siempre verde, es demostrativa de lo que los geobotánicos llaman «el bosque tropical siempre húmedo». La actividad humana contemporánea ha ido sustituyendo esos bosques por extensas plantaciones de banano, palma africana y abacá, fuentes de gran riqueza nacional.

Hacia el oriente, un gran paso que atraviesa los Andes por los páramos de Guamaní conduce, por Papallacta, a la extensa y feraz región amazónica del Ecuador, donde en las últimas décadas ha surgido la exploración y explotación de los hidrocarburos, otra gran base de riqueza, aunque perecedera, pero también de degradación intensiva de las condiciones ambientales, deforestación y acorralamiento para el hombre aborigen que allí ha subsistido inmemorialmente con sus propias modalidades culturales.

Capítulo II

LAS FUNDACIONES DE QUITO

EL PASADO PREHISPÁNICO

El hombre temprano (¿50000?-13000-2000 a. C.)

La ciencia actual reconoce el poblamiento humano de América por oleadas de clanes que habrían atravesado en distintas épocas el estrecho de Bering. No hay criterio uniforme en cuanto a la antigüedad misma, aunque todos parecen aceptar que, hipotéticamente, el cruce del cazador nómada siberiano por el estrecho beringio sólo pudo ser posible en tres oportunidades: hace aproximadamente 70.000 años, hace 30.000, o al terminarse el pleistoceno, hace 10.000 o 12.000 años. También parecen admitir su desplazamiento paulatino por todo el continente americano y que, para los comienzos del holoceno, ya el hombre dolicocéfalo, nómada, cazador y recolector, habría llegado inclusive a la Tierra del Fuego.

El clan de nómadas primigenios debió de arribar a Quito ya bien avanzada la cuarta glaciación o por lo menos en sus postrimerías. No sabemos cómo venció los accidentes naturales que le impedían el paso. Pero el hombre, en sus observaciones y como resultado de su largo viaje, había descubierto el alto sol ecuatorial más directo y cálido y ya no dejó de aprovecharlo. Ignoramos cómo vadeó el cañón del Guayllabamba pero sabemos que arribó desde el norte hasta el sistema orográfico del Pichincha, donde estableció sus paraderos. Uno de ellos fue Lloa; otros estaban en las bajas laderas orientales del volcán, desde Cotocollao hasta Chillogallo: al pie, los lagos de Iñaquito y Turubamba presentaban el espejo de sus aguas. El frío era riguroso por la proximi-

dad de las nieves perpetuas, que comenzaban a los 4.000 metros, o sea, 500 o 600 metros más abajo que las actuales, y por el gran glaciar de la quebrada del Cóndor. Los deshielos habían abierto cañadas profundas en la meseta de Quito, de la que emergía, pelado y redondo, el Panecillo. Con grande alborozo debió de descubrir el hombre primitivo las fuentes termales que circundan el Ilaló y comenzar a frecuentarlas, no sólo porque abrigaban el ambiente sino también porque atraían a los animales, en particular Alangasí, donde Spillman y Uhle hallaron los restos de un mastodonte cuyo cráneo presentaba huellas de heridas curadas de punta de lanza: investigaciones recientes sitúan la época de plenitud de la megafauna de Alangasí hace 38.000 a 40.000 años, pero, a semejanza de otros lugares de América, hay indicios de que los mastodontes supervivieron hasta los 5.000 a. C. en la mencionada zona. En 1931 el mismo Spillman, en excavaciones hechas en las faldas sur del Ilaló, encuentra un cráneo dolicocéfalo paleoindio. En 1945, Jijón describe una herramienta lítica primitiva hallada en Amaguaña, a orillas del río San Pedro. En 1949, Sauer se refiere a puntas de flecha de obsidiana halladas en Puengasí. De 1948 a 1952, Hoffstetter recolecta obsidianas talladas en la zona de Alangasí, Ilaló. En 1960, tres empeños científicos diferentes ponen de relieve la trascendencia de la industria lítica de obsidiana en el remoto pasado de la región ecuatorial de los altos Andes: W. J. Mayer Oakes y R. E. Bell, de la Universidad de Oklahoma, descubren y excavan en El Inga un taller de herramientas de obsidiana; M. A. Carlucci, de la Universidad Central, estudia todas las muestras halladas y por analogía con otras del continente llama su atención sobre su antigüedad, y C. M. Larrea describe tallas en madera encontradas en Ilumbisí, frente al Ilaló, con una antigüedad C-14 de 13.000 años, ± 3.000. La antigüedad de las herramientas de El Inga es determinada por el C-14 en torno a los 7.080 a. C.

Reinterpretando según todos estos datos una punta hallada por Whymper, O. Holm concluye que

> podemos sin duda decir hoy que el sitio geográfico donde está la ciudad de Quito ha sido poblado desde un tiempo tan lejano como el 5000 o 6000 a. C., o sea, un total de 8.000 años, edad muy respetable para la capital del Ecuador [1].

[1] O. Holm, «Quito, la ciudad poblada más antigua del Ecuador», *Boletín de la Academia Nacional de Historia,* 106, Quito, 1965.

Al proseguir las investigaciones, E. Bonifaz logra impresionante colección de puntas microlíticas de proyectil en la misma zona de El Inga, que analizadas en EE. UU. según la hidratación de la obsidiana arrojan antigüedades que van hasta el 45500 a. C. Mayer-Oakes confirma tan grande antigüedad para microlitos del Ilaló. La industria de los microlitos, utilizados al parecer como puntas de dardos para ser lanzados con cerbatana, perduró desde aquellos remotos orígenes hasta tiempos casi históricos, mientras que la fabricación de grandes puntas de lanza desaparece simultáneamente con la fauna pleistocénica hace 7.000 años. Para las puntas medianas —en forma de cola de pez, amigdaloides, pedunculadas, etc.— la duración es asimismo milenaria y duradera. Mientras las grandes puntas habrían sido utilizadas en el lanzamiento de jabalinas contra los animales más grandes, las medianas lo habrían sido mediante propulsor, principalmente para cazar venados y felinos, y los microlitos habrían servido para proveerse de aves. Otras herramientas usadas, todas de piedra tallada, serían cuchillos, para desafiar las garras de algunos animales, o batirse con sus semejantes cuando surgiera la necesidad de defensa, tajar los trozos de sangrante carne de las presas capturadas y hasta cortar ramas de los arbustos; raspadores, con los cuales eliminar piltrafas y dejar limpias las pieles necesarias para cubrir sus cuerpos; punzones y taladros, para hacer agujeros sobre todo en la madera y el hueso que sabía trabajar; morteros, para desmenuzar frutas; buriles, tal vez para hacer cortes limpios de primitiva cirugía.

Bonifaz estima que, si el hombre primigenio entró a la América por Bering hace 70.000 años, cuando el estrecho debía de ser transitable a pie enjuto, dada la posible velocidad de avance del cazador primitivo la fecha de 45.000 años puede ser perfectamente la antigüedad posible del primer hombre ecuatoriano.

Muchos historiadores se resisten a aceptar tanta antigüedad para el hombre temprano de América, en general, y para el ecuatoriano, en particular. Las investigaciones prosiguen. Como dice Buyz, «queda todavía una enorme cantidad de interrogantes sobre el período paleoindio de la hoya del Guayllabamba» [2]. En todo caso podemos asegurar, ya con certeza, que el hombre arribó a estas tierras por lo menos al finalizar la glaciación de Quito. Esto se confirmaría aún más con los datos que Juan de Velasco recogió en el siglo XVIII de una leyenda aborigen que permi-

[2] J. Buyz, «Quito en el remoto pasado», *Quito antes de Benalcázar*, Quito, 1988, p. 16.

tiría admitir al hombre primigenio como testigo de las diluviales precipitaciones pluviales de comienzos del post-glacial.

Cuenta, en efecto, nuestro «Herodoto» que el primer hombre se llamaba Pacha, y Eacha la primera mujer. Sus tres hijos lucharon con una gran serpiente, a la que hirieron de muerte con sus flechas. El monstruo vomitó tanta agua en sus estertores que se inundó la tierra. Pacha y sus hijos, ante el peligro del naufragio, pusieron su salvación en la escalada del Pichincha, en cuya cumbre se guarecieron. Al cabo de varios días, amenguadas las torrenciales lluvias, echaron a volar un *ullaguanga,* gallinazo voraz que no volvió, indicio inequívoco de que aún predominaba la muerte, no así una paloma torcaz que, tiempo después, regresó con unas ramitas verdes en el pico, señal de que había renacido la vida. Bajaron entonces Pacha y los suyos a la meseta cabe el Pichincha, donde hoy es Quito, y desde allí comenzó la repoblación de las tierras ecuatoriales.

¡Pacha, el primer hombre, el primer dios, el generador de los pueblos; Eacha, la primera mujer; Pichincha, el monte protector, áncora de salvación para el hombre auroral; y Quito, el plano intermedio entre la altura del monte y el abismo de las aguas empozadas! ¡Guardemos reverentes este mito genésico, testimonio de los tiempos primeros, de cuando el hombre comenzó su lucha y agonía en tierra quiteña!

Período formativo (2000-5000 a. C.)

Aun cuando el período formativo de la agricultura y la cerámica aparece en las costas del Ecuador, por lo que hasta aquí se conoce, más tempranamente que en cualquier otro lugar de América, a continuación del período precerámico, llamado arcaico por algunos, hacia 3.500 años a. C., con una duración de treinta siglos en sus varias fases (desde la cultura Valdivia [3] hasta las llamadas Machalilla y Chorrera), las primeras manifestaciones formativas parecen haber surgido con posterioridad en las altas sierras del Ecuador. Ya Bell llamó la atención sobre una cerámica hallada en El Inga, datada mediante C-14 en 1950 a. C. «Parece

[3] C. Evans, B. Meggers y E. Estrada, *Early Formative Period of «Coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla Phases»,* Washington, 1965.

que en la región del Ilaló existió una continuidad en la ocupación humana desde el paleoindio hasta el formativo» [4]. Ello conduce a avizorar también la presencia del hombre en Quito y su región durante los remotos pero progresistas tiempos del formativo.

La expansión del Quito moderno hacia el norte, a la zona de Cotocollao, permitió el hallazgo de vestigios indígenas que pudieron ser científicamente estudiados. Los resultados llevaron a evidenciar el período formativo en el área de Quito.

Hallábase aquel grupo humano, más bien pequeño, asentado en las laderas occidentales bajas del Pichincha, cerca de los bordes de una de las lagunas pleistocénicas existentes en el área de Cotocollao. La zona alta estaba probablemente cubierta de bosques naturales. La antigüedad del núcleo ha sido datada entre el 2010 a. C., fecha probable de la ocupación del sitio, hasta poco después de 500 a C., cuando un gran cataclismo provocado al parecer por la explosión volcánica del Pululagua determina el fin de esa población, posiblemente reasentada tras la catástrofe en lugares aledaños. Parece que similares asentamientos humanos formativos estaban extendidos a lo largo de las laderas bajas orientales del Pichincha, donde se recibe casi diariamente varias horas continuas de sol mañanero, lo que contribuiría a explicar su ubicación. A esas mismas fase cultural y etapa, a juzgar por la datación radiocarbónica de 900 a. C., corresponde el sitio formativo de Toctiuco, en las faldas bajas del Pichincha inmediatamente anteriores a la terraza donde se levanta el moderno «centro histórico» de la ciudad de Quito.

La organización social parece haberse hallado en estado de primaria evolución, al parecer sin estratificación, sociedad igualitaria pero en proceso de superar ya un débil y efímero liderazgo y constituirse en tribu.

Una leyenda recogida hacia el siglo XVII en la región de la actual Bolivia por el misionero napolitano A. Oliva parece vincular la influencia cultural del formativo de la costa ecuatoriana con el formativo quiteño. Tomando como referencia al *quipucamayuc* Catari, Oliva relata la historia de Tumbe, navegante primigenio que aporta a la península de Santa Elena (Ecuador), es decir, al escenario de las culturas formativas más antiguas de América. Uno de sus hijos es Quitumbe, que luego as-

[4] J. Buyz, *op. cit.*, p. 17.

cenderá al altiplano interandino ecuatorial y fundará Quito antes de continuar una serie de viajes. Habíase casado con Llira, «célebre entre los antiguos por su buen parecer», quien le dio dos hijos, Guayanay —a quien probablemente debe su nombre el río Guayas y de quien luego descenderían los incas— y Tohme, al parecer fundador de Tomebamba, de quien descenderían los quitus. La deliciosa e ingenua narración, plena de anécdotas míticas, es en su versión original y completa un abigarrado manojo de noticias de diversa índole, que etnólogos y prehistoriadores deben interpretar tratando de desentrañar la verdad.

Entre los datos que proporciona la leyenda se encuentra el descubrimiento del maíz. Conocía, por tanto, la agricultura el pueblo al que pertenecía Quitumbe. Había dado el salto a la civilización y la cultura y las expandía en su periplo migrante. Quitumbe es civilizador y fundador de pueblos. Su figura mitológica ha trascendido a su época y resurge poderosa ante nosotros, casi como la de un semidiós o un titán. Es descubridor de nuevas tierras y fundador de pueblos: en recuerdo de su padre establece Túmbez; sube a la sierra andina y funda Quito para perpetuar su propio nombre; envía exploradores a poblar otras tierras remotas. Quitumbe, jefe progresista, hace inclusive obras de regadío. Resalta, pues, a través de la tradición, la importancia y fisonomía legendaria de Quitumbe, fundador mitológico de la actual capital del Ecuador, ciudad que aparece así, ya con personalidad propia, desde los remotos tiempos del período en que se inician en América la agricultura y la cerámica.

Período de desarrollo regional de las culturas aborígenes (500 a. C.-1000 d. C.)

La cultura que se desarrolla en Quito y su comarca durante el período de desarrollo regional, en el que surgen a lo largo y ancho del actual Ecuador los primeros núcleos tribales bien establecidos, no ha sido todavía bien estudiada por falta de investigaciones sistemáticas. Se piensa que durante algún tiempo los lugares poblados pudieron haber sido abandonados, por efecto de una serie de fenómenos volcánicos, como la reventazón del Pululagua y varias erupciones del Cotopaxi. Sin embargo, lo más probable es que los sobrevivientes prehistóricos, ante tales catastróficos eventos, cambiasen los lugares de asentamiento pero

sin abandonar la comarca. «No obstante esta situación convulsiva..., reaparece el hombre. Quizá nunca se fue del todo todo» [5].

Sabemos por la etnohistoria que en la región de Quito y su comarca (valles de los Chillos y Tumbaco) vivieron los quitus. Max Uhle excavó en Cumbayá varios cementerios aborígenes y dedujo la existencia de un pueblo caracterizado por avances en la cerámica. El hábitat de esta cultura se extendía hasta Tumbaco, Puembo, Pifo y Yaruquí; se prolongaba por Cayambe hacia Caranqui; por Chillogallo hacia Santo Domingo de los Colorados y por el sur hacia la región Panzaleo-puruhá [6]. Analógicamente es posible ubicar a este pueblo entre los 500 años a. C. y los 1.000 de la era cristiana.

Las últimas excavaciones realizadas en 1986 y 1987 en la urbanización «Jardín del Este», a escasos 700 metros del lugar donde Uhle realizó las suyas, en Cumbayá, parecen corresponder a la misma cultura que el notable arqueólogo alemán describió. Así lo sugieren J. Buyz y V. Domínguez, quienes recuperaron platos trípodes, cuencos y ollas, entre pequeñas y grandes, además de fragmentos de figurillas, algunos de ellos con fuertes y notorias influencias costeñas. «La ubicación temporal de Jardín del Este como perteneciente al período de desarrollo regional parece bastante acertada», manifiestan [7]. Los mismos arqueólogos sugieren ciertas vinculaciones de la cerámica encontrada, no solamente con los panzaleos, del sur, y los imbayas y pastos, del norte, sino sobre todo con culturas del desarrollo regional de la costa.

Afirma el jesuita Juan de Velasco en el siglo XVIII, refiriéndose a la región cabe el Pichincha, que

> la Nación Quitu se supone establecida allí desde tiempo inmemorial... Se debe suponer del todo rústica, bárbara e inculta... No hay más tradición ni noticia de aquella nación primitiva, sino que carecía de la letra O su idioma, cuyo defecto suplía la U en todas las palabras. Se gobernaba por su pequeño régulo o señor, llamado Quito, y esto es todo lo que se sabe de ella... [8].

[5] J. Buyz, *op. cit.*, p. 49.

[6] M. Uhle, «Excavaciones arqueológicas en Cumbayá», *Anales de la Universidad Central*, 257, Quito, 1926.

[7] J. Buyz y V. Domínguez, «Un cementerio de hace dos mil años: Jardín del Este», *Quito antes de Benalcázar*, Quito, p. 48.

[8] J. de Velasco, *Historia del Reino de Quito en la América Meridional* (1789), Quito, 1960.

Jijón y Caamaño, después de hondos estudios, ya en nuestro siglo, afirma que entre los idiomas aborígenes del Ecuador prehispánico y preinca, el «Panzaleo», así denominado por él, debía llamarse más bien «Quito». «Se advierte fácilmente una perfecta falta de distinción entre la o y la u», confirma Jijón.

B. Recio, misionero jesuita español que escribía en Cataluña al tiempo en que Velasco lo hacía en Italia, dice por su parte que «en Quito dominó algún tiempo un cacique principal, o señor de vasallos, llamado Quitoc, de donde con leve corrupción, quedó el nombre de Quito». D. A. Rocha, fiscal de la Audiencia de Quito, había oído también la misma versión, pues narra hacia 1681 que «algunos quieren que éste (el de Quito) se denominase de un cacique así nombrado, y juzgo que el cacique tomó el nombre del lugar...». Antes que ellos, el cura C. de Albornoz describió sin ambages las huacas de Quito:

> Piccinca, guaca prencipal de los indios quitos, es un cerro nevado alto junto a la ciudad de Quito. Yllinca, guaca prencipal de los dichos indios quito, es un cerrillo pequeño, nevado, junto al pueblo de Panza liubi. Andazana, guaca de los dichos quitos de la parcialidad Quinigui, es un cerrillo pequeño. Está en él una piedra pequeña. Tienen muchas más, que por el orden escripto se sabrá,

dicho lo cual menciona la de Angamarca, Lugtun cuchu y Cayambes... No hay necesidad de insistir en que Piccinca es, en la toponimia actual, Pichincha; Yllinca, Illinizas; Panza liubi, Panzaleo; Andazana, Antisana; Lugtun cuchu, Latacunga, etcétera [9].

Hilvanando todos estos datos nos atrevemos a postular que en la región de Quito, durante el período de desarrollo regional, se fueron configurando grupos tribales similares entre los cuales poco a poco fue emergiendo, con calidad de liderazgo, Quito, que terminó por identificarse, dada su importancia, con toda la zona.

Período de integración. El reino de Quito (1000-1500 d. C.)

Se denomina período de integración el final de la etapa preínca durante la época aborigen en el Ecuador. Es un lapso, aproximadamente

[9] C. de Albornoz, *Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y hazziendas* (1584); P. Duviols, «Un inédit de Cristóbal de Albornoz», *Journal de la Société des Americanistes*, LVI-I, París, 1977.

desde 1000 hasta 1500 d. C., en que algunos de los grupos tribales comienzan a identificarse no sólo por la unidad cultural predominante según el área, sino también por los cada vez más vigorosos procesos de unificación política, ya con formas variadas de organización estatal más o menos claramente estructurada. Varios son los grupos que se integran: en la sierra, generalmente uno por cada hoya, y en la costa, en torno a las principales cuencas fluviales. Pastos, caras, quitus, panzaleos, puruhaes, chimbos, cañaris y paltas son los principales grupos en la región interandina ecuatoriana; huancavilcas (en permanente pugna por la cuenca del Guayas con los chonos), salangos, mantas, caraques y atacames, en la costa, unificados además estos núcleos costaneros por sostenidas rutas de comercio marítimo (la denominada por Jijón «Confederación de Mercaderes») y por antiquísimas tradiciones religiosas similares, vinculadas a cultos en las islas cercanas. Intereses contrapuestos originan frecuentes litigios, a veces entre núcleos de una misma cultura, pero por lo general con los de otras áreas más lejanas, de diferentes tradiciones y a veces de idiomas distintos, a cuyo efecto se establecen alianzas transitorias y aun definitivas, fases iniciales o avanzadas de aquellos procesos políticos estatales. Hay dos grandes grupos de idiomías, estudiados principalmente por Jijón y Caamaño: el esmeraldeño-cayapa-colorado-caranqui-pasto y el manta-huancavilca-puruhá-cañari-mochica.

El panzaleo sigue participando de ambos y parece servir de puente entre aquellas dos familias de lenguas, aunque con influencia especial del colorado-caranqui, la misma que se advierte también en el Puruhá, por las vinculaciones dinásticas y confederativas que van surgiendo con Quito. En el oriente hay una gama enorme de tribus, dialectos e idiomas: cofanes, muratos, shuaras, awishiris, záparos, conambos, sabelas, etcétera.

La tradición oral incaica mantuvo el recuerdo de la existencia, en las zonas ecuatoriales, del belicoso «reino» de Quito. Garcilaso Inca de la Vega lo denominó así. El padre Juan de Velasco, en el siglo XVII, recogió la tradición del sometimiento de los quitus por los caras, venidos de la costa, que mantuvieron para sí el mismo antiguo nombre de quitus, se instalaron en la parte norte del callejón interandino y fueron consolidando un proceso de unificación política, recordado por la memoria colectiva y denominado «Reino» con la terminología a la usanza

europea impuesta por los conquistadores españoles, que Velasco, Alcedo y otros historiadores mantuvieron.

Los caras o quitus imponen un régimen de castas y se caracterizan, entre otras cosas, por la construcción de grandes «tolas», montículos artificiales de tierra con fines ceremoniales, astronómicos, habitacionales y funerarios. Paulatinamente, aunque en un corto lapso, los quitus, así unificados, fueron ampliando la órbita de su influencia, «con una extensión primitiva corta», según recuerda Velasco, quien añade que «el Quito propio —como llama a estos comienzos— apenas llegaba a cincuenta leguas de norte a sur, entre el un grado de latitud septentrional y otro de latitud meridional. Tenía poco menos de Oriente a Poniente...». Cuando los incas del sur comenzaron sus campañas sojuzgadoras, las diversas tribus ecuatoriales fueron confederándose unas con otras para defenderse. Los cañaris buscaron y obtuvieron la ya poderosa ayuda de los quitus, según lo testimonia Sarmiento de Gamboa.

La existencia del denominado «Reino de Quito» comenzó a ser cuestionada a partir del siglo pasado por Jiménez de la Espada, más bien con burlas que con argumentos, seguido por nuestros científicos criollos. Sin embargo, la negación del «Reino de Quito» nunca resistió un análisis serio y es apenas asunto de terminología, por objetarse la denominación y las características de «reino» para un conglomerado como aquél. ¡Se ha llegado inclusive al extremo de utilizar la definición ideológica que Engels hace de «Estado» para demostrar que no pudo existir el «Reino de Quito», aunque curiosamente no por estudiosos marxistas que más bien sostienen la tesis del padre Velasco! La arqueología, la antropología física, la lingüística e inclusive el folclore presentan importantes argumentos que demuestran la realidad de aquel proceso de unificación política que se amplió ante el peligro y logró enfrentar durante largos años la poderosa arremetida imperialista del agresivo, racista y genocida Estado incaico. Los hallazgos de un entierro en la «tola» de Itchimbía; la cerámica de Chaupicruz y la de Chilibulo, esta última con tantas similitudes con la de los caranquis de la provincia de Imbabura que ambas parecen simples modalidades de una misma fase cultural; la construcción de numerosas tolas, inclusive grandes concentraciones de ella y su expansión aun al sur de Quito, hasta el área de Machachi (Puchalítola); el lapso mismo de duración de dicho «reino», a partir del 900 d. C., coincidente con las últimas dataciones C-14 logradas para la concentración de las «tolas» piramidales de Cochasquí construidas por los

caras; la aceptación final de la existencia de este proceso de unificación política llamado «Quito» por los mismos principales historiadores y arqueólogos como González Suárez, Uhle y Jijón y Caamaño, que en su hora pusieron en duda aquella realidad, y la confirmación de su evidencia por una pléyade de científicos como Rivet, Meggers, Wurster, etc., parecen restar importancia a la insistencia en la negativa de determinados antropólogos, valiosos por otra parte, que persisten en poner la monta en baladíes y bizantinas discusiones de variables interpretaciones socioculturales e inclusive ideológicas sujetas al vaivén de las modas y las épocas.

En todo caso Quito, durante el período de integración, fue algo más que un simple cacicazgo tribal, o uno de tantos «señoríos étnicos» —como ahora se les denomina— multiplicados en nuestro callejón interandino: fue un centro político, religioso, comercial y económico de tan especial importancia como para atraer a los incas en plan de conquista. La aldea preincásica de Quito, conjunto diseminado de viviendas de cubierta pajiza, construidas al modo tradicional de la zona y algunas reforzadas con bloques de cangahua (modo de construcción empleado en esta área hasta bien entrado el propio siglo XX), rodeadas cada una, como todavía es usual en las zonas indígenas, de más o menos amplio espacio agrícola, estaba situada en las faldas bajas del Pichincha, al oeste del río Machángara, desde Chillogallo hasta Cotocollao, pasando por Chilibulo, con especial agrupamiento en la terraza andina tradicionalmente conocida como Quito al pie de Cruz Loma. Ocupaban también las vertientes de la loma de Puengasí, conocida por los españoles con el nombre de sierra de Cara, como se desprende del Libro Primero de Cabildos, según acta donde se testimonia que a Martín Mondragón se le dio una estancia «en el sitio que se llama en nombre de indios Puyngasy ques el río abajo de esta villa, al remate de la Sierra de Cara, desta villa hacia donde sale el sol» [10].

El proceso unificador de los quitus fue a la postre reconocido por el propio Jijón, uno de sus mayores impugnadores. La órbita de influencia de los caras fue creciendo, hacia el sur y hacia el norte. El padre Juan de Velasco, basándose en varias fuentes, recogió la tradición de su existencia, inclusive los nombres de sus dinastas, por lo general reitera-

[10] A. Pérez, *Quitus y Caras*, Quito, 1960, pp. 452-453; *Archivo del Municipio de Quito*, Libro Primero de Cabildos, I, 1934, p. 142.

dos por la toponimia aborigen, y algunos detalles de la gesta de su resistencia al agresor cuzqueño. El cronista Fernando Montesinos, hacia 1550, había ya recogido por su parte la tradición de la ciudad preínca de Quitu y testimonió la existencia en ella del «palacio» donde vivían sus reyes, y cómo la ciudad «en ese tiempo sufría las consecuencias de grandes temblores y de la erupción de dos volcanes, uno frontero de Panzaleo y otro cerca a los montes de Oyunvicho, signos que fueron interpretados por los naturales como anuncio de que perderían su libertad...» [11]. ¿Qué volcanes habrán sido los causantes de esos estragos? Tanto Panzaleo (hoy Machachi) como Uyumbicho se encuentran en una zona flanqueada por cuatro volcanes, ahora apagados, sobre los que no se registra actividad en tiempos históricos: Atacatzo, Corazón, Pasuchoa y Rumiñahui, pero no quedan lejos, tampoco, el Sincholagua, los Illinizas y el propio Cotopaxi, éste sí con poderosas y frecuentes erupciones antiguas y modernas.

La resistencia de Quito a la expansión de los incas del Cuzco

El denominado «Quito propio» por Velasco, es decir, la reducida área de 125 kilómetros aproximadamente hacia el norte (algo más allá de la actual Ibarra) y otros tantos hacia el sur (apenas sobrepasando Latacunga), fue ampliándose por alianzas o parciales triunfos militares en muy corto lapso, aquel en que gobernaron tres de sus régulos, es decir, entre 50 y 75 años, menos de un siglo. Era, pues, apenas un proceso de unificación que había comenzado a ampliarse, según lo refiere el mismo padre Velasco, a quien tantas afirmaciones le atribuyen falsamente sus impugnadores para luego darse el lujo de «refutarle». Jijón y Caamaño, con su gran autoridad, no tuvo más remedio que reconocer la expansión cara por el norte hasta los fronterizos reductos Pastos, donde comenzaron a penetrar, y por el sur hasta la región Puruhá.

A mediados del siglo XV, bajo Pachacútec, se inician las violentas incursiones de los incas del Cuzco hacia la región Quitu. ¿Qué les impulsaba a ello? Les movían, de una parte, razones político-económicas, el afán de expansión y la noticia de la riqueza y poderío del Quito; de

[11] F. Montesinos, *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú* (1650), cit. por L. E. Valcárcel, *Historia del Perú antiguo*, Lima, 1964, III, pp. 319 y 321.

otra, razones dinásticas, pues la tradición custodiada por los *quipucamayucuna* señalaba un origen común para incas y quitus; en fin, motivaciones religiosas: llegar a la región ecuatorial, la tierra del Padre Sol, sagrada para los incas que se reputaban hijos del astro-dios, y avanzar a la costa de Manabí, desde donde el mítico Viracocha se había hecho a la mar. Baudin resume el asunto diciendo que «el reino de los caras, establecido en la meseta, formaba la prolongación natural del territorio peruano, y su reputación de prosperidad hacía sombra al soberano del Cuzco...» [12]. Obviamente, las necesidades de defensa de las tribus ecuatoriales volvían obligatorias las alianzas de más amplios conglomerados, hechos ya registrados por fuentes etnohistóricas e históricas. Los hijos de Pachacútec Inga, Yamque Yupangui y Topa Inga Yupangui, comandaban las fuerzas del Imperio [13].

Por ejemplo, la alianza entre cañaris y quitos queda expresamente registrada en la *Historia de los incas* de P. Sarmiento de Gamboa (1572), quien recuerda, refiriéndose a Topa Inga Yupangui:

> Y desta manera llegó a Tomebamba, términos de Quito, cuyo cinche, llamado Písar Cápac, se había confederado con Pillaguaso, cinche de las provincias y comarca de Quito. Estos dos tenían un grueso ejército y estaban determinados de pelear con Topa Ynga por defender su tierra y vidas. A los cuales Topa Ynga envió mensajeros diciéndoles que le viniesen a rendir las armas y dar obediencia. Ellos respondieron estar en su patria y naturaleza, y quellos eran libres y no querían servir a nadie, ni ser tributarios...

La irreductible respuesta, cuya tradición recoge un cronista como Sarmiento que nunca visitó el Quito, es señal palmaria del sentimiento de libertad que caracterizó a las tribus ecuatoriales. La fragorosa e indómita lucha de cañaris y quitus, según la versión recogida en fuentes cuzqueñas por el indicado cronista español, no pudo ser testimoniada por él sino con admiración:

> Y así, ordenaron (los incas) su gente que, según dicen, eran más de ducientos y cincuenta mil hombres diestros en guerra; marcharon contra los cañares y quitos, arremetieron los unos a los otros, y todos peleaban animosísima y diestramente. Y estuvo gran rato la victoria dudosa por la

12 L. Baudin, *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos incas,* Buenos Aires, 1955, p. 68.

13 J. Betanzos, *Suma y narración de los incas (1551),* Madrid, 1987, p. 125.

> parte de los cuzcos, porque *los* quitos y cañares apretaban reciamente a sus enemigos.

La victoria fue sangrienta: «Todos los cinches fueron muertos, y prendieron a Pillaguaso en la avanguardia, y a nadie daban vida, por despojarlos y por poner temor a los demás que lo oyesen...» [14].

No corresponde a este libro reseñar la vigorosa y heroica resistencia de las regiones Puruhá y Latacunga, ya vinculadas en los últimos años a Quito con innegable confederación, respecto de la cual hay múltiples evidencias.

Velasco, en el siglo XVIII, con impresionante base bibliográfica que le demuestra historiador concienzudo y crítico, humanista y científico de altos quilates, presentó un resumen que se ha vuelto clásico y se ha confirmado y completado con las investigaciones posteriores. La represión inca fue sangrienta, feroz e implacable. Muertos, desterrados o sojuzgados, era la orden imperante con respecto a los pueblos señalados como objetivo de la ambición dominadora cuzqueña. El sistema de *mitmacuna,* los «mitimaes» según la versión castellana inicial, era una de las formas de genocidio empleadas por los vencedores para con sus opositores sobrevivientes de la lucha armada.

En lo fundamental, la bravía y organizada resistencia presentada a los incas, indicadora de un avanzado proceso de unificación política de los cacicazgos ambicionados por el conquistador, es señalada por todos los cronistas castellanos de la época y no pocas fuentes etnohistóricas.

Cabello Balboa refiere que «no quedó paso (en lo que hay de los Tiquizambis a los de Quito) donde se pudiese poner ofensa para los cuzcos que no se pusiese y, sobre dejarlo o tomarlo, no sucediesen lastimosos estragos». El padre Juan de Velasco recogió la tradición quiteña sobre la resistencia de los puruhaes, confederados a los quitos, y relató la muerte del general Epiclachima, defendiendo su tierra, y la indomable respuesta de Hualcopo, el rey quiteño, negándose a la rendición: «Sólo con la muerte perderé mi reino y mi independencia», dijo, y cumplió su palabra ofrendando la vida [15].

Los restos del ejército quitu se retiraron hacia el norte, comandados

[14] P. Sarmiento de Gamboa, *Historia de los incas (1572),* Buenos Aires, 1943, p. 23 (subrayado del autor) y pp. 213 y 214.

[15] J. de Velasco, *op. cit.,* II, p. 22.

por el joven cacique Cacha, sucesor de Hualcopo, que aplicó una política de tierra arrasada. Que la resistencia de la propia comarca quitu y su núcleo central, la Quito preincásica, fue también un episodio de heroísmo igualmente bravío se desprende, más que del relato de Velasco, de otros testimonios y hechos evidentes, entre ellos el trasplante de *mitmacuna,* indicio fehaciente de resistencia: los sobrevivientes de aquí, llevados a otros lugares del imperio, y suplantados por gentes traídas de remotos lares. Explícito resulta, al respecto, el testimonio de Betanzos, con referencia a Yamque Yupangui, quien

> mandó a los naturales de Quito y a los demás comarcanos y provincias de entorno dél y de los guancabilcas y cañares y yungas les diesen quince mil indios los cuales ansí saliesen a él por el camino por do iba y que fuesen mancebos casados con sus mujeres y cosas y semillas de sus tierras para que los querían poner por mitimaes en los valles y redondez del Cuzco —mitimaes dice gente poblada de una provincia en otra— y luego los del Quito y de las provincias entorno dél le dieron los indios que así les cupo para poner por mitimaes de la manera ya dicha... [16].

Algunos datos sobre mitimaes «quitos» en lejanos confines del Perú han sido recogidos por el notable historiador peruano W. Espinoza Soriano en documentos del siglo XVI.

Luego de demoler e incendiar Quito, Cacha se hizo fuerte en las peñolerías Caras de Cochasquí y Cayambe, secundado por Niaxacota Puento y Pintag, jóvenes como él, y aconsejado por veteranos caudillos supervivientes. Las tropas de Túpac Yupangui, que habían avanzado en persecución de los derrotados, aunque sin animarse a dar una nueva batalla, pues también habían quedado maltrechas, se limitaron a ocupar la abandonada Quito, mientras el inca descansaba en la región de Latacunga, donde se hizo labrar el hermoso Palacio de Callo. Poco después avanzó hacia la antigua ciudad, núcleo de la confederación organizada por los caras, fundada por el legendario Quitumbe que según los mitos panandinos era también antecesor de los incas, e impresionado por la verticalidad del Sol, considerado Dios y padre de su estirpe, en cuya búsqueda había venido desde el Cuzco, determinó establecer una gran ciudad sobre el mismo asiento cara. Cieza de León trae las palabras textuales con las que Túpac formalizó la refundación: «El Cuzco ha de ser-

[16] J. Betanzos, *op. cit.*, p. 128.

por una parte cabeza y amparo de mi gran reino; por otra ha de ser el Quito». He allí fundada por segunda vez la ciudad solar: el Inca llega como conquistador, pero al punto queda conquistado por paisaje, clima y cielo, inclusive los mitos de la antigua Quitu. Afirma el cronista que el Inca mantuvo el nombre de la ciudad, la pobló de mitimaes, mandó «hacer grandes cavas y depósitos», trajo del Cuzco maestros constructores para labrar edificios al modo incaico, y en los días que permaneció aquí «su corte estaba llena de principales y sus palacios de vasijas de oro y plata y otras grandes riquezas» [17].

Otro cronista de comienzos del siglo XVII, Montesinos, que visitó Quito donde recogió testimonios, relata que Túpac Yupangui «entró triunfalmente a la ciudad que apreció por su buen clima y hermoso paisaje»; cuenta que la dividió «como en el Cuzco, en barrios alto y bajo», al modo ritual de los incas, Hanansuyo y Urinsuyo, y añade: «bautizó los cerros que rodean la ciudad: con nombres similares a los de la capital del Imperio (Cuzco): al del Oriente llamó Anahuarqui; al del Poniente, Huanacauri; al de Mediodía, Yahuira, y al del norte, Carmenga». Reprodujo así en Quito los topónimos sagrados del Cuzco. No todos ellos se han conservado: sigue llamándose Itchimbía, al modo preínca, la colina del levante; la de Huanacauri fue bautizada por los españoles con el nombre de San Juan, por deformación fonética, y aunque la otra denominación subsiste no es popular; la loma de Cayminga, que hoy no se apercibe bien, sirve de base al actual Palacio del Congreso, comienza a elevarse a partir de San Blas y tiene a sus pies el actual Parque de El Ejido: dio su nombre a un barrio que desde allí ha ido retrocediendo cada vez más al norte ante los empujes de la urbe moderna, con el nombre de El Inga. Sólo Yavirac ha conservado su topónimo quichua, compartiéndolo con la denominación española de Panecillo. Siguió siendo bajo los incas el santuario solar por excelencia pero en él también se rendía culto a Viracocha, lo que explica su nombre.

Por los nativos de Quito Túpac Yupangui conoció que, sin embargo, era algo más septentrional el sitio donde el Sol caía rigurosamente cenital y emprendió viaje para observarlo. Llegó así a los cerros de La Marca. El mismo Montesinos deja en su crónica expreso testimonio de que el Inca «fue por los pueblos de Calacalí y Pululagua», pero

[17] P. Cieza de León, *Crónica del Perú, II. El señorío de los incas (1552)*, Lima, 1967, p. 190.

también sienta constancia de que la resistencia no había terminado. No le fue fácil llegar a la línea equinoccial por la indomable guerra de guerrillas que le hacían los quitos: «Con los diversos encuentros con los bárbaros por el camino —dice Montesinos— tardó en él algunos meses, por la resistencia que le hacían, y fortificábase en algunos pucaraes que en él había» [18]. He allí cómo, por esta crónica, venimos a saber el origen del Pucará de Lulumbamba, en San Antonio de Pichincha. En 1968 recomendé públicamente, y lo ratifiqué por escrito en 1970, que fuera restaurado «antes de que termine de destruirse. Por su inmediata cercanía a Quito sería un admirable lugar de turismo y formaría parte del complejo Pomasqui-Monumento Equinoccial-Pululagua, Museo Solar». La obra fue al fin realizada por los museos del Banco Central, aunque se le cambió arbitrariamente la denominación originaria de Lulumbamba por la de Rumicucho, con que ahora se le conoce, por el nombre de la hacienda cercana.

Quito bajo Huayna Cápac, verdadera corte imperial del Incario

El vigoroso alzamiento de las tribus ecuatoriales contra los incas motivó una nueva ofensiva, esta vez encabezada por Huayna Cápac, hijo de Topa Inga, nacido ya en Tomebamba, la actual ciudad de Cuenca, tercera en importancia en el Ecuador contemporáneo. Cieza de León informa que el poderoso monarca reunió para su campaña contra Quito «iscaypachaguaranga runas, que quiere decir doscientos mil hombres, sin los *yanacona* y mujeres de servicio, que no tenían cuenta el número de ellos» [19]. Cacha organizó la altiva resistencia, asistido por varios jóvenes caciques. Los primeros combates volvieron a darse en Achupallas y Tiocajas, inclinándose la victoria en favor del Inca, quien intimó la rendición, obteniendo la altiva respuesta de Cacha: «Yo he nacido libre y señor de mi reino y quiero morir como señor y como libre, con las armas en la mano, antes que sujetarme al oprobioso yugo extranjero» [20]. Muchos fueron los combates y largo el tiempo de la campaña, al extremo de quedar grabada en la memoria de los pueblos. Los

[18] F. Montesinos, cit. por Valcárcel, *op. cit.*, III, 321 y ss.

[19] P. Cieza de León, *op. cit.*, p. 214.

[20] J. de Velasco, *op. cit.*, II, p. 107.

jefes quiteños no tuvieron más remedio que retirarse y hacerse fuertes en Cochasquí, Cayambi, Caranqui y Otavalo, tras la natural línea defensiva formada por los cañones de los ríos Guayllabamba y Pisque y por el macizo del Pambamarca. La ciudad de Quito, ya dominada por Túpac Yupangui, inexpugnable por su ubicación estratégica y la fragorosa topografía que le circunda, había permanecido como enclave inca, defendida por las fortalezas de Lulumbamba, al norte; Guangüiltagua, al este; la guarnición de Guamaní y el Pucará de San Bartolo, al sur.

La lucha por dominar a los caras fue larga y dura y Quito sirvió entonces como cuartel general de Huayna Cápac. Éste tuvo que emplear toda la fuerza militar del Incario y toda suerte de estratagemas, inclusive incursiones militares marginales para apoderarse de las cordilleras y ocupar sitios al norte, a fin de tomar entre dos frentes los bastiones quitus. En Atuntaqui, una de las principales plazas fuertes de los caras, se dio una de las batallas más encarnizadas sin que Huayna Cápac consiguiera doblegar el ánimo de sus heroicos defensores, no obstante morir en la primera línea de combate el glorioso Shiri Cacha. Pero esta muerte, que el Inca creyó que serviría para que los caranquis se rindieran, sólo hizo encenderles más los ánimos, dirigidos ahora por la princesa Paccha, hija de Cacha, proclamada soberana el mismo día de la muerte de su padre. Numerosos *pucaracuna* debió construir Huayna Cápac para la guerra de posiciones contra los reductos fortificados y albarradas de los quitus.

El cronista Montesinos relata la valerosa resistencia de la señora de Cochasquí, Quilago, que intentó una estratagema contra el Inca en la cual ella misma perdió la vida. La lucha terminó, al fin, con el genocidio de la laguna de Yaguarcocha, en cuyas escarpas y peñolerías se libró la última batalla. Aparte de los defensores muertos en combate, el vencedor Huayna Cápac ordenó el degüello de 30.000 sobrevivientes, inclusive los heridos. La laguna, teñida de rojo con la sangre heroica de aquellos gloriosos defensores, recibió desde entonces el nombre de Yaguarcocha, o sea, «lago de sangre», con que hasta ahora se le conoce. Huayna Cápac no admitió clemencia alguna y sólo perdonó a los adolescentes, motivo por el cual se llamó la región de los caras «el país de los *guambras*».

La resistencia del Reino de Quito a Huayna Cápac había durado cuatro lustros y marcado una proeza que permaneció viviente en la memoria de cuantos participaron, de uno y otro lado, en la contienda. Así,

por ejemplo, Vilcacutipa, cacique de Ilave, pueblo de la región del lago de Titicaca, recordaba en edad ya centenaria, declarando ante una autoridad castellana, que acompañó a Huayna Cápac «cuando fue a pelear con los indios de Tomebamba antes que viniesen los españoles y que la dicha guerra duró veinte años» [21].

Pese a los reclamos del Cuzco, el Inca vencedor se radicó difinitivamente en Quito, pues había sido conquistado por el amor de Paccha, que le dio por hijo a Atahualpa, nacido en la vieja ciudad de los quitus, y que llegó a ser su preferido. Hizo grandes construcciones para embellecer la capital quiteña, comenzando por la construcción de su palacio, en la parte baja de las laderas del Pichincha, inmediatamente sobre la planicie situada entre el Panecillo y San Juan. Quito, con la presencia del emperador —durante los muchos años que en ella vivió—, se convirtió de hecho en la postrimera corte del Tawantinsuyu. Huayna Cápac completó el camino desde Tomebamba, y así quedaron unidas Quito y Cuzco, desde donde, como lo recuerda Cieza de León, hizo llevar piedras y losas para las edificaciones de su residencia quiteña.

Indudablemente fue Huayna Cápac el inca más sobresaliente y poderoso. En su reinado el Tawantinsuyu alcanzó su máxima extensión. Nunca, como entonces, llegó a mayor esplendor la cultura de los incas, que se había ido acrecentando con las nuevas conquistas y con los aportes que, a su vez, los conquistados daban al Imperio. Tras los rigores y la implacable crueldad manifestados en la guerra, Huayna Cápac depositó toda la fuerza de su afecto en la ciudad solar de Quito, aún más que en la propia y nativa Tomebamba. Al morir dispuso la división del Imperio en dos grandes sectores: el Cuzco para su hijo Huáscar y el Quito para Atahualpa; reconoció el derecho de éste al Reino de los quitus, su herencia materna, y ordenó que antes de llevar su cadáver al Cuzco se sacase su corazón y se lo custodiase en un vaso de oro en el templo al Sol que se levantaba en el Panecillo, como señal del inmenso amor que había tenido para Quito y su reina, según refiere Garcilaso. Poco antes de morir, Huayna Cápac había recibido las primeras noticias sobre la aparición, en las costas de los confines noroccidentales de su imperio, de unos extraños hombres blancos y barbados en embarcaciones diferentes de las balsas que usaban desde tiempo inmemorial los

[21] Garci Diaz de San Miguel, *Visita hecha a la provincia de Chucuito (1567)*, 1964, p. 105.

aborígenes ecuatoriales y que la civilización incaica, surgida en los Altos Andes, había también comenzado a utilizar.

No obstante abarcar la permanencia total de los incas en Quito solamente algo más de 30 años —la edad de Atahualpa (y unos 80 en el territorio del actual Ecuador), la ciudad alcanzó importante desarrollo, aunque solamente el Palacio de Huayna Cápac logró cierta grandeza. La mayor parte de las construcciones siguieron haciéndose con bahareque, adobes y bloques de cangahua, cuya resistencia y flexibilidad se había demostrado a través de siglos ante los embates de los terremotos y el vulcanismo. De igual modo procederán poco después los españoles.

El culto heliolátrico adquirió verdadero esplendor, dada la posición ecuatorial de Quito. El Templo del Sol —*Intihuasi*— se levantaba en el Panecillo. Era el santuario solar por excelencia, existente desde remotos tiempos y afamado en todo el mundo andino. En su búsqueda habían venido precisamente los incas cuzqueños. El cronista Garcilaso de la Vega, nacido en el Cuzco, relata en sus *Comentarios reales* cómo en el avance militar hacia el norte se iban haciendo observaciones solares minuciosas [22]:

> Y es de notar —dice— que los reyes incas y sus amautas, que eran los filósofos, así como iban ganando las provincias, así iban experimentando que, cuanto más se acercaban a la línea equinoccial, tanto menos sombra hacía la columna al medio día, por lo cual fueron estimando más y más las columnas que estaban más cerca de la ciudad de Quito; y sobre todas las otras estimaron las que pusieron en la misma ciudad... donde por estar el sol a plomo, no hacía señal de sombra alguna al medio día. Por esta razón —concluye— las tuvieron en mayor veneración, porque decían que aquéllas eran asiento más agradable para el sol, porque en ellas se asentaba derechamente y en las otras de lado.»

Reputándose «hijos del Sol», se comprende que los incas pusieran especial empeño en magnificar el Intihuasi.

[22] Garcilaso Inca de la Vega, *Comentarios reales de los incas (1609)*, Buenos Aires, 1945, I, p. 112.

Quito, la capital de Atahualpa

Coinciden los cronistas en señalar que a la muerte de Huayna Cápac se hicieron solemnes ceremonias en su honor. Betanzos es explícito en señalar que el célebre Inca expiró en «las casa» que había mandado a construir en Quito [23]. Cieza de León lo confirma. Córdova y Salinas dice escuetamente que en Quito «el cogió la muerte» [24]. El cuerpo del poderoso Inca fue momificado:

> le hicieron abrir —cuenta Betanzos— y toda su carne sacar aderezándole porque no se dañase sin le quebrar hueso ninguno le aderezaron y curaron al sol y al aire y después de seco y curado vistiéronle de ropas preciadas y pusiéronle en unas andas ricas y bien aderezadas de pluma y oro y estando ya el cuerpo ansí enviáronle al Cuzco... [25].

Mientras tanto sus deudos y súbditos hacían los llantos y ayunos de rigor. En Quito

> fueron tan grandes los lloros que ponían los alaridos que daban en las nuves y hazían caer atordidas las aves de lo muy alto hasta el suelo. Y por todos partes se dibulgó la nueva y no avía lugar ninguno donde no se hiziese sentimiento notable. En Quito lo lloraron a lo que dizen dies días arreo...,

cuenta Cieza de León [26]. Atahualpa dispuso que se hiciese la fiesta de Purucaya para venerar el cadáver antes de su viaje final al Cuzco y ordenó que con los despojos que habían quedado del cadáver embalsamado se hiciesen otros dos «bultos», «el uno que debía permanecer en Quito», inclusive «cierto pedazo de carne» —el corazón al que se refiere Garcilaso—, y el otro para llevarlo consigo doquiera que fuese [27].

Lenta y procesionalmente fue trasladado del Quito al Cuzco el «bulto» funerario del inca Huayna Cápac. Guamán Poma de Ayala nos

[23] J. Betanzos, *op. cit.*, p. 209.

[24] D. Córdova y Salinas, *Crónica franciscana de la provincia del Perú (1651)*, Washington, 1957, p. 18.

[25] J. de Betanzos, *op. cit.*, p. 201.

[26] P. Cieza de León, *op. cit.*, II, p. 232.

[27] J. Betanzos, *op. cit.*, p. 209.

hace conocer, en uno de sus célebres dibujos, las andas donde va el fardo, que representa la figura del Inca como si estuviese vivo, acompañado de la Coya y de uno de sus hijos. Recuerda que uno de sus nombres era «Yllapa». «Lo llevan a enterrallo al Cuzco», dice una leyenda; y otra, «traen el defunto de Quito a enterrallo a su bóveda real del Cuzco» [28]. Y en el texto recuerda el comienzo de la guerra fratricida entre los dos hermanos Huáscar y Atahualpa.

¿Cómo era Quito al tiempo de asumir Atahualpa el poder? Podemos imaginarlo a base de una serie de datos concretos. El esplendor de la urbe puede adivinarse por este testimonio de Cieza de León: «... había hecho traer (Huayna Cápac) a Quito más de quinientas cargas de oro y más de mil de plata y mucha pedrería y ropa fina...» [29]. La principal edificación era, sin duda, el Cápachuasi, o Palacio del Inca, o «casas» de Huayna Cápac, según las denomina Betanzos. Era un enorme complejo de edificaciones, *canchas* o patios, depósitos, aposentos militares, piscinas y jardines, que se extendía desde la gran explanada de acceso o Jatuncancha —la misma plaza que hasta hoy existe delante de la iglesia de San Francisco— hacia el oeste, por los declives del Pichincha, volcán sagrado y tutelar desde los orígenes. Los cuerpos principales del palacio se hallaban desde donde hoy están los tanques de agua de «El Placer», topónimo castellano que data de tiempos inmemoriales, hasta la parte alta de El Cebollar. Al respecto hay definitiva prueba documental en el *Libro Verde*, o sea el *Primer Libro de Cabildos de la Ciudad de Quito*, en donde por dos ocasiones se mencionan las «casas de placer» del Inca, en la segunda vez nombrando expresamente a Huayna Cápac:

> En IV días del mes de abril de 1537... señalaron para Nuestra Señora de la Merced quatro solares en el sitio cuesta arriba del solar de Juan Lobato, como desciende el agua y va a la calle sobre man derecha, linde con unos edificios antiguos donde estaban las casas de placer del señor natural...; En IIII días de abril de MCCDXXXVII años. A nuestra Señora de La Merced se le señaló e proveyó dos fanegas de tierra en sembradura, en la halda del cerro que está fron de las casas que eran de placer de Guaynacaba... [30].

[28] Guaman Poma de Ayala, *Nueva corónica y buen gobierno (1620)*, París, 1936, lám. 77.
[29] P. Cieza de León, *op. cit.*, II, p. 231.
[30] *Archivo del municipio de Quito, Libro Primero de Cabildos*, p. 128.

El franciscano Córdova y Salinas refiere, hacia 1651, que el monasterio de San Francisco se construyó «en el sitio y lugar donde solían vivir los capitanes más poderosos del inca» y cita al arzobispo Gonzaga, quien en 1587 escribía que el convento e iglesia de San Francisco «entre los primeros y principales edificios de la ciudad ocupa el mejor lugar» [31].

Hacia la parte posterior del palacio se encontraban los depósitos. Justamente a ellos se refiere fray Jodoco Ricke cuando solicita al cabildo de Quito, el 31 de abril de 1537, que se le amplíen las tierras de San Francisco «desde el depósito que solía ser», a las espaldas del monasterio. Aquerenciados a la parte trasera del Ingahuasi, los yanacona del palacio quedaron a la llegada de los franciscanos a su servicio. El mismo Córdova y Salinas hace constar que «a instancias de los frailes les concedió el señor Emperador Carlos V unas tierras, las cuales se extienden una legua desde el Convento hasta el cerro que llaman Pichinche, y estos indios son los yanaconas del convento».

Delante de la gran cancha pasaba la calle principal o Jatunñán, que conducía por una parte a Huanacauri, hoy San Juan, para ir al templo de la luna; y por otra, el Yavirac, para subir por un ramal al templo del sol. Era una calle angosta, no obstante ser la principal, pues así las hacían en las urbes incaicas, y tal se conservó, pese a que las otras que luego trazaron los españoles sobre los senderos aborígenes, paralelas a ella, eran más amplias. Hasta hoy la gente mayor llama «calle angosta» a la que denominamos «Benalcázar». La otra vía, perpendicular a ésta, existente desde aquella época, es la actual Rocafuerte, que iba desde «La Chorrera», en las estribaciones del Pichincha, a la Loma Grande, bordeando la quebrada del Auqui. De esta calle partía otra, perpendicular, pero paralela al Jatunñán, que se dirigía al norte, para continuar por el Ingañán hasta Caranqui: parte de la actual calle Guayaquil tiene el mismo trazo, y justamente, como ahora, al sobrepasar la garganta que forman San Juan y el Itchimbía, es decir en San Blas, el camino se dividía [32].

El Intihuasi del Panecillo fue descrito con minuciosidad por el padre Velasco, basándose en el relato de fray Marcos de Niza:

[31] D. Córdova y Salinas, *op. cit.*, pp. 1033 y ss.
[32] L. Andrade Marín, *Geografía e historia de la Ciudad de Quito*, Quito, 1966.

> ... ocupaba —dice— el pequeño plan de la cumbre..., era de figura cuadrada, todo de piedra labrada con bastante perfección, con cubierta piramidal y con una gran puerta al oriente, por donde herían los primeros rayos del sol a su imagen representada en oro...; sus observatorios astronómicos adjuntos se reducían a dos bien fabricadas columnas a los dos lados de la gran puerta, los cuales eran perfectos gnomones para observar los dos solsticios, en los cuales se hacían las fiestas principales del año. En contorno de la plaza estaban otras 12 pequeñas columnas o postes de piedra, que indicaban los meses del año y cada uno señalaba con su sombra el principio del mes que le correspondía... El templo fue magníficamente reedificado por Huayna Cápac...,

pues ya existía levantado desde la época de los quitos [33].

Con razón, pues, el insigne etnógrafo francés doctor Louis Baudin confirmando un criterio ya emitido por Prescott afirma: «Bajo la línea ecuatorial los pilares no daban sombra al mediodía durante los días de equinoccio, y por eso Quito, situada cerca de esa línea, era considerada como una ciudad santa...» [34]. Los ojos de agua que manaban al sureste del Yavirac eran conocidos y utilizados desde remotos tiempos y el bañarse en ellos tenía carácter ritual.

El templo de la luna, en San Juan, es descrito así por Velasco:

> Era redondo, con varias troneras, dispuestas de manera que siempre entraba por alguna de ellas la luz de la luna a herir en su imagen hecha de plata, colocada en medio. Encima de ella correspondía un cielo formado de lienzos, de algodón de color azul, donde estaban colocadas muchas estrellas también de plata... [35].

Los incas bautizaron con muchos nombres pintorescos, que hasta hoy se conservan, el paisaje quiteño. Así como hoy podemos identificar, aunque no siempre traducir, los nombres correspondientes a las diversas etapas preíncas, así podemos señalar las voces quichuas y darles el correspondiente significado español. Añadamos a los que hemos ido mencionando algunos más como: Pugyupamba, Alpahuasi, Chaguarquingo, Luluncoto, Chaguarcucho, Pambachupa, Cochapamba, Milli-

[33] J. de Velasco, *op. cit.*, II, p. 65.
[34] L. Baudin, *op. cit.*, p. 186.
[35] J. de Velasco, *op. cit.*, II, p. 65.

cocha, etc. A las dos cumbres del Pichincha les llamaron Rucu y Guagua, o sea, el viejo y el niño, y lo curioso es que la ciencia actual ha venido a confirmar la denominación, señalando la modernidad geológica del segundo con relación al primero, lo que nos obliga a mirar con más respeto los posibles conocimientos técnicos de nuestros aborígenes.

Últimamente, el arqueólogo P. Porras Garcés ha podido presentar evidentes vestigios del Quito incásico, no solamente numerosas piedras reutilizadas en las construcciones españolas posteriores sino, inclusive, un muro perteneciente a las casas que para su uso comenzó a construir Atahualpa, siguiendo la tradición de los incas del Cuzco de hacerse edificar un palacio que perpetuase su nombre en la capital imperial. Luego nos referiremos al proyecto del infortunado monarca quiteño de trasladar a Quito la sede del Tawantinsuyu.

Ese muro sirve hoy de frontis fundamental al atrio del mismísimo Palacio de Carondelet, es decir, el Palacio de Gobierno, sede de los presidentes del Ecuador, a cuyo efecto Porras Garcés presenta pruebas no sólo arqueológicas sino también documentales, relacionadas éstas con las escrituras de transferencia de dominio de los solares adjudicados a los primeros conquistadores españoles, investigación en la que han hecho aportes los historiadores padre Vargas, R. Descalzi y F. Jurado Noboa [36].

La disputa que a la muerte de Huayna Cápac sobrevino entre sus herederos, Atahualpa y Huáscar, por la posesión total del imperio, culminó en larga y sangrienta contienda fratricida. Obligado, pese a su repugnancia, a la guerra a que le desafiaba Huáscar, en la que hasta el último instante no quiso participar, invadidas sus tierras por Atoco, en nombre del Cuzco, el deber de Atahualpa era animar a sus tropas y combatir. Todos sus ejércitos se reunieron, para la arenga final, allí mismo donde su padre había tenido su campamento militar, en la gran planicie existente entre el Panecillo y las ciénegas de Turubamba, lugar que, curiosamente, hasta nuestros mismos días está vinculado a la vida castrense con una serie de cuarteles. También concurrió una gran multitud a la revista que el monarca había de pasar a sus tropas. «No quedó persona en seis leguas a la redonda que allí no viniese», cuenta Cabello

[36] P. I. Porras, «Reliquias incásicas en el casco colonial de Quito», en *Temas de Investigación*, Quito, 1989, pp. 235-265.

Balboa. Calicuchima dio a conocer al soberano el apoyo general a su causa.

> A nosotros los que jamás temimos armas —dijo— mal nos podrían poner miedo palabras... Pelead como varones, que en la defensa de vuestra tierra peleáis. Apercibíos, hermanos, con varonil denuedo, no a morir sino a vencer, no a huir sino a avanzar, porque el que es cobarde, en su propio escondrijo halla la muerte, y el valeroso, con hacerle rostro, la espanta [37].

El mismo cronista Cabello Balboa, que escribió su obra hacia 1580, apenas 50 años después de los hechos, cuenta cómo, al día siguiente, «salió el Inga gozando de la vista de sus escuadrones, hasta dejarlos fuera de las llanuras de Chillogallo». Tiempo después él mismo salió de Quito y marchó a Tomebamba para participar en la campaña. En la ciudad donde naciera su padre, es decir, la actual Cuenca, recibió casi simultáneamente dos noticias distintas: la entrada victoriosa de sus generales en el Cuzco, luego de derrotar a Huáscar en Quipaipán y hacerle prisionero, y la aparición de los españoles en la costa.

La guerra había sido larga, cruel y sangrienta, y culminó con el triunfo absoluto de Atahualpa y la implacable represión implantada por sus generales en el Cuzco. Cuando el Inca quiteño llega a Cajamarca y avanza a Huamachuco, donde destruye en persona el famoso ídolo que en la huaca de aquel lugar se veneraba, tiene una serie de confidencias con Cuxi Yupangui, uno de sus generales. Betanzos recoge las palabras de Atahualpa, que nos permiten conocer su «proyecto» político: eliminación total de todos los cuzqueños partidarios de Huáscar, inclusive sus propios parientes y aun las mujeres, salvo las doncellas; despoblación de la ciudad del Cuzco, hasta 30 leguas a la redonda, cuyos habitantes deben ser trasladados, reducidos a la condición de mitimaes, y construcción de una nueva capital del Tawantinsuyu en Quito: «... de Caxamalca pienso ir al Quito donde pienso edificar nuevo Cuzco...». Cuxi Yupangui recibe la orden de transmitir el mensaje a todos los capitanes de Atahualpa y lo cumple al pie de la letra: «... habéis de saber que el Ynga Nuestro Señor no piensa venir a esta ciudad (del Cuzco) sino volver desde Guamachuco al Quito y allí poblar nuevo Cuzco...» [38].

[37] M. Cabello Balboa, *Miscelánea antártida (1586)*, Quito, 1945, pp. 397-398.
[38] J. Betanzos, *op. cit.*, pp. 251 y 261.

Poco más tarde, Atahualpa y Pizarro habían de confluir en Cajamarca, donde se produjo el golpe de mano que puso fin al Tawantinsuyu, eclipsó el dominio solar de los incas y dio comienzo a la civilización y cultura hispánicas en la América del Sur.

La expedición española

Descubrimiento de la costa ecuatorial

El piloto de Palos de Moguer Bartolomé Ruiz, en 1526, descubrió las costas del actual Ecuador en un pequeño barquichuelo, obedeciendo instrucciones del capitán Francisco Pizarro que quedó esperando en la desembocadura del río San Juan mientras Diego de Almagro volvía a Panamá por socorros. Ruiz hizo aquel inicial recorrido hasta cerca del golfo de Guayaquil, y durante ese viaje él y sus tripulantes fueron los primeros españoles que, junto al litoral de Sudamérica, atravesaron la línea equinoccial. También encontraron una balsa conducida por navegantes aborígenes de Manabí, cargada de objetos algunos de ellos valiosos, que les permitieron avizorar las riquezas que aquellas tierras guardaban, y recibieron la noticia de que más al sur había un poderoso monarca poseedor de inmensos tesoros, todo lo cual acicateó a los españoles.

Con aquellos informes, Pizarro y Almagro resolvieron continuar tozudamente en una empresa que hasta entonces tantas dificultades les había ocasionado. En 1531, ya en la expedición definitiva, durante la cual Pizarro volvió a recorrer las costas ecuatorianas, en Coaque, costa manabita a orillas del Pacífico, estableció un campamento. Allí recibió los refuerzos del veterano capitán Sebastián de Benalcázar que venía desde Centroamérica. En la isla de la Puná se le unió Hernando de Soto. Poco después inició, desde Tumbes, la incursión que a través de los Andes le conduciría a Cajamarca.

El 16 de noviembre de 1532, con el dramático golpe de mano en la plaza de Cajamarca, Pizarro, luego de la desafortunada intervención misionera de fray Vicente Valverde, se apoderó de Atahualpa, emperador del Tawantinsuyu, inca quiteño que acababa de vencer a su hermano cuzqueño Huáscar. El emperador cautivo negoció cuantioso rescate, ordenó recogerlo, como en efecto se hizo, y traerlo a Cajamarca, pero el

sábado 26 de julio de 1533, fue ejecutado por Pizarro, su vencedor. La muerte de Atahualpa fue recibida con no disimulada alegría entre los incas del Cuzco, que veían en él un usurpador advenedizo, pero llorada particularmente en el Quito. Los generales de las tropas quiteñas —Quizquiz, Calicuchima, Rumiñahui— iniciaron escaramuzas de resistencia que al fin fueron vencidas.

La prisión de Atahualpa; el rescate y su reparto; el proceso, sentencia, bautismo y ejecución del desdichado Atahualpa, todo ello ocurrió con vertiginosa rapidez en Cajamarca. Pizarro, de riguroso luto, asistió a los funerales del Inca y le hizo enterrar. Pero he aquí que en una de las noches siguientes, cuando nadie menos lo pensaba, el cadáver del desafortunado monarca quiteño fue subrepticiamente exhumado por fieles y llorosos vasallos y trasladado a Quito. «Desenterraron el cuerpo de Atabalipa dos mil indios de guerra —dice Gómara— y lo llevaron a Quito como él mandara. Rumiñahui los recibió en Liribamba muy bien, y con la pompa y ceremonia que a los huesos de tan gran príncipe acostumbran» [39]. Zárate agrega que «hizo enterrar el cuerpo con gran solemnidad según la costumbre de la tierra» [40], y Benzoni, que estuvo en Quito entre 1547 y 1550, es decir, aproximadamente 15 años después de la muerte de Atahualpa, dice:

> Lo han sepultado en los alrededores de Quito, al lado de sus antecesores, con gran cantidad de oro y plata, trabajada en forma de hombres y mujeres y aun de diversas variedades de animales y peces. Muchos españoles han atormentado a los indios para que confiesen dónde está sepultado, mas nunca ha habido manera de que lo digan, y nunca lo dirán, ni aun cuando los maten a todos [41].

En seguida vino el reparto del áureo rescate que Atahualpa había ofrecido al ordenar que de todos los lugares del imperio viniesen a Cajamarca cargas de oro y plata.

[39] F. López de Gómara, *Historia General de las Indias (1581)*, México, I, p. 207.

[40] A. Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella (1555)*, Madrid, 1858.

[41] M. Girolamo Benzoni, *La Historia del Mundo Nuevo* (1565), Caracas, 1967, p. 205.

La campaña de Benalcázar sobre Quito

Sebastián de Benalcázar, que había tomado parte activa y audaz en la impresionante tarde cajamarquina, fue el primero entre los conquistadores españoles que advirtió la importancia de la región andino-ecuatorial. Quizá en sus conversaciones con el propio Inca quiteño vislumbró que esa zona del norte contenía no sólo una ciudad ambicionable, sino que era también una amplia y rica región con particularidades geográficas diferenciales, integrada políticamente en una unidad distinta del Cuzco. Benalcázar logró de Pizarro un destino en la recién fundada San Miguel de Piura y desde allí partió por su cuenta al norte, rumbo a Quito, en «marcha al país de los volcanes» [42].

En Tomebamba, los castellanos son recibidos en triunfo, como vengadores contra la tiranía de Atahualpa que allí había hecho prevalecer su furor. Los cañaris, desde entonces fieles aliados de Benalcázar en la difícil campaña, le ayudan a sortear peligros, destruir las trampas tendidas por todo el camino, sortear riesgos, luchar y vencer a Rumiñahui, que poco antes había pasado por allí ejercitando nuevas venganzas. Chaparra, uno de los caciques cañaris, provee a Benalcázcar de un plano del camino imperial que conduce de Tomebamba a Quito y Caranqui, así como de las vías accesorias.

Rumiñahui se retiró en busca de mejores posiciones. Las halló en Tiocajas, donde tuvo lugar una gran batalla con los ejércitos quiteños. Tras varias escaramuzas y nuevas batallas, Benalcázar y los suyos llegaron a las proximidades de Quito, la noticia de cuyas riquezas había ido aumentando conforme se acercaban. Junto a las goteras de la ciudad hubo un último encuentro: habíanse atrincherado los indígenas tras una quebrada, al mando de Quimbalembo, cacique de los Chillos, pero tras recio y persistente ataque la sobrepasaron los españoles. Rumiñahui, que había acaudillado la altiva y obstinada resistencia, sacrificó en Quito a las vírgenes del sol, acllas y ñustas de la familia de Atahualpa que, en número de 300, se negaron a acompañarle en su retirada. Uno como vértigo de sangre dominaba por entonces al indoblegable guerrillero, que exterminó en forma implacable a cuantos se resistían a proseguir su lucha sin cuartel.

[42] M. Lucena Salmoral, *Sebastián de Benalcázar*, Madrid, 1987, pp. 29 y ss.

> Ayudado de los pocos que le habían quedado fieles —relata el padre Velasco— sacó todo el inmenso tesoro de Atahualpa, que estaba en su poder; y como no podía transportarlo todo, sepultó la mayor parte con tal artificio y astucia que fue y es hasta el día de hoy el mayor misterio. Sacó de la ciudad cuanto pudo cargar su gente; incendió el palacio, los templos del Sol y la Luna, los almacenes y todo cuanto quiso que no lograsen los cristianos; cortó los conductos de todas las fuentes y arruinó del todo cuanto le fue posible. Viendo, al salir ya de la ciudad, que todavía no llegaban los cristianos, volvió a entrar en ella y le prendió fuego por diversas partes, de modo que se consumió casi toda, porque, habiendo huido de temor suyo casi todas las gentes, no hubo quien apagase las casas ni las defendiese del general incendio, sin que quedasen más que algunas tristes reliquias [43].

La primera entrada de Benalcázar en Quito ocurrió hacia junio de 1534. Había durado su marcha cerca de cuatro meses de incesante guerrear, en los que había librado 10 grandes combates e innumerables escaramuzas y perdido casi 20 españoles, o sea, el 10 % de sus fuerzas, y gran número de cañaris que rubricaban con la muerte aquella extraña alianza. Pero el botín de la gran ciudad de Atahualpa resultó insignificante: «entendióse luego, en buscar con diligencia, el tesoro y ninguno se halló —refiere Herrera—: fue grande la tristeza y melancolía de los soldados, por hallar vana su esperanza después de tantos y tan grandes trabajos». «La ciudad fue el único fruto de sus victorias —anota Prescott—, es decir, la concha sin la perla» [44].

Un nuevo ataque frontal de Rumiñahui, rechazado por los conquistadores, y las incursiones españolas en El Quinche y Caranqui precedieron a una doble noticia que se recibió en julio: la venida del mariscal Diego de Almagro, desde el sur, a tomar cuentas a Benalcázar en nombre de Pizarro, y la llegada de la expedición del adelantado don Pedro de Alvarado, desde Guatemala, para disputar a todos la conquista. Benalcázar regresó entonces precipitadamente a Riobamba, a donde llegó a comienzos de agosto. Almagro había avanzado también hasta Quito, sosteniendo algunas escaramuzas, por ejemplo, la conquista del «palenque de Píntag», un pucará junto al pueblo de este nombre, para alegar actos de autoridad por si fuera menester en la discusión con Benalcázar. Volvió asimismo a Riobamba el representante de Pizarro, pero no

[43] J. de Velasco, *op. cit.*, II, pp. 219-220.
[44] G. H. Prescott, *Historia de la conquista del Perú (1847)*, Buenos Aires, 1967, p. 324.

hubo lugar a polémica mayor con Benalcázar, su compadre, que se sujetó sin más, uno y otro urgidos del sentimiento de unidad para enfrentar el peligro de Alvarado.

El asentamiento español

Actas fundacionales de Santiago y San Francisco de Quito

El 15 de agosto de 1534, «en el pueblo de Riobamba», Almagro hizo la precipitada fundación de la ciudad de Santiago de Quito para presentar a Alvarado, como un hecho jurídico irrefutable, la primacía en este territorio. Se hizo constar, no sin falsear de algún modo la verdad en perjuicio de Benalcázar, verdadero caudillo del avance castellano sobre la región andino-ecuatorial, que el mariscal don Diego de Almagro «en nombre de Su Majestad ha conquistado y pacificado estas provincias de Quito y ha placido a Nuestro Señor que los más señores y principales indios della estén como están pacíficos y debajo del yugo y obediencia de Su Majestad». Fueron nombrados alcaldes y regidores varios subordinados de la entera confianza de Almagro, a quienes se tomó juramento, y Benalcázar —que carecía de facultades propias y a la postre era subordinado de Pizarro— se resignó a figurar solamente como testigo. El 17 se nombraron procurador y mayordomo de la ciudad y el 20 se inscribieron como vecinos solamente seis castellanos [45].

Poco después comenzó el enfrentamiento con Alvarado en el que estuvieron los españoles a punto de irse a las manos. Prevaleció al fin la cordura, hubo un entendimiento y Almagro compró a aquél sus derechos y navíos en 100.000 pesos de oro. Los hombres de Alvarado quedaron en libertad de acogerse a las banderas de Almagro y Benalcázar: la mayor parte de ellos lo hizo así. Reunidos los tres contingentes sumaban casi 800 hombres, el mayor ejército castellano hasta entonces visto en Sudamérica. Antes de marchar juntos Almagro y Alvarado a dar cuenta a Pizarro del avenimiento, el 28 de agosto de 1534 don Diego hizo «en la ciudad de Santiago», es decir, en Riobamba, la fundación de «la villa de San Francisco de Quito», autorizando su traslado «al sitio o

[45] *Archivo del municipio de Quito; Libro Primero de Cabildos de Quito*, pp. 25 a 42.

asiento donde está el pueblo que en lengua de indios ahora se llama Quito» [46]. Fueron nombrados alcaldes y regidores. Dos de éstos y algunos de los vecinos de Santiago de Quito acompañaron poco después a Almagro en su marcha al sur.

Nueva entrada de Benalcázar en Quito y fundación efectiva

Mientras Almagro y Alvarado marchaban en busca de Pizarro, también Benalcázar inició enseguida su retorno hacia el norte, pero demoró tres meses en llegar a Quito por la resistencia que Rumiñahui volvió a ofrecerle. En Píllaro y Sigchos, dos fortalezas de la resistencia indígena, hubo enconados combates. Mientras Benalcázar enfrentaba allí a Rumiñahui, Zopozopagua y otros caciques, Ampudia y Tapia cumplían la orden de avanzar hacia Quito, a donde llegaron el 4 de octubre de 1534. El cura poeta Juan de Castellanos nos hace saber la llegada de esa avanzadilla, pues dice que «... a Quito dirigeron su carrera / y comenzaron a fundar aprisco / el día del seráfico Francisco...» [47]. Ésa es, pues, una de las causas de que la ciudad haya mantenido con fervor su nombre de San Francisco de Quito, sin perjuicio del homenaje a Pizarro dispuesto por Almagro en Riobamba.

Finalmente, el propio Benalcázar avanzó hacia Quito, no sin antes vencer a Quimbalembo, cacique de los Chillos, en un último encuentro sostenido entre Uyumbicho y Amaguaña. El 5 de diciembre llegó el capitán de las huestes españolas a Turubamba, por el camino de la cumbre de Puengasí, y pasó la noche probablemente en el tambo-pucará de San Bartolo. Al día siguiente entró en Quito, donde le esperaba la avanzadilla que había llegado dos meses antes, y realizó la ceremonia de fundación efectiva de la ciudad, cumpliendo de ese modo lo dispuesto por Almagro en el acta de 28 de agosto de ese mismo año de 1534, suscrita en Riobamba.

A «seis días del mes de diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mile e quinientos e trenta e cuatro años —según dice el acta de instalación del Cabildo—, el muy noble señor Sebastián de Benalcázar», por medio del escribano Gonzalo Díaz, mandó notifi-

[46] *Ibid.*, pp. 45-48.
[47] J. de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias* (1589), Madrid, 1944, p. 450.

car a los alcaldes y regidores designados el 28 de agosto en Santiago de Quito, es decir, en Riobamba, que tomasen posesión de sus cargos, y ordenó pregonar que todos los españoles que quisiesen residir en San Francisco de Quito asentasen sus nombres como vecinos en el Acta que se suscribió [48]. Diego de Tapia y Juan de Ampudia, como alcaldes, y como regidores Alonso Fernández, Juan de Padilla, Rodrigo Núñez, Diego Martín de Utrera y Pedro de Añasco, en acatamiento a lo mandado, integraron por primera vez el Cabildo de la Villa, y acto seguido, ellos y sus compañeros, en total 204 personas con Benalcázar, esto es, los primeros vecinos y fundadores de la ciudad, se hicieron inscribir en el acta que dio vida real a San Francisco de Quito. Sus nombres constan ahora grabados en los muros de la catedral, de cara a la plaza Mayor.

Los defensores aborígenes de Quito, o perecieron en la ruda lucha, o fueron ejecutados una vez cautivos, o terminaron por someterse. Benalcázar no había permanecido tranquilo en la nueva ciudad porque sospechaba que Rumiñahui, Zopozopagua y Quimbalembo intentarían tarde o temprano alguna nueva sorpresa. Por este motivo apercibió a los suyos que, en sus salidas a los pueblos de la comarca, inquirieran el paradero de esos caudillos. Uno a uno fueron cayendo al fin, e inclusive el propio Rumiñahui, abandonado de todos, fue localizado en unas breñas, entre el Atacatzo y el Ninahuilca, dominado y puesto en cautiverio por una partida compuesta de un jinete y tres infantes. Benalcázar permitió que Ampudia le diera tormento —lo mismo que haría poco después con Zopozopagua—. Ni una palabra ni una queja brotaron de los labios del formidable defensor de Quito. Al fin, murió a saetazos, versión aborigen del martirio de san Sebastián.

En el acta del cabildo quiteño de 25 de junio de 1535 queda clara constancia de que

> se prendieron los principales señores destas provincias que se presumía y tenía por cierto que sabían del oro, plata que se decía en ellas había, que son Orominavi, Zopozopagua y Quingalumbo y Razorazo y Sina y otros sus aliados y amigos, con los cuales se hicieron todas las diligencias posibles y se trabajó mucho con ellos en los velar y guardar, como en ir con ellos a muchas partes que ellos decían, no embargante lo cual no quisieron ellos decir cosa ninguna, por razón de lo cual y de los delitos que co-

[48] *Archivo del municipio de Quito, Libro Primero de Cabildos*, pp. 49-57.

metieron se ha hecho justicia de ellos, por manera que al presente ninguno hay [49].

Traza de la villa

Dos fueron las preocupaciones iniciales de Benalcázar: la organización completa del municipio recién instaurado y el asentamiento definitivo de sus vecinos, para lo cual debían ser organizados todos los servicios y, en primer lugar, la traza de la nueva villa para la asignación de solares a cada uno de sus pobladores, así como de espacios comunales.

Los dos alcaldes y ocho regidores ya habían sido designados en el acta fundacional del 28 de agosto por el propio Almagro, en virtud de facultades delegadas otorgadas por Pizarro, de las que hasta entonces había carecido Benalcázar, y por tanto en nombre del rey; pero los menesteres de descubrimiento y conquista, así como las necesarias idas y venidas de Pizarro, jefe de todos los expedicionarios, que a su vez continuaba en el sur su periplo conquistador y poblacional, hacían difícil la permanencia definitiva de cuantos se asentaron en el padrón del 6 de diciembre. Había, pues, que designar reemplazos y, por otra parte, completar la organización administrativa del municipio, base de la vida comunal, motor dinámico de las actividades vitales que daban comienzo, y expresión, aunque todavía incipiente, del «común», es decir, de todos los vecinos, célula por tanto de lo que con el tiempo se llamaría vida democrática.

El Cabildo —dice el padre Vargas— fue el elemento formal de las nuevas sociedades. Representaba el poder jurídico y político que entrañaba todas las funciones públicas. Justicia y regimiento rezaban las actas, pero de hecho encarnaba los poderes legislativo, ejecutivo y judicial [50].

Se procedió, en consecuencia, a designar paulatinamente las personas que debían desempeñar diversas funciones, tanto por nombramiento hecho por Benalcázar, teniente de gobernador en representa-

[49] *Ibid.*, p. 103.
[50] J. M. Vargas, O. P., *Historia del Ecuador. Siglo XVI, Quito,* 1977, pp. 21 y ss.

ción de Pizarro, cuanto para las tareas edilicias, competencia del cabildo. Por las actas iniciales y otros documentos conocemos las designaciones efectuadas al respecto. Alguaciles mayor y menores para el cobro de impuestos, embargos y prisiones; fiel ejecutor, para cuidar la exactitud de todas las medidas en particular de pan, vino y aceite, ordenar la medición de las tierras y su amojonamiento; adarife, para policía urbana, higiene pública y medición de solares y tierras; procurador, para llevar la palabra de los vecinos a las autoridades superiores, inclusive a España si a ello hubiere lugar; escribano, para dar fe de todos los documentos y transacciones; tenedor de bienes de difuntos, pues el fragor de la lucha descubridora causaba bajas cuyos efectos personales debían ser custodiados; mayordomo, para la administración de los ingresos fiscales, y, en fin, cuantos otros nombramientos fuesen menester.

La ubicación de la nueva villa, dispuesta por Benalcázar, fue la misma de la urbe aborigen, pues reunía los requisitos establecidos por la naciente legislación española de Indias. Sin embargo, desde el comienzo surgieron críticas por estar acunada Quito en tan fragorosa topografía. Sus posibilidades para una defensa efectiva han sido los argumentos a favor más utilizados, y quizá ello influyó desde el comienzo, cuando el asentamiento cara sobre los primigenios quitus, de los incas sobre aquéllos y ahora de los españoles sobre éstos. No hay que olvidar que Quito había sido escenario de luchas sin cuartel y que en menos de 100 años había sufrido dos tremendas y cataclísmicas subyugaciones, que habían traído civilizaciones y conceptos totalmente diversos, primero la de los incas y ahora la de los iberos.

La razón principal fue, sin embargo, que Benalcázar quiso aprovechar desde el comienzo, para el alojamiento de su mesnada, las construcciones ya existentes de la ciudad inca, no destruida del todo por la política de tierra arrasada de Rumiñahui, que la incendió y trató de destruir, ni demolida del todo por Ampudia, en busca de los tesoros que la fama atribuía a la capital de Atahualpa. Pero la urbe incaica apenas se basaba en pocas calles básicas y en una serie de chaquiñanes adecuados para la topografía de la terraza de Quito, atravesada por las quebradas que bajan del Pichincha, en especial la Ullaguanga Huayco y la Quinguhuayco. Convenía ampliar el incipiente damero del urbanismo incaico, de acuerdo con las nuevas normas en parte coincidentes que para el naciente urbanismo hispánico se habían venido dictando y que ya habían sido aplicadas en Santo Domingo, México y Panamá.

Se ha señalado con acierto que la data del 20 de diciembre de 1534, 14 días apenas después de la fundación efectiva del día 6, en que se hizo la traza de la nueva villa, puede ser considerada como fecha real de su nacimiento [51]. La importancia de tal día es verdadera y bien podría decirse que el 28 de agosto, el 6 y el 20 de diciembre forman parte de un solo proceso vital: la génesis española de San Francisco de Quito. Se procedió, pues, al reparto de solares a los nuevos vecinos, siguiendo también en esto las nuevas normas dictadas por el rey, bien conocidas por muchos de los conquistadores que habían participado ya en tareas de asentamiento y población de villas en otros lugares, antes de su llegada a Quito.

La traza debía contemplar manzanas, calles y plazas. En aquéllas se disponían los solares para los nuevos vecinos, de acuerdo a normas ya fijas: cada manzana debía tener dos, cuatro y hasta ocho solares, según la importancia del adjudicatario. En el caso de Quito parece que se previeron dos solares para cada fundador. Y las medidas, en pies castellanos, eran también predeterminadas, de modo que el amojonamiento no ofreciera dificultades. El historiador alemán Schottelius, que ha estudiado minuciosamente el asunto, deduce que «el tamaño de un solar normal debía haber comportado para Quito 55 por 110 pies, lo que corresponde muy aproximadamente a las prescripciones de la cédula de 18 de junio de 1513, vigente al efecto. La magnitud de la superficie total prevista por lo pronto para la construcción —concluye— comprendería por tanto 408 solares, o sea 57 manzanas, suponiendo que los 204 primeros vecinos del primer padrón hayan recibido cada uno dos solares [52], y que en los siguientes 15 años hayan sido dados 50 solares a nuevos pobladores...» [53].

Se procedió luego a determinar los ejidos destinados a tierras comunales, al norte la llanura de Iñaquito, y al sur, la de Turubamba. Muy amplios al comienzo, pronto empezaron a ser menoscabados por intereses particulares, en especial de antiguos y nuevos vecinos que también requerían tierras y estancias.

[51] R. Descalzi, *La Real Audiencia de Quito, claustro en los Andes,* Quito, 1978, I, p. 53.

[52] *Archivo del municipio de Quito, Libro Primero de Cabildos,* I, 50-57.

[53] J. W. Schottelius, «La fundación de Quito. Plan y construcción de una ciudad colonial hispanoamericana», *Publicaciones del Archivo Municipal de Quito,* XVIII, 1941, pp. 157-158.

Aparte de los solares para los suscriptores del padrón del 6 de diciembre, poco a poco se efectuaron algunas adjudicaciones especiales. Ya el 5 de enero de 1535, fray Jodoco Ricke solicita tierras para los franciscanos y las obtiene en las partes bajas de los antiguos reales aposentos de Huayna Cápac; de inmediato se preocupa en iniciar el cultivo del trigo, quizá conjugando la necesidad tanto de harina para las hostias requeridas por la diaria celebración de misas y sin duda la administración del sacramento de la Eucaristía, cuanto la alimentación de los nuevos colonos.

Pronto se señalan tierras para la Virgen de Mercedes, en las proximidades de las casas de placer del inca Huayna Cápac, es decir, de su palacio: ello explica la cercanía de franciscanos y mercedarios en la recién fundada villa de Quito, vecindad que hasta ahora se mantiene. No hay que olvidar que también al padre Juan Rodríguez, primer cura designado por el cabildo, se le asignaron tierras para la iglesia junto a la plaza Mayor proyectada según la nueva traza, donde ahora se halla la catedral.

Obviamente, las primeras construcciones españolas se realizaron utilizando en lo posible las indígenas, que no habían sido totalmente destruidas, pero en todo caso se reutilizaron sus materiales, en cuanto podían servir, de modo particular las piedras de los palacios incaicos, tanto el de Huayna Cápac, que alcanzó esplendor, cuanto el que Atahualpa había comenzado a construir, así como los restos de los templos del sol y la luna, totalmente demolidos ante todo por el concepto entonces absolutamente dominante de extirpar la idolatría aborigen y sus santuarios pero también por el interés de buscar tesoros, verdadera obsesión de buena parte de los primeros pobladores hispanos.

Lamentablemente, el plano original con la traza de la villa de Quito se ha perdido. Sólo han podido efectuarse parciales reconstrucciones hipotéticas del mismo, y el primero en intentarlo fue el erudito profesor berlinés Schottelius en el presente siglo, aunque posteriormente otros investigadores han sugerido hipótesis basándose en datos constantes en escrituras de transferencia del dominio de tierras que, aunque del siglo XVI, son muy posteriores y sólo referenciales con respecto al trazado original de Quito, que Benalcázar y el naciente cabildo dispusieron y llevaron a efecto. La culminación de todo el proceso fue, no sólo el nacimiento del Quito hispánico, con la configuración básica que hasta ahora se conserva en el área denominada en este siglo XX primeramente

como «casco colonial» y después como «centro histórico», sino además la subyugación definitiva y total de los indígenas.

PRIMEROS AÑOS FUNDACIONALES Y SUS INCIDENCIAS

Quito, núcleo centrífugo de nuevas exploraciones españolas

San Francisco de Quito se convirtió pronto en un emporio de actividad española, núcleo de atracción centrípeta para conquistadores que deseaban transformarse en colonos y centrífugo punto de partida de nuevas expediciones fundadoras y misioneras. Esta gran movilidad obedecía a las necesidades de dotar a Quito de vías de acceso a la Mar del Sur y también al surgimiento de las primeras noticias sobre la existencia de El Dorado. Cumpliendo órdenes de Benalcázar partieron hacia el norte Juan de Ampudia; hacia el este, a las costas del Pacífico, Pedro de Puelles; hacia el suroeste, al golfo de Guayaquil, el propio Sebastián de Benalcázar, que realizó la fundación de aquel puerto, sólo consolidada por Francisco de Orellana el 25 de julio de 1538. Luego de regresar a Quito había de salir el mismo Benalcázar, en incontenible galope de centauro hacia el norte, para fundar Popayán y Cali y confluir en Bogotá con Jiménez de Quesada y Federman [54]. Y también comenzaron desde Quito las exploraciones al este, hacia el País de la Canela. Estas expediciones fueron culminando en nuevos asentamientos. A más de Quito y Guayaquil fueron, pues, fundadas, San Gregorio de Portoviejo el 12 de marzo de 1535 por Francisco Pacheco; los asientos de Ambato, Riobamba y Chimbo y los puertos de Atacames, Manta y Bahía de Caráquez; Loja, por Alonso de Mercadillo, en 1548; Santa Ana de los Ríos de Cuenca, el 12 de abril de 1557, por Gil Ramírez Dávalos, de orden del virrey del Perú Andrés Hurtado de Mendoza; Zaruma, al finalizar el siglo XVI, y la villa de Ibarra, al comenzar el XVII.

[54] M. Lucena Salmoral, *Sebastián de Benalcázar*, Madrid, 1987, p. 58.

Quito, descubridora del Amazonas

La proteica idea legendaria de «el hombre dorado» dinamiza la actuación de los primeros descubridores y conquistadores de la América del Sur. La recién fundada Quito es no sólo primer núcleo de atención para los ensueños de los buscadores, sino punto mismo de nacimiento de lo que había de transformarse luego en mito. «Quito no es únicamente base de partida sino también centro de influencias», dice al respecto el historiador español Demetrio Ramos [55].

Se muestra Quito como el primer centro del mito de El Dorado, por considerársele lugar de enormes riquezas, sede de la «recámara de Atahualpa», punto de partida para la Tierra de la Canela y zona ecuatorial por excelencia; y después, porque es aquí, precisamente, en donde, al no encontrar tantas riquezas como las esperadas al buscar el tesoro de Atahualpa, se captura a Rumiñahui y al «cacique dorado», un indio que con él venía, que dio la noticia de existir una tierra cuyo cacique máximo era verdaderamente «el Dorado». Junto a Panzaleo —cerca de Machachi— ocurrió esa captura, de la que es actor Luis Daza, y varios de sus compañeros que testificaron el suceso. Todo esto consta en la probanza de aquel conquistador. Lo ratifican fray Pedro Simón, Herrera, Castellano y Fernández de Oviedo [56]. Así nace la noticia que convierte a Quito en punto de partida de muchas expediciones.

La exploración amazónica la inició Gonzalo Díaz de Pineda, nuevo teniente de gobernador de Quito que reemplazó a Benalcázar. En 1538 partió hacia el oriente y llegó a la zona de Quijos. En 1541, Gonzalo Pizarro partió de Quito, mientras Francisco de Orellana, desde Guayaquil, hacía lo mismo, los dos llevados del deseo de explorar el País de la Canela; ambos llegaron hasta el río Coca, donde se construyó un bergantín en el cual Orellana, impedido de volver a su base por la corriente del río Napo, realizó la hazaña descubridora del río Amazonas, el 11 de febrero de 1542, cuyas aguas le llevaron al Atlántico, mientras Gonzalo Pizarro, cansado de esperarle, volvía a Quito en muy precarias condiciones. El dominico fray Gaspar de Carvajal, vicario de Quito, que acompañó a los navegantes como capellán, junto con el mercedario

[55] D. Ramos, *El mito del Dorado. Su génesis y proceso,* Caracas, 1973.
[56] M. Lucena Salmoral, *El mito de El Dorado,* Madrid, 1985, pp. 45 y ss.

fray Gonzalo de Vera, relató con escuetas y a la vez dramáticas palabras aquel hecho [57]. Contó, entonces, el episodio de una tribu de mujeres guerreras, ante cuya vista, de inmediato, los nautas hispanos recordaron el antiguo mito helénico de las Amazonas, perpetuado en el nombre del gran río-mar. Por haber partido la expedición descubridora desde la villa fundada por Benalcázar, el río Amazonas fue conocido durante mucho tiempo con el nombre de río de San Francisco de Quito. Luego sucedió una serie de nuevas exploraciones hacia la región trasandina y las nuevas fundaciones fueron multiplicándose. Hacia fines del siglo XVI había en la región amazónica cuatro gobernaciones dependientes de Quito: Quijos, Macas, Bracamoros y Yaguarzongo. La obra misionera comenzó después de aquellos descubrimientos, primero a cargo de dominicos, franciscanos y mercedarios, y luego de jesuitas.

«La muy noble y muy leal ciudad de Quito»

La importancia que desde su fundación castellana, en parte como reflejo de la categoría que había tenido bajo los incas como sede de la corte de Huayna Cápac y capital de Atahualpa, y el crecimiento que a ojos vistas iba adquiriendo la villa de Quito motivaron a su cabildo y demás vecinos a demandar mercedes a la corte española. En Talavera, el emperador Carlos V suscribió el 14 de marzo de 1541 la Cédula Real por la cual elevaba Quito a la categoría de ciudad. La nueva llenó de júbilo a los quiteños y se leyó en el cabildo:

> Don Carlos, por la Divina Clemencia Emperador Semper Augusto, Rey de Alemania, doña Joana su madre y el mismo don Carlos por la misma gracia Reyes de Castilla, de León, de Aragón..., etc., por la presente es nuestra merced y mandamos que agora y de aquí adelante la dicha villa se llame e intitule Ciudad del Sant Francisco del Quito, y que goce de las preeminencias, prerrogativas e inmunidades que puede y debe gozar por ser ciudad... [58].

[57] G. de Carvajal, *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana* (1535), Madrid, 1894, Quito, 1942 y 1958.

[58] *Archivo del municipio de Quito*, «Colección de cédulas reales dirigidas a la Audiencia de Quito», Quito, 1935, p. 7.

En otra cédula de la misma fecha, Carlos V otorga Escudo de Armas a la ciudad de Quito:

> es en él un castillo de plata, metido entre dos cerros o peñas, de su color, con una cava en el pie de cada uno dellos, de color verde, y ansimismo, encima del dicho castillo una cruz de oro con su pie verde, que la tenga en la mano dos águilas negras grietadas de oro, la una a la mano derecha y la otra a la izquierda, puestas en vuelo, todo en campo de colorado, y por orla un cordón de San Francisco, de oro en campo azul... [59].

Entre los primeros tormentosos episodios del asentamiento español en las nuevas tierras descubiertas por Francisco Pizarro están las violentas pugnas que culminaron en las denominadas «guerras civiles» entre pizarristas y almagristas, es decir, partidarios de aquél o de Diego de Almagro. «La Guerra de Quito» llamó Cieza de León a uno de los episodios de esa trágica pugna. La posesión de la ciudad del Cuzco fue el aparente motivo que desató una rivalidad de antiguas raíces. Durante la sublevación de Manco Cápac fueron sitiadas por los indígenas tanto Lima como el Cuzco. Quito acudió en socorro de la Ciudad de los Reyes con un contingente de españoles e indios cañaris al mando de Diego de Sandoval, uno de los fundadores, quienes contribuyeron a romper el asedio de Lima.

Carlos V y el Consejo de Indias habían dictado por aquella época las «Nuevas Leyes de Indias y Ordenanzas Reales» con el objeto de proteger a los indios de los abusos y exacciones a que les sometían los conquistadores. Para hacerlas cumplir llegó, como I virrey del Perú, el caballero avulense Blasco Núñez de Vela. Gonzalo Pizarro, en el Cuzco, alzó armas contra la autoridad real y en Lima se proclamó capitán general del Perú.

Núñez de Vela fue capturado y enviado a España en un bergantín. Pero el adusto virrey logró desembarcar en Tumbes y arribar a Quito, donde se hizo fuerte. Benalcázar llegó para ayudarle, con refuerzos de Pasto y Popayán. Pizarro, apoyado por muchos de los encomenderos, había reunido también un poderoso ejército y había llegado en persecución del virrey hasta las goteras de Quito. A comienzos de 1546 se dio la batalla final en las llanuras de Iñaquito, donde las tropas virreinales

[59] Municipio de Quito, *La muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito,* Quito, 1949, p. 9.

fueron derrotadas y el mismo Núñez de Vela decapitado (18 de enero de 1546). La rebeldía de Gonzalo Pizarro, alentada por Pedro de Puelles y Rodrigo de Salazar, llegó a despertar, inclusive, ideas de autonomía frente al rey de España; se habló de coronar al caudillo victorioso cuya entrada triunfal en Lima fue apoteósica. Mientras tanto llegó como pacificador Pedro de La Gasca con orden de conceder amnistía general. Pizarro le hizo frente abiertamente y hasta le venció en la batalla de Huarinas. Pero Quito, donde había sido asesinado Pedro de Puelles, se había declarado ya por el rey. Fuertes contingentes marcharon a apoyar a La Gasca, quien impuso al fin su autoridad, venciendo a Pizarro en la batalla de Jaquijaguana, tras lo cual el «sin ventura» Gonzalo fue ejecutado (1548). Así terminaron las guerras civiles entre los conquistadores.

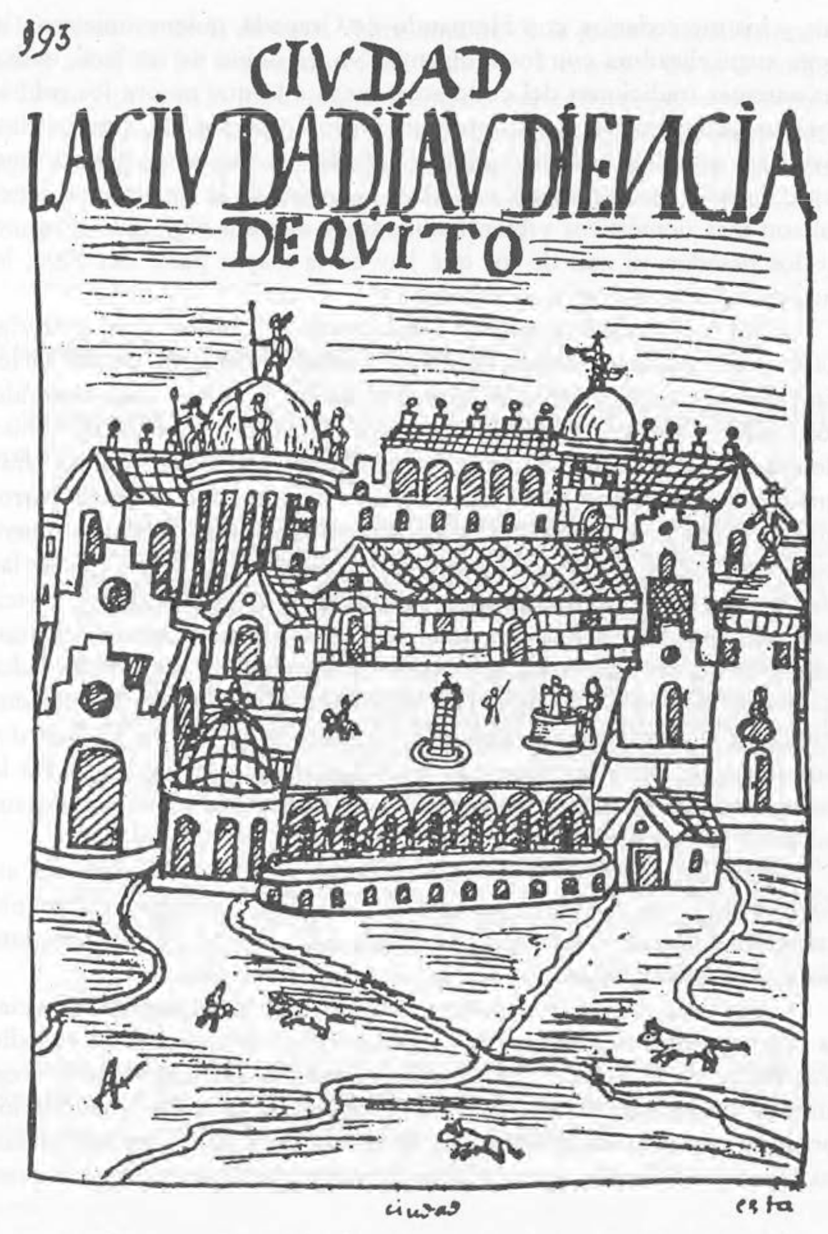
El 14 de febrero de 1556, el mismo emperador Carlos V otorgó a la ciudad de Quito el Estandarte Real que hasta hoy se usa —al igual que el escudo de armas— en todos los actos del municipio. Fueron adoptados los mismos colores de Asís, la patria de San Francisco, patrono de la ciudad; gules y azur, en «un rectángulo vertical cuya relación entre longitud y altura será de cuatro a dos, dividido en seis partes, las cuatro centrales para los gules y las dos laterales para el azur. Un castillo en plata irá al centro de los gules...». Y en la misma fecha, desde Valladolid, concedió nuevo título a Quito,

> porque —dice el rey— bien sabíamos y nos eran conocidos y notorios los muchos y grandes y leales servicios que la dicha Ciudad nos había siempre hecho... por ende, por la presente es nuestra merced y voluntad que perpetuamente la dicha ciudad se pueda llamar e intitular la Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Sant Francisco del Quito, ca Nos por esta nuestra Carta le damos título y renombre de ello... [60].

La evangelización del Quito

Comenzó desde los días mismos de la fundación efectiva. Y aunque con Benalcázar vinieron los padres Juan Rodríguez y Francisco Ximénez, dos clérigos que aparecen en el padrón del 6 de diciembre, fueron en realidad los franciscanos, con Jodoco Ricke y Pedro Gosseal, flamen-

[60] *Archivo del municipio de Quito, op. cit.*, 1935, Quito, 1935, p. 14.



Quito a finales del siglo XVI (dibujo de Guamán Poma de Ayala, en «Nueva Corónica y Buen Govierno», ms. de 1615, publicado en París, Institut d'Ethnologie, 1936).

cos, y los mercedarios, con Hernando de Granada, quienes iniciaron la tarea evangelizadora con los indígenas. No les debió de ser fácil, dadas las antiguas tradiciones del culto solar, pero a lo que parece los primeros evangelizadores cristianizaron no pocos aspectos de aquel culto. Ayudaría también la buena disposición de los indios de Quito, que tanto llamó la atención de Cieza: «Los naturales de la comarca en general son más domésticos y bien inclinados y más sin vicio que ninguno de los pasados, ni aun de los que hay en la mayor parte del Perú, lo cual es según lo que yo vi y entendí...» [61].

¿Cuál fue la primera capilla? Obviamente de construcción precaria, hasta poder edificar templos de mayor dignidad, debieron de ser las levantadas por unos y otros de aquellos frailes, y ambas tesis han sido sostenidas. También el clérigo Juan Rodríguez, primer cura de Quito designado por el cabildo, debió, en cumplimiento de su misión, alzar una capilla provisional en el sitio asignado para una futura iglesia parroquial. Venerable y antigua tradición, sin embargo, señala como primera capilla realmente «edificada» la del Humilladero de la Vera Cruz, en las afueras de la villa, al comienzo del ejido norte, entre dos de los principales caminos aborígenes, el que llevaba hacia Caranqui, parte del Ingañán, y el que conducía hacia el valle de Tumbaco y las comunidades quitus de Nayón y Zámbiza. Dos siglos y medio después fue reconstruida en la forma en que ahora la conocemos (iglesia de El Belén) y una placa de entonces acogió la tradición de su antigüedad [62]. En la parte exterior de estas primigenias capillas debe de haber tenido sus inicios el catecumenado de los indígenas.

La ciudad de Quito fue erigida en obispado, sede sufragánea del arzobispo de Lima, el 8 de enero de 1545, a petición insistente del propio emperador Carlos V ante el papa Paulo III, quien dictó la correspondiente bula de erección.

Garci Díaz Arias fue el primer obispo y a él le correspondió iniciar la organización eclesiástica y la construcción de la catedral. Le sucedió fray Pedro de la Peña, varón de altas prendas a quien se debe la creación de numerosas parroquias rurales, origen de la mayor parte de los poblados actuales de la sierra. En la misma línea del padre Las Casas, suele ser considerado «gran orfebre de la nacionalidad ecuatoriana, ver-

[61] P. Cieza de León, *La Crónica del Perú* (1553), Madrid, 1941, p. 124.
[62] G. González Suárez, *op. cit.*, I, p. 1064.

dadero creador de la diócesis, representante de la justicia social conculcada y azote de los explotadores del indio» [63]. Destacóse en el Concilio de Lima y promovió, después, el I Sínodo quitense, cuyas constituciones tendían a aliviar la situación de la raza vencida. El tercer obispo fue fray Luis López de Solís, fundador del Seminario de San Luis, también eficaz protector de la raza aborigen y activo propagador de fe y civilización, quien realizó los sínodos quitenses II y III.

El testimonio de los cronistas sobre los comienzos de Quito

Cuando el soldado Pedro Cieza de León pasa por Quito hacia 1541 formula de ella una descripción escueta, entre elogiosa y objetiva:

> Es sitio sano más frío que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos o casi ninguna porque está asentada en una pequeña llanada a manera de hoya que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen, que están de la misma ciudad entre el norte y el poniente. En tan pequeño sitio y llanada que se tiene que el tiempo adelante ha de edificar con trabajo, si la ciudad se quisiere alargar, la cual podrían hacer muy fuerte si fuese necesario... Esta ciudad de Quito está metida debajo la línea equinoccial tanto que la pasa casi a siete leguas. Es tierra toda la que tiene por términos al parecer estéril; pero en efecto es muy fértil; porque en ella se crían todos los ganados abundantemente, y lo mismo todos los otros bastimentos de pan y legumbres, frutas y aves. Es la disposición de la tierra muy alegre, y en extremo parece a la de España en la hierba y en el tiempo, porque entra el verano por el mes de abril y marzo, y dura hasta el mes de noviembre. Y aunque es fría, se agosta la tierra ni más ni menos que en España. En las vegas se coge gran cantidad de trigo y cebada, y es mucho el mantenimiento que hay en la comarca desta ciudad y por tiempo se darán toda la mayor parte de las frutas que hay en nuestra España porque ya se comienzan a criar algunas... [64].

Otros documentos primigenios abundan más bien en explicaciones sobre por qué fue Quito construida en un paraje tan abrupto. La *Relación anónima...*, escrita hacia 1534, dice que Benalcázar

[63] J. Tobar Donoso, *La Igleisa, modeladora de la nacionalidad ecuatoriana,* Quito, 1953, p. 53.
[64] P. Cieza de León, *op. cit.,* pp. 123-124.

> ... viniendo caminando el campo llegó a Quito donde agora es el asiento de la ciudad, e hallóse allí una fuerza grande de las cavas hechas a mano de los naturales para defenza de los indios de guerra, e así por esto como por haber muchos tambos e casas, en las cuales había mucha comida de todo género, e mucho ganado de ovejas de la tierra, e mucha ropa e muchas pallas e indias ofrecidas al Sol... (resolvió) poblar allí, e así se pobló... [65].

«Está en unos aposentos reales de los incas —expresa el cronista Herrera—... el intento que tuvo Sebastián de Benalcázar fue ponerla en sitio fuerte, para poderse defender de los indios...» Toribio de Ortiguera dice que «fundóse en esta parte de tanta estrechura por causa de ser el sitio fuerte y bueno para se poder defender los pocos españoles que la poblaron, de la multitud de indios que había en ella». Así lo confirma el arcediano Rodríguez de Aguayo en 1573:

> Tiene algunas cavas, que allí dicen quebradas, a los arrabales y en la ciudad, las cuales se pasan por puentes. Tuvieron los Ingas que poblaron este sitio por fortaleza dichas quebradas, y así los españoles, cuando conquistaron aquella provincia, poblaron en el dicho sitio, y se aprovecharon de las casas y edificios que hallaron de los dichos indios.

Y la *Relación inédita* hecha aquel mismo 1573 dice: «... El intento que tuvieron los fundadores de la dicha cibdad fue ponella en parte fuerte donde se pudiesen defender de los naturales...». Jorge Juan, ya en el siglo XVIII, resumiría el asunto con estas palabras:

> La causa que se ofrece para haber puesto su fundación en un sitio tan desigual y malo, pudiéndole haber hecho con más hermosura y comodidad en cualquiera de los dos llanos o Ejidos, es el de haber querido conservar la población antigua de los indios, quienes propensos a escoger las quebradas para ellas, habían puesto la de Quito en el paraje que hoy ocupa... [66].

[65] J. Jijón y Caamaño, *Sebastián de Benalcázar,* Quito, 1936, I, Apéndice, Doc. 7.
[66] J. R. Páez, *Cronistas coloniales,* Quito, 1960, II, p. 418. J. Salvador Lara, *Quito en la prehistoria,* 1972, p. 268.

Capítulo III

LA AUDIENCIA Y PRESIDENCIA DE QUITO Y SU JURISDICCIÓN

Demografía

Población de Quito en tiempos de la conquista

Entre los variantes cálculos sobre la población de América en tiempos de la conquista, unos tendientes a maximizar y otros a minimizar su número, posiciones ambas cargadas más de motivaciones ideológicas maniqueas que de fundamentación científica, parece ponderado el criterio de Rosenblat al calcular en aproximadamente 500.000 el tamaño de la población aborigen en el territorio que ahora es República del Ecuador, con Quito por capital [1].

Respecto de la ciudad prehispánica misma no se han hecho cálculos sobre el número de pobladores. Es indicio el trasplante de *mitmacuna* dispuesto por Huayna Cápac, de 15.000 aborígenes del Quito para reemplazarlos por otros tantos del Cuzco. Similar política había aplicado en su marcha triunfante desde el sur. Hubo también caciques que admitieron dócilmente la subyugación impuesta por los incas. Éstos traían, además, junto a sus huestes, decenas de miles de acompañantes. La costa del actual Ecuador, pese a los intentos de penetración, resultó finalmente impermeable al Incario, sin que conozcamos con certeza cuál era el número de sus pobladores notoriamente más escaso que el de la sierra. Por todo ello es muy difícil presentar datos fidedignos. Los cálculos de Rosenblat, de acuerdo con la razonable metodología por él

[1] A. Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, 1954, I, p. 59.

empleada, parecen aceptables. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que Quito y su comarca habían soportado, con grandes bajas, en primer lugar, la resistencia frontal al expansionismo incaico y, en segundo término, la guerra entre Atahualpa y Huáscar, que demandó grandes contingentes al Inca quiteño, vencedor en la contienda. La población debió de haber sido mayor al finalizar el siglo XV.

La hoya de Quito albergaba quizá cerca de 100.000 habitantes en tiempos de la llegada de los españoles, distribuidos en los valles de Machachi, Los Chillos, Cumbayá y Cayambe, cada uno entorno a los 20.000 indígenas. En San José de Minas, Puéllaro y Perucho pudo haber 10.000. La misma Quito, capital de Atahualpa, quizá estaría poblada por 5.000 personas pudiendo haber estado disperso el resto en el área de Cotocollao y Pomasqui, al norte, y los alrededores de Turubamba, al sur.

El padrón del 6 de diciembre de 1534 sobre los vecinos españoles que se asentaron en la villa menciona apenas 204. Muchos partieron *ipso facto* a las expediciones posteriores, por lo que el Cabildo se vio obligado a prohibiciones para evitar la disminución de efectivos, peligrosa frente al número de la población indígena subyugada; pero la nombradía de Quito contribuyó para que se fuera incrementando el número de colonos y mejorando su aspecto.

Despoblación por efectos de la guerra de conquista, epidemias y pestes

Para los aborígenes de Quito la guerra de conquista significó, primero, la violencia desatada por Rumiñahui en su política de tierra arrasada y despoblación total, que trató de imponer con rigor cruel e implacable, al extremo de sacrificar 300 pallas, ñustas y vírgenes del sol que no quisieron acompañarle en su retirada [2] y exterminar en la quebrada de San Antonio de Pomasqui a más de 4.000 indios pillaxos, zámbizas y collaguazos, «de que hubo mucha disminución entre los naturales» [3]. A su vez Rumiñahui sufrió crecientes pérdidas en los enfrentamientos con los españoles, difíciles de calcular.

[2] P. Cieza de León, *III descubrimiento y conquista del Perú* (1553), Roma, 1979, p. 342.
[3] Vargas, 1974, p. 76.

Cobró también víctimas, en número sin cuento, la dominación española, que no se hizo con guantes de seda, en parte por el temor que les producía el exiguo número de iberos en comparación con los indígenas, y en parte por su concepción misma del hecho de conquista tras siete siglos de su propia resistencia contra los árabes. Además, el régimen de trabajo que impusieron no mejoró aquel al que estaban sometidos los indios quiteños bajo el sojuzgamiento inca, y también por esta causa la población aborigen de Quito sufrió mengua.

Finalmente, el contacto con los iberos vencedores dio lugar a una imprevista causa de despoblación inmediata y fulminante, las muchas enfermedades ante las cuales los indígenas carecían de inmunidad. Una serie de epidemias diezmó la población. La viruela hizo presencia en Quito antes aun del arribo de los españoles, pues el propio Huayna Cápac murió, al parecer, víctima de ella; luego llegaron el sarampión, el tifus, la influenza, la bubónica y otras pestes. La epidemia de viruela que volvió a asolar la América del Sur, primero hacia 1588 y luego en 1595, quintó la población: murió uno de cada cinco moradores: de Lima y Quito [4]. Estos factores, y posiblemente otros, contribuyeron al denominado «derrumbe» de la población aborigen, que algunos consideran «genocidio» maximizando la población al tiempo de la conquista y minimizando la que atribuyen al continente al finalizar el siglo XVI. Que esto no ocurrió en Quito, por lo menos hasta esos extremos, lo demuestra el hecho de que los conquistadores continuaron, modificándolo para su beneficio, el sistema de trabajo impuesto por los incas a los aborígenes.

> A pesar de su violencia la conquista no llevó a la total destrucción de la sociedad indígena, por el contrario, la estructura organizativa anterior fue utilizada, lo cual permitió la continuidad, en muchos aspectos, entre lo precolombino y lo colonial... [5].

Este hecho nos permite reflexionar también sobre cuánta debió de ser la fuerza, carácter y personalidad del Quito preínca que, en menos de un siglo soportó dos cataclísmicas irrupciones foráneas, la inca y la española, y pese a ellas sobrevivió.

[4] N. Sánchez de Albornoz, *La población de América, desde los tiempos precolombinos hasta el año 2000*, Madrid, 1977, p. 83.

[5] N. Jacome, «Economía y sociedad en el siglo XVI», en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, 1988, 3, p. 134.

Paulatino crecimiento de la ciudad

> La población española había ido creciendo año por año —cuenta González Suárez, refiriéndose a 1563, cuando se creó la Audiencia de Quito—; pues la benignidad del clima, la abundancia de alimentos y demás cosas necesarias para la vida y la condición pacífica de los indios atraían una considerable inmigración de colonos españoles... la principal parte de la población la constituían los indios, muchísimo más numerosos entonces que ahora; el número de europeos era todavía relativamente corto [...] la ciudad de Quito... tenía en aquella época mil vecinos españoles y doscientas señoras también españolas... [6].

Más cauto es el oidor de Quito Salazar de Villasante, quien al escribir hacia 1571 afirma que «... esta ciudad será de hasta cuatrocientos vecinos moradores, en sus casas, españoles, y las casas son buenas como las de esta villa (de Madrid), de teja y madera y buen cimiento, porque llueve mucho...» [7].

Para 1577, tenían «la ciudad y distrito de la Real Audiencia dos mil mestizos y mestizas, hijos de españoles e indias de todas edades... Estaban casadas muchas con españoles y probaban bien en el matrimonio... muchos mulatos hijos de negros e indios...». Un resumen de la «respuesta sobre la descripción de la tierra que envió el Cabildo de Quito a Su Majestad» el 23 de enero de aquel año dice que «había en la ciudad trescientas mujeres españolas, más de cuatrocientas mestizas, algunos negros y negras horras y doscientos entre mulatos y mulatas...» [8]. El informe anónimo de 1582 testimonia que «el pueblo tendrá trescientas casas, poco más o menos. Los edificios se van cada día acrecentando...» [9].

Toribio de Ortiguera, autoridad edilicia en Quito hacia fines del siglo XVI, dice:

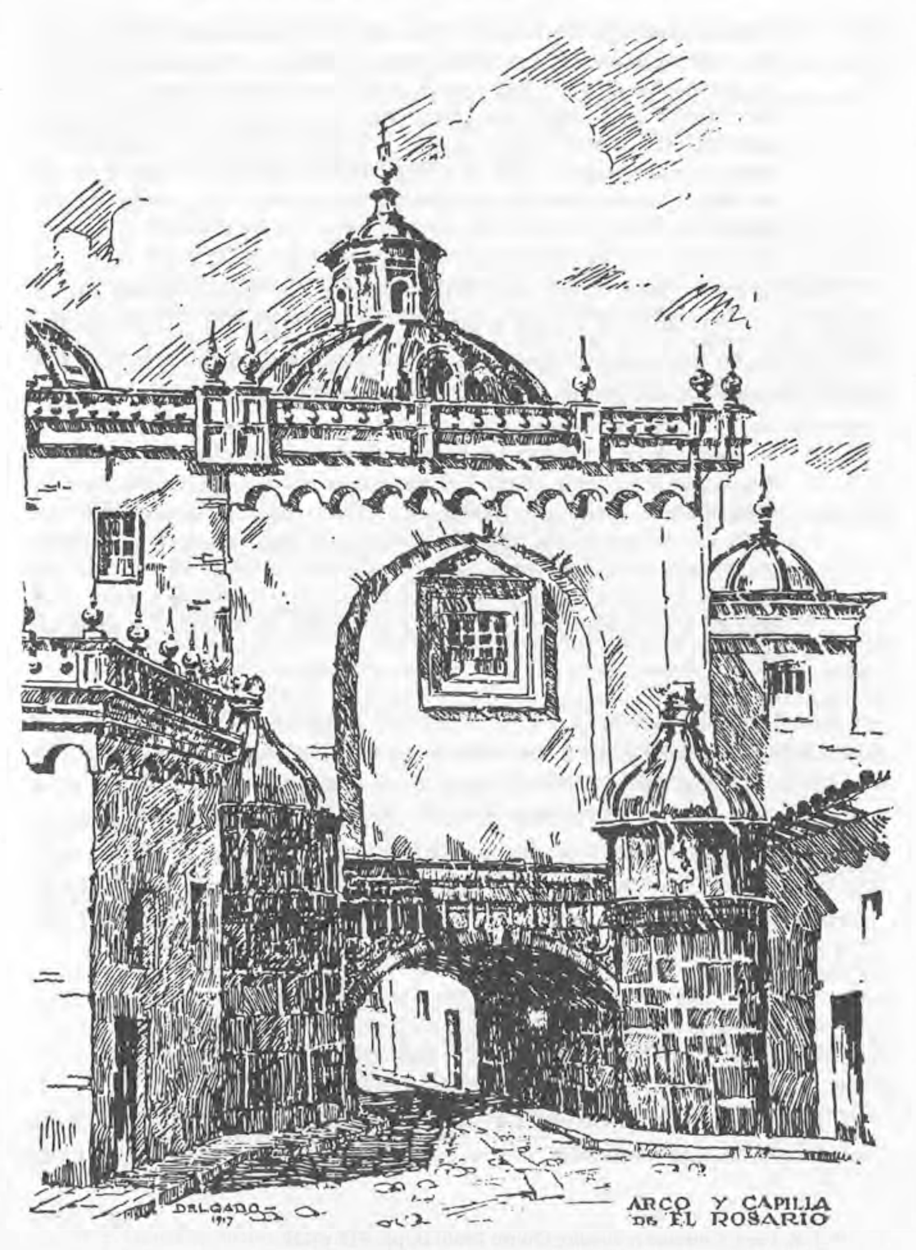
> Tiene esta provincia por esta parte (del Norte, 30 leguas) treinta mil indios tributarios, sin hijos y mujeres que son mucha gente en cantidad de más de ciento veinte mil almas, conforme a las visitas y tasas de tributos

[6] F. González Suárez, *Historia General de la República del Ecuador* (1892), Quito, 1970, II, pp. 22 y 28.

[7] Salazar de Villasante, «Relación general de las poblaciones españolas del Perú» (1571), M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias,* Madrid, 1965, I, p. 132.

[8] J. M. Vargas, O. P., *Historia de la cultura ecuatoriana,* Quito, 1965, p. 29.

[9] E. Enríquez, *Quito a través de los siglos,* Quito, 1938, I, p. 45.



Arco de Santo Domingo y capilla de la Virgen del Rosario. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

> que de ellos se han hecho. Trato de esto tan particularmente por lo haber visto y examinado y averiguado ser así verdad, siendo alcalde ordinario por Su Majestad el Rey don Felipe nuestro señor en esta ciudad de San Francisco de Quito este año en que esto se escribe de 1581. Por la parte del Sur... por el camino que va al puerto y escala de Guayaquil 42 leguas, y por el camino que va a la ciudad de Cuenca 34 leguas, en que así mismo hay cantidad de cuarenta mil indios tributarios, sin hijos y mujeres...

Había, pues, para aquel año, en el distrito de Quito (o sea por el norte hasta más allá de Ibarra y por el sur hasta Tixán), 70.000 indios tributarios, es decir, una población, según los cálculos del mismo Ortiguera, de 280.000 indígenas. Y sobre la ciudad misma añade:

> Va este pueblo en grande aumento, en tanta manera que el año de 71 que llegué a él, tenía como 120 vecinos estantes y habitantes, y en los campos de su jurisdicción había otros 150, y pasaban el año de 85 pasado, que yo salí de allá de 1.500 hombres los que habían en la ciudad, y en los campos más de otros 500, y es tanta hoy la muchedumbre de muchachos que se crían, que hay ya tres escuelas. Entiendo vendrá a ser uno de los mayores pueblos de este reino, por su fertilidad y abundancia... [10].

Estudios modernos calculan tentativamente, no sin discusiones críticas, que pudo haber un gran descenso poblacional entre 1561 y 1586, de 240.670 indígenas a 118.141, que luego comenzó a incrementarse al punto de que, hacia 1591, la población indígena total pudo situarse en torno a 144.000 individuos. Su conclusión es la de que «todo el siglo XVI fue un período de descenso demográfico prolongado, que indudablemente afectó el carácter de las instituciones económicas y sociales de esta época» [11].

Lento crecimiento poblacional durante el siglo XVII

Según las crónicas de los 100 años posteriores a la fundación, Quito fue cobrando trascendencia, con crecimiento permanente aunque lento

[10] J. R. Páez, *Cronistas coloniales*, Quito, 1960, II, pp. 418 y 422.

[11] R. G. Tyrer, *Historia demográfica y económica de la Audiencia de Quito*, Quito, 1988, pp. 27, 35 y 36.

en el número de habitantes. «La ciudad de Quito prosperaba —dice González Suárez—, ganando cada día en población y hermosura». «A fines del siglo XVI la curva demográfica empezó a estabilizarse para sufrir luego un alza gradual durante casi todo el siglo XVII» [12].

Afirma el cronista Herrera (1515) que

> repartidos los Solares, hicieron sus Casas lo mejor que pudieron, cubiertas de Paja; aora sacan sus cimientos tres palmos encima de la Tierra, i hacen las paredes de Adobes con sus rasas de Ladrillos, con las Portadas de piedra, y las cubren de Texa...; ai algunos Portugueses i Extrangeros, porque a todos admite la Nación Castellana, que en esto es más liberal, i excelente que ninguna otra, aunque a Indias no puede pasar otra Nación...; avrá en el distrito de la ciudad cincuenta mil Indios Tributarios, antes mas que menos, i cada día crecen, porque están mui descansados y relevados.

El carmelita Vázquez de Espinosa, que pasó por Quito y escribió hacia 1628, testimonia que para entonces la ciudad

> se halla densamente poblada; debe haber más de tres mil españoles vecinos, con los mestizos, que son hijos de españoles y de mujeres indias, sin contar los (muchos) transeúntes, por ello es una región con activo comercio y en los Caminos Reales un punto obligado de tránsito para todos los que llegan de España y desde el Nuevo Reino de Granada al Perú. Hay en la ciudad abundante gente de servicio, indios, negros y mulatos y dentro de un distrito de cinco leguas (desde la ciudad) hay más de 40 poblaciones indígenas (muy grandes y densamente pobladas en realidad)... [13].

Hacia 1650, el cura Rodríguez Docampo, secretario del Cabildo catedralicio quitense, afirma que Quito

> tiene doscientas cuadras de tierra y en ella quince cuadras a lo largo y al través, todas transversales y siete plazas que por Oriente y Poniente atraviesan la ciudad al sesgo, de esquina a esquina; y lo mismo al Setentrión y Mediodía... Hay edificadas 2.500 casas de una y otra parte; tiene hasta 3.500 vecinos y moradores dentro de la ciudad y sus cinco leguas, sin los indios que asisten a ella; criollos y trajinadores, mugeres, niños y de todos sexos, 25.000 personas... [14].

[12] F. González Suárez, II, p. 378; R. G. Tyrer, *op. cit.*, p. 36.

[13] J. R. Páez, *op. cit.*, II, pp. 370 y 549.

[14] D. Rodríguez Docampo, «Descripción y relación del estado eclesiástico del obispado

Sin embargo, este proceso de lento pero firme crecimiento de Quito no fue uniforme en todo el territorio de su jurisdicción audiencial. Parece que, si al comenzar el siglo XVII hubo «una línea ascendente de población en la sierra», al extremo de que «de las diez audiencias que existían para 1630» Quito con 8,1 % fue la que presentó mayor crecimiento, superando a México (5,8 %) y a Bogotá (4,1 %) [15], para mediados del siglo... se constata una brusca caída de la población indígena tanto para la Real Audiencia de Quito como para el Virreinato del Perú en general [16], que se recupera luego, de modo que, hacia 1650, lo que hoy es Ecuador tenía aproximadamente 580.000 habitantes [17] de los cuales, 10 años después, 230.000 habrían sido indios, lo que significa que la población indígena, que hacia 1591 era aproximadamente de 144.000 sujetos, había tenido un crecimiento del 60 % [18].

A pesar de diferencias en los cálculos, afirma Miño que

> no existe ninguna discrepancia en cuanto a que el incremento de los niveles de población observado entre 1600 y 1690 se constituiría en uno de los soportes del sistema obrajero, cuyos centros a primera vista coinciden con los mayores núcleos de densidad poblacional [19].

Sin embargo, a finales del XVII una nueva serie de epidemias y otros factores redujo terriblemente la población. Un tercio de indios tributarios murieron entre 1693 y 1697. Sólo en la ciudad de Quito fallecieron 1.600. Se calcula que la población indígena descendió en un 40 % en aquella década, llegando al siglo XVIII con apenas 164.000 individuos [20].

de San Francisco de Quito» (1650), M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias,* Madrid, 1965, III, p. 6.

[15] J. E. Hardoy, «Dos mil años de urbanización en América Latina» (1969), cit. por M. Miño G., *vide infra,* p. 23.

[16] N. Sánchez Albornoz, cit., por M. Miño G., *op. cit.,* p. 25.

[17] G. Céspedes del Castillo, «Las Indias durante los siglos XVI y XVII», 1974, cit. por M. Miño G., *vide infra,* p. 26.

[18] R. G. Tyrer, *op. cit.,* pp. 45 y 46.

[19] M. Miño G., «La economía de la Real Audiencia de Quito», estudio introductorio en *La economía colonial. Relaciones socio-económicas de la Real Audiencia de Quito,* Quito, 1984, p. 25.

[20] R. G. Tyrer, *op. cit.,* pp. 49-51.

Organización social en el Quito indo-hispánico

Amor y violencia en la iniciación del período hispánico

Como toda conquista, el encuentro de las huestes españolas con la población aborigen dio lugar a doble relación: de una parte, el enfrentamiento por la fuerza para vencer la obstinada resistencia de Rumiñahui y otros caciques, que representaban al Incario; de otra, la amistad y alianza con varias antiguas tribus de Quito sojuzgadas por los incas. El reducido grupo de españoles que ve derrumbarse el imperio y quedar sujeta a su dominio la gran masa poblacional estaba formado por hombres que venían en expediciones que ya duraban meses, al mando de Pizarro, Almagro, Benalcázar y Alvarado. Campaña absolutamente masculina, junto con la depredación de bienes que consideraban suyos por derecho de conquista estuvo la posesión carnal de las mujeres indígenas, hecha con el ímpetu propio de una obligada y larga abstinencia sexual. El descubrimiento de esa especie de monasterios que eran las casas donde se recogían las pallas, ñustas y vírgenes, carentes ya de protección, debió parecer a aquellos rudos expedicionarios, que traían en su bagaje cultural el recuerdo de siete siglos de lucha con los musulmanes, que habían encontrado el paraíso soñado por los árabes donde las huríes del Profeta premian con su amor a quienes mueren como buenos combatientes. Pero los conquistadores españoles estaban en la flor y plenitud de la vida y eran, además, los triunfadores. El encuentro tuvo, sin duda, inenarrables episodios de violencia y desate de pasiones másculas, cada español con un harén de mujeres sumisas para satisfacer su lascivia de nuevos amos. La advertencia de Rumiñahui a las vírgenes del sol en Quito diciendo que «sus henemigos eran tan malos y luxuriosos que luego las tomarían a todas para las deshonrar como avían hecho a otras muchas que traían con ellos...», y la increpación con el calificativo de *panpayronas,* es decir, prostitutas, a las que prefirieron permanecer en Quito, son expresiones vívidas del drama que se desarrollaba [21]. Por otra parte, tras tantas guerras de los aborígenes, primero la resistencia sucesiva a las oleadas incásicas, luego la lucha entre Atahualpa y Huáscar, habían disminuido considerablemente la población

[21] P. Cieza de León, *op. cit.,* III, pp. 342-343.

masculina indígena en Quito, sus aldeas y campos, por lo que no pocas de las mujeres indias habían sufrido también involuntaria abstinencia. Podría decirse que lo frecuente fue que se juntaran el hambre con la necesidad. El encuentro de aquellos dos apetitos vitales parece indicar que no todo fue violencia unilateral. Y de tales cópulas, forzadas o consentidas, nacieron sin duda episodios de amor no sólo transitorios sino permanentes y, desde luego, el engendramiento de una nueva raza, mezcla de las dos, la india y la hispánica. Comenzó, pues, de inmediato, el mestizaje.

El mestizaje

La simiente ibérica encontró tierra fecunda. Mestizos fueron los hijos de español e india, progenie numerosísima, dada la amplitud sin límite del amancebamiento y en ocasiones, también, de hogares legítimos formados al amparo de la Iglesia y las leyes. El propio Benalcázar, en su trashumancia de conquistador, dejó por lo menos once hijos habidos en varias madres indígenas [22]. Los de libre y múltiple concubinato fueron numerosísimos; pocos, los nacidos de matrimonio [23]. De aquéllos, algunos fueron legitimados por disposición de la monarquía española, por ejemplo, la hija de Diego de Sandoval, uno de los fundadores de Quito, habida en la Coya Francisca, hermana y mujer de Atahualpa, hijos los dos de Huayna Cápac. El hecho social del mestizaje es uno de los mayores acontecimientos en la vida de los nacientes pueblos iberoamericanos, particularmente en los núcleos de mayor población aborigen como la meseta de México, Centroamérica y el Área Andina. En Quito, centro vital del último período de la dominación incásica, el mestizaje se desarrolló con fuerza y alcanzó prontamente proporciones de insospechada proyección...

[22] F. Jurado N., *Los descendientes de Benalcázar en la formación social ecuatoriana. Siglos* XVI *al* XX, Quito, 1984, I, pp. 51-70.

[23] J. M. Vargas, O. P., *Historia del Ecuador. Siglo* XVI, Quito, 1977, pp. 28-29.

Discriminación contra los mestizos

La formación de hogares legítimos por los españoles originó desde el comienzo notoria discriminación en favor de los nacidos de matrimonio, y no digamos cuando éste se hacía con indígenas pertenecientes a la estirpe de los incas o de caciques de la tierra. El discrimen empeoró con el arribo de mujeres españolas, que dio paso al nacimiento del criollo. Éste, hijo de españoles, desplazó al mestizo legítimo, quien a su vez lo hacía respecto del ilegítimo, y tal discriminación dio lugar a prejuicios, resentimientos y odios que vinieron a constituir amargo pan común de aquella sociedad en gestación, mucho de lo cual ha perdurado a través de los siglos y formado parte negativa de nuestra idiosincrasia. Al sufrir los mestizos, desde el comienzo, la diferenciación que les menoscababa respecto de los criollos y sentirse a la vez distintos de los indios, cargaron sobre éstos, a modo de desquite, el peso de sus desengaños, contribuyendo a la dominación que sojuzgaba a la mayoría aborigen.

Primeros mestizos notables

Algunos, sin embargo, lograron superar traumas y complejos y alcanzar relieve y notoriedad. Con frecuencia se inclinaron a la vida religiosa y, aunque no sea lícito poner en duda sus motivaciones vocacionales, quizá también influyó en ello el afán de superar su condición de menoscabo y acortar la brecha que les separaba de los criollos. Precisamente dos de los religiosos más notables del siglo XVI fueron mestizos, el padre Diego Lobato de Sosa y fray Pedro Bedón.

Privilegios para los primeros conquistadores

Los conquistadores, y en particular los jefes, obtuvieron todas las ventajas. Los fundadores de la ciudad —como en todas las otras de Hispanoamérica— fueron adjudicatarios de sendos lotes en la traza de la naciente villa. No pocos se consideraron con derecho a impetrar mercedes y privilegios del rey de España, a cuyo efecto tramitaron probanzas de méritos y servicios en la empresa conquistadora. Algunos fue-

ron reconocidos como hidalgos, premiados con escudo de armas y encomiendas, cargos de regidores a perpetuidad, y otras mercedes que se especificaban en las pertinentes cédulas reales o en las disposiciones de los representantes de la monarquía. Alcanzaron, por tanto, desde el principio de la época hispánica, la condición de clase dominante, mantenida a través de los siglos por sus descendientes, que por lo general perdura todavía.

Nuevas migraciones, en sucesivas oleadas atraídas por la fama de las tierras de América, y en este caso por la nombradía de Quito, fueron acrecentando el número de españoles, aunque siempre en minoría cada vez más notoria con relación a los criollos, mestizos y sobre todo indios.

El origen regional de la población española en Quito fue diverso: predominaron los andaluces y luego los castellanos, los extremeños fueron no pocos, y finalmente llegaron los vizcaínos.

Las primeras mujeres españolas

No vino la mujer española, por obvias razones, en los primeros y peligrosos momentos de la conquista y ello explica en parte la magnitud del mestizaje. Hubo expresa prohibición de que en los iniciales contingentes hispanos viniesen mujeres solteras, pues su presencia no sólo despertaba inquietudes, celos y enemistades entre los españoles, sino que «eran causa de alborotos y muertes». «Y en lo que respecta a las casadas, como es de imaginar, contadísimas serían las que quisieron exponerse a la azarosa aventura, habiendo sido los maridos los primeros en oponerse a que sus mujeres corrieran semejantes riesgos». Parece que en la expedición de Alvarado, desde Guatemala, vinieron las primeras mujeres blancas a la región andinoecuatorial. Las dramáticas circunstancias de la travesía por los heleros del Chimborazo cobraron muchas víctimas, entre ellas varias mujeres, según informe del propio Alvarado al rey, dato que confirma Herrera en sus *Décadas...*, manifestando que fueron seis las infortunadas. El soldado Huélano, que había traído mujer y dos jóvenes hijas, murió con ellas [24]. Juan de Padilla, primer regidor de Quito, quien vino en la misma expedición trayendo a su cónyuge, cul-

[24] F. Terán, *Páginas de historia y geografía,* Quito, 1973, pp. 104 y ss.

minó con buen éxito la terrible jornada y se avecindó en Quito donde dejó progenie, al igual que Sancho de la Carrera, cuya mujer, Ana de Valverde, quedó prontamente viuda pues aquél murió decapitado por Gonzalo Pizarro tras la batalla de Iñaquito. Para ese tiempo (1546), habíanse ya establecido algunas mujeres blancas. Todas eran intensamente codiciadas y daban lugar a frecuentes episodios de amor, celos y odios. No eran todavía muchas en estas regiones de América, convulsionadas entonces por las guerras civiles entre los conquistadores, que tantas víctimas causaron, por lo que, cuando alguna de ellas quedaba viuda, al punto le surgían pretendientes múltiples. Hacia 1563, al tiempo de la erección de la Audiencia de Quito, ya eran 200 las españolas que residían en la ciudad, siendo 1.000 los hispanos.

Los hijos de hombre y mujer blancos fueron denominados «criollos»: eran de raza española pero no habían nacido en España sino en América. Esta condición devino en *capitis diminutio* frente a la llegada de nuevas familias desde la Península con hijos coetáneos de aquéllos, e inclusive frente a los propios españoles de mayor edad, de manera que en la estratificación social de las incipientes urbes, aunque en posición superior a la de los mestizos, los criollos quedaron como segundones respecto de los nacidos en la propia España, privilegiados, particularmente con el otorgamiento de mercedes pero de manera especial en los nombramientos.

Pronto se dejó sentir la emulación y afloraron las aspiraciones de los criollos frente a las discriminaciones sufridas. Dos siglos y medio más tarde, el secular resentimiento criollo contra los «chapetones», nombre que se comenzó a dar a los nacidos en España, será una de las causas de la emancipación americana. Lentamente se fue forjando la conciencia de su diferente identidad social. Sentíanse tan españoles como los que más por sus orígenes, pero no eran considerados tales por su nacimiento en América. Quien expresará con claridad esta nueva realidad será, ya en el siglo XVIII, el padre Juan de Velasco: «... yo ni soy Europeo por haber nacido en América, ni soy Americano siendo por todos lados originario de Europa...» [25].

[25] J. de Velasco, *Historia del reino de Quito en la América meridional* (1789), Quito, 1960, I, p. 10.

Los negros en la presidencia de Quito

El 6 de diciembre de 1534 aparecen empadronados, entre los fundadores de Quito, «Antón, de color negro» y «Pedro Salinas, color negro». Son los primeros de esta raza en la historia ecuatoriana. Posteriormente llegan más, esclavos de conquistadores y primeros colonos. Núcleos, como los de Esmeraldas, escapados de un naufragio, se internan en la selva, dominan a los aborígenes y comienzan a mezclarse con ellos. Otros, objetos del infame comercio negrero, provienen sobre todo de Cartagena, el principal centro de compraventa de esclavos.

Durante los siglos coloniales, no fue la ciudad de Quito la mayor en densidad de esclavos negros, sino otros lugares de la Audiencia, siempre de clima cálido, donde el trabajo requería rudos esfuerzos poco soportables por los indios, sobre todo los valles de los ríos Chota y Catamayo, pero también Gualaceo y Patate, en la sierra, y algunos lugares cercanos a la desembocadura del Guayas, en la costa, Taura, por ejemplo, a más de la ya mencionada Esmeraldas. En Quito más bien fueron pocos, pero en todas partes sus condiciones de vida fueron muy duras. Hoy felizmente la esclavitud es un recuerdo y no alcanza nuestra imaginación a vislumbrar cómo fueron, en realidad, las lacerantes condiciones de vida, oprobio del pasado, en que vivieron, sufrieron y murieron los esclavos negros.

> Al principio —recuerda el padre Vargas— los negros esclavos o piezas, fueron objeto de duras ordenanzas por parte del Cabildo. El negro no podía salir solo a las calles en la noche ni llevar armas. Si se le encuentra con armas, éstas le son quitadas y debe ir por tres días a la cárcel. En caso de reincidencia, pierde la mano derecha. Al negro o negra que se presenten en el tiánguez (mercado) se le castiga con cincuenta azotes. Al negro que huye del poder del amo se le propinan cien azotes atado al rollo; la segunda vez se le amenaza con la mutilación, en la tercera pierde la vida. El Cabildo del 20 de abril de 1541 autoriza al negro tener una india para su servicio... Más tarde se prohíbe al negro tener relación con indias, bajo severo castigo personal [26].

No hay todavía suficientes investigaciones para determinar el lugar de origen de los negros ecuatorianos en la remota África. Benítez Vi-

[26] J. M. Vargas, O. P., *op. cit.*, 1977, pp. 31 y 32.

nueza dice que «quizá bantú. Seguramente carabalí...» [27]. Jurado Noboa, por su parte, menciona anangos, congos, mindas, minas, feligras y anangonós [28].

Varios, entre los primeros conquistadores y colonos de Quito, tuvieron negros, por ejemplo, Diego de Sandoval, Juan de Larrea y Francisco Vásquez. Ya en el combate de Tiocajas contra Rumiñahui murió un negro esclavo de Hernán Sánchez Morillo [29]; y en la batalla de Iñaquito, otro. Hacia 1545 había 60 en la ciudad; 100, en 1573, cada uno evaluado en 100 pesos; pero en 1577 el número bajó a 20; a fines del siglo XVI «el 5 % de los negocios que se hacían en Quito eran de compraventa de negros: se comercializaban de preferencia varones; a su vez, y como cosa curiosa, todos los comerciantes de esclavos eran del estado llano (clase media)...». En el siglo XVII ya figuraban los mestizos entre los compradores... Un portugués avecindado en la ciudad reconoció una hija habida en esclava... Más que los españoles, los criollos eran los propietarios de negros... El número de esclavos variaba de uno a ocho por familia y se dedicaban en su mayor parte al servicio doméstico. A mediados de aquella centuria eran 500 los negros que vivían en Quito y al finalizar, cerca de 1.000; pero en el XVIII la población negra se redujo en la ciudad a 420 esclavos hacia la mitad del siglo y a 140 hacia finales [30]. No fueron pocos los casos de manumisión de esclavos, que dieron lugar, con los nuevos nacimientos, a un incremento de los negros libres. En efecto, poco antes de la Independencia, entre Ibarra y Guaranda había 5.754 manumisos frente a 1.164 esclavos [31].

Afirma Benítez Vinueza que «la esclavitud del negro fue establecida por la ley y sostenida por las costumbres. Sin embargo... fue menos dura que la del indio...» y cuenta, con referencia a Juan y Ulloa, en sus *Noticias Secretas,* que «los esclavos negros obligaban al indio a barrer las calles y realizar faenas a ellos encomendadas, sin protesta y más bien con tolerancia del patrón blanco» [32]. Prontamente comenzó, desde luego, la mezcla de los negros con otros grupos étnicos, indios, blancos y mestizos, que dio lugar, en la estratificada sociedad colonial, a toda una gama de matices, cada uno identificado con designación especial.

[27] L. Benítez V., *Ecuador, drama y paradoja,* México, 1950, p. 66.

[28] F. Jurado N., *El negro en la historia del Ecuador y el sur de Colombia,* Quito, 1988, p. 11.

[29] F. González Suárez, *op. cit.,* II, pp. 383 y 384.

[30] F. Jurado N., *op. cit.,* pp. 136-145.

[31] F. González Suárez, cit. por L. Benítez Vinueza, *op. cit.,* p. 125.

[32] L. Benítez V., pp. 122 y 123.

La triste situación de los indios

Juan Montalvo, el grande y combativo escritor ecuatoriano del siglo XIX, escribió en pocas palabras toda una síntesis de dolorosas realidades: «¡Si mi pluma tuviera don de lágrimas —dijo— escribiría un libro sobre el indio y haría llorar al mundo!»

Con la conquista, la gran masa poblacional indígena quedó totalmente subyugada y en realidad no hay palabras para describir la tragedia y sufrimientos de la raza vencida. «El servicio personal forzado fue una de las mayores cargas con que se abrumó a los indios», que debían hacer turnos por parcialidades para que siempre los nuevos amos pudieran utilizarlos. «Todas las semanas acudían a Quito los caciques con el número de indios que a cada uno le estaba señalado; y uno de los alcaldes hacía el repartimiento de trabajadores, prestando a cada vecino los que había pedido.» Se mantuvo la institución incaica de los *yanacona,* sirvientes personales perpetuos que vivían con sus familias junto a sus amos.

> Señaláronse también indios para el servicio y labranza del campo en las haciendas que fueron formando los españoles. La construcción de los templos y conventos, los edificios que se levantaban en las ciudades y las casas que fabricaban los particulares, exigían un número copioso de trabajadores, todos los cuales eran indios. Se remuneraba ese trabajo; pero también era ocasión de lamentables abusos: los indios eran constreñidos a trabajar, abandonando muchas veces la labor y cultivo de los campos, de donde sacaban su propio sustento y el de sus familias: se los detenía mucho tiempo, lejos de sus hogares; unas veces apartados de sus mujeres los maridos, y otras las esposas de sus esposos. Los amos toleraban las faltas de los indios contra la moral cristiana: los violentaban para que se casaran contra su voluntad o les impedían contraer matrimonio con las personas de su elección; ni era raro el que los mismos patrones causaran escándalos a los tristes indios y cometieran con las indias grandes ofensas a Dios.

Así resume González Suárez, el mayor de los historiadores ecuatorianos, la suerte del indio en Quito [33].

Pero muchos de los caciques aborígenes que colaboraron con los españoles por odio a los incas mantuvieron sus posiciones de rango y

[33] F. González Suárez, *op. cit.,* II, pp. 445 y ss.

fueron reconocidos como tales. Algunos impetraron y alcanzaron mercedes de la monarquía hispana, haciendo probanza de méritos, de igual modo que los conquistadores, pero entre los 14, por lo menos, que menciona Vargas para todo el distrito de la gobernación de Quito, ninguno aparece entre los de la ciudad misma y sus inmediaciones [34].

La encomienda, surgida desde los tiempos mismos de Colón como medio de vincular directamente a los españoles con la población indígena, era privilegio que se otorgaba en premio a los méritos de los conquistadores que probaban haber servido a la Corona no sólo personalmente sino también con plata, armas, esclavos y bastimentos varios. La autoridad repartía los indios entre los españoles beneficiarios, y unos y otros quedaban vinculados por obligaciones recíprocas: el conquistador, devenido en colono, tenía el deber primordial de promover su evangelización, enseñarles las técnicas más avanzadas de la civilización de que eran portadores, particularmente agrícolas, ganaderas y artesanales, velar por su buena conservación y tratarles bien; los indios encomendados, en cambio, quedaban obligados a trabajar para el encomendero y pagarle tributo. En realidad, la encomienda fue una forma de esclavitud disfrazada.

La Corona española facultó a Francisco Pizarro para otorgar encomiendas y éste hizo los primeros repartimientos en favor de conquistadores, fundadores y primeros colonos de Quito. Y aunque no fueron muchos en el distrito de la Gobernación, en la ciudad misma resultaron más bien pocos los que obtuvieron repartimientos en la comarca aledaña: por ejemplo, Martín de Galárraga, en Calacalí; Alonso de Jerez, en Zámbiza; Francisco Ruiz, en Pifo, el Inga, Chillo y Uyumbicho; Pedro Martín Montanero, en Sangolquí; Diego de Sandoval, en Pomasqui; Diego de Torres, en Perucho, encomienda que cuando aquél murió otorgó La Gasca a Rodrigo de Paz, casado con la viuda; y Francisco de Vargas, en Yaruquí. La Gasca, luego de haber ejecutado a Gonzalo Pizarro, tras la batalla de Jaquijaguana, cerca del Cuzco, añadió en Quito otros encomenderos como Gaspar Ruiz, en Cumbayá; Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús, en Píntag y Tolóntag; Carlos de Salazar, en Cotocollao; Diego Méndez, en Machángara, y Francisco de Olmos en El Quinche. A muchos de éstos se les otorgó por añadi-

[34] J. M. Vargas, O. P., *op. cit.*, 1977, p. 31.

dura una o más encomiendas en otros lugares del distrito [35]. La encomienda solamente podía durar lo que la vida del encomendero, y hasta «dos vidas», aunque con frecuencia se prolongó en los herederos; para el indio, en cambio, era perpetua a través de las generaciones.

La mita fue, quizá, la peor entre las cargas que soportaban los indios. Se trataba de un sistema de trabajo obligatorio, verdadera conscripción, para los indios entre 18 y 50 años de edad, sorteados uno de cada cinco, para realizar los más rudos menesteres. Los mitayos debían trabajar seis meses, descansar dos y volver por otro medio año. La peor clase de mitas fue la de las minas, trabajo agotador en el que casi siempre encontraban la muerte, pero hubo también otras formas, como las de obrajes, labranza, trapiche y obras públicas, que eran de las más duras, y de pastoreo, yerba y leña, alimentos, servidumbre doméstica, entre las menos crueles. En la ciudad de Quito y sus aledaños no hubo minas en explotación, salvo las canteras de Tolóntag, por lo que no existieron aquí mitayos de esa clase, pero sí de todas las demás. Son inenarrables los sufrimientos padecidos por estos indios y todos los historiadores condenan el mencionado sistema de explotación, estudiado en profundidad por Aquiles Pérez [36], la lectura de cuyo libro inspiró al extraordinario poeta cuencano del siglo XX, César Dávila Andrade, su dramática denuncia poética intitulada *Boletín y elegía de las mitas*. Los obrajes fueron factorías textiles donde los mitayos dedicaban su trabajo a la producción de bayetas, frazadas, paños, alpargatas, costales, sogas, cueros curtidos y hasta pólvora. Establecidos por un reducido núcleo de españoles beneficiarios, hacia el final pudieron acceder también a ellos los criollos. Algunas órdenes religiosas fueron asimismo dueñas de obrajes y también los establecieron varias comunidades indígenas para ayudarse a pagar los tributos. La producción fue, durante buena parte de la época hispánica, realmente extraordinaria y llegó a constituir la base del comercio de Quito con otras regiones de la América española.

Los tributos, cuya obligación pesaba sobre los aborígenes, fueron cargas verdaderamente exorbitantes que costaron imponderables sacrificio y dolor. La tasa obligaba a todos los indios entre 18 y 50 años, excepto caciques, incapacitados y foráneos, y consistía en el pago anual de determinadas cantidades de dinero, bienes muebles diversos y animales

[35] *Ibid.*, pp. 18 a 21 y 106 a 108.

[36] A. Pérez, *Las mitas en la Real Audiencia de Quito*, Quito, 1948.

domésticos, inclusive aves. Fijada por un juez visitador, muchas veces la tasa anual fue sobrepasada discrecionalmente por los recaudadores [37]. Esta capitación beneficiaba a los encomenderos con respecto a los indios de sus repartimientos y también a las autoridades para sostener los gastos de la administración colonial. Se cobraban cada 24 de junio, fiesta de San Juan, y 25 de diciembre, Natividad. En Quito, por ejemplo, los indios de San Blas debían pagar cinco pesos; los de Chillogallo, cuatro; los de Cumbayá, dos pesos, cuatro reales y un ave, y los de Calacalí, algo menos, pues sólo debían tributar media ave en vez de una. En ejercicio del Patronato la Real Hacienda cobraba, además, otros tributos como los diezmos, rematados al mejor postor, quien esquilmaba a los indios; los estipendios y camaricos eran beneficio de los curas doctrineros. Mediado el siglo XVIII, los diezmos, medidos en patacones, que se pagaban cada dos años en los alrededores de Quito, eran 700 para Calacalí; 1.300 en Pomasqui y San Antonio; 3.300 en Cotocollao, y 3.150 en Chillogallo y La Magdalena [38].

Como se puede observar, las depredaciones y explotación de que fueron víctimas los indios demuestran bien a las claras que se trataba de un sistema cruel e inhumano. Con razón despertó tantas protestas. Religiosos, funcionarios y magistrados probos y de verdadero espíritu cristiano hicieron llegar sus quejas a oídos de los mismos reyes de España, con llamamientos a su conciencia de monarcas católicos. Éstos no fueron sordos a tales invocaciones y se empeñaron en dictar leyes proteccionistas que prohibían extorsiones, abusos y malos tratos. Esa legislación, iniciada en 1542 con las «nuevas leyes», que motivaron la protesta de los encomenderos acaudillados por Gonzalo Pizarro, se fue ampliando y perfeccionando, hasta constituir verdadero y ejemplar *corpus iuris,* honra de España, lamentablemente con frecuencia incumplido: el rey estaba lejos, la justicia era lenta y la codicia insaciable, por lo que se institucionalizó el «se acata, pero no se cumple». Dice González Suárez que en el antiguo reino de Quito, la raza blanca oprimió a la indígena,

> pero esa opresión no fue nunca permitida, ni menos aprobada por el gobierno superior de España: los opresores de los indios, los oprimieron a

[37] A. Pérez, *Historia de la República del Ecuador,* Quito, 1956, pp. 120 y 121.
[38] A. Pérez, *op. cit.,* 1948, pp. 32 y 41.

éstos, abusando temerariamente de esa como impunidad, que para sus delitos les proporcionaba la tardía acción de la justicia; pero es una equivocación creer que los abusos se consumaban por un sistema de crueldad, perversamente reglamentada [39].

Para vigilar el cumplimiento de las normas proteccionistas dictadas por la Corona española se creó la institución del «protector de indios», cuya acción, por desgracia, carecía de poder coactivo suficiente, por lo que generalmente resultó ineficaz. Las vejaciones y opresión desatadas entonces sin control, sobre todo en algunos períodos y circunscripciones, dieron lugar en el territorio de la presidencia de Quito a numerosos alzamientos indígenas, particularmente en el siglo XVI, al comienzo de la época hispánica, cuando las ambiciones de los inmediatos descendientes de los conquistadores sobrepasaban toda medida, y en el XVIII, cuando la administración colonial estaba por lo regular en manos de burócratas, a veces recién llegados de España, ansiosos de enriquecimiento rápido; se había producido una visible decadencia que contrastaba con el auge del siglo XVII y se comenzaban a sentir negativamente las reformas económicas borbónicas tendientes a recuperar a España de su postración, con desmedro de las colonias de ultramar. La ciudad misma de Quito y su comarca inmediata no fueron, sin embargo, escenario de estos episodios [40].

Las clases sociales durante la colonia

Una verdadera pirámide constituían las clases sociales en el Quito hispánico, cuya base estaba formada por la gran masa de indígenas subyugados a raíz de la conquista y por sus descendientes, y cuya cúspide la formaba una minoría de españoles peninsulares que detentaban el poder político en nombre de la Corona y las principales funciones de gobierno. Entre los dos extremos se había formado una amplia gama de escalones, que iba ascendiendo en categoría social conforme podían disfrutar de bienes propios, hacer valer en algo sus derechos, alcanzar determinados privilegios y querer hombrearse de igual a igual con los

[39] F. González Suárez, *op. cit.*, III, p. 458.

[40] S. Moreno Y., *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito: desde comienzos del siglo XVII hasta finales de la colonia*, Bonn, 1976.

encopetados «chapetones», nombre con que terminaron siendo designados, ya en vísperas de la independencia, los españoles venidos de la Península para detentar las jerarquías administrativas.

Aunque el oidor Navarro, hacia 1761, simplifica el esquema social diciendo que «el vecindario se divide en tres clases y casi iguales en número, que son nobleza, plebe... y los indios», en realidad subdivide a la segunda en negros, mulatos, mestizos y zambos. Los estratos eran, sin embargo, más numerosos y definidos, pues en la gran pirámide social de la época hispánica podemos encontrar: *la gran masa indígena,* mayoritaria al comienzo, sujeta a las exacciones referidas; el reducido *grupo de caciques indígenas,* confirmados en sus cargos por los españoles; *algunos indígenas que alcanzan notoriedad* por sus especiales aptitudes para determinados trabajos, artesanías e inclusive artes, desde los comienzos del coloniaje; los *no muy numerosos negros,* y sus varias categorías de descendientes (mulatos, cuarterones, zambos, zambaigos, tente-en-el-aire, salto-atrás, etc.); los *mestizos,* hijos de español e indígena o viceversa (aunque esto último fue poco frecuente), quienes al finalizar la colonia llegan a predominar, entre los cuales se destacan los artesanos, cobran celebridad algunos artistas y, desde el comienzo, varios clérigos y frailes alcanzan nombradía e influencia por sus talentos; los *criollos del común,* muy numerosos, en su mayor parte sin más recursos que los necesarios para sobrevivir, aunque algunos comienzan a enriquecerse con el comercio y otras actividades lucrativas; los *criollos descendientes de conquistadores* o de casas solariegas y nobiliarias españolas, que presumen alcurnia y pergaminos, herederos de algunos bienes aunque por lo general venidos a menos salvo en el orgullo, los no pocos *criollos nobles,* que logran dignidades eclesiásticas, municipales, universitarias y en algunos casos hasta militares, algunos de ellos ricos terratenientes, de los cuales unos pocos logran ingresar en el siglo XVIII en las órdenes militares, particularmente de Santiago, y obtener condecoraciones y hasta títulos de Castilla. Entre ellos hay quienes llegan a ostentar dignidades de oidores, obispos y hasta alguna rara vez presidentes de audiencia, aquí o en otros lugares sujetos al dominio de la Corona española. La reiterada discriminación contra los criollos para estos altos cargos fue una de las causas de la futura emancipación. Particularmente tensas se volvieron las elecciones anuales de dignidades en el Cabildo municipal, en las que debían, hacia fines de la época hispánica, precisamente para evitar conflictos, alternarse en los cargos un español y un criollo, norma que se incumplía en

desmedro de éstos mediante artimañas y leguleyadas; los *españoles en general,* siempre en reducidísima minoría, apenas 100 en total hacia 1765 [41], y entre ellos los miembros del clero secular y regular venidos de España, generalmente pertenecientes a las órdenes religiosas y con frecuencia en calidad de superiores de ellas. La pugna entre criollos y chapetones en las elecciones capitulares, en especial las de San Francisco, llegó a originar motines populares, pues unos y otros tenían sus partidarios. Estos episodios fueron, también, causa remota de la independencia, por la que podríamos llamarlos «revolución de los conventos». Poquísimos criollos llegaron a ser *altos magistrados* de la burocracia monárquica en Indias, a la cabeza de los cuales estaba, en la cúspide de la pirámide, *el presidente de la Audiencia,* obviamente español, muy rara vez criollo.

Estas varias clases sociales —las que se hallaban hacia la base, fruto de las multiformes mezclas sanguíneas, se denominaban «castas»— vivieron siempre en un proceso de gran movilidad, interacción continua, que originaba «progresos» o a veces «retrocesos» en el esquema de jerarquización existente. Las rigurosas normas castellanas sobre «limpieza de sangre», exigidas para el ejercicio de determinados cargos —mediante probanzas que en ocasiones se fraguaban *ad hoc*—, contribuyeron sin embargo a mantener en la escala antes descrita la supremacía de criollos ennoblecidos, españoles y altos magistrados [42].

QUITO, SEDE PRESIDENCIAL Y AUDIENCIAL

Erección de la Real Audiencia y Presidencia de Quito por el rey Felipe II

Cuando Benalcázar se lanza a su gesta conquistadora sobre el Quito ostenta el cargo de teniente de gobernador de Piura que le otorgara Francisco Pizarro, gobernador del Perú; Almagro, con poderes suficientes otorgados por éste, sale en su seguimiento y al retornar con Alvarado donde el gobernador, debidamente autorizado, transfiere a Benal-

[41] R. G. Tyrer, *op. cit.,* p. 59.

[42] A. Pareja Diezcanseco, *Las instituciones y la administración de la Real Audiencia de Quito,* Quito, 1975, pp. 43-49.

cázar su cargo de teniente de gobernador de Quito, luego reemplazado por Diego de Tapia, Pedro de Puelles y Lorenzo de Aldana.

Empero, dos frailes con autoridad moral y ojo avizor observan desde el primer instante, como realidades evidentes, las diferencias entre Quito y Cuzco, que ya desde los tiempos prehispánicos se habían manifestado: son fray Tomás de Berlanga, que vino a tomar cuentas a Pizarro por encargo del emperador Carlos V, y fray Vicente Valverde, primer obispo del Perú. Berlanga, descubridor de las islas Galápagos en su viaje inicial desde Panamá, en carta dirigida al monarca el 20 de noviembre de 1535 le aconseja dividir la jurisdicción de Pizarro en dos gobernaciones, una de ellas Quito:

> Porque en la Relación que a V.M. desta tierra envío, hago memoria del Quito y de la entrada que en él se va abriendo —le dice— y que por nueva de indios se espera que ha de ser aquella muy buena tierra, hame parecido que con dificultad el Gobernador... estendiéndose aquello por allí, podría gobernar esto y aquello...; lo uno y lo otro será mejor gobernado habiendo dos Gobernadores que uno... [43].

Y Valverde, a su vez, en carta al mismo Carlos V, le dice: «La provincia de Quito, con Puerto Viejo y el pueblo de Santiago, y toda aquella costa hasta el río de Santiago, parece que podría ser otra gobernación» [44].

La Corona facultó a Pizarro para proceder a la subdivisión del territorio confiado a su jurisdicción, llamado la Nueva Castilla, aunque predominó el nombre de Perú, tal como la denominación de México primó sobre el nombre oficial de Nueva España. El 30 de noviembre de 1539, estando en el valle de Yucay, cerca del Cuzco, Francisco Pizarro nombró, efectivamente, gobernador del Quito a su hermano Gonzalo, quien se presentó al Cabildo de la villa solamente el 1 de diciembre de 1540, en presencia del teniente de gobernador Aldana, exhibió sus poderes, fue reconocido y juró fiel desempeño. Los términos de la nueva gobernación, según el documento de Pizarro, comprendían «las provincias de Quyto y Popayán e Caly y sus comarcas e villa de Puerto

[43] A. G. I., 2.2.1/13, cit. por C. M. Larrea, *La Real Audiencia de Quito y su territorio*, Quito, 1963, p. 12.

[44] A. G. I., 2.2.1/13, núm. 19, *ibid.*, p. 13.

Viejo e la cibdad de Santiago y Santo Francisco e Villa Viciosa de la Concepción con todo lo que se obiere descubierto e descubriere...» [45].

Los términos fijados para la gobernación eran, pues, más amplios que los de la ciudad, que comprendía

> por la parte de Popayán hasta el río de Angasmayo que linda con término de Pasto y por la parte de la ciudad de Santiago hasta acabar las faldas de lo alto de la montaña e hasta dar en lo llano corriendo de luengo hasta lo llano en la parte de la ciudad de Loxa hasta el Tambo Blanco e toda la tierra que poseen la provincia de Anansaya y Urinsaya con sus subjetos y todos los demás indios Cañares... [46].

El desarrollo de la gobernación de Quito, la fundación de nuevas villas y ciudades, la expansión descubridora hacia las regiones orientales, el crecimiento de la población, fueron factores que, puestos a consideración de la Corona española, condujeron, como paso natural progresivo, a la creación de la Audiencia de Quito.

El 29 de agosto de 1563 el rey Felipe II, en Guadalajara, dicta la Cédula Real por la que se erige, como nueva circunscripción en la estructura administrativa española de Indias, la Real Audiencia y Presidencia de Quito, confirmando así la personalidad del antiguo reino del mismo nombre y reconociendo la capacidad de aquel conglomerado social para ser directamente gobernado dentro de los límites jurisdiccionales que se señalan para el nuevo distrito [47].

Recuerda C. M. Larrea la afirmación del americanista español Jiménez de la Espada, al comentar la batalla de Iñaquito en la que murió el primer virrey del Perú, Núñez de Vela, cuando la gobernación de Quito estuvo a punto de proclamarse independiente de España, en el sentido de que «la Guerra de Quito fue la primera y la más seria de las tentativas de independencia a que se atrevieron los españoles americanos». Y añade Larrea que

> la erección de la Real Audiencia de Quito, dieciocho años más tarde, no alteró sino que confirmó la existencia de aquella entidad nacional con fisonomía propia desde época remotísima, velada en la penumbra de la

[45] *Archivo del municipio de Quito, Libro Primero de Cabildos de Quito,* tomo 2.‹o›, 1934, pp. 198 y ss.
[46] *Ibid., tomo 1.‹o›, pp. 106, 107.*
[47] C. M. Larrea, pp. 31 y ss.

prehistoria; creó una base jurídica, una organización estatal española para el reino aborigen dotado de vitalidad propia en la colonia y con derecho a gozar, en toda amplitud, su herencia territorial, su patrimonio inalienable [48].

Jurisdicción de la Audiencia de Quito

La Cédula Real de 1563 era explícita en señalar los límites de su jurisdicción:

> Por cuanto Nos para la buena gobernación de la provincia de Quito y otras tierras que de yuso irán declaradas habemos acordado de mandar fundar una nuestra Audiencia y Chancillería Real que resida en la ciudad de San Francisco de la dicha provincia del Quito, y habemos mandado quel nuestro Presidente y Oidores de la dicha Audiencia vayan luego a residir y residan en ella y usen y exerzan los dichos sus oficios en los límites que por Nos le serán señalados; y porque es nuestra voluntad que la dicha Audiencia tenga, son los siguientes: por la costa hacia la parte de la ciudad de los Reyes hasta el puerto de Paita exclusive, y la tierra adentro hasta Piura y Caxamalca y Chachapoyas y Moyobamba y Motilones exclusive, de manera que la dicha Audiencia tenga por distrito hacia la parte susodicha los pueblos de Jaén, Valladolid, Loja, Zamora, Cuenca, La Zarza y Guayaquil con todos los demás pueblos que estuvieren en sus comarcas y se poblaren y hacia la parte de los pueblos de la Canela y Quixos ha de tener los dichos pueblos con lo demás que se descubriese; y por la costa hacia Panamá hasta el puerto de la Buenaventura inclusive y por la tierra adentro a Pasto, Popayán, Cali y Buga y Champanchica y Querchicona y todos los dichos lugares con sus términos inclusive... [49].

Comentando este acontecimiento, el mismo Larrea expresa que

> la erección de la Real Audiencia de Quito en 1563, veintinueve años después de fundada la Villa española, en el mismo lugar que ocupara la capital del Imperio de Atahuallpa, no fue una simple medida tomada por el Consejo de Indias para facilitar el gobierno y la administración de justicia en los extensos dominios de la Nueva Castilla; no fue una arbitraria partición del territorio dependiente del primer Virreinato establecido en

[48] *Ibid.*, p. 37.

[49] *Archivo del municipio de Quito, Colección de cédulas reales dirigidas a la Audiencia de Quito,* 1935, pp. 27-29.

América Meridional; sino que fue el reconocimiento de la existencia de una circunscripción territorial dotada de vida propia y de carácter particular en lo geográfico, histórico, etnográfico y político, que necesitaba, por consiguiente, de gobierno propio [50].

Aunque Audiencia subordinada al virrey de Lima, la de Quito ejerció desde sus comienzos no solamente funciones de tribunal de justicia sino también amplias tareas gubernativas. Su presidente, generalmente togado, fue, entonces, cabeza del tribunal pero también del gobierno, por lo que se llamaba además gobernador, con facultades civiles, eclesiásticas, administrativas, financieras y aun militares cada vez más amplias, al punto de que, a comienzos del siglo XVIII, comenzó a denominarse también capitán general, como si fuese jefe de una audiencia pretorial. Obviamente, la distancia de 300 leguas con la sede virreinaticia y la urgencia de actuar en determinados casos de gobierno, hacienda y defensa, justificaban *de facto* la amplitud de poderes asumidos con los siglos por el presidente de Quito, lo que originó el celo de los virreyes, particularmente el de Santa Fe en el XVIII [51]. Tobar Donoso concluye que «cada audiencia fue entidad semisoberana y por eso un preludio de nación» [52].

La Audiencia y Presidencia de Quito estuvo integrada por el presidente, tres oidores (llegaron a veces a ser hasta cinco) que eran a la vez alcaldes del crimen, un fiscal, un alguacil mayor, un teniente de gran canciller y varios funcionarios menores [53].

Presidentes de Quito durante los siglos hispánicos

El primer presidente de la Real Audiencia de Quito fue el sevillano H. de Santillán, quien fundó el hospital de la Misericordia, hoy «San Juan de Dios», el primero de la América del Sur, cuyas puertas han permanecido abiertas durante cuatro siglos, actualmente en restauración.

[50] C. M. Larrea, *op. cit.*, 1963, p. 7.

[51] A. Pareja Díezcanseco, *op. cit.*, p. 220; J. Reig Satorres, «Reales Audiencias», *Autos acordados de la Real Audiencia de Quito*, Guayaquil, 1972, p. 240.

[52] J. Tobar Donoso, *Las instituciones del período hispánico, especialmente en la presidencia de Quito*, Quito, 1974, p. 205.

[53] J. Reig Satorres, *op. cit.*, p. 538.

Le sucedieron, en lo que quedaba del siglo XVI, L. Díez de Armendáriz (1571-1574), P. García de Valverde (1575-1578), D. de Narváez (1578-1581), M. Barros de San Millán (1587-1593), bajo cuyo gobierno tuvo lugar la Revolución de las Alcabalas, y E. Marañón (1593-1599), todos españoles.

En el siglo XVII, además de una serie de interinos, gobernaron la Audiencia en nombre del rey de España M. de Ibarra (1660-1608), fundador de la ciudad que hasta hoy lleva su apellido, al norte de Quito; J. Fernández de Recalde (1609-1612), que inició la construcción del Palacio de Gobierno; A. Morga, indolente y divertido pero amigo de las artes, quien a pesar de haber gobernado casi un cuarto de siglo en sus dos administraciones (1615-1624; 1627-1636), apenas interrumpidas por la funesta visita del inquisidor Mañosca, no dejó, aparte de las *Ordenanzas de Quito,* más obra que una trocha a Bahía de Caráquez, pronto tragada por la selva, y los cuadros y esculturas españoles que había comprado para su coleccón privada; A. Pérez de Salazar (1657-1642; J. de Lizaraza (1642-1645); M. de Arriola (1645-1652); P. Vásquez de Velasco (1655-1661); A. Fernández de Heredia (1662-1665); D. del Corro Carrascal (1670-1673), que propagó las corridas de toros; el codicioso L. A. de Munive (1678-1699), y M. de la Mata Ponce de León (1691-1707).

La serie de presidentes del siglo XVIII, también españoles como los anteriores —salvo tres criollos americanos, uno solo de Quito—, se inicia con F. López Dicastillo (1703-1795), quien en su breve gobierno trató de proteger a los indios; J. de Sosaya (1707-1714); S. Larraín (1715-1718), chileno, bajo cuya administración tuvo lugar la supresión de la Audiencia; D. de Alcedo y Herrera (1718-1736) que, aunque eficaz, enérgico y progresista gobernante, dio ocasión con algunas actitudes para que se ahondaran las diferencias entre criollos y chapetones; J. de Araujo y Río (1736-1745), limeño, en cuyo período realizaron la mayor parte de su obra los académicos franceses, llegados a Quito al finalizar el gobierno del anterior; F. Sánchez de Orellana (1745-1753), el único quiteño en alcanzar la presidencia, quien hizo una administración prudente; J. P. Montúfar y Frasso (1753-1761), que gobernó una Audiencia asolada por los terremotos y murió en Quito, donde había contraído matrimonio; J. Diguja (1767-1778), que cumplió la orden de expulsión contra los jesuitas; J. García de León y Pizarro (1778-1784), quien organizó con rara eficacia el inexorable cobro de tributos en la empobrecida audiencia, por lo que se hizo odioso, realizó también el primer

censo de población y controló una conspiración en favor de Tupac Amaru; J. de Villalengua y Marfil (1784-1790), activo, emprendedor y constructivo, bajo cuyo gobierno se erigió el obispado de Cuenca, pero implacable perseguidor del doctor Espejo; A. Mon y Velarde (1790-1791); L. Muñoz de Guzmán (1791-1798), en cuyo tiempo se fundó la «Sociedad Patriótica de Amigos del País de Quito» y circuló el primer periódico *Primicias de la Cultura de Quito,* pero también encarceló hasta hacerlo morir al doctor Eugenio Espejo, alma de estas actividades. Sucedió a Muñoz de Guzmán el ilustre Barón de Carondelet, con quien entramos ya en el siglo XIX.

Las Ordenanzas de Quito *del presidente Morga*

La controvertida actuación del presidente doctor Antonio Morga en su largo gobierno de dos períodos, que motivó su juicio de residencia al finalizar el primero, y culminó con sentencia condenatoria que dicho magistrado no alcanzó a conocer por haber fallecido, se salva por el legado que, gracias a su acuciosidad, logró realizar con tesón y método: la recopilación de todas las Cédulas Reales que para la Audiencia de Quito había dictado hasta entonces la Corona, comenzando por las *Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Quito* expedidas por Felipe II en Monzón, el 4 de octubre de 1563, a pocos días de la erección de aquélla, y que luego sirvieron de base para la legislación exigida por la creación de nuevas Audiencias en América, verdadero monumento del derecho indiano, precedente valioso de las futuras *Recopilaciones de las Leyes de Indias,* que solamente en nuestros días ha podido ser editado, normas que «constituyen el mejor precedente de las Leyes de procedimiento Civil y Criminal, vigentes durante siglos en el territorio Ecuatoriano» [54].

Cambios en la dependencia jurisdiccional de la Audiencia de Quito

Al comenzar el siglo XVIII, una serie de disposiciones reales provoca enorme inquietud en los habitantes de Quito, que a lo largo de los 100

[54] J. Reig Satorres, *Ordenanzas de la Real Audiencia de Quito,* Guayaquil, 1978, p. 203.

años anteriores habían disfrutado de tranquilidad, orden y prosperidad. Al crear el cargo de virrey en Santa Fe de Bogotá, mediante Cédula Real de 27 de mayo de 1717, se dispuso que «se extinga y suprima la Audiencia que reside en la ciudad de San Francisco Quito», y que «toda la jurisdicción y términos comprendidos en ella» quedasen agregados a la Audiencia de Santa Fe. Sorpresa, desconcierto y humillación causó el mandato real que, sin embargo, se acató y cumplió. La disposición emanada de la Corona traspasaba al recién creado virrey el territorio con todos sus términos y la jurisdicción con todos su ramos: justicia, gobierno político, patronato, guerra y hacienda, etcétera. [55].

Los reclamos, tanto del Cabildo de Quito cuanto del virrey del Perú, que veía mermada de su mando la que se consideraba «una de las más fértiles y pobladas» provincias de su jurisdicción, no se hicieron esperar y la Corona española escuchó esos clamores. Con Cédula Real de 18 de febrero de 1720 ordenó que «se vuelva a establecer la Audiencia según estaba antes, y en la forma que se executó su primera erección... como estaba antes de la extinción de la Audiencia al Virrey del Perú que reside en Lima, de cuya jurisdicción ha de ser...». A manera de reparación, esta nueva cédula ampliaba las atribuciones del presidente de Quito, que, así fuese togado, debía asumir también la atribución militar y recibía el nombramiento adicional de capitán general, ya que se le encargaba «exercer el cargo de mandar las armas», lo que significaba reconocer que se trataba ya de una audiencia pretorial.

Otros tres años más tarde, el 3 de noviembre de 1723, la Corona suprimió el cargo de virrey de Santa Fe hasta que por Cédula Real de 20 de agosto de 1739 se restableció aquella alta función y, otra vez, se trasladó la Audiencia de Quito, aunque ya sin suprimirla, a depender de Bogotá, segregándosela de Lima [56].

Para los criollos quiteños estas visicitudes que les afectaban de diversa manera tuvieron una consecuencia adicional: al propio tiempo que veían confirmada la personalidad de la Audiencia de Quito, trasladada ora a Bogotá, ora a Lima, ora de nuevo a Santa Fe con todos sus términos territoriales, sentíanse por otra parte convertidos en simples objetos, mermada su condición de personas y, sin consideración alguna, menos aún consultas previas, trasladados a depender de una u otra de

[55] J. Tobar Donoso, *op. cit.*, p. 19.
[56] *Ibid.*, p. 20.

las autoridades virreinales, ambas en remotos lugares, a donde se veían obligados a recurrir, en sus instancias, con erogación de fuertes gastos. Estos sentimientos, en los que se mezclaban el estupor, la insatisfacción e inclusive el resentimiento, fueron leudando al punto de constituir otra de las causas remotas del estallido revolucionario independentista que surgiría en la propia Quito apenas 70 años después.

La organización administrativa en el reino de Quito

El presidente de la Audiencia, aunque subordinado al virrey de Lima, primero, y al de Santa Fe de Bogotá, después, ejercía en Quito la representación real y era, por tanto, jefe del gobierno con todas sus atribuciones en lo político, hacendario y religioso, pues ejercía el Patronato en nombre del soberano. A sus títulos de presidente y gobernador se añadió, desde comienzos del XVIII, el de capitán general y, desde mediados del mismo siglo, el de regente. En su nombre gobernaban, en las principales ciudades de su distrito, sendos gobernadores y corregidores. Según el oidor Navarro, hacia 1761, había cinco gobernaciones dependientes del presidente de Quito (Popayán, Quijos, Jaén, Esmeraldas y Mainas); 10 corregimientos (Pasto, Ibarra, Otavalo, Quito, Tacunga, Riobamba, Chimbo, Guayaquil, Cuenca y Loja) y 16 tenencias con jurisdicción propia (Cali, Buga, Raposo, Isquandé, Barbacoas, Almaguer, Pasto, Ambato, Alausí, Babahoyo, Baba, Daule, La Puná, Yaguachi, Puerto Viejo, La Punta) [57]. En 1763, Guayaquil fue promovida a gobernación, e igual dignidad alcanzó Cuenca en 1770.

El mismo oidor Navarro describe la organización administrativa de Quito, ya como «corte y cabeza de toda la provincia», ya como «cabeza de corregimiento». Para lo primero disponía de tres tribunales político-civiles: la Real Audiencia con presidente, cuatro oidores-alcaldes de corte, un fiscal y un protector de indios; las Reales Cajas, provistas de contador y tesorero, y la Tesorería de Bienes de Difuntos, presidida por un oidor por turno y con un tesorero; y tres tribunales de orden religioso: el Cabildo eclesiástico, con obispo, deán, arcediano, chantre, maestre-escuela y tesorero, tres canónigos de oposición (doctoral, peni-

[57] J. R. Navarro, *Idea del reino de Quito* (1761), *vid.* M. Miño G., *La economía colonial*, Quito, 1984, p. 114.

tenciario y magistral), tres de presentación, cuatro racioneros y dos medio racioneros; el de la Cruzada, con comisario, tesorero y contador, y el de la Inquisición, provisto de comisario, alguacil y familiares nombrados por Lima [58].

En su calidad de corregimiento, el Cabildo tenía un corregidor, dos alcaldes ordinarios, un alcalde provincial y regidores. La acción del cabildo, desde luego, era de enorme trascendencia local, y aunque por lo general hubo cooperación, no faltaron ocasionales circunstancias de tensión con las autoridades políticas.

La organización militar

Siempre fue incipiente la estructura militar de la ciudad de Quito. En los momentos iniciales, de peligro ante una reacción aborigen, dado el gran número de indios frente a la minoría de españoles, todos se veían ocasionalmente obligados al ejercicio de las armas, a manera de milicias. Poco después se creó una guarnición profesional, al mando de un capitán, pero reducidísima y poco dotada de armas eficaces y munición, por lo que a veces, como en las Revoluciones de las Alcabalas y los Estancos, fue sobrepasada por los embates populares; en aquélla, la autoridad real debió imponerse apelando al envío desde Lima de un fuerte contingente militar al mando del general Arana. Los presidentes de la Audiencia, generalmente togados, sólo desde el siglo XVIII asumieron funciones de capitanes generales.

La necesidad de defender Guayaquil frente a las amenazas corsarias, que en ocasiones hicieron al puerto víctima de sus depredaciones, obligó a fortificarlo militarmente, medidas que también se adoptaron en otros lugares de la costa, aunque de modo incipiente, con dotaciones más bien simbólicas. El riesgo de las invasiones piráticas y las amenazas de agresión extranjera durante las luchas de España con otras potencias europeas, particularmente Inglaterra, exigieron la fortificación de los principales puertos y ciudades litorales del continente, en especial Cartagena de Indias, para lo cual Quito debió enviar cuantiosos recursos, los famosos «situados anuales de Cartagena y Santa Marta», «que se remiten para la subsistencia de esas importantes plazas que son los ante-

[58] *Ibid.*, pp. 128 y 129.

murales» del reino de Quito, en opinión del oidor Navarro [59], contribución que constituyó permanente sangría para la ya angustiosa situación económico-social de Quito en la segunda mitad del siglo XVIII. A manera de ejemplo, recordemos que en 1802 se remitieron 97.962 pesos; en 1802, 69.800, y en 1804, 98.449 pesos [60].

Lo que sí obligó a la formación de mayores contingentes fue la necesidad de defender las misiones quiteñas del Marañón de la penetración portuguesa que realizaban los bandeirantes. Hubo que enviar, a veces, expediciones militares especiales, una de ellas comandada por el capitán Juan de Salinas, ya a fines del siglo XVIII, y a él también se le encomendó dirigir una pequeña fuerza que viajó a incrementar la guarnición de Panamá en 1806, ante la amenaza de las invasiones inglesas.

LA ECONOMÍA EN EL REINO DE QUITO

La agricultura y la ganadería

Los españoles encuentran en el Reino de Quito una agricultura muy desarrollada, sobre todo en el altiplano andino, con abundantes cereales (maíz, quinoa), leguminosas (fréjol, maní), tubérculos (papa, melloco, oca), rizomas (yuca, camote, zanahoria blanca), hortalizas, verduras y especierías (tomate, ají, zapallo, zambo, vainilla, ishpingo o canela de Quijos, achiote) y una gran variedad de frutas, tanto en la sierra como en la costa (piña, plátano, chirimoya, guanábana, aguacate, frutilla, mora, capulí, guaba, cacao, granadilla, tacso, papaya, tuna, guayaba, naranjilla, etc.) [61]. El agave y el algodón se hallan bien desarrollados y son la fuente principal de fibras. Benefícianse los conquistadores de todos esos cultivos, gustan de los productos naturales e introducen mejoras, tanto agrícolas como culinarias, para superar las elementales formas de la dieta aborigen. Más aún, llevan a España algunos de aquellos productos, los aclimatan y divulgan su cultivo por toda Europa, particularmente la papa (patata) y el maíz. El Nuevo Mundo hace así uno de sus más beneficiosos aportes a la agricultura del Viejo.

[59] *Ibid.*, p. 128.
[60] A. Pérez, *Historia de la República del Ecuador*, Quito, 1956, p. 127.
[61] E. Estrella, *El pan de América*, Madrid, 1986.

Pero simultáneamente, añorando los productos de la remota España, inician los conquistadores y primeros colonos, desde el primer día, la introducción de cultivos europeos, tanto en el Quito, en general, cuanto en la ciudad misma y sus alrededores, en particular. Observan los climas, experimentan siembras, crecimiento y cosechas y no tardan en determinar los lugares más aptos para la producción intensiva de cada uno de los productos agrícolas predominantes en la remota y recordada España. Puede afirmarse que se realiza una verdadera revolución, en el sentido de transformación profunda, vigorosa y perdurable, que permite el definitivo asentamiento de los españoles en la nueva tierra e influye también, poderosamente, en el modo de vida y alimentación de los indígenas.

Los productos que se cultivan son cereales, como el trigo, que introduce fray Jodoco y divulga el capitán Francisco Martín [62], y la cebada; hortalizas múltiples, tanto lechugas, coles, zanahorias, remolachas, nabos, rábanos, como lentejas, arvejas, garbanzos; frutales de toda especie: peras, manzanas, naranjas, toronjas, limas, limones, duraznos, membrillos; pero la vid y el olivo, aunque llegan a plantarse y producir, no se desarrollan, en parte porque la experimentación no resulta tan favorable en un país como Quito carente de las cuatro estaciones necesarias para un mejor producto, y en parte porque hay instrucciones específicas, que se dictan desde los días aurorales de la penetración hispana en América, de dificultar su cultivo para no mermar el comercio floreciente de vinos y aceites producidos en la propia Península; finalmente, ya en el siglo XVIII, las reformas de Carlos III obligan a la tala de vides y olivos, que en Quito se cumple en forma rigurosa. La caña de azúcar, en cambio, se cultiva de modo intenso. La floristería, poco practicada por los indios, alcanza un gran desarrollo con todas las especies que prontamente logran ser aclimatadas: claveles, rosas, geranios, azucenas, etcétera.

Tanto los indígenas como los recién llegados europeos son grandes herbolarios, y el intercambio se produce de inmediato: los españoles aprenden a conocer y estimar en alto grado las muchas yerbas medicinales que utilizan los aborígenes e introducen, a la vez, aquellas de las que ya se beneficia Europa.

[62] P. y A. Costales, Polémica con P. Naranjo y O. Celi sobre el primer trigo en Quito, en *Domingo,* suplemento de *El Comercio,* Quito, diciembre de 1984.

Encuentran pocos animales domésticos: el perro, el cuy, las llamas. Pero pronto se produce la casi total extinción de las grandes manadas de llamingos, sacrificados por los españoles para comer su carne y gustar de modo especial sus corazones, dada la ausencia absoluta de vacunos en los primeros años [63].

Desde los días mismos de la conquista comienza la introducción del ganado europeo: caballar, porcino, ovino, vacuno, asnal. Y animales domésticos como perros y gatos.

Se desarrolla también la avicultura: los pavos ya eran conocidos por los incas, pues su crianza habíase ido expandiendo desde México entre los grupos aborígenes, pero se extienden más por los muchos que Alvarado trajo en su desafortunada expedición; también los gallos y gallinas, venidos de Europa desde los viajes iniciales, llegaron al Quito antes que los propios españoles, pues asimismo fueron divulgándose rápidamente de tribu en tribu; patos y patillos eran conocidos y en Quito abundaban en las dos lagunas de Iñaquito y Turubamba, pero los españoles trajeron los gansos.

Desde luego, también vinieron con ellos las técnicas agrícolas propias de Europa, que introdujeron en el Nuevo Mundo, particularmente el arado, pero asimilaron también toda la experiencia aborigen y los aspectos positivos de las técnicas agrícolas indígenas.

Prontamente es visible el gran desarrollo de todos estos productos, tanto nativos como foráneos, y el universal incremento, en sus dos vertientes, ya unificadas, también en esto mestizaje manifiesto, de la agricultura en general, especialmente la horticultura, la fruticultura, la floristería, la ganadería, la cunicultura y la apicultura. La rica variedad de productos cultivados, tanto americanos como europeos, convierte toda la región andina, y Quito y sus valles cercanos de un modo especial, en un emporio de todo género de productos que maravilla a cuantos vienen de visita a estas regiones.

Cayambe y Machachi, ya desde entonces, se especializan en ganadería mayor y menor; Guayllabamba, en caña de azúcar, sin dejar su antigua producción de chirimoyas y aguacates; Pomasqui, en vides; Cumbayá y Puembo, en peras, manzanas, mandarinas; y en todas partes, hortalizas y legumbres, habiéndose intensificado, simultáneamente, la producción tradicional de papas y maíz, éste sobre todo en el valle de

[63] J. de Velasco, *op. cit.*, I, p. 158.

los Chillos, así como toda la rica gama de productos de la tierra que habían logrado con su alta agricultura quitus e incas. Sería inacabable la cita de cronistas y viajeros, admirados todos de la riqueza y feracidad agrícolas de la ciudad de Quito y su comarca.

Desarrollo de la textilería preindustrial

Miño, al estudiar las relaciones socioeconómicas de la Real Audiencia de Quito, establece en el período que va desde 1560-1570 hasta 1630 el «nacimiento y consolidación de los obrajes en la sierra» que permiten a Quito mantener su actividad dominante en torno a la producción textil, aunque con una etapa de decaimiento entre 1630 y 1680 y luego desde 1720, año en que desaparecen definitivamente los obrajes de comunidad, venidos a menos desde 1704 por la prohibición de utilizar el trabajo indígena. Ya para entonces había surgido el régimen de haciendas, que permitió un reflorecimiento de la textilería en obrajes privados, permitidos a los hacendados. A fines del siglo XVI y comienzos del XVII, según el mencionado investigador, el sistema colonial queda estructurado, profundamente modificada la forma indígena de producción y configurada definitivamente la relación campo-ciudad: en el medio rural, las haciendas y obrajes; en los centros urbanos, los propietarios agrícolas o textiles, comerciantes, órdenes religiosas y funcionarios que controlan el poder político y administrativo [64].

Según los datos disponibles, hacia 1600 había 56 obrajes desde Ibarra hasta Alausí, 15 de ellos de comunidad y los demás privados, de éstos, 20 funcionaban en el corregimiento de Quito; un siglo después, el número total había aumentado a 104, los obrajes de comunidad habíanse reducido a 15, y en Quito funcionaban 74 obrajes privados, una mitad con permiso y la otra sin él [65]. Esos obrajes funcionaban con más de 300 operarios, pero Munive, presidente de la Audiencia hacia 1680, señala que había también 100 obrajuelos con menos de 30 operarios, además de multitud de «chorrillos», es decir, establecimientos domésticos y a domicilio, que funcionaban en los alrededores y aun en la pro-

[64] M. Miño G., *op. cit.*, pp. 17 a 19.

[65] R. Tyrer, «The demographic and economic history», Berkeley, 1976, *vid.* M. Miño G., *op. cit.*, 1984, p. 50.

pia ciudad de Quito, con unos 30.000 operarios indígenas. Los obrajes de comunidad, en cambio, no aparecieron en el área de Quito [66].

Los que sí proliferaron fueron los obrajes y batanes particulares, inclusive en las goteras de la ciudad, en su mayor parte con operarios voluntarios pero también algunos con fuerza de trabajo compulsiva. En Añaquito, Machángara, Yaruquí y Puembo se hallaban estos últimos. En los arrabales de la propia Quito, como en Santa Bárbara y San Blas, en el centro; la Recoleta, el chorrillo de San Sebastián, San Diego, Luluncoto, Machángara, Chillogalo y Guajaló, hacia el sur; Añaquito, donde funcionaba un batán que ha dado nombre que hasta ahora se conserva a una zona de la moderna ciudad de Quito, y Cotocollao, hacia el norte, y dentro de las «cinco leguas», en Zámbiza, un obrajuelo, y obrajes en Cumbayá, Tumbaco, Puembo y Oyambaro, hacia el este, y Panzaleo, hacia el sur [67]. Estos últimos eran ya producto de la conexión hacienda-obraje. Hacia 1700, la producción de paños en los obrajes ascendía a 298.454 varas, con un valor de aproximadamente 1.750.000 pesos, de los cuales 600.000 correspondían a la exportación de ropa [68].

Alcedo expresa que en los obrajes se fabricaban

> gran cantidad de ropas de la tierra, como pañetes, bayetas y jergas, de que antes se abastecían todas las provincias del Perú y hacían un considerable comercio, como de los tejidos y lienzos de algodón tan finos y primorosos, que pueden competir con los mejores de Inglaterra... [69].

Las haciendas

Campesinos en su mayor parte, los españoles buscaron desde el primer momento la manera de poseer tierras donde pudieran beneficiarse de la agricultura, tanto más cuanto que las encomiendas sólo premiaban a muy pocos conquistadores. El Cabildo fue uno de los agentes para la repartición de tierras no trabajadas por las comunidades indígenas para sustento propio, sin perjuicio de que en ocasiones fuera la propia Co-

[66] M. Miño G., *op. cit.*, p. 49.

[67] A. Lansazuri Soto, *El régimen laboral indígena en la Real Audiencia de Quito,* Madrid, 1959; J. Ortiz de la Tabla, «El obraje colonial ecuatoriano. Aproximación a su estudio», *Revista de Indias,* 149-150, 1977; M. Miño G., *op. cit.,* 1984.

[68] M. Miño G., *op. cit.,* p. 64.

[69] A. Alcedo, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias* (1787), Madrid, 1967, II, p. 278.

rona, directamente o a través de virreyes y audiencias, la que otorgara la propiedad agraria como merced a los que la pretendían alegando servicios. Las primeras reparticiones en Quito beneficiaron a los propios cabildantes, que las obtuvieron sobre todo en las feraces zonas de Pomasqui, Cumbayá, Puembo, Pifo, Itulcachi, Chillo, Alangasí, Píntag, Uyumbicho y Machachi. Pronto surgió también la compraventa de tierras a los indios que las poseían y asimismo la adquisición mediante el enlace con indias propietarias. Así fueron naciendo las «haciendas», nombre que se dio a ese tipo de propiedad rústica, para cuyo trabajo se utilizaba, desde luego, mano de obra indígena, casi siempre bajo diversos modos de explotación, uno de ellos la mita.

> Parece —afirma Borchart— que gran parte de las tierras indígenas enajenadas a favor de los españoles o mestizos, fueron transferidas en forma legal según el derecho español, aunque no deben descartarse los diferentes modos de presión que sufrió la población indígena en la enajenación de sus propiedades rurales [70].

La acumulación de tierras colindantes originó la temprana formación de latifundios, los que se incrementaron a lo largo del siglo XVII. Y pronto comenzaron a figurar entre los propietarios, además de los particulares, todas las órdenes religiosas, es decir, jesuitas, mercedarios, franciscanos, agustinos y dominicos, así como los conventos de monjas de clausura. El fenómeno, común en la sierra, era predominante en el corregimiento de Quito, sobre todo en Cayambe, los Chillos y Machachi. El tamaño de las haciendas variaba. Pesillo y Pisambilla, de los mercedarios, tenían 800 y 300 caballerías, respectivamente. Los jesuitas, sólo en los Chillos, agrupaban 342 caballerías. A fines del XVII, ya estaba conformada la mayor parte de las haciendas cercanas a Quito, cuya extensión y renombre, pasando por la confiscación de las haciendas del clero realizada por la revolución liberal de comienzos de este siglo, perduró hasta la reciente Reforma Agraria.

Hay que señalar, sin embargo, que la agricultura en esas propiedades contribuyó al auge generalizado del siglo XVII. Los jesuitas, sobre todo, racionalizaron de tal manera el trabajo agropecuario que sus extensas propiedades se convirtieron en modelo de producción, al extremo de satisfacer la ingente cantidad de recursos necesarios para la

[70] C. Borchart, «El período colonial»; S. Moreno U., *Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana,* Quito, 1981, p. 235.

construcción y sostenimiento de sus numerosas iglesias y colegios, la Universidad de San Gregorio y, sobre todo, las Misiones del Marañón.

La expulsión de la Compañía de Jesús ya bien avanzado el siglo XVIII fue una de las causas de la crisis agrícola y ganadera que sufrió la Audiencia de Quito al finalizar aquel siglo. Pronto salieron a remate las antiguas haciendas de los jesuitas en favor de beneficiarios particulares, que por lo general no lograron mantener ni la racionalización ni el ritmo que aquéllos habían logrado.

Surgimiento de las plantaciones cacaoteras en la baja cuenca del río Guayas

Según Miño, al mismo tiempo que se implantaban y consolidaban los obrajes en la sierra, o sea, entre 156001570 y 1630, se iniciaba la producción cacaotera en la costa [71]. El comercio, sobre todo hacia México, surgió desde finales del siglo XVI, y fue incrementándose en el XVII debido a la posición de Guayaquil como primer astillero de la costa del Pacífico. Los celos de los cacaoteros de Guatemala, primero, y de Venezuela, después, alcanzaron de la Corona española reiteradas limitaciones y hasta prohibición absoluta para la venta del cacao de Guayaquil, aunque éste logró continuar de modo clandestino.

> Que a pesar de las prohibiciones Guayaquil gozaba en el siglo XVII de gran prosperidad, y que esta prosperidad tenía por base principal el cacao, resulta patente de los documentos de la época, en particular de las relaciones de los corsarios [72].

El primer «boom» del cacao guayaquileño consolidó el poder de los grandes propietarios de plantaciones en la costa. Pero la competencia creciente del cacao venezolano dio lugar a tropiezos legales insalvables, y consecuentemente al decaimiento económico que adviene en el siglo XVIII. Sólo la exportación de maderas, tradicional en el puerto de Guayaquil, continuó manteniéndose. Quito, que se beneficiaba también indirectamente de la prosperidad guayaquileña, y que tenía en el puerto

[71] M. Miño G., *op. cit.*, p. 17.

[72] D. León y A. Szasdy, «El comercio del cacao de Guayaquil», *Revista de Historia de América,* 157-158, IPGH, México, 1964, p. 10.

su principal medio de comercio con las otras posesiones españolas, a las que exportaba los paños de sus obrajes, clave de su principal fuente de recursos, sufre también las consecuencias de esa crisis, generalizada ya e incrementada con el decaimiento de la producción agropecuaria tras la expulsión de los jesuitas.

TRANSFORMACION DE LA ESTRUCTURA URBANA Y RURAL

Desarrollo de las ciudades en los siglos hispánicos

El siglo XVI mira no solamente la fundación y crecimiento de Quito sino también el nacimiento de otras muchas ciudades, que van surgiendo por necesidad del creciente tráfico que origina la conquista y colonización españolas. Portoviejo, Guayaquil, Cuenca, Loja, Zaruma, Ibarra, Riobamba, Ambato, Latacunga, Chimbo, son otras tantas villas o ciudades que van sembrándose en la geografía ecuatoriana, teniendo a Quito como centro y cabeza, al igual que Pasto, Popayán y Cali, quitenses a raíz de la erección de la Audiencia en 1563, hoy bajo la jurisdicción de Colombia.

Fundación, desarrollo inicial y destrucción de las ciudades en la región amazónica

También al pie de los Andes la colonización hispánica va sembrando como al voleo numerosos pueblos, algunos de los cuales comienzan a demostrar prosperidad, tales como Baeza, Sevilla de Oro, Logroño, Santiago de los Caballeros, etc. Pero varios de ellos desaparecen, ya por la indómita resistencia de los aborígenes, ya por la bravía naturaleza de la selva que se va tragando pueblos y plantaciones, ya por requerirse el gigantesco esfuerzo y la perseverancia indeclinable para la colonización de la gran hoya amazónica.

Quito, principal ciudad del reino del mismo nombre

La ciudad de San Francisco aparece, por tanto, de hecho y de derecho, como la principal población en todo el territorio de la Audiencia, y

su importancia y la creciente magnificencia de sus construcciones religiosas llegan, inclusive, en algunos momentos, a permitirle superar a las dos ciudades sedes de los virreyes, Lima y Santa Fe de Bogotá, que terminan disputando codiciosamente que aquélla quede bajo su jurisdicción. El crecimiento de la población permite que ya en el siglo XVI Quito tenga cinco parroquias urbanas, primero, y que luego aumenten a seis y siete, que se vuelven célebres y tradicionales: la catedralicia, más conocida con el nombre de El Sagrario, Santa Bárbara, San Roque, San Marcos, San Blas, San Sebastián y luego Santa Prisca.

Los aledaños inmediatos de Quito, hacia sur y norte, fueron siempre codiciados campos de pan sembrar, que proveían a la ciudad de los productos básicos necesarios, y devinieron en puntos de atracción para la propiedad veraniega. Todos los viajeros y cronistas se refieren a ellos con admiración. Recordemos siquiera dos testimonios. Santistevan (1740), refiriéndose al norte de Quito expresa que «... el verde y ameno llano de Añaquito... está poblado de haciendas y casas de campo de los vecinos de la ciudad...» [73]. Y Caldas, hablando en 1804 de La Magdalena, Turubamba y Chillogallo, inmediaciones de Quito hacia el sur, manifiesta:

> Por todas partes se ven cuadros cultivados, casas de campo, cabañas, rebaños de ovejas, vacadas, etc., y presenta al viajero la más risueña perspectiva. Aquí están los mejores pastos y las haciendas más útiles de las inmediaciones de Quito. El trigo, la cebada, la papa, hacen el fondo principal de su cultivo... [74].

Las parroquias rurales en «las cinco leguas»

La periferia de Quito estaba constituida por los pueblos aledaños, cinco leguas en torno de la ciudad, hacia el norte, el este y el sur. El obispo P. de la Peña los había constituido en parroquias, ya desde el siglo XVI, disponiendo que la dispersa población indígena se concentrase junto a ellos. Poco a poco habían ido desarrollándose.

Hacia 1761 el oidor Navarro los enumera al decir que

[73] M. de Santistevan, «Viaje muy puntual y curioso de Lima hasta Caracas» (1740), en M. Miño G., *La economía colonial*, Quito, 1984, p. 106.

[74] F. J. de Caldas, *Viaje al corazón de Barnuevo*, *vid.* M. Miño G., *op. cit.*, pp. 170-171.

comprende este corregimiento en su jurisdicción 25 pueblos numerosos, todos con sus curas, fuera de otros menores anexos a éstos, que son: Perucho, San Antonio de Lulumbamba, Pomasqui, Calacalí, Cotocollao, Guayllabamba, Zámbiza, El Quinche, Yaruquí, Puembo y Pifo, Tumbaco, Cumbayá, Guápulo, Alangasí, Píntag, Sangolquí, Amaguaña, Uyumbicho, San Juan Evangelista, María Magdalena, Conocoto, Chillogallo, Alóag y Machachi...

El mismo Navarro, al hablar de Machachi, dice: «... se cultiva el trigo, la cebada, la papa, y sobre todo la cebolla, que hace el fuerte y el fondo de su comercio con Quito» [75].

Santistevan, 20 años antes, testimoniaba que

... el espacioso valle de Machache... está repartido en haciendas de campo, que dan copiosa cosecha de todos granos y legumbres, dehesas cercadas con fosos de agua que llaman potreros para cebar novillos, huertas de frutales pertenecientes a los vecinos de Quito, que tienen a un mismo tiempo en ella la utilidad y el recreo de la benigna temperie que goza y abundancia de caza de venados y conejos siendo tanta la que hay de los últimos, que en la batida de un medio día se suelen matar hasta 300...» [76].

El mismo viajero, hablando de la región de Cayambe, expresa que

los ríos nombrados Guachalá y Granobles... dirigiendo sus cursos por los opuestos lados riegan sus campañas y las fertilizan de cuantas yerbas son útiles para engordar los ganados, de los que sacan los hacendados, en el que son los vecinos de la ciudad de Quito (los que hacen) grandes provechos, porque en los altos crían sus rebaños, y manadas de ovejas y de vacas; en las faldas siembran a un mismo tiempo y cogen abundante cosecha y granos de España y de las Indias y en el llano que a medida de la extensión de las propiedades que tienen en esta gran dehesa, las dividen en cuadros... llamados potreros...

Pero el área de influencia inmediata se extendía también hacia el este y el oeste, atravesando las cordilleras, hacia los que se llamaban «pueblos de yumbos», bien que este nombre correspondía más propiamente a los que demoraban en los declives occidentales de los Andes, con los que ya había relaciones intensas desde los tiempos prehispáni-

[75] J. R. Navarro, *op. cit.*, en G. Miño G., *op. cit.*, p. 130.
[76] M. de Santistevan, *op. cit.*, *vid.* M. Miño G., *op. cit.*, 1984, pp. 104 y 108.

cos. Aunque aquellos grupos indígenas van aislándose, celosos de su independencia, Quito continúa manteniendo con ellos diverso tipo de relaciones, que van poco a poco declinando.

La población de la ciudad de Quito durante el siglo XVIII y al finalizar la época hispánica

Don Juan Pío Montúfar y Frasso, en su informe como presidente de la Audiencia de Quito (1754), reconoce el «crecido vulgo y gentío numeroso» de la ciudad, que se compone de «hasta 40.000 almas» [77].

Según información del oidor Juan Romualdo de Navarro (1761) dentro de la ciudad habia cerca de 56.000 habitantes y en los 25 pueblos aledaños, más de 60.000, que sumados a forasteros y transeúntes daban un total de 135.000 para el corregimiento de Quito. Pero la población total de la Audiencia era, hacia aquella época, de 639.500 habitantes [78].

Il Gazettiere Americano, aparecido hacia 1763 en Italia, estima que la ciudad «según los informes más auténticos tomados de los registros parroquiales», comprende «entre 50.000 y 60.000 personas de toda edad, sexo y condición» [79]. Este dato parece quedar confirmado por don Antonio de Alcedo en su *Diccionario Geográfico Histórico de las Indias,* publicado desde 1786 hasta 1789, donde afirma que «el vecindario de Quito se compone de 58.000 habitantes españoles, criollos, gente de color e indios» [80]. Según el censo ordenado por el presidente Villalengua al finalizar el siglo XVIII, en el territorio comprendido entre Ibarra y Guaranda había 305.589 habitantes, de los cuales 37.308 eran blancos y 105.859, indios [81].

Parece que la violenta epidemia de viruelas que sufrió la ciudad en las dos últimas décadas del XVIII había diezmado su población, pues Caldas, hacia 1804, no sin reconocer que «Quito es la más populosa ciudad del virreinato» de la Nueva Granada, es decir, superior a Bogotá

[77] E. Enríquez, *Quito a través de los siglos,* Quito, 1938, I, p. 102.

[78] J. R. de Navarro, *Idea del reino de Quito,* 1761-1764, en J. Rumazo G., *Documentos para la historia de la Audiencia de Quito,* VIII, Madrid, 1950.

[79] E. Enríquez, *op. cit.,* I, p. 115.

[80] D. de Alcedo, *op. cit.,* III, p. 283.

[81] F. González Suárez, cit. por Benítez Vinueza, *op. cit.,* 1950, p. 123.

en número de habitantes, dice: «Sin suscribir a las 60.000 almas de Ulloa y otros tan ligeros como este español, creo, después de varias combinaciones, que la población de Quito es de 35 a 40.000 almas, la mayor parte indios y mestizos» [82].

Terremotos en la Quito colonial

Ya desde los días mismos de la conquista los españoles advirtieron la terrible influencia del vulcanismo andino: durante su campaña sobre Quito, especial factor del triunfo de Benalcázar, una erupción del Cotopaxi desalentó a los seguidores de Rumiñahui, por cuanto los nevados y volcanes eran considerados divinidades; y durante la expedición al País de la Canela, que culminó con el descubrimiento del Amazonas por Orellana, el volcán Sumaco hizo devastadora erupción.

En la segunda mitad del siglo XVI la propia ciudad de Quito fue víctima de cuatro pavorosos terremotos, casi siempre provocados por erupciones del Pichincha, en 1566, 1575, 1582 y 1587. Hacia 1590 también el Antisana entró en actividad, sus cenizas llegaron sobre todo a Píntag y se advirtieron también en Quito.

La furia de la naturaleza volvió a asolar frecuentemente el territorio de la Audiencia durante todo el siglo XVII. La mayormente afligida fue la zona interandina central y en ella las ciudades de Latacunga, Ambato y Riobamba, que debieron ser reconstruidas dos y hasta tres veces, luego de los terremotos de 1647, 1650 y 1698. Quito sufrió también en 1645, cuando ofrendó su vida Santa Mariana de Jesús, y en 1647.

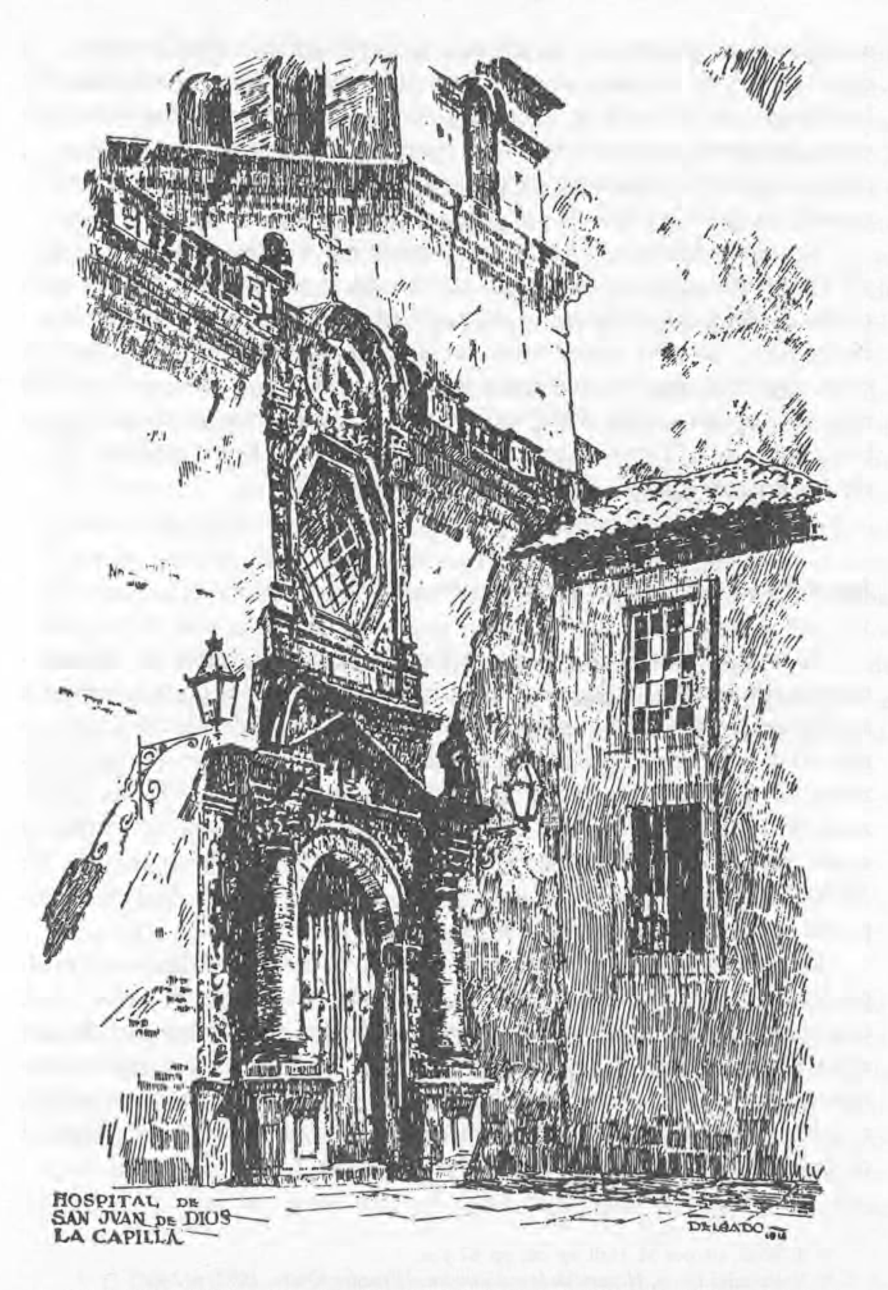
Con frencuencia, a la gran mortandad por efecto de los movimientos sísmicos y de los aluviones subsiguientes, producidos por los deshielos de las nieves perpetuas tras las erupciones —miles de víctimas cada vez—, se unían graves epidemias originadas en las deplorables condiciones higiénicas de las campiñas y urbes destruidas. La furia de los Andes ecuatorianos siempre significó perjuicio para el agro, tanto por la disminución de la mano de obra, cuanto por la ruina de los sembrados, a veces vueltos de revés por las fuerzas telúricas desatadas, las inundaciones de los ríos salidos de madre y las reiteradas capas de cenizas que los cubrían.

[82] F. J. de Caldas, *Viaje de Quito a Popayán, vid.* M. Miño G., *op. cit.*, p. 237.

Tampoco faltaron en el siglo XVIII las demostraciones de la actividad volcánica. El Antisana dejó escapar flujos de lava, como los de Antisanilla (1760), Potrerillos y Cuscungo (1773), y hasta comienzos del siglo XIX sus detonaciones volcánicas fueron escuchadas por el propio Humboldt en el valle de los Chillos. El Cotopaxi, desde luego, no obstante ser el más hermoso de los nevados de la hoya de Quito, con su cono perfecto siempre cubierto de nieve, fue el más violento de los volcanes durante este siglo: en 1742 hizo tres grandes erupciones que causaron enorme mortandad y destrucción a lo largo de todo el río Cutuchi y en Latacunga. Grandes lluvias de ceniza cayeron sobre Quito. Un año después volvió a erupcionar dos veces. En 1744 nuevamente estalló, también por dos ocasiones, pero el terremoto que ocasionó el 30 de noviembre fue realmente catastrófico, sobre todo por los enormes aluviones que agigantaron los ríos San Pedro, en la hoya de Quito, y Cutuchi, en la de Latacunga-Ambato, cuya asoladora riada avanzó hasta el Napo. Insistió el volcán en su furia en 1766 y otra vez fueron sus víctimas las riberas del río Cutuchi y la ciudad de Latacunga, y en 1768, cuya erupción fue desoladora. La explosión fue seguida de grandes coladas de lava, enormes flujos de barro volcánico e intensa lluvia de cenizas que cubrió el valle del río Cutuchi con una capa de hasta medio metro de aquel material. Nuevamente fue destruida Latacunga y los aluviones arrasaron también las riberas del río San Pedro desolando los valles de Los Chillos y Tumbaco [83].

Presente desde los mitos primigenios, el Pichincha, a cuyas faldas se alza Quito, se dejó sentir insistentemente durante todo el siglo XVI. De las varias erupciones, casi todas con intensas lluvias de ceniza, las más fuertes fueron las dos de 1566; la de 1575, cuando las cenizas oscurecieron totalmente, en pleno día, la ciudad de Quito, y la del 3 de setiembre de 1587, muy fuerte y con numerosos temblores previos. Pero en otros años hubo también diferentes demostraciones de actividad. En el XVII el Pichincha se dejó sentir de modo esporádico. La peor erupción fue la de 1660, anunciada con columnas de humo y resplandores incandescentes en el cráter, produjo cuatro días de oscuridad completa por la lluvia de cenizas, tan intensa que cubrió un diámetro de 1.000 kilómetros. Quito quedó cubierta con 40 centímetros de aquellos residuos y durante la erupción los fragmentos de piedra pómez arrojados

[83] M. Hall, *El vulcanismo en el Ecuador,* Quito, 1977, pp. 54-66.



Capilla del Hospital San Juan de Dios. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

alcanzaron el tamaño de un puño y se produjeron nubes ardientes, es decir, aludes de ceniza y aire caliente que bajaban a gran velocidad por los flancos de la montaña [84]. Son numerosos y dramáticos los relatos de estas desastrosas erupciones que, a la par que la desolación y la muerte, daban lugar a multitudinarias expresiones de religiosidad por considerárselas castigo de Dios.

Y a pesar de todo, no correspondieron a la ciudad de Quito los mayores sufrimientos por causa de terremotos y erupciones sino a otras ciudades del callejón interandino, particularmente Latacunga, Ambato y Riobamba, asoladas varias veces en los siglos coloniales. Para citar un caso, digamos que el terremoto de 1797 causó por lo menos 10.000 muertos, de los cuales 5.000 solamente en Riobamba, «principalmente blancos —dice Tyrer— que fueron aplastados». Pero también Guaranda, Ambato y Latacunga quedaron destruidas.

Pestes y epidemias diversas y víctimas que causan

Ya mencionamos pestes y epidemias entre las causas del decrecimiento poblacional indígena, desprovistos los naturales de inmunidades suficientes contra las enfermedades llegadas del Viejo Mundo. En el siglo XVI el reino de Quito se vio afectado por graves epidemias, generalizadas por lo común a todo el territorio, los años 1533, 1535, ésta focalizada en Quito; 1538, 1546, 1558 y 1580; 1585, a la vez de viruela y sarampión, con terrible mortalidad infantil; 1587, 1590, con más de 30.000 muertos, y 1598 [85]. Las enfermedades divulgadas fueron en especial la viruela, el sarampión, la gripe, el tifus, la malaria.

Las pestes, desde luego, si diezmaron la población indígena en el siglo XVI, afectaron también a los españoles. A ello obedeció, sobre todo, que pronto se estableciera su primer hospital en un terreno cedido por el escribano Pedro de Valverde. Más tarde, el obispo Peña cedió terrenos en Santa Bárbara para un mejor y más amplio hospital. Finalmente, el 9 de marzo de 1565, el presidente de la Audiencia fundó el Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo [86].

[84] T. Wolf, cit. por M. Hall, *op. cit.*, pp. 67 y ss.

[85] V. Paredes Borja, *Historia de la medicina en el Ecuador*, Quito, 1983, p. 240.

[86] A. Pérez, *Historia de la República del Ecuador*, Quito, 1956, p. 144.

En el siglo XVII fue tristemente célebre, entre otras muchas, la epidemia de 1693-1694. Y en el XVIII, en las provincias de la sierra hubo epidemias de intensidad variada en los años: 1720, 1735, cuando aparece la fiebre amarilla en Guayaquil, 1740, 1744-1745, 1759, 1764-1767, 1783, 1785-1786 y 1792, que afectaron a sólo una, o a varias ciudades y villas, o fueron generales para toda la Audiencia. La viruela fue azote permanente, desde el comienzo hasta el fin de la época hispánica, ya que llegó inclusive antes de que los españoles arribaran al territorio de Quito. La epidemia de 1785 motivó al doctor Eugenio Espejo a escribir sus *Reflexiones sobre las viruelas.*

Ya al comenzar el siglo XIX, durante la progresista presidencia del barón de Carondelet, y como parte de una campaña ordenada por el rey Carlos IV para combatir las epidemias mediante una expedición que recorre el continente, se realiza la primera vacunación masiva contra la viruela entre los habitantes de la presidencia de Quito. En efecto, el 16 de julio de 1805 llega a la ciudad el doctor José Salvany y permanece hasta el 13 de septiembre. Visita Latacunga, Ambato, Riobamba, llega a Cuenca el 12 de octubre y a Loja el 10 de diciembre. En todos los pueblos del trayecto ejercita su noble misión y vacuna un total de 10.500 personas, en su mayoría niños [87]. Esta medida contribuye a mejorar la salubridad y el crecimiento demográfico en las décadas siguientes.

La religión, el arte y la cultura

La Iglesia y los obispos de Quito durante los siglos hispánicos

A partir de la erección del obispado gobernaron la diócesis quitense, durante el siglo XVI, tres ilustres obispos, G. Díaz Arias, quien inició la organización eclesiástica y la construcción de la catedral; P. de la Peña, varón de altas prendas, bajo cuyos auspicios se celebró el I Sínodo Quitense y a quien se debe la creación de las numerosas parroquias rurales, origen de la mayor parte de los pueblos actuales de la sierra, y L. López de Solís, fundador del Seminario de San Luis, eficaz

[87] G. Díaz de Iraola, «La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna», *Anuario de Estudios Americanos,* IV, Sevilla, 1947, pp. 177 y ss.

protector de la raza aborigen, activo propagador de fe y civilización, quien realizó los sínodos quitenses II y III.

En el XVII, los obispos fueron ocho: S. de Ribera; F. Arias de Ugarte; A. Fernández de Santillán, bajo cuyos auspicios los jesuitas fundaron la Universidad de San Gregorio; F. de Sotomayor; P. de Oviedo, testigo de las virtudes y muerte de Santa Mariana de Jesús, así como del florecimiento misionero en el Amazonas; A. de Ugarte Saravia (1647-1650); A. de la Peña y Montenegro, que fue al mismo tiempo presidente interino de la Audiencia de 1674 a 1678, notable por su afán de regularizar los ministerios religiosos entre indígenas, autor del celebrado *Itinerario para párrocos de indios,* y S. Andrade Figueroa.

En el siglo XVIII fueron obispos D. Ladrón de Guevara; L. F. Romero; J. Gómez Frías; A. Paredes de Polanco; el apostólico J. Nieto Polo del Águila; P. Ponce Carrasco; B. Sobrino y Minayo, que reorganizó el Seminario de San Luis tras la expulsión de los jesuitas; J. Pérez Calama, que se preocupó de la reorganización de los estudios en la Universidad de Santo Tomás de Aquino e introdujo la novísima cátedra de economía política, amigo y copatrocinador con Espejo de la «Sociedad de Amigos del País» y del primer periódico; J. M. Díaz de la Madrid y M. Álvarez Cortés, a quien sucedió J. Cuero y Caicedo, protagonista de los acontecimientos independentistas a comienzos del siglo XIX.

Las cinco principales órdenes religiosas se establecieron paulatinamente en la ciudad, compitiendo en las tareas de evangelización urbana y rural, educación, cultura y misiones en sierra, costa u hoya amazónica: los mercedarios llegaron con el propio Benalcázar; los franciscanos están presentes desde comienzos de 1535; los dominicos se establecieron en 1541, los agustinos en 1573 y los jesuitas en 1586. Todos fueron construyendo sus respectivas iglesias y conventos, ampliados magnificentemente con el transcurso del tiempo.

El clero secular, presente también desde los inicios, participó en las tareas apostólicas tanto urbanas como rurales. Las doctrinas iniciales se establecieron en los núcleos aborígenes, codiciados por los encomenderos, y para efectos de mejor catequesis la población indígena fue concentrada cerca de los lugares que ella misma escogía para construir sendas iglesias, origen de las parroquias que hasta ahora existen, organizadas por la visión y capacidad administrativa del obispo De la Peña.

Ciertas iglesias erigidas fuera de las ciudades, para la veneración de

imágenes de María, todas ellas talladas por el escultor toledano Diego de Robles, se volvieron prontamente célebres santuarios, imán de romeros indígenas, criollos y españoles, dado el creciente fervor mariano, característico desde entonces de toda la población. El primero fue el de Guápulo, dedicado a la Virgen de Guadalupe, a una legua en las afueras de Quito, fundado en 1587; en 1591 principió a venerarse otra imagen bajo la misma advocación en Oyacachi, pequeño pueblo de indios ya en la vertiente oriental de la cordillera Real, pero en 1604, la pequeña escultura fue trasladada al pueblo de El Quinche, distante 40 kilómetros de Quito, donde hasta hoy se venera; el mismo Robles talló las imágenes a las que se rinde culto en Cicalpa, cerca de la antigua Riobamba, y en El Cisne, cerca de Loja, santuario éste tan célebre hasta ahora como el de El Quinche.

Ya desde fines del siglo XVI principió la evangelización de los indómitos aborígenes de la hoya amazónica, tarea en la que se destacaron jesuitas y franciscanos, por la amplitud de su radio de acción, sin que por ello debamos olvidar a dominicos, agustinos, mercedarios y clérigos seculares también celosamente empeñados en esas labores. Las misiones en el Marañón constituyen admirable hazaña en la historia de la Real Audiencia y presidencia de Quito.

Los jesuitas principiaron en 1603 su labor misionera entre los Cofanes, de Quijos a Sucumbíos, y luego por el Aguarico y el Napo hasta el Marañón. El padre Rafael Ferrer alcanzó el martirio en una de estas jornadas. Luego entraron por Jaén de Bracamoros, alcanzaron el Marañón, donde fue fundada la misión y pueblo de San Francisco de Borja en 1619, y siguieron por él hasta la desembocadura del Pastaza. Al final, numerosas tribus de todo el Amazonas, desde los ríos Santiago, Pastaza, Huallaga y Ucayali, hasta los linderos con los portugueses del Brasil fueron evangelizadas por los jesuitas, en una labor titánica admirable. En las misiones de Mainas fueron aplicados métodos semejantes a los que hicieron célebres las reducciones jesuíticas del Paraguay. Merecen recordarse, entre muchos misioneros, los nombres de los padres Gaspar Cujía, Cristóbal de Acuña, Andrés de Artieda, Alonso Rojas, Lucas de la Cueva, pero en especial Francisco Figueroa y Pedro Suárez, que alcanzaron también la palma del martirio.

Los franciscanos, a su vez, de 1633 a 1651, hicieron su apostolado misionero en la hoya amazónica, particularmente por el Putumayo y el Napo, hasta llegar igualmente al Amazonas e incursionar en sus

afluentes, en especial los del lado sur. Los frailes Pedro Pecador, Laureano de la Cruz y Domingo Brieva merecen especial mención, entre otros.

No era menos digna de encomio la labor misionera de dominicos, agustinos y mercedarios, por lo que el 12 de abril de 1646, una Real Cédula ordenaba a la Audiencia de Quito la reducción y conversión de los indios de la región amazónica por medio de misioneros de todas esas órdenes.

Quito, centro motor de la organización, sostenimiento y manutención de aquellas empresas, se convirtió en punto de partida y retorno de los misioneros. El arribo de franciscanos quiteños al Gran Pará determinó la expedición del general Pedro de Texeira, quien saliendo desde Sao Paulo, en el Brasil, avanzó al Marañón y aguas arriba llegó a Quito un año después (1638) con el auxilio de los misioneros jesuitas. De inmediato emprendió el regreso acompañado por los padres Acuña y Artieda. El viaje desde Quito hasta la misma España, por la ruta del Amazonas, río que durante no poco tiempo llevó por eso el nombre de San Francisco de Quito, fue desde entonces no pocas veces realizado. Merecen recordarse, entre otros, los viajes a Europa de los franciscanos Brieva y De la Cruz y del jesuita Acuña, quien dejó su *Relación del Nuevo Descubrimiento del Amazonas* [88]. Se representaba entonces el gran río (1639) como un árbol de agua, cuyo tronco líquido nacía en el Atlántico y ascendía en multitud de ramas —sus numerosos afluentes mayores y menores-, hasta perderse en las cumbres y nubes de los altos Andes, en cuya cúspide, brillante muestra de colorido y luz, fulguraba como flor y fruto a la vez la ciudad de Quito con sus torres y colinas [89].

Al finalizar el siglo XVII, en 1769, Cuenca fue honrada con la creación de una diócesis, siendo dicha ciudad la sede, con jurisdicción segregada de la de Quito, pero sólo a partir de 1787 pudo hacerse efectiva con la llegada del primer obispo J. Carrión y Marfil [90].

[88] J. M. Vargas, O. P., *Historia de la Iglesia en el Ecuador,* Quito, 1962, pp. 243-252; J. Tobar Donoso, *La Iglesia modeladora de la nacionalidad,* Quito, 1953, pp. 154-199, y *Cronistas de las misiones,* Quito, 1960; J. Jouanem, *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito,* Quito, 1941, pp. 313-523.

[89] E. Rodríguez Fabregat, *Pasión y crónica del Amazonas,* Buenos Aires, 1955, p. 32.

[90] Vargas, *op. cit.*

Santidad y relajación en el Quito colonial

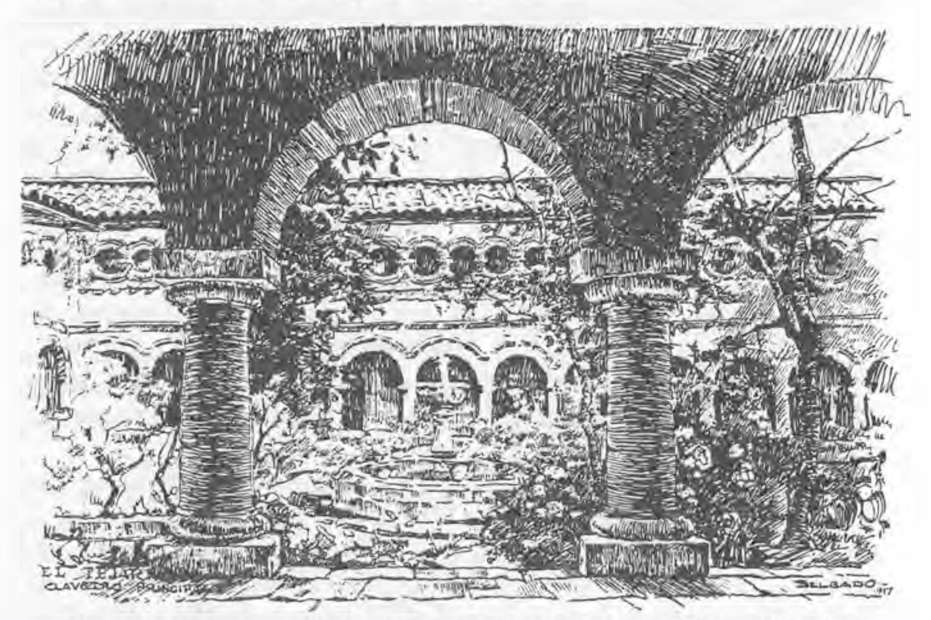
El desarrollo de ciudades y villas, el auge económico particularmente del siglo XVII, el caudaloso proceso del mestizaje que seguía realizándose sobre todo en forma irregular, la multiplicación de conventos y monasterios, el desigual avance de la evangelización y el choque permanente entre ideales y praxis, originaron, entre otras causas, una paradójica realidad en lo que se refiere a la vida religiosa. Santidad y relajación se dan simultáneamente, por contraste, en el Quito colonial.

La presencia en estas tierras de los hermanos de santa Teresa de Ávila, venidos en compañía del virrey Núñez de Vela, alguno de los cuales muere en la batalla de Iñaquito, deja una impronta peculiar. Uno de ellos se radica en la propia ciudad de Quito, don Lorenzo de Cepeda y Ahumada, quien mantiene contacto con la santa y le envía recursos económicos para sus fundaciones. Su progenie, y la de varios de sus hermanos, permanece en toda la región. El proceso canónico que culmina con la exaltación de santa Teresa a los altares deja constancia de un impresionante episodio de su bilocación: en uno de los éxtasis de la célebre monja abulense, mientras su cuerpo permanece en España, su espíritu se traslada a Quito y puede contemplar la vida hogareña de su familia en la casa solariega que, poco después del regreso de don Lorenzo a España, se convierte en el monasterio de Santa Catalina, de monjas dominicas de clausura, fundado en 1592. Teresita de Cepeda y Fuentes, hija de don Lorenzo y nacida en Quito, ingresa en el Carmelo en Sevilla y figura en la historia de la literatura como la primera poetisa ecuatoriana.

Ya en 1577, no sin dificultades previas, había sido fundado, en una de las esquinas de la misma plaza Mayor donde hasta ahora existe, el primer monasterio femenino de Quito, en honor a la Inmaculada Concepción. Entre las conceptas franciscanas fundadoras, Mariana de Jesús Torres murió dejando fama de santidad. El ejemplo cundió y pronto se establecieron monasterios de conceptas en Loja, Cuenca, Riobamba y Pasto. Las clarisas, por otra parte, fundaron también su monasterio quiteño en 1596.

A comienzos del siglo XVII brilla con fulgor propio una joven criolla nacida en Quito, Mariana de Jesús Paredes y Flores (1618-1645), que sin entrar al claustro practica la caridad con los más necesitados, mortifica su cuerpo con rigurosas penitencias, alcanza altos grados de ora-

ción, dirigida por religiosos jesuitas, en especial el hermano Hernando de la Cruz, y ofrece su vida en holocausto por su patria durante los terremotos y epidemia que en 1645 afligieron todo el territorio de la Audiencia. Presididos por las más altas autoridades civiles y eclesiásticas, sus funerales en la iglesia de La Compañía donde ella se había santificado, todavía en construcción pero ya parcialmente habilitada al culto, fueron impresionante muestra de multitudinario reconocimiento a sus virtudes. El papa Pío IX le beatificó, con el cognomento de «Azucena de Quito», en 1850. Un siglo más tarde fue canonizada por el papa Pío XII. La Asamblea Nacional Constituyente del Ecuador de 1946 le proclamó «heroína nacional» y Juan Pablo II, durante su visita al Ecuador, la denominó «Santa Mariana de Quito».



Claustro de la Iglesia de El Tejar. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

Cumpliéndose una profecía de la santa, su casa en Quito se convirtió en el monasterio de monjas carmelitas en 1653, bajo la advocación de San José, y allí permanece todavía. En 1669 se fundó otro en Latacunga, destruido por el terremoto de 1698, lo que motivó su traslado a Quito donde desde 1706 funciona el Monasterio del Carmen Moderno, conocido con el nombre de Carmen «bajo», en contraste con el ante-

rior, denominado «alto», por la diferencia de altitudes en el plano de la ciudad, uno y otro apenas a tres cuadras de la plaza Mayor. En 1682 se fundó también el Carmen de la Asunción en Cuenca.

Todas aquellas casas de oración, que pronto se desarrollaron mediante la construcción de iglesias y claustros, adquirieron nombradía y se volvieron centros devotos, cultores y patrocinadores de las artes. En ellos no pocas religiosas adquirieron celebridad por sus virtudes y letras. En este último campo merecen recordarse las monjas Gertrudis de San Ildefonso, clarisa del siglo XVII, y Catalina de Jesús Herrera, dominica del XVIII, que escribieron sendas autobiografías por mandato de sus directores espirituales.

No obstante, la vida de las comunidades religiosas masculinas y femeninas en el Quito colonial es un contrapunto de luz y sombra: luz por lo que de espíritu apostólico, afán constructivo y brillo cultural presentan a raudales; sombra por lo que, signos de aquellos tiempos, hubo de relajación y quiebras individuales abundantes, pugnas intestinas y escándalos circunstanciales que proliferaron con frecuencia. En el balance, sin embargo, prevalece lo positivo, pues se multiplicaron las fundaciones, inclusive de claustros penitenciales, alentó el celo misionero, iluminó el empeño cultural y no pocas vidas se ofrendaron a Dios en purísimos destellos.

Para la reforma del clero, poco a poco las comunidades religiosas de varones fueron estableciendo, en los arrabales de Quito, recoletas casas penitenciales de estricta observancia: los franciscanos, en San Diego, al pie del Pichincha, desde finales del siglo XVI; los dominicos, en uno de los barrancos junto al Machángara, desde comienzos del XVII, y los mercedarios, también cabe el Pichincha, en el XVIII.

La arquitectura religiosa en Quito

Es, sin duda, la construcción de grandes y numerosos templos, monasterios y conventos en la ciudad de Quito el hecho que más nombradía ha dado a esta capital, no sólo en el mundo hispánico, obras aquellas en las que se conjugan piedad, arte y magnificencia y que, desde entonces, atraen admiración y alabanzas de cuantos las conocen.

Aunque la catedral fue la primera en comenzarse, en las tierras donadas al efecto por el cabildo cuando la fundación de la ciudad, no al-

canza a competir con otras capitales de América, por ejemplo, México o Lima, ni con las grandes iglesias quiteñas, por lo que se ha dicho que es, entre ellas, «la cenicienta». No carece, sin embargo, de belleza interior ni de airosa torre y, con los tiempos, fue ennoblecida.

Las estupendas iglesias de las órdenes religiosas fueron, en efecto, las que imprimieron su sello característico a Quito. Sus constructores pensaron a lo grande, las proyectaron majestuosas desde sus inicios y perseveraron morosamente en sus empeños hasta terminarlas y embellecerlas con cuantos elementos el arte les procuraba. Los templos con las edificaciones aledañas, claustros, patios, jardines y huertas, que ocupaban para cada orden más de una manzana, fueron verdaderos complejos monumentales que recuerdan construcciones similares a las de la vieja Europa y algunas de la nueva América. Por lo general, las iglesias se alzaban de cara a grandes plazas y se magnificaban con admirables atrios, como solución a las desigualdades de la abrupta topografía quiteña y a las necesidades de reunir el numerosísimo catecumenado indígena.

Antes de un mes de la fundación efectiva de Quito, San Francisco fue el primer templo y monasterio en comenzarse, el 5 de enero de 1535, cuando fray Jodoco Ricke solicitó tierras para el efecto al Cabildo. Y aunque las obras avanzaron progresivamente —de 1537 a 1560, la iglesia; hasta 1605, el claustro principal, y en 1607, la portería— en realidad duraron casi todos los siglos coloniales por las mejoras y aditamentos de cada generación y las reparaciones por los daños de los sucesivos sismos. A ello se debe que la magnífica iglesia presente visibles muestras de los estilos en boga, desde reminiscencias góticas y expresiones renacentistas, bien que en su conjunto es sobresaliente demostración del barroco. La visión que presenta el espléndido frontis de la iglesia, con sus dos torres, atrio monumental con doble grada central redonda convexa y cóncava, fachada del monasterio, pequeñas capillas laterales (de San Buenaventura y Cantuña) y portería con doble arco de ingreso, forma uno de los más acabados conjuntos monumentales del mundo hispánico y bien merece la admirativa denominación de «Escorial en los Andes» con que calificara Ernesto La Orden el complejo de 34.000 metros cuadrados de que está formado el monasterio. La antigüedad y grandeza de la obra acicatearon la imaginación popular, que hizo participar al demonio en la construcción del inmenso atrio pétreo en una sola noche, a cambio del alma del indio Cantuña, quien proveía

el oro necesario, pero logró la salvación final por haber faltado la última piedra para que se terminase la obra.

Largo y minucioso sería trazar la historia y descripción de cada uno de los extraordinarios monumentos religiosos del Quito hispánico, tarea realizada con solvencia por los historiadores del arte quiteño doctor José Gabriel Navarro y fray José María Vargas. Nos limitaremos a mencionar breves datos básicos sobre cada uno de ellos [91].

A partir de 1537 comienza la edificación del convento e iglesia de La Merced y en 1559 se construye la adjunta capilla de San Juan de Letrán, patrocinada por Diego de Sandoval, uno de los fundadores de Quito. Los soberbios claustros estaban terminados hacia 1650. Destruida por los sismos la primitiva iglesia, la actual, con su maciza torre, comenzó a edificarse en 1700 y se terminó en 1736.

Santo Domingo empieza a edificar desde 1541 el convento, y la iglesia a partir de 1581. La capilla y el arco del Rosario, sobre el primer puente a desnivel en Quito, estaban concluidos hacia 1650.

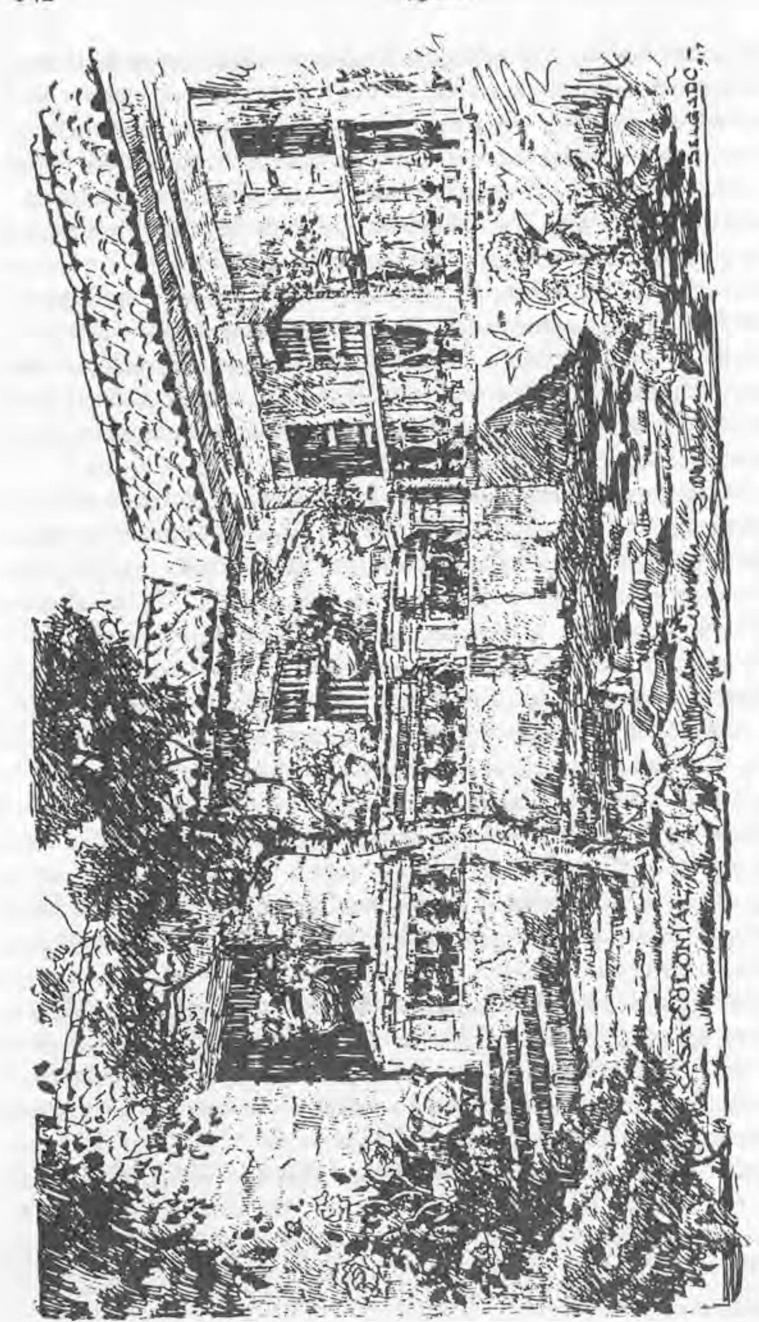
El convento de San Agustín se principia a partir de 1573 y la iglesia desde 1606, cuya fachada se terminó en 1617. Los claustros son del XVII, pero la Sala Capitular se hizo ya en el XVIII.

La iglesia de San Ignacio, más conocida como La Compañía, otra refulgente muestra del barroco quiteño, comenzóse en 1605. A mediados de siglo ya estaban concluidos la bóveda principal, las naves laterales, el crucero, y se estaba tallando el retablo. En 1690 se habían terminado las obras en el interior de la iglesia. La fachada se labró de 1722 a 1765.

El santuario de Guápulo se principió en 1587 y paulatinamente fue ampliándose, decorándose y restaurándose cada vez que sufría daños por terremotos e incendios.

Sobre las iglesias menores digamos que La Concepción se edificó rápidamente desde 1577; Santa Bárbara se fundó en 1581; San Sebastián y San Blas desde 1586, erigidas como parroquias de indios en las afueras de Quito, aunque la construcción definitiva de las iglesias actuales fue posterior; San Roque y Santa Clara datan de 1596, pero ésta se concluyó solamente en 1658; San Marcos, de 1597; San Diego, de 1598;

[91] J. G. Navarro, *Artes plásticas ecuatorianas*, México, 1945; *El arte en la provincia de Quito*, Quito, 1960; *Guía artística de la ciudad de Quito*, 1961; J. M. Vargas, O. P., *Patrimonio artístico ecuatoriano*, Quito, 1967.



Casa colonial de Quito. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

La Recoleta, de 1600; Santa Catalina, desde 1613; El Sagrario se construyó entre 1657 y 1706; el Carmen Antiguo se empezó en 1653, y el Moderno, a partir de 1703; las capillas de la Virgen del Consuelo y del Señor de los Milagros datan también de comienzos del siglo XVIII; la construcción definitiva de El Belén se hizo en 1787 en el mismo sitio donde estuvo la ermita de los primitivos tiempos fundacionales; la capilla del Robo, en el mismo sitio de una antigua construcción del XVII, fue reedificada en 1802.

Tan singular proceso constructivo, que abarca dos siglos con especial énfasis en el XVII, hace de Quito la «capital del barroco», estilo que, proveniente de Europa, se desarrolla y magnifica en la capital ecuatoriana. Caracterízase por la dinámica profusión de columnas, múltiples en formas y decoraciones, hasta culminar en las salomónicas, que le son típicas, y por la profusión de adornos, volutas y otros elementos decorativos, entre los que no faltan aportes claramente indígenas.

La arquitectura civil se cultiva también con notables realizaciones aunque ninguna alcanza el esplendor de la religiosa. La primera muestra es el Hospital de la Misericordia empezado en 1565; el Palacio de Gobierno, iniciado a comienzos del siglo XVII en la presidencia de Juan Fernández de Recalde, va siendo mejorado y ampliado y, como todas las construcciones quiteñas, sufre embates sísmicos, hasta su restauración definitiva por el barón de Carondelet, ya a comienzos del XIX; también data del XVIII el Palacio entonces Episcopal, restaurado en el presente siglo; los edificios de la Universidad de Santo Tomás de Aquino y Colegio de San Fernando (hoy de los Sagrados Corazones), con frente a la plaza de Santo Domingo, datan de 1688, y el de la Universidad de San Gregorio Magno, también del siglo XVII, derrocado torpemente en la segunda década del XX y reemplazado por el edificio donde funcionó la Universidad Central hasta trasladarse a la moderna Ciudad Universitaria, fue luego albergue provisional del Cabildo mientras se construía el actual desaguisado Palacio del Municipio y es ahora sede de la Biblioteca Municipal. El «Arco de la Reina» fue construido en 1727 para magnificar la adyacente capilla de la Virgen María, Reina de los Angeles. El noviciado de los jesuitas, actual Hospicio, es también del siglo XVIII.

Numerosas fueron las casas coloniales, de noble portada pétrea, amplios zaguanes, patio rodeado de columnas, generalmente de uno pero también de dos pisos desde mediados del siglo XVII, algunas de las cua-

les se conservan todavía y testimonian la importancia extraordinaria de Quito como privilegiada ciudad de los siglos hispánicos, época de la que data su renombre, cuyo inventario parcial hizo en su magnífico *Elogio de Quito* el diplomático español Ernesto La Orden.

Desconocemos quienes fueron los primeros alarifes, aunque sin duda la iniciativa básica correspondió a fray Jodoco, constructor del templo y claustro principal de San Francisco, pero hay constancia histórica de algunos de los arquitectos de los grandes templos y monasterios quiteños, cuyos nombres merecen recordarse: Pedro Rodríguez de Aguayo, constructor de la primera catedral entre 1562 y 1565; Francisco Becerra, que planifica San Agustín y Santo Domingo hacia 1581; fray Rodrigo de Lara, constructor de Santo Domingo desde 1597; Melchor Villegas, que dirige desde 1604 la construcción de Santo Domingo; Juan del Corral, constructor de San Agustín a partir de 1606; Francisco Benítez y Diego de Escarza, frailes franciscano y agustino, respectivamente, que hacia 1627 restauran la Casa de la Audiencia, hoy Palacio de Gobierno; el hermano Marcos Guerra, jesuita napolitano, que empieza y dirige la construcción de La Compañía y su convento de 1636 a 1650 y edifica, además, la iglesia y el monasterio del Carmen Alto; el fraile dominico Antonio Rodríguez, primer arquitecto criollo nacido en Quito, del que hay constancia histórica, con numerosas e importantes obras entre 1640 y 1670, tales como la iglesia y el monasterio de Santa Clara, colegio de San Fernando, segundo tramo de Santo Domingo, Capilla de Villacís en San Francisco y segundo tramo del monasterio adjunto, pero sobre todo el templo de Guápulo; el agustino fray Basilio de Ribera, a quien se debe la fachada de San Agustín y la construcción y decoracion de los claustros del convento desde 1653 hasta 1669; José de la Cruz, «el Moreno», seguramente de reza negra, obrero mayor en la construcción de San Diego y tramos de San Francisco en la década de 1688 a 1698; José Jaime Ortiz, constructor del templo de La Merced desde 1701; el jesuita alemán padre Leonardo Deubler, que inicia la monumental fachada barroca de La Compañía desde 1722 hasta 1725, y el arquitecto mantuano, también jesuita, Venancio Gandolfi, que la continúa hasta 1760. Finaliza esta nómina con el arquitecto español Antonio García contratado por el barón de Carondelet para las obras de embellecimiento de la catedral realizadas de 1804 a 1807: el espléndido atrio de piedra, las portadas, los accesos laterales y la grada redonda por la que, a través de un templete exterior culminado por

una cúpula en media naranja, se accede al templo desde la plaza Mayor, uno de cuyos lados forma.

No podemos olvidar la gigantesca tarea de millares de albañiles, peones, picapedreros y más trabajadores indígenas que pusieron su esfuerzo, habilidad e ingenio en la edificación de los soberbios monumentos de la arquitectura religiosa y civil de Quito y que también dejaron su impronta en muchos elementos artísticos y artesanales de esta ciudad innegablemente hispano-india.

La escuela quiteña de pintura y escultura

La necesidad de ir embelleciendo y decorando templos y monasterios dio lugar al sobresaliente trabajo de una pléyade de escultores y pintores que contribuyeron a dar mayor nombradía a la ciudad y llegaron a constituir singular conjunto de valores conocido con el nombre de «Escuela quiteña de pintura y escultura». ¿Por qué fue Quito centro de tal naturaleza y no tantas ciudades fundadas por los españoles? Doble causa puede, quizá, señalarse: la tradición milenaria del arte aborigen del Quito, donde la preocupación por representar la figura humana en la ornamentación alfarera y la estatuaria cerámica y pétrea aparece desde los remotos orígenes; y la influencia de los primeros misioneros franciscanos, los frailes belgas Jodoco Ricke y Pedro Gosseal, que traen las técnicas y modelos que ya comenzaban a hacer famosa la escuela artística flamenca. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Quito aparece bien pronto como uno de los pocos núcleos cultores en gran escala de las artes (arquitectura, escultura, pintura y orfebrería), casi sin parangón en el Nuevo Mundo, quizá si exceptuamos Puebla y Cuzco, al extremo de que la producción de imágenes talladas en madera y cuadros al óleo constituye, sobre todo en el siglo XVII, uno de los grandes renglones del comercio exportador de la Audiencia de Quito junto con la textilería de los obrajes, las maderas, naves y cacao de Guayaquil y en menor escala la minería de Zaruma.

Los escultores dejaron su huella no solamente en imágenes sacras (cristos, vírgenes, santos, ángeles), sino también en retablos y púlpitos. Como en todas las otras artes, los maestros se rodearon de oficiales y aprendices criollos, mestizos e indígenas, algunos de los cuales prontamente comenzaron a destacarse con luz propia. El primer gran escultor

parece ser el español toledano Diego de Robles, a fines del siglo XVI, cuyas imágenes marianas alcanzan pronta fama de taumaturgas; Francisco de la Cruz Castillo, a comienzos del XVII; el padre Carlos, «ese desconocido», pues se ignora en realidad quién fue aunque se sospecha que podría tratarse de un ex jesuita criollo de apellido Chacón, pero se conocen sus numerosas obras y extraordinarias esculturas y retablos, de los más sobresalientes del arte quiteño; su discípulo indígena José Olmos, *Pampite*; el mestizo Bernardo de Legarda, autor de la celebrada imagen de Nuestra Señora de Quito, y los indígenas Gabriel Guallachamin y Antonio Gualoto, son también del XVII; el indio Manuel Chili, *Caspicara,* el más fino y afamado de nuestros escultores, y la criolla Magdalena Dávalos, monja carmelita, son ya del XVIII.

La pintura comienza con el propio franciscano flamenco Gosseal, a quien llamaban «fray Pedro Pintor»; a fines del XVI y comienzos del XVII se destacan el criollo Pedro Bedón, fraile dominico, y sus alumnos indígenas Alonso Chacha, Andrés Sánchez Gallque, Cristóbal Naupa, Francisco Gocial, Francisco y Jerónimo Vilcacho y Sebastián Gualoto, entre otros; el jesuita panameño y criollo hermano Hernando de la Cruz, retratista de Santa Mariana y autor de muchos de los cuadros de La Compañía, ejerce influencia sobre el mestizo Miguel de Santiago, el más importante y célebre de los pintores quiteños coloniales, cuya vida ha enriquecido la leyenda, autor de varias series de cuadros que se conservan en Quito, Bogotá y Santiago de Chile, su hija Isabel, su yerno Antonio Egas y sus discípulos el agustino Alonso Vera y el mestizo Nicolás Javier de Goríbar, pintor de las series de los Profetas en La Compañía y los Reyes de Judá en Santo Domingo, así como el indio Mateo Mexía, brillan en el siglo XVII; Francisco Albán, Antonio Astudillo, los Cortés y Alcocer, pero sobre todo Manuel Samaniego, son ya del siglo XVIII.

La importancia del arte quiteño en Iberoamérica y el arte hispánico en general ha sido ponderada por todos los críticos, en especial los españoles Diego Angulo Íñiguez, director de la Real Academia de la Historia, el marqués de Lozoya y Enrique Marco Dorta.

Escuelas, colegios y universidades del Quito colonial

Corresponde a fray Jodoco Ricke la insigne gloria de haber iniciado la enseñanza en Quito.

> No bien arregló la improvisada vivienda para amparo de su naciente comunidad —dice Navarro—, fundó una escuela, en la cual los hijos de los colonos y los indios recibían no sólo... la doctrina cristiana, sino también lecciones de lectura, escritura y varias artes, sin descuidar las que especialmente daban los religiosos sobre labranza de la tierra y las propias lenguas indígenas a los infelices vástagos de la raza vencida... [92].

No pocos de los conquistadores españoles, comenzando por el propio gobernador Francisco Pizarro, eran analfabetos. Lo eran también varios de los 204 fundadores de Quito, inclusive el mismo Benalcázar que apenas sabía dibujar su firma; pero había también entre ellos un griego, Juan de Chipre, que avecindado en la naciente villa comenzó por su parte a enseñar a leer y escribir a muchos de sus compañeros de aventura. A él le correspondió, a los pocos años, la tarea de enseñar también a los numerosos mestizos, producto de la unión de los conquistadores con las indígenas, y poco después a los primeros criollos, una vez que principiaron a llegar a Quito mujeres españolas. En la primera iglesia parroquial que construyó el cura Juan Rodríguez, en el solar que para el efecto le concediera el Cabildo con frente a la que según la traza primitiva debía ser plaza Mayor, había una pequeña «tienda de enseñar muchachos» donde daba sus clases Juan Griego, nombre con que se prefirió llamarle «e mostraba a españoles, e mestizos e indios la doctrina cristiana e a leer y escribir» [93].

Hacia 1552, los franciscanos fundan el colegio de San Juan Evangelista que seis años después pasa a denominarse escuela de San Andrés, ya con apoyo real. Apostólicos motores del mismo son los frailes flamencos Jodoco Ricke y Pedro Gosseal acompañados por el primero de sus discípulos indígenas, Jorge de la Cruz Mitima y el hijo de éste Francisco Morocho. Niños indios, mestizos y criollos huérfanos asisten a las clases. Sea ésta la oportunidad para recordar el manuscrito *Espejo de Verdades* que hacia 1575 decía que a los indios fray Jodoco

> ... enseñó a arar con bueyes, hacer yugos, arados y carretas..., la manera de contar en cifras de guarismo y castellano..., además enseñó a los indios a leer y escribir... y tañer todos los instrumentos de música, tecla y cuerda, sacabuches y chirimías... flautas y trompetas y cornetas, y el canto del ór-

[92] J. G. Navarro, *Los franciscanos en la conquista y colonización de América,* Madrid, 1955, p. 109.

[93] J. Tobar Donoso, *La Iglesia modeladora de la nacionalidad,* Quito, 1953, p. 221.

> gano y llano... Como era astrólogo debió de alcanzar cómo había de ir en aumento aquella provincia y previniendo a los tiempos advenideros y que habían de ser menester los oficios mecánicos en la tierra... enseñó a los indios todos los géneros de oficios, los que deprendieron muy bien..., hasta muy perfectos pintores y escritores, y apuntadores de libros; que pone gran admiración la gran habilidad que tienen y perfección de las obras que de sus manos hacen; que parece que tuvo este fraile espíritu profético... Debe ser tenido por inventor de las buenas artes en aquellas provincias... [94].

La Escuela de San Andrés funcionó hasta 1581, mas para entonces ya había en Quito otras tres escuelas con más de 500 alumnos [95].

La necesidad de los primeros misioneros de predicar a los indios les había obligado a aprender las lenguas aborígenes y formular los primeros vocabularios y gramáticas. En 1580, Felipe II dispuso que se creasen cátedras de quichua en Lima, Charcas, Cuzco y Quito de modo que ningún clérigo pudiera ordenarse sin conocer aquel idioma. En cumplimiento de tal orden, en Quito se inició el 17 de noviembre de 1581 en acto solemne la enseñanza de quichua, confiada a los dominicos. Desde 1586, el fraile criollo Pedro Bedón aparece ya como profesor de la «lengua general del inca». Más de un siglo se mantuvo activa dicha cátedra en Santo Domingo, hasta que a finales del siglo XVII se le dio carácter universitario [96].

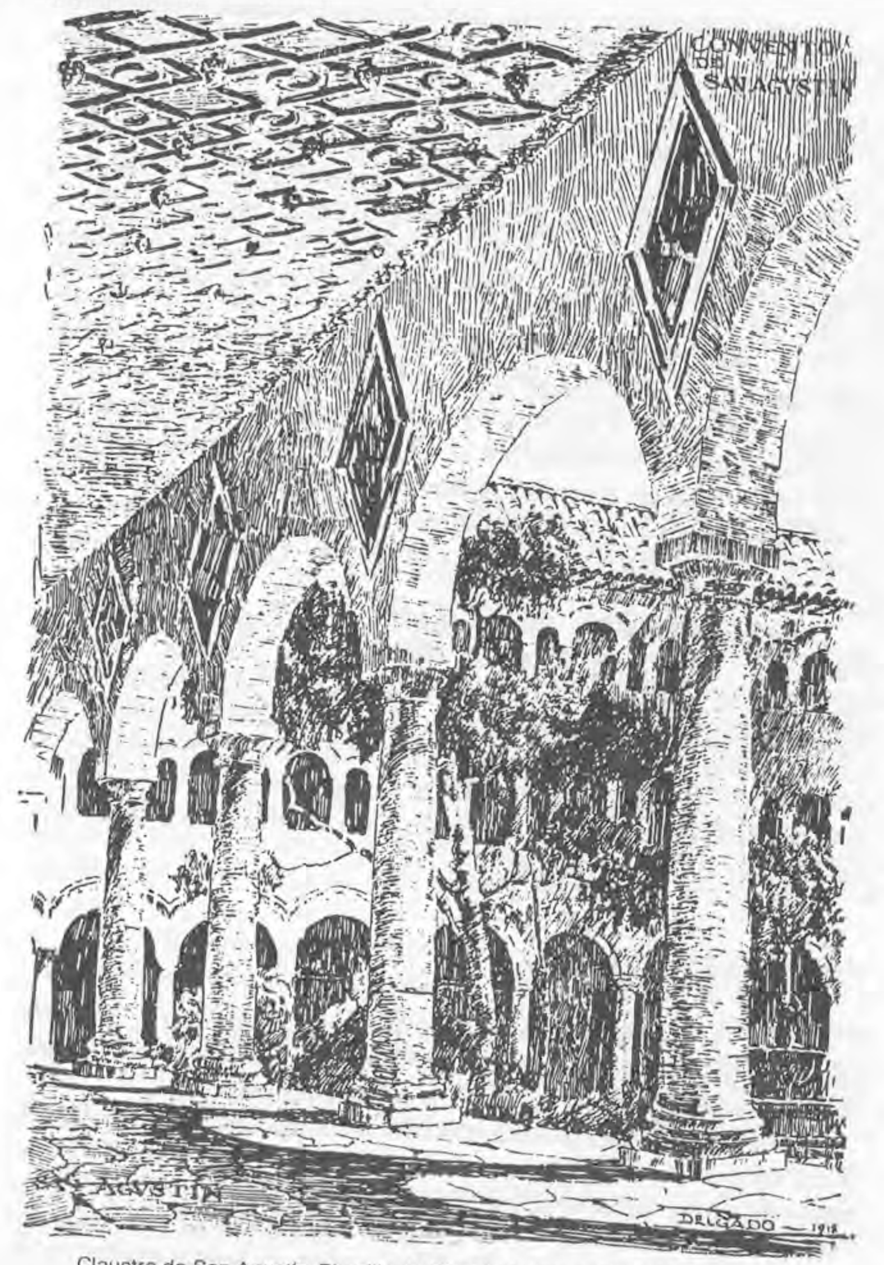
A fines del siglo XVII, el obispo López de Solís creó el colegio Seminario de San Luis, confiado a los jesuitas, que ya tenían un colegio de segunda enseñanza. Los agustinos, por su parte, habían fundado el colegio de San Nicolás de Tolentino, base para su Universidad de San Fulgencio, establecida en 1603, que perduró hasta 1786.

La que con el tiempo fue Real y Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, de los jesuitas, fue fundada en 1622 para conferir títulos de bachilleres, licenciados, maestros y doctores en Filosofía y Teología y desde 1704 en cánones y leyes. Funcionó hasta la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, fecha en la que también se cerraron los varios colegios que además del San Luis tenían los jesuitas en Ibarra, Riobamba, Cuenca y Guayaquil.

[94] R. Hartmann, «Apuntes históricos sobre la cátedra del quechua en Quito (siglos XVI y XVII)», *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 127-128, Quito, 1977.

[95] D. Tobar, *op. cit.*, p. 110.

[96] R. Hartmann, *op. cit.*



Claustro de San Agustín. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

Los padres dominicos, con las debidas autorizaciones, establecieron en Quito el Estudio General de San Pedro Mártir hacia 1592 para sus estudiantes de Filosofía y Teología y aspiraron a que se les concediera la facultad de otorgar títulos universitarios. Sólo en 1688 lograron superar reiterados obstáculos y establecer el colegio de San Fernando y la Universidad de Santo Tomás de Aquino, patrocinadores a su vez de la Escuela de la Caridad para primeras letras y catecismo, que pronto se llenó con más de 500 niños de toda condición social. La Universidad otorgaba títulos en filosofía, teología, sagradas escrituras, cánones, derecho civil y medicina.

Por su parte, los franciscanos habían establecido el colegio de San Buenaventura. La competencia entre los varios colegios y universidades de Quito contribuyó a estimular el rendimiento de los alumnos y el progreso general de la cultura. Sin embargo, parecía excesivo para la realidad poblacional de la ciudad la existencia de tres universidades, por lo que alguno de los académicos franceses, llegados en la primera mitad del siglo XVIII, calificó a Quito como «monstruo tricéfalo», aludiendo a las tres universidades.

Desaparecidas las de San Gregorio y San Fulgencio, solamente quedó, al fin, la de Santo Tomás de Aquino, que debió suplir a las otras mediante una serie de innovaciones y cambios que desestabilizaron su organización. Desde 1788, aunque los dominicos podían continuar dictando cátedras, el rectorado debía alternarse con otros eclesiásticos y civiles. A fines del siglo XVIII ya parecía requerir reformas sustanciales y su decadencia era evidente. Los vientos de la Ilustración mellaban la recia y antigua ortodoxia tomista.

La cultura en el Quito hispánico

Todos los antecedentes señalados muestran la preocupación cultural que animó al Quito de siempre. No podían dejar de florecer la poesía y las letras en forma semejante a la de las artes plásticas.

Aunque la primera poetisa quiteña, la monja carmelita Teresita de Jesús, sobrina de santa Teresa, con la que se inicia la historia de la literatura ecuatoriana, escribió en España, a donde volvió con su padre don Lorenzo de Cepeda y Ahumada, no faltaron los versos desde los primeros momentos, ya en redondillas, coplas o dísticos anónimos de

intención coyuntural, ya sobre todo en poemas de temática religiosa, pero también en elogios a los remotos acontecimientos de la lejana monarquía española. Había concursos organizados por el Cabildo en colaboración con el obispado y las comunidades religiosas. En 1612, por ejemplo, se organizó un certamen por la muerte de la reina Margarita de Austria, esposa de Felipe III, y triunfó el poeta Manuel Hurtado con la glosa de una quintilla [97]. En 1675 apareció el *Ramillete de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años por el maestro Xacinto de Evia, natural de Guayaquil,* con producciones poéticas, fuertemente influenciadas por Góngora, de varios alumnos del colegio de los jesuitas en Quito, entre ellos el mismo Evia, su maestro y paisano el padre Antonio Bastidas y el bogotano Hernando Rodríguez Camargo. Aunque publicada en Madrid, es la primera antología poética quitense [98].

Nacidos en Quito fueron el catedrático en Salamanca doctor Juan Machado de Chávez, clérigo cuyo *Perfecto confesor y cura de almas* apareció en Barcelona (1641), y el célebre agustino fray Gaspar de Villarroel, predicador en las cortes de Madrid y Lisboa y autor de renombrados libros, entre ellos el *Gobierno Eclesiástico y Pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio* (1656), en los que se demuestra cultor insigne de castiza prosa. Llegó a ser obispo de Arequipa, Santiago de Chile y arzobispo de Charcas. Otro gran escritor fue el obispo de Quito Alonso de la Peña y Montenegro con su famoso *Itinerario para párrocos de indios* (1668). Mencionemos en fin al jesuita riobambeño Pedro Mercado, autor de la *Historia de la Provincia del Nuevo Reyno y Quito de la Compañía de Jesús,* terminada hacia 1685 pero publicada solamente en el siglo XX [99].

Si el XVII es testigo de la gran hazaña jesuítica de las misiones quiteñas del Amazonas, el XVIII contempla al mismo tiempo su clímax en el ascenso cultural, con una gran pléyade de insignes religiosos y la instalación de la primera imprenta en Ambato (1754) trasladada luego a la propia Quito (1759), pero también su trágica expulsión (1767) en obediencia a la Pragmática de Carlos III, duro golpe para las letras y las

[97] I. J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana,* Quito, 1979.

[98] A. Espinosa Polit, *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos,* Quito, 1960; J. M. Vargas, O. P., *op. cit.,* 1965, pp. 104-109.

[99] O. Romero Arteta, «Pedro Mercado, escritor e historiador del siglo XVII», *Boletín de la Academia Nacional de Historia,* 145-146, Quito, 1986.

ciencias en toda Iberoamérica pero de modo particular en el Reino de Quito. Entre los jesuitas desterrados se hallaban los padres, Juan Bautista Aguirre, nacido en Daule (corregimiento de Guayaquil), el más alto poeta quitense de la época colonial e insigne catedrático de filosofía, y Juan de Velasco, riobambeño, que en 1789 culminará en Faenza (Italia) la monumental tarea de escribir la *Historia del reino de Quito en la América meridional*, verdadera enciclopedia de conocimientos sobre esta región de América.

Merecen especial mención las grandes bibliotecas conventuales del Quito colonial. Las de los franciscanos, mercedarios y dominicos, pero en especial la de los jesuitas, eran repositorios notables de numerosas y valiosísimas obras, no pocas de ellas incunables. La biblioteca de los jesuitas llamó poderosamente la atención de los propios académicos franceses, tanto por la riqueza de sus fondos bibliográficos como por su misma presentación material. Con ella, al finalizar el siglo XVIII, se constituyó la primera biblioteca pública, regentada por el precursor de la independencia doctor Eugenio Espejo.

Expediciones científicas al Quito hispánico

Uno de los más trascendentales acontecimientos durante el siglo XVIII fue la Misión de la Academia de Ciencias de París al reino de Quito para la medición de un arco de meridiano terrestre. Integrada por los académicos Luis Godin, autor de la iniciativa y director de la expedición, Carlos María de La Condamine y Pedro Bouguer, acompañados de varios otros expertos y ayudantes franceses, tuvo también la valiosa participación de los jóvenes oficiales españoles Jorge Juan de Santacilia y Antonio de Ulloa. Durante siete años, de 1736 a 1743, aquellos sabios realizaron sus investigaciones. De retorno a Francia y España, en una serie extraordinaria de obras científicas y de divulgación, dieron a conocer a la Europa ilustrada las realidades del Nuevo Mundo a tal extremo que se ha podido decir de aquel viaje, como luego se diría del de Humboldt, que fue un «nuevo descubrimiento de América». El retorno desde Quito a Francia efectuado por La Condamine, junto con el sabio geógrafo riobambeño Pedro Vicente Maldonado, por la vía del Amazonas, fue reconocido como una extraordinaria hazaña y permitió recordar el viaje descubridor de Orellana, iniciado

asimismo en Quito dos siglos atrás, y la epopeya de los misioneros quitenses del Marañón, que asistieron en su trayecto a los expedicionarios. La misión franco-española al reino de Quito tuvo para la ciencia universal una importancia de excepción, pues permitió definir, sin lugar a duda, que la Tierra es achatada en los polos y ensanchada en el Ecuador (pues simultáneamente habíase realizado la expedición del académico Maupertius a las zonas septentrionales de Escandinavia); por añadidura, hizo posible el cálculo de la medida de un cuadrante del meridiano terrestre, cuya diezmillonésima parte fue denominada metro y sirvió para establecer el sistema métrico decimal, actualmente universalizado.

Los oficiales españoles Juan y Ulloa publicaron por su parte el resultado de aquellas observaciones, en especial su *Relación histórica del viaje a la América Meridional* (Madrid, 1749) en el que incluyeron un «Resumen histórico del origen y sucesión de los incas». También presentaron un informe reservado sobre el estado de las colonias, verdadera denuncia social, no sin exageraciones, relativas a los abusos, explotación y relajamiento predominantes, documento escrito hacia 1747, publicado en Londres con el nombre de *Noticias secretas de América* (1826) y ampliamente utilizado desde entonces en toda campaña antiespañola [100].

Por aquella época, y con el nombre de «Academia Pichinchense» se había constituido —según refiere Alcedo— «una Sociedad de Literatos de la Ciudad de Quito... empleada en las observaciones astronómicas y fenómenos físicos...». Pusieron algunas inscripciones en lápidas recordatorias de acontecimientos especiales, por ejemplo, en 1766, junto a la columna salomónica de piedra construida para reemplazar el hito de ladrillo que La Condamine puso en 1742 en la terraza del colegio de los jesuitas para señalar uno de los puntos del «meridiano de Quito» determinado por la famosa misión científica franco-española (dicha columna fue trasladada a la nueva Ciudad Universitaria, donde hoy se encuentra). Otra lápida fue colocada en 1767 en la gran portada que el presidente Zelaya hizo construir a la entrada del paseo, proyectado e iniciado por esa Academia, que luego se llamó parque de La Alameda,

[100] G. Weinberg, «Advertencia», J. J. y A. de Ulloa, *Noticias Secretas,* Buenos Aires, 1963; L. J. Ramos Gómez, *Las «Noticias Secretas de América» de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1735-1745),* Madrid, 1985; J. Villalba, «Las "Noticias Secretas" de 1747 criticadas por los doctores Luis Merino y Luis Javier Ramos Pérez», *Boletín de la Academia Nacional de Historia,* 149-150, Quito, 1990.

hermosa portada de tres arcos que fue derrocada en los años treinta del presente siglo XX para ubicar el monumento al Libertador Bolívar. Las iniciales AA.PP., es decir Académicos Pichinchenses, identificaba esas inscripciones. La mencionada Academia, formada en buena parte por jesuitas, entre ellos el padre Magnin, desapareció el año 1767 con la expulsión de la Compañía de Jesús [101]. Ya a comienzos del siglo XIX otras dos misiones científicas llegaron a Quito, la del sabio neogranadino Caldas, enviado por Mutis, pero sobre todo la del joven y multifacético científico prusiano barón Alexander von Humboldt, acompañado del botánico francés Amadeo Bonpland. Humboldt permaneció en el territorio de la Audiencia desde noviembre de 1801 hasta fines de agosto de 1802. En Quito se alojó en la casa del marqués de Selva Alegre y en su hacienda de Chillo-Compañía, en Sangolquí, valle de los Chillos. Realizó observaciones geográficas, geológicas (investigó el vulcanismo), botánicas (descubrió la «geografía de las plantas»), zoológicas, etnográficas, históricas, políticas y sociológicas como en todo su recorrido por América. Pero en el Ecuador ascendió a numerosas montañas de los Andes, tratando de emular y superar a La Condamine, cuyos escritos le sirvieron frecuentemente de guía. La obra de Humboldt, publicada luego en 35 volúmenes, es una de esas empresas verdaderamente monumentales en la historia de la cultura humana. Los nombres de Quito y el Ecuador, sus montañas y realidades, ocuparon siempre lugar preponderante en sus escritos. Aun en su vejez Humboldt recordando el Chimborazo y su ascensión a la colosal montaña llegó a escribir: «Toda mi vida he pensado que de todos los mortales era yo el que había subido más alto en todo el mundo» [102].

El testimonio de cronistas, primeros escritores, viajeros y científicos

La mayoría de los cronistas castellanos concentraron su atención en el relato de la conquista de Nueva España y Nueva Castilla (nombre este que oficialmente se dio a las tierras descubiertas por Pizarro, en las que estaban incluidas las del actual Ecuador), por lo que Quito no llegó

[101] D. de Alcedo, *op. cit.*, II, pp. 190 y 282.

[102] Ch. Minguet, *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amerique espagnole (1799-1804)*, Paris, 1969.

a tener su propio cronista. Pero aun antes de estar fundada por los españoles ya su nombre, vinculado al de Atahualpa, aparecía impreso en Sevilla, primero en abril de 1534 en el relato de autor anónimo *La conquista del Perú, llamado la Nueva Castilla,* atribuido a Cristóbal de Mena, uno de los capitanes de Pizarro [103], y luego en julio de aquel mismo año, en la *Verdadera relación de la conquista de Perú,* por Francisco de Xerez. Desde entonces todos los relatos y crónicas referentes a los incas y el drama de Cajamarca mencionan a Quito, así como los primeros historiadores generales de Indias, desde Gómara hasta Herrera, pasando por Fernández de Oviedo, Las Casas y José de Acosta.

Aunque casi todos los que llegaban al Perú necesariamente pasaban bordeando las costas ecuatorianas y muchos se detenían en Portoviejo, algunos de aquellos cronistas, tanto del siglo XVI como de comienzos del XVII, llegaron a conocer la propia ciudad de Quito y ponderarla. Ante todo Cieza de León, soldado que acompañó a Benalcázar desde Nueva Granada hasta el Perú, cuando éste apoyó al pacificador La Gasca en las guerras civiles de los conquistadores: el «príncipe de los cronistas castellanos», como se le ha llamado, pasó por Quito en 1547 —«la ciudad le impresionó profundamente», dice Valotta [104]—. Su *Crónica del Perú,* escrita a lo largo de una década, de 1541 a 1551, estaba programada, al parecer, en cuatro partes y nueve tomos, de los que en vida del autor solamente se publicó el primero en Sevilla, en 1553; los demás, salvo los dos últimos que tal vez no llegó a escribir, se editaron solamente en el siglo XIX y en el XX. Uno de ellos se intitula, precisamente, «La guerra de Quito» y se refiere a los acontecimientos que protagonizó el infortunado virrey Núñez de Vela.

Si Cieza era soldado, tres de los otros cronistas que pasaron por Quito fueron clérigos: Miguel Cabello Balboa, que comenzó a escribir en Quito, hacia 1578, su *Miscelánea Austral,* donde recoge, entre otros asuntos, detalles muy importantes de la resistencia quiteña a Huayna Cápac y de la guerra civil entre Atahualpa y Huáscar; el misionero carmelita Antonio Vásquez de Espinosa, que hacia 1628 escribió su *Compendio y descripción de las Indias occidentales,* y Fernando de Montesinos, cura de Potosí, que como visitador de indios estuvo varias veces en

[103] R. Porras Barrenechea, *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú,* París, 1937.

[104] M. Valotta, «Introducción», P. Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú,* Buenos Aires, 1984, p. 26.

Quito y escribió hacia 1664 su *Ophir de España,* en dos partes. Jiménez de la Espada publicó la obra de éste a fines del siglo pasado; y en el presente, Jijón y Caamaño y Upson Clark editaron los escritos de Cabello Balboa y Vásquez de Espinosa, respectivamente [105].

El desarrollo de Quito a lo largo de los siglos XVI y XVII se puede seguir paso a paso, no sólo a través de estos y otros escritos, sino particularmente mediante varias de las *Relaciones geográficas de Indias,* metódicas descripciones contenidas en las respuestas que, a base de un cuestionario preparado por la Casa de Contratación de Sevilla, enviaban las autoridades coloniales, luego recopiladas y editadas por Jiménez de la Espada en el siglo XIX. Los autores y escritos que se refieren a Quito son: licenciado Salazar de Villasante (1569), Arcediano Pedro Rodríguez de Aguayo (1570), capitán Juan de Salinas Loyola (1571 y 1573), anónimo (1573), oficiales de hacienda Pedro de Valverde y Juan Rodríguez (1576), Cabildo de Quito (1577), Toribio de Ortiguera (1581), anónimo (1582) y maestro Lope de Atienza (1583), en el siglo XVI; Rafael Ferrer, S. I. (1605); Reginaldo de Lizárraga, O. P. (1610), «el Clérigo Agradecido» Pedro Ortiz de Cevallos (1628), Diego Rodríguez de Ocampo (1650) y Gil Ramírez Dávila (1655), en el XVII; Juan Magnin, S. J. (1740), Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748), Carlos María de La Condamine (1751), presidente Juan Pío Montúfar y Frasso (1754), Juan Domingo Coletti, S. I. (1757), oidor Juan Romualdo de Navarro (1764), «Il Gazettiere Americano» (1767), Bernardino Recio, S. I. (1773), Juan de Velasco, S. I. (1789) y Julio Ferrario, a fines del siglo XVIII; y ya a comienzos del XIX, poco antes de la independencia, Humboldt (1802), Antonio de Alcedo (1804) y el inglés William Bennet Stevenson, que llega a Quito en 1808.

Es interesantísimo ver, a través de estos relatos, muchos de los cuales se refieren a todo el territorio de la Audiencia, el adelanto que va alcanzando la ciudad de Quito. En la imposibilidad de reproducir, a modo de antología, algún testimonio de cada uno de ellos, hagámoslo siquiera respecto de varios de los últimos.

La Condamine, en su *Diario de viaje,* relata así su cruce de los Andes para llegar a Quito:

[105] J. R. Páez, *Cronistas coloniales,* Quito, 1960; F. Esteve Barba, *Historiografía indiana,* Madrid, 1964.

Mientras más ascendía, más el bosque se aclaraba; pronto no vi sino arenas y más arriba, rocas desnudas y calcinadas que bordeaban la vertiente septentrional del volcán de Pichincha. Llegado a lo alto de la ladera me sobrecogió un asombro mezclado de admiración por el aspecto de un largo valle de cinco a seis leguas de largo, cruzado por torrentes que se reunían para formar un río; miraba, tanto cuanto mi vista alcanzaba a extenderse, campiñas cultivadas, diversidad de planicies y de praderas, declives de verdor, pueblos, aldeas rodeadas de setos vivos y de huertas; la ciudad de Quito, a lo lejos, ponía fin a esta risueña perspectiva. Me creí transportado a las más bellas provincias de Francia: a medida que descendía cambiaba insensiblemente el clima pasando gradualmente de un frío extremado a la temperatura de nuestros bellos días del mes de mayo. Pronto apercibí todas estas cosas más de cerca y más distintamente. Cada instante crecía mi sorpresa: vi por la primera vez flores, botones y frutos en plena campiña sobre todos los árboles: yo vi sembrar, labrar y cosechar en un mismo día y en un mismo lugar. Me he dejado llevar por el recuerdo de la primera impresión que recibí entonces olvidando que éste no es asunto de los que corresponden a nuestros trabajos académicos [106].

Juan y Ulloa:

A la parte del Noroeste le hace espaldas el Cerro o Páramo de Pichincha, celebrado así por su eminencia, como por una gran fama de riqueza, que conserva desde la Gentilidad; sin que haya más certeza de ella, que la heredada noticia. En sus vertientes, pues, o faldas está fabricada la Ciudad, circunvalada de cerros de mediana altura. Las Quebradas o Huaycos (según el propio nombre que les dan allí) que baxan formando Colinas de Pichincha son su fundamento; y la atraviesan algunas de mucha profundidad: así una gran parte de sus edificios se sustenta sobre Arquería y Bóvedas: por esta razón son irregulares muchas de sus calles, y forman en su longitud varias Cuestas, que suben, baxan de lo inferior de las Quebradas a lo alto de las Lomas, hasta donde se extiende la población. La magnitud de la ciudad es como las del segundo orden de Europa; y podría parecer mucho mayor, si estuviera en otro parage menos desigual, y quebrado [107].

[106] Ch. M. de la Condamine, «Journal du voyage fait por ordre du Roi, a l'Equateur, servant d'introduction a la mesure des trois prémiers degrés du méridian (1751)», J. Rumazo, *op. cit.*, Madrid, 1949, V, pp. 41-42, traducción libre del autor.

[107] J. J. y A. de Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional (1748)*, Madrid, 1978, I, pp. 349-350.

En 1740, Miguel de Santistevan, que viaja de Lima a Caracas, describe así a Quito:

> Su terreno es desigual y quebrado, mas no tanto que niegue el uso de los coches; en gran parte las calles son anchas, empedradas y tan uniformemente divididas en cuadro que facilitan la comunicación y el trato. Sus casas, a reserva de las de sus extremidades o barrios, son de un alto y tan acomodadas que las más tienen jardín o huerta para el recreo o el regalo. La suntuosidad de sus templos, torres y chapiteles, la hermosean y recomiendan la piedad de sus habitantes... Y añade luego que la frialdad de su atmósfera templando los rigores del calor de la zona tórrida, forma una temperie tan dulce y agradable que puede decirse que en el universo no se encuentra país más fértil ni delicioso, pues el verdor de sus campos y el matiz de sus flores se alternan con sus frutos de tal modo que hacen todo el año a arbitrio de sus habitantes una sensitiva primavera y un continuado otoño... [108].

En 1761, el oidor Romualdo de Navarro:

> Éste es un país tan rico y poderoso que habiéndose mantenido más de dos siglos con esplendor y lustre, aún conserva intacto el inmenso tesoro de sus entrañas, tan elevado y superior a los demás que tiene por timbre de su grandeza dos erizados montes, tan agradable y ameno en todas las estaciones del año que justamente conserva el nombre de Terrenal Paraíso, Primavera del mundo, tan fértil y abundante que parece que en competencia, los astros se deshacen en su benigno influjo... [109].

El jesuita Bernardo Recio, en 1773:

> A la Arabia feliz denominaron así los antiguos, por el oro y piedras preciosas que la ennoblecen. Más feliz se puede llamar la tierra de Quito, pues tiene oro y plata; produce todo género de frutos; goza abundancia de toda especie de ganados, y, sobre todo, se recrea con una continua primavera. Verdaderamente es cosa admirable, que estando bajo la tórrida zona, ni la tuesten los calores, ni la constriñan los fríos, ni la sequedad o abundancia de aguas la esterilicen: sino que se mantiene siempre verde, en todo tiempo, apacible y siempre igual e inmutable en su apreciada temperie... [110].

[108] *Vid.* M. Miño G., *op. cit.,* 1984, p. 105.

[109] *Ibid.,* p. 114.

[110] B. Recio, S. J., *Compendiosa relación de la Cristiandad de Quito,* Madrid, 1947, p. 282.

El padre Velasco, recordando a Quito desde Italia en 1789:

> El plan de la ciudad tiene muchas desigualdades, a excepción del centro, y está rodeado de pequeñas montañas y deliciosas colinas. Se estrechan éstas en la parte de la ciudad, y se abren luego en dos espaciosas amenísimas llanuras... Fue desde los principios, y es sin duda la mayor y mejor ciudad de todos los Reinos del Perú, después de Lima, y se reputa entre las de segundo orden de Europa. Sus calles son tiradas a cordel y divididas en regulares cuadros, con diversas plazas, a excepción de los arrabales, que pierden la dirección por los montuosos terrenos y quiebras. Todas las casas de la que propiamente es la ciudad tienen a lo menos dos planos o pisos, y algunas pocas tres. Muchas son de cal y ladrillo, especialmente las obras públicas y casas religiosas; algunas de cal y piedra, y las demás de ladrillo crudo, llamado adobe y barro, cuya especie de fábrica es la que más resiste a los terremotos, en que las otras padecen mucho más. Todas, sin excepción están cubiertas de tejas y con balconerías largas sobre las calles, cómodas, bien dispuestas y adornadas con decencia [111].

Humboldt, en 1802:

> La ciudad de Quito es bella, pero el cielo es allí triste y nublado, las montañas vecinas ofrecen poca verdura y el frío es más considerable. El gran terremoto de 4 de febrero de 1797, que conmovió la provincia y mató en un momento de 35 a 40.000 personas fue también funesto a este respecto para los habitantes... A pesar de estos horrores y peligros de que les ha rodeado la naturaleza, los habitantes de Quito son alegres, vivos, amables. Su ciudad respira voluptuosidad y lujo, y quizá en ninguna parte reina un deseo más decidido y general de divertirse. Así es como el hombre se acostumbra a dormirse apaciblemente al borde de un precipicio [112].

Los planos de Quito levantados en el siglo XVIII

El primitivo dibujo con la traza de Quito hecho por orden de Benalcázar no ha sido hallado o se ha perdido. El esbozo de plano adjunto a la relación anónima de 1573, que se conserva en la Real Academia de la Historia en Madrid, aparte de esquemático, contiene

[111] J. de Velasco, *op. cit. (1769)*, Quito, 1960, II, pp. 403-404.

[112] Cit. en J. Salvador Lara, *Apuntes para la historia de las Ciencias en el Ecuador*, 1978, I, p. 42.

inexactitudes comprobadas que permiten sospechar que fue dibujado de memoria [113], pero se singulariza por hallarse encabezado por las cumbres del Pichincha (modalidad que desde entonces seguirán todos los futuros planos de Quito); de la montaña bajan seis «fuentes» de agua, que algunos comentaristas modernos interpretan como las profundas y conocidas quebradas que atraviesan la ciudad de oeste a este, aun cuando más probablemente representan iniciales acueductos originados en ellas, puesto que terminan en plazas o conventos. No se conoce que durante el siglo XVII hayan sido levantados planos de Quito. Parece, entonces, que el primer verdadero plano de la ciudad es el trazado por el presidente Dionisio de Alcedo y Herrera en 1734, que se conserva en el Archivo General de Indias, hermosamente dibujado, con el Pichincha y los escudos de España y Quito encabezando el dibujo, de modo que la ciudad aparece con el Panecillo al lado izquierdo y la laguna de la Alameda al derecho, mientras la cartografía moderna convencional coloca el norte arriba, el sur abajo, el oeste a la derecha y el este a la izquierda. Todos los varios planos de Quito del siglo XVIII siguen también el esquema, que se mantiene hasta ahora, de ubicar arriba el oeste, abajo el este, a la derecha el sur y a la izquierda el norte: los de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748), La Condamine, dibujado por Morainville (1741), el presidente Juan Pío Montúfar y Frasso (1754) y el jesuita Juan Bautista Coleti (1763).

Todos esos planos son parecidos y su análisis ha permitido al general Paz y Miño algunas conclusiones: el área habitada urbana es de 96 hectáreas; existen 52 manzanas totalmente edificadas y 60 sólo parcialmente; en las afueras existen muchas casas aisladas rodeadas de huertas y jardines; el trazado de las calles es exactamente el mismo que conserva hasta ahora el denominado «centro histórico» de la ciudad; las calles longitudinales se extienden de noreste a suroeste. Y las transversales, de noroeste a sureste, éstas, en su sección occidental, han comenzado ya a trepar las faldas del Pichincha; aún no aparecen trazas de desbanques ni rellenos para corregir la ligera pendiente de las calles que se deslizan desde las todavía incipientes laderas de la montaña; la gran quebrada de Jerusalén (ahora Av. 24 de Mayo) se halla descubierta en su mayor parte, atravesada por varios puentes de cantería hacia las

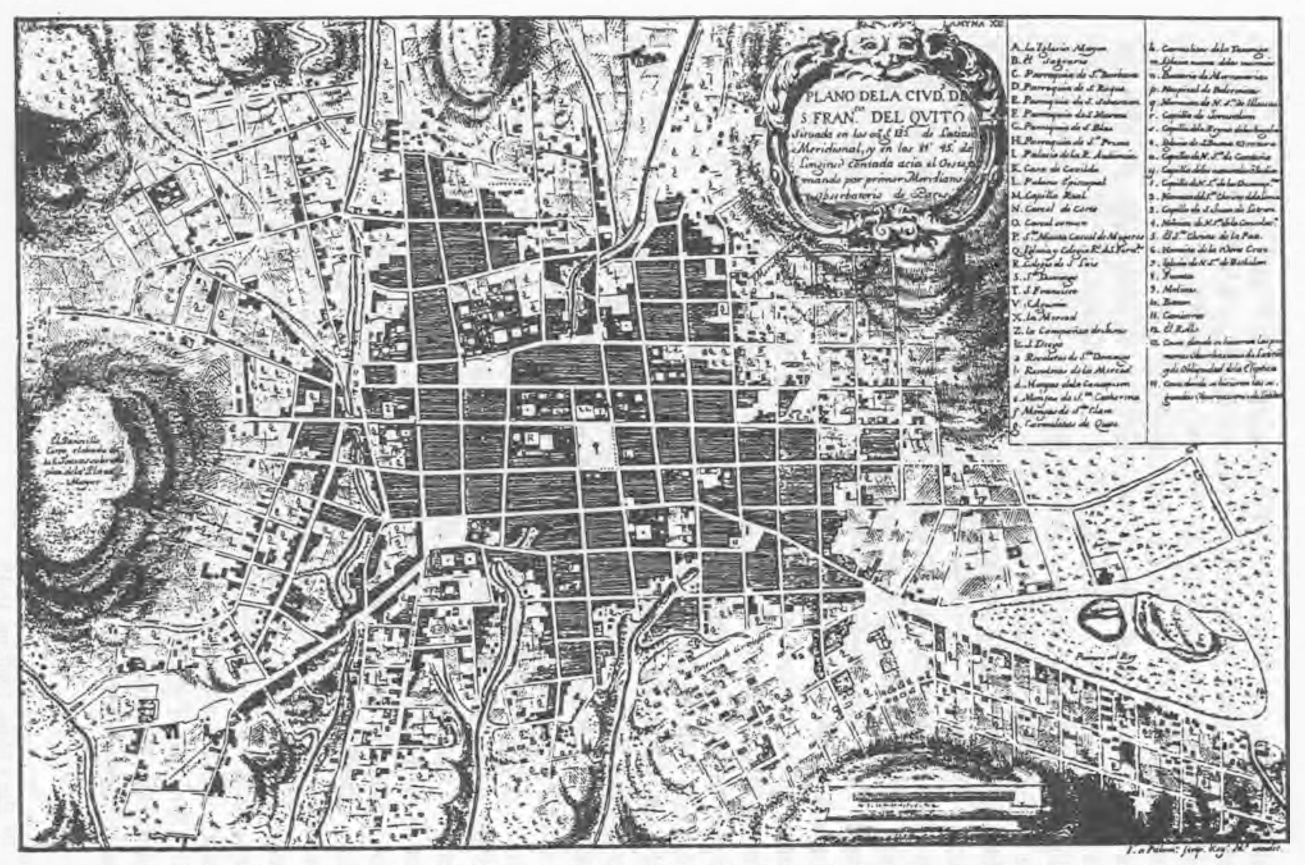
[113] T. Estupiñán, «El plano conocido más antiguo de Quito», *Revista Trama*, 33, Quito, 1984.

calles en formación al sur, hoy llamadas Loja y Ambato. La quebrada del Tejar ha sido canalizada por partes desde las actuales calles Cuenca hasta la Flores. La quebrada de la Carnicería está descubierta sólo en su parte final. Existen las mismas seis fuentes que en 1573, lo que demuestra que no se trataba de las quebradas, como suponen algunos intérpretes. Las iglesias parroquiales San Roque, San Sebastián, San Marcos, San Blas y Santa Prisca son por aquella época periféricas. El núcleo urbano de la ciudad apenas tiene un radio de 1.000 metros, en torno a la plaza Mayor, centro administrativo, judicial y comercial, y a las iglesias y plazas de San Francisco, Santo Domingo y La Merced, y a las fuentes de agua de las cuatro indicadas plazas, a las que se añaden otras dos fuentes, prolongación hasta el Hospital y la Carnicería de las antes existentes. La expansión de la urbe se efectúa hacia el norte, por las rutas que bordean el «Potrero del Rey», hoy Parque de la Alameda [114]. También se puede advertir por los planos, relatos de la época y disposiciones constantes de las actas del Cabildo, cómo el alcantarillado colonial, hecho de mampostería, va cubriendo en el área urbana de Quito las quebradas que bajan del Pichincha.

También corresponden al siglo XVIII los primeros mapas del reino de Quito dibujados en la propia ciudad. El del padre Samuel Fritz, ya trazado según los avances de la categoría científica del siglo XVIII, fue grabado en una plancha de cobre esculpida en Quito en 1707, con este título: «El gran río Marañón o Amazonas, con la misión de la Compañía de Jesús, geográficamente delineado por el padre Samuel Fritz, misionero continuo en este río», y esta dedicatoria: «A la Católica y Real Majestad del Rey nuestro Señor Don Felipe V, la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús, ofrece y dedica en eterno reconocimiento este Mapa del Gran Río Marañón con su misión apostólica, como su soberano patrono y mantenedor, por mano de su Real Audiencia de Quito.» Vese allí el gran río, casi paralelo a la línea equinoccial, desde Quito, a cuyos pies nace el Napo, hasta Macapá y Pará, las dos ciudades situadas a ambos lados del delta con que desemboca el Amazonas.

También el padre Juan Magnin fue jesuita y su mapa fue conocido por La Condamine, a quien sirvió de base para trazar su curso del Amazonas, según él mismo lo confiesa, pero no fue impreso sino en el pre-

[114] Paz y Miño, 1960, pp. 16-19.



Plano de la ciudad de Quito según Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional*, Madrid, 1748.

sente siglo. El mapa, que comprende el curso superior del Marañón hasta las lindes con los portugueses, lleva como epígrafe la siguiente leyenda: «Provincia de QUITO, con sus misiones de Sucumbíos de S. Francisco, y de MAYNAS, Padres de la Compañía de Jesús a las orillas del gran río MARAÑÓN, delineado por el P. Juan Magnin, misionero de la misma Compañía, misionero en dichas misiones. Año 1740 [115].

El más famoso es el mapa de Pedro Vicente Maldonado, circunscrito principalmente a la costa, con delineación precisa de su litoral, y a la sierra, con sólo una parte de la región amazónica. Luego de la prematura muerte del sabio riobambeño fue impreso por M. D'Ainville en París, gracias a los empeños de La Condamine, el año 1750.

El mapa de la «Provincia Quitensis» de los misioneros jesuitas padres Brentano y La Torre presenta toda la parte norte de la América meridional, con todo el curso del Amazonas hasta su desembocadura, y fue impreso en Roma en 1751. Alcedo y Herrera, por su parte, publicó en Madrid en 1766 su mapa «del distrito de la Real Audiencia de Quito» y Francisco de Requena trazó el suyo en 1779.

Mencionemos finalmente el mapa del padre Velasco, complemento de su *Historia del Reino de Quito.* Su leyenda dice: «MAPA GENERAL de las Provincias del QUITO PROPIO, de las orientales adjuntas y de las Misiones del Marañón, Napo, Pastaza, Guallaga y Ucayale, delineada según las mismas cartas modernas y observaciones de los Académicos y Misioneros, por el Presbítero Don Juan de Velasco para servir a su Historia del Reyno de Quito, Año de 1789.» No obstante tal antigüedad, solamente en 1960 pudo ser publicado [116].

Títulos de Castilla en el Quito colonial

Para finalizar este capítulo digamos que algunas linajudas familias del Quito hispánico habían logrado adquirir, para finales del siglo XVIII, sendos títulos nobiliarios otorgados por la Corona española, pese a lo cual, y no obstante su importancia social y fortuna, eran relegados por la reducida minoría de españoles de nacimiento que detentaban en be-

[115] Sociedad Ecuatoriana de Investigaciones Históricas y Geográficas, reproducción por I. G. M., Quito, 1989.

[116] J. de Velasco, *op. cit.,* III, Quito, 1960.

neficio propio la cúspide de la pirámide social. El padre Recio, en su *Compendiosa relación de la cristiandad de Quito,* recuerda a los marqueses de Maenza, Mateu; Solanda, Sánchez de Orellana; Villaorellana, del mismo apellido; Selva Alegre, Montúfar; Lises, Maldonado; Villarocha, Carcelén, y los condes de Selva Florida, Guerrero, y Cumbres Altas, Zapata, oriundo éste de Lima [117]. Aprovechando el resentimiento que no pocos de ellos demostraban por la postergación que sufrían, pese a sus títulos, los próceres de la independencia quiteña, discípulos del precursor doctor Espejo, lograron su apoyo en 1809, poniéndoles como mascarón de proa en sus pronunciamientos, sin pensar que las rivalidades entre esas casas nobiliarias iban a ser una de las causas promotoras del fracaso del primer estallido revolucionario.

[117] B. Recio, *op. cit.,* p. 246.

Capítulo IV

LA CIUDAD DE QUITO EN LA INDEPENDENCIA

Precedentes autonomistas

Una revisión crítica de la historia ecuatoriana pone de relieve la indeclinable vocación humana de sus habitantes a la libertad: Quito, núcleo y dínamo del sentimiento nacional, presenta reiterados episodios de lucha por defenderla y alcanzarla como supremo valor por el que bien se puede, inclusive, ofrendar la vida. Así lo demuestran, por ejemplo, la indomable y larga resistencia de las diversas tribus ecuatoriales a la expansión incaica, primero, y luego la de los generales quiteños de Atahualpa a la penetración castellana —Quizquiz, Calicuchima y Rumiñahui, particularmente éste.

Los alzamientos de indígenas durante los siglos coloniales, reiterados e insistentes en el XVI, en especial los de Pende y Jumandi en Quijos, y Quirruba en el sureste, caciques vencidos y condenados a muerte, y luego renovados en el siglo XVIII, parecen demostrar fehacientemente esa vocación libertaria.

La rebeldía de Gonzalo Pizarro, aunque motivada por la defensa de los privilegios alcanzados por los conquistadores que se resistían a acatar las «Nuevas Leyes» dictadas para protección de los aborígenes, presentó ya indicios autonomistas y tal parecen haber sido por entonces las orientaciones de fray Jodoco Ricke. Esa misma tendencia se advierte en los reclamos de Miguel de Benalcázar, uno de los hijos mestizos del conquistador, cuya rebeldía encierra gérmenes de independencia: su intento de agrupar a todos los mestizos de Quito para alzarse con el gobierno fue descubierto y en 1583 cayeron presos los principales comprometidos, se les dio tormento, juzgó y sentenció. Cinco acompañaron

a Benalcázar en la pena capital y otros más fueron condenados a galeras.

Sin embargo, son dos revoluciones, así llamadas ya en su época, las que han sido señaladas como alzamientos precursores de la emancipación: la de las Alcabalas en el siglo XVI y la de los Estancos en el XVIII. En 1592, en efecto, con ocasión del nuevo impuesto de las alcabalas, el vecindario de Quito se alzó contra las autoridades españolas, acaudillado por el procurador Alonso Moreno de Bellido y apoyado por su Cabildo. El presidente de la Audiencia, don Manuel Barros de San Millán, trató de rechazar las asonadas por la fuerza y solicitó y obtuvo ayuda del virrey del Perú, quien envió un ejército al mando del capitán Pedro de Arana. Hubo tres sangrientos motines, el último originado por el inicuo asesinato del tribuno popular Moreno de Bellido; entonces el pueblo enfurecido asaltó la Casa de Gobierno y poco faltó para que acabara con la vida del presidente Barros... Al fin, la sublevación fue sofocada a sangre y fuego, hubo prisiones, destierros y ejecuciones. Decenas de horcas levantadas a lo largo de las entradas de la ciudad mostraban su macabra carga y sólo así, en último término, fue cobrado el tributo. La importancia de esta revuelta estuvo en que, además del grito de «¡libertad contra extorsión y agravios!», utilizado por la multitud, el dominico criollo fray Pedro Bedón llegó a argumentar sobre el derecho de rebelión contra la tiranía y los criollos sublevados se empeñaron en coronar un «rey de Quito». Contribuyó a la pacificación de la ciudad la actitud conciliadora de los jesuitas.

El alzamiento popular conocido como «revolución de los Estancos», y también como «sublevación de los barrios de Quito», ocurrió en 1765 cuando ejercía el gobierno interino de la Audiencia el oidor Rubio de Arévalo. Los antiguos resentimientos habían comenzado a fermentar: las nuevas medidas dictadas por Carlos III, algunas de ellas de orden fiscal, fueron sólo el detonante que produjo la explosión. Más que protestar contra las aduanas y el estanco de aguardientes, aparente motivo del estallido, el fondo verdadero se dejó traslucir con el grito de «¡Abajo el mal gobierno, mueran los chapetones!», nombre que se daba a los españoles. La Casa de los Estancos fue incendiada en un primer motín; un mes más tarde la revolución reventó con fuerza, el Palacio de Gobierno fue asaltado y las autoridades debieron buscar asilo en el convento de la Concepción. El pueblo en armas exigió la abolición de estancos y aduanas, la expulsión de los españoles que no hubieran for-

mado familia en Quito y otras medidas favorables; la Audiencia cedió y el virrey de Santa Fe confirmó todo esto. De esta manera, la revuelta terminó con el triunfo aparente de los criollos, pero años después estancos y aduanas fueron reorganizados con mayor rigor. En definitiva, la lucha hubiera sido estéril si no hubiera quedado prendida con más fuerza la idea de la libertad en el pueblo quiteño.

Precursores remotos y próximos de la independencia

A lo largo del siglo XVIII, Quito va adquiriendo nociones cada vez más claras de sus propias realidades, aspiraciones colectivas y diferenciada personalidad. Los académicos franceses, primero, y Humboldt, ya en los comienzos del XIX, lo advierten. Pedro Vicente Maldonado, mediante sus recorridos por el territorio quitense, toma conciencia de la identidad geográfica del reino de Quito y la expresa en su mapa, cuya publicación en España fue una de las motivaciones de su viaje por el Amazonas en compañía de La Condamine. No alcanzó a ver culminada su aspiración, por su prematura muerte. Pero la llegada a Quito de algunos ejemplares de la célebre «Carta de la Provincia de Quito y sus adyacentes», impresa en 1750, contribuyó a concretar los sentimientos de quiteñismo, hasta entonces latentes.

El Padre Juan de Velasco fue sin duda uno de los más ilustres entre los jesuitas americanos desterrados por la Pragmática Sanción de Carlos III y entre los quiteños fue inequívocamente eximio. La *Historia del reino de Quito en la América meridional*, terminada de escribir en Faenza en 1789, es la principal de sus obras y constituye la definitiva toma de conciencia de la identidad histórica quitense. Él fue, en efecto, el primero en ensayar una «historia general» de esta porción de América y el resultado fue una verdadera enciclopedia sobre los conocimientos hasta entonces logrados respecto a la geografía, flora, fauna, antropología, prehistoria e historia del Quito. Él mismo confiesa, en la dedicatoria, que le mueve «el dulce amor a la Patria» y añade que ha querido «dar pequeño testimonio del amor que conservo a la Patria». Aunque su obra solamente se imprimió al finalizar la primera mitad del siglo XIX, sus parientes de Quito llegaron a conocer, por correspondencia, que había terminado su extraordinaria empresa, y de ello se informó en el primer periódico de Quito, las *Primicias...*, editado por el doctor Eugenio Es-

pejo, uno de los precursores de la independencia americana y concretamente de la del Ecuador. La noticia de que el padre Velasco había escrito esa obra contribuyó poderosamente a poner en vigencia la personalidad nacional propia del Quito.

Cuando en 1780 ocurrió en el Perú la gran rebelión de Tupac Amaru, las autoridades españolas de Quito descubrieron una conjura para apoyarle. Miguel Tobar de Ugarte vino a resultar el más gravemente complicado y la única víctima en la conspiración a favor del inca rebelde. Condenado a 10 años de presidio fue trasladado a las mazmorras de la fortaleza de Chagres, en Panamá. Pobre de solemnidad y enfermo, el rigor del clima, las angustias y torturas fueron acabando con él. «Bien merece —dice el historiador colombiano Roberto María Tisnés— que la historia recoja su nombre, sus intentos, sus padecimientos y su muerte en pro de la libertad de su Patria».

Otra figura notable, que merece mencionarse entre los precursores de la independencia, es la de don Miguel Jijón y León. Había vivido ausente de su patria durante 32 años, seis de ellos en Francia pero la mayor parte en España. El rey Carlos III le había concedido por méritos y servicios el título de conde de Casa Jijón. En 1786 regresa a Quito. Una denuncia ante el Tribunal de la Inquisición en Cartagena de Indias, acusándole de leer libros prohibidos, le obligó, no obstante ser un anciano de 74 años, a ir personalmente a España para justificarse, no por Lima, Bogotá o Panamá, sino... recorriendo el río Marañón, como antaño, desde la propia Quito, tal como Orellana, el descubridor del río Mar, en el siglo XVI, los misioneros jesuitas y don Pedro de Texeira en el XVII, y no hace mucho, en ese propio siglo XVIII, Maldonado y La Condamine y luego Isabel Casamayor de Godin des Odonais. Y así lo hizo, venciendo el natural temor de un viaje aún hoy día arriesgado, en travesía que duró un año, desde las altas fuentes del Napo y por él hasta su desembocadura en el Marañón y el curso completo del Amazonas, atravesando el Brasil, hasta Macapá. Pasó luego a Jamaica, para dirigirse a Lisboa, pero una noche, mientras leía a la luz de un candil, una llama provocó lamentable siniestro. No pudieron salvarle de las graves quemaduras y el perseguido conde, que había confiado en librarse de la pira de la Inquisición, murió el 11 de setiembre de 1794 [1].

[1] M. Defourneaux, «Un "ilustrado" quiteño: don Miguel Gijón y León», *Anuario de Estudios Americanos*, XXIV, Sevilla, 1967.

El obispo de Quito monseñor José Pérez Calama, natural de Extremadura, fue precursor de una fecunda transformación mental a fines del siglo XVIII, tanto en México, donde ejerció el magisterio, como en Quito. El amplio campo de su influencia se proyectó en el espacio y el tiempo a través de dos de sus amigos, mejor diríamos discípulos, hasta la misma época de la independencia: por medio del doctor Eugenio Espejo hasta los próceres quiteños de 1809, y mediante el famoso cura de Dolores don Miguel Hidalgo y Costilla, hasta los sucesos mexicanos de 1810. En Quito, apenas llegado, propugnó una reforma administrativa y académica de la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Sus ideas y actitudes no podían sino originar dificultades, suspicacias, ánimos hostiles que le obligaron a renunciar al obispado poco después de su arribo a Quito. Se embarcó en Guayaquil para Acapulco, mas no llegó a su destino. El barquichuelo en que viajaba debió de naufragar en el océano Pacífico, pues nunca más se supo de él ni de sus tripulantes y pasajeros.

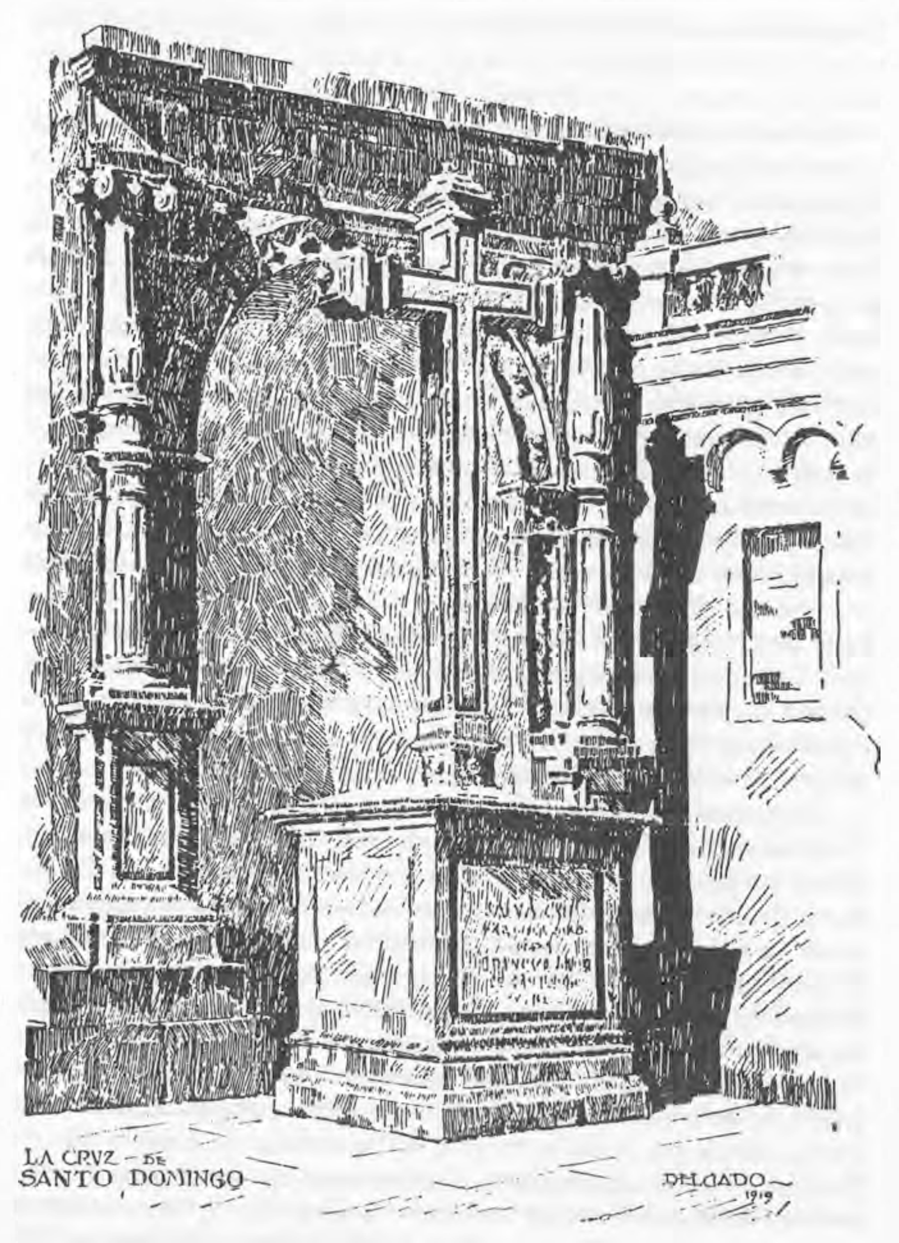
La figura del doctor Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo aparece, en la historia de la independencia ecuatoriana, como el tema de fondo de una sinfonía heroica. Aunque murió sin cumplir 50 años, su hermano el clérigo Juan Pablo, que le sobrevivió, y sus discípulos, mantuvieron su presencia moral y su recuerdo. Las autoridades españolas habrían de decir más tarde que los Montúfar «eran los herederos de los proyectos sediciosos de un vecino nombrado Espejo». El Precursor, como el Cid, siguió librando combate aun después de muerto.

En vida fue verdadero polígrafo: abogado, canonista, teólogo, ensayista, panfletario, traductor, bromista, sembrador de ideas, periodista, bibliotecario público, maestro de juventudes y, en toda ocasión, subrepticio precursor de la independencia política de América en general y del reino de Quito en particular. Con tantas y tan fecundas actividades ya hubiera sido un hombre extraordinario inclusive siendo blanco: lo asombroso es que fue mestizo y de muy humilde extracción, hijo de padre indígena y de madre mulata, y dadas las condiciones y dificultades de la época, para que un mestizo llegase a esa posición era necesario que tuviese excepcionales méritos. Nadie concebía que, casi indígena, pudiese aspirar a nada, y por eso se le oponían. Él se desquitaba con burlas y sátiras, que contribuían, por una parte, a poner de relieve los vicios de la época y, por otra, a crearle nuevos y más feroces adversarios. En el fondo le temían, y no dejaban, tampoco, de admirarle.

Lector empedernido, devoró con avidez cuanto papel impreso llegó a sus manos. Escribió mucho. En todas sus obras oficiaba como sembrador de inquietudes. No exponía sus teorías políticas: las insinuaba. Por necesidad estratégica no atacaba de frente, porque desde el primer momento hubiera sido aniquilado, pero era consumado maestro en el arte de disfrazar su verdadero pensamiento. Conocido por su obra en el Perú, Nueva Granada y la misma España, donde llegaron a elogiar sus escritos y considerarle un verdadero sabio, en Quito, su tierra natal, le odiaban por sus diatribas, panfletos y sátiras. Pronto fue considerado peligroso, se le enjuició y desterró a Bogotá, por orden del virrey: pero con ello más bien se aumentó el radio de acción de su propaganda. De regreso a Quito, fue secretario de la «Sociedad de Amigos del País», editor de *Primicias de la cultura de Quito,* el primer periódico, bibliotecario de la ciudad y, como siempre, conspirador. Una indiscreción le delató y fue a dar en la cárcel, cargado de grillos. Allí se fue apagando lentamente su vida.

Su plan revolucionario, descubierto en el proceso que se le siguió, contenía los siguientes puntos: alzamientos simultáneos en las principales ciudades de Hispanoamérica; constitución de gobiernos republicanos autónomos y soberanos; igualdad jurídica de los ciudadanos; autoridad exclusivamente puesta en manos de americanos; prohibición de intervenir en la vida cívica pública a los españoles que quisiesen permanecer en América sujetándose al nuevo orden de cosas; nacionalización del clero y la jerarquía eclesiástica y confiscación de las excesivas propiedades de las comunidades religiosas en beneficio del Estado.

Estuvo personalmente vinculado con el precursor Nariño en Nueva Granada y, por correspondencia, con el prócer peruano Hipólito Unanue, pero, sobre todo, adoctrinó a un grupo de amigos y discípulos, entre los que se hallaban José Mejía Lequerica —casado luego con su hermana Manuela—, Juan Pío Montúfar, Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez de Quiroga, Juan Salinas, Antonio Ante. Quince años después de la muerte de Espejo esos discípulos intentaron llevar a cabo sus ideas protagonizando la primera revolución francamente independentista de Hispanoamérica el 10 de agosto de 1809.



La Cruz de Piedra de Santo Domingo, con el «Salva Cruce» del Precursor Espejo.
Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

La élite criolla de la emancipación y las autoridades españolas

El barón de Carondelet, progresista presidente de la Audiencia de Quito, había logrado, durante su mandato, conciliar en lo posible las ya agrias pugnas entre chapetones y criollos. Uno de sus pasos fue nombrar como secretario al doctor Juan de Dios Morales, profesor de la Universidad; otro, entablar buenas relaciones de amistad con el marqués de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar, mecenas de intelectuales y artistas, y mantener cordial entendimiento con el obispo Cuero y Caicedo, confiando al propio tiempo en el capitán Juan Salinas, jefe de la reducida guarnición de Quito. Unió así, según lo anota Demetrio Ramos, «el activismo promotor del selecto equipo criollo» con su tacto y experiencia como gobernante. Por otra parte, Carondelet supo comprender cabalmente los sentimientos quiteños, y se preocupó de la calamitosa situación económico-social que afligía a todo el territorio de su mando, como consecuencia de la declinación de los antiguos obrajes, la competencia del cacao venezolano y, sobre todo, el espantoso terremoto de 1797 que había destruido Riobamba, dejando maltrechas Ambato, Latacunga y la propia ciudad de Quito, asolados los campos y venidos a menos los cultivos. Por añadidura, las pretensiones de Lima habían logrado alcanzar que Guayaquil pasase a depender del virrey del Perú, medida contra la cual Carondelet apeló ante Madrid.

Avanzaban con entusiasmo las diversas obras públicas que realizaba —reconstrucción de Riobamba, restauración del Palacio de Gobierno, atrio y portadas de la catedral, preocupación por el camino de Malbucho al Pacífico—, cuando he aquí que Carondelet falleció intempestivamente en Quito el 10 de agosto de 1807. Su muerte fue sentida en toda la Audiencia y, para colmo de males, originó al punto, con caracteres inusitados, el problema de la sucesión. De acuerdo con la jurisprudencia sentada en ocasiones similares, tocaba el gobierno interino de la Audiencia al oidor más antiguo, mas no era del mismo parecer el coronel Diego Antonio Nieto que se hallaba de tránsito en Quito, rumbo al Perú, a donde iba como intendente de Puno luego de haberlo sido en Popayán. Nieto argumentó que a él correspondía la presidencia interina por ser el militar más antiguo y de mayor graduación. Y como estaba en servicio activo, hizo valer sus galones, humilló de paso a Salinas que comandaba las tropas, con las que definitivamente impuso su poder a la

Audiencia y empezó *de facto* a ejercer el mando. Al poco tiempo le confirmó en el interinato el virrey de Bogotá[2].

El coronel Nieto, desde el poder, llevó a cabo una política de veras torpe. Al poco tiempo llegó a Quito el nuevo presidente de la Audiencia, conde Ruiz de Castilla, Nieto se vio obligado a entregar el mando.

Su política había unido más todavía a los amigos y discípulos del doctor Espejo, a los que persiguió y ultrajó. Vinculados a la Universidad de Quito y desplazados de cargos e influencia, pensaron que su situación personal podía tener remedio con Ruiz de Castilla. Pero los acontecimientos de la Península, desencadenados por Napoleón, vinieron a preocuparles, no sólo por el temor de pasar a ser colonia del imperio francés, sino también porque ante la carencia de autoridad real aumentaría el poderío de los virreyes de Lima y Santa Fe de Bogotá, que ya en tiempos de Carondelet habían procurado mediatizar la Audiencia de Quito, cercenándole jurisdicciones y competencias[3]. Las viejas ideas autonomistas presentes desde los tiempos de Espejo resurgieron con fuerza con el ánimo de sus discípulos los doctores Morales, Quiroga y Ante, el capitán Salinas, y los clérigos doctores Riofrío y Rodríguez.

Buena parte de la nobleza criolla, en particular el marqués de Selva Alegre, amigo también de Espejo, confidente y colaborador cercano del siempre bien recordado presidente Carondelet, con cuyo progresista gobierno contrastaron las arbitrariedades de Nieto y la indolencia que desde el comienzo dejó notar el ya anciano presidente Ruiz de Castilla, no tardó en dar también su apoyo a las ideas autonomistas, que se manifestaban expresando simpatía por las desventuras del joven Fernando VII, rechazo a las pretensiones de Napoleón y necesidad imperiosa de emprender actividades paliativas y aun salvadoras de la calamitosa situación de la antigua presidencia de Quito.

Los españoles residentes en Quito, beneficiarios de todos los privilegios y conocidos con el despectivo mote de «chapetones», eran más bien pocos. Habíanse entroncado con familias quiteñas y alcanzado riqueza y posición social encumbrada. Partidarios absolutos de la monarquía española, miraban despreciativamente a los criollos y detestaban a

[2] F. González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, Quito, II, pp. 1295 y ss.; C. M. Larrea, *El Barón de Carondelet, XXIX presidente de la Real Audiencia de Quito*, Quito, 1969.

[3] D. Ramos Pérez, *Entre el Plata y Bogotá. Cuatro claves de la emancipación ecuatoriana*, Madrid, 1977, pp. 162-165.

los antiguos discípulos de Espejo. Con unos y otros mantenían no solamente discrepancias sino también litis varias ante el tribunal de la Audiencia. El núcleo chapetón apoyó fervorosamente al nuevo gobernante conde Ruiz de Castilla y, ante el conocimiento de los sucesos de España, llegó a pensar que si Napoleón dominaba en la Península, bien podía aceptársele. Había también importantes criollos partidarios de la monarquía, que consideraban necesario sostener a toda costa los derechos de Fernando VII, particularmente los Calisto y los Arteta, dueños de poder económico y social, mal avenidos con los españoles peninsulares, con cuyas ideas políticas y oportunismo diferían.

Las autoridades españolas, obviamente enemigas de cualquier intento autonomista, no atinaban a presentar una línea política uniforme, desconcertadas por los hechos de España y la variedad de instrucciones que de ella provenían. Sostenían ciertamente la legitimidad de Fernando VII, sin descartar que volviese Carlos IV y aun que pudiesen llegar a respaldar a Napoleón, no faltando quien, inclusive, pensase en una solución distinta, como el apoyo a las aspiraciones de Carlota Joaquina que reclamaba desde el Brasil su presunto derecho sucesorio. Las presidía el enfermizo y ya valetudinario conde Ruiz de Castilla, recién llegado a Quito y sin entronques de ninguna clase en la ciudad, lo que por otra parte tampoco le importaba, engreído por sus antiguos servicios en la administración colonial, despreocupado del difícil estado del territorio sometido a su jurisdicción: solamente pensaba en pasar sin problemas los años de su mandato, apoyado de inmediato por el grupo de chapetones, aunque desconfiando de los oidores y otros funcionarios de la Audiencia. Servil instrumento de sus más mínimos deseos, pero en realidad apoderado de su ya débil voluntad, era su valido, el doctor Tomás Arechaga, ambicioso mulato cuzqueño, hábil en leguleyadas, inescrupuloso y poseído por un desaforado afán de pronto enriquecimiento, a quien designó fiscal de la Audiencia no obstante carecer de los requisitos legales. Secretario del conde era un joven inglés, William Bennet Stevenson, al que había conocido en Lima, avisado y discreto, que bien pronto se dio cuenta exacta de la situación, no tardó en simpatizar con los criollos desplazados por Nieto y, testigo de los acontecimientos, narraría estos años después al retornar a Inglaterra[4].

[4] J. G. Navarro, *La revolución de Quito del 10 de agosto de 1809*, Quito, 1962; J. Salvador Lara, *La revolución de Quito, 1809-1822*, Quito, 1982.

QUITO, LUZ DE AMÉRICA: LA PRIMERA REVOLUCIÓN CLARAMENTE AUTONOMISTA DE LA AMÉRICA HISPANA

Quito, hacia 1809, es descrita precisamente por Stevenson. Calcula en 75.000 habitantes su población, cifra sin duda exagerada si se refiere sólo a la ciudad, aunque posible si atañe al ámbito de las cinco leguas. Destaca su importancia como centro universitario y considera que los estudios impartidos en la Universidad de Santo Tomás son más exigentes que en la de San Marcos de Lima. Pondera también los colegios San Luis y San Fernando. Buen número de casas son de dos pisos pero todavía predominan las de uno. Le llama la atención el hecho de tener Quito seis marqueses, tres condes y un vizconde, la familia del conde de Puñonrostro, a la sazón en España, y los descendientes de san Francisco de Borja. Considera que la población

> puede dividirse en tres partes iguales: blancos, mestizos e indios. Hay muy pocos negros o descendientes de ellos... Los blancos de medianos recursos son agricultores, comerciantes o se dedican a la vida eclesiástica, la jurisprudencia o el empleo público... El único rasgo en contra del carácter del quiteño es una especie de volubilidad o inconstancia; siempre están listos a cambiar... Buena parte (de los mestizos) trabajan de mayordomos de granjas y haciendas propias de gentes nobles; otros se dedican a la pintura y escultura..., emprenden también en artes manuales y se distinguen como lapidarios, joyeros y plateros... Los indios... que viven en la ciudad trabajan de sirvientes domésticos..., muchos se hacen carniceros, tejedores, zapateros, albañiles...; algunos son barberos... Las corridas de toros constituyen la diversión más popular de Quito..., es común la mascarada en carnaval e inocentes... Quito es también célebre por las procesiones religiosas... El mercado está bien provisto... El comercio puede dividirse muy bien en dos categorías: la manufactura nacional y la extranjera... La industria nacional comprende tejidos de lana y algodón, bayetas, franelas, ponchos, medias, encajes, tintes, hilo, cintas, agujas y más artículos de menor importancia. La producción extranjera está compuesta de toda clase de manufacturas europeas y también de hierro, acero y algunas materias primas. Los productos europeos de mayor demanda son los tejidos ingleses...[5].

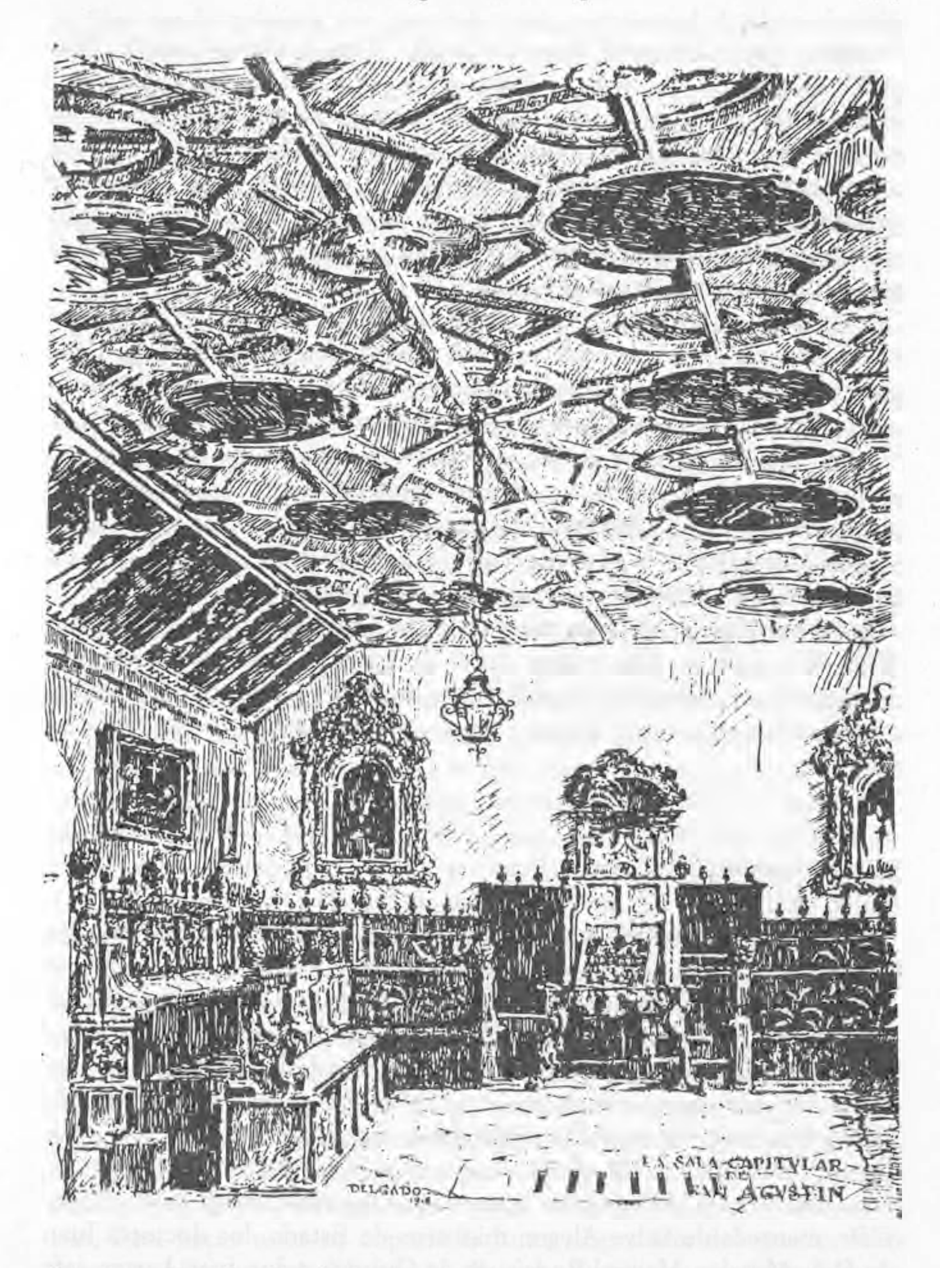
La noticia de los sucesos de España causó honda inquietud. José Mejía Lequerica, casado con la hermana de Espejo, había combatido en

[5] H. Toscano, *El Ecuador visto por los extranjeros*, Quito, 1960, pp. 221-137.

Madrid el 2 de mayo de 1808 y escribía relatando los hechos. Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre amigo y confidente de Espejo, había luchado también en Bailén y, como ellos, otros varios nativos del reino de Quito. Las noticias eran, pues, de primera mano y todas coincidían en señalar la resistencia del pueblo español contra Napoleón Bonaparte, que tenía prisioneros en Bayona a Carlos IV y su hijo Fernando VII de este nombre, en quien había abdicado su padre la Corona de España, y luego la había recobrado para cederla finalmente a Bonaparte; la designación que el emperador francés había hecho como rey de la Península en favor de su hermano José, despectivamente denominado «Pepe Botella» por los españoles; el envío de tropas napoleónicas a América y aun la complicidad, con el usurpador, de algunas autoridades hispanas, y el criterio de algunos ayuntamientos peninsulares de que, faltando el rey, correspondía a los pueblos tomar determinaciones para mantener la libertad, todo ello era acicate poderoso que estimulaba las aspiraciones autonomistas de los criollos.

El presidente Ruiz de Castilla había permitido que el doctor Morales, perseguido por Nieto y escondido por entonces en la hacienda Naranjito de V. Rocafuerte, volviese primero a Latacunga y después a Píntag, donde era cura párroco el doctor J. Riofrío, a poca distancia de la hacienda de Chillo-Compañía, propiedad del marqués de Selva Alegre, J. P. Montúfar. Las visitas de los dos al marqués se hicieron frecuentes. En ocasiones salían los tres a visitar Sangolquí. A veces se les unían, desde Quito, los Larrea y también el obispo Cuero y Caicedo. Y así empezaron a madurar los viejos proyectos sugeridos desde años atrás por el fallecido doctor Espejo, con quien todos habían estado relacionados. Los acontecimientos de España, invadida por Napoleón, el caos que parecía reinar en la Península, de donde venían instrucciones contradictorias, según trascendía, pues las indolentes autoridades y el reducido grupo de españoles las mantenían en secreto, originaban permanentes discusiones y la sugerencia de alternativas posibles. Era preocupación generalizada las simpatías que el círculo íntimo del presidente parecía demostrar por Napoleón.

El 25 de diciembre de 1808, por la mañana, fueron llegando a Chillo-Compañía los fieles amigos del doctor Espejo. El pretexto era celebrar la Navidad. Cuidadosamente se elaboró un proyecto hipotético de gobierno, sobre unas bases que planteara Salinas. Las autoridades españolas debían ser depuestas. Y se escribiría a Cuenca, Guayaquil, Pasto,



Sala Capitular de San Agustín, donde se juramentó la Junta Soberana de Quito en 1809.
Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

Popayán, Cali, Cartagena, Bogotá, Caracas, Lima y Chuquisaca, pidiéndoles secundar la acción. Se procedería con todo sigilo. Cuando se diese el golpe, se nombrarían autoridades criollas que gobernarían en nombre de Fernando VII, entonces prisionero de Napoleón. Se pediría al rey que viniese a gobernar en América, y si eso no fuera posible, se proclamaría un gobierno propio. Hasta ahí hubo, al parecer, acuerdo general; en lo que no se logró conciliar pareceres fue en si Quito debía constituirse en monarquía o república.

Ninguno de los conjurados, al despedirse, sabía lo que les reservaba el destino. En marzo de 1808 cayeron presos, víctimas de una delación. Salinas había consultado el asunto con un fraile y éste lo refirió a otro que ni corto ni perezoso lo denunció a las autoridades españolas.

Se instauró un proceso penal, acusándoseles de reos de Estado, se tomaron declaraciones a los presos, hicieron éstos sus alegatos poniendo de relieve su fidelidad fernandina, el fiscal Arechaga aceptó ser cohechado y diluyó la acusación que le correspondía formular, y al fin fue audazmente robado el proceso; dada la importancia social de los comprometidos, se hicieron valer en su favor toda suerte de presiones, Ruiz de Castilla creyó prudente echar tierra sobre el asunto y todos terminaron por recobrar la libertad. Lejos de escarmentar con lo sucedido siguieron alentando sus afanes y trataron más bien de acelerar el proyecto.

El 10 de agosto de 1809

La conspiración prosiguió hasta que, reunidos los patriotas en casa de Manuela Cañizares, en la madrugada del 10 de agosto de 1809 se dio el golpe con tanta precisión que no hubo que lamentar derramamiento de sangre. El viejo conde Ruiz de Castilla, presidente de la Audiencia, fue depuesto; las autoridades españolas, reducidas a prisión; ganados los cuarteles y, bajo la declaración de que el pueblo soberano de Quito reasumía sus derechos originarios, fue constituido un nuevo gobierno, enteramente de criollos, bajo el nombre de «Junta Soberana, con tratamiento de Majestad». Fue designado presidente Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre; ministros de Estado, los doctores Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez de Quiroga y don Juan Larrea; jefe de la «Falange de Quito», el coronel Juan Salinas. La noticia causó sen-

sación: era la primera vez que soberanía y majestad dejaban de atribuirse al rey en Hispanoamérica.

Se comunicó el hecho a las provincias, los virreyes de Santa Fe y Lima, algunos cabildos de América y a varios corresponsales. «Pueblos de América: favoreced nuestros designios, seamos uno...», decían las proclamas de la Junta, iniciando así una corriente de unidad americanista en la acción: el golpe de Quito tenía alcances mayores que los de un simple pronunciamiento local. El doctor Quiroga, en un discurso, llegó a ponderar las ventajas de «un gobierno nacional», y el propio Montúfar, en carta al municipio de Pasto, hablaba del «evento de una total independencia».

El nuevo gobierno era por cierto íntegramente americano: ni un solo español aparecía en él en cargo alguno. En realidad, la Junta Suprema constituida en Quito era un gran cuerpo colegiado que venía a sustituir al rey. Eso explica el tratamiento de «Majestad» y la adjudicación, como atributo fundamental, de la «Soberanía». Si aún tres años después, cuando ocurrió igual cosa en las Cortes de Cádiz, ello escandalizó en la Península, piénsese cuánto mayor debió ser el escándalo en Quito. La Junta recibió indistintamente, según los documentos de la época, los nombres equivalentes de «Junta Soberana», «Junta Gubernativa» o «Suprema Junta Gubernativa del Reino de Quito».

Por ostentar en sí la soberanía, la Junta si bien una en el *imperium* estaba dividida de hecho en tres ramas, que venían a constituir algo así como los tres poderes de un Estado republicano: el Ejecutivo, cuyo órgano era el propio presidente de la Junta, asistido de tres ministros secretarios de Estado: uno para Negocios Extranjeros y Guerra, otro para Gracia y Justicia y el tercero para Hacienda; el Representativo, constituido por nueve representantes elegidos por los Diputados del Pueblo; y el Judicial, con un Senado formado por dos salas, una para lo civil y otra para lo criminal; había además en cada una un Decano elegido entre sus miembros. El Senado de Justicia recibiría el tratamiento de «Alteza», y su organización debía completarse con fiscal, alguacil mayor de Corte y protector general de indios, con honores de senador. Este gran cuerpo colegiado encarnaba en sus deliberaciones la majestad soberana del pueblo; su presidente tenía el trato de «Serenísimo Señor»; el secretario particular de la Junta, una especie de coordinador, el de «Señoría». Para hacer valer su imperio la Junta dispondría del auxilio de la fuerza pública, constituida por la «Falange de Quito», también llamada

«Falange de Fernando VII», con tres batallones, 25 compañías en total, cada una con 80 plazas al mando de un coronel con tratamiento de «Señoría».

Todas estas designaciones, los nuevos nombres dados a las funciones, la creación de ejército propio y en especial la del Ministerio de Negocios Extranjeros demostraban el afán de soberanía política del primer movimiento revolucionario de Hispanoamérica. «La revolución de Quito —dice el historiador chileno Encina— se caracterizó no sólo por el repudio de la demagogia y por la ausencia de móviles locales bastardos, sino también por la firmeza y claridad de la ideología que la informó.»

El nombre de Fernando VII disimulaba los verdaderos propósitos de la Junta pero no engañó a nadie. Dentro de la propia presidencia de Quito, las ciudades de Pasto, Guayaquil y Cuenca se aprestaron a rechazar por las armas a los revolucionarios; los virreyes de Bogotá y Lima enviaron también sendos ejércitos; Panamá preparó refuerzos. Quito quedó completamente aislado y la Junta Soberana, ante la invasión de las fuerzas realistas, apenas pudo oponer tropas bisoñas, que prontamente fueron derrotadas en Guáytara y Zapuyes. No quedó más remedio que pactar con el antiguo presidente de la Audiencia, quien ofreció no tomar ninguna represalia. Ante la promesa, toda resistencia terminó: las tropas realistas provenientes del norte y del sur entraron en Quito.

La masacre del 2 de agosto de 1810

El conde Ruiz de Castilla, restituido en su cargo, incumplió su promesa: los protagonistas de los acontecimientos del 10 de agosto fueron detenidos, procesados y acusados. Algunos lograron huir. Las medidas de represión se extremaron. El provisor del obispado, M. J. Caicedo, patriota y héroe que terminó desterrado por 10 años a las islas Filipinas, refiere el propio año de 1810 las irregularidades en el levantamiento del proceso. ¡Fue un juicio lleno de vicios jurídicos y arbitrariedades que en cualquier tribunal serio habría sido reputado nulo, hecho no sólo para condenar a los próceres sino para aniquilar su honra, prestigio, dignidad e influencia!

Terminada la indagatoria, el doctor Tomás de Arechaga —fiscal an-

tes cohechado y ahora implacable— emitió su acusación pidiendo la pena de muerte para 40 de los principales dirigentes, así como para 32 de los 160 soldados de la guarnición que se plegaron a la Junta la noche del 10 de agosto, los que debían ser sorteados, uno de cada cinco; y penas de presidio para cerca de 50 comprometidos más, aparte de confiscaciones y otras sanciones de toda índole. La angustia y zozobra producidas en la ciudad por el quebrantamiento de la palabra empeñada por el presidente Urriez se acrecentó sin límites al conocerse la acusación fiscal. Parientes y amigos de los procesados, inclusive algunos que antes se habían manifestado indecisos, empezaron de nuevo a conspirar.

Entonces se recibió en Quito la noticia del arribo del coronel Carlos Montúfar, hijo de don Juan Pío, designado Comisionado Regio por la Junta Central. Frente a la alegría que la nueva causó en los procesados, una sorda preocupación apareció en las autoridades realistas, que al mismo tiempo que se veían obligadas a enviar el proceso a Bogotá para que decidiera el virrey de Nueva Granada, disponían de rigurosas medidas contra los prisioneros y planeaban inclusive su eliminación. Tal estado de cosas culminó en sangre el trágico 2 de agosto de 1810. Aquel día un reducido grupo de patriotas —al levemente incitados por agentes al servicio de las autoridades coloniales— asaltó el Cuartel Real con ánimo de libertar a los presos, pero, ante la alarma, soldados realistas masacraron bárbaramente a los detenidos: 32 dirigentes patriotas fueron asesinados, entre ellos los principales jefes de la revolución de Quito: Salinas, Morales, Quiroga, Larrea, Ascázubi, Riofrío, Villalobos, etcétera.

Tumultos callejeros se produjeron aquel día como por generación espontánea: el pueblo quiteño enfrentó las enfurecidas tropas gubernamentales, exaltadas por la muerte de uno de sus capitanes. Cerca de 300 víctimas, entre los dos bandos, fueron el resultado del antagonismo entre realistas y patriotas, y los motines terminaron solamente por la intervención del obispo Cuero y Caicedo. El hecho conmovió a la América y ejerció poderosa influencia en los acontecimientos posteriores de todo el continente.

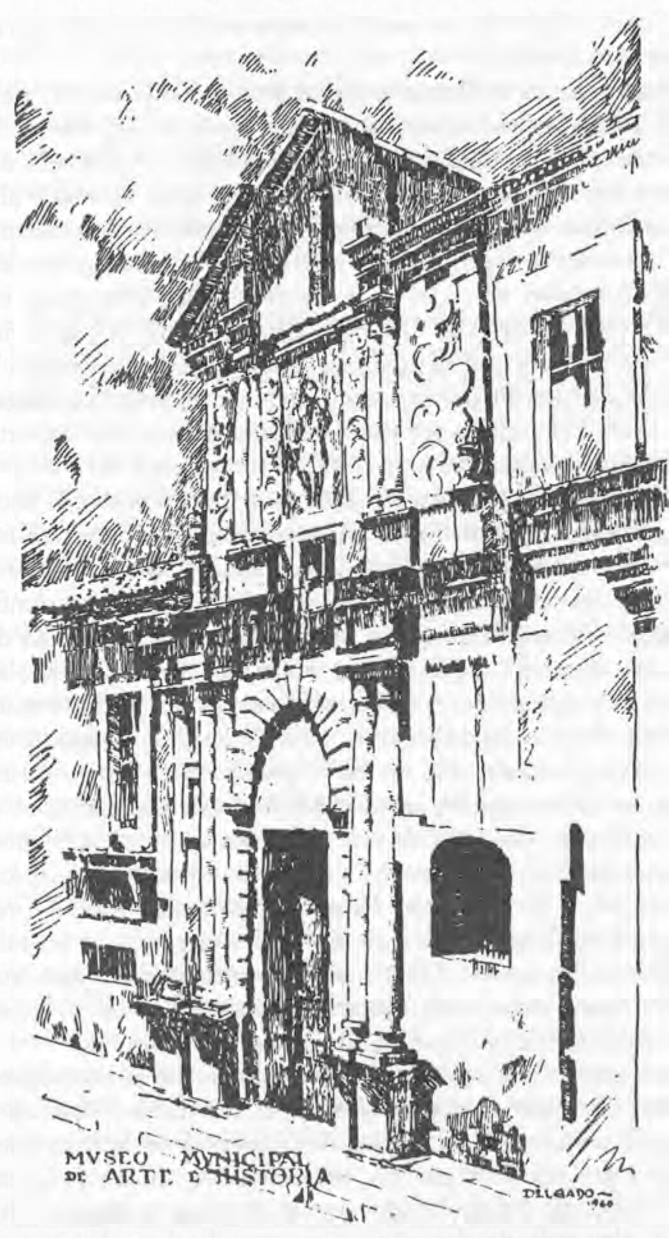
La segunda Junta Suprema Gubernativa de Quito

Carlos Montúfar no alcanzó a llegar a Quito a tiempo para impedir el sangriento suceso. Pero una vez en esta ciudad, restauró una nueva

Junta de Gobierno, bajo la presidencia de Ruiz de Castilla y la vicepresidencia de su padre, el marqués de Selva Alegre. Pronto renunciaron tanto el conde como el marqués. Y la jefatura de la Junta fue desempeñada por monseñor Cuero y Caicedo, que empezó a firmar los documentos revolucionarios con los cognomentos de «José, obispo por la gracia de Dios, y por la voluntad de los pueblos presidente del Estado de Quito».

El problema inmediato fue organizar la resistencia, tarea encomendada al coronel Montúfar, que logró obtener algunas victorias por el sur, aproximándose a Cuenca. La reacción españolista no se hizo esperar. Nuevamente se negaron a apoyar la causa Guayaquil y Cuenca, por el sur, y Pasto por el norte. Joaquín Molina fue designado presidente de la Audiencia y se estableció en Cuenca, pero no logró consolidar su mando. El virrey Abascal envió entonces, desde Lima, al general Toribio Montes con un fuerte ejército regular. Quito se aprestó para la defensa, acaudillada por el propio obispo-presidente. Poco antes se había reunido el Primer Congreso Constituyente, que el 11 de diciembre de 1811 proclamó solemnemente la independencia de España y el 15 de febrero aprobó una Constitución Política del Estado de Quito.

Sin embargo, a pesar de las victorias alcanzadas al sur y de la toma de Pasto, por el norte, la acometida de las tropas realistas, formadas por soldados veteranos, fue tremenda. Para colmo de males, hubo divisiones intestinas entre los patriotas, por rivalidades entre influyentes familias del reino (los Sánchez de Orellana contra los Montúfar) y, quizá, por divergencias doctrinarias entre embrionarios grupos políticos. En la angustia provocada por los acontecimientos, y ante la embestida realista y los atropellos que se cometían en la represión, los patriotas perdieron la serenidad y extremaron las medidas, hubo venganzas, excesos y abusos. Ruiz de Castilla fue acuchillado y arrastrado por las turbas, a consecuencia de lo cual murió. El oidor Fuertes y Amar fue ahorcado sin fórmula de juicio. Pedro Calisto y su hijo Nicolás, criollos monárquicos, jefes de la reacción españolista en 1809, fueron sumariamente condenados a muerte, sin derecho a defensa, y arrostraron con espartano valor el paredón de fusilamiento. Tras varios combates, por ejemplo, en Mocha, pero sobre todo el asalto al Panecillo, que había sido convertido en una fortaleza defensiva, el jefe español general Montes conquistó Quito a sangre y fuego el 8 de noviembre de 1812. La población evacuó la ciudad: hombres, mujeres, niños y ancianos, y a la cabeza de todos el



El antiguo Cuartel Real, hoy Museo Municipal de Arte e Historia.
Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

obispo Cuero y Caicedo, en impresionante éxodo, se dirigieron en masa hacia el norte.

En San Antonio de Ibarra se dio el último combate el 27 del mismo mes, y el 10 de diciembre cayó Ibarra. La represión fue brutal. El coronel Francisco García Calderón, uno de los jefes, fue fusilado en unión de numerosos oficiales. Carlos Montúfar logró huir; apresado al fin, fue enviado a Panamá, cargado de grillos y sepultado en una mazmorra, de donde audazmente logró escapar y llegar subrepticiamente a Nueva Granada. Combatió allí a las órdenes de Bolívar, con quien entró en Bogotá. Enviado al sur, con dirección a Pasto, participó en el victorioso combate de El Palo, con el grado de general, pero fue derrotado en la cuchilla de Tambo. Prisionero nuevamente, fue llevado a Buga y fusilado en 1816. Este jefe es sin duda la figura militar más importante de la independencia ecuatoriana.

En cuanto al obispo, Montes declaró la diócesis en sede vacante, se le confiscaron sus escasos bienes y la biblioteca y fue luego desterrado a Lima, donde murió viejo y pobre pocos años después. El marqués de Selva Alegre, que había renunciado al título, fue primero confinado a Loja, cargado de grillos, y enviado al fin a Cádiz, bajo partida de registro, condenado a exilio perpetuo y no tardó en morir. Nicolás de la Peña, patriota extremista, y su mujer Rosa Zárate fueron ejecutados y decapitados. No quedó dirigente sin recibir terrible castigo. Montes los juzgó a todos y cuando sólo así creyó pacificada la antigua Audiencia, indultó a los pocos que no habían sido todavía castigados, es decir, a casi nadie. Numerosos jefes de la revolución fueron desterrados a Manila, Ceuta, La Habana, Puerto Rico y otras fortalezas y prisiones del imperio español. El cura Juan Pablo Espejo, hermano del Precursor, fue confinado al Cuzco. A Montes le sucedió luego, como presidente, el general Ramírez, y a éste el mariscal Aymerich. Bajo los tres, que mantuvieron idéntica mano dura, transcurrieron los últimos 10 años de gobierno español (1812-1822).

De este modo terminó, en medio de la más espantosa represión, la Revolución de Quito, la más gloriosa entre las gestas históricas de que se ufana el Ecuador, una de las mayores expresiones de su autenticidad, en la que logró ser protagonista con innegable influencia continental. La Junta Soberana había durado apenas 80 días; la segunda Junta de Gobierno, algo más de dos años, pero esos hechos abrieron cauce a toda la epopeya de la independencia en la América española.

La revolución de Guayaquil del 9 de octubre de 1820

Cuando en 1809, Quito adelantó su pronunciamiento auroral, que cayó en el vacío, el inglés Stevenson, secretario de Ruiz de Castilla, tuvo una visión más profunda que la de las autoridades realistas de Lima, Bogotá y el resto de América, que no secundaron de inmediato la acción precursora de la ciudad andina: «... la antorcha fue encendida —dijo— y aunque la llama había sido temporalmente sofocada, no fue extinguida...»; y añadió:

> ... la burbuja reventó probablemente donde y cuando menos se esperaba, y aunque los efectos de la explosión fueron prontamente reprimidos, rasgó el velo y sentó los fundamentos de la libertad de que todas las hasta entonces esclavizadas naciones del Nuevo Mundo gozan ahora...[6].

En efecto, los movimientos «juntistas» se desgranaron a continuación, en 1810, como las cuentas de un rosario: 19 de abril, la Junta de Caracas; 25 de mayo, la de Buenos Aires; 20 de julio, la de Bogotá; 16 de setiembre, el Grito de Dolores, y 18 de setiembre, la Junta de Santiago.

Cuando el 9 de octubre de 1820, 10 años más tarde, se produjo el alzamiento libertario de Guayaquil, ya la situación había cambiado y la creciente urbe portuaria, cabeza de astillero en los siglos coloniales y necesario punto de llegada y salida de barcos en el tráfico comercial desde Acapulco y Panamá hasta el Callao, Valparaíso y aún más al sur, para el cruce por el estrecho de Magallanes, prácticamente no tenía con quien comerciar: en realidad, sólo quedaban bajo el control de España Panamá y el Callao. Bolívar llevaba a cabo una campaña de triunfos en el norte, y San Martín, al sur, acababa de tomar Lima.

La transformación guayaquileña tuvo inmediata repercusión en Cuenca, que se pronunció por la libertad el 3 de noviembre. Babahoyo, Machala, Santa Elena, Montecristi, Jipijapa, Chone y la isla Puná fueron también proclamando su adhesión. El gobierno presidido por J. J. Olmedo, antiguo diputado a las Cortes de Cádiz y secretario en ellas, alumno que había sido en la universidad quiteña, tuvo desde el primer instante como objetivo básico la liberación del Quito, a cuyo efecto se

[6] W. B. Stevenson, *Narración histórico-descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica,* 1829.

constituyó de inmediato un cuerpo de tropas denominado «Falange protectora de Quito» y se inició la campaña para liberar la capital de la antigua Presidencia, todavía férreamente sujeta al poder colonial bajo el mando de Aymerich. Tras el primer combate victorioso de Camino Real, en la ruta de ascenso a la alta sierra andina, rumbo a Quito, tres derrotas nefastas en Huachi, Verdeloma y Tanizagua parecieron dar al traste con los empeños de la Junta revolucionaria de Guayaquil. Pero ésta había enviado al día siguiente de su pronunciamiento sendos mensajeros a San Martín y Bolívar para pedirles apoyo.

El temperamento y los métodos de los dos grandes líderes de la independencia americana se pusieron de manifiesto en la respuesta: San Martín envió dos delegados para observar el estado de las cosas, sugerir que Guayaquil proclamase su incorporación al Perú, que le había designado como su protector, y si fuese posible, incorporarla de una vez. En cambio Bolívar, presidente de Colombia, el 16 de enero de 1821 envió al general José Mires, español adicto a la causa independentista, con un auxilio de 1.000 fusiles, 50.000 cartuchos, 8.000 piedras de chispa, 500 sables y 100 pares de pistolas, además de concretas instrucciones escritas que le señalaban como objetivo fundamental «la libertad de la capital de Quito, tomada la cual todo el resto del Departamento será libre», como paso previo para iniciar operaciones a fin de asegurar también la posterior y completa independencia del Perú. Bolívar planeaba, por su parte, iniciar inmediatas operaciones desde el norte para lograr la liberación de Quito.

Para completar el proyecto que había concebido, envió a continuación al joven general de apenas 26 años Antonio José de Sucre, que había sido su ministro hasta poco antes y acababa de suscribir con el general español José Morillo el «Tratado de Regularización de la Guerra». A mediados de mayo de 1821 ya estaba Sucre en Guayaquil con 700 hombres, armas y pertrechos, dotación que debía aumentarse a 1.500 soldados. Su tarea era doble: conseguir del gobierno de Guayaqil que le concediera la jefatura militar para dirigir la campaña sobre Quito y obtener la incorporación del puerto a la Gran Colombia. Las instrucciones de Bolívar al respecto eran claras, precisas y minuciosas: perseguían la total y completa integración a Colombia de todo el territorio de la antigua Presidencia de Quito. Argumentaba con las conveniencias que de ello se seguirían para sus habitantes y las ventajas que Colombia ofrecía (en especial la vinculación al Atlántico para el comercio y las relaciones

con Europa), frente a las desventajas que cualquier otra solución presentaba.

La simpatía que despertó Sucre por su juventud, caballerosidad y gallardía moral le permitió obtener con facilidad el nombramiento de comandante superior del ejército y poner las bases para una futura incorporación de Guayaquil al gran Estado bolivariano, pues consiguió que la Junta de Gobierno declarase la provincia «bajo los auspicios y protección de la República de Colombia» y autorizase la apertura de operaciones bélicas sobre Quito.

Sucre, ya como jefe de las fuerzas militares, inició al punto sus operaciones y, tras varios incidentes, el 19 de agosto obtuvo un triunfo en Cone, muy cerca de Yaguachi, organizó guerrillas para amagar Quito por varios puntos e inició el ascenso hacia la sierra, tramontando la cordillera Occidental de los Andes. El 2 de setiembre llegó a Guaranda y se aproximó a Ambato, pero en las goteras de la ciudad, en el feroz encuentro de Huachi fue derrotado por Aymerich.

Sin desalentarse, y con el apoyo del gobierno de Guayaquil presidido por Olmedo, organizó nuevas tropas y cambió su plan de ataque, resolviendo tomar primero Cuenca y, desde el sur, por el callejón interandino, avanzar sobre Quito. Insistió ante San Martín en el envío del antiguo batallón «Numancia», de origen venezolano, que destinado al Perú había abandonado las filas del rey, pero el protector prefirió enviarle, bajo el mando del coronel Santacruz, la llamada «División del Sur», heterogéna fuerza con gente proveniente de diversos lugares del continente. En Saraguro se unieron los dos ejércitos y bajo el mando del general Sucre comenzaron su avance hacia el norte. Tolrá, el jefe español, prefirió replegarse, eludiendo el combate. A las puertas de Riobamba, en Tapi, el 21 de abril de 1822 se libró un feroz encuentro de caballería entre realistas y patriotas, que culminó con el triunfo de estos últimos. Destacáronse en la lucha los «granaderos de San Martín», argentinos y chilenos al mando del bravo comandante Juan Lavalle, y los dragones colombianos de los coroneles Tomás Heres y Diego Ibarra. El camino hacia Quito, donde Aymerich concentró sus tropas, quedó expedito. Tolrá se replegó hasta la quebrada de Jalupana, paso inexpugnable poderosamente fortificado. Pero Sucre, contra toda previsión, luego de comprobar en una escaramuza la imposibilidad de batir aquellas defensas, marchó con su ejército desde Latacunga en dirección al Cotopaxi, para atravesar el nudo de Tiopullo por su extremo oriental y en-

trar en la hoya de Quito por el sureste. Así lo hizo, efectivamente, eludiendo de ese modo Jalupana, situada en la entrada suroeste. Al saber que Sucre se hallaba ya en el valle de los Chillos, Tolrá se replegó y Aymerich resolvió impedir que Sucre tomara Quito, para lo cual fortificó el Panecillo, convertido en poderoso bastión fuertemente artillado, desde donde podía batir cualesquiera de las dos gargantas de acceso a la ciudad, en la fragorosa topografía de Quito.

La batalla del Pichincha (24 de mayo de 1822)

El mariscal Aymerich, presidente de la Real Audiencia de Quito, preparando la defensa en prevención del asalto patriota, guarnece la cima de Puengasí, colina que separa Quito del valle de los Chillos, donde está acampando Sucre. Sitúa en el Panecillo, el aislado montículo que sirve de límite meridional a la ciudad, las 14 piezas de artillería de que dispone, con sus bocas de fuego apuntando al oriente. Otra vez queda establecida una barrera difícil de vencer. Sucre resuelve entonces conducir su ejército a Turubamba, llanura situada más al sur del Panecillo, a cuyo efecto se moviliza por Chillo-Jijón, vadea el río San Pedro, sube a la hacienda El Conde, donde pernocta, y baja a la planicie en la mañana del 21, operación que termina a las 11 de la mañana. Comienza enseguida un movimiento de aproximación hacia Quito, en orden de batalla, provocando a las avanzadillas españolas que, enteradas del movimiento patriota, han bajado también al Ejido sur y se han parapetado en los paredones que bordean las estancias de La Magdalena, en torno a los dos caminos que conducen a la ciudad. Una compañía del batallón «Paya», al mando del capitán F. Pérez, a la que decide acompañar el propio general Córdova, avanza hasta ponerse a tiro de fusil del enemigo. Los españoles se limitan a disparar una batería de cinco cañones, uno de cuyos proyectiles mata a Pérez. Córdova, impávido, se salva por milagro. Al atardecer, las tropas patriotas se repliegan y pernoctan en la llanura.

El 22 de mayo, por la mañana, Sucre ocupa Chillogallo, donde concentra sus tropas; a la tarde provoca de nuevo a los españoles, sin resultados; pero por la noche prefiere salir y acampar en las lomas de los alrededores, pues se teme un asalto nocturno de las fuerzas realistas, en incursión desde Quito por las faldas del Pichincha.

Quizá este rumor, que no llega a realizarse, prende en la imaginación del joven estratego patriota y le anima a intentar a su vez el difícil movimiento no efectuado por los realistas, pero en sentido contrario. El 23 ocupa otra vez Chillogallo. Aymerich, mientras tanto, se limita a fortalecer aún más el Panecillo de modo que su artillería cubra las dos entradas de la ciudad, la cañada del Machángara al oriente, entre Alpahuasi y Yavirac, y el paso occidental de San Diego, entre el Panecillo y el Pichincha.

«El 22 y 23 provocamos nuevamente a combate —dirá Sucre en su parte de batalla— y desesperados de conseguirlo, resolvimos marchar por la noche a colocarnos en el Ejido de la ciudad, que es mejor terreno y que nos ponía entre Quito y Pasto.» Osada tentativa, concebible tan sólo por el audaz espíritu del joven general y por su genio de estratega, aunque, quizá, también fruto del desconocimiento de la abrupta orografía del colosal e irregular Pichincha, verdadero sistema de montañas, tan distinto del cono regular del Cotopaxi que Sucre había bordeado ya con relativa facilidad.

Durante toda la noche, bien provistas de guías mestizos e indígenas, campesinos de la región de Chillogallo, las tropas del general Sucre, que sumaban 1.971 hombres, escalaron el volcán Pichincha. Hacia las ocho de la mañana Sucre ordenó un breve descanso, que aprovechó para que sus huestes almorzaran anticipadamente. A las nueve y media, el «Paya» encontróse con el ejército español y comenzó el tiroteo. ¿Qué había ocurrido? Que a pesar de que los batallones patriotas creyeron haber eludido la observación realista, los atalayas apostados en el Panecillo descubrieron, al amanecer, movimientos sospechosos en la montaña. Y poco después Aymerich, por informaciones llegadas de Chillogallo, supo que las tropas republicanas habían evacuado el lugar, rumbo a la cima de la montaña, ordenando entonces que todos sus batallones, 1.894 hombres en total, escalaran con urgencia las faldas del Pichincha hasta localizar al enemigo. La batalla se generalizó.

Quito entero, desde calles y plazas, azoteas y terrazas, torres de iglesias y techos de edificios, seguía expectante las incidencias de la lucha: mientras en la cima todo era rugir de cañones, silbar de balas, relampaguear de armas blancas, ayes y exclamaciones, voces de mando y quejidos, relinchos y batir de cascos, abajo no se oía sino un latir agónico de corazones: desde 1809 Quito, «la primogénita de la libertad», según lo reconociera Bolívar, esperaba aquel 24 de mayo de 1822. Pero las fuer-

zas patriotas no entraron ese día en la ciudad: Sucre, cauteloso, concentró sus tropas en la montaña y solamente el 25, ya firmada la capitulación, ocupó Quito por la tarde, descendiendo en formación y a banderas desplegadas.

Al dar el parte de la batalla, el afortunado vencedor resumió así sus logros:

> Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el Departamento y la toma de 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español, 400 cadáveres enemigos y 200 nuestros han regado el campo de batalla; además tenemos 190 heridos de los españoles y 140 de los nuestros. Entre los primeros, contamos al teniente Molina y al subteniente Mendoza; y entre los segundos, a los capitanes Cabal, Castro y Alzuro; a los tenientes Calderón y Ramírez, y a los subtenientes Borrero y Arango... Hago una particular memoria de la conducta del teniente Calderón, que habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá, pero el gobierno de la República sabrá recompensar a su familia los servicios de este oficial heroico.

Al conocer el triunfo patriota en Pichincha, una gran alegría sacudió el continente, quizá porque en ninguna otra campaña los ojos del norte y el sur, patriotas y realistas, americanos y españoles, se hallaban tan a la expectativa del desenlace. La batalla del Pichincha fue, en efecto, una especie de cita internacional en la que participaron gentes de diversas nacionalidades y de ella dependía, en gran parte, la suerte misma de la libertad americana. El triunfo de Sucre completó, de manera definitiva, la independencia de la antigua Real Audiencia y Presidencia de Quito, y su resultado fue la emancipación total de la Gran Colombia.

El 29 de mayo fue incorporada la capital de la antigua Audiencia al nuevo Estado de la Gran Colombia y, poco después, el 16 de junio, arribó el Libertador Simón Bolívar, que fue apoteósicamente recibido. El héroe caraqueño, presidente entonces de Colombia, desde mucho antes, en 1813, en su famoso *Manifiesto a las Naciones del Mundo* para justificar la «guerra a muerte», había proclamado la influencia que los hechos de Quito habían tenido en su pensamiento.

Días más tarde marchó Bolívar a Guayaquil, a la que *manu militari*

incorporó también a Colombia, y así pudo recibir, como dueño de casa, al general San Martín, protector del Perú, en la histórica entrevista del 26 de julio de 1822, con la que los dos jefes sellaron la libertad de América y en la que, según parece, se acordó que Bolívar terminase la campaña emancipadora del Perú y se adoptase el sistema democrático republicano para las naciones recién liberadas.

Durante su permanencia en Quito el Libertador trabó conocimiento con Manuela Sáenz, patriota quiteña a la que se había de vincular apasionadamente y gracias a la cual salvaría años más tarde la vida en el atentado septembrista. En uno de sus recorridos por el país, Bolívar escaló el Chimborazo, hasta alcanzar las nieves perpetuas, de lo que dejó inspirado recuerdo en su famoso poema en prosa «Mi delirio». En fin, en Guayaquil inició su amistad con el famoso poeta Olmedo, que después de la campaña del Perú le había de dedicar su célebre poema épico «Canto a Junín».

Libró también la batalla de Ibarra (17 de julio de 1823), en la que venció al general indígena Agustín Agualongo, caudillo de un intento monárquico españolista de reacción contra la República. Gracias a este triunfo —fue la única batalla que Bolívar libró personalmente en el territorio de la antigua Real Audiencia de Quito—, se restablecieron las necesarias comunicaciones con Bogotá, se exterminó con extremado rigor el último intento de insurrección pastusa, se consolidó definitivamente la independencia de la Gran Colombia, se rubricó la victoria de Pichincha y quedó Bolívar en plena capacidad para emprender la campaña del Perú y, con los triunfos de Junín y Ayacucho, completar la total independencia de la América del Sur.

Quito en la Gran Colombia

El triunfo patriota en Pichincha no significó, sin embargo, la autonomía nacional por la que tanto habían luchado los próceres quiteños. Bolívar y Sucre partieron al sur, a la campaña del Perú. En 1824, en Bogotá, el general Santander, vicepresidente de Colombia en ejercicio de la Presidencia por la ausencia del Libertador, intentó mediatizar el reino de Quito, convertido ya en uno de los tres departamentos del nuevo Estado creación de Bolívar, sustituyendo en la «Ley de División Territorial de Colombia» su antiguo glorioso nombre con el simple ape-

lativo de «El Sur», mientras para Venezuela y Nueva Granada mantenía sus nombres históricos; y denominó con el nuevo nombre de «Ecuador» a uno de sus tres distritos, precisamente el de Quito, de cuya jurisdicción quedaron segregadas Pasto y Popayán.

Por añadidura, todas las altas autoridades del «Sur» eran foráneas. La dominación española había sido sustituida por otra y los rebeldes quiteños comenzaron a escribir en los muros un dístico que expresaba su inconformidad: «Último día del depotismo / y primero de lo mismo.»

De otra parte, la guerra libertadora del Perú siguió exigiendo grandes sacrificios. Armas, hombres y dinero, vituallas y bastimentos, ganado y caballerías fueron requeridos en gran escala por Bolívar. Los recursos se sacaron sobre todo del Departamento del Sur, primero apelando al viejo y reconocido patriotismo de sus habitantes, después prácticamente por la fuerza. El país se empobreció más todavía. Ni siquiera hubo el consuelo del gobierno propio. Unos cuantos motines de protesta fueron drásticamente reprimidos.

Para colmo de males surgió, vinculado también con la política, el problema de límites entre Perú y Colombia, que culminó con la guerra, librada en territorio de la antigua Audiencia de Quito. Para entonces había retornado el mariscal Sucre, vencedor en Ayacucho, renunciando a la Presidencia vitalicia de Bolivia —que había ejercido por tres años hasta el atentado de Chuquisaca, donde escapó de que le asesinaran, aunque fue malherido en un brazo, inutilizado desde entonces—, y estableció su hogar en Quito con Mariana Carcelén, marquesa de Solanda; sentíase también ligado a la ciudad por el afecto y lealtad de sus habitantes y por el recuerdo de su glorioso triunfo del 24 de mayo de 1822. «Quiero que cuando muera se arrojen mis restos al cráter del Pichincha», expresaba en una carta.

El mariscal La Mar, presidente del Perú, aunque natural de Cuenca, la segunda ciudad de la antigua Presidencia de Quito, se apoderó por la fuerza de la urbe nativa pero fue vencido en Tarqui el 27 de febrero de 1829.

Pese a la victoria, el problema limítrofe no quedó solucionado. Poco después el Congreso Admirable, reunido en Bogotá, no logró consolidar la unidad grancolombiana. Sucre, que lo presidía, intentó todavía someter las ambiciones separatistas del general Páez, enseñoreado en Venezuela, quien ni siquiera le permitió atravesar la frontera. La si-

tuación en la Nueva Granada tampoco era ya favorable para Bolívar que en la noche septembrina escapó de morir asesinado. Desengañado por la ingratitud, el 8 de mayo de 1830 el Libertador abandonó Bogotá rumbo al destierro.

Aunque en el Departamento del Sur había también malestar por la sujeción a autoridades foráneas, los pueblos amaban a Bolívar. Quito se ufana, en justicia, de su afecto entrañable a Bolívar, quien, en varios de sus documentos, reconoció hidalgamente que Quito era «la primogénita de la libertad». La antigua ciudad no solamente le recibió con el fervor que haría inolvidable para el Libertador el nombre de Quito, sino que se convirtió en el baluarte de Bolívar cuando surgió contra él la oposición santanderista, brotaron los intentos parricidas y las facciones de políticos ambiciosos comenzaron a conspirar con el Padre de la Patria.

Hay que reconocer que la presencia en Quito de Sucre y Flores, los principales jefes del partido bolivariano, contribuyó a convertir a la ciudad en tal baluarte. Al marchar el mariscal de Ayacucho al Congreso Admirable, tanto el mariscal como el Libertador confiaban en que la acción de Flores mantendría libre de conspiradores todo el Departamento del Sur, y así fue. El plan del partido bolivariano era mantener el baluarte quiteño y traer a Bolívar a Quito, para iniciar desde aquí un movimiento reintegracionista. Los documentos que demuestran la fidelidad quiteña a Bolívar originaron, un siglo después, que Venezuela reconociese para el Ecuador «el procerato de la lealtad» al Libertador.

Es por eso timbre de orgullo para los ecuatorianos la famosa carta de los padres de familia de Quito llamando a Bolívar, remitida por medio del obispo, para que así tanto el poder político como el eclesiástico coincidieran en el entrañable pedido de que viniera a instalarse en Quito, mientras Venezuela le cerraba la puerta y el Libertador se veía obligado a alejarse de Colombia.

> ... Nos dirigimos a V.E. —le decían el 27 de marzo de 1830— solicitándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora a V.E. y admira sus virtudes. Venga a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y a suspirar con ellos los males de la Patria. Venga, V.E., en fin, a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicendia, y a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable.

La Iglesia en el Departamento del Sur de la Gran Colombia

El 9 de octubre de 1815 falleció en Lima, desterrado por el general Montes, monseñor Cuero y Caicedo que había sido, en 1812, presidente del Estado de Quito. Apenas lo supo el presidente de la Audiencia lo comunicó al Cabildo catedralicio, que ordenó tocar, ahora sí definitivamente, las 100 campanadas de sede vacante a comienzos de 1816. Ese mismo año, el Papa designó nuevo obispo a L. Sotomayor y Villavicencio, a propuesta de Fernando VII, prelado que solamente en 1819 pudo posesionarse de su diócesis. Realista convencido, cuando poco después Sucre triunfó en Pichincha solicitó y obtuvo salvoconducto para regresar a España por no estar de acuerdo con el régimen republicano. Se hizo entonces cargo del gobierno episcopal el maestrescuela Miranda, autor de uno de los proyectos de constitución para el Estado de Quito en 1812. Tras varias vicisitudes, el 7 de diciembre de 1829 llegó a Quito el nuevo obispo R. Lasso de la Vega, nativo de Panamá, antiguo prelado en Mérida y amigo personal del Libertador. Él fue precisamente el encargado de remitir a Bolívar la carta de los padres de familia instándole que viniera a radicarse en Quito. A Lasso de la Vega le correspondió estar al frente de la diócesis cuando se instauró en Quito el gobierno de la naciente República del Ecuador. Anciano ya, murió el 6 de abril de 1831.

Instauración de la República del Ecuador

No obstante el sentimiento general de afecto a Bolívar y los insistentes llamamientos que el general Flores, prefecto del Departamento del Sur, hacía al Libertador para que viniese a Quito, a comienzos de mayo de 1830 ya la situación se había vuelto insostenible, tanto porque habían renacido los antiguos sentimientos autonomistas, cuanto porque a Quito habían ido llegando sucesivamente las noticias de los pronunciamientos de Venezuela, la dimisión de Bolívar, la designación del neogranadino general Caicedo como encargado del poder, el fracaso de la misión pacificadora de Sucre, presidente del Congreso Admirable, a Venezuela, la nueva agresiva proclama del general Páez, el mensaje de Bolívar de 27 de abril, los pronunciamientos separatistas del Cauca, Casanare, Leyva y otras ciudades y regiones del distrito central, antigua

Nueva Granada, contra la unidad grancolombiana. Al fin, el 12 de mayo llegó la noticia de que el propio general Caicedo había dirigido un mensaje al Congreso constituyente solicitándole que se declarase fenecida la existencia de la República de Colombia. No se podía esperar más. A Quito no le hacía pizca de gracia quedar sujeta a Nueva Granada. Menos aún al general Flores que, aunque se sentía colombiano dada su lealtad a Bolívar, era venezolano de nacimiento y se había vinculado a Quito por su matrimonio con doña Mercedes Jijón. En el fondo, pese a su juventud, y puesto que comandaba el poderoso ejército que había vencido a La Mar, debía también hacerle cosquillas la ambición. Aunque advenedizo, era joven, rico, simpático, hábil político y excelente militar y estratega, disfrutaba de prestigio y popularidad, amaba a Bolívar y era sabido que el Libertador correspondía a su afecto y le consideraba de los suyos. ¿Qué mejor que instaurar en Quito un Estado independiente, con lo que interpretaría el sentir unánime de los quiteños, pero dentro de Colombia, que quizá aún podría subsistir?

El 12 de mayo de 1830, el doctor Ramón Miño, procurador general de Quito, pidió al general José María Sáenz, hermano de Manuela, que convocase a las corporaciones y notables de la ciudad. Sáenz requirió el parecer de la Municipalidad, cuyos miembros ratificaron el pedido. Consultado Flores, prefecto general del Sur, que se hallaba en Pomasqui, manifiesta que «no se opone a que los ciudadanos del Ecuador emitan libremente sus opiniones».

El 13 de mayo de 1830 se reunieron las corporaciones y padres de familia en el salón máximo de la Universidad Central de Santo Tomás de Aquino y resolvieron constituir el Sur en Estado libre e independiente, cuyo gobierno provisional encargaron al general Flores, con el mandato expreso de convocar de inmediato un congreso constituyente, todo ello bajo la invocación agradecida al nombre de Bolívar. Todos los pueblos del distrito del Sur y desde luego Guayaquil, cuyo prefecto era J. J. Olmedo, se manifestaron plenamente de acuerdo, y muchos que hoy son parte de Colombia, como Pasto, Popayán, Buenaventura, etc., se adhirieron también al Ecuador. El general Flores, consciente de la trascendencia de aquel acto, lanzó una proclama el 21 de ese mismo mes. El Libertador, al ser informado de ello poco antes de su muerte, no pudo sino decir, en su carta-testamento de 9 de noviembre de 1830, «hágase la voluntad del Sur».

El 4 de junio de 1830, al volver de Bogotá a Quito, el gran mariscal

de Ayacucho, a quien el Libertador había proclamado como el único capaz de sucederle para mantener la unidad de Colombia, fue alevosamente asesinado en las selvas de Berruecos por una partida de sicarios comandada por el coronel Apolinar Morillo, de orden del general José María Obando, quien a su vez cumplía consignas impartidas desde Bogotá[7].

El 14 de agosto se reunió en Riobamba la Asamblea Constituyente del nuevo Estado. La integraban 21 diputados, siete por cada uno de los departamentos del Sur: Ecuador, Guayaquil y Cuenca. El 11 de setiembre quedó elaborada la Constitución, sin mayores discusiones. Ese mismo día se eligió presidente constitucional de la naciente República al general Juan José Flores. El 23 fue promulgada la Constitución y el 28 clausuró la Asamblea sus sesiones no sin antes proclamar a Quito, para siempre, capital del Estado del Ecuador. Se acordaron, además, grandes honores a Bolívar, proclamándole «Padre de la Patria y Protector del Sur de Colombia». Se declaró fiesta cívica cada 24 de julio, día de su natalicio, y se ordenó la colocación de su retrato en las oficinas públicas.

El artículo 1.º del nuevo estatuto constitucional decía: «Los Departamentos del Azuay, Guayas y Quito quedan reunidos entre sí formando un solo cuerpo independiente con el nombre de Estado del Ecuador.» Y el 6.º añadía: «El territorio del Estado comprende los tres departamentos del Ecuador en los límites del antiguo reino de Quito»[8].

El Congreso Constituyente de la República del Ecuador, mediante Decreto de 24 de setiembre de 1830, consideraba:

> 1.º Que habiéndose separado el Sur de Colombia del resto de la República y constituídose en Estado independiente es de urgente necesidad fijar la capital en que residen los poderes constitucionales; 2.º Que la ciudad de Quito a más de haber sido capital del distrito de que hoy se compone el Estado y la primera que reclamó su gloriosa independencia de España, reúne también la salubridad por su clima benéfico, la abundancia de víveres y otras comodidades para la vida, al paso que los locales decentes para los ejercicios de los tres poderes

[7] J. B. Pérez y Soto, *El crimen de Berruecos. Asesinato de Antonio José de Sucre. Análisis histórico jurídico,* Roma, 1924.

[8] R. Borja y Borja, *Derecho constitucional ecuatoriano,* Quito, 1979, IV, pp. 131-132.

y decretaba que «la capital del Estado Ecuatoriano será siempre e irrevocablemente la ciudad de Quito»[9].

El testimonio de los viajeros y primeros historiadores

El período al que se refiere este capítulo pone de relieve la trascendencia que Quito tuvo en la Revolución Hispanoamericana del siglo XIX. Su estallido auroral marcó un profundo tajo en la historia de la América española, pues con él comenzó el proceso de liberación de todo el territorio americano sujeto a la dominación de los monarcas peninsulares. Las autoridades españolas que se vieron obligadas a enfrentar y combatir el alzamiento así lo comprendieron de inmediato. Así lo reconocieron Bolívar y Sucre. Así lo reputaron los primeros historiadores que escribieron sobre el asunto. En la historia ecuatoriana, el movimiento revolucionario de agosto de 1809, continuado por la masacre de 1810, el ensayo del «Estado de Quito» de 1811-1812, la resistencia armada a la reacción española, las varias conspiraciones sucesivas, los alzamientos guayaquileño y cuencano de octubre y noviembre de 1820, la campaña de Sucre de 1821-1822, el triunfo de Pichincha, la llegada de Bolívar a Quito y su definitiva entrevista con San Martín, el apoyo irrestricto en hombres, dinero y vituallas para las campañas de Junín y Ayacucho, la resistencia a la bota dominadora de los soldados extranjeros de la independencia, hasta la instauración del Estado del Ecuador con Quito como capital, no son sino pasos de un solo proceso, el más importante, original y auténtico de la trayectoria nacional; el que más repercusión continental tuvo. La «Revolución Hispanoamericana» comienza en la capital de la antigua presidencia de Quito el 10 de agosto de 1809 y se define en su puerto principal, Guayaquil, cuando se entrevistan los dos grandes paladines, Bolívar y San Martín, el 26 de julio de 1822.

La Revolución Hispanoamericana es, a su vez, el primer intento de lucha triunfante contra un Imperio colonial, es decir, el modelo que más de un siglo después seguirán los pueblos sojuzgados de Asia y África para alcanzar, a partir de 1945, su liberación e independencia política de las potencias coloniales europeas que, paradójicamente, decían

[9] Municipio de Quito, *Quito, 150 años de capital de la República*, 1830-1980, p. 5.

apoyar la libertad cuando ayudaban la causa hispanoamericana contra España, mientras en verdad buscaban sustituir a la nación española en la esfera de influencia y hasta dominación sobre América, y que a lo largo del siglo XIX construyeron a su vez sus imperios coloniales. Y dicha transformación, la de la libertad hispanoamericana, se inscribe entre las grandes revoluciones de la humanidad en el mundo moderno: la inglesa, la norteamericana, la francesa, la soviética. Ahora asistimos a la lucha del Tercer Mundo por finiquitar el ya caduco y anacrónico sistema colonialista y liberarse de dependencias y alienaciones.

La importancia de la revolución de Quito y su primacía entre los movimientos de la Revolución Hispanoamericana fueron testimoniados por todos los autores extranjeros que escribieron, los primeros, sobre aquel movimiento, uno de ellos testigo presencial de los hechos. Reproduzcamos algunas aseveraciones:

> La antorcha fue encendida, y aunque la llama había sido temporalmente sofocada, no fue extinguida —afirmó Stevenson, secretario de Ruiz de Castilla, en su obra aparecida en Londres en 1825—...; en una noche, sin derramamiento de sangre, o conmoción popular siquiera, un gobierno que había estado establecido por más de tres siglos fue desplazado y uno nuevo erigido sobre sus bases...

Mariano Torrente, español que relató los hechos en la *Historia de la Revolución Hispanoamericana* publicada en Madrid en 1829, exclamó:

> Participando algunos inquietos quiteños de las mismas ideas revolucionarias que han sido comunes a toda la América, y abusando cobardemente de la debilidad y desamparo en que estaba sumida la madre patria por las terribles armas del guerrero del siglo, fueron los que más pronto se ensayaron en sacudir la independencia de las autoridades realistas...

José Manuel Restrepo, ministro de Bolívar e historiador de la independencia de la Gran Colombia, en su obra aparecida en París en 1827 no pudo sino reconocer que «... la noticia de la Revolución de Quito sorprendió en gran manera a las autoridades españolas, que temieron por doquiera el contagio del mal ejemplo...». En fin, el gran historiador colombiano José Manuel Groot, en su *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada,* proclamó categóricamente que «la revolución de Suramérica empezó en Quito».

No fue otro el criterio del general Sucre, quien el 9 de agosto de 1822 dirigió al deán y Cabildo eclesiástico de Quito la siguiente nota:

> Como nada hay más justo ni conforme a las obligaciones de un pueblo católico que tributar al Dios de los Ejércitos los testimonios de su gratitud por los bienes que recibe de su mano poderosa, el gobierno que recuerda con un placer inmenso el día de mañana el singular beneficio con que distinguió a Quito, levantando la primera el grito sagrado de Libertad en 10 de agosto de 1809, ha dispuesto cumplir con un deber tan grato, celebrando en la Iglesia Catedral a las nueve de la mañana, una Misa Solemne con *Te Deum,* a cuya asistencia espera se presentarán Vds. en memoria de aquel ilustre acontecimiento[10].

A Bolívar, que asimismo llamó a Quito «la primogénita de la libertad», la ciudad le deslumbró, según se puede ver en su epistolario de 1822. Carta a los generales Toro, junio, 21: «Este hermoso país, tan colombiano y tan patriota, que ninguno le excede en estos sentimientos, es bien fértil, poblado, y ofrece las más bellas esperanzas...». Carta al general Escalona, junio, 21: «Ya estamos en Quito, libre y colombiano. Todo está por nosotros en este vasto país... Este hermoso país tiene tres o cuatro cosas buenas: ser muy poblado de indios y de blancos; estar muy bien cultivado, y estar tan lejos!!! Aquí exclamará usted: ¡Ah, quién estuviera por allá!!!...» Carta a Santander, de la misma fecha:

> ... me sobran meditaciones sobre lo que debo hacer con un grande y bello país, para conservarlo en su adhesión a nosotros... El país me ha parecido hermoso en su agricultura y mieses, y en su numerosa población; la gente me parece muy buena, aunque algunos dicen que no es; repito que me parece a primera vista, porque es la única que he podido dar. Son todos, todos, patriotas y amigos de Colombia...

Al mismo Santander, agosto, 3: «... Yo comparo este país al Chimborazo que exteriormente está muy frío mientras que su base está ardiendo.» De nuevo a Santander, agosto, 27: «El país es agradable, alegre, rico y bueno: no tiene un defecto; para mí es la mejor provincia de Colombia, comparado todo...». A Fernando Toro, setiembre, 23: «... Los departamentos del Sur de Colombia tienen un país muy hermoso, aunque amenazado de una batería de volcanes...» Carta a Peñalver, setiembre, 26:

[10] J. Salvador Lara, *La revolución de Quito, 1809-1822, Estudio introductorio,* 1982.

> La libertad del Sur nos ha dado cuatro hermosas Provincias: la de Quito es grande, bella y poblada, y Guayaquil es incomparable y preferible a todas, aunque menos poblada... Todo el país es abundante de víveres, muy patriota y muy colombiano. Los valles de Quito son pintorescos, pero están amenazados de horribles volcanes: y yo auguro que este país será inundado de fuego, y no le encuentro otro defecto...[11].

Quito al finalizar la independencia

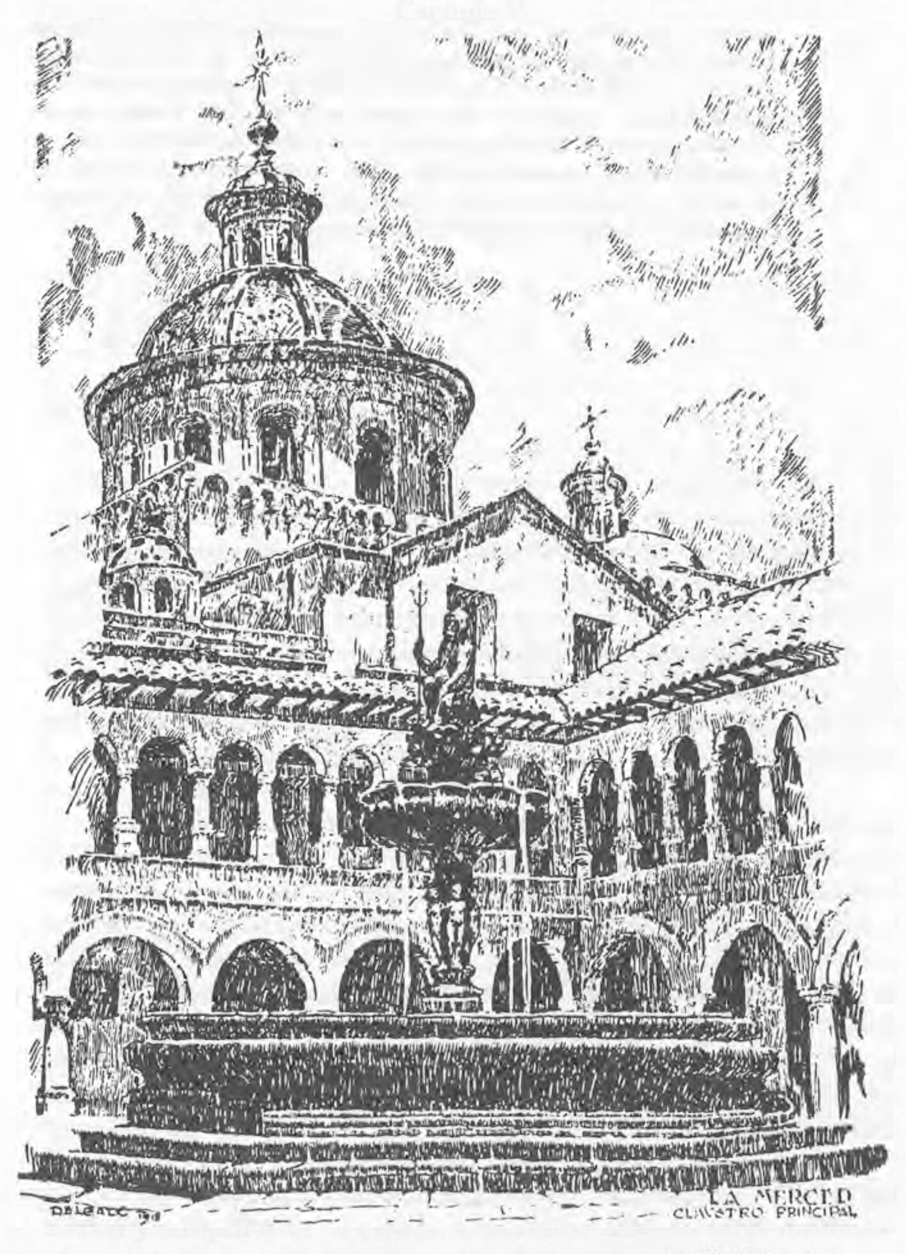
En 1825 se hizo un censo aproximado de la Gran Colombia. El historiador neogranadino Restrepo publicó los cómputos en el siglo pasado, con un total para el Departamento del Sur de 524.777 habitantes. Antes del censo, el mismo Restrepo, ministro del Interior, creía que el Sur tenía 558.373 almas. Pero al publicar la segunda edición de su *Historia de la revolución de la República de Colombia* redondeó las cifras en 600.000 habitantes, de los cuales 358.000 vivían en el distrito de Quito, 94.000 en el de Guayaquil, otros tantos en el de Cuenca, 38.000 en el de Loja y 16.000 en Jaén y Maynas. De esa población, 157.000 eran blancos, 393.000 indígenas, 42.000 pardos libres y 8.000 esclavos negros. Paz y Miño, por su parte, cree que para 1810 ya habíamos superado el medio millón de habitantes, y el historiador Cevallos calcula para 1822, en la época de la batalla del Pichincha, 800.000 almas, cifra sin duda exagerada.

Para la ciudad de Quito el mismo general Paz y Miño calcula una población de 60.940 habitantes hacia 1810 y 71.770 en 1820[12]. *El nuevo viajero universal*, publicado en Barcelona en 1833, dice al respecto, al describirla en los tiempos inmediatamente anteriores a su proclamación como capital de la República del Ecuador:

> En la ciudad de Quito había un crecido número de habitantes, y entre ellos algunas familias de mucha distinción que descendían de personas ilustres que habían pasado de España. La gente común consistía en cuatro clases, a saber: españoles, mestizos, indios y negros. Estos últimos no abundaban como en otros parajes, por la dificultad de su conducción y cultivar los campos. El nombre de español no significaba allí chapetón o

[11] J. Viteri Durand, *Cartas ecuatorianas del Libertador Simón Bolívar*, Ibarra, 1979.

[12] L. T. Paz y Miño, *Cartografía quiteña. Apuntaciones para una geografía urbana de Quito*, México, 1960, p. 21.



Pila, claustro principal y cúpula de La Merced. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

europeo, sino persona que desciende de españoles solamente. Muchos mestizos lo parecen, por ser más blancos y rubios que éstos. Entre los mestizos o procreados de españoles e indios, y los indios y negros, vendrán a reunirse en aquella ciudad como de 50 a 60.000 personas de todas edades y sexos. Otros la calculan de 40 y otros de 70.000, esto es, un sexto de blancos o españoles, un tercio de mestizos, un sexto de indios y un tercio de negros y otras castas, los blancos y mestizos altos y bien configurados, y los indios de pequeña estatura pero robustos...[13].

[13] H. Toscano, *op. cit.*, 1960, pp. 264-265.

Capítulo V

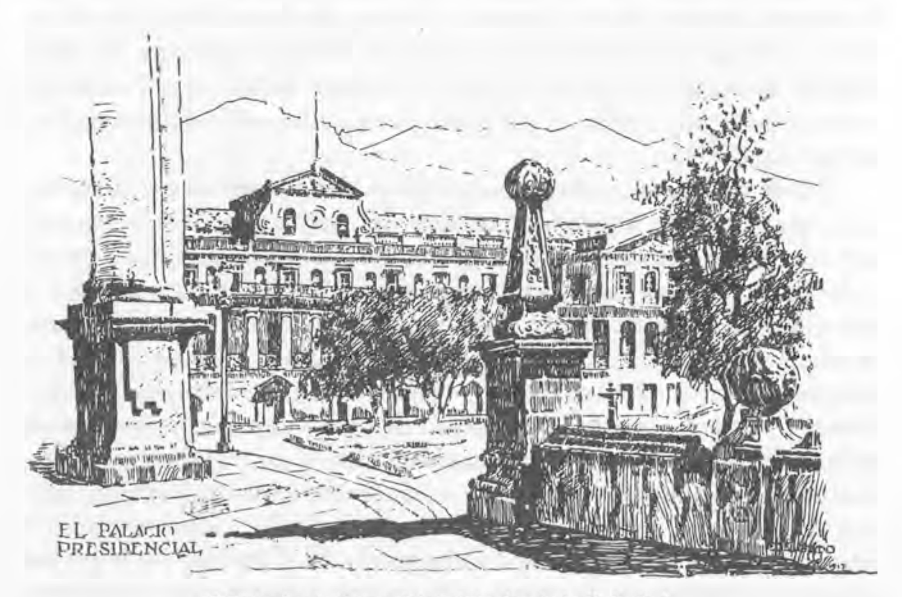
QUITO EN EL SIGLO XIX

EL GOBIERNO Y LOS CENTROS DE PODER

La secular trayectoria de Quito como núcleo aglutinador de la nacionalidad ecuatoriana y centro de poder desde los remotos orígenes preíncas y prehispánicos quedó consagrada con su designación como capital de la República del Ecuador por la Asamblea Constituyente de Riobamba en 1830. Le correspondió, como tal, ser la sede del Poder Ejecutivo, ejercido desde el mismo «Palacio de Carondelet», donde se había radicado el Gobierno en tiempos de la Real Audiencia. El viejo edificio, construido sobre los restos del antiguo palacio que Atahualpa había comenzado a edificar, continuó, pues, siendo sede del nuevo Gobierno republicano.

Desde allí han ejercido su poder todos los presidentes del Ecuador. A lo largo del siglo XIX, la vida política del país se desenvuelve en una serie de períodos que la historia, en sus análisis, ha denominado con el nombre de la figura dominante o con algún calificativo identificador y que vienen a poner de relieve, como una especie de constante histórica, la pugna entre dos nacientes tendencias, que sólo al finalizar el siglo se convertirán en auténticos partidos políticos, conservadurismo y liberalismo; y una especie de movimiento pendular cuyos extremos son el militarismo y el civilismo, aquél surgido desde el primer día como continuación del dominio que jefes y soldados de la independencia usufructuaron como resultado de las batallas de la independencia, y éste nacido del natural afán de contrarrestar con el imperio de la ley los abusos y atropellos de la espada. Obsérvanse también otras manifestaciones asimismo pendulares entre dictadura y constitucionalismo.

Menciónanse, así, seis regímenes más o menos bien caracterizados: 1) El *período del militarismo extranjero, o floreano* (1830-1845), protagonizado por el general J. J. Flores, natural de Puerto Cabello (Venezuela), enviado por Bolívar al Ecuador y aquí afincado definitivamente por su matrimonio con doña Mercedes Jijón, dama perteneciente a los viejos círculos aristocráticos y terratenientes de Quito. Flores fue hasta el último instante uno de los más fieles lugartenientes del Libertador. Su período presidencial fue magnificado por el interregno civilista de V. Rocafuerte, uno de los grandes magistrados de la historia republicana. 2) El *período del militarismo nacional, o urvinista* (1845-1860), cuya principal figura es el general J. M. Urvina, que había participado muy joven en los últimos combates de la emancipación, promotor de todos los vaivenes políticos de aquel tiempo hasta que logró el poder. 3) El *período del civilismo conservador garciano* (1860-1875), que debe su nombre a la personalidad de G. García Moreno (una de las figuras más controvertidas en la historia del Ecuador), quien logra sujetar a férrea disciplina al país entero y particularmente a los militares y domina la etapa sin duda más



El Palacio de Carondelet visto desde la Catedral.
Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

transformadora y constructiva de todo el siglo. 4) El interregno del *militarismo personalista* del capitán general Ignacio de Veintemilla (1876-1883). 5) El *período del civilismo liberal-católico, o caamañismo* (1883-1895), cuyo protagonista es J. M. P. Caamaño, que logra formar un partido político denominado «progresista» como intermediario en las pugnas entre conservadores y liberales. 6) El *período del militarismo liberal radical, o alfarista* (de 1895, fines del siglo XIX, hasta 1912), dominado por la presencia del general E. Alfaro, veterano caudillo de insurgencias guerrilleras desde los tiempos de García Moreno y como él figura histórica controvertida, que lleva a cabo una verdadera revolución al implantar en el Palacio de Gobierno la bandera del liberalismo. A lo largo de estos períodos ejercen sucesivamente el poder 21 gobiernos presididos por el general Flores, Rocafuerte, el triunvirato Roca-Olmedo-Noboa, V. R. Roca, coronel M. de Ascázubi, D. Noboa, general Urvina, general F. Robles, García Moreno, J. Carrión, X. Espinosa, A. Borrero, general Veintemilla, un gobierno plural de pentaviros, Caamaño, A. Flores, L. Cordero y general Alfaro. De todos los mandatarios mencionados, solamente Ascázubi, Espinosa, Veintemilla y Antonio Flores son quiteños, este último, hijo del primer presidente, nació en el propio Palacio de Gobierno.

Asimismo le correspondió a Quito ser la sede del Poder Legislativo con la reunión periódica del Congreso Nacional, pero también, en varias ocasiones, de las asambleas constituyentes generalmente convocadas para legalizar el poder de algunos de los regímenes *de facto* que surgieron durante el siglo, mediante la adopción de una nueva carta constitucional, por considerar que la anterior había sido quebrantada. Aunque la I Asamblea Nacional Constituyente, convocada por Flores, se reunió en Riobamba (1830) y la II, por Rocafuerte, en Ambato (1835), la III, nuevamente por Flores ya tuvo lugar en Quito (1843), pero la IV, que eligió a Roca, sesionó en Cuenca (1845). La V, que nombró a Noboa, volvió a reunirse en Quito (1851), mas la VI, que legitimó a Urvina, lo hizo en Guayaquil (1852). La VII y la VIII, ambas convocadas por García Moreno, nuevamente funcionaron en Quito. La IX volvió a reunirse en Ambato para legitimar a Veintemilla (1878). La X, que eligió a Caamaño, tuvo otra vez lugar en Quito (1884), y la XI, reunida para legitimar el gobierno de Alfaro, comenzó a funcionar en Guayaquil pero terminó sus sesiones en Quito (1897). Las Asambleas fueron presididas siempre por ciudadanos ilustres, aunque la importancia de algu-

nos de ellos fue transitoria y circunstancial, razón por la cual no es semejante para todos la memoria que de ellos hace la historia.

Durante los primeros años de la República, tanto las reuniones del Congreso Nacional como las de las asambleas o convenciones constituyentes se efectuaban en el local del antiguo claustro de San Buenaventura, situado en el ala derecha del gran complejo arquitectónico de San Francisco, sobre la calle hoy denominada Bolívar (propiedad ahora de las Hermanas de la Caridad). Así lo testimonia el cónsul español Avendaño:

> La parte del edificio (de San Francisco) llamada también convento de San Buenaventura sirve de local para las dos Cámaras, la del Senado y la de los Representantes. Estos locales no presentan ningún signo exterior ni interior del objeto a que están destinados, cuando no funciona el Congreso [1].

Pero desde 1866 ya los congresistas sesionaron en un tramo construido al efecto en la parte posterior del mismo Palacio de Gobierno que, como lo indica Orton, «sirve al mismo tiempo de "White House" y de Capitolio» [2]. No fueron infrecuentes las pugnas entre Legislativo y Ejecutivo e inclusive en el caso de gobiernos con mayoría en los Congresos en todos actuaron núcleos de oposición generalmente minoritarios, a veces muy vigorosos. Las barras se llenaban de partidarios de uno u otro grupo, no pocas veces enviadas por el propio Gobierno para amedrentar a sus críticos.

Quito, como capital de la República, fue igualmente sede del Poder Judicial, de acuerdo con todas las constituciones, que rubricaron de este modo la ya secular tradición iniciada en 1563 con el establecimiento de la Real Audiencia. Llamado en la I Constitución Alta Corte de Justicia, desde la II hasta nuestros días el máximo organismo del Poder Judicial se ha denominado Corte Suprema de Justicia, en la que han brillado por su sabiduría eminentes juristas.

Al comienzo, siguiendo la tradición colonial, la Corte funcionaba en un tramo del propio Palacio de Gobierno. Luego, ante la necesidad de rubricar su independencia con respecto al Poder Ejecutivo, resolvió instalarse en un local distinto y para tal efecto la Corte Suprema logró

[1] J. de Avendaño, *Imagen del Ecuador. Economía y sociedad vistas por un viajero del siglo* XIX (1861), Quito, 1985, p. 147.

funcionar en el edificio que García Moreno construyera para albergar los centros de cultura por él propiciados (calle Chile, entre Guayaquil y Venezuela) que desaparecieron cuando el gran magistrado murió asesinado. Desde entonces, durante más de 80 años, allí tuvieron sede, en la primera planta alta, la Corte Suprema y la Superior; los juzgados, en la segunda, y las notarías en la planta baja, hacia la calle, a media cuadra tanto de la plaza de la Independencia como de San Agustín.

CAMBIOS EN LA URBE DURANTE EL SIGLO XIX

La ciudad, a lo largo del siglo XIX, crece lentamente y va poco a poco modificándose por acción de algunos mandatarios con visión de progreso y el esfuerzo privado. El general Flores, aunque logró completar dos de sus tres administraciones (1830-1835; 1839-1843) y la mitad de la tercera (1843-1845), poco pudo hacer, en parte por las circunstancias propias de la instauración de un nuevo Estado, pero además por los hechos vinculados a la agitada vida política inicial y a las difíciles relaciones internacionales.

Quien pudo dar una estructura más sólida y coherente al nuevo Estado republicano fue Vicente Rocafuerte, que alcanzó el poder gracias a un entendimiento con Flores, a quien se opuso al comienzo en forma radical y con cuyo apoyo rigió el país durante los cuatro años intermedios entre las dos administraciones floreanas. El presidente Rocafuerte se preocupó, con energía y mano dura, en el ordenamiento de las finanzas y el incremento de la educación. Bien poco fue, sin embargo, en lo que se refiere a obras públicas, lo que pudo hacer: restauró el edificio colonial de El Beaterio (esquina de las calles Olmedo y Benalcázar), para dedicarlo a establecimiento educativo, función que cumple desde entonces hasta nuestros días; reparó el Puente de los Gallinazos, a la entrada de la ciudad, sobre el río Machángara, y mandó reedificar los hitos piramidales de Caraburo y Oyambaro, en la gran llanura de Yaruquí, levantados por los académicos franceses en el siglo XVIII para conmemorar su misión científica y destruidos por orden de la autoridad española por considerar que no se había tomado suficientemente en cuenta la aportación de los oficiales Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

[2] Cit. por E. Enríquez, *Quito a través de los siglos*, Quito, 1941, II, p. 174.

Algunos edificios civiles particulares se construyeron durante el período floreano: en primer lugar la casa del propio general Flores (en el sitio donde hoy se levanta el pasaje Drouet Pérez), la del coronel T. Gómez de la Torre, en la calle Cuenca, notable por su gran cornisa, y la de la familia León, esquina de las calles Chile y Cuenca, diagonal a la iglesia de la Merced. Sólo ésta subsiste, y por ella se puede advertir el estilo que implantó J. B. de Mendeville, quien alternaba sus funciones de cónsul de Francia con el ejercicio empírico de la arquitectura desde que construyó en las afueras de Quito, junto a Cotocollao, sobre el camino a Pomasqui, su propia magnífica residencia campestre, largo tiempo conocida después con el nombre de quinta «La Delicia», hoy en grave peligro de destrucción total.

Poco es lo que durante los varios gobiernos del período urvinista se pudo hacer por el progreso de la capital que, por contraste, sufrió los efectos del terremoto de 1859. Viniéronse al suelo muchas casas y las torres de la catedral, Santo Domingo y San Agustín, las dos de San Francisco y la esbelta y hermosa torre colonial de la iglesia de La Compañía. Salvo esta última, de la que sólo subsiste el basamento, las demás fueron reconstruidas, aunque permanecieron desmochadas largos años.

Quien mayor obra efectúa es el presidente doctor Gabriel García Moreno, enérgico mandatario que, al mismo tiempo que procura realizar su proyecto de instaurar un régimen basado en las normas del derecho público según la concepción católica del Estado, imprime en todo el Ecuador un febril ritmo de construcciones no visto antes y pocas veces igualado después. Propugnador de una férrea unidad política, concentradora del poder en sus manos, gobierna, con mano dura, de 1859 a 1865 y de 1869 a 1875, año en que cae asesinado por manos sectarias cuando se aprestaba a iniciar su tercera administración.

García Moreno es uno de los gobernantes a quienes más debe la ciudad de Quito. Personalmente supervigila cada una de las obras en marcha de modo que se hagan con rapidez, eficacia y el menor dispendio posible de recursos. Restaura el viejo Palacio de Gobierno, que había venido a menos por el transcurso del tiempo, la incuria de algunos de sus predecesores, el fragor de los frecuentes tremblores y el terremoto de 1859; limita la terraza con dos alas laterales coronadas de tímpanos ornamentados con altorrelieves, y levanta un tercer tímpano central donde instala, en 1871, el reloj público que hasta ahora funciona. Restaura totalmente el colonial convento de los jesuitas, que vuelven



Torrecilla de la iglesia de Santa Clara. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

definitivamente al Ecuador, de donde habían sido proscritos en tiempos de Carlos III, y a quienes confía la educación secundaria de los jóvenes, a cuyo efecto funda el colegio San Gabriel. Vuelve a restaurar también la vieja casa de El Beaterio, que entrega a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a quienes hace venir de Francia para la enseñanza primaria de los jóvenes. Trae también religiosos norteamericanos de la misma congregación, para la preparación técnica y artesanal en la Escuela de Artes y Oficios denominada «El Protectorado», cuyo edificio construye en las afueras de la ciudad, al sur de San Roque. Restaura, asimismo, el viejo claustro del Convictorio de San Fernando, entregado a las monjas de los Sagrados Corazones que él hace venir de Francia para la educación de la mujer. Con igual objeto trae también a las religiosas belgas de la Providencia y las provee del mismo edificio que hasta ahora poseen en la calle Benalcázar, al comienzo de la Espejo, a espaldas del Palacio de Carondelet. Y para la reeducación femenina hace venir a las religiosas del Buen Pastor, a las que entrega, restaurándola, la antigua Recoleta de los padres dominicos, a la entrada sur de la ciudad.

Construye casi totalmente, en la calle Chile, el edificio (uno de los primeros de tres plantas) que pensaba destinar a palacio de las Artes y las Letras, donde una vez concluido, poco después de la infausta muerte del progresista magistrado, funcionará durante largos años la Corte Suprema de Justicia. Edifica, con novedosa planta, bajo la dirección de los jesuitas alemanes padres Mentel y Dressel, el Observatorio Astronómico, en el parque de La Alameda, que arboriza. Construye también, en las afueras de la ciudad, al pie de la Cantera del Pichincha, una poderosa fortaleza de cal y canto destinada a penitenciaría, cuya denominación de «Panóptico» se debe a que desde la parte alta de un cuerpo circular central, «la Bomba», pueden vigilarse las cinco alas que de ella parten destinadas a las celdas unicelulares de los detenidos.

> Ese delirante innovador —dirá A. Cárdenas, militante del Partido Liberal opuesto al presidente García Moreno, refiriéndose a éste— fue el primero en arrimar el hombro a la mejora material de Quito, de modo de dejarla hecha una concha de perla. Redujo a jardín la plaza central, dio forma de carretera a las calles, cegó las acequias... [3].

[3] Cit. por J. Tobar Donoso, *García Moreno y la instrucción pública*, Quito, 1940, p. 400.

Débese, en efecto, a García Moreno la iniciación del alcantarillado de cada una de las principales calles de Quito, por cuyo centro bajaban, mal canalizadas, las aguas servidas, de occidente a oriente. Las únicas alcantarillas hasta entonces existentes eran las de cal y canto que durante la época colonial habían sido construidas para canalizar parte de la gran quebrada de Sanguña que naciendo en el Pichincha atravesaba la ciudad. Casi la totalidad de las calles de Quito fueron entonces empedradas, ocasión que se aprovechó para construir aceras laterales.

Preocupado de la salubridad, el presidente García Moreno hace refaccionar el viejo edificio del Hospital San Juan de Dios, en servicio desde el siglo XVI, y lo dota de un tramo adicional, donde funcionará durante largos años el Anfiteatro de Anatomía, y restaura también el Hospicio de San Lázaro, antiguo noviciado de los jesuitas, en la calle Ambato.

Tal vez la obra más importante de García Moreno es la carretera que recibirá su nombre, de Quito a Riobamba y Sibambe, construida como parte de un plan para unir la capital con Guayaquil, el puerto principal desde donde comienza, por otra parte, a construir un ferrocarril que deberá subir a la sierra. De éste se hacen 44 kilómetros, y de la carretera «García Moreno», 300 kilómetros de 9 metros de ancho, con 100 puentes y 400 acueductos. El punto de partida es la plaza de Santo Domingo, por la calle del Mesón, a cuyo efecto hace arreglar la entrada sur de Quito, construyendo el túnel de la Paz, segundo paso a desnivel en la ciudad, pues sirve para que continúe hacia el este la calle de la Ronda mientras por encima pasa la del Mesón, hoy Maldonado.

El plan vial de García Moreno pretendía unir las diversas regiones del Ecuador, de tan abigarrada topografía por las abruptas e imponentes montañas andinas, y comprendía muchos caminos y carreteras, algunos de ellos iniciados durante los años de su administración y paralizados a raíz de su muerte. Quito, como punto céntrico de muchos de aquellos planes, dada su capitalidad, se benefició de la construcción de varios caminos de herradura, entre ellos el que unía Quito con Ibarra por Malchinguí; los que iban por el valle de Cumbayá-Tumbaco hasta Puembo, Pifo y Yaruquí, y por el valle de los Chillos a Conocoto, Sangolquí, Alangasí y Píntag y desde Conocoto a Amaguaña y Uyumbicho; pero entre las grandes aspiraciones de don Gabriel, el camino a Manabí, para unir Quito con Bahía de Caráquez, por la vía de Alóag, solamente pudo realizarse hasta Santo Domingo de los Colorados, y el ca-

mino de Ibarra a Esmeraldas, por Cotacachi, solamente avanzó hasta la zona de Intag.

Para todas estas obras García Moreno contrató los servicios de varios profesionales extranjeros, entre los que podemos citar a los arquitectos T. Reed (inglés), F. Schmidt y J. Elbert (alemanes) y L. Grivillers (francés) y a los ingenieros S. Wisse y A. Millet (también franceses), así como a los norteamericanos Mac Clellan y Davis.

«Con tan buenos elementos se puede decir que empezó la época de la verdadera arquitectura en Quito», dice J. G. Pérez, uno de los primeros alumnos de la Escuela Politécnica [4]. No solamente las obras públicas avanzaron con ellos, sino que algunos particulares les contrataron para la construcción de sus casas, inclusive el propio presidente García Moreno, que levantó la suya en la esquina de las calles Guayaquil y Rocafuerte, con frente a la plaza de Santo Domingo, edificada por Reed.

Poco es lo que, en sus largos siete años de epicúreo gobierno, pudo hacer por Quito el general Veintemilla. Sin embargo, a él se le deben dos obras importantes, el comienzo y los avances del Teatro Nacional Sucre, cuya edificación, dirigida por el arquitecto Schmidt, se terminó poco después del derrocamiento del capitán general, y algunas mejoras en el parque de La Alameda, donde García Moreno había levantado el Observatorio Astronómico, restablecido la arborización e iniciado el ajardinamiento. Marieta de Veintemilla, la bella y agraciada sobrina del presidente, que con tanto denuedo le defendería cuando las tropas de la Restauración lograron tomar Quito para derrocar el régimen, auspiciaba en La Alameda paseos sociales, retretas de gala y bailes populares que se volvieron célebres, para lo cual hizo construir un pabellón junto a la laguna.

El período del liberalismo-católico, denominado «progresista» por el partido oficial imperante de 1883 a 1895, no logró recobrar el ritmo de actividad que había caracterizado la época garciana, ni alcanzó particulares avances la obra en Quito durante los gobiernos de Caamaño, Flores y Cordero. Es cierto que se terminaron obras inconclusas, como el «Protectorado», o Escuela de Artes y Oficios, iniciado por García Moreno y confiado por Caamaño a los padres salesianos, venidos durante su mandato, y el Teatro Sucre, iniciado por Veintemilla; y que también se hicieron mejoras en el Observatorio Astronómico. A Caa-

[4] *Ibid.*, p. 399.

maño se debe también la iniciación del Jardín Botánico, en el sector norte del parque de La Alameda, por el jesuita italiano L. Sodiro, uno de los sabios traídos por García Moreno para la Escuela Politécnica. Caamaño puso énfasis en el mejoramiento del camino al norte, empezado por García Moreno, desde Chaupicruz hasta Pusuquí. La obra principal de Flores, aparte de las barandas para el atrio del Palacio de Gobierno, originarias del antiguo Palacio de las Tullerías en París, fue la Exposición Nacional de 1892, en el Pabellón que en La Alameda había hecho construir Veintemilla [5]. En el gobierno de Cordero, bajo la dirección del ingeniero Schmidt, se efectuaron reparaciones en varios edificios públicos, inclusive el Palacio de Gobierno y el de Justicia, afectados por temblores e inviernos; se inauguró la fuente de Santa Bárbara, se aumentó la provisión de agua potable para la ciudad trayéndola desde al Atacatzo mediante una acequia y se hicieron mejoras en los caminos a Amaguaña y Lloa. El mismo arquitecto alemán construyó la casa de M. Jijón Larrea en la calle Sucre, una de las pocas de tres plantas, a media cuadra de la iglesia de La Compañía.

La ciudad en las tensiones centralismo-federalismo

A lo largo de cuatro siglos, desde que Quito, bajo Atahualpa, disputó al Cuzco su posición rectora en la sociedad andina, la importancia de la ciudad ecuatorial había venido acrecentándose, primero como nuevo centro de atracción y expansión de la aventura y empresa descubridora española, luego como capital audiencial prácticamente autónoma pese a la pugna entre los virreyes de Lima y Santa Fe de Bogotá por tenerla bajo su dependencia, núcleo básico de la evangelización amazónica, imán para científicos y viajeros europeos que divulgaban su nombradía en el Viejo Mundo. Convertida en nueva capital republicana desde 1830, Quito consolida su posición como centro aglutinador de la nacionalidad ecuatoriana, cuyo alumbramiento se produce con el estallido auroral de 1809 a 1812.

Era, sin duda, Quito, la ciudad más importante entre las que formaban parte del distrito de la antigua Real Audiencia. Sin embargo, desde

[5] L. Robalino Dávila, *Orígenes del Ecuador de hoy, VI, Diez años de civilismo,* Quito, 1968, pp. 90 y 417.

el siglo XVIII, con el auge creciente, pese a la competencia venezolana, de la producción y comercialización del cacao, Guayaquil comienza a cobrar importancia cada vez mayor que permite el nacimiento de celos regionalistas ya exteriorizados en las espinelas del jesuita dauleño J. B. Aguirre, que exalta a Guayaquil y denigra a Quito. Lima codicia el gran puerto y la rica cuenca del Guayas, y el virrey Abascal logra, siquiera en lo militar, sustraer Guayaquil hacia 1803 de la dependencia de Quito, que reclama al punto y obtiene favorable respuesta de la monarquía española, pero sólo al finalizar el período hispánico. Bolívar incorpora definitivamente Guayaquil a la Gran Colombia y recibe allí, como dueño de casa, a San Martín que venía con la intención de reclamarla para el Perú. El aumento paulatino de su importancia lleva a las élites cacaoteras guayaquileñas a exigir una participación cada vez mayor en el poder político ecuatoriano instaurado en 1830. Bolívar, con su visión previsora, adivina las tensiones a que pueden dar lugar las aspiraciones autonomistas de una ciudad portuaria dinámica de importancia, y proclama que un puerto y un río no pueden ser por sí solos otra república. Al general Flores, en su carta-testamento, el Libertador anuncia con años de anticipación la pugna que originará Rocafuerte cuando regrese desde México, donde a la sazón se encontraba. Sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, Bolívar y Rocafuerte, amigos íntimos durante sus años de juventud en París, fueron distanciándose paulatinamente: el primero era partidario de un gobierno unitario y centralizador; el segundo propugnaba un federalismo a semejanza de Estados Unidos.

Rocafuerte llegó, en efecto, a Guayaquil y al punto encabezó la oposición al venezolano-quiteño Flores. La llamada «guerra de los chihuahuas» —alusión a su permanencia en México— fue sin duda uno de los enfrentamientos iniciales del regionalismo costeño, que el líder de la revuelta no vaciló en esgrimir, aunque a la postre pactó con el gobernante a quien combatía y ambos se apoyaron mutuamente. Rocafuerte, ya en el gobierno, olvidado de sus veleidades federalistas, centralizó en sus manos el poder y fue, indudablemente, uno de los forjadores de la nacionalidad ecuatoriana con la forma de Estado republicana y unitaria.

El momento de más grave peligro para la existencia del Ecuador ocurrió durante la crisis de 1859, cuando se produjo un doloroso fraccionamiento de la República a raíz del bloqueo de la costa por el presidente del Perú R. Castilla, ya cerca de finalizar la administración del presidente ecuatoriano general F. Robles, cuyo gobierno decía combatir

el caudillo peruano. Robles no logró organizar debidamente la resistencia ante la injusta intervención extranjera. Un Gobierno Provisorio se constituyó entonces en Quito, formado por un triunvirato presidido por García Moreno; otro se estableció en Cuenca, al mando del vicepresidente J. Carrión que reclamaba la sucesión constitucional, y un tercero en Loja, presidido por el gobernador M. Carrión Pinzano, propugnador de ideas federalistas. La proclamación en Guayaquil de la suprema jefatura militar del general G. Franco, que desató una agresiva campaña de regionalismo antiserrano en general y antiquiteño en particular y terminó por pactar con el mariscal Castilla, fue la triste culminación de este trágico momento de la vida nacional. El jefe peruano acampó con poderoso ejército en Mapasingue, junto a Guayaquil, y allí se suscribió un tratado gravemente lesivo a los derechos territoriales ecuatorianos, en el que actuaron como plenipotenciarios N. Estrada, por el gobierno de Franco, y M. Morales, por el de Castilla. García Moreno alzó, entonces, desde Quito, el estandarte de la unidad nacional y el rechazo ante el írrito convenio; galvanizó al país con la rara energía que le caracterizaba; reunió, organizó, disciplinó y armó tropas suficientes que puso al mando del veterano general Flores, al que había combatido años antes y que volvió al país tras largo destierro. Tras una campaña fulminante, García Moreno y Flores, el 25 de setiembre de 1860, tomaron Guayaquil, convertida en fortaleza por Franco con el apoyo de armas y navíos peruanos, y tras sangrienta batalla campal le obligaron a huir del país. El Tratado de Mapasingue fue repudiado por el Ecuador y desconocido también por el Congreso peruano. García Moreno fue designado presidente de la República e inició su enérgico y fructífero período de gobierno, artífice de la unidad nacional frente al regionalismo y la disgregación.

Este proceso, si bien polarizó en cierto sentido la pugna de intereses entre sierra y costa, en general, y entre Quito y Guayaquil, en particular, no llegó a consolidar las posibles tendencias federalistas de algunos líderes, como B. Malo, en Cuenca, y Carrión Pinzano, en Loja. En el Ecuador, felizmente, no se produjeron los dolorosos enfrentamientos, que tanta sangre costaron en otras repúblicas, entre unionistas y federalistas. Sin embargo, hacia 1883, luego del triunfo de las fuerzas de los diversos partidos coaligados contra la dictadura de Veintemilla, el general Alfaro envió a la Asamblea Constituyente un mensaje en el que propugnaba abiertamente, para la nueva constitución, el sistema federalista.

«Cuando ha triunfado la sierra sobre la costa, ésta ha sido la oprimida —decía—; y cuando ha predominado sobre el interior el litoral, éste ha sido el opresor», y poniendo como ejemplo lo que ocurría en otras partes concluía así su mensaje: «El centralismo ha costado a la República cruentísimos y casi estériles sacrificios. El federalismo es el sistema adoptado por los pueblos que mucho se han esforzado por constituirse libremente. A vosotros toca determinar lo que más convenga al Ecuador» [6]. La Asamblea Constituyente tuvo el buen acuerdo de poner a un lado esta propuesta y confirmó la república unitaria. Cuando Alfaro llegó al poder en 1895 e inició su largo período de influencia hasta su desastrada muerte en 1912, gobernó, al igual que Rocafuerte, poniendo de lado sus prédicas federalistas de juventud, centralizando en sus manos el poder y ratificando, en sus dos constituciones, el sistema unitario. Igual cosa ocurrió con E. Estrada, que había llegado inclusive a publicar un periódico, *El Federalista,* aunque al llegar a la Presidencia de la República —que ejerció cortos meses por su prematura muerte— hacía tiempo que había olvidado tales postulados.

Pero la siembra de un regionalismo efervescente y larvado efectuada desde la época de Rocafuerte dio lugar a persistente recurrencia por el constante movimiento pendular en el usufructo del poder entre líderes, grupos elitistas, partidos y masas de Guayaquil y Quito. Generalmente será el puerto el punto de estallido y arranque de los principales movimientos revolucionarios de la historia ecuatoriana: el 6 de marzo de 1845 origina el período urvinista; el 15 de setiembre de 1876 da comienzo la larga dictadura pretoriana veintemillista; el 5 de junio de 1895 es la fecha de partida de la transformación alfarista; el 28 de mayo de 1944 pone fin al monopolio político del Partido Liberal Radical. Paradójicamente, serán los gobernantes guayaquileños, en particular, y costeños, en general, quienes al llegar a Quito acentuarán la centralización del poder: tales son los casos de Rocafuerte, García Moreno, Alfaro, Plaza Gutiérrez y Arroyo del Río, los dos primeros y el último, guayaquileños; los dos intermedios, manabitas.

Un examen en la nómina de los gobernantes del Ecuador permite establecer que, entre 101 presidentes, encargados del poder y miembros de juntas plurales, 29 fueron guayaquileños; 27, quiteños, y 35, de otros lugares, inclusive el venezolano Flores. Cuenca, con cinco gobernantes,

[6] E. Alfaro, *Obras escogidas,* Guayaquil, 1959, II, p. 262.

aparece como intermediaria en la pugna Guayaquil-Quito, e inclusive como alternativa posible, aunque ningún azuayo alcanzó a terminar su mandato. El Ecuador, sin embargo, se ha consolidado como república unitaria y han desaparecido las prédicas federalistas, que nunca tuvieron fuerza, si bien aún hay ocasionales reminiscencias; los brotes de regionalismo, en cambio, particularmente en Guayaquil, resurgen frecuentemente cultivados por periodistas al servicio de intereses económicos, quejosos con razón o sin ella del llamado «centralismo absorbente» del que se acusa a la capital. En esta contraposición innegable, es curioso fenómeno el hecho de que, en Quito, mientras los nativos de la propia ciudad son fervientes partidarios de un amplio entendimiento nacional y detestan todo género de regionalismos, los habitantes provenientes de otras ciudades del país son quienes más azuzan al regionalismo; y en Guayaquil, donde todas las familias tienen inmediata ascendencia serrana y aun quiteña, son los serranos que llegan a afincarse en el puerto quienes, mimetizándose al punto, hacen gala de mayor encono regionalista contra Quito. En el regionalismo guayaquileño ha influido, además, la poderosa participación de líderes del comercio, la industria y la banca provenientes de la inmigración catalana, panameña, o libanesa, es decir, de regiones que, en sus respectivos países, se han caracterizado por fuertes sentimientos separatistas, o atomizantes.

Demografía y sociedad

El científico francés Boussingault calcula en 60.000 habitantes la población de Quito en 1831; el italiano Osculatti, hacia 1847, en 80.000; y la viajera austríaca Ida Pfeifer, en 1854, aproximadamente en 50.000 [7].

El brasilero M. Lisboa, acreditado como diplomático de su país en el Ecuador hacia 1853, dio el siguiente testimonio:

> La población de Quito está calculada en 60.000 almas, poco más o menos; mas todo cuanto se dice y publica en la América española sobre censo es hipotético... Me pareció, además, que Quito ocupaba, con poca

[7] Cit. por H. Toscano, *El Ecuador visto por los extranjeros,* Quito, 1960, p. 69.

diferencia, el área de Bogotá, y que la distribución de sus habitantes por las casas de la urbe era parecida a la de esa ciudad [8].

El quiteño M. Villavicencio, en su *Geografía de la República del Ecuador,* aparecida en Nueva York en 1857, recuerda que los ministros del Interior, en sus informes anuales, hechos a base de los datos suministrados por los párrocos, habían señalado para la República la siguiente población: en 1839, 619.795; en 1854, 795.965, y en 1855, 881.943. Sin embargo, Villavicencio critica, con diversos argumentos, estos datos, y calcula como población total del Ecuador 1.308.042 habitantes (incluidos 200.000 aborígenes para la región amazónica), señalando para Pichincha 154.081 personas, de ellas 85.150 mujeres y 68.931 hombres [9].

El cónsul español en Quito J. de Avendaño critica, hacia 1858, el dato oficial del gobierno ecuatoriano sobre la población de la República, que estimaba en 1.076.789 habitantes, de los cuales correspondían a la provincia de Pichincha 171.830. Atribuye tales cifras a «pueril vanidad».

> Es un hecho generalmente confesado por todos los hombres ilustrados del país que, desde la época de su emancipación, el número de habitantes de sus mayores centros de población ha disminuido. Quito, por ejemplo, añade, que durante la dominación española contaba con 80.000 habitantes, no llega hoy a 40.000, al decir de los mismos.

Según él, la población de la República no excede de 814.393 habitantes.

> Calcúlanse los blancos en unos 200.000 individuos: constituyen la alta clase social, especie de aristocracia de raza. Habrá aproximadamente otros 200.000 individuos entre negros y mestizos, formando un remedo de clase media. Los 400.000 restantes pertenecen a la raza cobriza o indiana, y son verdaderos ilotas de esta moderna república.

Para Pichincha señala 116.762 habitantes, de los cuales 28.310 serían blancos, 39.603 indios y 48.850 mestizos [10].

El viajero francés E. Charton calcula para el Ecuador, hacia 1860,

[8] Cit. por E. Enríquez, *Quito a través de los siglos,* vol. II, Quito, 1941, p. 128.
[9] M. Villavicencio, *Geografía de la República del Ecuador* (1858), Quito, 1984, pp. 162-164.
[10] J. de Avendaño, *op. cit.,* pp. 125-126 y 247-248.

un millón de habitantes. Y el norteamericano J. Orton, hacia 1865, apunta lo siguiente:

> Los quiteños reclaman para su capital 80.000 habitantes; pero si consideramos que un cuarto de la ciudad está cubierta con edificios eclesiásticos y que las casas de habitación no son sino de dos pisos, veremos que no hay espacio para más de la mitad de ese número. De 30 a 40.000 habitantes es el cálculo del venerable doctor Jameson, quien ha residido allí durante una generación. El tomar un censo es tan difícil como en Constantinopla, la gente se oculta para escapar de los impuestos fiscales [11]. Y Hassaurek, ministro de Estados Unidos en Quito, en la época de García Moreno, calcula para la ciudad 40.000 habitantes [12].

El gran alpinista y andinista inglés E. Whymper, el primero en escalar el monte Cervino en Europa y el Chimborazo en el Ecuador, calcula, hacia 1879, que

> la población de la ciudad se cree ser de 60.000 a 80.000 habitantes, pero de la comparación con los espacios cubiertos por ciudades cuya población está averiguada, me pareció seguro que el número de habitantes, en el tiempo de nuestra visita, estaba por debajo de la primera cifra... La parte compacta de Quito no cubría una milla cuadrada [13].

P. F. Cevallos, historiador ecuatoriano, calcula en 1887 la población del país en 1.271.861 habitantes, de los cuales 205.000 serían los de Pichincha y los de Quito 65.000 [14]. Juan León Mera, en su *Catecismo de Geografía* indica que la población de Quito «pasa de 70.000 almas».

En fin, T. Wolf, uno de los profesores de la Politécnica de García Moreno, en su monumental *Geografía del Ecuador* publicada en Leipzig en 1892, hace suyos los cálculos «aproximativos» de Cevallos para el Ecuador y de Hassaurek para Quito:

> El Ecuador tiene algo más de un millón de habitantes. No existe un censo exacto, ni para las poblaciones principales del país, y respecto a las dilatadas regiones del Oriente será imposible hacerlo todavía por mucho tiempo... Difícilmente se comprenderá en el exterior que para la capital

[11] Cit. por Enríquez, vol. II, pp. 168 y 175.

[12] Cit. por Wolf, p. 600.

[13] E. Enríquez, *op. cit.*, vol. II, p. 187.

[14] P. F. Cevallos, *Resumen de la historia del Ecuador desde su origen hasta 1845* (1889), Ambato, 1986, 6, pp. 24 y 207.

> de la República no existe todavía ningún censo medianamente exacto. Enorme es la diferencia de las cifras que los autores dan para el número de los habitantes... Me parece que Quito actualmente tiene menos que al tiempo del coloniaje, de ningún modo ha crecido en este siglo [15].

Las clases sociales, a comienzos de la República, eran más o menos las mismas que a finales de la colonia y en tiempos de la independencia. Triunfante la libertad, surgió como nuevo grupo dominante el de los *altos jefes militares de las tropas independentistas,* algunos de los cuales, de origen extranjero (muchos neogranadinos y venezolanos, unos cuantos ingleses y franceses, algún alemán y uno que otro chileno), se establecieron en el Ecuador y, mediante matrimonios de ocasión con las ricas herederas de la vieja aristocracia colonial, alcanzaron rango y fortuna, mientras ellas, con sus familias, mantenían los antiguos privilegios.

La libertad de comercio puesta en vigencia por la emancipación permitió el desarrollo de los *comerciantes,* como grupo cada vez más poderoso, particularmente en Guayaquil, cuyas actividades portuarias se acrecentaron, tanto para la importación como para la exportación, en especial del cacao que, a partir de la Guerra del Pacífico entre Chile con Perú y Bolivia, logró un nuevo «boom» que duraría hasta 1920.

Aparecieron también los *primeros banqueros,* cuyos accionistas, poco numerosos, fueron al comienzo los más importantes comerciantes que requerían de tales operaciones para su negocio, más unos pocos terratenientes de la vieja aristocracia colonial que con visión de futuro deseaban mantener su dominio económico, en proceso de declinación ante el avance mercantilista.

En las clases populares, sobre todo a partir del establecimiento por García Moreno de la Escuela de Artes y Oficios, surgen como grupo de importancia los *artesanos* que restablecen sus gremios y comienzan a participar activamente en la vida cívica y religiosa. Entre ellos, por sus indispensables tareas, ocupa especial lugar el barbero: «El gremio barberil gasta en Quito —testimonia Avendaño— una especie de uniforme. Viste corto calzón, medias, zapato con hebillas, blanca camisa de algodón, y pañuelo al cuello con gran lazo. No lleva chaleco ni chaqueta, sino un ancho jubón o almilla de rayada tela y sin mangas» [16].

[15] Cit. por T. Wolf, *Geografía y geología del Ecuador* (1892), Quito, 1976, p. 600.
[16] J. de Avendaño, *op. cit.,* p. 118.

Y surgen, también, los *pequeños comerciantes* que, imposibilitados de establecerse en locales propios, ocupan durante el día los portales de la plaza Grande, Arzobispal y Municipal, llamado este último «de Salinas» por haber sido propiedad del prócer una de las casas allí situadas; y el del Colegio de los Sagrados Corazones, antiguo Convictorio de San Fernando.

Ese comercio estaba a cargo de las *cajoneras* o *bolsiconas,* que tanto impresionaban a los viajeros extranjeros de paso por la capital. Osculatti, en 1847, las definía como mestizas, «cuyo color no difiere del de las españolas» [17], y Holinski las elogiaba al recordar que

> los edificios públicos y privados tienen delante portales animados por las tiendas y numerosos estantes de las cajoneras, que son a menudo jóvenes y bonitas. Estas vendedoras de pacotilla llaman a los viandantes con la voz, la sonrisa y la mirada... Con todos sus defectos, las bolsiconas o modistillas de Quito son excitantes criaturas. Incultas flores de los Andes, tienen una suavidad particular. Dan color y animación a la población que es marco de su curiosa existencia. Este nombre español de bolsiconas viene de bolsa, a causa de los bolsillos que estas señoritas o señoras llevan en sus faldas. Los indios las llaman, a causa de su costumbre de no llevar zapatos ni medias, *llapangas,* que quiere decir en lengua quichua descalzas. Con estos dos títulos, el uno más fino y el otro más expresivo, se conoce una democracia femenina compuesta de diversos tonos de color, pero que comprende muchos rostros blancos y sonrosados... Quitad las bolsiconas que a fuerza de mostrarse parecen la mayoría de la población —concluye Holinski—, y Quito será la sede privilegiada del aburrimiento... [18].

La gran masa indígena continúa en servidumbre, víctima de explotación. Tímidamente surgen los primeros intentos para redimirla de su triste suerte. Olmedo había pronunciado en las Cortes de Cádiz su famoso «Discurso sobre las mitas», publicado luego en Londres con prólogo de Rocafuerte, pero ninguno de ellos, en su acción de gobierno ya durante los primeros años de la República, pudo atender efectivamente el problema.

Fue quizá el general Urvina el primero de los gobernantes en preocuparse por los indios en su mensaje al Congreso de 1852:

[17] Cit. por Toscano, p. 307.
[18] Cit. por Toscano, pp. 229-230.

La protección y mejora de la clase desgraciada de los indígenas merece ocupar la atención de la Legislatura. No se oculta que tanto las leyes como las costumbres que engendró y produjo la Conquista, colocaron y mantienen a la raza indígena en una condición que tiene todos los caracteres de la más oprobiosa esclavitud. La Independencia de la Metrópoli ha sido poco fructuosa, si no estéril, en resultados felices bajo este aspecto. Los indios son los ilotas del Ecuador; fecundizan la tierra con su trabajo, erogan gruesas contribuciones para el sostenimiento del culto y aumento de los fondos del Erario Nacional y en reciprocidad no obtienen del orden social sino una suma muy limitada de sus bienes [19].

La manumisión de los esclavos negros por el general Urvina, en 1851, fue otro paso efectivo en los afanes por cambiar la estructura social heredada de los tiempos coloniales; sin embargo, la población negra en todo el Ecuador era más bien reducida y en Quito, particularmente escasa, por lo que la libertad de los esclavos poco incidió en la estructura social.

El tributo de los indios, capitación de tres pesos que era como un verdadero dogal sobre cada uno, fue abolido en 1857. García Moreno, preocupado sinceramente del indígena agobiado por ese impuesto personal, combatió contra tal exacción en el Congreso y ayudó a abolirlo. Le correspondió también, enérgico civilizador como era, ser el primero en preocuparse de modo efectivo por establecer las primeras escuelas y los primeros normales para indios, dando para ello el ejemplo en la hacienda de Guachalá, que él arrendaba, donde abrió un establecimiento al efecto con fondos de su propio peculio. Se preocupó, además, del campesino indígena, obligado a veces por los hacendados y aun por funcionarios del Estado a trabajar gratis en las carreteras que el presidente hacía construir. He aquí sus palabras:

Es un deber de justicia pagar a los peones su jornal...; ninguno puede ser obligado a trabajar gratuitamente en ninguna obra pública; y eso de llamar voluntarios a los infelices que van a trabajar gratis careciendo de pan, es una burla sangrienta, un delito que clama venganza al cielo, un atentado que ninguna autoridad puede cometer y que no debo tolerar...

Sin contemplaciones exigió a los terratenientes el pago de salarios a sus jornaleros, lo que le valió la animosidad de buena parte de ellos.

[19] Cit. por E. Ayala (ed.), *Nueva historia del Ecuador,* Quito, vol. 7, 1990, p. 189.

Pero fue don Juan León Mera el primero en manifestar, más que conmiseración, una verdadera aunque dolida admiración por la raza vencida al elevarla a la categoría de motivo de orgullo nacional y fuente de inspiración estética y literaria. Ya hemos mencionado, por otra parte, la célebre frase de Montalvo que refleja la dolorosa situación del indio.

El general Eloy Alfaro, famoso caudillo liberal, fue otro de los grandes magistrados del Ecuador que realizó, al finalizar el siglo XIX, intentos por mejorar la situación de los indígenas, a los que concedió el amparo legal de pobreza para los litigios judiciales.

La tenencia del suelo urbano y periférico

«Constrúyanme un patio y si sobra dinero, los cuartos alrededor», dicen que pedían los grandes propietarios de la ciudad a los alarifes coloniales. Los recursos, provenientes de encomiendas, haciendas y obrajes, les permitieron edificar sus mansiones en la ciudad, generalmente de un piso, dada la peligrosidad de los terremotos. Luego comenzaron, tímidamente, a levantarse casas de dos pisos. «¡Casa en Quito y hacienda en los Chillos!» era ya para fines del siglo XVIII el gran ideal de las clases acomodadas de la capital. A lo largo del siglo XIX se consolida la vieja aristocracia, afianzada en su poder con el advenimiento de las nuevas élites militares o de la nueva clase de comerciantes enriquecidos. Entonces los propietarios de los grandes latifundios son también con frecuencia dueños, a la vez, de una o varias casas en Quito y de agradables fincas campestres en las llanuras cercanas a la ciudad, Iñaquito al norte y Turubamba, al sur.

El régimen de trabajo de los indígenas, no obstante la abolición del tributo que cobraba el Estado y los esfuerzos garcianos por hacer que se les pagaran jornales cuando construían los caminos que iban a beneficiar las haciendas por donde cruzaban, sigue siendo el mismo «concertaje», consistente en un forzado acuerdo impuesto por el patrón a los indígenas, según el cual éstos se obligaban a trabajar a cambio de usufructuar una parcela de terreno, el *huasipungo* —cuya propiedad seguía siendo del hacendado y una mínima paga, usualmente en especies, que le era computada a precios por lo general usurarios, de manera que el indio concierto devenía en deudor de su amo, sin que nunca lograse redimir su deuda. Ni siquiera le quedaba el arbitrio de escapar, pues la

prisión por deudas era institución jurídica. Verdadero siervo, el huasipunguero se contentaba con una producción hortícola de subsistencia y aun debía dar gracias al patrón blanco (y a veces también mestizo) que le facilitaba aperos, sobrantes de semillas y utilizar el agua de sus acequias, recoger leña y pastar las escasas ovejas que el indio alcanzaba a poseer. Ni siquiera la muerte les libraba, pues las deudas contraídas eran heredadas por sus hijos, a quienes se trasladaba, en consecuencia, la correspondiente obligación de sus padres. Los que de algún modo se liberaban migraban a las ciudades, y ante todo a Quito, donde realizaban los menesteres más humildes, como la limpieza de la ciudad —los *capariches,* generalmente provenientes de Zámbiza—, las tareas de carga, o, rotativamente, sin perder el vínculo con el patrón, el cuidado de las casas en calidad de *huasicamas.*

Los viajeros que llegaban al Ecuador y particularmente a Quito no podían sino observar asombrados estas dolorosas realidades y dejar constancia de ellas. «Esta ciudad puede llamarse totalmente india», decía el italiano Osculatti refiriéndose a Quito en 1847 [20]. «Los indígenas son infatigables —testimoniaba el consejero Lisboa—. Durante días enteros marchan llevando fardos bajo los cuales se doblegaría una mula; no reposan sino una o dos veces para tomar su alimento...» Y Charton añadía: «Ellos son los siervos que hacen el trabajo penoso de la República: ellos son los que labran la tierra y las bestias de carga» [21]. Particularmente les llamaba la atención el *huasicama.* «Es éste un individuo indispensable en todas las casas de Quito —afirmaba Avendaño—. Especie de portero, limpia el patio, y sirve al propio tiempo de aguador... Los huasicamas son por lo común casados y se les da para habitación el cuarto bajo del patio más próximo a la puerta» [22].

El campesino mestizo iba, por lo general, adquiriendo jerarquía sobre los indígenas, con frecuencia realizando faenas de mayordomía en las haciendas, luego afincándose en las parroquias rurales y hasta en las cabeceras cantonales, presto a beneficiarse a doble mano: de una parte, oprimiendo a los indios con mayor saña que sus mismos comunes patrones, y por otra, cuando ello era posible, perjudicando a éstos con sisas y cuentas alegres.

[20] *Vid.* H. Toscano, *op. cit.,* p. 307.
[21] Cit. por E. Enríquez, *op. cit.,* II, pp. 149 y 176.
[22] J. de Avendaño, *op. cit.,* p. 117.

La nueva estructura republicana va consolidando las provincias y multiplicando poco a poco los cantones, en cada uno de los cuales la principal de las parroquias rurales cumple funciones de cabecera. Cada una de éstas va lentamente convirtiéndose en centro intermediario de poder entre la ciudad y el campo, y algunas logran ostentar verdadera importancia. No es raro, a lo largo del siglo, que una que otra aspire a convertirse en capital de una nueva provincia, y a veces los líderes republicanos premian el apoyo político recibido accediendo a tal aspiración. No faltan los cortesanos que quieren hacer méritos bautizando la nueva provincia con el nombre del caudillo dominante, así, por ejemplo, Urvina quiere denominar a Loja provincia «Flores»; o durante la dictadura de Veintemilla se pretende denominar con el apellido del capitán general a la nueva provincia del Carchi, intentos felizmente fallidos. Quito conserva siempre la capitalidad, tanto del cantón, cuanto de la provincia y la República. Y sus parroquias rurales de Machachi y Cayambe (ésta adscrita durante algún tiempo a la provincia de Imbabura) adquieren, a lo largo del siglo, la categoría de cabeceras cantonales, aquélla del que se denomina Mejía en 1883 y ésta del que manteniendo su propio nombre se establece definitivamente en 1884.

El lento crecimiento de Quito en el XIX puede apreciarse al comparar con el de Jorge Juan los planos que de la ciudad se trazan a lo largo del siglo. «Las diferencias son tan pequeñas —dice Paz y Miño— que no alteran apreciablemente el contorno general ni el área de la ciudad...» [23]. El primero de esos planos es el de Villavicencio, publicado en su *Geografía...* (1858). La ciudad ha logrado sobrepasar, por medio de seis puentes, la gran quebrada de Jerusalén que baja desde la Cantera hasta el Machángara, y se han formado al otro lado, al pie del Panecillo, dos calles largas en sentido este-oeste y seis cortas en dirección a la colina, donde hay muchos tejares; en una de ellas, la de Yavirac, se encuentra la casa de aquel autor con sus colecciones de naturalista y por la misma zona el Lazareto, en la parte posterior del antiguo noviciado de los jesuitas, hoy Hospicio. La otra gran quebrada, que baja bordeando la iglesia de El Tejar, aparece totalmente descubierta hasta la actual calle Cuenca, entonces llamada de San Francisco, y vuelve a aparecer algo al oriente de la Guayaquil, a la sazón denominada calle del

[23] Paz y Miño, p. 27.

Comercio, desde donde continúa hacia el río con el nombre de quebrada de Manosalvas, mientras en el resto (entre las dos vías mencionadas) ha sido casi totalmente cubierta con edificaciones hechas sobre alcantarillas y arquerías de cal y canto. La ciudad se termina, hacia el norte, en la plazuela de San Blas, desde la que parten bordeando la Alameda, con muy pocas construcciones, las calles de Santa Prisca (hoy 10 de agosto) y la de Guangacalle (hoy Gran Colombia); y hacia el sur, al pie del Panecillo, en cuyo lado occidental la iglesia y panteón eclesial de San Diego están ya en las afueras, con muy pocas construcciones cercanas, mientras por el lado oriental la plaza de la Recoleta es ya el fin de la ciudad y poco más abajo se alza el puente sobre el Machángara. La calle de la Loma tiene muy pocas casas, y la de San Marcos apenas si las posee en las tres primeras cuadras. La Capilla de El Belén está en sitio todavía despoblado. Algunas construcciones comienzan a trepar las laderas del Pichincha al oeste de la actual calle Chimborazo, entonces llamada de Fabara. Quito, en sus partes más amplias, apenas tiene un kilómetro y medio de ancho por otro tanto de largo, pero el núcleo central apenas si tiene ocho cuadras de parte y parte. Villavicencio traza en su plano el meridiano de Quito, que le sirve de base, desde las alturas de «la Chilena», laderas del Pichincha al oeste de San Juan, hasta el Machángara, bordeando la Recoleta; y siguiendo la tradicional orientación de los planos de Quito comenzada en el propio siglo XVI, pone el Pichincha en la parte alta, de manera que el Panecillo aparece hacia la izquierda y la Alameda hacia la derecha.

En 1875, bajo los auspicios de García Moreno, el jesuita P. Menten, profesor de la Escuela Politécnica, a base de su propio levantamiento topográfico, publicó un nuevo plano de Quito, grabado por Emilia Ribadeneira, el primero en aparecer a disposición del público que lo podía adquirir. La edición debió de ser muy reducida, pues quedan muy pocos ejemplares, rareza de bibliófilos. Pero Whymper, en su célebre obra sobre sus ascensiones a las altas cumbres de los Andes, reprodujo en 1892 otro plano de Menten, con la particularidad de que, por primera vez, de acuerdo a la cartografía moderna, se ubica Quito con el norte en la parte alta, el sur en la baja, el oeste a la izquierda y el este a la derecha. Comienza, entonces, el diseño de la ciudad con el parque de La Alameda, ya ajardinado, con callejuelas que desde el Observatorio Astronómico parten radialmente: las calles que le circundan son el camino al norte y el que va a Tumbaco, Pifo y Papallacta; termina la ciu-

dad con el Panecillo, bordeado por dos caminos que van, el uno a Lloa, y el otro a Machachi. Detalle importante, que demuestra gran avance, es la existencia del hotel Giacometti, en la calle Venezuela, cerca de la Sucre. Por lo demás, muy poco ha crecido la ciudad respecto al plano de Villavicencio, que a su vez poco ha aumentado con referencia al de Jorge Juan, en el siglo anterior. La orientación está dada también por el meridiano de Quito [24].

Uno de los primeros graduados de la Escuela Politécnica, J. G. Pérez, hace en 1888 un plano de Quito a escala 1:100 por encargo del municipio, que le sirve de base para una edición litografiada en París, luego reproducida esquemáticamente por Wolf en su *Geografía...* (1892). Se mantiene la tradicional ubicación, con el Pichincha en la parte alta del plano; el Itchimbía hacia la derecha de la parte baja; el Panecillo, a la izquierda, y la Alameda a la derecha, parque que ya aparece con las dos lagunas. La antigua Recoleta dominicana es ya el Buen Pastor; junto a la de San Diego aparece el nuevo cementerio del mismo nombre, a cuyo lado sur se ha trasladado el Lazareto. Como novedades respecto del plano anterior hay que señalar el Protectorado, en la zona de San Roque; el cementerio adjunto a la iglesia de El Tejar; el Teatro Sucre donde antes estaba la Carnicería, cuya plaza comienza a llamarse «del Teatro». Todavía aparece la plaza de Santa Clara, que a comienzos del siglo XX desaparecerá transformada en mercado cubierto. La plaza Grande está ya totalmente ajardinada, al igual que la de Santo Domingo en torno a la estatua de Sucre, primer gran monumento broncíneo en la ciudad, inaugurado el 10 de agosto de 1892. Las calles de La Loma y San Marcos se han extendido dos o tres cuadras hacia el este, siempre bordeadas por las tres grandes quebradas, que siguen iguales.

Como datos interesantes sobre la ciudad en esta época conviene recordar que «la provisión de agua a las casas particulares la efectuaban los aguateros, que en pondos o maltas grandes la recogían en las pilas y surtidores o sapos de agua y la llevaban a las casas para llenar los tanques, barriles, tinas o pondos, prevenidos para tal efecto»; hasta 1900 el alumbrado particular se efectuaba con espermas, velas de sebo, o lámparas de queresono. Y el alumbrado público, en algún tiempo, consistía en faroles altos, con lámparas de queroseno, y después era atendido por

[24] E. Whymper, *Travels Amogst the Great Andes of the Equator*, Londres, 1892, p. 167.

los dueños de casa. En la puerta de calle se colgaba un farol con una vela de sebo o una lamparita de queroseno [25].

Los cambios en la estructura económica

En el siglo XIX aumenta de modo creciente el poder de los grandes exportadores costeños, sobre todo por el «boom» del cacao, a partir de mediados de la centuria, que disputan el predominio a los latifundistas serranos, con los que de hecho se alternan como clase dominante y aun llegan a sobrepasarles.

La ampliación del comercio exterior de la República determina la aparición de los primeros banqueros, especialmente en Guayaquil, y luego en la capital de la República. Los grupos de la sierra, en general, y de Quito, en particular, a duras penas lograrán competir con la fuerza emergente de la influyente burguesía porteña, dotada de singulares aptitudes positivas, como inteligente visión y tenacidad, pero también desmedidas ambiciones, agresividad y, a veces, voraz falta de escrúpulos.

En la pugna de intereses entre esos dos poderosos grupos, que se perfila ya desde los comienzos de la República, el poder militar suele aparecer como solución recurrente, periódicamente autoerigido en árbitro supremo detentador de facultades omnímodas, por lo general arbitrario, que suele justificar su acción dictatorial con proclamas que apelan al patriotismo y espíritu cívico de los ecuatorianos. El predominio de los militares no pudo sino originar testimonios como el del brasilero Lisboa, que en 1853 decía: «Lo que domina en el país es la espada.» Urvina, Franco y Veintemilla (este último quiteño) son, a lo largo del siglo XIX, los gonfalonieros de ese modo de actuar, todos ellos con Guayaquil como plaza fuerte, enemigos del gran campeón del civilismo, García Moreno, guayaquileño que desde Quito intenta dominar el militarismo apelando a rigurosas medidas, guiado del propósito de que «prevalezcan las garnachas sobre las charreteras». Es también típica muestra de esa creciente bipolaridad en el Ecuador otra expresión de García Moreno, quien consideraba suprema felicidad «nacer en Guayaquil y morir en Quito».

[25] L. T. Paz y Miño, *Cartografía quiteña. Apuntaciones para una geografía urbana de Quito*, México, 1960, p. 25.

En cuanto a las clases populares, la realidad social se mantiene con pocas variaciones. Apenas si debe señalarse un afianzamiento de los antiguos gremios artesanales constituidos con fines de ayuda mutua, que con la educación técnica especializada que empieza a impartirse en la Escuela de Artes y Oficios creada por García Moreno adquieren nueva estructura, perdido el antiguo papel de enseñanza que tenían en la colonia, con aprendices, oficiales y maestros. Los nuevos gremios siguen vinculados a la iglesia, y cada uno continúa formando por lo general una cofradía, pero poco a poco van alcanzando mayores autonomía y secularización.

La raza indígena continúa opresa.

> Aunque la república se haya librado hace más de cincuenta años del yugo de los españoles —relata Charton—, no hay que creer que la suerte de los desgraciados indígenas se haya modificado notablemente. Se les emplea en acarrear fardos aplastantes; se los vende como bestias de carga; se les priva de todo derecho civil. Son los únicos reclutados a la fuerza para servir como soldados, pues los blancos no quieren entrar en el ejército sino a título de oficiales... [26].

La gran historia urbana

A lo largo del siglo Quito ha sido, a la vez, escenario y testigo de varios de los más notables acontecimientos en la vida de la República del Ecuador, jubilosos unos, dramáticos y aun trágicos otros. Durante la primera presidencia del general Flores, por ejemplo, y mientras él se hallaba fuera de la ciudad, ocurrió en la madrugada del 19 de octubre de 1833 un asalto al cuartel por los miembros de «El Quiteño Libre», grupo de oposición que dirigía el aguerrido periódico del mismo nombre. La intentona fracasó al ser rechazada sangrientamente, pues las tropas estaban sobre aviso y cuatro líderes cayeron muertos, entre ellos el coronel Hall, un inglés antibolivariano, discípulo de Jeremías Bentham. Al clarear el día, sus cuerpos aparecieron colgados de sendos postes y desnudos. El hecho horrorizó a todos y aun cuando Flores no participó en él sus opositores le responsabilizaron de la masacre.

La llegada a Quito del presidente Rocafuerte el 19 de abril de 1835,

[26] E. Enríquez, *op. cit.*, II, pp. 131 y 168.

tras la victoriosa pero sangrienta batalla de Miñarica, luego de su entendimiento con el general Flores, vencedor de aquel encuentro ocurrido cerca de Ambato, marca el comienzo de su memorable acción de gobierno que, en realidad, puso las bases para la organización de la República recién instaurada en 1830. De los muchos acontecimientos que protagonizó el presidente solían llamar la atención sus intempestivas visitas a escuelas y colegios para examinar personalmente a los alumnos y comprobar el cumplimiento del deber por parte de los profesores, así como las invitaciones de artistas e intelectuales a la mesa presidencial.

El general Urvina, luego de su golpe de Estado en Guayaquil, tuvo el acierto de abolir la esclavitud el 25 de julio de 1851. Ratificado el trascendental acontecimiento por la Asamblea Constituyente, buen número de los manumitidos pasaron, ya sin amos, a constituir los batallones de «Tauras», así denominados por la hacienda cercana a Guayaquil de donde procedían en su mayoría, guardia pretoriana del presidente Urvina que se hizo tristemente célebre por sus campantes abusos contra cuantos no eran partidarios de su liberador. El 21 de noviembre de 1852 fueron encargados de llevar a cabo la nueva expulsión de los jesuitas, poco antes traídos al país por García Moreno.

> En obsequio de la verdad —confiesa Lisboa— debo decir que los robos no son frecuentes en Quito, y si alguno se comete, es por la tropa de los Tauras y no por la gente del pueblo... Hay pocos negros en Quito y la mayor parte de los que se ven son soldados de un escuadrón llamado Tauras, compuesto todo de hombres de color... La osadía de los tauras era tal que dos de ellos se atrevieron a atacar un correo que transportaba valores en las propias puertas de la ciudad... los frecuentes castigos que sufren no doman a estos hombres desenfrenados... [27].

Durante la presidencia del general Robles, ante las amenazas del presidente peruano mariscal Castilla, que había bloqueado las costas ecuatorianas, la capital fue trasladada a Guayaquil, contrariando la Constitución, lo que motivó la airada protesta del municipio de Quito, publicada en la imprenta de V. Valencia. Éste y tres de los concejales fueron apresados. Al ser conducidos al destierro los munícipes lograron escapar, no así Valencia, que fue asesinado. Su nombre se convirtió en símbolo de la libertad de imprenta e industria.

[27] *Ibid.*, pp. 130-131.

La crisis de 1859 fue ocasión para que accediera al poder la enérgica figura de García Moreno. Su vigorosa lucha contra el militarismo le llevó a cometer varios excesos contra sus opositores, que generalmente le han sido criticados, tales como la flagelacion del general Ayarza, de raza negra, el fusilamiento del general Maldonado y la muerte en prisión del doctor Juan Borja. Quito presenció asombrado aquellos dolorosos acontecimientos, pero también, como consecuencia, la implantación de la disciplina colectiva que permitió la titánica obra positiva del gobierno garciano. Particularidad digna de citarse es que la Constitución de 1869, inspirada en el pensamiento de García Moreno, exigió profesar la religión católica como requisito para la ciudadanía y factor de unidad, considerando la casi inexistencia de miembros de otras confesiones religiosas y menos aún de incrédulos, norma que despertó enconadas reacciones. El 25 de marzo de 1874 en solemne ceremonia se realizó en la catedral la consagración del Ecuador al Corazón de Jesús: toda la ciudad fue embanderada, el ejército en formación rindió honores y el pueblo concurrió masivamente para este acto de trascendencia espiritualista que luego fue imitado por otras naciones del mundo. El jueves 3 de junio de 1875, Quito contempló alborozada la primera iluminación nocturna de la ciudad mediante la energía eléctrica, en experimento realizado en la plaza Grande por los profesores de la Politécnica padres Brugier y Kolberg [28]. Pero el 6 de agosto de 1875 murió García Moreno asesinado por un sectario grupo de complotados que le asaltaron al subir las gradas del Palacio de Gobierno. «Muere, tirano», gritaban F. Rayo, al asestarle 14 machetazos, y R. Andrade, al disparar su pistola. «¡Dios no muere!», alcanzó a contestar el magistrado al caer. El pueblo de Quito, que amaba a García Moreno, lloró su muerte y acompañó multitudinariamente sus funerales.

La persecución a la Iglesia por la dictadura del general Veintemilla cobró 20 víctimas el 1 de marzo de 1877 cuando en la plaza de San Francisco fue abaleado el pueblo que había acudido en defensa del franciscano español padre Gago, al que se pretendió apresar acusado de ataques al gobierno en un sermón predicado esa mañana. Protestó el arzobispo de Quito, monseñor Checa, asesinado seis días después, mientras celebraba la misa de Viernes Santo. La investigación demostró que el vino utilizado en la ceremonia había sido envenenado. El juicio que

[28] Villalba, en Kolberg, *op. cit.*, p. 13.

se instauró puso en evidencia la autoría y participación en el crimen de un reducido grupo de áulicos del dictador. El 14 de noviembre de 1877 hubo un primer fallido y sangriento combate al atacar la capital los opositores de Veintemilla, acaudillados por el general Yépez. Pero el 10 de enero de 1883, Quito, defendida por tropas que dirigía Marieta, la joven sobrina del dictador —quien había viajado poco antes para hacerse fuerte en Guayaquil—, fue tomada a sangre y fuego por un poderoso ejército comandado por el general Salazar. El 9 de julio de ese mismo año fue tomada Guayaquil por una alianza de fuerzas de todos los partidos políticos coaligados para poner fin al septenio dictatorial.

Elegido Caamaño como presidente de la República, quizá su más importante obra fue la unión de Quito con Guayaquil mediante el telégrafo, inaugurado el 9 de julio de 1884 con el primer telegrama entre las dos ciudades y el envío por el presidente de sendos mensajes a sus colegas del continente, ya que hasta Guayaquil llegaba, desde la época garciana, el cable submarino.

El gobierno de Flores Jijón inauguró en junio de 1892, en el Pabellón expresamente construido al efecto en la Alameda, una exposición preparatoria de las que debían celebrarse en Chicago y Madrid para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América. Junto a los productos agrícolas del Ecuador y a los de la incipiente industria se presentó una muestra de cuadros de los insignes pintores Salas, Cadena, Manosalvas, Pinto, Troya, Araujo, Martínez y Salguero.

La revolución liberal estallada en Guayaquil el 5 de junio de 1895 se consolidó con el triunfo del general Alfaro en Gatazo, cerca de Riobamba, y poco después, el 4 de setiembre, entró en Quito el nuevo jefe supremo, fríamente recibido por escasos partidarios. Las guerrillas conservadoras no tardaron en estallar en varios lugares del país con la consecuente represión. Al fallecer ya anciano P. Herrera, colaborador de García Moreno y ex vicepresidente de la República, tomó la palabra el joven periodista V. L. Vivar, contra quien se dio orden de prisión; capturado al fin, fue conducido al cementerio de San Diego y asesinado allí por orden del general M. A. Franco el 6 de agosto de 1896. El general Alfaro fue elegido presidente constitucional de la República por la Asamblea Constituyente el 13 de enero de 1897. En 1899 un nuevo alzamiento conservador en el norte de la República avanzó sobre Quito, donde las fuerzas liberales levantaron barricadas los días 15, 16 y 17 de enero, pero el asalto no llegó a producirse, pues los sublevados prefirie-

ron pasar de Pifo a Tambillo y marchar hacia el centro, donde la guerrilla terminó por desbandarse [29].

Los terremotos

En 1802 se escuchan grandes detonaciones volcánicas en el valle de los Chillos, de las que da fe el propio Humboldt, atribuidas ya sea al Antisana, ya al Reventador (3.485 m), aislado volcán situado en la planicie amazónica, al pie de los Andes, junto a la línea equinoccial, apenas a 90 kilómetros de Quito en línea recta. En 1803 se produce la primera erupción del Cotopaxi en el siglo XIX. En 1830 reinicia su actividad el Guagua Pichincha, que arroja columnas de humo, inquieto hasta 1881.

Del 13 al 15 de setiembre de 1853 hizo erupción el Cotopaxi, visible desde Quito, época en la que el gran pintor norteamericano Frederic Edwin Church se hallaba en el Ecuador y pudo dejar testimonio en grandes lienzos del famoso volcán [30].

En 1856 vuelve a dejarse sentir el Reventador, cuyos bramidos se escuchan en Quito, donde cae una lluvia de cenizas de hasta un centímetro de altura, al igual que en parte de la sierra norte [31].

El 22 de marzo de 1859 se produjo el más fuerte terremoto de todo el siglo en la provincia de Pichincha, que, aunque felizmente no ocasionó un gran número de muertos, arruinó muchísimas casas de la ciudad, no pocos edificios cayeron totalmente demolidos y casi todas las iglesias perdieron sus torres, que permanecieron largo tiempo desmochadas [32].

Casi 10 años más tarde, el 16 de agosto de 1868, se produjo el terrible terremoto de Ibarra, que destruyó totalmente aquella ciudad y otras de la provincia de Imbabura como Otavalo, Cotacachi y Atuntaqui, al igual que Cayambe y Tabacundo. En Quito se sintió el estremecimiento con gran intensidad y causó también varios daños en los edificios, ya resentidos con el terremoto de 1858. Las víctimas en Imbabura sobrepasaron los 20.000 muertos. García Moreno, designado jefe civil y mili-

[29] W. Loor, *Eloy Alfaro* (1947), Quito, 1982, p. 460.

[30] K. Manthorne, *Creation & Renewal. Views of Cotopaxi by Frederic Edwin Church*, Washington, 1985.

[31] M. Hall, *El vulcanismo en el Ecuador*, 1977, p. 75.

[32] T. Wolf, *op. cit.*, p. 423.

tar de la zona devastada, organizó el salvamento y la reconstrucción uniendo a sus características eficacia y energía un alto sentido de humanitarismo contrastante con la imagen de crueldad que solían atribuirle sus adversarios políticos y que es hasta ahora cultivada por sectores extremistas de signo anticatólico.

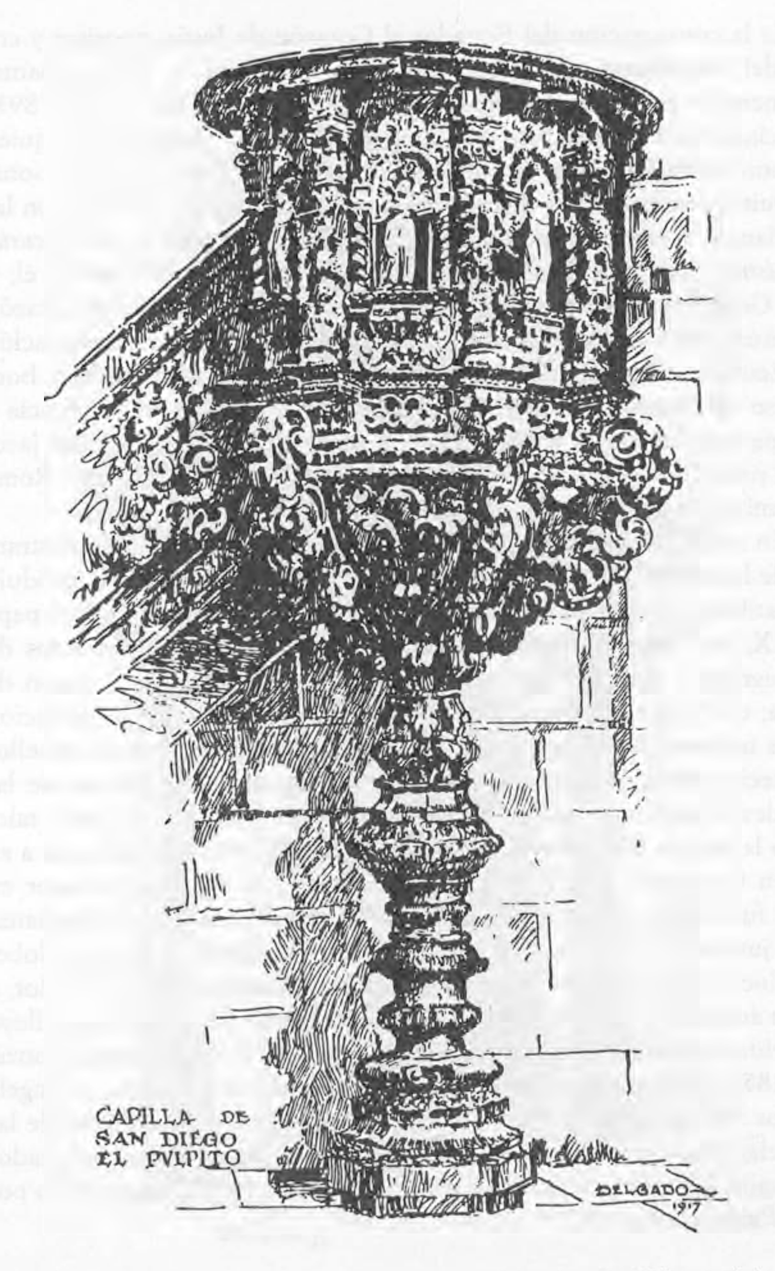
El 26 de junio de 1877 nuevamente volvió a erupcionar el Cotopaxi que en ese mismo año hizo otras tres erupciones menores, causando enormes daños en las poblaciones. El flujo torrencial de lava y lodo bajó por el río Cutuchi hasta el Patate, el Napo y el Amazonas, y por los ríos Pita, San Pedro y Guayllabamba, en la hoya de Quito, hasta el Esmeraldas y el océano Pacífico. La ciudad de Quito fue cubierta por una intensa lluvia de cenizas. En toda la zona afectada murieron centenares de personas y millares de cabezas de ganado. El Cotopaxi fue el volcán más activo durante el siglo XIX y además de las grandes erupciones mencionadas produjo otras, menores, pero visibles también desde Quito, en 1878, 1879 (tres veces), 1880 y 1882, además de que en 1863, 1866, 1883 y 1885 arrojó solamente coladas de lava que, al bajar por sus flancos, derritieron la nieve y originaron espesas torrenteras desoladoras desaguadas por los ríos Cutuchi y Pita [33].

El Reventador volvió a erupcionar en 1894 y 1898, con lluvia de cenizas en la sierra y, desde luego, en Quito.

La Iglesia en el siglo XIX

El 13 de enero de 1849 la diócesis de Quito, hasta entonces sufragánea del arzobispado de Lima, fue erigida sede archiepiscopal por bula del papa Pío IX, tras reiterados pedidos a la Santa Sede. Primer arzobispo fue el mismo prelado diocesano anterior N. J. de Arteta y Calisto. Le sucedieron F. J. de Garaycoa (1851-1859), J. M. Riofrío (1861-1867), J. M. Yerovi (1866-1867), franciscano de egregias y heroicas virtudes que le concitaron, junto con su breve gobierno de la arquidiócesis, el amor y admiración de todos los sectores sociales, según se demostró en su sepelio, y los testimonios tanto de García Moreno como de Montalvo, y cuya causa de beatificación avanza en Roma; J. I. Checa y Barba (1868-1877), uno de los padres del Concilio Vaticano I, insigne promo-

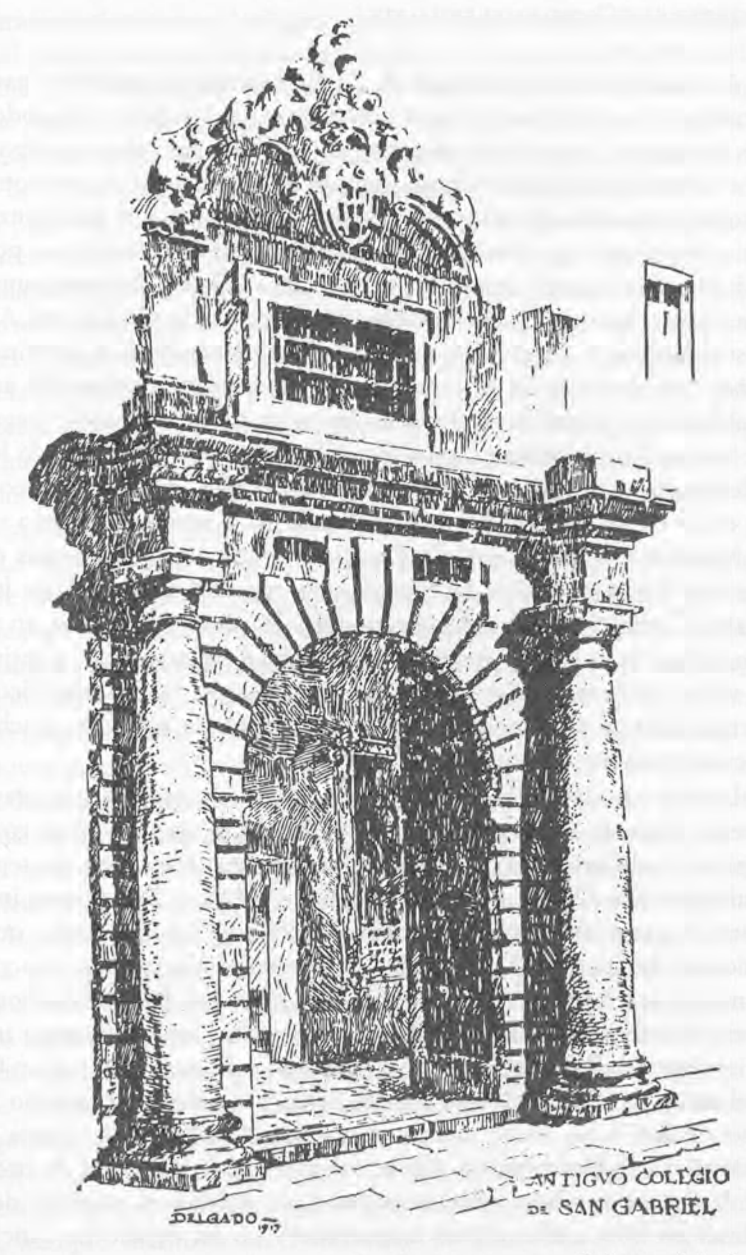
[33] M. Hall, *op. cit.*, pp. 63, 64 y 76.



Púlpito en la Capilla de San Diego. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

tor de la consagración del Ecuador al Corazón de Jesús, opositor y crítico del liberalismo, quien murió al celebrar la misa de Viernes Santo, envenenado por mano criminal y sacrílega; J. I. Ordóñez (1877-1893), negociador del Concordato en tiempos de García Moreno, con quien colaboró estrechamente, promotor del I Congreso Eucarístico Nacional en Quito, firme opositor doctrinario del liberalismo, de acuerdo con las enseñanzas al respecto de los sumos pontífices, y víctima de la *Mercurial eclesiástica,* virulenta diatriba que Juan Montalvo escribió contra él; y P. R. González y Calisto (1893-1904), llamado «el arzobispo del Corazón de Jesús», uno de los principales promotores del culto y consagración del Ecuador a esta advocación religiosa y notable orador sagrado, bondadoso de carácter, a quien le correspondió afrontar, con prudencia y energía simultáneas, la embestida de la revolución radical de signo jacobino; participó en el Concilio Pío Latinoamericano celebrado en Roma al terminar el siglo, una de cuyas sesiones presidió.

En medio de los avatares hubo grandes acontecimientos demostrativos de la espiritualidad decimonónica, tales como el júbilo que produjo la beatificación de Mariana de Jesús, «Azucena de Quito», por el papa Pío IX, en 1850; las eximias virtudes del obispo Yerovi; los actos de Consagración del Ecuador al Corazón de Jesús y luego al Corazón de María; el Primer Congreso Eucarístico Nacional en 1886; la iniciación de los trabajos de la basílica del Voto Nacional para perpetuar aquellos acontecimientos; la floración de almas entregadas a la práctica de las virtudes en grado heroico, a imitación de Santa Mariana de Quito, tales como la madre Mercedes de Jesús Molina (1828-1883), beatificada a su vez en Guayaquil por Juan Pablo II durante su visita al Ecuador en 1985, fundadora de las «Marianitas», religiosas dedicadas a la enseñanza de la juventud; Narcisa de Jesús Martillo (1833-1869), nacida en Nobol (provincia del Guayas); Rafaela de Veintemilla, hermana del dictador, a quien acompañó en su destierro a Lima, la capital peruana, donde llevó una vida de oración, caridad fraterna y sacrificio; Zoila Salvador González (1855-1895), llamada en Quito «el ángel de la caridad», y Ángela Muñoz M., de Pujilí. Mención aparte merece el hermano Miguel de las Escuelas Cristianas (1854-1910), nacido en Cuenca e insigne educador de la niñez quiteña, beatificado por Paulo VI en 1977 y canonizado por Juan Pablo II en 1984.



Portada del Colegio San Gabriel. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

La cultura de Quito en el siglo xix

A raíz de la proclamación de la República *la enseñanza* pasó en buena parte a constituir uno de los deberes del Estado. No todos los que alcanzaron la primera magistratura cumplieron, sin embargo, esta tarea considerada fundamental, aunque se destacan algunos nombres, tanto en lo positivo como en lo negativo. En cuanto a la enseñanza primaria, merecen recuerdo especial Rocafuerte, iniciador de una política dinámica de progreso que había de continuar García Moreno, ampliándola hasta constituir el más notable empeño en todo el siglo xix. Ambos acostumbraban a acudir sin aviso a presidir exámenes y sabatinas. El número de escuelas de primeras letras, docentes y alumnos se amplió notablemente, sobre todo durante los años de gobierno del segundo, que trajo a los Hermanos de las Escuelas Cristianas y multiplicó los establecimientos de primeras letras en todo el país. Ambos se preocuparon de la educación femenina, Rocafuerte en el antiguo Beaterio y García Moreno, que hizo venir de Francia y Bélgica a las hermanas de los Sagrados Corazones y de la Providencia, respectivamente. Bajo los generales Urvina y Veintemilla, en cambio, la educación sufrió un retroceso, sobre todo por la denominada «libertad de estudios», consistente en volver voluntaria la escolaridad, lo que de hecho significó una merma tanto en el número de estudiantes como de escuelas, muchas de las cuales tuvieron que cerrarse.

La enseñanza media sufrió también, bajo este sistema, una grave reducción durante los gobiernos de Urvina y Veintemilla, pero gozó de singulares adelantos bajo Rocafuerte, el general Flores en su segunda administración, García Moreno, Caamaño y Alfaro. Rocafuerte intentó reformar y regularizar el antiguo Convictorio de San Fernando, que conoció una nueva época de esplendor (el propio García Moreno y Juan Montalvo se educaron allí), pero la llamada «libertad de estudios» del general Urvina dio al traste con ese desarrollo. García Moreno trajo a los jesuitas para la enseñanza de la juventud y se establecieron en Quito en el antiguo edificio colonial donde había funcionado el Colegio Seminario de San Luis, en la misma manzana ocupada por la iglesia de la Compañía y la Universidad. Aquel colegio, con la categoría de nacional que le permitía rentas oficiales suficientes, recibió el nombre de San Gabriel en honor al enérgico magistrado y no ha dejado de funcionar. El general Alfaro lo despojó de fondos estatales y creó por su parte, con

el característico signo ideológico de la revolución liberal, el colegio nacional Mejía, que comenzó a funcionar en el antiguo Beaterio, del que fueron desalojados los Hermanos Cristianos que lo habían ocupado desde su venida al Ecuador. Creó también don Eloy en Quito los normales Juan Montalvo y Manuela Cañizares para la preparación de maestros hombres y mujeres que sustituyesen a los religiosos en la educación primaria, ya que la educación oficial sólo podía tener profesores seglares. García Moreno y Alfaro son también las grandes figuras en la enseñanza especial: aquél creó sendas escuelas para el aprendizaje de las artes y la música, venidas a menos a raíz de su muerte; éste restableció el Conservatorio Nacional de Música. Y tanto Rocafuerte, como García Moreno y Alfaro se preocuparon de la profesionalización de los militares: el primero fundó una inicial Escuela Militar, que no prosperó; el segundo la implantó de nuevo y duró hasta el advenimiento del liberalismo, época en la cual el último de los indicados presidentes la recreó ya en forma definitiva, por lo cual lleva su nombre.

La secularizada *Universidad* de Santo Tomás de Aquino, en crisis desde finales del siglo XVIII, cuando tras la expulsión de los jesuitas se unificaron las rentas de la antigua Real Universidad de Santo Tomás, de los dominicos, con las de la Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, fue reorganizada por el Libertador Bolívar con el nombre de Universidad Central a raíz de la independencia, mediante decreto de 6 de noviembre de 1827, suscrito en Bogotá, según el cual debía tener facultades de Literatura y Bellas Letras, Filosofía y Ciencias Naturales, Medicina, Jurisprudencia y Teología. Rocafuerte, durante su presidencia, criticó el predominio que la Facultad de Jurisprudencia tenía y la excesiva proliferación de abogados, y promovió reformas reglamentarias, la más duradera de las cuales fue la adopción del lema *Omnia potentior est sapientia,* mantenido hasta hoy desde el 11 de febrero de 1836. García Moreno, electo rector en 1857, recién vuelto al país de su destierro en Europa, dio un notable impulso a la enseñanza de las ciencias, le dotó de laboratorios y propuso luego al Congreso de ese mismo año, como Senador, que se creasen una Escuela Industrial, un Museo de Máquinas y un Instituto Politécnico.

El 13 de febrero de 1869, al comienzo de su segundo gobierno, García Moreno transformó la Universidad de Quito en Escuela Politécnica, aunque mantuvo las Facultades de Medicina y Jurisprudencia como entes autónomos entre sí. A fin de reforzar la primera, a la que

dotó de equipo e instrumental expresamente importados, trajo de Francia a D. Domec, catedrático de Anatomía, y a E. Gayraud, de Cirugía, ambos de la Universidad de Montpellier. La Escuela de Obstetricia había tenido un primer ensayo en el segundo período del general Flores, con la obstetriz francesa C. Caseneuve. García Moreno la volvió a crear en 1872 encargándola a E. Sion, expresamente contratada en París para el efecto, establecimiento suprimido bajo la dictadura de Veintemilla en 1877.

La obra cumbre de García Moreno en materia de enseñanza superior fue la creación de la *Escuela Politécnica,* autorizada por la Convención Nacional el 27 de agosto de 1869. Abrióse el nuevo instituto el 3 de octubre del año siguiente con el fin de preparar arquitectos, técnicos, mecánicos, constructores de máquinas, ingenieros de minas, metalúrgicos, técnicos químicos, farmacéuticos, ingenieros, topógrafos y agrimensores, astrónomos, matemáticos, físicos y naturalistas. El mencionado instituto, que apenas tuvo seis años de duración, pues desapareció bajo el gobierno de Veintemilla, tras la muerte de su fundador, fue puesto bajo la dirección de sabios jesuitas, alemanes en su mayor parte —expulsados de su patria por la *Kultur-kampf* de Bismarck—, pero también franceses e italianos, 16 en total (Menten, Wolf, Sodiro, Dressel, Heis, Kolberg, Eppin, Millerdorf, Wezel, Bougier, Claessen, Faller, Elbert, Guinealdt y Houstteter), todos ellos eminentes en las diversas ciencias que debían enseñar. Dedicados a tiempo completo a la investigación y la enseñanza, lograron editar 63 publicaciones, entre tratados y monografías, básicas en el conocimiento científico del Ecuador. Para la eficacia de los conocimientos, García Moreno dotó a la Politécnica de gabinetes y laboratorios completos de Física, Química, Mineralogía y Geología. Inició los primeros museos de mineralogía, botánica y zoología, auspició el primer Jardín Botánico y el Observatorio Astronómico. Según el mencionado presidente, no podía haber Estado moderno sin desarrollo tecnológico y científico.

Aunque a poco de la muerte de García Moreno se restableció la Universidad, el general Veintemilla quiso intervenir en ella efectuando a su antojo la designación de autoridades y docentes, lo que originó protestas acalladas con violencia. A partir de 1883, con la Restauración, la Universidad Central inició un nuevo período de singular progreso, caracterizado por el luminoso rectorado del doctor C. R. Tobar (1884-1895) y la fundación de la revista *Anales,* que durante largo tiempo se

publicó en forma puntual y fue hito del avance cultural y científico del país. Al advenimiento de la revolución liberal, el general Alfaro designó rector al eminente jurisconsulto L. F. Borja. La Asamblea Constituyente de 1897 ratificó la antigüedad del secular instituto denominándole, mediante decreto, «Universidad Central de Santo Tomás de Aquino».

Los grandes artistas quiteños del siglo XIX

M. Samaniego (¿1766?-1824) fue el último representante y el más destacado de la pintura colonial a finales del siglo XVIII, fundamentalmente religiosa, y constituye el engarce con la del XIX, pues además de la imaginería devota comienza a desarrollar primeramente el retrato (aunque no lo prefería) y por fin el paisaje.

Entre sus discípulos el más importante fue A. Salas (¿1789?-1860), discípulo también de B. Rodríguez, fallecido a comienzos del XIX, origen de una numerosa familia de artistas que mantiene hasta nuestros días la fama de su progenitor. Fue él quien introdujo el retrato como temática principal del arte, pintando no solamente a Bolívar y Sucre, que posaron para él, sino también a sus generales, cuyos retratos pueden verse ahora en el «Museo-Archivo J. J. Flores» de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Fue uno de los primeros artistas en firmar algunos de sus cuadros. Sus numerosos hijos ayudábanle en su taller, que pudo admirar el pintor y viajero francés E. Charton a su paso por Quito. Fue éste quien dio testimonio, en uno de sus relatos publicados en París, sobre la fama y méritos del viejo patriarca de la pintura quiteña del pasado siglo. «Salas, en el curso de su vida —dijo— ha pintado más de 11.000 metros cuadrados de tela, sin tomar en cuenta lo que sus hijos pintarrajean bajo su dirección.»

Charton aprovechó su permanencia en Quito para fundar, hacia 1849, un Liceo de Pintura, donde tuvo varios alumnos, entre ellos dos hermanos Salas. Tres años más tarde se inauguró en Quito la Escuela Democrática Miguel de Santiago, el 31 de enero de 1852, círculo artístico literario que convocó varios concursos tanto de poesía como de pintura, cuyo vicepresidente J. A. Guerrero era también notable cultor de la pintura. A. Salas presidía el jurado sobre artes plásticas y actuaba como secretario J. P. Sanz, también acreditado pintor y arquitecto. Obtuvo el primer premio L. Cadena, que apenas tenía veintidós años, dis-

cípulo del viejo Salas y amigo y coetáneo de uno de los hijos de éste. Cadena, R. Salas y J. Manosalvas, nacido éste en 1840, fueron becados por García Moreno para perfeccionar sus estudios de pintura en Roma. Bajo la dirección del primero fundó don Gabriel la Academia de Bellas Artes en 1872, en la que los otros dos fueron profesores de pintura, a su retorno de Europa, mientras que de escultura lo fue el español J. González Jiménez, contratado al efecto. Tanto Cadena como Salas y Manosalvas fueron excelentes retratistas. Rafael Salas es autor del cuadro del Corazón de Jesús ante el cual se realizó la consagración del Ecuador en 1874.

El más famoso de los pintores quiteños del XIX fue, sin embargo, J. Pinto, nacido en 1842, quien sin dejar de lado temas religiosos de encargo, desarrolló la temática costumbrista y cultivó el paisaje. Pintó grandes y pequeños cuadros, inclusive miniaturas, y practicó el óleo y la acuarela. A. Salguero, nieto del viejo Salas, fue también pintor afamado, al igual que otros cinco Salas, nietos también de aquél. Todos ellos continuaron la trayectoria de la escuela quiteña y avanzaron al siglo XX.

Las letras

Quito fue fecundo campo para la acción cultural de varones insignes en las letras como Solano, cuencano; Rocafuerte, el poeta Olmedo y García Moreno, guayaquileños; Mera, Montalvo, y el insigne historiador P. F. Cevallos, ambateños. Salvo Rocafuerte, educado en París, todos los mencionados hicieron sus estudios básicos en la capital, principalmente en el Colegio de San Fernando y en la Universidad. Como grandes escritores quiteños se destacaron, a lo largo del siglo, la malograda poetisa D. Veintimilla de Galindo, iniciadora del romanticismo; el naturalista y geógrafo M. Villavicencio, a quien ya hemos mencionado; el magistrado e historiador P. Herrera, el costumbrista J. M. Espinosa, el poeta J. Zaldumbide y el jurista L. F. Borja. El mayor de los escritores nacionales del pasado siglo fue, sin embargo, F. González Suárez, verdadero polígrafo, orador elocuente pero en especial autor de la principal *Historia General del Ecuador* que le abrió las puertas de la bien merecida celebridad de que hasta ahora se aureola su nombre.

Entre las entidades culturales merecen mencionarse la Academia Nacional Científico-literaria, creada por la Asamblea Constituyente de

1861, integrada por políticos, literatos, científicos y hombres de sociedad, todos ellos prestantes ciudadanos. En 1863 publicó un interesante *Almanaque* auspiciado por el doctor Villavicencio, quien fue el único de los miembros en incorporarse con la lectura de un discurso sobre temas paleontológicos en 1864. Poco después la Academia se había extinguido. Pero una década más tarde, el 4 de mayo de 1875 se fundó la Academia Ecuatoriana de la Lengua, segunda de las correspondientes de la Real Academia Española en Hispanoamérica. Fue su primer director P. F. Cevallos y sus miembros iniciales J. Castro, J. L. Mera, J. Zaldumbide, A. Flores Jijón y P. Herrera. De inmediato empezaron a aparecer sus *Memorias*. El fallecimiento de algunos de los primeros miembros originó la designación de otros, entre ellos A. Borrero Cortázar y L. Cordero, que llegaron a ocupar el solio presidencial. Gobernando este último fue también designado el hermano Miguel de las Escuelas Cristianas, santo y sabio educador, años más tarde elevado al honor de los altares.

La prensa en Quito durante el siglo XIX

El Quiteño Libre, órgano semanario del grupo del mismo nombre, duro y vigoroso opositor del general Flores, comenzó a publicarse el 12 de mayo de 1832 pero no alcanzó sino al número 19, que apareció con la primera página enlutada, a raíz de la prisión y destierro de Rocafuerte y de los redactores del periódico P. Moncayo y R. Ascázubi.

Durante la segunda administración del general Flores permaneció en el Ecuador, como exiliado político, bajo la protección del jefe del Estado el ilustre militar, hombre público y polígrafo guatemalteco general A. J. de Irisarri, quien consagró su pluma en aceradas polémicas en varios periódicos editados sucesivamente en Guayaquil, inclusive la sostenida con el franciscano V. Solano, hasta que en 1844 publicó en Quito *La Concordia* trasladada a Bogotá a la caída de Flores.

El Nacional, periódico oficial destinado a promulgar leyes y decretos y dar informaciones gubernamentales, comenzó a publicarse en 1846 durante el gobierno de Roca. Por la muerte del poeta Olmedo enlutó su número 68, aparecido el 9 de marzo de 1847.

Para combatir a diversos gobiernos García Moreno, todavía joven, publicó diversos periódicos ocasionales, aguerridos y a veces hasta vi-

triólicos, tales como *El Zurriago,* cuyo lema era «El hombre corrompido jamás puede ser libre», *El Vengador, La Nación, La Unión Nacional, El Primero de Mayo,* todos ellos de aparición eventual, ninguno de los cuales alcanzó larga vida. Cuando ya llegó a la presidencia, García Moreno convirtió en diario el periódico oficial, que continuaba denominándose *El Nacional,* y fue así el primer cotidiano de Quito. Apenas terminó don Gabriel su primera administración, Montalvo comenzó a editar *El Cosmopolita,* publicación ocasional en forma de revista, totalmente escrita por él, que radicalizó posiciones con respecto al controvertido magistrado conservador. La segunda administración de éste, sin embargo, dio lugar a una nutrida aparición de periódicos en toda la República, aunque no toleró la abierta oposición de la prensa, siguiendo también en esto el ejemplo de Rocafuerte. En Quito se publicaron *La Patria, La Opinión Nacional, El Conservador, El Republicano* y *El Clero.* El general Veintemilla transformó *El Nacional* en *El 18 de setiembre,* su periódico oficial. Mera, que bajo Borrero había editado *La Civilización Católica,* publicó, bajo el gobierno del capitán general, *El Fénix,* que luego, ante los obstáculos, debió transformarse en *El Amigo de las Familias.* También la *Revista Literaria,* editada desde 1881, encontró dificultades y hubo de suspenderse. Triunfante la Restauración comenzó el debate ideológico a través de la prensa, con numerosos periódicos, por lo general semanarios u ocasionales, tanto progresistas, es decir, defensores del partido de gobierno, cuanto conservadores y liberales, entre éstos alguno de desembozado sectarismo anticatólico como *El gorro frigio,* editado en Quito, que se hizo acreedor a la censura eclesiástica.

Bajo el gobierno de A. Flores, el periodismo ecuatoriano conoció un gran auge, al amparo del amplio espíritu de libertad y tolerancia de aquel magistrado. En Quito se publicaron *El Telegrama,* gubernamental, que empezó a editarse en 1889; *El Semanario Popular,* dirigido por escritores de la talla de J. L. Mera, P. Herrera, C. Ponce y J. M. Espinosa, conservadores del sector garciano, críticos del régimen, que se vieron obligados a cerrar el periódico por insinuación del Delegado Apostólico de S. S. El régimen progresista, para defenderse, patrocinaba *El Nacional* y *El Ecuatoriano. El Constitucional* fue el periódico radical que J. Peralta comenzó a publicar en Quito ante la imposibilidad de seguir editando órganos de combate anticlerical en Cuenca.

Triunfante la revolución liberal, el joven periodista conservador V. L. Vivar comienza a publicar el 25 de setiembre de 1895 *La ley,* perió-

dico fuertemente crítico, que solamente alcanza al número 2, pues al día siguiente es asaltada, empastelada y destruida la Imprenta del Clero, donde se editaba. Aunque *El Pichincha,* órgano gubernamental oficioso, deplora los hechos señalando como causa la provocación del fanatismo religioso, poco después cae asesinado el periodista Vivar. El 21 de febrero de 1896 es destruida la imprenta de *La Palabra Libre.* El 10 de enero de 1897 ocurre lo mismo con *El Luchador.* Los periódicos liberales defienden las actuaciones de las fuerzas revolucionarias. Sobresale en la tarea, con bien cortada pluma, llena de ironía, el notable periodista cuencano M. J. Calle, que poco después llegará a censurar los excesos del alfarismo.

Testimonios sobre cómo era la ciudad de Quito en el siglo XIX

Los relatos que han dejado los viajeros, científicos, historiadores y geógrafos de entonces ocuparían muchas páginas. Contentémonos con una breve antología de las principales afirmaciones, por lo general admirativas pero no infrecuentemente críticas y hasta malhumoradas, según el temperamento de cada autor.

El *Nuevo Viajero Universal en América,* publicado en Barcelona hacia 1833, nos presenta la ciudad en los comienzos mismos de la República:

> ... está —dice— situada a las faldas del Pichincha por la parte del oeste, sobre las quebradas o *guaicos* que bajan de él formando colinas, algunas de gran profundidad; por lo que muchos de sus edificios están sostenidos sobre bóvedas y arcos. Por esta razón son irregulares muchas de sus calles, formando varias cuestas que suben de lo interior de las quebradas a lo alto de las lomas hasta donde se extingue la población. Esta desigualdad ha sido causa de que por ellas no pudiesen andar coches ni otros carruajes, y de ir las señoras principales y la gente de distinción en sillas de manos, o bien acompañadas de un criado con un gran quitasol. Las calles son casi todas estrechas, torcidas y sin orden. Por medio de algunas pasan quebradas, y las casas están a los lados siguiendo sus vueltas y curvaturas. Las principales están empedradas, pero hay algunas que con la frecuencia de las aguas se hacen intransitables: se eligió un terreno tan malo para conservar la población antigua que había de indios. La ciudad es como las de segundo orden de Europa; pero si estuviese en paraje más llano, parecería mucho más grande. Antiguamente fue más opulenta y más poblada que ahora... [34].

[34] H. Toscano, *op. cit.,* p. 262.

El francés A. D'Orbigny comienza así su descripción de la ciudad (1836):

> Pocos lugares hay más singulares y salvajes que el de Quito, la antigua ciudad del sol...; tanto si se contempla desde lejos por la zona de La Recoleta (del Tejar) y se abrazan con una sola mirada sus campanarios dispuestos como jalones, sus casas, sus edificios abalanzados sobre las quebradas (barrancos que agrietan el suelo sobre que está fundada), como si penetrando en su interior, seguimos las orillas de los torrentes por donde cruzan algunos ajetreados habitantes, aguateros, vendedores de tinajas, mujeres de clase acomodada envueltas en su rebozo o hidalgos con su capa cruzada sobre el hombro; desde cualquier punto de este panorama, por todos lados y desde cualquier aspecto, Quito es una de las ciudades más pintorescas que pueden verse... [35].

En Milán apareció el relato del italiano G. Osculatti que vino a Quito hacia 1847 para iniciar su viaje por el Napo hasta la desembocadura del Amazonas.

> Los torrentes que bajan del Pichincha —informa— mantienen la ciudad limpia de inmundicias, y sirven también, llevados por conductos subterráneos, para el uso de los habitantes. Sin embargo, el agua dulce es siempre mala, y no pocas veces produce perniciosos efectos, ya que proviene directamente de las nieves que se derriten en aquellos ventisqueros; muchas calles corren sobre arcadas o bóvedas, con objeto de disminuir los cimientos o de superar profundos barrancos, entre otras la llamada Quebrada de Jerusalén, cuya vista es pintoresca, y La Cantera, donde se levanta un monte de piedra granítica que se va cavando continuamente para la construcción de los edificios... No hay en Quito ni teatros, ni hoteles, ya que apenas vienen forasteros y los pocos que llegan a la ciudad están obligados a procurarse cartas de recomendación. Todos los habitantes se prestan con la mayor cortesía a darles hospedaje. Pocos son los europeos establecidos allí; no hay más de unos 15 o 20, entre ingleses e italianos. Sin embargo, en Quito residen ministros de los países europeos... Los mercados están bien provistos de todas las plantas que hay en Europa, además de los frutos del trópico. Las frutas son de exquisito sabor: piñas, fresas, cerezas, naranjas, plátanos, chirimoyas, aguacates, melones y guabas. Los alimentos son baratísimos; se venden a bajo precio las carnes de cerdo y de cordero de que hacen gran consumo los quiteños. El maíz y la cebada son el alimento ordinario de los indios, con

[35] Salvat Ecuatoriana, *Ecuador visto por los extranjeros,* Quito, 1983.

los cuales preparan varias clases de una bebida llamada *chicha,* usada desde los tiempos antiguos. En cambio no se encuentra pescado... [36].

El francés E. Souville, capitán de fragata, llegó a «la tierra prometida de Quito» el 22 de junio de 1850, pero la ciudad no le causó grata impresión:

> El aspecto de los torreones y muros almenados del exterior me prometían al interior una ciudad pintoresca y de aspecto interesante: decepción completa. Son las mismas calles rectas y monótonas, las mismas casas bajas, excepto los colores vivos, que se ven en todas las ciudades españolas del Nuevo Mundo. Pero, lo que se observa con enorme placer, es la abundancia y limpidez de las aguas que aquí corren por todas las calles... En una población aborigen en su inmensa mayoría, domina exclusivamente un puñado de hombres de la raza de los conquistadores, que ha guardado la sociabilidad privada y simpática, pero también los vicios públicos inveterados de sus antepasados. Nunca se vio más humilde docilidad, por un lado, más orgullo y abuso del poder, por otro, bajo un régimen por tanto republicano y con la igualdad escrita, en principio, en la ley. Hay aquí una clase de hombres a los que corresponden todos los empleos públicos, que son generales, magistrados, administradores, por vía de nacimiento y cuyo más agradable pasatiempo es el de jugar sin cesar a la Revolución; levantar y echar abajo presidentes, nombrar jefes supremos, convocar juntas provisionales, inundar el país de partidos armados, concluir toda clase de tratados, de convenciones parciales y generales, romperlas, abrazarse, traicionarse, fusilarse de cuando en cuando, todo ello sin motivo, sin objetivo, sin ton ni son. Es toda la existencia de una aristocracia antaño española, hoy día muy mezclada, que vierte, en realidad, poca de esa sangre en estas luchas, pero abundantemente la de los pobres indígenas [37].

A. Holinski, un francés que pasó por Quito hacia 1851 y publicó luego un libro de relatos sobre el Ecuador, recordaba lo siguiente:

> Subir y bajar, bajar y subir, tal es la suerte de los habitantes de Quito. Las calles de esta ciudad, trepando de quebrada en quebrada, no toleran ninguna clase de vehículos; en ellas no se camina sino a pie o a caballo. Tienen, sin embargo, cierta regularidad; algunas describen líneas completamente rectas, como si se rieran de las anfractuosidades del terreno... La Plaza Mayor, donde se levanta la catedral, tiene un aspecto más civili-

[36] H. Toscano, *op. cit.*, pp. 300-306.
[37] D. A. Lara, *Viajeros franceses al Ecuador en el siglo* XIX, Quito, 1987, p. 132.

> zado y más alegre que la renombrada plaza de Lima... Las plazas de Quito están adornadas de fuentes, pero para vergüenza de la administración, estas fuentes están casi siempre sin agua a pesar de que nada sería más fácil que mantenerlas en buen estado. El agua surge por todas partes; se precipita en torrentes por el fondo de las quebradas; cae en cascadas desde lo alto de las rocas; corre formando arroyo por el centro de las calles. Una abundancia tal de agua refresca la imaginación y es una delicia de la vista... Quito goza de justa fama por sus dulces y helados. Estos últimos pueden compararse a los de Nápoles o Palermo... Quito no tiene teatro permanente; rara vez alguna tropa de cómicos de la legua se aventura tan lejos de los caminos trillados... Las distracciones públicas se reducen a las procesiones religiosas y a las mascaradas de los indios... Gótico en su manera de vivir, Quito se levanta muy temprano y se acuesta, asimismo, temprano... Si el interior de la capital no tiene un paseo digno de ella, no debe por eso concluirse que el viajero no halle medios de satisfacer su necesidad de locomoción... Por cualquier lado que enderece sus pasos desemboca en la campiña, y por todas partes la naturaleza se presenta a sus ojos risueña y accidentada. Una eterna verdura esmalta las quebradas donde saltan los arroyos, los torrentes, las cascadas. Una de esas corrientes, que pasa por río y se llama el Machángara, forma, serpenteando fantásticamente, una sucesión de remansos siempre llenos de bañistas... El clima delicioso de Quito, realización de la primavera perpetua, permite soportar durante todo el año la inmersión en el agua corriente...[38].

El consejero M. Lisboa, diplomático brasilero que vivió en Quito publicó estos comentarios hacia 1853:

> Quito es la capital más elevada del mundo... las casas se parecen en su construcción y no en su interior a las de Bogotá: tienen zaguán, patio y claustro y son todas empedradas. En su exterior tienen todavía muchas de ellas más pretensión en su arquitectura que las de cualquiera otra ciudad hispano-americana a excepción de México... Quito lleva aún ventaja a todas las ciudades que conozco de las Américas, en la grandeza y riqueza de sus templos... El paseo público de forma triangular y situado a la salida de la ciudad por el lado norte, fue otrora apacible, bien provisto de árboles y ornamentado de columnas, estatuas y lagunas, habiendo desaparecido todo esto; apenas uno que otro árbol frondoso, indica la dirección de las antiguas alamedas; las lagunas están secas; las columnas están destruidas y solamente en una de ellas existe una estatua de un ángel. Entristece el estado deplorable de este paseo... El mercado de víveres, inclusive el de pan, tiene lugar diariamente en la Plaza Mayor, siendo

[38] H. Toscano, *op. cit.*, pp. 328-337.

abundante en carnes y legumbres... Las alcachofas son muy delicadas... Los jamones de Quito rivalizan con los mejores de Europa... Por lo que toca a tiendas de comercio no hay en esta ciudad lujo, ni elegancia, ni recursos mínimos... Respecto al servicio de policía de seguridad, Quito se encuentra por encima de Caracas y Bogotá. Los serenos que rondan regularmente, manifiestan su presencia y dan la señal de alerta entre sí, por medio de una flauta de pan... La iluminación de la ciudad es deficiente y no puede competir con la de Guayaquil... [39].

Al vizconde francés R. Kerret que visitó Quito hacia 1853 y la describe como una «bella ciudad» también le llamaron la atención los serenos que «se paseaban en la calle toda la noche anunciando la hora o gritándola en alta voz. Iban abundantemente cubiertos, con una linterna en una mano y una pica en la otra, sin duda para defenderse en caso de ser atacados...» [40].

El español J. de Avendaño, entre otros datos, nos da los siguientes sobre la Quito de 1857, a donde llegó el 27 de enero de aquel año:

... Sus calles, que siguen una dirección de Sur a Norte y de Este a oeste, aunque tiradas a cordel y empedradas, ofrecen un paso desigual y ondulado, perdiéndose las unas en las agrias laderas del Pichincha y de las colinas de La Chilena y el Panecillo, y las otras, en las quiebras de las demás colinas, que terminan su perímetro... La Plaza Mayor ocupa la parte céntrica y más horizontal de la ciudad. Es cuadrada con una fuente en medio y sin empedrar; cada lado tiene doscientos cuarenta pies de largo... No posee esta ciudad una sola posada, una sola fonda, un solo café. Tampoco tiene teatro, círculo, casino, club, ni paraje alguno de pública reunión o inocente solaz... Como estábamos en el período de las lluvias quedaban solas hábiles las mañanas para hacer excursiones por la ciudad y sus cercanías; las tardes era forzoso permanecer encerrado para no exponerse a los terribles efectos de los aguaceros torrenciales. Preceden a éstos, de ordinario, formidables tronadas. En efecto, entre una y dos de la tarde, una espesa niebla cubre las faldas del Pichincha y las inmediatas colinas; nubes plomizas extienden un tupido velo sobre el astro del día, cuyos vivificantes rayos quedan amortecidos; rápidos y brillantes relámpagos cruzan la atmósfera, en todas direcciones, y el trueno retumba, con siniestro fragor, por las concavidades de las montañas. A los pocos momentos de este formidable aparato, cae el agua a torrentes e inúndase la tierra como si se abrieran las cataratas del cielo. Es éste un espectáculo cotidiano que he observado, con ligeras intermitencias, durante cinco

[39] E. Enríquez, *op. cit.*, II, pp. 123 y ss.

[40] D. A. Lara, *op. cit.*, 1987, p. 57.

meses. Frecuentemente acompaña estas tormentas la caída de rayos y chispas eléctricas que causan lamentables desgracias, con especialidad en los campos y valles circunvecinos: el de Chillo es uno de los más azotados de los fenómenos eléctricos... [41].

Villavicencio, hacia 1858, nos da estas impresiones:

Las más de las casas tienen dos pisos, exceptuando algunas que tienen tres, i otras uno: muchas son de cal y ladrillo, con hermosas fachadas, especialmente las obras públicas i casas de relijiosos, de las cuales algunas son de cal i piedra; el resto de los edificios es de ladrillo crudo llamado adove, el que, unido con el barro, hace una masa que resiste a los temblores: todas las casas son cubiertas de teja; las más con balcones de fierro; las calles son empedradas, i las principales con enlozados en los alares... Como la ciudad está construida a las faldas del monte Pichincha, en un terreno traquítico, recibe sus aguas de esa montaña, las cuales son conducidas por cañerías subterráneas a las pilas, piletas i fuentes que tiene la ciudad, así como por acèquias que corren por las calles, sirviendo para arrastrar las basuras que botan de las casas. De las faldas de la montaña nacen dos quebradas: la de *Jerusalén,* al S. O. de la ciudad; i la de *Sanguña,* en el centro: ambas atraviesan la ciudad, la última está cubierta de arcos naturales, o artificiales de cal y piedra, i 3 túneles o socavones que corresponden a calles» [42].

Quito entre 1861-1865 es descrito así por el diplomático norteamericano Hassaurek:

Vista desde la distancia, o desde una de sus circundantes colinas, Quito parece una de esas ciudades encantadas de las *Mil y Una Noches,* tan impresionantemente descritas por la ingeniosa Scherazade. Pero tan pronto como se entra en la ciudad, ésta presenta una muy viva apariencia. En las calles y plazas principales se mueven continuamente centenares de seres. En su mayoría son indios y cholos, y uno ve veinte individuos con ponchos y aun vestidos con andrajos, descalzos o con alpargatas, antes de hallar una persona vestida de manera respetable. Sin embargo, presenta vívido e interesante espectáculo la abigarrada multitud de hombres con ponchos de todos los colores, mendigos en harapos, vagabundos vestidos de arpillera, mujeres con pañuelones o rebozos, rojos, verdes o marrones, señoras con chales de seda de alegres tonos, frailes con inmensos sombreros, frailes de blanco, frailes de marrón, frailes de azul, y canónigos y curas de negro, e indios de cien diferentes pueblos y con los trajes más

41 J. de Avendaño, *op. cit.,* p. 117.
42 M. Villavicencio, *op. cit.,* pp. 284 y 288.



Portada de la Casa de las Flores, Plaza de Santo Domingo. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

variados, sin que falten los indios desnudos y pintarrajeados procedentes de las selvas del lado occidental de la cordillera... Un paseo en Quito consiste en continuas subidas y bajadas... Las acequias y albañales estaban antes en el centro de las calles, formando arroyuelos, por los cuales el agua corría dos o tres veces cada veinticuatro horas con fines de aseo público; pero en 1863 la municipalidad emprendió un extenso sistema de repavimentación, y ahora las calles principales están empedradas a la moderna... [43].

E. Charton que pasó por Quito en 1862 habla así de ella:

Asentada sobre la meseta de los Andes, entre los dos cráteres del volcán Pichincha, esta ciudad domina el curso de los ríos y las grandes cuencas de los dos flancos que descienden al Pacífico y al Atlántico. Si esta región central del Ecuador estuviera poblada, si se supiera desarrollar los recursos de todo género que encierra, Quito pudiera llegar a ser la soberana de la América meridional. De las altas colinas que la rodean, la principal es el Panecillo, donde aún se ven las ruinas del Templo del Sol... Es suficiente pensar en esta situación de Quito, enganchada, por decirlo así, al flanco de una montaña, para hacerse una idea de la irregularidad de sus calles... habría para preguntarse cómo los indígenas han escogido un lugar —para fundar en él su capital— que parece más bien adecuado para la habitación de águilas y gamos... Quito es una ciudad triste, sin industria, y poco adelantada, generalmente, en aquello que se relaciona con la civilización. Sus calles están casi desiertas desde las ocho de la noche; jamás se han establecido en ellas ni teatros ni conciertos. Cosa casi increíble, en un país tan rico en recuerdos históricos ni siquiera existe un museo... Menos favorecida que la más pobre aldea de Francia, la capital de la República ecuatoriana carece de paseos públicos, y no llega fiesta alguna para alegrarla, a menos que se llame fiestas a las interminables procesiones en las cuales toman parte casi todas las mujeres de la ciudad... Pero a pesar de todo, Quito tiene atractivos naturales que hacen de ella una mansión casi digna de envidia: un aire puro, una situación admirable, una temperatura dulce y refrescada agradablemente por la brisa de las montañas, una abundancia y una variedad de víveres extraordinarias, que su bajo precio pone al alcance de los más pobres; en fin, y sobre todo, la amenidad de los habitantes de genio benévolo y hospitalario... La población quiteña es un asunto de estudio interesante. La nobleza de los tipos, la variedad de los vestidos, el buen gusto innato que, hasta en las clases inferiores, preside el arte de los vestidos y la combinación de los colores, forman un conjunto pintoresco y armonioso a la vez; en ninguna parte, aun entre pueblos los mejor dotados, he encontrado en

[43] H. Toscano, *op. cit.*, pp. 343 y ss.

> igual grado el sentimiento artístico... En suma, Quito sería tal vez una de las ciudades de América más encantadoras, si su suelo volcánico y la vecindad del Pichincha no dieran motivo a reflexión. Los estragos del terremoto de 1859 apenas han sido reparados hasta hoy...[44].

La escueta y más bien negativa visión de Jiménez de la Espada entre 1862-1865 presenta a Quito como

> ciudad vieja, llena de cuestas y quebradas; casas intactas desde que se construyeron; ruinas de edificios que no se habían terminado; casas modernas sin balcones, muchos indios y variados, mucho convento... ninguna señora... El comerciante, al cerrar, echa la bendición sobre cerrojos y candados. A poca distancia del centro, los perros ladran a los que llevan levita; los pintores venden cuadros por cuartas y varas... Pasa una nube por uno de los cerros altos no nevados y deja una huella blanca de nieve, como si al pasar desgarrara un pedazo...

Aunque la visión de Quito hacia 1867, según el norteamericano J. Orton, es más bien negativa, este viajero no puede menos que exclamar que «el Cuzco y Potosí pueden sobrepasarla en altitud, pero no hay una sola ciudad en el mundo que pueda mostrar al mismo tiempo un clima tan genial, tan magníficos panoramas y una historia tan pintoresca». Admira el «encumbrado sitio, que en medio de los Alpes estaría sepultado en avalanchas de nieve, pero que en los trópicos disfruta de una primavera eterna», pero expresa enseguida que «donde se levantaba el palacio del Inca, está ahora un lúgubre convento y una sementera de trigo ocupa el lugar del Templo del Sol».

> El perfil de la ciudad es tan irregular como su superficie —dice—. La ciudad ocupa una milla cuadrada. Veinte calles, todas ellas tan estrechas como la calle apostólica de Damasco, se cruzan unas a otras casi exactamente en ángulos rectos. Ninguna de ellas es demasiado ancha, y las aceras son dolorosamente estrechas; pero gracias a García Moreno están bien pavimentadas... Las calles son opacamente alumbradas por velas de sebo, estando cada dueño de casa obligado a colgar un farol a las 7 p.m. a menos que sea noche de luna. Las velas, empero, usualmente expiran a eso de las diez de la noche... A ningún caballero puede verse andando en las calles de Quito con poncho. Allí los ciudadanos se dividen en hombres con ponchos y hombres con capas... Los quiteños nos avergüenzan a nosotros con su incomparable cortesía, cordialidad y afabilidad, y no es-

[44] E. Enríquez, *op. cit.*, II, pp. XXI, 146 y ss., 169 a 184; A. D. Lara, *op. cit.*, 1987, p. 80.

tán de ningún modo por debajo de los graves y decorosos Castellanos en su dignificada urbanidad... Se abren las tiendas desde las 7 a.m. hasta la puesta del sol, exceptuándose entre las nueve y las diez de la mañana y las tres a las cuatro de la tarde, horas en que se cierran las tiendas para ir a almorzar y a comer...

Sólo respecto de García Moreno Orton expresa permanente admiración:

El único hombre vivo y activo en la república —exclama— es el presidente señor G. García Moreno, un hombre de amplio criterio y de gran energía, que permanece a este respecto a la cabeza y sobre los hombros de sus conciudadanos. Quito y el valle de los Chillos deben casi todas sus mejoras a este único hombre... No había banco en Quito hasta 1867, pero ahora se ha hecho un intento de establecerlo... La maquinaria agrícola no está en uso: la primera máquina trilladora que logró ver Quito fue hecha en 1867... Cuando García Moreno transformó en un parque la polvorienta Plaza Mayor, fue ridiculizado, aún más, amenazado... El primer coche fue introducido por el señor Aguirre, no hace mucho, en 1859 y fue multado por la policía por el privilegio de pasear en él... Los entretenimientos en Quito son pocos y no muy entretenidos. No hay óperas ni conciertos, no hay teatros ni conferencias, no hay museos ni *menageries*. Por dramas tienen revoluciones; por *menageries*, palizas de toros. Una paliza de toros no es una corrida de toros. No hay coliseum ni anfiteatro... Las peleas de gallos vienen en seguida... Otros pasatiempos son los carnavales y las mascaradas...

Quito hacia 1878, para el viajero francés E. André, presenta aspectos que conviene recordar:

La entrada en los arrabales de Quito —cuenta—, bien sea por el norte viniendo de Ibarra, bien por el sur viniendo de Guayaquil, produce viva impresión. Desde el primer momento se ve que es una ciudad antigua en la cual todo habla de los españoles que superpusieron la civilización europea a la de los incas. Las casas de la plebe, de tapa con entrepaños de madera; las de los artesanos y ricos, de dos pisos, mejor construidas y con tejado, pertenecen a otros tiempos. De los numerosos monumentos del renacimiento español diseminados por todas las calles, los que han resistido los terremotos, aparecen algo agrietados, teñidos de un color gris-dorado por la acción de los siglos y cubiertos por todos lados de una vegetación herbácea venerable. Unos pocos eucaliptos recién plantados, imprimen cierto sello moderno a ese conjunto de antiguallas, recordando esa memoria australiana, la existencia de otros continentes... Nada tan interesante como la animación que reina (en la Gran Plaza Mayor), en día

de mercado, cuando las vendedoras se instalan bajo sus pequeñas tiendas parecidas a quitasoles cuadrados. Allí se ven indios de los pueblos de la Magdalena, Zámbiza, Chillo y Tumbaco, vestidos con sus variados trajes, encorvados bajo el peso de sus cargas o descansando, canasteros, vendedores de alfalfa y caña de azúcar, originales aguadores con la enorme jarra sujeta a la espalda con unas cuerdas, vendedoras de sal con sus balanzas, buhoneros de cajas, sillas y guitarras; expendedoras de tortas de maíz cubiertas con sus chales rojos, titiriteros y en fin un abigarrado conjunto que se agita y bulle, produciendo una impresión de color que no se cansa de admirar el viajero... La Plaza Mayor de Quito, en otro tiempo libre y despejada, quedó transformada en jardín público merced a los buenos cuidados de García Moreno. El trazado del jardín es muy sencillo: forma una estrella con ocho avenidas, cuyo cruce ocupa una fuente. En la vegetación predominan las plantas del país, cosa rara en América donde existe una verdadera manía por las plantas europeas... El día 10 de agosto, aniversario de la fiesta de la Independencia, se celebran grandes regocijos: la ciudad se anima y amanece empavesada; la Plaza Mayor se llena de adornos, los poderes públicos visten de gala y los festejos oficiales galvanizan por algunas horas la habitual apatía de la población... [45].

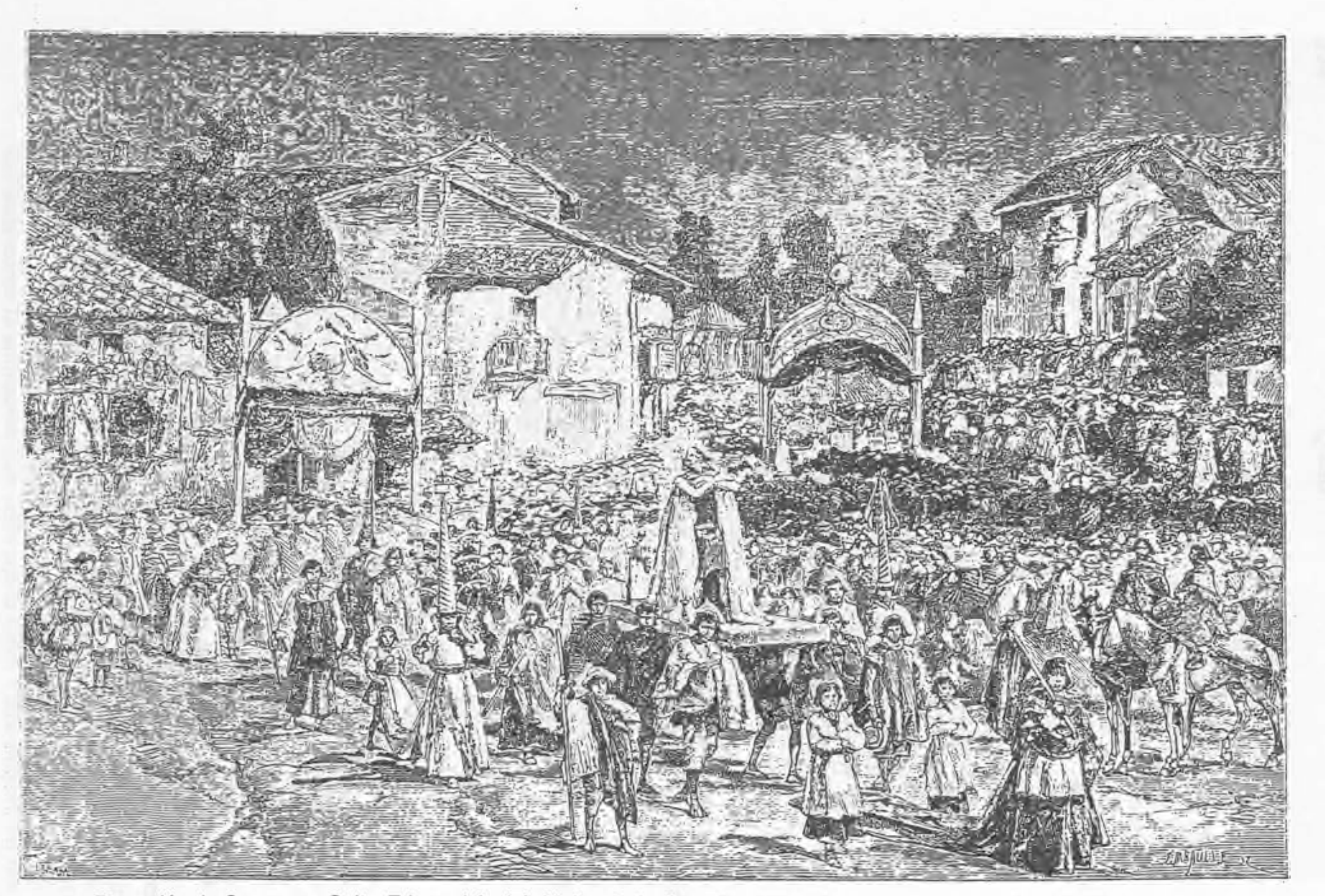
Aunque Kolberg describe minuciosamente Quito hacia 1876 nos limitamos a reproducir este concepto:

La situación de la ciudad es la más curiosa en el mundo: casi en ninguna parte puede verse una capital de un país grande tan estrechamente metida dentro de las montañas y tan imposibilitada, por tanto, de una futura expansión... Quito es una ciudad verdaderamente de montañas, aun cuando se halla en un altiplano, y sus casas aparentan nidos de aves pegados a las peñas... La masa principal de los habitantes, los mestizos o cholos, son pobres, paupérrimos. Las calles están repletas de esta clase de muchedumbre, que casi siempre vive en los pisos más bajos y es, precisamente, lo que a primera vista alcanza a ver el espectador. Paseándose por las calles el recién venido europeo puede sólo lentamente acostumbrarse a este espectáculo que le ofrece la mayoría de sus habitantes, los que andando tras de sus negocios o sentados a las entradas de sus tiendas, ofrecen, sin embargo, un cuadro pintoresco, pero muy poco halagador... [46].

Wolf, a finales de siglo, se lamenta porque «la mayor parte de los templos han perdido sus torres en el gran terremoto de 1859»...; cuenta que «las muchas plazas y plazuelas de la ciudad están provistas casi to-

[45] Toscano, *op. cit.*, pp. 391-396.

[46] Salvat Ecuatoriana, *op. cit.*



Procesión de Corpus en Quito. Edouard André, *Viaje a la América Equinoccial,* en América Pintoresca, Barcelona, 1884.

das de pilas de agua y en la plaza mayor se halla un hermoso jardín, la de San Francisco sirve de mercado, y la de Santo Domingo está reservada para la estatua de Sucre...». La Provincia de Pichincha tiene solamente tres cantones, Quito, capital de la república y la provincia y cabecera cantonal; Cayambe, cuya cabecera lleva el mismo nombre, y Mejía, cuya cabecera es Machachi. Quito tiene, para entonces, ocho parroquias urbanas: Sagrario, Santa Bárbara, San Blas, Santa Prisca, San Marcos y San Roque y los suburbios de San Sebastián y Chimbacalle. Las rurales son 29:

> Magdalena y Chillogallo, con los buenos pastos de Turubamba; Lloa, al pie del Guagua-Pichincha, Conocoto, Sangolquí, Alagansí, Amaguaña, Píntac, todos en el hermoso valle de Chillo; Guápulo, a poca distancia de Quito, con un hermoso templo; Cumbayá, Tumbaco, Puembo, Pifo, Yaruquí, en el anchuroso valle de Tumbaco; Quinche, con el célebre santuario de la «Virgen del Quinche»; Guallabamba, de mala fama por su temperamento caliente y malsano; al N. de Quito; Cotocollao, Pomasqui, Calacalí, Zámbisa, San Antonio de Llullumbamba, Puéllaro y Perucho, San José de Minas; en las montañas occidentales: Nanegal, Gualea, Mindo y Nono; en la entrada a las montañas del Napo, Papallacta, al pie del Antisana [47].

El viajero francés A. D'Orbigny, en su *Voyagge pittroresque dans les deux Ameriques,* editado en París en 1836, fue quizá el primero en publicar láminas sobre Quito, tales como una sobre la «Quebrada de Jerusalén», y otra sobre «La Recoleta» de El Tejar, aunque la más famosa es la que representa una «Procesión de Viernes Santo en Quito», donde aparecen todos los pasos de la Pasión, algunos bajo palio como la Dolorosa, Jesús del Gran Poder y el Santo Sepulcro, al igual que el obispo: la lámina es interesante porque descompone el grabado en cuatro partes, que coloca una encima de otra: la procesión comienza abajo, a la derecha, y termina arriba, a la izquierda.

El consejero Lisboa fue el primero que, en su libro *Relaçao de una Viagem a Venezuela, Nova Granada e Equador,* escrito en 1853 y aparecido en Bruselas en 1866, publicó una lámina de la plaza Grande en la que se pueden apreciar las esbeltas y hermosas torres de la catedral y La Compañía, destruidas por el terremoto de 1859, una gran pila de agua en el centro y la fachada del Palacio de Gobierno con gradas frontales

[47] T. Wolf, *op. cit.,* pp. 599-600.

de acceso. Publicó también varios dibujos sobre cómo se vestían las señoras de las clases alta, media y baja; cómo eran los serenos y los «guasicamas» de Quito, un indio del Napo o personajes de las procesiones religiosas, tales como un «alma santa» o un danzante [48].

E. Charton, pintor y viajero, dio a conocer en su libro varias láminas sobre Quito, algunas de su propia autoría y otras realizadas por Therond y Fuchs a base de sus dibujos: «Vista de Quito», «La Capilla del robo», «Un taller de pintura en Quito», «El aguatero», «Una calle de Quito» (posiblemente la actual Mideros), «Barrio de Quito», «Habitantes de Quito», etc. [49]. La más famosa, sin duda, es la lámina denominada «plaza y fuente cerca de la catedral», que corresponde a la esquina del convento de los jesuitas hacia la plaza de San Francisco, con una vista de las cúpulas de la iglesia de La Compañía y la hermosa torre destruida por el sismo de 1859. En un primer plano se ve una pila rodeada de aguateros.

El Álbum de J. A. Guerrero, pintado entre 1852 y 1870, se integra, además de las numerosas muestras de personajes típicos de la ciudad, con varias acuarelas sobre paisajes del Ecuador, entre ellas cinco sobre Quito: una, donde se ve la catedral, con sólo el primer tramo de la torre, al cual se le ha sobrepuesto un pequeño pináculo de adorno, lo que demuestra que es posterior al terremoto de 1859, y una parte de la plaza Mayor, ya ajardinada y con pequeños árboles, de donde se deduce que el cuadro fue pintado durante la segunda administración de García Moreno. Las otras representan «El Panesillo (*sic.*), cerrito que está al sur de Quito dominando la ciudad», totalmente desprovisto de árboles, con un camino zigzagueante de acceso a la cumbre, donde se ven algunas ruinas; «Vista de la Yglesia de San Francisco de Quito» ostentando todavía sus torres de tres cuerpos, lámina ejecutada por tanto antes de 1859; «Vista de la Alameda de Quito», en realidad del acceso a ella, pues al fondo y al centro aparece el triple arco de entrada al parque, ya arborizado con altos pinos, y «Vista de la Recolección de la Merced», es decir, de la iglesia de El Tejar, que aparece al fondo, mientras dominando la lámina está el puente que atraviesa la gran quebrada de Sanguña [50].

[48] E. Enríquez, *op. cit.*, II, p. XV.
[49] J. A. Guerrero, *op. cit.*, 1981.
[50] E. Enríquez, *op. cit.*, vol. II; D. A. Lara, *op. cit.*, p. 81.

Fue posiblemente R. Salas el primero en pintar un óleo con una vista de Quito. Destácase en él, como imagen central, el Panecillo, en tonos muy oscuros, totalmente desprovisto de vegetación, con la cordillera occidental de los Andes al fondo y, en primer plano, las torres de los numerosos templos y las casas. Tal vez sea de Cadena un gran óleo sobre la plaza de San Francisco, con los tres cuerpos de sus torres (anterior a 1859).

El jesuita Kolberg nos presenta también una importante colección de grabados sobre Quito: una vista de conjunto de la ciudad, el arco de la Reina, la plaza de San Francisco con sus torres desmochadas y la plaza convertida en mercado (en sustitución del de la plaza Grande, ajardinada ya por García Moreno), el Panecillo, con ruinas en su cumbre.

E. André nos muestra grabados de «la procesión de Corpus», «la iglesia de Santo Domingo» con su torre desmochada, «la fachada de la Compañía», «El Palacio de Gobierno» ya con la columnata pero todavía sin la rejería y la fachada colonial de la antigua Universidad.

En los últimos años del siglo XIX aparecen las primeras fotografías de Quito, particularmente de la plaza Grande, diversos templos, algunas calles. Es notable la foto de las barricadas durante la defensa de Quito por las fuerzas de Veintemilla.

Capítulo VI

LA URBE DEL SIGLO XX

La evolución histórica en la centuria

Durante el siglo xx, Quito ve sucederse los diversos períodos que caracterizan la historia de la República: *militarismo liberal-radical, o alfarista* (1895-1912), cuya figura dominante es el general E. Alfaro, con un gobierno intermedio del general L. Plaza Gutiérrez y un breve lapso de L. García, derrocado por el propio Alfaro: la revolución liberal erradica al Partido Progresista y a los conservadores, se divide en dos bandos irreconciliables, alfarismo y placismo, y termina en sangre con el asesinato de Alfaro y sus tenientes el trágico día 28 de enero de 1912; *el civilismo plutocrático liberal o placismo* (1912-1925), marca el predominio de la alta burguesía bancaria guayaquileña, fundamentada en el auge de las exportaciones de cacao, cuando tras los interinatos de C. Freile Zaldumbide y F. Andrade Marín, domina el general Plaza, quien termina su segundo mandato y es reemplazado por los civiles A. Baquerizo Moreno, J. L. Tamayo y G. S. Córdova, este último derrocado por la revolución militar del 9 de julio de 1925. Viene luego un lapso de inestabilidad, el período de la *decadencia liberal, o `arroyismo* (1925-1944), así denominado porque tras bastidores la figura principal es C. A. Arroyo del Río que sólo al final logra el poder, derrocado pocos días antes de terminar su mandato: a lo largo de esos 19 años se suceden otros tantos gobiernos: dos juntas plurales; I. Ayora, el que más dura, tres años como dictador y casi dos como presidente; general L. Larrea Alba, tres meses; A. Baquerizo Moreno, que convoca elecciones libres en las que triunfa N. Bonifaz, descalificado por el congreso al ponerse en duda su nacionalidad, lo que origina la sangrienta «guerra de los cuatro días» (30 y 31

de agosto, 1 y 2 de setiembre de 1932), corto lapso en el que C. Freile Larrea se encarga del poder; le suceden A. Guerrero Martínez, J. de D. Martínez Mera, que triunfa en fraudulentas elecciones y es obligado a renunciar; A. Montalvo, J. M. Velasco Ibarra, vencedor en libres comicios, derrocado; A. Pons, a quien tras un mes de gobierno suceden las dictaduras, apoyadas por el ejército, de F. Páez y el general A. Enríquez Gallo; M. M. Borrero, A. Mosquera Narváez, que fallece; Arroyo del Río, A. F. Córdova, J. E. Moreno, encargados transitoriamente, y al final, en gobierno surgido del fraude electoral, el mismo Arroyo del Río, bajo cuyo mandato se produce la invasión peruana de 1941 y se suscribe bajo coacción el Protocolo de Río de Janeiro de 1942, hechos que determinan su derrocamiento por la Revolución del 28 de mayo de 1944.

El caudaloso apoyo popular a J. M. Velasco Ibarra es base del siguiente período, *civilismo populista, o velasquismo* (1944-1963), con los gobiernos de aquel caudillo, segunda administración, derrocado por su ministro de Defensa C. Mancheno, quien no consolida su mando; M. Suárez Veintimilla, vicepresidente que asume el poder y a los pocos días renuncia; C. J. Arosemena Tola, que convoca elecciones libres en las que triunfa G. Plaza Lasso, primer mandatario en terminar sus cuatro años desde 1924; otra vez Velasco Ibarra, tercera administración, única que alcanza a terminar; C. Ponce Enríquez, que gobierna los cuatro años de su mandato constitucional; de nuevo Velasco Ibarra, cuarta administración, derrocado por el vicepresidente C. J. Arosemena Monroy, depuesto a su vez por los jefes militares. Se inicia entonces un largo período, *militarismo institucionalizado o las FF.AA. en el poder* (1963-1979), en el que se suceden la Junta Militar de gobierno, cuadrunvirato de tres años; el corto interinato pacificador de nueve meses de C. Yerovi Indaburu, quien convoca y reúne una Asamblea Constituyente que mañosamente nombra a O. Arosemena Gómez por un año; quinta administración de Velasco Ibarra, otra vez elegido en comicios libres, derrocado por el general G. Rodríguez Lara, quien, a su vez, tras casi cuatro años de dictadura es sustituido por un Consejo Supremo de Gobierno, triunvirato militar de tres años que hace aprobar mediante referéndum una constitución no discutida por representantes elegidos popularmente, bajo la cual se instaura un período de *civilismo multipartidista,* imperante desde 1979, en el que gobiernan J. Roldós Aguilera, populista, a quien le correspondió recibir en visita oficial al rey Juan Carlos I de España. Roldós falleció con su esposa en un accidente de aviación al año y me-

dio de haber iniciado su mandato; le sucedieron su vicepresidente, O. Hurtado Larrea, demócrata popular, L. Febres Cordero, socialcristiano, y R. Borja Cevallos, socialdemócrata.

A lo largo del siglo, cuatro grandes etapas se vislumbran desde el punto de vista de la producción, que ayudan a interpretar el hecho histórico: el auge de la exportación cacaotera dura hasta 1920, cuando dos plagas, la monilia y la «escoba de brujas», casi acaban con las grandes plantaciones costeñas de la «pepa de oro». La tormentosa situación económico-social que origina el derrumbe de las exportaciones da lugar el 15 de noviembre de 1922 a una huelga general de trabajadores, azuzada por políticos, que genera un motín popular reprimido en Guayaquil, con incontable número de muertos. Hacia 1930, la situación crítica se agudiza con el derrumbe de la bolsa neoyorkina y la crisis mundial. Durante las dos décadas posteriores el país trata angustiosamente de sustituir el cacao con exportaciones diversificadas, principalmente de café, arroz, sombreros de paja toquilla, logrando sólo a medias mejorar su economía. Hacia 1950 surge la masiva exportación de banano que convierte al Ecuador en primer productor de esta fruta. Un cuarto de siglo más tarde el país inicia la explotación y exportación del petróleo, en la actualidad la más importante fuente de su economía, y entra a formar parte de la OPEP.

De los numerosos mandatarios mencionados en el largo recuento anterior, han sido quiteños Freile Zaldumbide, Montalvo, Velasco Ibarra, Freile Larrea, Páez, Mosquera Narváez, Moreno, Mancheno, Plaza, Ponce y Borja.

Demografía y sociedad

Dos grandes acontecimientos contribuyen a cambiar la fisonomía del país, por incentivar la economía en general y el comercio exportador e importador en particular: la llegada del ferrocarril a Quito en 1908 y la apertura del canal de Panamá en 1914, hechos que también determinan cambios en la ciudad de Quito.

La obra cumbre del general Alfaro es precisamente la terminación del ferrocarril, iniciado décadas atrás por García Moreno, que había avanzado penosamente luego del asesinato del gran mandatario y que, al fin, llegó a la capital de la República el 17 de junio de 1908. Ésta es

una de las fechas de mayor relieve en la historia de la milenaria ciudad. Gobierno, cabildo y ciudadanía en general se trasladaron, a pie, hasta Chimbacalle, en el extremo sur de la urbe, y presenciaron jubilosos la llegada de la primera locomotora. Una semana antes había comenzado a circular una emisión, dispuesta por Alfaro, de tres estampillas postales conmemorativas, una de las cuales llevaba la efigie de García Moreno y otra la suya propia. El servicio diario comenzó a efectuarse desde el 25 de junio. El Concejo Municipal denominó la antigua parroquia rural de Chimbacalle con el nombre de Alfaro. Como consecuencia natural del intercambio que el ferrocarril origina, a partir de 1908 comienza un significativo flujo migratorio hacia la capital.

Otras obras que durante la primera década del siglo XX contribuyeron a transformar Quito fueron la construcción, en la plaza de Santa Clara, entre las calles Rocafuerte, Cuenca, Benalcázar y Santa Clara, de un mercado con cubierta de estructura metálica, obra inaugurada en 1904, pero que había sido iniciada desde que en 1899 el gobierno prohibiera las ventas públicas en la plaza de la Independencia; y la terminación del relleno de la antigua quebrada de Jerusalén, en la que puso especial empeño el presidente del municipio F. Andrade Marín, elegido para tal cargo en 1904, quien continúa algún tiempo más como concejal. La calle que se formó fue posteriormente denominada avenida 24 de Mayo y amplió definitivamente la ciudad hasta el pie del Panecillo, volviendo inútiles los varios puentes que antes se requerían para salvar la profunda quebrada que bajaba del Pichincha, inicialmente denominada Ullaguanga Huayco; fue sin embargo necesario, para salvar el desnivel de la calle de la Ronda, denominada desde entonces Morales, en honor del prócer de 1810, construir un «Puente Nuevo» que permite continuar la calle Venezuela hacia el sur, tercero de los pasos a desnivel en Quito.

La luz eléctrica en la ciudad fue otra de las transformaciones sustanciales. En 1894, M. Jijón Larrea y F. Urrutia habían obtenido el necesario permiso municipal, y una concesión por 15 años, para instalar el alumbrado eléctrico. En diciembre de 1895 comenzó el servicio en las calles más céntricas de la ciudad, débil iluminación todavía, pero siempre más efectiva que las viejas espermas de sebo y las posteriores lámparas de queroseno. Para ampliar el alumbrado se instaló posteriormente una planta eléctrica en Guápulo el año 1908, que amplió su capacidad a 200 kilovatios en 1914 y a 400 en 1919.

El 10 de agosto de 1909 se celebra solemnemente el centenario del auroral estallido emancipador de 1809, «Primer Grito de la Independencia Hispanoamericana». El general Alfaro inaugura la gran Exposición Internacional, ocupando un edificio que habían comenzado a construir las Señoras de la Caridad —que a la postre quedó estatificado sin indemnización— y que se termina, rodeado de pequeños pabellones levantados por algunos de los países concurrentes al certamen. El Palacio de la Exposición fue utilizado luego como escuela militar y allí funciona en la actualidad el Ministerio de Defensa Nacional. Se inaugura también, en la plaza Mayor de Quito denominada desde entonces plaza de la Independencia, el hermoso Monumento de la Libertad, obra del insigne escultor italiano G. Minghetti contratada al finalizar el gobierno del presidente L. Cordero. Mide 22 metros de altura: sobre un pedestal se levantan cuatro columnas corintias unidas entre sí formando un solo cuerpo coronado en lo alto por un globo sobre el cual se yergue majestuosa una hermosa mujer que muestra, brazo en alto, la antorcha de la libertad. Desde la parte alta del pedestal básico, un cóndor con las alas desplegadas sostiene entre sus garras las rotas cadenas del coloniaje, mientras el León Ibérico, herido por un dardo, desciende la escalinata que bordea el monumento, dejando atrás banderas y armas, de las que emerge una cruz. Dos lados del pedestal presentan bajorrelieves alusivos al 10 de agosto y el posterior reproduce el acta constitutiva de la Junta Suprema de 1809. Ocho marmóreas esferas rodean el monumento, unidas por broncíneas cadenas. Ochenta años después el magnífico conjunto, que había sufrido algunos daños por el transcurso del tiempo, los sismos e inclusive las balaceras políticas, fue restaurado por la Dirección del Patrimonio Cultural con asistencia técnica española.

A partir de entonces se acelera la modernización de Quito. La segunda administración de Plaza, afectada por la campaña de Esmeraldas contra la guerrilla del coronel C. Concha, que consume todos los recursos del gobierno, casi nada puede hacer en materia de obras públicas, aunque dispone la construcción del Palacio del Correo en la calle Pichincha (hoy Benalcázar), tras el Palacio de Gobierno, y la iniciación del Ferrocarril del Norte. La empresa privada, en cambio, establece el servicio de tranvías, se tienden rieles, se importan elegantes vehículos, se consigue autorización municipal, se fija en 10 centavos el valor del pasaje por persona, y el 8 de octubre de 1914 comienzan a circular los tranvías eléctricos, novedad que involucró a toda la ciudadanía, conver-

tidos los habitantes de Quito, tras el inicial temor, en usuarios permanentes de este medio de transporte. La línea, que fue ampliándose poco a poco, se iniciaba en la estación del ferrocarril en Chimbacalle, al sur de la ciudad, subía por la antigua calle del Mesón, denominada ya Maldonado, y continuaba por la calle Guayaquil y su prolongación hacia el norte, llamada calle Gonzalo Pizarro, tomando luego, en ángulo recto, dirección al oriente, hasta un punto, ya en las afueras, al pie de «Pátag Guápulo», por la calle que comenzó a llamarse Colón. El retorno tenía una ligera variante, pues la línea subía desde la Guayaquil hasta la Venezuela por el Carmen Bajo, continuaba luego, pasando por la plaza Grande, hasta la calle Rocafuerte, y por ella bajaba hasta la plaza de Santo Domingo donde se volvía a unir con la línea principal. Para lograr un tránsito fluido, se establecieron en varios puntos algunos «cambios», pequeños ramales que permitían que un tranvía que iba esperase en el desvío el paso del que venía. Después se tendió otra línea que desde la plaza Grande, subiendo por la Chile a la Imbabura, avanzaba hasta el cementerio de San Diego.

Durante la administración del presidente Baquerizo Moreno se inaugura en 1917 la ampliación de la planta de teléfonos de magneto, que había comenzado a funcionar en 1900. Avanza notablemente el Palacio de correos, que empieza a prestar servicios; se inicia la construcción de un colegio junto a la iglesia de «El Belén», inmediatamente al norte del parque de La Alameda; se construye el edificio terminal (para pasajeros y bodegas) del Ferrocarril del Sur en Chimbacalle; se edifica el sanatorio en un altozano de la colina de San Juan y se inaugura el servicio de radiocomunicación entre Quito y Guayaquil.

En la década de los años 20 comienzan a realizarse las primeras urbanizaciones que expanden la ciudad más allá del tradicional conglomerado urbano, la «Colón» y la «ciudadela Mariscal Sucre». Más al norte aún la planicie de Iñaquito sirve como pista de aterrizaje y despegue para los primeros vuelos de la naciente aviación y alberga definitivamente el aeropuerto de la ciudad, denominado «Mariscal Sucre» en homenaje al vencedor de Pichincha. El 28 de noviembre de 1920 llegó, en efecto, el primer avión a Quito, adquirido por J. A. Castillo, director-propietario del diario *El Telégrafo* de Guayaquil, nombre del monomotor de dos alas, que primeramente hizo el vuelo desde el puerto hasta Cuenca, a donde llegó el 4 de noviembre, y luego a Riobamba, el 19. Pilotado por el italiano E. Liut, fue recibido triunfalmente.

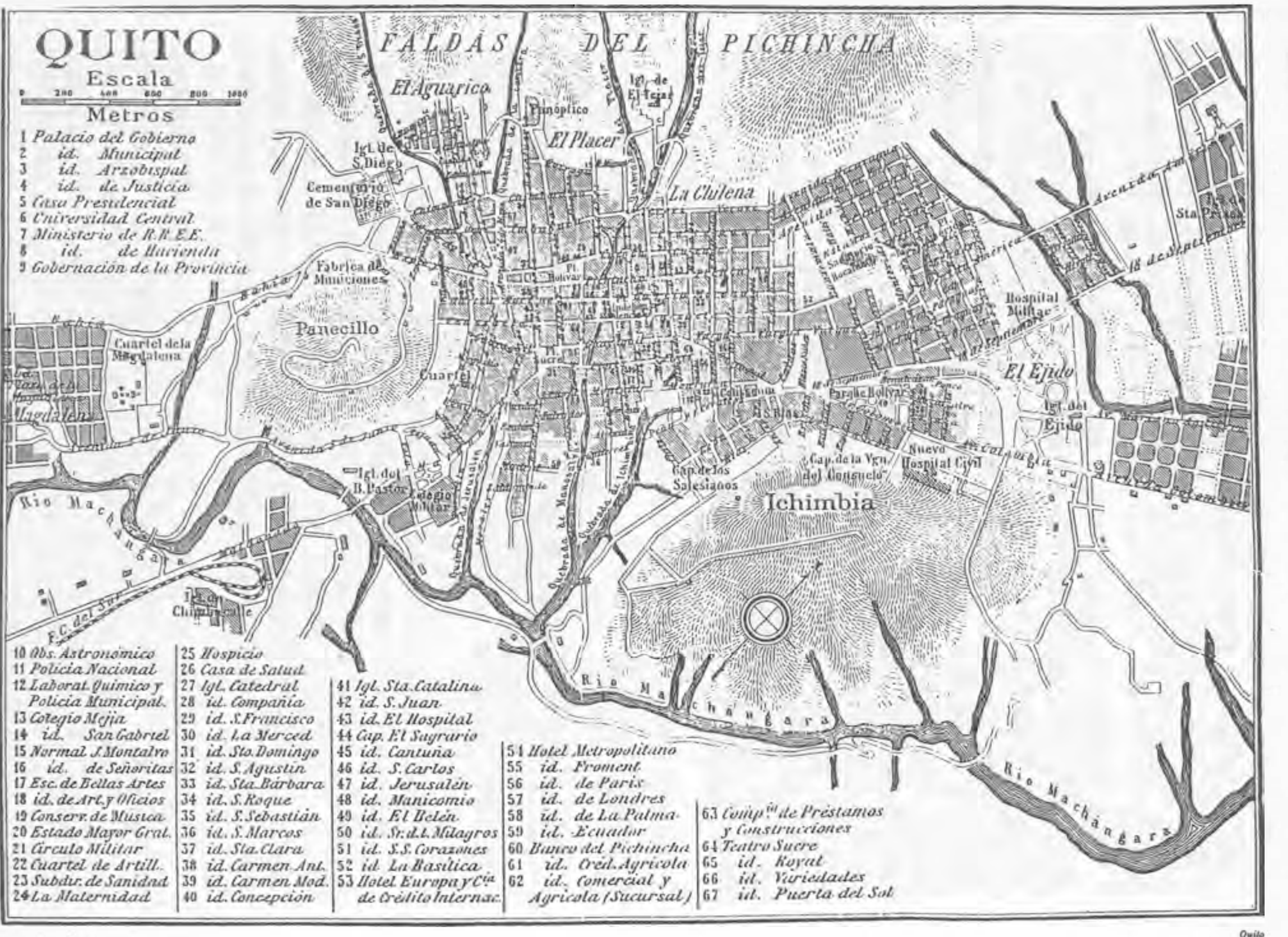
Tres años más tarde, el 26 de noviembre de 1923, el aviador ecuatoriano P. Traversari Infante llega también a Quito desde Guayaquil, en un monoplano bautizado con el nombre del puerto, acompañado de su propia esposa, Rebeca Salvador, primera mujer que vuela en nuestros cielos.

Al presidente Tamayo le correspondió presidir las fiestas por el Centenario de la Batalla del Pichincha, ocasión en la que se inauguró el Obelisco conmemorativo de la Cima de la Libertad, la avenida 24 de Mayo sobre la antigua quebrada de Jerusalén totalmente canalizada y rellena, y el parque de Mayo, en el antiguo Ejido de la ciudad, para entonces en proceso de arborización y ajardinamiento, adornado con una hermosa estatua denominada «La Lucha Eterna», obsequio a Quito de las colonias extranjeras residentes en la ciudad, salvo la colonia italiana que hizo su propio donativo, el busto a Dante Alighieri, inaugurado en el antiguo Jardín Botánico del padre Sodiro, en La Alameda. Como culminación de estos festejos, se inició la primera pavimentación asfáltica de la ciudad.

La población de Quito

El establecimiento del Registro Civil en 1905 facilita estadísticas anuales de nacimientos, matrimonios y defunciones. Sin embargo, los cálculos de población para las dos primeras décadas del siglo XX resultan contradictorios aunque se establece como general la cifra de millón y medio de habitantes para todo el Ecuador. Para 1925 se calculan dos millones y para 1945, tres millones y medio. Ya desde comienzos de siglo la ciudad de Guayaquil sobrepasa a Quito en número de habitantes, señal de su pujanza como centro económico del Ecuador. La capital de la república debía bordear, hacia 1900, los 80.000 habitantes, para 1920 los 100.000, una década más tarde los 150.000 y hacia 1940 los 180.000.

El 29 de noviembre de 1950, durante el gobierno de G. Plaza Lasso, se realizó el I Censo Nacional de Población que arrojó la suma de 3.202.757 habitantes para la República. Se confirmó a Guayaquil como la primera urbe del país con 258.966; Quito, la capital de la República, como la segunda, con 209.932, y Cuenca, con 39.932, fue la tercera. Por primera vez se disponía de datos razonablemente precisos.



Plano de Quito en 1922.

El II Censo se efectuó el 25 de noviembre de 1962 durante la presidencia de C. J. Arosemena Monroy. Los resultados permitieron reconocer el aumento demográfico del Ecuador, con una población de 3.476.007. Guayaquil subió a 510.094, Quito a 354.746 y Cuenca a 60.402.

El III Censo Nacional de Población se realizó el 8 de junio de 1974 durante la dictadura del general Rodríguez Lara y arrojó para el Ecuador una población de 6.500.845 habitantes. Cuando los españoles llegaron al Ecuador, era la sierra la región más intensamente poblada, situación que se mantuvo a lo largo de toda la historia. Los censos permitieron observar que la diferencia entre sierra y costa iba reduciéndose poco a poco. En este censo, por primera vez la costa superó a la sierra en número de habitantes, hecho demostrativo en buena parte de la creciente tendencia migratoria de los serranos hacia el litoral. Guayaquil tenía entonces 814.000 habitantes y Quito, 597.133. Cuenca logró sobrepasar ligeramente los 100.000. Luego venían algunas capitales de provincia, pero también demostraron su crecimiento otras ciudades que solamente eran cabeceras cantonales, como Manta, Milagro, Quevedo y Santo Domingo de los Colorados, todas situadas en la región litoral.

El IV Censo se llevó a efecto el 28 de noviembre de 1982, siendo O. Hurtado Larrea presidente de la República. El Ecuador tenía entonces 8.060.712, de los cuales 3.946.401 habitaban en la costa, 3.808.192 en la sierra, 257.697 en el oriente y apenas 6.119 en las Galápagos. Continuaba predominando el área rural con 4.092.350 pobladores frente a 3.968.362 en el área urbana. Tanto en el país como en las ciudades el número de hombres era ligeramente inferior al de mujeres, sin embargo, éstas predominaban en las áreas rurales. Quito, capital de la República, inclusive su periferia, tenía 890.355 habitantes y continuaba siendo la segunda ciudad del país, mientras Guayaquil y su periferia seguían en primer lugar con 1.204.532, y Cuenca en tercer lugar con 157.213.

Panorama general de la expansión de Quito

Hacia el primer cuarto del siglo XX Quito comenzó a extenderse, primero hacia el norte, sobrepasando el Ejido ya denominado «Parque de Mayo», con el desarrollo de la ciudadela Mariscal Sucre, modelo

que luego seguirían otros ensayos parecidos; y después hacia el sur, no solamente desarrollando el pequeño espacio situado entre la antigua quebrada de Jerusalén, ya convertida en avenida 24 de Mayo, y el Panecillo, sino inclusive bordeando por ambos lados la colina que había sido tradicionalmente último límite meridional de la ciudad, y dando comienzos al progreso de la parroquia, entonces todavía rural, de La Magdalena. Luego, a raíz de las celebraciones del IV Centenario de la Fundación de Quito, comenzaría la acción municipal de vivienda popular, con el primer «barrio obrero», puesto en marcha por Jijón Caamaño, entonces presidente del Concejo, y la obra social católica, como los barrios La Vicentina y Las Casas, auspiciados por I. Jácome, O. P., uno de los pioneros de avanzada en las filas religiosas. Las prestaciones hipotecarias de las Cajas de Pensiones y del Seguro de Empleados Privados y Obreros, por su parte, estimularon la construcción por iniciativa privada y generaron después, a partir de los años 40, programas de vivienda más amplios.

La crisis de 1930 comenzó a convertir también a Quito en fuerte imán de migración campesina, hasta entonces fundamentalmente orientada a Guayaquil. Este fenómeno social dio lugar a la construcción de las primeras viviendas marginales, en las laderas de las colinas que rodean a la ciudad, particularmente al oeste, las faldas del Pichincha en las zonas de San Juan, Toctiuco, la Cantera (en cuyas inmediaciones surgió el barrio denominado El Aguarico, un tiempo «zona roja» de la capital) y la parte baja de la Cima de la Libertad. Al este, trepando hacia el Itchimbía, se desarrolló el barrio de la Tola, y luego, rodeando primero la estación de Chimbacalle, y subiendo luego la inmediata cumbre de Puengasí, el sector de Allpahuasi. Esos barrios, inicialmente modestísimos, poco a poco fueron mejorando, sobre todo por la acción municipal, obligada a preocuparse de una población creciente, muy pobre pero dinámica como fuerza de trabajo paciente y sufrida. La reforma agraria en la década de los 60, concebida solamente como repartición de tierras y abolición del *huasipungo,* sin estímulos ni organización social cooperativa para los nuevos propietarios devenidos en dueños de terrenos sin recursos propios ni para la propia subsistencia individual y familiar, menos aún para herramientas, semillas y abonos, determinó una masiva migración campesina a las ciudades y Quito fue polo de atracción, casi tanto como Guayaquil. El fenómeno de expansión de la urbe se incrementó, empezaron a surgir barrios margina-

les clandestinos de muy precarias condiciones y también a manifestarse intensiva tugurización de la parte central e histórica de la ciudad.

El comercio y el incremento de la naciente industria, fundamentada en el aumento, por una parte, de las necesidades, y por otra, de la energía eléctrica generada paralelamente al progreso de Quito, permitieron la consolidación y crecimiento de la clase media, todavía escasa en número pero ya presente desde el siglo anterior, pequeña burguesía formada por propietarios de tiendas mínimas y almacenes medianos, artesanos progresistas y tenaces, profesionales en número creciente por el desarrollo de la educación media, normalista y universitaria. La pujanza de este sector fue factor para el crecimiento de la ciudad en número de viviendas y nuevos barrios.

El «boom» del cacao, primero, y el del petróleo, después, originaron épocas de bonanza que, sin solucionar los grandes problemas económico-sociales y más bien ampliando la brecha entre las minorías opulentas y las mayorías depauperadas, permitieron una notoria proliferación de la banca privada, inclusive extranjera, que aumentó en número de entidades, caudales movilizados, utilidades crecientes mantenidas a veces inclusive mediante medidas lesivas a las grandes mayorías pero favorables para el reducido grupo de accionistas o tecnócratas vinculados a ellas. También proliferaron en forma desmesurada las empresas internacionales y transnacionales, generalmente con reducidas inversiones pero con grandes beneficios, que aumentaron la dependencia y contribuyeron, más que a solucionar el subdesarrollo del Ecuador, como país del tercer mundo, a incrementarlo y agudizar sus problemas capitales.

El crecimiento del país, los intentos estatales para afrontar las nuevas situaciones, heredadas tendencias al paternalismo y erróneas visiones administrativas, dinamizadas por la capitalidad de Quito, originaron también una creciente burocracia estatal y de los organismos de la administración nacional, provincial y local, factores todos éstos incentivadores de la expansión de la urbe: Quito pasó de los 100.000 habitantes de comienzos de siglo a más de un millón en la última década del XX.

La Iglesia y su influencia

Aunque en 1901 llega al Ecuador un delegado papal, monseñor Gasparri, para dialogar sobre el problema del restablecimiento del Pa-

tronato, el Congreso radical se niega a ratificar los acuerdos y de hecho quedan rotas las relaciones con la Santa Sede. Al morir en 1904 el arzobispo González Calisto es nombrado en 1906, para sucederle, el obispo de Ibarra F. González Suárez, inicialmente desconocido por el gobierno de Alfaro pese a lo cual logra imponerse por su autoridad moral e intelectual y su fuerte temperamento; sin embargo, la Constitución de 1906 había declarado la separación total entre Iglesia y Estado y de hecho se impone una política no solamente anticlerical sino abiertamente antirreligiosa. La persecución imperante al finalizar el siglo XIX se atenúa, pero las misiones en el oriente, que habían quedado menoscabadas con grave quebranto para la presencia ecuatoriana en la región amazónica, reciben obstáculos del Estado que se niega a reconocer la creación del Vicariato Apostólico de Gualaquiza. Al comenzar González Suárez su arzobispado ocurre en Quito el singular hecho del 20 de abril de 1906, cuando un cuadro de la Virgen Dolorosa se manifiesta milagrosamente ante un grupo de alumnos del colegio San Gabriel.

González Suárez muere en 1917 y le reemplaza M. M. Pólit Laso, quien gobierna la arquidiócesis hasta su fallecimiento en 1933. Pío XI designa entonces arzobispo de Quito al obispo de Guayaquil C. M. de la Torre, quien gobierna la arquidiócesis durante 34 años hasta su muerte, longevo de edad, ocurrida en 1967, primer cardenal del Ecuador, dignidad a la que le promoviera Pío XII. En 1937 se había suscrito entre la Santa Sede y el Ecuador el *Modus Vivendi* que puso fin al divorcio entre Estado e Iglesia, devolvió la paz religiosa al Ecuador, permitió la creación de nuevos distritos arquidiocesanos y diocesanos y el ingreso de nuevas congregaciones religiosas destinadas a enseñar y evangelizar. En 1949 se realizó el II Congreso Eucarístico Nacional. A la muerte del cardenal De la Torre le sucedió el jesuita P. Muñoz Vega, que había sido rector del Colegio Pío Latinoamericano y de la Universidad Gregoriana en Roma, promovido asimismo al cardenalato. A él le corresponde recibir la histórica visita de Juan Pablo II en 1985. Poco después renuncia a la dignidad arzobispal, en cumplimiento de nuevas normas canónicas, y le sucede el actual arzobispo, A. González Zumárraga, doctorado en Salamanca. De los cinco prelados que rigen la arquidiócesis quitense, solamente los dos últimos no han nacido en la capital de la República.

La libertad de cultos reconocida por el derecho constitucional permite a la Iglesia católica amplia capacidad de organización y acción.

Aunque la jurisdicción de la arquidiócesis de Quito se ha visto mermada con la creación de otros arzobispados, su organización se ha ampliado ante las exigencias del progresivo desarrollo de la ciudad. Siguen siendo sufragáneas las diócesis de Riobamba, Ibarra, Ambato, Guaranda, Latacunga y Tulcán. Tres obispos auxiliares ayudan al arzobispo, entre ellos uno para Santo Domingo de los Colorados. Se ha multiplicado el número de las parroquias, actualmente 115, y ha sido necesario construir para muchas de ellas nuevas iglesias. También se han multiplicado las construcciones de las órdenes y congregaciones religiosas masculinas y femeninas, así como las de varios servicios asistenciales de beneficio público, para lo cual se ha contado con el generoso apoyo financiero del catolicismo bávaro. Los oblatos, fundación del P. Matovelle, encargados de la Basílica del Voto Nacional, lograron tras perseverantes empeños llevar a su terminación la colosal obra, de estilo neogótico, iniciada en el siglo pasado, que fue solemnemente inaugurada en 1988. El oblato R. Correa Vásquez, gestor de esta realización, fue también el promotor del monumento a «Nuestra Señora de Quito» que se levanta en la cima del Panecillo, inspirado en la célebre imagen alada de Legarda. También han llegado al Ecuador otras numerosas denominaciones cristianas, y los mormones, que asimismo han construido templos en diversos barrios.

El último de los grandes acontecimientos históricos en la milenaria vida de Quito fue la visita de Juan Pablo II los días 29 y 30 de enero de 1985, que culminó con la más grande concentración humana realizada en la ciudad, cerca de un millón de personas en el parque de La Carolina, donde se levantó y permanece como recuerdo una esbelta e inmensa cruz de hormigón. La visita del Papa al Ecuador continuó por Latacunga, donde se dirigió a los indígenas de las diversas etnias del país reunidos en número de 100.000, Cuenca y Guayaquil. En el puerto, Juan Pablo II beatificó a la fundadora de las Marianitas, Mercedes de Jesús Molina.

El carisma urbano

Quito continúa siendo sede del poder político no obstante el creciente auge económico de Guayaquil, la poderosa influencia de la banca desarrollada en el puerto principal y el predominio de los políti-

cos costeños en la vida nacional, hechos que consolidan, como fenómenos característicos en la historia del Ecuador a lo largo del siglo XX, la bipolaridad Quito-Guayaquil. Si se analiza el desarrollo político de la República se observa que buena parte de las tensiones aparecen motivadas, claro que en relación con otros factores, en las aspiraciones regionales por captar la cúpula del poder. En el primer cuarto de siglo, por ejemplo, todos los presidentes constitucionales que logran terminar sus mandatos son costeños (Alfaro, Plaza, Baquerizo Moreno y Tamayo) y representan fundamentalmente los intereses guayaquileños, inclusive Plaza que, aunque vinculado por matrimonio a la antigua aristocracia quiteña, está estrechamente ligado al Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil.

Ese predominio casi absoluto fue una de las motivaciones de la Revolución del 9 de julio de 1925 que dio paso al régimen dictatorial y presidencial del lojano I. Ayora, cuyo quinquenio determina grandes transformaciones para consolidar el Estado unitario y la capitalidad de Quito, como la creación del Banco Central del Ecuador, Superintendencia de Bancos, Contraloría General de la Nación, Caja de Pensiones, etc. No es mucho lo que puede hacer, en lo material, para el progreso mismo de Quito, en buena parte por la grave crisis económica y fiscal que vive el país, y es una de las causas principales de la gran inestabilidad política predominante entre 1925 y 1944. Logra, sin embargo, inaugurar el Palacio de Correos; terminar, para sede del Banco Central, el edificio que había comenzado a construir el Banco del Pichincha, y concluir e inaugurar la carretera Quito-Ibarra.

Otros progresos para la ciudad se logran bajo el gobierno de Arroyo del Río, quien adquiere los edificios donde funcionarán por mucho tiempo el Ministerio de Hacienda (luego denominado del Tesoro y últimamente de Finanzas), en la calle Guayaquil, algo al sur de la plazoleta de San Blas; y algo al norte de la misma, en la esquina con la calle Briceño, el Ministerio de Agricultura y Ganadería (luego llamado de Economía). Adquiere y restaura la antigua casa de Villacís para Museo de Arte Colonial, que inaugura poco antes de su derrocamiento, cuya parte posterior destina para sede de la Academia Nacional de Historia, y construye el cuartel para el Batallón «Vencedores» frente al Campo de Aviación, cerca de Cotocollao.

Los casi 13 años que alcanza a gobernar en sus cinco períodos Velasco Ibarra, desde 1934 a 1973, son fecundos en innumerables obras

algunas de las cuales significan especial progreso para Quito, su ciudad natal. Se pueden mencionar, en el I velasquismo: planificación y comienzo de las carreteras Quito-Chone y Quito-Esmeraldas, terminación del edificio que había comenzado Baquerizo Moreno inmediatamente al norte de la Alameda, que destina al Colegio Femenino «24 de Mayo» por él fundado; iniciación del edificio para el normal «Manuela Cañizares», fundación de una Escuela Experimental Rural en Tumbaco, que no llega a consolidarse, y refundación, esta vez definitiva, de la Escuela Politécnica Nacional. En el II velasquismo: construcción del Cuartel de Policía en la esquina de las calles Cuenca y Mideros, construcción del edificio, junto al parque de Mayo, para la Casa de la Cultura Ecuatoriana, nuevo nombre dado al Instituto Cultural Ecuatoriano fundado poco antes por Arroyo del Río; terminación del normal «Manuela Cañizares», construcción de nuevas dependencias en el terreno interior del Ministerio del Tesoro, continuación de carreteras y obras de regadío iniciadas en su administración que habían quedado suspendidas, y fundación de la Universidad Católica de Quito. En la III administración inicia la construcción de un nuevo edificio para el colegio «24 de Mayo» (el que hasta ahora ocupa), construye el internado del «Manuela Cañizares», entrega fondos para la adquisición de terrenos destinados al colegio «Montúfar» creado por Arroyo del Río, construye nuevas dependencias para el Ministerio de Defensa Nacional, crea y construye el Hogar Indígena de Conocoto, levanta junto al Panóptico un pabellón para Cárcel de Mujeres, pone en marcha y realiza amplias obras en el Plan Vial Nacional, muchas de ellas continuación de las iniciadas por él mismo en anteriores administraciones, y funda la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica. En el IV velasquismo funda el Banco Ecuatoriano de la Vivienda y faculta el establecimiento de las Asociaciones Mutualistas de Ahorro y Crédito para Vivienda, que contribuirán poderosamente al desarrollo y crecimiento urbano de Quito. En fin, en el V velasquismo, inaugura la Estación Terrena de Conocoto con una potente antena parabólica, la primera en el país, para la comunicación por Telestar.

Si se tiene en cuenta que su gobierno solamente duró el mandato constitucional de cuatro años, no hay duda que la más extraordinaria obra pública realizada en Quito, no sólo durante el siglo XX, sino inclusive a lo largo de toda la historia republicana, es la que efectuó el presidente Ponce Enríquez, gracias a la conformación de un eficiente equipo

de trabajo presidido por su ministro de Obras Públicas S. Durán Ballén. Embelleció la capital con grandes construcciones como el Palacio del Congreso, la Cancillería, la Caja del Seguro (en esa época el edificio más alto de la ciudad); residencias universitarias para la Central y la Católica; ampliación a 3.600 metros de la pista del aeropuerto «Mariscal Sucre» (ubicado desde 1936 donde ahora está), a fin de que pueda ser utilizado para el tráfico internacional, y construcción de su edificio terminal; comedor para el personal de tropa de la FAE; restauración del Palacio de Gobierno y la Sala Capitular de San Agustín; construcción en su mayor parte del nuevo edificio para el colegio «24 de Mayo» iniciado por Velasco Ibarra; planificación, financiación y comienzo de la construcción del edificio del colegio Montúfar; creación del Campamento General Epiclachima con varios edificios, a la salida sur de Quito; edificio de la Comandancia General de Marina como nueva dependencia del Ministerio de Defensa Nacional; Escuela de Artillería en El Pintado; campamento General Rumiñahui a la entrada de Sangolquí; pavimentación de la entrada sur de Quito a cuyo efecto se construye el cuarto paso a desnivel para evitar el cruce con el ferrocarril; pavimentación de la carretera a Los Chillos y del sector Quito-Tambillo-Chasqui en la carretera Panamericana, que además fue rectificada y ampliada hasta Lasso, en la provincia de Cotopaxi. Tan vasta obra permite calificar a Ponce como benemérito del progreso de Quito.

El gran cambio económico: la ciudad se industrializa

El siglo XX ha sido testigo del crecimiento, desarrollo y consolidación del comercio, la moderna industria y la banca, causas y efecto a la vez, unas y otro, de la expansión urbana de Quito. Nada de esto habría sido posible sin el apropiado abastecimiento de agua y la provisión de energía eléctrica.

El agua potable

Uno de los grandes problemas de la capital del Ecuador ha sido la provisión de agua potable. Desde tiempos inmemoriales un manantial básico, en las faldas del Pichincha, se precipitaba por la pequeña cascada conocida como «La Chorrera» y de allí se tomaban las aguas que

alimentaban la inicial aldea aborigen, la ciudad incaica y luego la urbe castellana. Proveía, a través de canales, el servicio a los conventos, las pilas en las plazas, la primera de todas la de San Francisco y luego las de La Merced, Santo Domingo y Santa Bárbara, así como los grifos públicos, conocidos como «sapos de agua» por el batracio con la boca abierta que solía adornar el vertedero. El primer gran colector de aguas se hizo poco más abajo de La Chorrera y ha sido tradicionalmente conocido como fuente de «Las Llagas». Otro manantial muy antiguo es el de Yavirac, al pie del Panecillo. Hasta comienzos del presente siglo, la provisión a las casas se hacía mediante los célebres «aguateros», con sus enormes «pondos».

El crecimiento de la ciudad obligó a buscar nuevas vertientes, encontradas en diversos lugares del amplio sistema oro-hidrográfico del Pichincha, el Atacazo y Guápulo. El ingeniero alemán Schuatter diseñó y construyó la Planta de Purificación de «El Placer», con una capacidad de 45 litros por segundo, en la misma estribación del Pichincha donde según los iniciales documentos coloniales debió hallarse la parte más alta del antiguo Palacio de Huayna Cápac, sobre el convento de San Francisco. El doctor P. A. Suárez promovió la cloronización de esas aguas. El ingeniero M. A. Navarro promovió la utilización del manantial del Yavirac, bautizado con el nombre de «fuentes del Sena». Aquélla y éste eran propiedad del municipio, incansable en la tarea de aumentar el caudal de agua disponible para la ciudad. En 1942 se construye el túnel de El Ungüi para trasladar a Quito las aguas de Lloa. Para la zona norte, el ingeniero H. T. Smith perforó pozos profundos entre 1945 y 1950, a los que se añadieron luego otros seis.

A partir de 1958 comienzan los estudios para la utilización de las aguas del sistema Pita-Tambo, proyecto terminado en 1977 y que comprende 42 kilómetros de aducción, la planta de tratamiento de Puengasí y los reservorios de San Bartolo, Chiriacu, Bellavista y Chaupicruz. Se fijó como cota máxima para construcciones la de 2.860 metros sobre el nivel del mar, pronto sobrepasada por urbanizaciones clandestinas, inclusive no pocas autorizadas por el propio municipio. El crecimiento explosivo de la ciudad ha vuelto crítico el aprovisionamiento de aguas. Entre varios proyectos estudiados para solucionar las necesidades cada vez mayores, fue seleccionado y rápidamente construido, por ser menos difícil, el que trae aguas desde Papallacta, en la cordillera Oriental, hasta el nuevo Reservorio de Bellavista.

La energía eléctrica

Una pequeña planta eléctrica particular, instalada en la Quinta Piedrahita, laderas del Ichimbía, en los últimos años del siglo XIX, había comenzado a prestar servicios de iluminación a escasos usuarios, para reemplazar los viejos sistemas. También algunos particulares adinerados habían logrado instalar pequeñas plantas en sus domicilios, por ejemplo, M. Jijón Larrea. Éste, el concesionario de la iluminación a queroseno F. Urrutia y V. Gangotena formaron la Compañía «La Eléctrica» en 1898, que a comienzos del presente siglo instaló la planta de Guápulo. Ampliada la empresa, en 1908 admitió capitales norteamericanos y se constituyó «The Electric Light and Power Company» regulada por las leyes de Nueva Yersey, más conocida como «La Eléctrica de Quito». Por contrato con el municipio se inició la iluminación de calles y plazas y el servicio domiciliario. Hacia 1922 esta empresa instaló una planta en los Chillos donde construyó un pequeño reservorio. Para 1932, la totalidad de acciones pasó a manos norteamericanas y de hecho el suministro de energía eléctrica, por contratos con el municipio y los particulares, se convirtió en monopolio extranjero.

Correspondió a Jijón y Caamaño, como presidente del Concejo Municipal, iniciar la construcción de la planta de Guangopolo, en el valle de los Chillos, y contratar con AEG equipos de generación eléctrica. Terminadas las obras, en 1937 se inauguró la «Empresa Eléctrica Municipal» que empezó a competir con la norteamericana. Cuando Jijón volvió en 1946 al ayuntamiento, como alcalde de Quito, expropió, previa indemnización, «La Eléctrica de Quito», y municipalizó totalmente el suministro de energía.

En 1955 se constituyó la «Empresa Eléctrica Quito, S. A.», teniendo como accionistas al municipio y las Cajas de Pensiones y del Seguro, aquél con 100 millones de sucres y éstas con 18 millones cada una. Las instalaciones se modernizaron, regularizaron y progresaron. Se construyó luego el gran reservorio de Cumbayá. La Empresa Eléctrica «Quito» devino factor importante del desarrollo industrial no sólo en la capital de la República sino, ademas, en los cantones Rumiñahui, Mejía y Cayambe.

Creado en 1969 el Sistema Nacional Interconectado y expedida en 1973 la Ley Básica que establece INECEL (Instituto Ecuatoriano de Electrificación), éste se asocia con la «Empresa Eléctrica Quito» y pasa

a ser su mayor accionista. Las grandes plantas hidroeléctricas de Pisayambo, Agoyán y Paute, construidas en los últimos 15 años, permiten entonces el establecimiento de una red nacional de energía eléctrica en continuo proceso de expansión.

Las primeras fábricas

Aunque en 1900 se funda, por iniciativa del ciudadano danés E. Vorbeck, la cervecería «La Victoria», en un terreno aledaño a la quebrada de Jerusalén, la más antigua industria capitalina cuyo origen se remonta a los obrajes coloniales es la fábrica de Tejidos Chillo-Jijón, que para comienzos de siglo moderniza sus maquinarias, en 1902 se halla en plena producción y en 1932, ya bajo la dirección de J. Jijón Caamaño, comienza a producir los primeros casimires de lana peinada en el país. La fábrica de cigarrillos «El Progreso» se instala, también en el valle de los Chillos, en 1910, año en el que asimismo los ciudadanos colombianos C. y F. Uribe instalan en la calle Vargas la Fábrica de Espermas Luz de América. En 1911 comienza sus labores el Molino El Censo; en 1914, la fábrica de Tejidos La Victoria. En 1921 se inicia la explotación industrial de las fuentes de agua de Güitig por la empresa «The Tesalia Esprings, Co.». En 1922 se crea la fábrica «La Internacional», de tejidos, hilados y estampados de algodón, por iniciativa de L. N. Dillon, caracterizada por la democratización del accionariado, que pronto llega a ser el más importante complejo de la industria textil. En este mismo ramo comienza a producir en 1926 «La Inca», Uyumbicho.

Aunque a comienzos de siglo son expropiadas por la revolución liberal las grandes haciendas de las comunidades religiosas que pasan a manos de la Asistencia Pública, organismo estatal creado para reemplazar a aquéllas en el manejo de hospitales, lazaretos y orfanatos, los enhacendados particulares continúan el laboreo agrícola y ganadero. En esta actividad, que mantiene la producción artesanal de quesos y mantequilla, se inicia el mejoramiento del ganado con la importación de sementales, en especial Holstein-Friesian, con muy buenos resultados, en la hacienda «Los Potreros Altos», en Machachi, pionera de esta actividad, prontamente imitada con la instalación de numerosos criaderos, tanto al sur de Quito como al norte, en Cayambe.

La Banca

El Banco del Pichincha fue fundado el 11 de abril de 1906 y es el más antiguo de la capital. Parte de la solidez y confianza de que goza se debe a la estabilidad lograda durante décadas con la gerencia de A. Acosta Soberón, J. Acosta Velasco y A. Acosta Espinosa, padre, hijo y nieto, respectivamente. Otro antiguo banco es el de Préstamos, fundado en 1909, dirigido sucesivamente por los hermanos H. y A. Albornoz Sánchez y A. Albornoz Andrade. Pero los bancos de Crédito (1907) y Abastos (1918), que funcionaron largos años, tuvieron que ser liquidados por la Superintendencia de Bancos, entidad de vigilancia y control creada por Ayora en 1929.

También el Banco Central del Ecuador debe a Ayora su fundación (4 de marzo de 1927), aunque su gran promotor fue L. N. Dillon. Regido por la Junta Monetaria y único instituto emisor de moneda en la República, es en realidad un banco de bancos, depositario de los fondos de todos los entes públicos, estabilizador de los cambios internacionales y custodio de la reserva monetaria del país. De entre sus gerentes merece destacarse el nombre de G. Pérez Chiriboga, gran defensor de la estabilidad del sucre, durante muchos años moneda dura en América Latina.

Igualmente se debe a Ayora la ley, sustitutiva de la que dictó García Moreno en 1869 para el funcionamiento de bancos hipotecarios, que permitió la creación, como entidad estatal para el desarrollo, del Banco Hipotecario del Ecuador (1927), transformado luego en el actual Banco de Fomento. Como efecto del progreso del país las dos últimas décadas han visto la proliferación de bancos privados, inclusive sucursales de varios de los grandes bancos internacionales.

El ahorro obligatorio se creó, orientado hacia la prestación de servicios de seguridad social, con la fundación de la Caja de Pensiones por Ayora en 1928 y la del Seguro de Empleados Privados y Obreros, por Páez en 1937, regidas ambas por el instituto Nacional de Previsión y unificadas posteriormente en el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS). Velasco Ibarra creó el Banco Ecuatoriano de la Vivienda (BEV) en 1961 y facultó desde entonces el funcionamiento de las Asociaciones Mutualistas de Ahorro y Crédito para la Vivienda, la primera de las cuales fue la «Pichincha», seguida prontamente por la «Benalcázar», ambas con sede en Quito. Yerovi, uno de los pioneros del coope-

rativismo en el Ecuador, actualizó en 1966 la Ley de Cooperativas que permitió el desarrollo de estas entidades. Estos organismos han contribuido a la construcción de viviendas, nuevas urbanizaciones y hasta barrios enteros en Quito, afrontando graves situaciones de crisis, como las originadas, sobre todo a partir de los años 80, por la inflación y los problemas derivados del crecimiento y las refinanciaciones de la deuda externa. La última de las entidades bancarias del Estado es el Banco de Desarrollo (BEDE).

Las Cámaras de la Producción

Importante función han tenido las Cámaras de Comercio, Industrias y Agricultura. La primera se fundó en 1906. A partir de los años treinta, como esfuerzo para salir de la crisis económica, comienza un notable desarrollo de la industria, tímidamente al principio, aceleradamente después, tarea en la que, junto a la iniciativa y esfuerzo creador de emprendedores ciudadanos ecuatorianos y algunos europeos, particularmente españoles, participan unos cuantos inmigrantes sirio-libaneses, llegados al país en los años tormentosos anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial, y otros tantos judíos que escapan de la persecución antisemita desatada por Hitler a partir de su ascenso al poder en 1933. La textilería es la rama industrial de mayor desarrollo y se moderniza eficientemente con numerosas empresas. La molinería es otra rama industrial que se expande desde 1930.

Como estímulo para el crecimiento de esta todavía incipiente industrialización, el jefe supremo F. Páez, mediante decreto-ley, dispuso en 1936 el establecimiento de Cámaras de Industriales en todo el país. En cumplimiento de esas disposiciones, la Cámara de Industriales de Pichincha se fundó el 5 de setiembre de 1936. En fin, aparecen los servicios de la aviación privada.

El gran desarrollo industrial de los últimos 40 años comprende múltiples empresas en los ramos de alimentación, cervezas, licores y otras bebidas, productos farmacéuticos, textiles, materiales de construcción, vivienda, metalurgia, transportes, plásticos, petroquímica, importantes en número, capitales invertidos y productos manufacturados cuya enumeración sería larga.

Este desarrollo origina la formación de ciertos polos de desarrollo

industrial en la ciudad de Quito ubicados en diversos lugares de la urbe, particularmente en las entradas de la ciudad, tanto al norte como al sur, bordeando la carretera Panamericana, pero también en un sector de la avenida 6 de Diciembre donde se concentran numerosas fábricas, aunque también las hay en algunas de las parroquias rurales, particularmente en el valle de los Chillos.

Asimismo, mediante decreto-ley de 1937, el jefe supremo de la República F. Páez dispone la creación de Cámaras de Agricultura. La de la Primera Zona, correspondiente a las provincias de Carchi, Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo y Bolívar, se constituyó el mismo año de 1937.

Las Cámaras de Comercio e Industrias, sobre un terreno donado por el municipio en 1970, construyeron en cooperación el moderno y airoso edicio donde tienen su sede, esquina de las avenidas Amazonas y República, en el nuevo sector norte de Quito. En los últimos años se han fundado también las Cámaras de la Construcción y la Pequeña Industria.

Las artesanías

J. Baquero de la Calle, ministro de Previsión Social del presidente Velasco Ibarra, propició la expedición de una Ley de Defensa del Artesanado y el mismo mandatario creó luego el Servicio de Capacitación Profesional (SECAP) para perfeccionamiento de quienes se dedican a las diversas ramas artesanales.

Quito se transforma en gran urbe

Quito en las últimas décadas, de 1960 hasta nuestros días, se transforma y expande como nunca antes, tanto en extensión, sobrepasando todas las previsiones, cuanto en número de habitantes. Ciertamente las dictaduras militares —Junta Militar (1963-1966), Presidencia del general Rodríguez Lara (1972-1976) y Consejo Supremo de Gobierno (1976-1979)— no lograron hacer mucho en beneficio de Quito, como ciudad, aunque a las dos últimas les correspondió administrar los cuantiosos recursos de la explotación petrolera, a cuyo efecto se construyó el Oleo-

ducto Ecuatorial Trasandino que atraviesa el cantón Quito y partes de la carretera adyacente, que se mejoró en su totalidad.

Quedan, sin embargo, como recuerdo de su paso, el financiamiento de la Vía Oriental para descongestionar el tránsito, la adjudicación de la integridad de las aguas del río Pita para el aprovisionamiento de agua potable y la pavimentación de la Panamericana Norte, desde la avenida Colón hasta Carretas, realizada por la Junta y continuada hasta Rumichaca por Rodríguez Lara; la construcción del enorme edificio del Ministerio de Agricultura y el nuevo Hospital Militar, por el Consejo Supremo de Gobierno, la iniciación del nuevo colegio militar en Parcayacu y las instalaciones policiales en Pusuquí (uno y otras en la ruta a Pomasqui), así como la adquisición, para sede de múltiples instituciones públicas, de numerosos edificios no funcionales, construidos por la empresa privada con fines de lucro, como el Ministerio de Educación y el Banco Ecuatoriano de la Vivienda, para citar sólo dos, política de pragmático inmediatismo que se multiplica desde entonces, inclusive en los gobiernos del civilismo multipartidista, sin ninguna planificación previa.

Lo que más permite el recuerdo de aquellas dictaduras militares en Quito es el impulso a la obra de la vivienda, con la iniciación por el BEV del proyecto Luluncoto, al sur, en 1964, pero sobre todo entre 1974 y 1979, cuando el BEV/JNV realizan las grandes urbanizaciones «San Carlos» y «Carcelén», que expanden la ciudad por el norte, y «Mena» I y II, que la extienden por el sur, donde se inicia también el proyecto «Solanda», planes todos ellos tan ambiciosos en número de viviendas y extensión de áreas construidas que podría equipararse cada uno a lo que fue durante siglos el Quito tradicional. Dinámico ejecutor de buena parte de estos proyectos fue el coronel O. Vaca Lara. Ello fue posible por la nueva riqueza del «boom» petrolero, manifestada sobre todo en el gran desarrollo de Quito por obra de la empresa privada de tipo capitalista que llena el norte de la ciudad con grandes edificios de 10 y más pisos. Se transforma el perfil de la urbe con núcleos tales como los de la avenida González Suárez, al este, y la zona de El Bosque, al oeste, polos residenciales de la alta burguesía opulenta, o las vías que bordean el nuevo parque de La Carolina, transformado en centro de altos edificios bancarios y empresariales.

La acción constructora del Seguro Social, Asociaciones Mutualistas Pichincha y Benalcázar, cooperativas y asociaciones de empleados de

diversas dependencias públicas y privadas, militares y policiales, contribuye a la asombrosa expansión de Quito, que alarga el espacio citadino hasta abarcar casi 40 kilómetros de norte a sur, aunque siempre continúa reducido en el sentido este a oeste, a no más de cuatro o cinco kilómetros, porque al poniente le limita la barrera del Pichincha, no obstante trepar por sus faldas no pocas urbanizaciones clandestinas, y al levante, la serie de colinas Monteserrín, Guagüiltagua,˜itchimbía y Puengasí, que comienzan a ser sobrepasadas en dirección a los valles. Quito mantiene en todo caso su forma desproporcionadamente alargada y deja de ser la ciudad uninuclear, en torno a la plaza de la Independencia, como a comienzos de siglo, pasando a ser polinuclear, como lo señala F. Carrión, el más reciente de sus urbanistas.

La acción gubernamental, municipal y privada transforma, pues, a Quito en una gran ciudad moderna y dinámica. El ayuntamiento merece especial mención a lo largo de todo el siglo XX. Sus concejales —generalmente resultado del sufragio popular— y los presidentes por ellos designados anualmente, y desde 1946 sus alcaldes, también elegidos por el voto popular, han mantenido una honrosa tradición de honorabilidad, servicio y escrupuloso manejo de los fondos públicos ejemplar para el resto de la República. En la imposibilidad de hacer un recuento exhaustivo, digamos que debe ser mencionada, en particular, la obra de algunos presidentes del Concejo Municipal, como F. Andrade Marín, en la primera década, a quien ya nos hemos referido, y J. Jijón y Caamaño, a quien le correspondió presidir el Concejo en los años 1934 y 1935 y, por tanto, las fiestas por el IV Centenario de la fundación de la ciudad, el 6 de diciembre de 1934. Inició entonces el primer barrio obrero de Quito, la «Villa Encantada», 150 casas adjudicadas a trabajadores de escasos recursos; construyó en la calle Junín la escuela Sucre, e inició el segundo gran plan de pavimentación de Quito (el primero fue en 1922) al contratar un millón de metros cuadrados de pavimento. Posteriormente, de 1946 a 1948 fue el primer alcalde, de acuerdo con la nueva Constitución, y como tal efectuó una de las más progresistas labores en la historia de la ciudad: adquisición de los terrenos de la Villa Flora para un nuevo plan de vivienda popular, construcción de la nueva escuela Espejo, creación de la Empresa Eléctrica Municipal (central hidroeléctrica de Guangopolo y municipalización de la antigua empresa norteamericana), contrato con el Eximbank para financiar obras de abastecimiento de agua potable para la ciudad (pozos pro-

fundos, modernos servicios de purificación en la planta de «El Placer»), adquisición de terrenos para el Estadio Olímpico y construcción del mismo en su mayor parte, nuevo matadero municipal, remodelación del mercado central y construcción de cuatro nuevos, primer intento de establecer un servicio municipal de transportes con la adquisición de 21 ómnibus, Empresa Municipal de Abastos, instauración del «Día del Civismo» a celebrarse cada 27 de febrero, defensa del Habeas Corpus como conquista democrática contra las arbitrariedades del poder político, etcétera.

Otros grandes alcaldes de Quito fueron R. León Larrea, J. R. Chiriboga Villagómez, C. Andrade Marín (con cuatro años de fecunda labor), etc. Sin embargo, correspondió a S. Durán Ballén, que presidió el Cabildo de 1970 a 1978, realizar una tarea de progreso tan significativa como la que había realizado Jijón, preocupándose del adelanto de la ciudad en todos los campos. Particularmente notables fueron los planes de pavimentación de la ya enorme ciudad incluidos numerosos barrios populares (1.871.000 m^2); la construcción de la Vía Occidental, desde Cotocollao hasta San Diego, con la perforación de los túneles de San Juan, San Roque y San Diego que vencen sendas estribaciones del Pichincha; construcción de nuevos viaductos y facilidades de tránsito, con múltiples pasos a desnivel en varios lugares de la ciudad, con los que cambia su fisonomía; construcción de un Parqueamiento de Automotores en «El Tejar» (deshaciendo parte del antiguo relleno de la inmemorial quebrada de Sanguña o Quinguhuayco); construcción del nuevo edificio del Palacio Municipal, a lo largo de toda la cuadra oriental de la plaza de la Independencia, a base de un discutido proyecto arquitectónico de dudosa armonía con el resto de ese tradicional centro histórico, si bien para completarlo restauró varias de las casas coloniales de la manzana; construcción de siete grandes mercados en diversas zonas de la urbe, inclusive el colosal Mercado Mayorista en el sur de Quito; ampliación del caudal de agua de la ciudad (de 1.050 litros por segundo a 3.030) y construcción de la nueva planta de tratamiento de Puengasí para aprovechar los caudales de abastecimiento de los ríos Pita y Tambo, según los estudios realizados desde 1958 por el norteamericano H. T. Smith. La posta de los grandes alcaldes de Quito, mantenida luego por A. Pérez Intriago, ha sido tomada en los últimos años por R. Paz Delgado con numerosas y trascendentales obras de ordenamiento y progreso notoriamente visibles.

Por su parte, el Consejo Provincial, organismo establecido por la Constitución de 1945 en cada provincia, ha realizado en la de Pichincha importante obra de progreso, particularmente en el desarrollo de la zona noroccidental, con la apertura de caminos y carreteras que han incorporado a la producción agropecuaria miles de hectáreas en la parte litoral de la provincia, al otro lado de los Andes (Pacto, Mindo, Gualea, Nanegal, Nanegalito, San Miguel de los Bancos, Puerto Quito, etc.). Aunque la acción en la capital de la República corresponde primordialmente al Concejo Municipal, algunos prefectos provinciales han efectuado obras de significación para el desarrollo de Quito que no conviene olvidar, como por ejemplo las autopistas al Valle de los Chillos y San Antonio de Pichincha y Calacalí, la construcción del Palacio del Consejo Provincial, el nuevo monumento en la línea equinoccial y el complejo turístico «Ciudad en la Mitad del Mundo».

Asimismo se ha desarrollado el deporte. A partir de la década de los años 20 existían, sin mayor infraestructura, dos hipódromos en la ciudad en torno a la recién creada avenida Colón, pero el desarrollo de la Ciudadela Mariscal Sucre determinó el cierre de ambos. Posteriormente se estableció otro, que sirvió largos años, en la planicie de La Carolina. Simultáneamente se desarrollaron varios clubes de polo. El fútbol, deporte que nació hacia 1910 con la fundación del Club Sport «Quito», se desarrolló desde los años 20 y alcanzó gran difusión, por lo que en terrenos de El Ejido se construyó el primer estadio, conocido con el nombre de «El Arbolito», por uno que lo dominaba. En aquellas épocas eran famosos los encuentros entre dos equipos ya desaparecidos, el «Gimnástico» y el «Titán». El Estadio Olímpico «Atahualpa», en actual servicio, con capacidad para 50.000 espectadores, constituyó el más importante paso adelante para el desarrollo de los deportes en la capital. Éstos se incrementaron desde que se fundó la Concentración Deportiva de Pichincha, formada por diversas federaciones cultoras de las múltiples actividades de este género, que ha venido promoviendo competencias sistemáticas y exigiendo la acción municipal para la construcción de los numerosos estadios barriales actualmente existentes en la ciudad. La Asociación de Fútbol No Amateur (AFNA) viene auspiciando los campeonatos nacionales de este deporte. Son famosos en Quito, cada uno con grandes núcleos de hinchas, los clubes deportivos Aucas, Liga Deportiva Universitaria, Nacional, Quito, Universidad Católica, etc., algunos de ellos dueños de sus propias canchas y otras insta-

laciones. Se halla en construcción el gran complejo deportivo «Rumiñahui» en el barrio La Floresta. Papel importante tienen las Ligas Deportivas Barriales.

Junto a la antigua carnicería y en el lugar donde antes funcionaba la gallera, esquina de las calles Pedro Fermín Cevallos y Olmedo, se construyó el Coliseo Cerrado de Deportes, que se inauguró el 4 de agosto de 1953, sede de numerosos eventos nacionales e internacionales, particularmente de baloncesto.

La afición a las corridas de toros data de las primeras décadas castellanas de Quito. A comienzos de este siglo la familia Guarderas construyó entre San Blas y el Ichimbía una pequeña plaza de toros denominada «Belmonte», escenario de múltiples corridas con toreros españoles de paso por Quito en su trashumancia sudamericana, inclusive el desafortunado «Belmonte de Málaga», muerto a raíz de una cogida el 1 de diciembre de 1942. El 12 de octubre de 1931 se inauguró la plaza «Arenas de Quito», con mayor cabida, levantada entre las calles Vargas, Caldas y Galápagos por R. Flores Galindo, entusiasta promotor de la fiesta brava en la ciudad, que prestó servicio hasta la construcción, por iniciativa de la Cámara de Agricultura, de la nueva plaza Monumental «Quito», con capacidad para 150.000 aficionados. Fue inaugurada el 5 de marzo de 1961 y es desde aquel año sede de la tradicional «Temporada de Jesús del Gran Poder» que se celebra en torno a las fiestas del 6 de diciembre y a la que concurren las más altas y famosas figuras del toreo. En efecto, las tres corridas iniciales tuvieron como matadores a L. M. Dominguín, P. Cáceres, A. Ordóñez, M. Segura y J. Silveti. Quito ha contribuido también a la fiesta brava con varios matadores de renombre, tales como M. Espinosa («Marinero»), A. Vallejo («Maera de Quito»), E. Puente («El Chulla Quiteño»), M. Cadena y F. Traversari («El Pando»), etcétera.

El Quito Tennis y Golf Club ha sido uno de los grandes promotores de los deportes que menciona su nombre y su desarrollo le ha permitido ir ampliando sus instalaciones, que poco a poco han debido trasladarse al norte de la ciudad, hasta construir las actuales, en amplia área perteneciente a la antigua Hacienda de El Condado, poco más allá de Cotocollao.

Las catástrofes en el siglo XX

Tampoco durante esta centuria, Quito ha estado exenta del drama de los sismos. El domingo 31 de mayo de 1914 estremeció la capital un terrible temblor con fuertes rugidos subterráneos. El 25 de julio de 1919 fuerte movimiento sísmico causó daños en las casas de Tambillo, Uyumbicho y el caserío de Murco, donde hubo varias víctimas. El 9 de agosto de 1938 un terremoto con epicentro en la ladera sur del Ilaló destruyó casi por completo el balneario de El Tingo y la parroquia de Alangasí y causó grandes daños en Sangolquí, donde cayó la torre de la iglesia, y Conocoto. El 15 de setiembre de 1944 se sintió en Quito un temblor cuyo epicentro estuvo al norte de la provincia de Cotopaxi: el pueblo de Pastocalle fue totalmente destruido, y en Toacaso, Saquisilí, Lasso y Mulaló quedaron cuarteadas todas las casas.

El más violento de los sismos, intensamente sentido en Quito, fue el terremoto de Ambato, que causó 10.000 muertos. Esa ciudad, capital de la provincia del Tungurahua, quedó casi totalmente destruida y la catedral se vino estrepitosamente al suelo. La vecina cabecera cantonal de Pelileo literalmente desapareció. Píllaro, Baños y Guano, esta última en la provincia del Chimborazo, sufrieron enormes daños.

El 19 de enero de 1958, Esmeraldas sufrió los estragos de un maremoto, sismo sentido también en Quito, al igual que las réplicas del 1 de febrero. El 5 de marzo de 1987 la capital del Ecuador fue gravemente afectada por un terremoto, con epicentro en la región amazónica, que destruyó el oleoducto trasandino y las vías de comunicación con el oriente. Ibarra, Cayambe y Tabacundo sufrieron daños en sus edificaciones. El 10 de agosto de 1990 un fuerte temblor, que alarmó a Quito, causó graves daños en Pomasqui y Malchinguí.

También los aluviones bajados del Pichincha en días de diluviales aguaceros, al no encontrar sus viejas rutas de drenaje por las milenarias quebradas, han sido causa de inundaciones, deslaves y destrozos casi anuales. Particularmente graves fueron el aluvión proveniente de la quebrada de Pambachupa que en 1975 bajó por la avenida La Gasca, verdadero río de lodo que descendió hasta la Ciudadela Mariscal Sucre causando víctimas; y el de la quebrada La Raya, en 1986, que bajando desde el Ungüi inundó la Urbanización Santiago y cegó la avenida Vencedores de Pichincha, al sur de la ciudad.

LA CULTURA EN EL SIGLO XX

La educación

La revolución liberal radical de comienzos de siglo estableció la escuela laica cuyo objetivo era prescindir de los docentes religiosos pero degeneró en abierta clerofobia, disfrazado combate a las creencias católicas predominantes y tendencia al monopolio estatal de la educación. Sin embargo, en medio de grandes dificultades, la mayoría de religiosos (jesuitas, hermanos cristianos y salesianos) y monjas (de los Sagrados Corazones, La Providencia, hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl y salesianas) que se habían dedicado a la enseñanza lograron mantener sus escuelas y colegios. El *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado permitió que la educación particular se desenvolviese en paz. Velasco Ibarra, uno de los defensores de la libertad de enseñanza, logró establecerla como norma constitucional a partir de 1945 y luego en 1946 se reconoció categóricamente el derecho de los padres de familia a escoger para sus hijos la educación que a bien tuvieren y se permitió el apoyo estatal a la enseñanza privada, inclusive la impartida por seglares; y no sólo la católica sino también la de otras denominaciones religiosas. Por su parte, los diversos magistrados, y el propio Velasco Ibarra en especial, pusieron énfasis en el desarrollo de planes escolares. A partir de la década de los años 40 se desarrolló notablemente la enseñanza preescolar, escolar, media y técnica, tanto oficial como municipal y particular, diurna y nocturna, y se multiplicaron las construcciones escolares en toda la República. Obviamente Quito, como capital, se benefició abiertamente de esta política. Simultáneamente se realizaron grandes campañas de alfabetización.

En la imposibilidad de enumerar ni siquiera las principales escuelas, colegios y otros centros especiales de enseñanza, mencionemos ante todo aquellos establecimientos que han superado 100 años ininterrumpidos de actividad, tales como los fundados por García Moreno (San Gabriel y Central Técnico, entre los masculinos; Sagrados Corazones y La Providencia, entre los femeninos); y luego los fundados por Alfaro, que próximamente asimismo cumplirán el siglo (Mejía y Normal Juan Montalvo, para hombres, y Normal Manuela Cañizares, para mujeres). La escuela del Cebollar de los Hermanos Cristianos y el Pensionado Elemental fundado por el sacerdote P. P. Borja Yerovi también cumpli-

rán pronto 100 años. El «24 de Mayo» fue el primer colegio secundario femenino. El municipio de Quito fundó las Escuelas «Espejo» y «Sucre», el Liceo «Fernández Madrid» para la educación de la mujer, y el colegio «Benalcázar». Entre los particulares laicos merece especial mención el colegio Alemán, auspiciado por la comunidad de origen germánico, el Americano, patrocinado por Plaza Lasso, y el Einstein, de la comunidad judía. Los salesianos, además de sus escuelas técnicas, fundaron los colegios Cardenal Spellman, masculino y femenino, y los Normales María Auxiliadora y Dorila Salas. En los últimos años merece mencionarse la acción de los Hermanos Maristas y el esfuerzo de «Fe y Alegría», entidad jesuítica promotora de la educación popular con múltiples escuelas y millares de alumnos.

La Universidad

La Universidad Central del Ecuador continuó funcionando en la vieja casona construida en la época colonial para la Universidad jesuítica de San Gregorio Magno, a donde se trasladó, a raíz de la expulsión por Carlos III, la de Santo Tomás de Aquino. El 25 de abril de 1907 los universitarios realizaron una manifestación contra el fraude electoral impuesto por el régimen del general Alfaro, que reprimió a sangre y fuego la manifestación con varios estudiantes muertos y heridos. En la década de los años 20 se cometió el error de demoler el secular edificio para construir en su lugar el que existe junto a la iglesia de La Compañía, en la calle García Moreno, destinado ahora a Biblioteca Municipal. Allí funcionó varias décadas la Universidad, no sin sufrir en 1929 un pavoroso incendio que destruyó sus museos y colecciones científicas, hasta que en los años 50 se trasladó a la nueva Ciudad Universitaria construida al norte de Quito, donde fueron edificados sucesivamente una serie de pabellones para albergar no sólo las tradicionales facultades, sino otras nuevas y numerosas que exigían el desarrollo de la vida nacional y las decenas de miles de estudiantes cuyo número ha venido aumentando de año en año explosivamente.

A raíz de la Revolución Juliana se alcanzó la autonomía universitaria, consagrada luego como norma constitucional, que permitió superar la intervención estatal en la designación de las autoridades. Pese a ello, la Universidad Central ha sufrido a lo largo del siglo varias clausuras:

en 1934, por el I velasquismo; en 1938, por el presidente Mosquera Narváez; en 1963, la Junta Militar de Gobierno la reorganiza y luego, en 1964, la ocupa con fuerza armada, la clausura, vuelve a abrirla reorganizándola de nuevo y finalmente torna a ocuparla militarmente y a clausurarla a comienzos de 1966. Poco después cae la Junta, la Universidad vuelve a funcionar y el presidente Yerovi garantiza su autonomía. En 1970 el V velasquismo torna a clausurar por nueve meses la Universidad Central.

La Escuela Politécnica, refundada por Velasco Ibarra en 1934, se convierte pronto en uno de los más exigentes centros de estudios superiores y desarrolla diversas facultades técnico-científicas. Tras funcionar varios años en diversas casas sobre la avenida Gran Colombia, frente al parque de La Alameda, construye más al norte funcionales edificios. En 1988, durante el gobierno de Febres Cordero, la Politécnica Nacional fue allanada por tropas armadas.

La Universidad Católica del Ecuador, fundada en 1946, comenzó a funcionar en una antigua casa colonial de la calle Bolívar, en el centro histórico de Quito, con la Facultad de Jurisprudencia. Juan XXIII le otorgó la categoría de Pontificia. En los años 50 comenzó a construir sus actuales magníficas y modernas instalaciones sobre la avenida 12 de Octubre.

Otros centros de educación superior son la Escuela Politécnica del Ejército (ESPOL) y la Universidad Técnica Equinoccial (UTE).

La prensa

El gran diario de Quito, *El Comercio,* inició sus labores el 1 de enero de 1906, con el carácter de independiente en contraste con la prensa de la época abiertamente vinculada al partidismo político. Sus fundadores fueron los hermanos Mantilla Jácome, y desde entonces ha venido apareciendo cotidianamente, salvo en dos ocasiones: cuando el 12 de febrero de 1959 su edificio y talleres, situados en la esquina de las calles Chile y Pichincha (hoy Benalcázar), fueron destruidos por un gran incendio a raíz de un motín popular originado por la emisión de un programa de radioteatro que aplicaba a Quito el argumento de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells; y cuando el 13 de noviembre de 1953 fue clausurado en la tercera administración de Velasco Ibarra.

Animado de permanente afán de progreso, bajo la égida de C. Mantilla Jácome y sus hijos C. y J. Mantilla Ortega, levantó nuevas y modernas instalaciones al sur de la ciudad, en San Bartolo. Su tiraje actual supera los 100.000 ejemplares diarios.

El Día, de inspiración liberal, aunque no órgano de partido, se fundó el 1 de agosto de 1913 y durante varias décadas apareció dirigido por R. Jaramillo, su propietario. La prensa conservadora, de larga tradición, tuvo varios periódicos de oposición al régimen liberal-radical, frecuentemente clausurados, pero su principal exponente fue el diario *El Debate,* con varias clausuras generalmente bajo regímenes dictatoriales, al que siguió *La Patria,* sucedido a su vez por *El Ecuatoriano,* que finalmente dejó de salir. El socialismo auspició la publicación de *La Tierra,* fundado en 1933, que apareció hasta 1935; refundado en 1945 soportó una clausura a raíz del golpe de estado del 30 de marzo de 1946, durante el II velasquismo, volvió a publicarse varios años y también terminó por desaparecer. Otros diarios, con trascendencia en su momento, pero que sólo duraron algunos años fueron *El Nacional, El Sol* fundado por B. Carrión en 1951 y transformado luego en *Diario del Ecuador, Combate* y *El Tiempo,* este último con dos décadas de vida, temporalmente clausurado, poco después de su fundación, por la Junta Militar de Gobierno en 1965. En la actualidad aparecen en Quito, además del matutino *El Comercio* y su edición de la tarde *Últimas Noticias,* el diario *Hoy,* fundado en 1981, y el vespertino *Extra.*

El cine mudo comienza a proyectarse en el teatro «Variedades» fundado por J. Cordovez el 12 de abril de 1914 y situado en el mismo sitio donde hasta ahora funciona, en la esquina cegada de la plaza del Teatro «Sucre». Poco después, en el Pasaje Royal que une las calles García Moreno y Venezuela, su propietario R. Vásconez Gómez funda el teatro «Edén», ya desaparecido. Los hermanos Mantilla Jácome, de *El Comercio,* promueven entonces la empresa de cines Mantilla, luego de exclusiva propiedad de César (pues Carlos retiene *El Comercio*), que crea nuevas salas de cine, «Popular» y «24 de Mayo», y termina por adquirir las ya fundadas. Sin embargo, la primera película sonora llegada a Quito, *Sombras de gloria,* se exhibe en el teatro Sucre en 1930. El 15 de abril de 1933 se inaugura con la película *El signo de la cruz* el gran teatro Bolívar, hasta hoy el mejor de la capital ecuatoriana, construido por la empresa Mantilla, donde también se exhibe poco más tarde la primera película a colores, *El jardín de Alá.* Surge después la empresa Daniel Ca-

dena, que construye el teatro «Capitol» en la avenida Gran Colombia, junto al parque de La Alameda, señal del desarrollo de la zona norte de Quito, y luego regenta varias salas de cine, en competencia con la otra empresa. Posteriormente aparecen nuevos promotores. En la actualidad la capital cuenta con 22 salas cinematográficas.

El 25 de diciembre de 1931 se funda en Quito la radiodifusora H. C. J. B., que desde entonces ha funcionado ininterrumpidamente, la más potente emisora ecuatoriana, vinculada a la iglesia Evangélica y subsidiada con ayudas norteamericanas. Poco después se van fundando numerosas radiodifusoras de carácter privado, entre las cuales merece especial mención Radio Quito, órgano de la empresa «El Comercio, C. A.», fundada el 18 de agosto de 1940. Surgen también Radio Nacional del Ecuador, Radio Municipal, Radio Casa de la Cultura y Radio Católica del Ecuador. La radiodifusión quiteña de carácter privado y comercial alcanza importante desarrollo y cuenta en la actualidad con múltiples emisoras.

En la década de los años 60 empieza también a desarrollarse con inmediata aceptación y popularidad, tanto en Quito como en Guayaquil, la televisión. En esta actividad, asimismo, tanto la H. C. J. B. cuanto *El Comercio* son los pioneros, aunque luego prefieren concretarse a la radiodifusión, la primera, y al periodismo, el segundo. Una de las estribaciones del Pichincha, laderas del Cúnturhuachana, al norte de la ciudad, se cubre de antenas de TV para enlazar los canales de Quito y Guayaquil en un servicio nacional. En la actualidad funcionan Gamavisión (canal 2), Teleamazonas (canal 4), Ortel (canal 5), Ecuavisa (canal 8), Canal 10 y Canal 13. Éste y Ortel retransmiten diariamente programas de la TV española.

Las instituciones culturales

La Academia de la Lengua, correspondiente de la Real Española, ha continuado funcionando a lo largo del siglo XX, bajo la sucesiva dirección de C. R. Tobar, Q. Sánchez, el arzobispo Pólit, J. R. Bustamante, G. Zaldumbide, J. Tobar Donoso, J. Rumazo González, L. Bossano y G. R. Pérez. Gracias a los empeños de Rumazo fue restaurada en la década de los 70 la casa colonial situada en la plazoleta de La Merced donde tiene su sede.

El 24 de julio de 1809, monseñor F. González Suárez fundó la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos reconocida por ley del Congreso de 1920 como Academia Nacional de Historia. Han sucedido al fundador, en calidad de directores, J. Jijón y Caamaño, C. Monge, C. M. Larrea, L. F. Borja, J. Tobar Donoso, que obtuvo en donación del Estado el edificio sede de la corporación en la calle Mejía junto al Museo de Arte Colonial, I. J. Barrera, nuevamente Larrea y finalmente el autor de este libro.

Otras entidades culturales que han venido desarrollando valiosa labor son la Sociedad Jurídico-Literaria, la Sociedad Bolivariana del Ecuador, el Grupo América y el Ateneo Ecuatoriano. Como organismos gremiales de los periodistas mencionemos el Círculo de la Prensa y la Unión Nacional de Periodistas (UNP).

El presidente Arroyo del Río fundó el 11 de noviembre de 1943 el Instituto Cultural Ecuatoriano, dotándolo de amplios fondos, entidad que mediante decreto-ley de 9 de agosto de 1944, dictado por el doctor Velasco Ibarra, en uso de plenos poderes a raíz de la Revolución de Mayo, fue transformado en Casa de la Cultura Ecuatoriana, cuya presidencia se confió a B. Carrión, quien le dio nueva tónica y dinámica. Han dirigido luego la entidad P. Jaramillo Alvarado, J. Endara, J. Chávez Granja, nuevamente B. Carrión, L. Verdesoto Salgado, O. Guayasamín, E. Mora M., G. R. Pérez, E. Rivadeneira y M. Barragán Dumet. Carrión obtuvo del presidente Velasco Ibarra la construcción del edificio sede en la avenida 6 de Diciembre, con planos de A. Calderón Moreno, que hizo decorar con grandes frescos de Guayasamín, Galecio y D. Paredes; el municipio de Quito bajo la presidencia de H. Albornoz donó el terreno y luego, en la alcaldía de J. R. Chiriboga Villagómez, se amplió la donación con el terreno aledaño situado entre las avenidas 12 de Octubre, Patria y la ya mencionada 6 de Diciembre, antiguo estadio de «El Arbolito»; Carrión hizo elaborar con el arquitecto R. Dennis ambiciosos planos para un gran edificio de planta circular a construirse allí, obra que se fue realizando lentamente hasta que bajo los gobiernos de Roldós, Hurtado y Febres Cordero pudo terminarse el «Palacio de los Espejos», así llamado por estar alrededor de la fachada revestido de ellos. Ahí funcionan la Biblioteca Nacional, los diversos museos de la C. C. E., su radiodifusora, la nueva editorial, varios auditorios y el ágora. La obra cultural realizada por la C. C. E. a lo largo de casi medio siglo es amplísima, en múltiples campos.



Casa de los Villacís, hoy Museo de Arte Colonial. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

La señora C. Parral Durán de Velasco Ibarra, durante la III administración de su esposo, fundó el Club Femenino de Cultura y obtuvo del presidente, para sede de la entidad, el local donde hasta ahora funciona, en los altos del teatro Nacional Sucre.

El presidente Ayora creó en 1929 el Instituto Geográfico Militar, encargado por ley de efectuar la cartografía nacional. Funcionó largos años en la calle Ambato, hasta que se construyó en la cumbre de una de las colinas de la ciudad, en el barrio El Dorado, su amplio y funcional edificio actual y junto a él últimamente se edificó el Planetario. Allí tienen su sede la Sección Nacional del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), el Centro Panamericano de Estudios e Investigaciones Geográficas (CEPEIGE), el Centro Ecuatoriano de Investigaciones Geográficas (CEDIG) y el Atlas Informatizado de Quito (AIQ).

Merecen mencionarse varias entidades que funcionan en Quito, filiales de organismos culturales de los países amigos: Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, Alianza Francesa, British Council, Centro Ecuatoriano-Brasilero, y algunos entes auspiciados por las fundaciones alemanas K. Adenauer, F. Ehler, F. Naumann, etc. Por lo general, adscritos a varias embajadas, funcionan organismos de cultura y amistad entre sus respectivos países y el Ecuador. Durante largos años funcionó también un Centro Ecuatoriano-Norteamericano de Cultura, que llegó a construir un gran edificio sede, adquirido luego por la Universidad Central.

Mencionemos, para terminar, la labor que realizan algunas entidades civiles sin fines de lucro, como la Corporación Jurídica de Publicaciones, fundada por J. Larrea Holguín, y la Corporación Editora Nacional fundada por H. Malo, S. I., cuando terminó su rectorado en la Universidad Católica.

Los grandes escritores

Capítulo aparte merece una mención, por lo menos somera, de los principales quiteños que han contribuido en este siglo a ilustrar con sus escritos la cultura ecuatoriana: en la historia, F. González Suárez, J. Jijón y Caamaño, C. M. Larrea, L. Robalino Dávila, J. Tobar Donoso, C. de Gangotena, J. G. Navarro y L. Andrade R.; en el humanismo, A. Espinosa Pólit; en la prosa, figura descollante es G. Zaldumbide, además de

F. Guarderas, G. R. Pérez; en la poesía, A. Borja, A. Arias, H. Alemán, G. Escudero, A. Gangotena, J. Carrera Andrade, el más universal, C. Dousdebés, F. Granizo y F. Samaniego; en la novela, J. Icaza y J. Fernández; en la sociología, L. Bossano; en la filosofía, J. E. Moreno y J. R. Bustamante; en la jurisprudencia, A. Ponce Borja, M. R. Balarezo, J. I. Lovato; en el ensayo, R. Andrade, M. Albornoz, J. Barrera, J. Dousdebés, C. de la Torre y R. Flores Jaramillo; en la crítica, A. Andrade Coello, N. Jiménez y, en la actualidad, H. Rodríguez Castelo; en el periodismo, R. Jaramillo, C. y J. Mantilla Ortega; en radio y TV, D. Oquendo; en el drama y la comedia, F. Tobar García; en el humorismo, A. García Muñoz, creador de las «estampas quiteñas» que con tanto éxito llevó al teatro el artista ambateño E. Albán; en las ciencias geográficas, L. Tufiño, L. Andrade Marín y F. Terán; en las ciencias naturales, G. Orcés, etc. Entre las escritoras mencionemos a H. Cárdenas de Bustamante, P. Larrea Borja, L. Rumazo y A. Yánez Cossío. Sería ingente la nómina de las figuras de la cultura ecuatoriana que, nacidas en otros lugares del país, han realizado su principal obra en Quito, por lo que nos limitaremos a mencionar a B. Carrión en la promoción de cultura; J. M. Vargas, O. P., en la historia; M. Acosta Solís y P. Naranjo, en las ciencias; H. Salvador, en la novela; C. Dávila Andrade y J. E. Adoum en la poesía; V. M. Peñaherrera y A. Pérez Guerrero, en la jurisprudencia; A. Carrión Aguirre, en el periodismo; A. Espinosa de los Monteros, en TV; E. Barrera y E. Parral de Terán en el ensayo periodístico, y T. Crespo Toral de Salvador, en la literatura infantil.

Las artes en el siglo XX

El 24 de mayo de 1904, durante el gobierno del general Plaza y siendo ministro de educación L. A. Martínez se refundó la Escuela de Bellas Artes, teniendo como profesores a los ya ancianos maestros quiteños Salas, Pinto y Manosalvas, y A. Salguero, que había retornado de Europa, a donde le becara Alfaro. Muertos los viejos artistas, durante la segunda administración de Plaza fueron contratados varios maestros europeos, entre ellos el francés P. Bar y el italiano L. Cassadio, de gran influencia en el arte quiteño, el primero en la pintura y el segundo en la escultura. Hacia 1915 fue entregado como sede a la Escuela de Bellas Artes el viejo kiosco construido en la Alameda décadas atrás y que sir-

vió para la Exposición de 1892. Junto a él y al Jardín Botánico de Sodiro se empezó a construir un nuevo edificio de gran aliento, de estilo neoclásico, para albergar la escuela, que no llegó a concluirse, aunque prestó servicios durante casi medio siglo y luego fue derrocado cuando la escuela, adscrita a la Universidad Central, pasó a integrar su Facultad de Artes. Pero durante todo ese lapso de cincuenta años fue el semillero donde se formó la mayor parte de los grandes pintores que mantuvieron vigente la gran tradición artística quiteña, algunos de los cuales fueron merecedores de becas concedidas por Alfaro, Plaza y Baquerizo Moreno, tales como A. Salgado, N. Delgado y V. Mideros. Las exposiciones anuales de la escuela, así como el Premio Mariano Aguilera, han sido ocasión para presentar y estimular a los nuevos valores.

El imbabureño V. Mideros fue, sin duda, uno de los grandes pintores ecuatorianos del siglo XX, que mantuvo en Quito la tradición del tema religioso y que, además, junto con C. Egas, fue el iniciador del tema indígena como pura expresión de arte, orientado luego por artistas posteriores hacia la denuncia social a partir de los años 30. Grandes pintores quiteños han sido S. Guarderas, A. Coloma Silva, D. Paredes, J. E. Guerrero, C. Rodríguez y E. Maldonado. La figura sin duda de más renombre es O. Guayasamín, nacido en Sangolquí, universalmente conocido. A ellos hay que añadir otros grandes maestros que provenientes de diversos lugares del país se han radicado y han realizado su obra artística en Quito, tales como P. León Donoso, G. Galecio, E. Kingman, otra de las más altas figuras del arte ecuatoriano, L. Tejada, B. Mena Franco, H. Cifuentes, A. Villacís, O. Viteri, O. Moreno Heredia, G. Pavón, N. Yépez, etcétera.

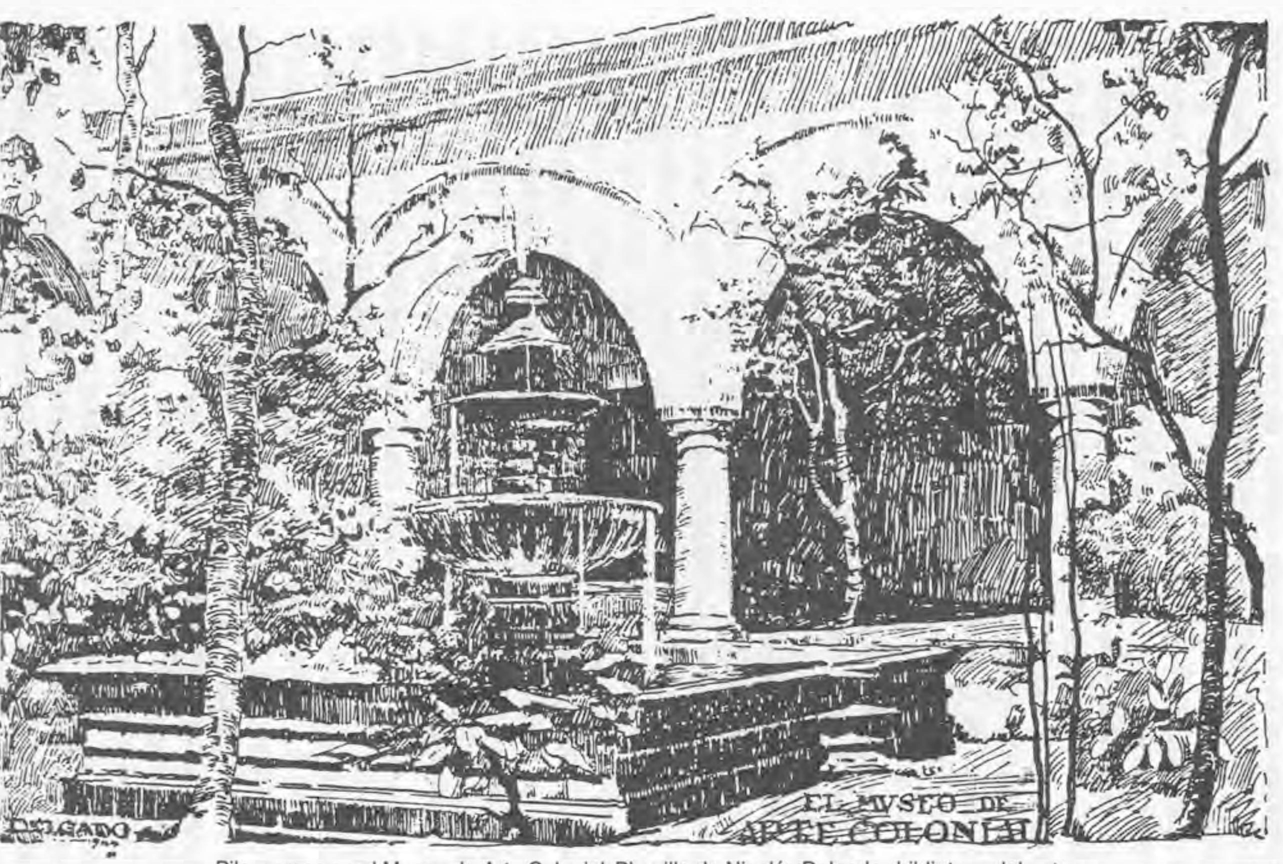
La escultura ha tenido como principales representantes en Quito al imbabureño Luis Mideros, el que más abundante obra ha realizado; A. Salgado; A. Salazar de Martínez y G. Paz y Miño de Breihl, alumnas del italiano Cassadío; J. Andrade Moscoso, sin duda el mayor de los escultores quiteños de este siglo; el manabita C. Bravomalo, y últimamente M. Barragán. Guayasamín y Maldonado han incursionado también en la escultura. En la talla de la madera sobresalen N. Martínez Jaramillo, continuador de la tradición secular de la escuela quiteña, y A. Rubio. En la orfebrería, J. Espinosa.

Cassadío es el autor del monumento a González Suárez. La gran estatua ecuestre de Bolívar que se levanta a la entrada del parque de La Alameda fue inaugurada en 1935, diseñada y fundida en París. Otros

monumentos de Quito son también de escultores extranjeros, como el del Hermano Miguel; y son donaciones de países amigos estatuas como las ecuestres de San Martín y Sucre, el conjunto de bustos en la plaza Indoamérica a los caudillos aborígenes y la serie de pioneros de la aviación en la avenida América. Sin embargo, la mayor parte de los bustos en homenaje a personajes célebres tienen como autor a L. Mideros, de quien es también la factura del gran friso ornamental del Palacio del Congreso, el Arco de la Circasiana a la entrada norte del parque de El Ejido y el Monumento al Labrador. La colosal estatua metálica a Nuestra Señora de Quito, según el modelo legardiano, que se levanta en la cumbre del Panecillo, es obra de escultor español.

La arquitectura en Quito ha tenido trayectoria desigual y discontinua y es quizá la rama del arte de más discutible desarrollo en la capital, sujeta a múltiples tendencias y modelos, generalmente foráneos. Pocos han sido los intentos por desarrollar una arquitectura propia de la ciudad. En las primeras décadas de este siglo descuellan arquitectos como F. Espinosa Acevedo y L. F. Donoso Barba. Luego hay que mencionar al norteamericano Ridder, en la década de los 20, a los italianos Durinis y Russo, en la de los 30, y al checoslovaco Khon Kogan, en la de los 40, década en la que arriban a Quito para el diseño del Plan Regulador de la ciudad los uruguayos Jones Odriozola y Gatto Sobral. Para entonces, entre los arquitectos quiteños deben mencionarse A. Calderón Moreno y L. Arcos que tienden a mantener de algún modo la tradición quiteña utilizando, sin embargo, elementos y materiales modernos. La creación de la Facultad de Arquitectura en la Universidad Central constituye importante hito para la formación de arquitectos, profesión que hasta entonces se consideraba simple complemento de la ingeniería civil o arte menor en la Escuela de Bellas Artes. Se multiplican desde entonces los nombres de arquitectos con importantes obras en la ciudad, no pocas de ellas discutibles, entre los que sobresalen S. Durán Ballén, J. Dávalos, C. Arroyo, M. Barragán, L. Oleas, X. Dávalos, M. Arias Salazar, F. Patiño, D. Ponce, J. Espinosa, C. Pallares, los hermanos Banderas y R. Vélez Calisto, que logra realizaciones de la más alta creatividad.

Quizá la primera galería de arte fue la «Caspícara», abierta en la década de los años 40 por E. Kingman, que no prosperó. Años más tarde se reinicia esta actividad como negocio lucrativo y proliferan las galerías que, si por una parte estimulan el desarrollo del arte, por otra contribu-



Pila y arcos en el Museo de Arte Colonial. Plumilla de Nicolás Delgado, biblioteca del autor.

yen al facilismo mercantilista que en realidad lo empantana. Para eludir las trabas que al libre progreso de la actividad artística representan las altas comisiones que las galerías cobran a los expositores han surgido en Quito las exposiciones semanales al aire libre con dos lugares donde se dan cita los artistas jóvenes: el borde norte del parque de El Ejido, en la avenida Patria, y las áreas aledañas al Palacio de las Cámaras, en la avenida Amazonas.

Los museos se multiplican también: el de Arte Colonial tiene por sede la antigua Casa de Villacís en la esquina de las calles Cuenca y Mejía, en el Centro Histórico de Quito; en la C.C.E. funcionan los de Arte Moderno, Etnología e Instrumentos Musicales; el Banco Central tiene los Museos de Arqueología y Arte; en el parque La Carolina, en un local moderno, funciona el Museo de Ciencias Naturales; en la Universidad Católica, el Museo de Arqueología y Arte «Jijón y Caamaño» y el Archivo-Museo «Juan José Flores», en fin, en Cotocollao, el Archivo-Museo «Aurelio Espinosa Pólit», regentado por los jesuitas. Varios centros de educación superior como la Politécnica, media como el colegio «Mejía», y especial como el militar «Eloy Alfaro», tienen sus propias colecciones de diversa índole.

El Conservatorio Nacional de Música fue refundado por el presidente Alfaro el 26 de abril de 1900 y ha mantenido vigente el cultivo de las artes musicales. La orquesta del Conservatorio Nacional fue, durante largos años, el único conjunto empeñado en mantenr vivas las melodías de los grandes maestros universales. Tras significativos esfuerzos, el 2 de mayo de 1956 se fundó la Orquesta Sinfónica Nacional.

Capítulo VII

QUITO, NUEVA MEGÁPOLIS

ESTRUCTURA Y FISONOMÍA URBANAS

El espectacular desarrollo de Quito en las últimas dos décadas lo ha convertido en una nueva megápolis, menor desde luego que otras grandes capitales latinoamericanas como Caracas, Buenos Aires, Santiago, Lima o Bogotá [1]. Es interesante, sin embargo, observar en síntesis la historia de ese desarrollo: hacia 1534, la ciudad apenas tenía 17,5 hectáreas repartidas entre los fundadores, pero tres años más tarde, dada su atracción como nuevo polo de expediciones descubridoras, había alcanzado 43,5 hectáreas, un crecimiento de dos veces y media. Dos siglos después, hacia 1748, apenas se había duplicado logrando una extensión de 97,5 hectáreas. Luego de otro siglo, en 1840, sólo había podido duplicar su ámbito, pues alcanzaba 169,5 hectáreas. Hacia 1888 tiene 238 hectáreas. Casi 50 años más tarde, en la época del IV Centenario de su fundación castellana, es decir, en 1934, Quito se ha triplicado, ya que tiene 718,3 hectáreas; en 1946, 1.093 hectáreas, en 1959, 1.284 hectáreas, y en 1964, 1.838 hectáreas. Seis años más tarde la capital ecuatoriana alcanza 3.020 hectáreas; para 1975 el área urbana es de 6.092 hectáreas, aunque solamente están ocupadas 3.661; en 1979 son 6.427 hectáreas las ocupadas y 9.389 las declaradas como urbanas: ¡han sido necesarios solamente nueve años para que la ciudad se duplique! [2].

[1] B. Carrera, «Mapa de distribución de la población de la ciudad de Quito», *Quito. Aspectos geográficos de su dinamismo,* CEDIG, Quito, 1984, Documentos de Investigación, 4, p. 7.

[2] F. Carrión, «El proceso urbano de Quito en su etapa metropolitana», *Quito, Ediciones de Cultura Hispánica,* Madrid, 1990.

Concretando datos para un período de 20 años, «de 1956 a 1961, es decir en cinco años, Quito crece 600 hectáreas, o sea el doble de lo que creció de 1941 a 1956. De 1961 a 1976, esto es en 15 años, crece el área construida de Quito a 2.900 hectáreas, lo que significa un crecimiento de 200 hectáreas por año» [3]. El perímetro urbano, durante la década del 70, creció en más del 380 % [4]. Y «en el último decenio el área urbana creció en el 48 %, pasando de 12.920 hectáreas en 1980 a 19.176 hectáreas en 1990» [5].

El centro histórico de Quito

La parte antigua de la ciudad, extendida desde el pie del Panecillo hasta la iglesia de El Belén, al finalizar el parque de La Alameda, había permanecido, sin mayores modificaciones durante los siglos XVIII, XIX y primera década del XX, hasta que comenzó la creciente expansión de la urbe. Allí se encuentran concentradas las grandes edificaciones coloniales, tanto eclesiásticas como civiles, en torno a la plaza Mayor. El arquitecto uruguayo Jones Odriozola lo denominó «casco colonial», designación peyorativa sustituida luego por el nombre de «Centro Histórico de Quito», que ha prevalecido.

En nombre de un progreso mal entendido, pero sobre todo por intereses creados de índole económica, el Centro Histórico comenzó a sufrir frecuentes atentados que lo fueron desfigurando: se demolieron muchos edificios coloniales dignos de haber sido conservados, por ejemplo, la vieja casona de la Universidad de San Gregorio Magno, la Casa de la Inquisición, la de los Abogados, la de la Gran Cornisa, y muchas mansiones particulares que habían resistido la embestida de los terremotos y el paso de los tiempos, y en su lugar se levantaron construcciones que aparecían modernas en su momento, generalmente imitaciones de dudoso valor arquitectónico, que rompían la armonía estilística y volumétrica del contorno. La relativa tranquilidad de Quito durante el siglo XX con relación a movimientos sísmicos de alta intensi-

[3] N. Gómez, *Quito y su desarrollo urbano*, Quito, s/f, p. 83.

[4] F. Carrión, *El proceso urbano en el Ecuador*, 1987, p. 192.

[5] *Informe preliminar del Plan Área Metropolitana de Quito*, cortesía del arquitecto F. Carrión.

dad permitió que comenzaran a levantarse construcciones de más de tres pisos, que poco a poco fueron aumentando, habiéndose alcanzado que el municipio permitiese edificios de más de 10 pisos. La conjunción de intereses de nuevos ricos, antiguas familias terratenientes sin mayor cultura, ingenieros y arquitectos incapaces de comprender el espíritu y la trayectoria de la capital ecuatoriana pero deseosos de ganar dinero y fama con la construcción de cualquier imitación de modelos foráneos, contribuyó a depredar el centro tradicional de Quito. Algunos, por lo menos, procuraron mantener la volumetría de las manzanas, o utilizar piedra en las fachadas, para asimilar lo nuevo con lo antiguo, pero la mayoría de ellos se sintió con atributos suficientes para «innovar» con proyectos que en las áreas de moderna expansión de la ciudad podían haber inclusive lucido, pero disonantes y ofensivos aun a la vista en el núcleo secular de la antigua capital.

Felizmente surgieron voces de defensa, la primera de todas la de Gonzalo Zaldumbide ya en la década de los años 20, y desde entonces se libraron verdaderas batallas para la defensa, conservación y restauración en el Centro Histórico no solamente de sus grandes monumentos coloniales, sino inclusive de entornos y ambientes. A veces, alcaldes como Jijón Caamaño lograban imponer criterios conservacionistas avanzados para su tiempo, pero con frecuencia los ediles, por simple mayoría de votos, respondían a intereses circunstanciales de tipo particular y aprobaban el cambio de ordenanzas, alterando viejas normas, variándolas arbitrariamente, permitiendo modificaciones en la zonificación barrial, alturas de edificios y densidades previstas. El municipio de Quito, para evitarlo, según proyecto elaborado por el doctor Galo Irigoyen, procurador síndico de la ciudad, y el autor de este libro, logró en 1964 que la Junta Militar de Gobierno, mediante un Decreto Supremo, delimitara de modo concreto el área del Centro Histórico entre el Panecillo y la Alameda, el Itchimbía y el Pichincha, prohibiendo en ella variaciones que alterasen su fisonomía. Esa norma logró de algún modo atenuar la depredación. Por otra parte, poco a poco se fue formando conciencia sobre la necesidad de preservar la ciudad antigua, no sólo como fuente inagotable para el turismo, sino como elemento esencial de su identidad. En 1972, el Concejo Municipal dictó la Ordenanza del Centro Histórico.

Quito, Patrimonio Cultural de la Humanidad

La Convención sobre Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural, aprobada por la UNESCO en su XVII reunión en París el 21 de noviembre de 1972, fue ratificada por el Ecuador mediante Decreto Supremo número 561 de 5 de junio de 1974. El Comité del Patrimonio Mundial, creado por dicha convención, en su segunda reunión del 5 al 8 de setiembre de 1978 en Washington, declaró a la ciudad de Quito «patrimonio Cultural de la Humanidad», al igual que a Cracovia (Polonia), siendo éstas las dos primeras ciudades en merecer tal honor, y a las islas Galápagos (Ecuador) como «Patrimonio Natural de la Humanidad». Preparó las propuestas el arquitecto Rodrigo Pallares Zaldumbide, entonces director nacional del Patrimonio Artístico.

Del 26 al 28 de junio de 1979 visitó la capital ecuatoriana el director general de la UNESCO, Amadou Mahtar ḾBow, ocasión en la que se colocó en los muros de la catedral metropolitana, en recuerdo de la mencionada declaratoria, una lápida tallada en piedra del Pichincha, junto a las que contienen la nómina de los fundadores de Quito en 1534.

El terremoto del 5 de marzo de 1987 causó en Quito muchos daños: se cuartearon varias casas, se rajaron las torres de las iglesias, particularmente de San Agustín y La Merced —el ápice de cuya torre se desprendió—, se fisuraron los arcos de las naves de La Compañía y San Francisco y sufrieron graves daños generales las iglesias parroquiales de Santa Bárbara y San Roque. La Dirección Nacional del Patrimonio Cultural y el Fondo Municipal de Salvamento tienen a su cargo las obras de restauración.

La declaratoria de la UNESCO ha hecho posible, ante tales daños, importante cooperación internacional para la custodia de los bienes culturales de Quito, ya con misiones de asistencia técnica para la restauración monumental, ya con ayuda financiera. España lo ha hecho así para las obras que se realizan en la iglesia y claustro de San Francisco; Bélgica, para la biblioteca, claustro e iglesia de Santo Domingo; expertos polacos han cooperado en la restauración de El Sagrario, y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en la restauración de la torre de San Agustín.

Quito se ha extendido desde las aproximadamente 10 cuadras de la traza original, en el eje norte-sur, a los 40 kilómetros actuales, aunque

en el eje este-oeste la expansión ha estado siempre limitada por las barreras del Pichincha y las colinas orientales. Y los 204 actores de la gesta fundacional de Benalcázar el 6 de diciembre de 1534 y el reducido número de indígenas que les acompañaban, más los pocos miles que habían permanecido en la urbe prehispánica, han devenido en el millón y más de habitantes actuales.

El norte de Quito

El rumbo de la inicial expansión fue el norte, sobrepasando El Ejido. Las primeras urbanizaciones residenciales, como las llamadas «ciudadelas» Colón y Mariscal Sucre, se multiplicaron, tomando como ejes el camino a Cotocollao, convertido en avenida de la Prensa, y la carretera a Ibarra, por la cual se proyectó la avenida 10 de Agosto, básica línea axial para el transporte citadino. Al comienzo, las urbanizaciones fueron zonas residenciales para las clases altas, que al democratizarse el Centro Histórico consideraban mantener su *status* trasladándose a nuevos elegantes barrios donde edificaron confortables villas y chalets; pero luego la alta clase media siguió el ejemplo, y después los estratos propiamente medios y aun medio bajos, debido a la acción de los organismos públicos (municipio y Estado) o semipúblicos (Cajas de Previsión Social) preocupados de la acción de vivienda, y al empeño de promotores sociales particulares (iglesia, sindicatos, cooperativas, asociaciones de empleados).

Estas urbanizaciones residenciales, a lo largo de los últimos 20 años se multiplicaron. Surgieron nuevas rutas-eje, como la avenida América, al oeste, que avanzó hasta unirse con la 10 de Agosto al norte de Cotocollao, pronto convertida en parroquia urbana; la 12 de Octubre, al este, continuación de la vieja Guangacalle que bordeaba la Alameda en los tiempos coloniales, que avanzó hasta avizorar Guápulo; la 6 de Diciembre, continuación del borde oriental de El Ejido colonial, y la avenida Amazonas, proyección del eje de la ciudadela Mariscal Sucre. Fueron así surgiendo barrios como las ciudadelas América, Larrea y Belisario Quevedo en los años 30 y 40, al oeste de la Mariscal Sucre y Colón, con las que se inició la expansión; la Vicentina, La Floresta y La Paz, al este, y la Pradera, al norte. La antigua hacienda ganadera de La Carolina, adquirida por el municipio, permaneció largo tiempo como lí-

mite septentrional de la urbe, pero a partir de los años 60, dejando un gran núcleo central para futuro parque, fue parcialmente lotizada y dio lugar al nuevo barrio de la Carolina, que se extendió hacia el oeste con el de Rumipamba y hacia el este con el de Bellavista; luego surgieron Iñaquito, en la gran planicie, Chaupicruz hacia el lado del Pichincha, y El Batán en sentido contrario; finalmente, en torno al aeropuerto, se desarrollaron La Concepción, Cochapamba y Andalucía, al poniente, El Inca, La Luz y la Kennedy, al levante. Actualmente, sobrepasado Cotocollao, se desarrolla la urbanización El Condado, en la antigua hacienda de este nombre, junto a la nueva sede del Quito Tennis y Golf Club.

En todos estos casos, la planificación arquitectónica, de acuerdo con los permisos otorgados, hizo posibles construcciones de hasta 10 pisos, y generalmente en propiedad horizontal, que cambiaron el tradicional perfil histórico de Quito, donde durante siglos sólo se hicieron casas de uno o dos pisos, y únicamente a comienzos de la presente centuria, excepcionalmente, de tres. El primer seudorrascacielos fue el Banco La Previsora, de 10 pisos, a media cuadra de la plaza de la Independencia, verdadera depredación contra el patrimonio cultural de la ciudad, edificado al finalizar los años 30, lamentablemente imitado de continuo desde entonces. El más alto edificio, levantado en los 70, fue la Mutualista Benalcázar, de 14 pisos, en la esquina de la avenida 10 de Agosto con la calle Riofrío, al comienzo del parque de El Ejido. La proliferación de los nuevos seudorrascacielos en el norte de Quito —algunos de hasta 20 pisos—, en los últimos 15 años, es consecuencia de las inversiones motivadas por el descubrimiento, explotación y exportación del petróleo, «boom» que originó intensas transformaciones económico-sociales en todo el Ecuador.

El sur de Quito

También hacia el sur, traspasado el Panecillo, la ciudad se expandió en forma explosiva en los últimos 20 años. Esas urbanizaciones fueron más bien de las clases medias y populares. La parroquia rural de La Magdalena fue convertida en urbana: igual pasó, poco tiempo después, con Chillogallo. Entre una y otra, los barrios llenaron el espacio que las separaba. La salida sur de la antigua carretera García Moreno, transformada ya en parte de la Panamericana, y el viejo camino a Chillogallo,

convertido en la avenida Vencedores de Pichincha, fueron ejes de las nuevas urbanizaciones, en el estrecho valle situado entre las estribaciones del Pichincha y la loma de Puengasí, cuyas laderas, a ambos lados, comenzaron también a poblarse. Así nacieron los barrios Atahualpa y San Bartolo, hacia el centro, Hermano Miguel, Marcopamba, Chilibulo y El Pintado, hacia el oeste, Luluncoto, Chiriyacu, Ferroviaria y Guajaló hacia el este. En realidad, una nueva ciudad, más grande aún que el tradicional Centro Histórico, brotó en poquísimos años, donde antes se hallaba el ejido sur de Quito y las numerosas haciendas y campos de pan sembrar, que tanta admiración causaban a los viajeros de pasados siglos.

Todavía se ampliaron más esas urbanizaciones con la acción de entes del sector público como el municipio de Quito, y de organismos de derecho privado con finalidad social o pública como el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS) en el que se refundieron las antiguas Cajas de Pensiones y de Empleados Privados y Obreros, el Banco Ecuatoriano de la Vivienda (BEV) creado en 1961 y la Junta Nacional de la Vivienda (JNV), las Asociaciones Mutualistas de Ahorro y Crédito para la Vivienda «Pichincha», fundada en 1961, y «Benalcázar», constituida en 1963, así como la empresa privada. El BEV y la JNV desarrollaron, tanto al norte como al sur, grandes urbanizaciones con bloques multifamiliares, pero también con unidades de vivienda unifamiliar adosadas: surgieron barrios enteros, casi tan grandes como Quito a comienzos de siglo, por ejemplo, los denominados San Carlos y Carcelén, al norte; y al sur, Mena I y Mena II en la hacienda de este nombre adquirida al municipio de Quito, y Solanda (en la antigua hacienda que había sido de la esposa del mariscal Sucre, marquesa de Solanda) cuyos terrenos fueron donados por la insigne benefactora María Augusta Urrutia de Escudero, barrios éstos de índole popular y de clase media baja. La antigua hacienda Villa Flora, adyacente a Chimbacalle, al sur de la ciudad, adquirida con gran previsión por el alcalde Jijón y Caamaño, fue urbanizada totalmente por el IESS, que también desarrolló al norte la urbanización El Rosario, sobrepasado el aeropuerto. Y el municipio de Quito, en plan conjunto con el BEV, ha iniciado un proyecto de gran envergadura en el actual extremo meridional de la ciudad, a 20 kilómetros del Panecillo, denominado Ciudad Quitumbe, en recuerdo del mítico fundador en la aurora de los tiempos, hace 4.000 años.

También la empresa particular y las cooperativas de vivienda han

desarrollado numerosas lotizaciones periféricas que han trepado hacia las colinas circundantes y las laderas del Pichincha, superando grandes obstáculos, y a veces invadiendo espacios que la previsión municipal había destinado a bosques protectores y creando grandes problemas como la provisión de agua y más servicios, por haber sobrepasado las cotas previstas.

Y han brotado, como hongos, en todos los sectores periféricos, pero en especial en las laderas del Pichincha, a lo largo de 40 kilómetros, y en las de Puengasí, Bellavista, Guangüiltagua y otras colinas del lado este, construcciones clandestinas, muchas de ellas como invasiones de tierras de propiedad privada, efectuadas por densos grupos de población aborigen inmigrante, que han dejado sus campos y el trabajo servil, atraídos por el imán de la ciudad, donde subsisten en precarias condiciones aumentando las masas del subempleo (peones de la construcción, cargadores en los mercados, vendedores ambulantes, canillitas, es decir, voceadores de periódicos, lustrabotas, etc.), pero también adquiriendo el estatuto de citadinos, en realidad ciudadanos, pues el analfabeto ejerce en el Ecuador el derecho al voto, aunque las campañas de alfabetización y la numerosa población infantil que asiste a las escuelas van reduciendo el índice de analfabetismo. Por otra parte, el arribo a la ciudad, el comercio y las relaciones humanas originan una pérdida de identidad de la población indígena, que pronto deja sus vestimentas tradicionales, se asimila a las costumbres urbanas y multiplica y renueva un mestizaje creciente. Para ayudar a solucionar estos problemas se han constituido los Comités del Pueblo que, agrupando personas del sector informal, con enorme y laudable esfuerzo han adquirido tierras y levantado sus edificaciones, precarias al comienzo y poco a poco mejoradas.

Los valles circunvecinos

La multiplicación de los barrios de clases medias y populares, por una parte, el agotamiento de las tierras urbanizables en la terraza de Quito, por otra, y el contraste entre los 40 kilómetros del eje norte-sur de la urbe frente a los cuatro y cuando más cinco o seis kilómetros del eje este-oeste han determinado una expansión residencial hacia los valles circunvecinos, sobrepasando las colinas que servían de marco oriental a la ciudad. Numerosas urbanizaciones han surgido, en efecto,

explosivamente, en el valle de los Chillos, donde Conocoto, San Rafael y Sangolquí, esta última convertida ya en una gran ciudad, han visto multiplicarse la población, buena parte de la cual va durante el día a trabajar a Quito; lo mismo hay que decir del valle de Cumbayá, donde asimismo han surgido urbanizaciones enteras y se han multiplicado las quintas y villas de fin de semana en Puembo, Pifo, Checa y Yaruquí. Hacia el norte de la urbe, ésta ha avanzado hasta el valle de Pomasqui y aun hasta San Antonio de Pichincha y Calacalí, dos parroquias situadas exactamente cabe la línea equinoccial. También en Calderón han florecido nuevas urbanizaciones, más bien populares, por ejemplo el Programa Carapungo, del BEV.

Obviamente, este desarrollo ha encarecido grandemente el precio del metro cuadrado de terreno, proceso de verdadera especulación, pero también ha generado el desarrollo vial, pues se han construido grandes carreteras pavimentadas e inclusive autopistas, como las que van al valle de los Chillos o a la Mitad del Mundo. La red de caminos en toda la provincia de Pichincha se ha multiplicado, e inclusive hacia el lado oeste ha sido vencida la barrera del Pichincha con buenos caminos hacia el sector noroeste de la provincia, donde se ha desarrollado una poderosa obra de colonización y desarrollo agrícola en tierras que antes eran bosques selváticos subtropicales, han progresado antiguas poblaciones como Nono, Mindo, Gualea y Nanegal y se han desarrollado otras como Los Bancos y Puerto Quito. Asimismo había ocurrido desde antes en el sector de Santo Domingo de los Colorados, donde surgieron Tandapi y Alluriquín, y ha sido notable el desarrollo alcanzado con múltiples fincas productoras de banano, palma africana, café y cacao, pero también pastizales para la ganadería, con una red de caminos en torno a las carreteras, todas ya pavimentadas, Quito-Alóag-Santo Domingo-Quinindé-Esmeraldas, Santo Domingo-Quevedo-Babahoyo-Guayaquil y Santo Domingo-Chone-Bahía o Chone Portoviejo. Este incremento de la red vial ha significado deterioro de la antigua colosal obra del ferrocarril Guayaquil-Quito y Quito-Ibarra-San Lorenzo.

El desarrollo agrícola de esas zonas litorales ha venido de algún modo a compensar la pérdida de las feraces planicies agrícolas del norte y sur de Quito incorporadas a la ciudad por el desarrollo urbano. La construcción del oleoducto trasandino desde Lago Agrio, en la región Amazónica, hasta Balao, el puerto de exportación petrolera junto a Esmeraldas en el océano Pacífico, exigió la construcción de la carretera

Quito-Lago Agrio y la colonización y agricultura en las zonas selváticas orientales, aunque con graves presiones sobre las etnias aborígenes supervivientes. De este modo Quito vino a ser, más todavía, el punto céntrico de una encrucijada de caminos hacia los cuatro puntos cardinales, papel que parece haber desempeñado desde sus orígenes.

Planes urbanísticos

El Plan Regulador

Cuando en los años 30 la crisis económica aceleró el proceso de migración campesina a las urbes y comenzó en gran escala la expansión de Quito, el municipio sintió la necesidad de señalar algunos lineamientos básicos para ordenar aquel crecimiento, incrementado por el éxodo poblacional de la provincia de El Oro afectada por la invasión peruana en 1941. Para este efecto contrató aquel año los servicios de los arquitectos urbanistas uruguayos G. Jones Odriozola y G. Gatto Sobral, quienes elaboraron un Plan Regulador de Quito, aprobado en principio por el Concejo Municipal el 1 de diciembre de 1942 y definitivamente el 27 de abril de 1945. El plan abarcaba 4.416 hectáreas para 500.000 personas, con una densidad posible de 113 habitantes por hectárea.

Muchas de esas directrices para el desarrollo futuro de la ciudad resultaron benéficas y de algún modo han sido respetadas, tales como el mantenimiento de las rutas axiales de entrada y salida —concordantes con los ancestrales caminos de la Época Aborigen— y la red vial del norte, que sustituía la vieja traza en damero por vías de libre diseño, con varias diagonales, y rutas periféricas de circunvalación, todas las cuales debían tener parterres y ser arborizadas para hacer del nuevo Quito una ciudad jardín, aunque jamás los urbanistas uruguayos imaginaron el vertiginoso crecimiento que iba a alcanzar la urbe, pues sólo previeron 3.000 hectáreas y 700.000 habitantes hasta el año 2.000. Proyectaron, en torno al «casco colonial», varios núcleos de servicios especializados: Centro Cívico (en la actual Villa Flora), Centro Universitario (donde se edificó la Ciudadela Universitaria), Centro de la ciudad (desplazamiento hacia el norte, desde la plaza Grande, al lugar donde en efecto se construyó el Palacio del Congreso y el de la Función Judicial), varios centros deportivos (uno de ellos, aquel donde en efecto se cons-

truyó el Estadio Olímpico, y otro, donde empezó a construirse el actual Palacio de Deportes), varios «Centros de Distrito», así como barrios obreros, etc., objetivos que sólo parcialmente llegaron a cumplirse, salvo en lo que se refiere al Centro Universitario: se trasladó la Universidad Central desde la ciudad vieja a campos de pan sembrar en las afueras, ubicados al norte, el mismo Gatto diseñó y construyó el pabellón del rectorado con un significativo intento de asimilar ciertas características de la arquitectura quiteña tradicional, tales como los dos pisos que habían predominado durante siglos, portales, remate semicupular, etc., y planificó la ubicación de las demás facultades y el campo deportivo.

Los urbanistas uruguayos llegaron a admirar y amar la ciudad de Quito, para la que tuvieron frases de singular elogio. Sin embargo, pese a los estudios que realizaron, no alcanzaron a comprender el espíritu mismo de Quito y la necesidad de preservar el Centro Histórico, pues sugirieron que las viejas calles coloniales podían ir ampliándose para permitir el moderno tráfico motorizado, a cuyo efecto debían exigirse retiros en las nuevas construcciones, que quedaban permitidas: nacieron así múltiples «dientes», que allí han quedado, porque la intensidad de las edificaciones en el «casco colonial» resultó insuficiente al preferirse hacerlas al norte y al sur conforme se expandía la ciudad. Las que se hicieron significaron verdaderas depredaciones del Centro Histórico, al permitirse la demolición de viejos edificios que habían sobrevivido siglos: surgieron en su lugar no pocos mamotretos de hormigón armado, aluminio y vidrio, sin ninguna personalidad, que rompen la armonía y equilibrio arquitectural de la vieja urbe y no significan aportes sobresalientes desde el punto de vista meramente arquitectónico: edificios Bolívar (del IESS), Guerrero Mora, Banco de Préstamos, Planta de Teléfonos, Eléctrica Quito, Brauer-Gehin, Banco Internacional, González Cabrera, Casa Vivanco, etcétera.

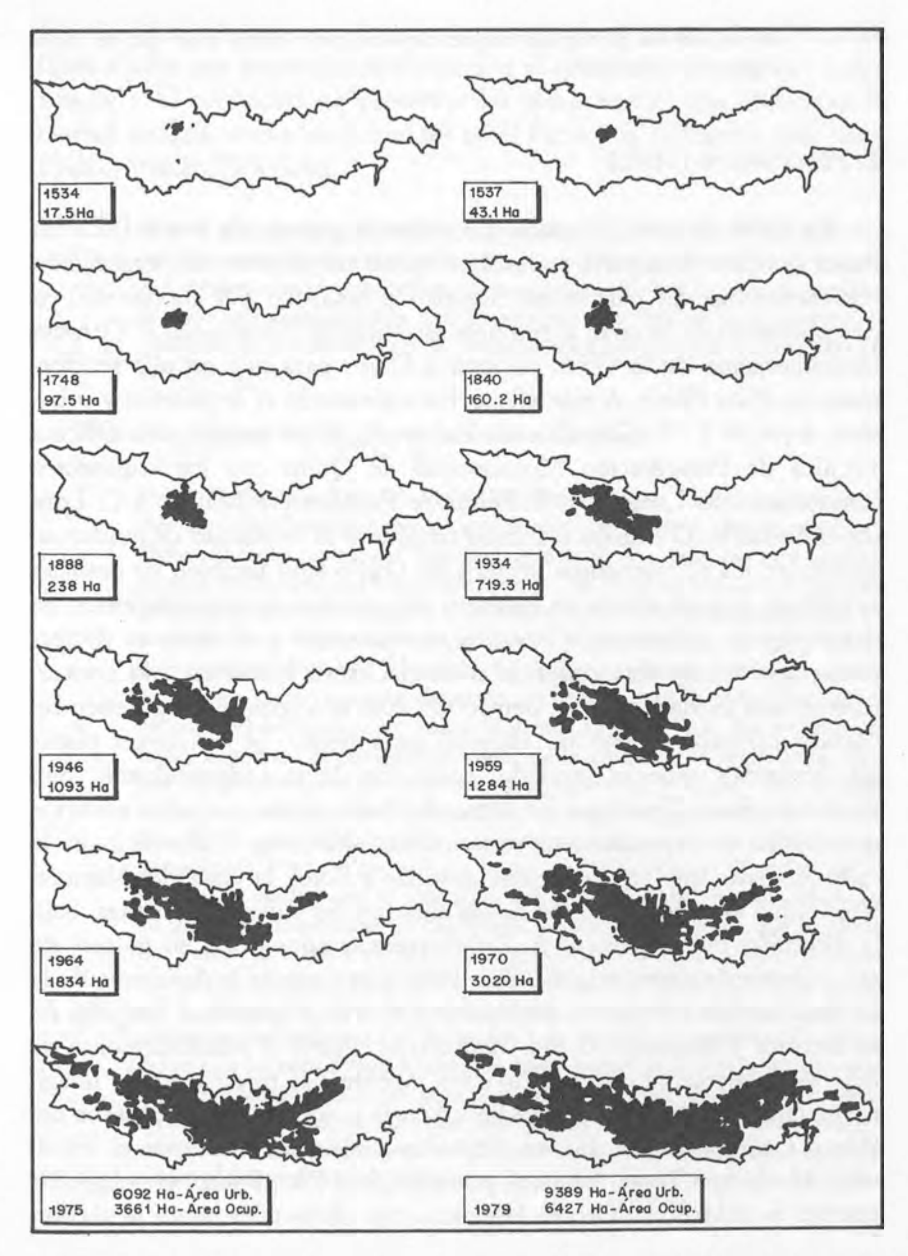
El Plan Regulador exigía también la zonificación de la ciudad, a fin de regular el tipo de construcciones según la especialización prevista para cada sector, en cuanto a una discutible sectorización de tipo social, que de hecho dividía Quito en barrios ricos residenciales y barrios populares pobres, aquéllos al norte y éstos al sur. Se aprobaron una nomenclatura básica, algunos requisitos para nuevas urbanizaciones, cada una con ordenanza especial, lo que ha permitido cierta regularidad en el desarrollo, no conseguido, por ejemplo, en Guayaquil, pero las nor-

mas municipales de tipo general para zonificar la ciudad y regular las construcciones han quedado libradas al vaivén de los intereses creados, con múltiples cambios por simple votación de los concejales y a veces por deficiencias administrativas. Así se explica, en parte, la transformación por ejemplo de la ciudadela Mariscal Sucre, antes de villas residenciales de no más de dos pisos, en núcleo comercial y bancario con alta concentración de edificios de 10 y hasta 20 pisos, pero también, en zona roja durante las noches, con evidente degradación de los objetivos iniciales.

El Plan Director de 1967

El desarrollo de Quito superó todas las previsiones del Plan de Jones Odriozola. Por este motivo el municipio conformó un equipo dirigido por el arquitecto X. Dávalos Velasco, jefe municipal de Planificación, que realizó estudios desde 1965 hasta que, mediante Ordenanza 1165, fue aprobado en 1967 el llamado «Plan Director», que contemplaba previsiones para 10 años, una ciudad de hasta 1.385.000 habitantes y una superficie de hasta 7.355 hectáreas con una densidad de 183 personas por hectárea. El Plan contemplaba estudios sobre ocupación del territorio, uso del suelo (sectores industriales, residenciales, comerciales, etc.), zonificación para viviendas uni-, bi- y multifamiliares; reglamento de edificación (alturas permitidas, densidades de ocupación del suelo, sectores no edificables, tamaños mínimos de los lotes, etc.); equipamiento de servicios (centros comunales, hospitales, parques, mercados); propuestas para definir y evaluar el Centro Histórico; proyecto esquemático del sistema viario, etc. En 1975, al evaluar el Plan Director se observó que el crecimiento real de la ciudad había superado en 45 % lo previsto; el Plan se había cumplido sólo en un 20 % y un 30 % adicional estaba en fase de realización; el proyecto de áreas verdes, que asignaba 57 % al norte, 23 % al sur y 16 % al centro, se había incumplido casi totalmente por destinarse a otros usos las superficies asignadas a este objetivo.

> Pese a estos problemas anotados al cabo de 10 años, si bien no se había logrado un índice satisfactorio en las realizaciones del plan, sin embargo, se dejaba planteada una problemática urbana en términos de ciudad mo-



Evolución histórica de Quito. Exposición en el Municipio de Quito, I Foro de Planificación Municipal, dirigido por el arquitecto Fernando Carrión.

derna con los principales índices de servicios y metas a las que se podía aspirar en el futuro [6].

El Plan Piloto de la OEA

En 1969, durante la cumbre presidencial convocada por la OEA en Punta del Este (Uruguay), se resolvió iniciar un proceso de restauración y preservación del patrimonio artístico e histórico del continente, en cumplimiento de lo cual, al reunirse en Maracay (Venezuela) el Consejo Interamericano de la OEA, designó a Quito para que en ella se efectuara un Plan Piloto. A este efecto fue contratado el arquitecto y urbanista español J. M. González de Valcárcel, quien integró una Oficina Técnica de Preservación Monumental de Quito con los arquitectos ecuatorianos E. Larenas, J. F. Pérez, A. Peñaherrera Mateus y C. Londoño Andrade. El trabajo realizado consideró la necesidad de cuidar no solamente los monumentos mismos de Quito sino también su entorno ambiental, a cuyo efecto se hicieron importantes recomendaciones. Se determinó de mejor modo la «zona monumental» y el «área de protección», que debían ser conservadas en el Centro Histórico «sin convertirlo en una ciudad museo», dentro del cual se sugirió un hipótetico recorrido turístico, objeto de especial tratamiento. Se señalaron plazas que merecían especial cuidado, como las de la Independencia, San Francisco, Santo Domingo, La Merced y Santa Clara, y algunos edificios que debían ser especialmente restaurados, tales como el Hospicio, en la calle Ambato, que se aconsejaba destinar a hotel, la Casa del Mariscal Sucre (que efectivamente fue restaurada por las Fuerzas Armadas, bajo la dirección del arquitecto A. Peñaherrera, y convertida en museo, de acuerdo con la sugerencia del Plan Piloto), la Casa de la Academia de la Lengua (restaurada por el arquitecto J. F. Pérez, gracias al empeño de su director J. Rumazo G.), etc. También se sugirió el establecimiento de talleres de artesanía que mantuvieran vigentes las tradiciones de imaginería, tallado y orfebrería, idea llevada a la práctica por los Museos del Banco Central cuando fue su dinámico y visionario director el arquitecto H. Crespo Toral. Advirtió, por último, el Plan Piloto, el peligro de romper la unidad del Centro Histórico con obras tales como la vía San

[6] N. Gómez, *op. cit.*, p. 54.

Blas-La Marín, lo que en efecto ocurrió cuando el alcalde J. del Castillo llevó a cabo esa desafortunada solución al problema del tránsito motorizado; y la necesidad de preservar las zonas verdes que delimitan la ciudad antigua, como las existentes en el Panecillo, Itchimbía, San Juan, Ejido y volcán Pichincha,

> siendo además de gran importancia por la topografía de Quito preservar su vista panorámica aérea en la que se aprecia magníficamente el trazado del tejido urbano, sus calles y perspectivas, pues si la ciudad perdiera esta belleza incomparable, más importante aún que sus monumentos, se rompería la maravillosa unidad espacial de Quito, con merma de sus patrimonio artístico [7].

González Valcárcel, llegó a enamorarse de Quito:

> Pocas ciudades del mundo como Florencia, Roma, Toledo y Quito pueden ser consideradas como ciudades monumentales —dijo, y añadió—. Quito, la bella capital del Ecuador, es uno de los ejemplos más característicos del urbanismo hispanoamericano. Su perfecto trazado en graciosa adaptación a la naturaleza que le rodea, junto a la monumentalidad de sus edificios y la armonía de sus barrios y entornos paisajísticos, la convierte, según soñaba el Renacimiento, en un verdadero «artifacto», logro que nunca pudo realizarse de modo tan completo en España. Las exuberancias del barroco acrecientan la geométrica armonía del trazado urbano, aumentan la percepción visual de la ciudad y su legibilidad, aplican magistralmente las leyes de la perspectiva y logran una imagen tridimensional, que en Quito campea en todo el espacio urbano y en su entorno. La ciudad se concibe como una concepción espacial de amplia panorámica. Pocas veces se logra como en Quito el ideal filosófico de armonizar la ciudad con la naturaleza y ésta con la urbe. Basta contemplar las amplias perspectivas de cualquiera de sus plazas, en las que el fondo del Panecillo o del Pichincha valoran sus impresionantes fachadas, para comprender esta verdad... Se logró un dechado de armonía y unidad, gracia y proporción de volúmenes y color, todo ello enmarcado por las montañas circundantes y el bello dosel de un cielo inigualable. Esta obra de arte se ha conservado felizmente hasta nuestros días en contraste con otras muchas ciudades que sólo podemos hoy imaginar a través de documentos o repasando viejas litografías... Jamás se ha construido una ciudad sobre un suelo tan atormentado. El perfecto tablero de ajedrez, con espaciosas plazas y derechas calzadas se trazó, en realidad, casi sobre el aire...

[7] J. M. González de Valcárcel, *Restauración monumental y «puesta en valor» de las ciudades americanas,* Barcelona, 1977, p. 156.

> Es imposible describir el espectáculo de Quito al amanecer, abriéndose el cendal de sus nubes, el azul purísimo de su cielo y la rápida postura del sol bajando de las nieblas de las montañas hasta cubrir la ciudad... [8].

El Plan de 1973

Elaborado durante la Alcaldía del arquitecto S. Durán Ballén y denominado «Plan del Área Metropolitana de Quito», propuso que la capital del Ecuador fuese declarada «Zona Metropolitana». Contempló estudios para la delimitación de dicha zona, la desconcentración industrial (posible reubicación de las fábricas existentes y creación de otras nuevas en la periferia para atender los requerimientos del Pacto Andino), el desarrollo de «ciudades satélites» para descongestionar la población urbana de la metrópoli y un reordenamiento del tráfico y transporte para articular los extremos norte-sur de la ciudad [9].

El Plan Quito

Formulado en 1980 modifica y complementa los de 1967 y 1973 a base de estudios de prefactibilidad de las diversas empresas municipales, en especial la del Agua Potable, y formula propuestas para densificar la ciudad y racionalizar el uso del suelo.

El Atlas Informatizado de Quito

La disposición contenida en el artículo 1.º de la Carta Constitucional aprobada por referéndum el 15 de enero de 1978 según la cual Quito, la capital del Ecuador, fue declarada «Distrito Metropolitano», originó en la Sección Nacional del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), por iniciativa de su Secretario Técnico coronel ingeniero M. Terán, la feliz iniciativa denominada Atlas Informatizado de Quito (AIQ), que consistía en establecer un banco de datos computeri-

[8] *Op. cit.*, pp. 38, 82, 88 y 12.
[9] F. Carrión, *op. cit.*, p. 209.

zado sobre toda el área urbana y conurbana de la ya gran ciudad. Al efecto, en 1982 se logró suscribir un convenio entre el municipio de Quito, el Instituto Geográfico Militar, la indicada Sección Nacional del IPGH y el Instituto Francés de Investigación Científica (ORSTOM).

Los trabajos se iniciaron de inmediato con los ordenadores apropiados y se comenzó a recolectar la información prevista, a base de cuatro unidades básicas: el *predio,* para el Centro Histórico; la *manzana* y el *sector* o *barrio,* para toda la ciudad, y la *zona metropolitana,* para toda la gran conurbación quiteña. Esos fondos cartográficos, digitalizados sobre un microcomputador, son el soporte geográfico de toda información sujeta a examen, tanto gráfica cuanto alfabética o numérica, pues las representaciones obtenidas, con amplia gama de colores, ponen en evidencia características de la población y vivienda, interrelacionadas luego mediante un análisis exhaustivo; son inclusive posibles interpolaciones gráficas y su representación en tres dimensiones y aun el tratamiento de imágenes por teledetección. El AIQ es un plan verdaderamente pionero en todo el continente sudamericano y será la base de un permanente Observatorio Urbano de Quito.

Las representaciones obtenidas permiten reconocer algunas características del funcionamiento de la ciudad: repartición y concentración de actividades, equipamientos e inversiones; sistemas de diferenciación urbana, determinados a base de los servicios de infraestructura de cada manzana, y la existencia de servicios higiénicos, agua y alcantarilla, lo que permite establecer los barrios confortables, los populares y los periféricos o clandestinos, la desigual concentración poblacional, intensa en el centro y centro-sur, variable en el norte, baja en la periferia, etc. Los registros se llevan por *puntos*: bancos, empresas, hoteles, establecimientos de salud, lugares de esparcimientos para el tiempo libre, centros educativos, templos, obras municipales, vialidad, fábricas, mercados, tiendas, etc.; por *zonas:* vivienda y sus tipos e instalaciones básicas, así como número de cuartos; población, por sexos, edades, educación, oficio, etc.; uso del suelo: urbano consolidado o no, agrícola con vivienda o no, pastizales agrícolas o naturales, bosques artificiales o naturales, chaparrales, suelo desnudo o erosionado, acuíferos; en fin, *barrios* existentes, legalizados o no: 207 hasta 1989 [10].

[10] F. Carrión, *op. cit.*

El Área Metropolitana de Quito (AMQ)

Bajo los auspicios del alcalde R. Paz Delgado y dirigido por el arquitecto F. Carrión Mena se han iniciado desde 1988 los estudios sistemáticos de un plan que regule el continuo proceso de expansión urbana con un criterio humanista: formular propuestas de desarrollo que abarquen el análisis de los aspectos físicos, sociales, económicos, legales e institucionales a fin de conseguir para todos los habitantes de Quito mejores niveles de bienestar común e individual, superando los problemas y contradicciones actuales y afrontando los retos del futuro.

La hipótesis de trabajo sugiere la creación de dos nuevos cantones en la provincia de Pichincha, con centros poblados y áreas actualmente dependientes del Cantón Quito (uno al noroeste, con Pacto como cabecera cantonal, y otro al oeste, con Pedro Vicente Maldonado como cabecera), y la delimitación del «Distrito Metropolitano», en el cual «Quito Metropolitano» seguirá siendo la capital de la provincia y del cantón.

El Distrito Metropolitano comprendería la Ciudad Metropolitana conformada por las zonas norte, centro, sur y Turubamba; y el Área Metropolitana, constituida por San Antonio, Calderón, Tumbaco, Conocoto y zonas occidentales.

Distribución de la población y sus funciones

Quito creció, entre 1974 y 1982, años de los censos III y IV, a la tasa anual de 4,37 %, algo mayor que la media latinoamericana que fue de 4,2 entre 1960 y 1979, pero menor que otras ciudades del Ecuador que incrementaron su población con índices más altos, por ejemplo, Cuenca (4,41), Guayaquil (4,43), Esmeraldas (4,90), Loja (4,93), Quevedo (5,22), Portoviejo (6,57) y Santo Domingo de los Colorados (9,68).

El V Censo Nacional de Población se realizó el 25 de noviembre de 1990, durante la administración del presidente R. Borja, y demostró, según datos provisionales, en procesamiento para los cómputos definitivos, que el Ecuador tiene 9.622.608 habitantes. La población urbana (55,1 %) sobrepasó a la rural (44,9 %). Los hombres son 4.788.188, y las mujeres algo más, 4.834.490. La población menor de veinticinco años es más o menos el 50 % de la población total. La tasa anual de creci-

miento ha disminuido notoriamente y se estima en 2,18 %. Guayaquil sigue siendo la primera ciudad del país con 1.723.318 habitantes y Quito la segunda con 1.409.845, considerando en ambos casos sus áreas cantonales, por lo que se mantiene todavía la notoria bipolaridad que caracteriza al Ecuador ya que Cuenca, la tercera, tiene 195.738. Les siguen las ciudades de Machala (143.892), Portoviejo (134.180), Santo Domingo de los Colorados (140.048), Ambato (124.518), Manta (122.426), Esmeraldas (98.065), Loja (96.220), Milagro (93.010) y Riobamba (92.614). Son éstas las más pobladas ciudades del Ecuador.

No obstante su condición de capital de la República, Quito no es la ciudad más poblada del país, pero representa el 20 % de la población urbana nacional. Su crecimiento anual tiene una alta tasa del orden del 4 %. Se estima en 15.000 aproximadamente el número de nacimientos por año y en otras tantas personas la migración anual que se afinca en la ciudad [11]. El número de viviendas es de 305.710, algo menos que Guayaquil, que tiene 365.000.

Las necesidades de planificación urbana y la preparación de la cartografía para los censos nacionales obligaron a la zonificación de la ciudad. Se la dividió hacia 1973 en tres grandes distritos: el Centro, el Sur y el Norte, pero para 1980, y más todavía para 1990, ya se habían extendido las puntas de su eje longitudinal, añadiéndose dos zonas más llamadas Escalón Sur y Escalón Norte. Algunos urbanistas distinguen, a partir del Centro Histórico, dos espacios de transición que denominan Centro-Sur y Centro-Norte. En cada una de esas zonas hay numerosos barrios, llamados sectores y numerados para efectos de la distribución de correos, y múltiples urbanizaciones o ciudadelas. La expansión vertiginosa de la ciudad obligó a incorporar, en calidad de urbanas, antiguas parroquias rurales como La Magdalena y Chillogallo, al sur, Guápulo y Cotocollao, al norte.

El Centro, más amplio que el Centro Histórico de la Ciudad Vieja, comprende las tradicionales parroquias de ésta: González Suárez, El Salvador, San Roque, Santa Bárbara, San Sebastián y San Marcos; pero también los barrios El Tejar, el Placer Alto y el Bajo, San Juan, Toctiuco, Santa Lucía, Velasco y Los Ángeles, hacia el oeste, laderas del Pichincha; y la Loma, la Tola Alta y la Baja e Itchimbía, hacia el este, laderas de la colina de este nombre. El *Centro-Sur* se compone de los

[11] F. Carrión, *I Foro de Planificación Municipal,* Quito, 1990.

barrios Panecillo, hacia la mitad; La Colmena, La Libertad (antes Aguarico), la Magdalena, Nueva Aurora, Hermano Miguel, Jesús del Gran Poder, hacia el oeste; los Dos Puentes, Santa Ana, Chimbacalle y Villa Flora, al centro, y Luluncoto, El Camal, Chiriyacu y La Ferroviaria, al este. El *Centro-Norte* comprende los barrios El Belén, América, Juan Larrea, Eugenio Espejo y La Vicentina.

El Sur comprende los barrios Atahualpa, Marcopamba, Tarqui, Potrerillos, El Pintado, San Bartolo, Solanda, Guajaló, Potrerillos y Urinsayas. El *Norte* está compuesto por la Mariscal Sucre, la Colón, La Pradera, Miraflores, Belisario Quevedo, Rumipamba, La Floresta, La Paz, Guápulo, La Carolina, Bellavista, El Batán, Iñaquito, Chaupicruz, Cochapamba, La Concepción, Mexterior, Aeropuerto, El Inca, Kennedy, San Isidro, San Carlos, Cotocollao, El Rosario y Collaloma.

El *Escalón Sur* tiene barrios como Chillogallo, Las Cuadras, La Balvina, Pucará, La Concordia, el Tránsito, La Arcadia, La Ecuatoriana, Yerbabuena, etc. Y el *Escalón Norte* comprende El Condado, El Colegio, Anansayas, Comité del Pueblo, La Victoria, Carretas, Carcelén, etcétera.

Las áreas de mayor densidad poblacional:

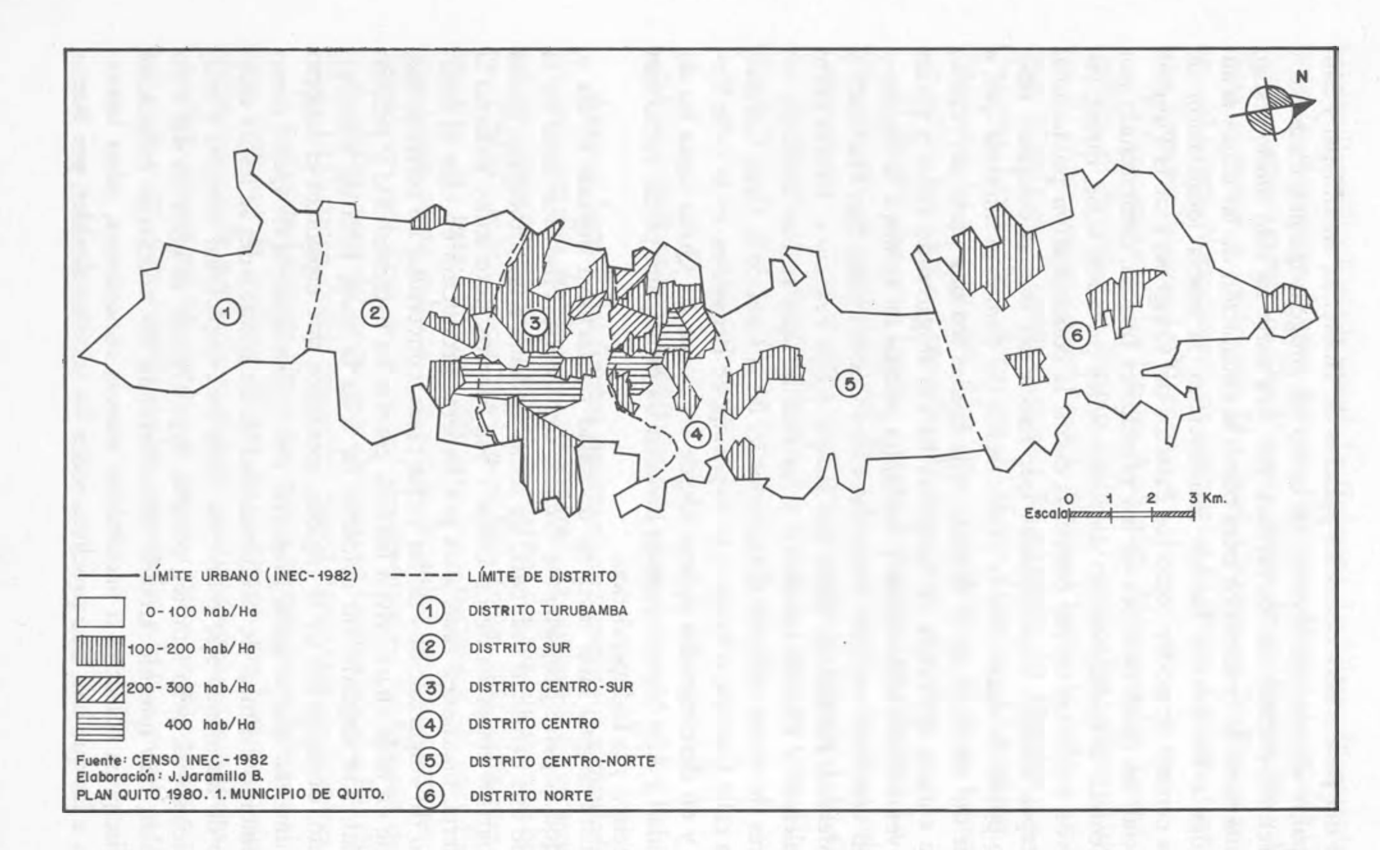
Algunos barrios del Centro siguen manteniendo alta densidad, sobre todo aquellos donde se ha concentrado la población de escasos recursos, y traspasando el Panecillo, los barrios del sur. Un estudio hecho por CEDIG señala, hacia 1984, para San Roque, 182 habitantes por hectárea; 211 para San Juan, 289 para Santa Bárbara y 331 para El Camal. Hacia el sur y hacia el norte la densidad va disminuyendo. Las densidades más bajas de la ciudad se presentan en los bloques de barrios residenciales del norte, por ejemplo, en La Pradera, La Paz, Bellavista y La Carolina, donde solamente hay 61 habitantes por hectárea [12].

El tradicional Centro Histórico, más o menos defendido por el Decreto Supremo de la Junta Militar de Gobierno que hizo una primera determinación de sus linderos, y luego por las Ordenanzas edilicias y la Comisión Municipal del Centro, si por una parte ha mantenido su importancia como foco nuclear de los principales edificios públicos, sím-

[12] B. Carrera, *op. cit.*, pp. 10-13.

bolo del poder, tales como los palacios de Gobierno, Arzobispal y Municipal, y algunos ministerios, así como las antiguas iglesias, claustros y conventos, encanto de los turistas, por otra parte ha sido mudo testigo de una serie de fenómenos tales como la emigración de las clases acaudaladas a los nuevos barrios residenciales, la nueva localización de otros centros de poder como los Palacios del Congreso y de la Función Judicial, las casas matrices de los principales bancos, comenzando por el Central, la multiplicación de automóviles privados, taxis, buses, colectivos y busetas en sus estrechas calles, la concentración poblacional de capas sociales depauperadas que hacen del «casco colonial» obligado punto de encuentro, la proliferación del comercio informal que, a partir del mercado de la llamada calle Ipiales (en una parte del relleno de la antigua quebrada de Sanguña), ha ido abigarrando calles y plazas con vendedores ambulantes y múltiples puntos de ventas a la intemperie en veredas y espacios libres (las calles Cuenca entre San Francisco y La Merced, Rocafuerte entre San Roque y San Francisco, Espejo entre Benalcázar y Flores), mercados y mercadillos que se han instalado en solares de viejos edificios derrocados (el de la Casa de la Gran Cornisa, en la calle Cuenca, o frente a la vieja Caja de Pensiones, en la calle Flores), y en determinadas épocas (desde las fiestas de Quito hasta las de Navidad y Año Nuevo) cuando invaden las principales plazas como San Francisco y la Independencia.

Esto origina altas tasas de densidad poblacional durante el día y, aunque la parte propiamente nuclear del Centro Histórico tiene en la noche una densidad reducida, las zonas aledañas a las principales plazas y a barrios como los de La Loma y San Marcos, pero sobre todo en la periferia, mantienen tasas altas por haberse producido en ellas el fenómeno de «tugurización» de las viejas casas, convertidas en conventillos, donde en cada cuarto viven familias enteras en hacinamiento y promiscuidad, con degradación evidente de toda la zona, falta de mantenimiento, disminución de la higiene, atentados que erosionan el aspecto monumental que se quiso preservar con la Declaratoria de Quito como Patrimonio Cultural de la Humanidad. A las autoridades se les ha escapado de las manos este problema, dada su complejidad humana y económico-social, pero también porque, dependiendo su elección del voto popular, han querido atraerlo disminuyendo las necesarias exigencias de disciplina colectiva o haciéndoles nuevas concesiones, miras interesadas a las que han sido proclives todos los últimos alcaldes, por buena



Densidad de población de la ciudad de Quito, 1982. Fuente: «Quito, crecimiento y dinámica de una ciudad andina», por M.ª Augusta Fernández, en *Revista Geográfica*, núm. 110, IPGH, México, D.F., 1990.

que hubiere sido su acción en otros aspectos, tanto más cuanto que algunos de ellos han solido albergar aspiraciones como posibles candidatos a la presidencia de la República.

Ha habido también afanes por recuperar el Centro Histórico, por lo menos en su aspecto monumental, el primero de los cuales fue la colosal obra del presidente Ponce Enríquez al remodelar el Palacio de Gobierno, tarea que por su parte cumplió el cardenal Muñoz Vega restaurando el Palacio Arzobispal. El terremoto de 1987 originó misiones para reconstruir los monumentos que sufrieron daños, en especial la española y la belga. El Banco Central inició una importante tarea de salvamento, impulsada por el arquitecto H. Crespo Toral, alma de los museos de esa Institución, y se restauraron el convento de San Diego, la antigua iglesia de San Sebastián y la casa donde funciona el Museo Camilo Egas, y últimamente ha refaccionado para objetivos culturales los edificios de su antigua Casa Matriz y del liquidado Banco de Crédito. En fin, la Dirección Nacional del Patrimonio Cultural y la Comisión Municipal de Salvamento, bajo la dirección del arquitecto A. Ortiz Crespo y la arquitecto D. Arízaga, van llevando a cabo serias tareas de preservación y recuperación, con el apoyo decidido del alcalde Paz Delgado. Bajo esta óptica se ha iniciado, por ejemplo, la remodelación de la colonial plaza de Santo Domingo.

Los parques y áreas verdes

El Quito hispánico, de acuerdo a las Leyes de Indias, contempló dos grandes áreas verdes al norte y sur de la ciudad, los llamados «ejidos», situados el uno en la llanada de Iñaquito y el otro en la de Turubamba. El desarrollo de la urbe a lo largo de los siglos fue reduciendo esos espacios, en cuyo contorno se conformaron primeramente quintas de fin de semana y haciendas de rica producción agrícola y ganadera, y después las modernas urbanizaciones a raíz de la explosiva ampliación en el siglo XX. Quito se fue quedando, en realidad, sin grandes parques: la triangular Alameda, pequeña desde sus orígenes, se redujo todavía más por la ampliación, sugerida por Jones Odriozola, de las vías perimetrales 10 de Agosto, Gran Colombia y Sodiro; el parque de Mayo, es decir, el tradicional «Ejido» norte, en las afueras de Quito hasta 1922, año en que comenzó a arborizarse, quedó sobrepasado por las nuevas

urbanizaciones y totalmente incorporado a la ciudad. La adquisición por el municipio de la Hacienda de la Carolina, gran reserva territorial al norte de la urbe, donde durante muchos años funcionó el Hipódromo, permitió que se formase allí el parque del mismo nombre, el más amplio de la ciudad, cuya arborización comenzó el alcalde A. Pérez Intriago y tomó nuevo impulso con el alcalde R. Paz; pero también quedó rodeado por nuevas urbanizaciones y grandes edificios, expresión de la bonanza originada por el «boom» del petróleo, en los últimos años. Al sur de Quito se creó el nuevo parque de Fundeportes, en cuya conformación tuvo mucho que ver, como dirigente deportivo, R. Paz antes de ser alcalde.

Las estribaciones del Pichincha y las colinas circundantes del Panecillo, San Juan, el Itchimbía, Puengasí y Bellavista-Guangüiltagua constituían ciertamente áreas verdes naturales, en algunos casos transformadas en eucaliptales. Erradas políticas municipales —como la del alcalde J. del Castillo que volvió a permitir construcciones en el Panecillo, donde por iniciativa del ex presidente doctor A. F. Córdova se había empezado a conformar el parque de la Unidad Nacional con aportes de los diversos núcleos de provincianos residentes en Quito— han ido reduciendo esas áreas verdes: urbanizaciones al comienzo clandestinas y luego legalizadas, o directamente permitidas por el vaivén de las directrices edilicias, han poblado de construcciones todas esas colinas, donde apenas quedan reducidos espacios libres que todavía podrían ser salvados, convenientemente arborizados, de modo que por lo menos las partes cimeras de su perfil continúen manteniendo el paisaje característico de Quito, antes rodeado por un anfiteatro de verdes colinas. Hasta en las laderas del Pichincha —en el mismo centro, por ejemplo en el antiguo bosque de Toctiuco— las construcciones trepan cada vez más alto, contra toda norma municipal, inclusive por encima de la cota de agua, y a veces con permisos mañosamente obtenidos. Se determinó que la construcción de la Vía Occidental fuese límite, por ese lado, de las edificaciones: el propio municipio las autorizó, por ejemplo en la zona de El Bosque, en cuyos seudorrascacielos la clase opulenta compra el derecho a mirar desde sus residencias el hermoso horizonte de Quito, aunque dañándolo porque esas moles, de dudoso gusto, rompen la tan ponderada armonía natural del paisaje. Sin embargo, los núcleos forestales todavía existentes en las laderas del Pichincha y en reducidos espacios testeros de algunas colinas han sido declarados «bosque pro-

tector», para la oxigenación de Quito, zonas en permanente acoso por los intereses creados, tanto de urbanizadores al servicio de las clases plutocráticas, cuanto de traficantes que auspician «invasiones» de tierras para las precarias edificaciones clandestinas de la depauperada migración.

Una evaluación hecha en el Informe Preliminar del Plan AMQ indica que

> si bien es cierto que el índice de áreas recreativas experimentan un ligero incremento de 2,52 m^2/hab. a 1980, para un 3,27 m^2/hab. a 1990, el déficit general es notorio si comparamos con la meta deseada de 7 m^2/hab. Hoy la ciudad cuenta con 414 hectáreas de áreas recreativas y el déficit llega a 473 hectáreas para cubrir la demanda actual. Los esfuerzos más significativos se han realizado en la protección del medio ambiente urbano y metropolitano, a través de la formulación y delimitación de las áreas de bosque y vegetación protectoras, que cubre 21.919 hectáreas, en ocho bloques y la del cinturón de protección ecológica que contiene 7.800 hectárecas [13].

Aparte del Estadio Olímpico «Atahualpa», el Estadio Universitario «C. A. Espinosa» y el Coliseo Cerrado de Deportes «J. C. Hidalgo», la acción municipal por una parte, la de la Concentración Deportiva de Pichincha por otra, y el entusiasmo de los clubes de varios deportes, pero sobre todo del fútbol, con el apoyo estatal y de sus hinchas, y las Ligas Deportivas Barriales han permitido que a lo largo de toda la ciudad se multipliquen estadios sectoriales y campos deportivos, siempre sin embargo insuficientes para una población en explosivo crecimiento. Por ese motivo, los pocos parques de la ciudad, y en especial el de La Carolina, son utilizados intensamente como canchas. Al sur de la ciudad la iniciativa particular apoyando la acción municipal estableció el amplio campo de Fundeportes para todo género de actividades deportivas, inclusive una para el varonil juego de la típica «pelota nacional». En los días feriados, cuando disminuye el tráfico motorizado, algunas avenidas son cerradas al tránsito de vehículos, y destinadas a pistas para la práctica de diversos deportes por los niños. Avanzan los trabajos del Palacio de los Deportes, complejo de uso múltiple, inclusive el nuevo Coliseo Cerrado, otro abierto denominado «Rumiñahui», el Velódromo «J. L. Recalde» y otras canchas variadas, situados en La Vicentina; y

[13] F. Carrión, *I Foro...*

progresan también varios campos de diversos usos deportivos, inclusive un kartódromo, en la ciudad Mitad del Mundo. Las canchas de tenis, en su mayor parte de clubes privados, son numerosas; hay por lo menos dos campos de golf (el del Quito Tennis-Golf Club y el de la FAE), y varias piscinas barriales.

Los mercados y ferias de Quito

El suministro de productos básicos para alimentar a más de un millón de personas ha sido solucionado por la acción combinada de la empresa particular —comerciantes mayoristas y minoristas— y el municipio de Quito, que ha construido mercados cerrados y determinado los lugares para las ferias públicas, regulando varios aspectos de esta actividad.

Para contribuir a racionalizar el mercadeo y los precios, el Estado ha creado una empresa nacional de almacenamiento y comercialización (ENAC), y otra de productos vitales (ENPROVIT) para la distribución barrial en lugares fijos, generalmente vinculados con oficinas estatales varias, y móviles, mediante grandes camiones que acuden a los puntos de alta concentración humana.

El sistema de distribución se realiza mediante tres grandes mercados mayoristas fijos: San Roque, el más antiguo, en el centro; Camal, en el sector oriental del sur, y Mayorista, el más moderno, creado en 1981, también en el sur, pero en su área central; y a través de más de 30 mercados minoristas y ferias al aire libre, ubicados en diversos sitios de la urbe. Los mercados, aparte de su servicio cotidiano, tienen determinados días de la semana en los que se realizan ferias simultáneas, aunque hay algunos que no las realizan; las ferias al aire libre tienen sus propios días, uno o dos por semana según los lugares, y los mayoristas y minoristas móviles van de un sitio a otro, según un calendario ya bien establecido. Ciertas frutas son vendidas, al margen de mercados y ferias, por camioneros libres que se ubican indistintamente en lugares estratégicos de las vías de circulación media o recorren los barrios [14].

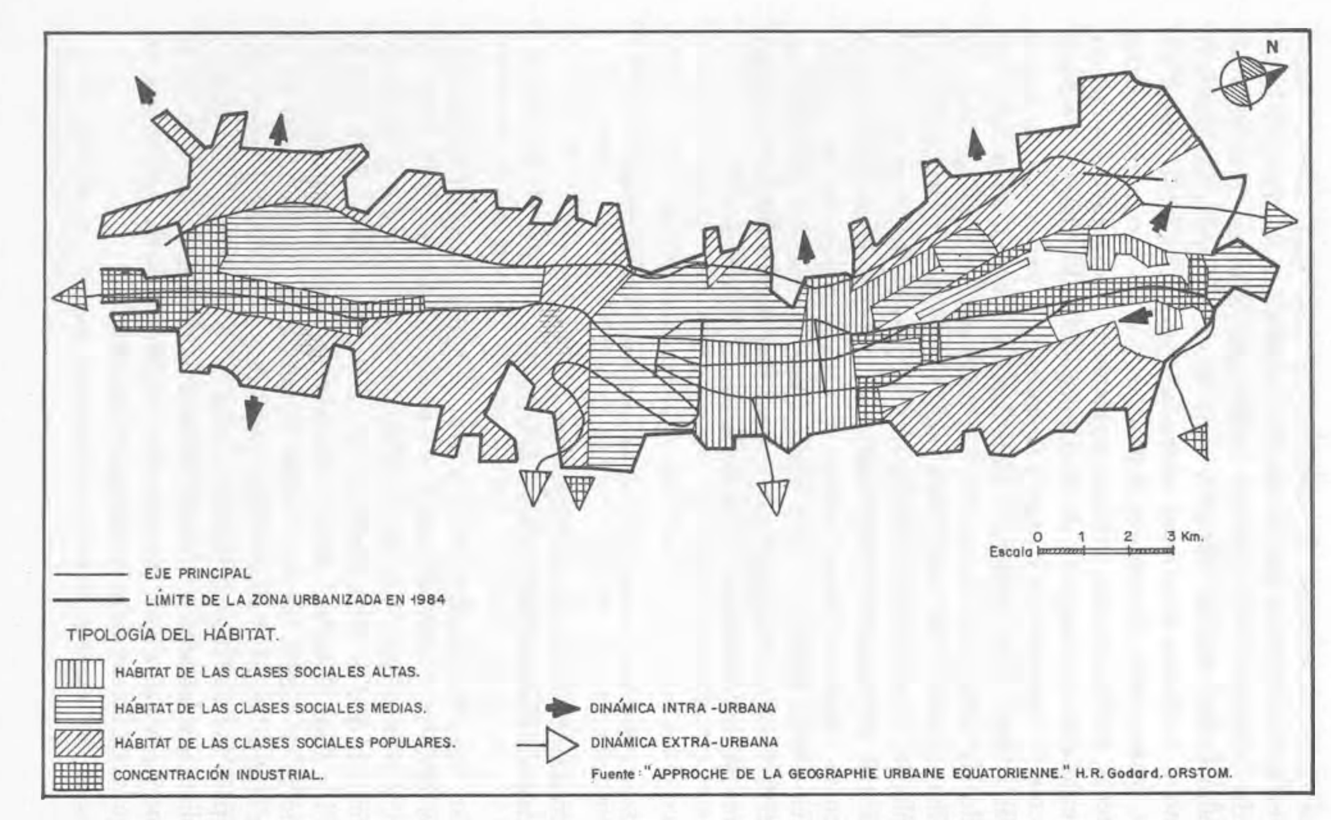
[14] Ph. Cazamajor y L. A. Moya, «Los mercados y ferias de Quito», CEDIG, *Documentos de Investigación*, núm. 5, 1984.

La moderna sociedad de consumo ha dado lugar además, sobre todo en el norte, donde predominan los barrios residenciales de la alta y media burguesía, a los centros comerciales, grandes construcciones para almacenes y tiendas varias en torno de un supermercado donde se expenden productos de primera necesidad (pan, leche, arroz, azúcar, cereales, frutas, papas, legumbres, hortalizas) y otros bienes perecederos (mantecas, harinas, aceites, fósforos, implementos sanitarios, detergentes, etc.), exhibidos en anaqueles de donde los toman los clientes mediante el sitema de autoservicio y pago a la salida, a la universalizada usanza norteamericana. Con frecuencia estos centros comerciales se han establecido en zonas poco densas de la ciudad pero con perspectivas de próxima urbanización, estimulada por los mismos promotores, por ejemplo, el centro comercial Iñaquito y «El Bosque», devenidos luego en núcleos ya urbanos de importancia por haberse desarrollado la ciudad en su contorno. Varias cadenas de supermercados se han establecido en Quito, siendo las más importantes de ellas las denominadas «Supermaxi» y «Mi Comisariato», que además han construido sus grandes complejos de bodegas de almacenamiento y distribución.

NÚCLEOS DE PODER ECONÓMICO, POLÍTICO, INFORMATIVO, ETCÉTERA.

La descentralización en los edificios políticos y su tendencia a ubicarse hacia el norte de la ciudad

Este acelerado desarrollo de la urbe obligó a proyectar un traslado de los edificios gubernamentales a un nuevo núcleo, en el norte de Quito, y se pensó en construir un «Centro Cívico» aledaño al nuevo colegio militar que se había instalado en La Pradera, afueras de la ciudad hacia los años cuarenta, pronto rodeado de las urbanizaciones antes mencionadas. Dicho «centro» debía constituir el núcleo básico de la nueva ciudad según el primer Plan Regulador, y en efecto se reservaron lotes para los edificios gubernamentales, pero el proyecto no llegó a cumplirse y solamente se levantó, durante la década de los años 70, la enorme y poco agraciada construcción del Ministerio de Agricultura, en la esquina de las avenidas Amazonas y Eloy Alfaro.



Esbozo de la tipología del hábitat y de la organización espacial de Quito. Fuente: «Quito, crecimiento y dinámica de una ciudad andina», por M.ª Augusta Fernández, en *Revista Geográfica*, núm. 110, IPGH, México, D.F., 1990.

Surgimiento de un nuevo centro de la actividad bancaria en el norte

Sin embargo, la gran concentración poblacional a que dieron lugar las nuevas urbanizaciones, obligó a que se ubicasen muchos servicios en el norte. Sensibles a esa tendencia, y poseedoras de recursos, todas *las empresas bancarias* (25 en la actualidad, inclusive las oficinas de algunos bancos extranjeros domiciliados en Quito) se vieron en la necesidad de trasladarse, primero con agencias, y luego con la construcción de grandes edificios, en parte gracias al «boom» del petróleo, hacia el norte de Quito. El propio Banco Central había construido poco antes su casa matriz frente al parque de La Alameda, pero sus previsiones resultaron cortas, ya que la urbe se expandió vertiginosamente mucho más allá. De este modo surgieron varios núcleos, particularmente en torno al parque de La Carolina. La construcción del centro comercial Iñaquito, pionero en el área, determinó la proliferación de locales para almacenes y servicios en torno al cruce de las avenidas Amazonas y Naciones Unidas, la última de las cuales parte desde el Estadio Olímpico hacia el oeste. Sobre la avenida de los Shiris, que bordea al mencionado parque por el este, utilizada para los grandes desfiles tanto militares como cívicos, se produjo otro desarrollo de viviendas y comercios de importancia.

La dinámica de la ciudad en crecimiento a lo largo de un extenso eje ha originado la descentralización de la actividad comercial con la aparición de nuevos focos concentradores de almacenes y expendios diversos, relacionados sobre todo con el desarrollo de las vías básicas, tales como las avenidas 10 de Agosto, Colón, 6 de Diciembre, 12 de Octubre, Amazonas en sus varios sectores y la avenida de La Prensa, al norte; la calle Maldonado y la avenida Vencedores de Pichincha, al sur, zona donde también están situados el Camal, a cargo de la empresa Municipal de Rastro, y el nuevo Mercado Mayorista, al que ya nos hemos referido.

Las zonas industriales, asimismo, siguiendo directrices de los diversos planes municipales para regular la expansión de la ciudad, se han desarrollado por lo general en los extremos sur y norte en torno a la carretera Panamericana, en la parte norte de la avenida 6 de Diciembre y en la avenida de La Prensa, pero también ha surgido la tendencia a expandirse a las áreas rurales, particularmente hacia Los Chillos y la línea

equinoccial, por las facilidades de transporte que prestan las respectivas autopistas.

La ubicación de los dos grandes diarios en los extremos sur (*El Comercio*) y norte (*Hoy*), en zonas inicialmente con poca densidad de población, pero luego en proceso continuo de urbanización, es una de las demostraciones de la tendencia urbana al crecimiento en relación con el eje longitudinal de la ciudad. Los canales de TV, cuyas sedes están en diversos sitios de Quito, han seguido la tendencia de centralizar sus antenas repetidoras en una de las cumbres inferiores del Cúndurhuachana, en el Pichincha. Las emisoras radiales se hallan dispersas en el área urbana, y sus grandes antenas también, en diversos lugares del contorno rural. La «Voz de los Andes» (HCJB), de sintonía universal, cuyos estudios centrales forman parte de un núcleo de servicios prestados por la Iglesia Evangélica, inclusive el importante Hospital «Vozandes», tiene su complejo de grandes antenas en Pifo. En Conocoto se encuentra situada la antena parabólica del Instituto Ecuatoriano de Telecomunicación (IETEL) para el servicio público de captación y transmisión de emisiones radiales vía satélite.

Las zonas militares suelen ubicarse asimismo en lugares periféricos a las entradas y salidas de la ciudad: el sur, trasmontado el Panecillo, ha sido un lugar tradicionalmente vinculado a la actividad castrense, desde tiempos de los incas, según hemos relatado, y allí se encuentran diversos recintos militares, tales como el Campamento General Epiclachima (Grupo Mecanizado Azuay), El Pintado (Grupo de Artillería Mariscal Sucre, Centro Logístico núm. 1), Batallón Chimborazo, etcétera. En el centro de la ciudad, en La Pradera, está el colegio militar «Eloy Alfaro», y en un altozano del Ichimbía se halla el Instituto Geográfico Militar, con todas sus instalaciones, a las que se ha incorporado un moderno planetario, mientras en la parte baja están la Escuela Politécnica del Ejército y el Hospital Militar. Al norte, junto a la avenida de la Prensa, ubícanse la Escuela de Policía en el Rancho San Vicente; frente al aeropuerto «Mariscal Sucre», el cuartel «Vencedores» y ya en la autopista a la Mitad del Mundo, en Parcayacu, el Instituto Superior y escuela militar «Eloy Alfaro». Más acá, en Pusuquí, hay varias instalaciones de la policía.

El explosivo incremento de la población volvió necesaria la fundación de nuevos cementerios, pues los antiguos de El Tejar y San Diego, junto a las antiguas recolecciones mercedaria y franciscana de esos mis-

mos nombres en tiempos de la colonia —que entonces eran periféricos—, se volvieron insuficientes. Primero se amplió cuanto se pudo el de San Diego, y luego se creó el cementerio Mariano Rodríguez, en el noreste de la urbe, zona de El Batán, al comienzo totalmente en las afueras y luego incorporado a la ciudad misma por la expansión de ésta, ambos administrados por una entidad privada de asistencia social denominada Sociedad Funeraria Nacional. Junto a él se establecieron también el cementerio Alemán y el Judío, administrados por las respectivas colonias.

En los años 70, como empresa privada, se establecieron junto a la carretera Panamericana Norte, a la salida de la ciudad, los Campos del Recuerdo, el cementerio de mayor área, inicialmente periférico pero también prontamente rodeado de nuevas urbanizaciones. Los antiguos cementerios rurales de Cotocollao, La Magdalena y Chillogallo quedaron también incorporados a la ciudad al devenir aquellas antiguas parroquias en urbanas. La costumbre, mantenida desde la época colonial, de enterrar a los muertos en criptas de iglesias continuó, por lo que no pocas de las nuevas han contemplado este servicio en sus modernas edificaciones: particularmente las basílicas del Voto Nacional y La Dolorosa del Colegio y las iglesias de Santa Teresita y La Paz. Normas legales han regulado este tipo de enterramiento.

Ya hemos mencionado la pérdida de las feraces áreas agrícolas vecinas a Quito por la creciente expansión de la ciudad, compensada en parte por el desarrollo de la colonización y la agricultura en los sectores noroccidental de la provincia de Pichincha. Un nuevo peligro hemos mencionado asimismo, producto en parte del crecimiento urbano: la deforestación de las colinas circundantes y las laderas del Pichincha, donde grandes bosques de eucaliptos se habían desarrollado cuando, a fines del siglo pasado, fue introducida esa especie maderable en el Ecuador por obra del presidente García Moreno. Esos bosques protectores, que la municipalidad ha declarado tales por la influencia benéfica que ejercen sobre el ambiente, el clima y el paisaje, son con frecuencia víctimas primeramente de subrepticias invasiones de nuevos migrantes campesinos, a veces dirigidos por inescrupulosos traficantes que han hecho de tales actividades fuente de depredación y explotación ilícita; y luego, de urbanizaciones clandestinas, por lo general sobre la cota de agua, en lugares difíciles para la prestación de servicios de alcantarillado, energía eléctrica y teléfonos, obras que se realizan a veces inclu-

sive con autorizaciones indebidamente obtenidas por los mismos propietarios de tierras o por influyentes urbanizadores.

Circulación, transporte y comunicaciones

La red vial formada por las principales rutas terrestres de acceso a la ciudad está constituida por la Panamericana Norte, la Panamericana Sur y las vías perimetrales Occidental y Oriental, y las autopistas «General Rumiñahui», al valle de Los Chillos, y «M. Córdova Galarza», a la línea equinoccial, San Antonio de Pichincha y Calacalí, así como por la carretera a Cumbayá, Tumbaco, Puembo, Pifo y Yaruquí. Hay que mencionar las salidas desde Cotocollao por Nono a la zona del noroeste, y desde Chillogallo, por Lloa, Chiriboga y Saloya al suroeste, es decir, el antiguo camino a Santo Domingo de los Colorados.

El transporte público dentro de la ciudad está conformado, aparte de las numerosas cooperativas de taxistas, por varias líneas de buses y busetas urbanos, cuyos propietarios se han organizado también cooperativamente. En general, atraviesan la ciudad de norte a sur, y a veces procuran en su recorrido, que cada vez se ha ido alargando más, unir también puntos situados al oeste y al este en los extremos de la urbe, formando no pocas veces encrucijadas y cuellos de botella, generalmente en el Centro Histórico, a donde todas confluyen, pues allí se concentran todavía las funciones político-administrativas, la mayor proporción del empleo y la ocupación terciaria. La Empresa Municipal de Transportes, que se reinició, luego del fallido intento del alcalde Jijón Caamaño en el año 1947, por el alcalde Pérez Intriago al importar de Inglaterra buses de dos pisos, se ha ampliado con nuevas modernas unidades de buses articulados húngaros y de otros ensamblados en el país.

Importante paso en el ordenamiento del transporte fue la construcción del Terminal Terrestre «Cumandá», situado al este del Puente Nuevo, sobre la alcantarilla y el relleno realizado para canalizar la milenaria quebrada de Ullaguangaguayco, o Jerusalén, hasta su desembocadura en el río Machángara. En dicho terminal confluyen las diversas líneas de buses del servicio interprovincial, particularmente las del sur, pues para el norte no se ha logrado este ordenamiento, ya que muchas de las líneas arriban por la Vía Occidental a sectores aledaños a los mercados populares de la calle Ipíales. El sector de la plaza Marín, por

su parte, se ha convertido en núcleo de llegada y partida de varias líneas de buses urbanos.

Uno de los fenómenos rsultantes del «boom» petrolero fue precisamente el impresionante aumento del parque automotor en Quito. Mientras en 1955, la ciudad tenía apenas 6.000 vehículos, en 1960, 6.406; 10.248 en 1965, cinco años después éstos eran 17.908, aumentaron a 39.788 en 1975 y a 90.178 en 1980, lo que significa que en 10 años hubo un aumento de 503,56 %. Esa saturación ha sido aún más creciente en la última década [15]. Actualmente Quito tiene más de 150.000 vehículos.

Gran problema del centro histórico, dada la afluencia cotidiana de gente durante el día y ese aumento de automotores, es por eso el parqueamiento de vehículos, que llenan las calles junto a las veredas, ocupan los solares de viejas casas demolidas y han originado la conversión de patios y huertas de antiguos edificios coloniales en parqueaderos, tal es el caso de las huertas de la secular casa de Diego de Sandoval, uno de los fundadores de Quito, el convento de La Merced, o el monasterio de Santa Catalina. El municipio construyó bajo la administración del alcalde Durán Ballén un enorme y poco agraciado parqueadero en el antiguo relleno de El Tejar, como complemento de la Vía Occidental y los túneles; y la empresa privada levantó un arquitectónicamente desafortunado edificio de pisos para parqueadero en la esquina de las calles Guayaquil, Manabí y Vargas, frente a la plaza del Teatro Sucre. El aumento de vehículos ha congestionado más el Centro Histórico, por el que cruzan y entrecruzan todas las líneas de buses, en un cuello de botella que obliga a los automotores a circular a paso de tortuga.

Para solucionar estos problemas, principalmente durante la alcaldía del arquitecto Durán Ballén, se inició un amplio plan de construcción de vías periféricas (las avenidas Oriental y Occidental, para descongestionar el tránsito central, integrar las zonas norte y sur con el centro y delimitar con ellas de algún modo el crecimiento de la ciudad, objetivo no cumplido, pues Quito sigue creciendo de modo incontenible), vías troncales norte-sur a base de las ya existentes, ensanchadas, repavimentadas y mejoradas con facilidades de tránsito (intercambiadores, pasos a desnivel, señalización), tanto en el norte (12 de Octubre-Gran Colombia, 6 de Diciembre, Amazonas, América, 10 de Agosto-Pichincha)

[15] F. Carrión, *op. cit.*, 1987, p. 191.

como en el sur (Bahía-Vencedores de Pichincha, Maldonado-Panamericana Sur), pavimentación y repavimentación. Los pasos a desnivel, que entre los siglos XVII y mediados del XX apenas habían sido cuatro, se multiplicaron, algunos con redes complejas de varias vías a diferentes niveles, por ejemplo, el intercambiador de las avenidas 10 de Agosto, Alfaro y Orellana. Durán Ballén contrató 4.708.800 metros cuadrados de pavimentación, de los que alcanzó a realizar entre 1970 y 1978 1.878.032,

> cifra superior a lo realizado en los 31 años anteriores. En los últimos siete meses de la gestión Durán Ballén se pavimentó a un ritmo superior a los 79.000 m.^{2} de promedio mensual, justamente cuando se produce un cambio en la estrategia de política urbana, por el proceso de redemocratización que vivía el país y la inserción de Durán Ballén como candidato a la Presidencia de la República [16].

El importante desarrollo de la vialidad en el Ecuador, y particularmente la red de caminos que sirven a Quito, junto con la producción petrolera, han originado la decadencia de los ferrocarriles Guayaquil-Quito y Quito-Ibarra-San Lorenzo, reducidos —sobre todo en aquella línea— al transporte pesado. Varios han sido los intentos para modernizar ese servicio, que cumplió desde luego excepcional papel en la modernización del país a partir de 1908.

El aeropuerto «Mariscal Sucre», situado en la parte norte de la gran llanura de Iñaquito, tiene un intenso tráfico, inclusive nocturno, dotado ya con modernos servicios de radioayudas. Varias líneas aéreas nacionales comunican la capital del Ecuador con las demás ciudades del país (TAME, SAN, Saeta, TAO, esta última a la región amazónica) y numerosas líneas aéreas tanto nacionales (Ecuatoriana de Aviación, Saeta) cuanto extranjeras (Air France, American Airlines, Iberia, KLM, Lufthansa, Varig, Viasa, etc.) la vinculan con las Américas y Europa. La Dirección de Aviación Civil tiene a su cargo la administración de todos los aspectos relacionados con el transporte aéreo comercial. Pero el aeropuerto de Quito, inicialmente en las afueras de la ciudad, ha quedado ya inmerso en ella, dada la vertiginosa expansión de la urbe, por lo que se ha proyectado, y ya se han hecho para tal efecto las necesarias expropiaciones de tierras, un nuevo y moderno aeropuerto en Caraburo, en

[16] F. Carrión, *op. cit.*, p. 194.

la misma gran planicie, la mayor de la Región Interandina, donde los académicos franceses realizaron sus trabajos básicos para las mediciones geodésicas en el siglo XVIII.

Para la producción y exportación de los hidrocarburos encontrados en yacimientos de la Región Amazónica se organizó un ente estatal denominado Corporación Ecuatoriana de Petróleos (CEPE) que trabajó durante años en consorcio con la TEXACO, de acuerdo con convenios suscritos a tal efecto. Se construyeron, entonces, la refinería de Shushufindi, el Oleoducto Ecuatorial Trasandino de aproximadamente 500 kilómetros de longitud que transporta crudo, la refinería de Esmeraldas y el puerto de exportación en Balao, sobre el océano Pacífico, además de varios poliductos como el Esmeraldas-Quito y el Santa Elena-Guayaquil-Quito, así como el gasoducto Shushufindi-Quito. Cumplidos los plazos respectivos, tanto la administración del oleoducto cuanto la refinería indicada, administrados hasta entonces por TEXACO, pasaron a PETROECUADOR, ente que sustituyó a CEPE y que con varias filiales especializadas maneja ahora todo el sistema de exploración, explotación, producción, refinamiento, comercialización y exportación de hidrocarburos. La ciudad de Quito se halla en un punto intermedio en la línea del oleoducto, que tiene varias estaciones para bombear el petróleo y subirlo desde la planicie oriental hasta la alta región interandina y bajarlo nuevamente hasta el nivel del mar. Junto al oleoducto se han construido los necesarios caminos, de manera que se puede transitar sin problemas desde el Pacífico hasta Puerto Francisco de Orellana, sobre el río Coca, afluente del Napo, por donde se podría mediante navegación fluvial llegar al Amazonas primero y al Atlántico después, lo que constituiría un verdadero sistema de comunicación interoceánica. Varios centros de acumulación y reserva de gasolina, diesel, kérex y gas natural fueron construidos en la ciudad, en lugares en su momento periféricos, pero actualmente inmersos ya en las nuevas urbanizaciones de la gran conurbación quiteña, por lo que se estudian sitios de nuevo emplazamiento donde no haya riesgos para la población.

LOS SERVICIOS AL CIUDADANO (EDUCACIÓN, SALUD, CULTURA, OCIO, ETCÉTERA.)

La nueva estructura polinuclear de Quito ha determinado la ubicación barrial dispersa de escuelas y colegios, con tendencia a buscar so-

luciones periféricas para superar definitivamente la antigua concentración propia de una ciudad nucleada como era Quito hasta mediados de este siglo. Como parte de esta tendencia, han comenzado a surgir nuevos establecimientos en los valles aledaños, particularmente en Los Chillos. Ello ha obligado a que cada escuela y colegio mantenga de algún modo su propio sistema de transporte para conducir alumnos y profesores a sus tareas diarias y permitirles volver a sus domicilios, generalmente con largos trayectos —dada la longitud de la ciudad—, con las molestias consiguientes.

El servicio hospitalario en Quito se efectúa principalmente a través de los varios establecimientos públicos como el hospital general «Eugenio Espejo» construido en la década de los años 20 y con nuevos pabellones modernos últimamente levantados, y la maternidad «Isidro Ayora», que data de la década de los años 50, ambos sobre la avenida Gran Colombia, cerca del antiguo parque de La Alameda; el hospital de niños «Baca Ortiz», en la esquina de las avenidas 6 de Diciembre y Colón, con modernísima construcción recién inaugurada; el «Pablo Arturo Suárez», al norte de la ciudad, cerca de Cotocollao; el hospital militar, al pie de la colina del Itchimbía, en la calle Queseras del Medio, que pone en contacto el centro-norte con la Vía Oriental; el hospital «Enrique Garcés» al sur, en el área de La Magdalena; el Leprocomio de Verdecruz, en el borde oriental de La Vicentina, sobre un declive que baja al río Machángara; el hospicio San Lázaro, en el antiguo edicio colonial donde funcionó en el siglo XVIII el Noviciado de los Jesuitas, en la calle Ambato, en pleno centro histórico de Quito; el hospital psiquiátrico «J. Endara» en Conocoto; el «C. Andrade Marín», el mayor de la ciudad, a cargo del Seguro Social, hacia el oeste de la avenida América, frente a la Ciudad Universitaria, etc. Son numerosas las clínicas particulares, siendo la mayor la denominada «Hospital Metropolitano», junto a la Vía Occidental, al norte de Quito. Múltiples dispensarios médicos dependientes del Ministerio de Salud funcionan para la atención a los diversos barrios de la ciudad. Pese a todo ello y a la obra de la Iglesia y las comunidades especializadas como las Hermanas de los Ancianos Desamparados que mantienen el Asilo de Ancianos, cerca del aeropuerto y los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, con su casa de reposo para enfermedades mentales situada en Los Chillos, a la labor privada y de instituciones de beneficencia como la Asociación Benefactora de Enfermos Incurables (ABEI), dinamizada por M. E. Álva-

rez de Espinosa, con su moderno centro en el sector de La Carolina, hay que reconocer que el número de plazas en hospitales y clínicas es deficitario dado el crecimiento poblacional de Quito. No puede dejar de mencionarse la humanitaria labor de la Cruz Roja ecuatoriana, cuyo edificio central se levanta en la avenida Gran Colombia, frente al monumento a Bolívar situado al comienzo del parque de La Alameda.

El siempre acuciante problema del abastecimiento de agua potable, gracias a perseverante actividad, ha logrado aliviar las dificultades y, aunque no solucionarlas totalmente por la expansión vertiginosa de la urbe y su abigarrada topografía, permitir que en 1990, Quito disponga de un promedio de 6.500 litros por segundo. En 1956 apenas disponía de 896,13 litros por segundo; en 1964 aumentó 120 con la estación de bombeo El Molino; en 1966 se incrementaron 75 con la de Guápulo; 44 litros por segundo en 1968 con la planta de tratamiento de Rumipamba; de 1970 a 1974, con la perforación de 38 pozos profundos, el incremento fue de 524,77 litros por segundo; 50 más se captaron desde Cerro Negro en 1973; el año siguiente, la vieja planta de tratamiento de El Placer se incrementó en 350 litros por segundo con aguas tomadas del río Pita; el proyecto Pita-Tambo logró en 1977, terminada su primera etapa, el sustancial incremento de 1.250 litros por segundo, y en 1990, terminado el Proyecto Papallacta, se alcanzó el más significativo de los aumentos hasta entonces obtenidos, con 3.000 litros por segundo [17].

El Quito contemporáneo, convertido en gran ciudad, ha intensificado la acción cultural: la Casa de la Cultura Ecuatoriana terminó de construir su gran edificio circular con su fachada de espejos (planos del arquitecto R. Dennis); allí se albergan la Biblioteca Nacional, varios museos como los de Arte Moderno, Artesanía, Instrumentos Musicales, etc., hay varios auditorios bautizados con el nombre de insignes escritores como el «Aguilera Malta», el «Pareja Díezcanseco», y salas de Exposiciones como la «P. León», la «J. E. Guerrero», etc. La C.C.E. puso en funcionamiento, también, su Nueva Editorial. Los museos del Banco Central, dinamizados por la visión y efectividad del arquitecto H. Crespo Toral, se convirtieron en núcleos no solamente custodios de testimonios culturales sino en verdaderos centros de difusión, lamentablemente paralizados con el cambio de políticas desde la salida de aquel notable realizador, a quien se deben muchas de las obras de rescate del

[17] P. Ribadeneira G., director de EMAP: comunicación personal.

patrimonio cultural en todo el Ecuador. El Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales alcanzó en el parque de La Alameda un importante y moderno local, cedido por el municipio, cerca de las instalaciones de «Mundo Juvenil», un centro creado por iniciativa privada y dinamizado por la escultora G. Paz y Miño de Breihl en beneficio de los niños. Las Academias Ecuatoriana de la Lengua y Nacional de Historia han continuado con perseverancia sus actividades, no obstante el escaso apoyo estatal. Como nuevas valiosas iniciativas merecen mencionarse la creación del Fondo Nacional de Cultura, para impulsar sobre todo la labor editorial, a cuyo efecto se dictó una interesante Ley del Libro, lamentablemente no puesta suficientemente en práctica. El Premio Tobar, tradicional estímulo del Cabildo quiteño para los autores con obra publicada, se diversificó con varios otros premios discernidos anualmente. También el Gobierno creó el Premio «Espejo», aunque no ha mantenido una política uniforme para otorgarlo. Dadas las condiciones precarias de la economía nacional, afligida con una cuantiosa deuda externa que incide negativamente en todos los órdenes de la vida del país, ninguno de esos premios tiene especial significación monetaria.

Pero Quito continúa manteniendo su tradición como centro importante de las artes plásticas en el continente. Se han multiplicado las exposiciones y el número de las galerías de arte. Una singular iniciativa fue la Exposición Ecuatorial al Aire Libre, consistente en que una veintena de grandes figuras de la plástica, no solamente quiteña sino nacional y aun extranjera, crearan grandes cuadros, en materiales capaces de desafiar la intemperie, colocados en los bordes de la autopista a la línea equinoccial, a lo largo de todo su trayecto, tanto de ida cuanto de retorno. Las figuras de O. Guayasamín, E. Kingman, O. Viteri, E. Maldonado y G. Endara Crow han alcanzado singular renombre internacional en el campo de las artes plásticas.

Algunas características de la personalidad de los quiteños

Se han destacado siempre los quiteños por su profundo espíritu de *religiosidad*. Parece que la propia naturaleza, con sus colosales nevados, les inclinó a ello desde la época aborigen. Los primeros misioneros hallaron campo dócil para la siembra del Evangelio. Las iglesias se multiplicaron, esplendorosas en sus riquezas artísticas, llenas siempre de fieles, así como los santuarios —tales como los de Guápulo y El Quinche—. Las procesio-

nes, en especial la de Viernes Santo, en la que recorren la ciudad las imágenes de Jesús del Gran Poder y la Dolorosa, a la usanza sevillana con cucuruchos, almasantas y penitentes, han atraído siempre —y lo hacen hasta ahora— grandes multitudes. Las advocaciones marianas han tenido también especial significación en la vida de la ciudad, particularmente afligida a lo largo de los siglos por las convulsiones sísmicas, tras las cuales la gente vuelve los ojos implorantes hacia la divinidad, encontrando en María especial mediadora para impetrar gracias. En su honor se ha levantado el colosal monumento sobre el Panecillo, que repite el tema legardiano de la Virgen alada del Apocalipsis. Mariana de Jesús, la «Azucena de Quito», es la santa propia que la ciudad ha ofrecido a la veneración de la Iglesia Universal, así como el santo Hermano Miguel de las Escuelas Cristianas, quien aunque nacido en Cuenca realizó en Quito la mayor parte del apostolado entre la niñez que le llevó a los altares. Decidor gesto por la prioridad del espíritu fue la consagración del Ecuador al Corazón de Jesús en tiempos de García Moreno. Los episodios de persecución religiosa en época de los generales Veintemilla y Alfaro encontraron siempre vigorosa resistencia en todos los sectores sociales, particularmente populares. Los actos de desacato han sido raros en Quito. Por todo ello, es justo decir que la fe ha sido una de sus características, troquel en el que se ha configurado el Ecuador entero.

Otra particularidad esencial del pueblo quiteño es su irrenunciable *amor a la libertad*. Resistió siempre todos los intentos de avasallarle: Quitu murió defendiendo su pueblo contra la penetración de los caras; la resistencia aborigen frente a las varias oleadas de la expansión inca fue heroica, sostenida y constelada de episodios de bravura y sobresalientes adalides; la irreductible oposición a la conquista española, acaudillada por Rumiñahui y su cohorte de lugartenientes, no cesó sino con la muerte de todos aquellos líderes aborígenes; los indígenas, desde entonces, durante cinco siglos, no han cesado de manifestarse contra la subyugación que han padecido, ya durante la época hispánica, ya en la nacional con la República, hasta nuestros mismos días; los alzamientos populares durante la Colonia, tales como las revoluciones de las Alcabalas, a fines del siglo XVI, y de los Estancos, a mediados del XVIII; los atisbos autonomistas de los frailes Jodoco Ricke, franciscano, y Pedro Bedón, dominico, en el primero de los siglos coloniales, y la surgente conciencia de la propia identidad quiteña en varios de los jesuitas expatriados por la Pragmática Sanción de Carlos III, en particular el padre

Velasco; las precursoras proclamas emancipadoras del doctor Espejo, pero sobre todo la gesta libertaria de 1809 a 1812, cuando Quito irrumpe con la Revolución independentista del 10 de agosto, sellada en sangre el 2 de agosto de 1810, que tanta influencia tuvo sobre el ánimo del Libertador Bolívar, son hechos que demuestran este como destino histórico, mejor diríamos vocación nacional por la libertad.

Reputados en todo el continente y aun en España y el mundo son la *aptitud artística* y el *afán cultural* de Quito, donde brilló durante los siglos coloniales la célebre Escuela Quiteña de Pintura y Escultura, sólo explicable por los antecedentes del arte aborigen. La secular habilidad indígena, con los maestros, modelos y técnicas traídos por España y la particular influencia flamenca a través de los franciscanos J. Ricke y P. Gosseal, contribuyen a explicar la floración artística de Quito. Esa tradición se mantiene hasta nuestros días. A los nombres indígenas aureolados por la fama de un Pampite, un Caspicara, y de mestizos como Miguel de Santiago y Legarda, han venido a añadirse, en nuestros mismos días, figuras como las de los Mideros, Camilo Egas y Guayasamín, para sólo citar algunos. La cultura quiteña ha dado a la historia de las letras nombres tales como el del obispo Villarroel, uno de los mayores predicadores de la Colonia; Mejía Lequerica, el más insigne de los tribunos en las Cortes de Cádiz; González Suárez, el gran historiador y batallador arzobispo de fines del siglo pasado y comienzos del presente; novelistas como J. Icaza, traducido a los principales idiomas, con su célebre *Huasipungo,* y poetas como J. Carrera Andrade, de amplia trascendencia lírica. La obra de la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha tenido ejemplar repercusión en las últimas décadas. No es, entonces, aventurado afirmar, hilvanando estas tres primeras características de Quito, extendidas a todo el país, que su aliento vital como pueblo está significado en estas tres palabras claves: Fe, Libertad, Cultura.

Parecería, a través de múltiples manifestaciones, que la ubicación geográfica de Quito, en una como encrucijada compuesta, de una parte, por la línea equinoccial que le permite abrazar al mundo con brazos cósmicos hacia este y oeste, y de otra, por la cordillera de los Andes que lo vincula con el norte y sur del continente, ha dado a los quiteños, con innegable predominancia sobre los factores de reconcentración en sí mismos, una especie de *comprensión universalista.*

El habitante del Ecuador tiene especial percepción para los acontecimientos y problemas universales, lo que unido a las características an-

tes mencionadas permite explicar, por ejemplo, el llamamiento a la unidad americanista de los próceres de la independencia en 1809; el amor y lealtad a sus definitivos libertadores Bolívar y Sucre, no obstante la depresión económico-social que, durante el período grancolombiano de 1822 a 1830, afligía a los quiteños y que desde finales del siglo XVIII se agudizó hasta extremos insostenibles en buena parte por la incuria del gobierno centralista de Bogotá, lo cual hace comprender en buena medida la instauración del Estado del Ecuador en 1830; la valiente defensa de la soberanía del Papado hecha por García Moreno en el siglo XIX; la petición de Alfaro en favor de la libertad de Cuba ante la reina María Cristina; la posición internacional del Ecuador tradicionalmente anticolonialista, con expresiones en favor de las reivindicaciones iberoamericanistas respecto a las Islas Malvinas, el Peñón de Gibraltar o la libertad de Puerto Rico, etcétera.

Otra peculiaridad del quiteño es su esperanzado *optimismo frente a las adversidades.* En el recuento histórico efectuado en las páginas precedentes salta a la vista la larga serie de cataclismos, volcánicos y tectónicos, con que la naturaleza ha solido afligir a la ciudad y su comarca, constelada de altas montañas de nevadas testeras y ardientes interioridades. No hay siglo en la memoria humana de los quiteños en que no les hayan hecho estremecer los colosales cercanos volcanes, particularmente el Cotopaxi y el mismo Pichincha, a cuyos pies duerme tranquila y confiada ante el peligro, lo cual llamó ya la atención de Humboldt. A veces diríase que el quiteño no solamente sobrelleva su destino con estoicismo, sino que hasta lo desafía osadamente, pues no de otro modo se explican, en la expansión de la moderna megápolis, que los intereses particulares hayan logrado, y el municipio haya permitido, levantar como producto del «boom» petrolero los rascacielos de la zona norte, de hasta 20 pisos, la serie de altos edificios multifamiliares para la alta burguesía en la avenida González Suárez, junto a la falla geológica que permite la mirada sobre Guápulo, o al otro lado, en la avenida Occidental, al pie del Pichincha, no obstante la trágica experiencia de los estertores y corcovos del volcán y los aluviones y deslizamientos de tierra desde las partes altas a las bajas. Así, sobrellevando desastres y desafiando peligros telúricos ha vivido la capital del Ecuador durante siglos; así parece que continuará, confiada quizá en las profecías atribuidas a santa Mariana de Jesús, de quien se afirma haber dicho que «Quito no perecerá por terremoto sino por mal gobierno».

Para contrarrestar esa continua amenaza de catástrofes el quiteño se ha abroquelado con su tradicional sentido del *buen humor*. La «sal quiteña» es proverbial: gracejo y donaire que se manifiestan al instante, espontáneamente, en las más diversas situaciones, por graves que parezcan: un gesto, un dicho, una advertencia, casi siempre sentenciosos, no pocas veces hasta picantes; y la andanada de «bolas» con que suele matizar la política, rumores echados a rodar, con frecuencia premonitorios. El genio burlón de los «chullas» quiteños les permite sobrellevar las adversidades, aliviar la ebullición de la caldera social, reírse inclusive de sí mismos, pero sobre todo hacer de las flaquezas del prójimo, sin lastimarle, ocasión permanente de ironías que provocan la sonrisa y aligeran las tensiones. Dramáticas sesiones del Congreso, por ejemplo, que parecían anunciar trágico fin, han terminado en sonora carcajada gracias a un espontáneo apodo burlón o al chiste oportuno, casi siempre surgidos de las barras populares, que han diluido la confrontación. Sería inacabable un recuento de tales episodios y bien valdría la pena que algún espíritu avisado intentase una antología de éstas que permitiría explicar la trayectoria y el desenlace de múltiples acontecimientos.

En fin, señalemos la apertura, cordialidad y cosmopolitismo de los quiteños para con los visitantes. No hay viajero que habiendo escrito sus memorias no ponga de relieve esta humanísima característica de Quito y sus habitantes. En realidad, el pueblo quiteño suele ser pacífico, amable, tranquilo —aunque estalla con bravías manifestaciones cuando agotada su paciencia insurge contra abusos, depredaciones y despotismos—, y acoge a todos con ánimo fraterno, tragándose a veces sus penas, y participando con sus huéspedes pan, albergue y bonhomía. Quienes visitan Quito se llevan imperecedero recuerdo de su sin igual paisaje, las manifestaciones extraordinarias de su contrastante naturaleza, el esplendor de sus templos, claustros y arte, el bullir incesante de la ciudad, pero en especial la humanísima acogida con que le recibieron sus habitantes. De allí las expresiones de cariño con que dan testimonio de ella cuantos la conocen: «Quito, Escorial en los Andes», «Quito, Florencia de América», «Quito, arrabal del cielo». El quiteño agradece esos elogios y prefiere repetir complacido, como una plegaria, la vieja saeta en elogio y honor de su ciudad;

Después del cielo, Quito
y en el cielo, un huequito
para seguir mirando a Quito.

Capítulo VIII

PERSPECTIVAS URBANAS DE QUITO EN EL FUTURO

Hemos seguido a través de las páginas precedentes la milenaria biografía de la ciudad de Quito, desde su génesis hasta nuestros días. ¿Cómo avizorar su futuro? Si difíciles los pronósticos, no es menos cierto que a través de varios indicios podemos aventurar la conjetura de algunas posibles tendencias en su porvenir.

Crecimiento de la población

Ante todo, es indudable que Quito seguirá creciendo, porque a pesar de la disminución de sus tradicionales altas tasas de incremento poblacional, las corrientes migratorias provenientes del campo se acrecentarán. La Quito de 1990, cuyo censo demostró una población urbana que sobrepasa el millón de habitantes, aunque no confirmó la tendencia a duplicar su número en un lapso entre 20 y 25 años, muy probablemente llegará a tener, a comienzos del tercer milenio de nuestra era, dos millones de habitantes e inclusive algo más. Ojalá esa alta concentración no perjudique el ideal que acuñó uno de sus alcaldes, A. Pérez Intriago: «Quito, una ciudad para vivir.»

Se calcula que para el año 2.000 la población del Ecuador será de aproximadamente 13 millones de habitantes, de los que 6,5 millones vivirán en la costa, seis millones en la sierra y medio millón en la región amazónica. Guayaquil tendrá entre 2,5 y 3 millones de habitantes y seguirá siendo la primera ciudad de la República, seguida por Quito con las cifras conjeturales indicadas, mientras en Cuenca vivirán 500.000. La población urbana habrá superado más todavía a la rural. Las mujeres

serán algo más numerosas que los hombres. Y más del 50 % de la población tendrá menos de 25 años. La densidad promedial, que en 1990 fue de 34,5, será de 45 habitantes por kilómetro cuadrado, aunque en la región amazónica solamente será de 4,8 por kilómetro cuadrado. El crecimiento vegetativo, sin embargo, habrá disminuido ligeramente de 2,2 % anual en 1990 a 2 % anual, más o menos, al comenzar el siglo XXI.

Los proyectos concretos

Un incremento poblacional como el indicado acentuará los problemas, de modo particular en cuanto se refiere a servicios, y originará otros nuevos, desafío creciente a la capacidad de sus líderes. Ojalá todo ello no repercuta en el deterioro de sus valores y en la erosión de sus peculiaridades positivas. El reto, con sólo las necesidades actuales y la obvia preocupación por el futuro, ha determinado desde ahora la formulación de planes y la iniciación de su cumplimiento, particularmente en lo que se refiere a la provisión de servicios básicos, por ejemplo, agua potable —problema de siempre para Quito— y energía eléctrica.

Hay planes que aumentarán el caudal de agua, por ejemplo, el denominado proyecto «Noroccidente», que contempla el abastecimiento al sector del mismo nombre ubicado sobre la avenida Occidental —programada como límite urbano en las laderas inferiores del Pichincha, pero que fue sobrepasada en especial por las urbanizaciones clandestinas de la numerosa población migrante venida del campo a instalarse en la capital—. En ese sector, en los últimos años, se han formado barrios tales como Cochapamba, San Vicente, San Fernando, El Bosque, Bellavista Alta, Santa Ana, Mena del Hierro, San Enrique de Velasco y otros. La zona que servirá este proyecto —que contempla la línea básica, tres tanques rompepresión, una planta de tratamiento y otra hidroeléctrica, líneas de transmisión, cinco tanques y sus redes primarias y secundarias de distribución— comprende 603 hectáreas con una densidad promedio de 150 habitantes por hectárea y una población aproximada de 93.000 habitantes. Se espera que tenga una capacidad de 340 litros por segundo provenientes del río Mindo y las quebradas de Pichán, Santa Ana, Taurichupa y otras. Terminada en 1990, la primera etapa del proyecto «Papallacta», se prevé la realización de dos eta-

pas complementarias para mejorar la provisión de los sectores centro y norte de la ciudad, con la captación de 3.000 litros adicionales por segundo de los ríos Papallacta, Tumiquina y Blanco Chico. Pero con la vista fija en el 2000, la Empresa Municipal de Agua Potable se encuentra realizando ya los estudios previos para llegar a los diseños definitivos de otro proyecto, el «Tambo-Tamboyacu». Su objetivo es reemplazar el caudal proveniente del canal de Alumíes y satisfacer la necesidad de urgente ampliación de la planta de tratamiento de Puengasí. Se espera servir a una población adicional de 375.000 habitantes con un caudal de 1.500 litros por segundo, dos estaciones de bombeo y la línea de conducción respectiva. En fin, el proyecto «Quito Sur» aspira a captar las aguas del río Cinto y las vertientes del sector La Mica-Antisana para abastecer con 2.000 litros por segundo una superficie de 3 565 hectáreas aproximadamente, parte de la probable expansión urbana más allá de las actuales lindes meridionales [1].

En lo que se refiere a energía, la Empresa Eléctrica Quito, S. A., tomando como base la demanda máxima de potencia en 1989 que llegó a 270,7 MW, ha calculado para el año 1995 una demanda de 382 MW y para el 2000 estima que serán superados los 500 MW. En vista de ello espera realizar planes a corto y mediano plazo, sujetos al mejoramiento de la situación económico-financiera de la empresa y la contratación de suficiente financiamiento externo. Entre los planes en marcha se destaca el proyecto de trasvase del río Machángara, que tiene por objeto incrementar la generación de la central hidroeléctrica Nayón en aproximadamente 40 GWh por año; la construcción de 28 kilómetros adicionales de línea a 138 kilovatios para abastecer los requerimientos del Sector Norte y de otros seis kilómetros de líneas en 46 kilovatios. Adicionalmente, se prevén a corto plazo 21 kilómetros en 138 kilovatios y 20 kilómetros en 46 kilovatios, y a mediano plazo cinco kilómetros más en 138 kilovatios. Para 1995 se ha previsto la construcción de nuevas subestaciones y la ampliación de algunas existentes, para aumentar en 160 MVA(FA) la capacidad actual. Con la remodelación de ciertas redes existentes, además de las nuevas que se construirán, se espera llegar a 2.600 kilómetros que permitirán incorporar 79.500 nuevos abonados al servicio de energía eléctrica. También se aumentarán hasta 1995 28.000

[1] Comunicación personal del ingeniero Patricio Ribedeneira García, Director de la EMP-Q.

nuevas luminarias de alumbrado público. Para el año 2.000 se ha planificado la construcción de 2.600 kilómetros adicionales de redes de distribución para 128.000 nuevos abonados, y aumentar en 45.500 las luminarias. Asimismo, hasta fines del presente siglo se prevé construir la Subestación Calderón y la ampliación de varias de las ya existentes, para incrementar en 280 MVA(FA) la capacidad instalada. Del mismo modo se aumentará la capacidad de compra al Sistema Nacional Interconectado para alcanzar 460 MVA(FA) de potencia nueva [2].

Pese a estas proyectadas realizaciones, parece obvio que el gran problema es la imposibilidad de que Quito continúe expandiéndose sobre el eje norte-sur que ya abarca 40 kilómetros, mientras el este-oeste sólo alcanza de cuatro a seis kilómetros. Esta realidad es la que, precisamente, ha originado la expansión, clandestina primero, legalizada luego, de las laderas del Pichincha, hacia el oeste, y las colinas circundantes, hacia el este, así como la crisis del centro histórico y su deterioro con el hacinamiento y la tugurización de los viejos edificios coloniales. La solución que la necesidad ha ido imponiendo es la expansión todavía discontinua de la ciudad hacia los valles cercanos, donde siguen surgiendo nuevas lotizaciones y urbanizaciones en núcleos satélites, originando lo que a lo largo de esta década será la gran Conurbación de Quito, que comprenderá no solamente la actual ciudad sino también varias de las parroquias ahora rurales.

Justamente para ordenar el crecimiento de la ciudad en los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI, el municipio de Quito, bajo la administración del alcalde R. Paz, ha previsto el plan denominado *Quito Metropolitano,* que prevé un nuevo ordenamiento administrativo de la ciudad y líneas directrices fundamentales para la expansión de la urbe. Tanto dentro de ella como en las rutas de avance urbano sobre los valles vecinos (Los Chillos, Cumbayá-Tumbaco, Calderón, Pomasqui-San Antonio) se intensificará la ocupación poblacional en los espacios no edificados, mediante nuevas urbanizaciones, lo que significará un indudable aumento de la densidad. Se pretende también dirigir y regular la ahora indiscriminada construcción de altos edificios (seudorrascacielos).

[2] Comunicación personal del ingeniero Alfredo Mena Pachano, gerente general de la Empresa Eléctrica Quito.

Las necesidades de agilizar el tráfico motorizado obligará a construir, como en otras capitales, una Vía Perimetral, que superará las ya parcialmente construidas vías Occidental y Oriental, hoy periféricas al oeste y este de la urbe, pero que sin duda, dada la Conurbación que va forjándose, quedarán como rutas internas de descongestionamiento de la ciudad actual.

EL «QUITO PARALELO»

El abra del Machángara, particularmente en el sector en que dicho río separa Quito del acceso al valle de los Chillos, requerirá sin duda un tratamiento especial que obliga a la imaginación creadora de los técnicos urbanistas y expertos. La solución equivocada de simplemente rellenar quebradas, canalizando las aguas por bóvedas subterráneas convertidas en gran alcantarilla, deberá ser superada. Quizá grandes puentes deban tenderse de un lado a otro, habrá necesidad de arborizar y ajardinar taludes, efectuar obras de tratamiento de las aguas servidas para limpiar el ambiente y mejorar la calidad misma del río. Una de las pocas propuestas en este sentido es la del arquitecto M. Arias Salazar en 1980, denominada *Quito paralelo,* que incorporaría a la urbe la zona de Ilumbisí y las laderas orientales de Puengasí como una alternativa al desarrollo del Área Metropolitana de la capital. El proyecto consideró, en su momento, las tendencias de crecimiento de la densidad poblacional, con un alcance de hasta 20 y 30 años, es decir, ya con la mira puesta en los comienzos del siglo XXI, años 2000 a 2010. El *Quito paralelo* significaría la utilización, como nuevo núcleo satélite, de una zona muy cercana al Quito tradicional, aunque de muy baja densidad por estar separada de él por la parte más abrupta del abra del río Machángara, en su margen derecha, que la vuelve inaccesible. Arias consideró la necesidad de crear un nuevo eje de desarrollo para Quito, partiendo de un punto básico al pie de la barrera del Pichincha, en dirección oeste-este, que aliviara la fácil tendencia de crecimiento en el eje norte-sur, ya excesivamente alargado en torno a los 40 kilómetros, de manera que se ha vuelto cada vez más difícil el acceso desde los extremos al Centro Histórico, tradicional núcleo motor de la capital, con una alta densidad de 500 y más habitantes por hectárea. El *Quito paralelo* significaría crear una zona de descongestionamiento que proporcionaría vi-

vienda opcional, aún sin los altos costos de terreno, y cambiaría el desarrollo unilineal de la ciudad por otro de tipo radioconcéntrico. Siguiendo los clásicos patrones urbanísticos de la antigua Roma, Arias denominó *cardo* al eje actual norte-sur y *decumanus* al nuevo eje, de aproximadamente 10 kilómetros, que se crearía, perpendicular a aquél.

Esta nueva línea axial partiría de la avenida Occidental, al pie del Pichincha, a una cota de 2.940 metros, desde donde iría elevándose sobre la avenida Mariana de Jesús (cota de 2.834 m en el cruce con la avenida América) hasta la intersección de las avenidas Eloy Alfaro y República (cota de 2.711 m), continuaría sobre ésta para llegar a un costado del hotel Quito (cota de 2.840 m) y lanzarse sobre el Machángara (cuyo cauce se halla 200 m más abajo) que sería cruzado por un puente de 1.200 metros de largo para vincular la ciudad actual con el *Quito paralelo.* El proyecto requeriría, además del ya indicado puente, un monorriel elevado, integrado en un haz de ductos diferentes para tráfico vehicular mayor y menor, asentado sobre pilotes ubicados cada 50 metros en los parterres de las indicadas avenidas. El *decumanus* permitiría incorporar áreas que alberguen una población adicional de 250.000 habitantes. Este nuevo núcleo satélite vendría a añadirse a los que ya se encuentran en desarrollo en los Chillos, Cumbayá-Tumbaco, Calderón y Pomasqui. El plan de Arias concibe la conexión del monorriel a Ilumbisí con otro sistema similar de transporte periférico elevado que vincule, por las vías Oriental y Occidental actuales, los dos extremos del eje norte-sur, y no descarta la posible construcción futura de una línea básica de «metro», en el mismo sentido del eje mayor, con varias líneas complementarias, según una propuesta todavía considerada no factible hecha al municipio de Quito por una firma consultora japonesa [3].

El «Quito Metropolitano»

La ciudad del futuro, constituida por la gran Conurbación que incorporará los valles aledaños a la ciudad actual, requerirá, indudablemente, en un momento determinado, el diseño y la construcción de sistemas de transporte rápido, como el monorriel y el «metro», por ahora de difícil financiamiento, pero no imposibles. La propuesta japonesa bá-

[3] M. Arias S., *Quito paralelo,* Quito, 1980.

sica para el «metro» se extiende a lo largo de 16 kilómetros desde el actual aeropuerto hasta más allá de la Magdalena, tomando como ruta básica la actual avenida 10 de Agosto, con posibilidad de ampliarse por el norte a Carcelén y por el sur a Solanda, y prevé subestaciones cada 1.000 metros, por ejemplo, en Iñaquito, La Carolina, avenida Colón, parque de El Ejido, La Alameda, etcétera.

El nuevo aeropuerto parece una necesidad impostergable por cuanto el actual se encuentra ya totalmente rodeado por la urbe moderna, al norte de Quito. Se han diseñado los estudios básicos y han avanzado las expropiaciones de terreno para ubicarlo en la gran planicie de Caraburo. Su construcción significará el inmediato desarrollo de las antiguas parroquias rurales de «las cinco leguas», según la denominación del siglo XVI, de Cumbayá, Tumbaco, Puembo, Pifo, Tababela y Yaruquí, y exigirá ampliación y mejoramiento de la actual vía, ya pavimentada, que seguramente se convertirá en autopista de varios carriles.

El plan del Quito Metropolitano, elaborado en la administración municipal del alcalde R. Paz, contempla una nueva estructura administrativa que, si es aprobada por el Congreso, pues requiere reformas a la Ley de Régimen Municipal vigente, sin duda acentuará el desarrollo de nuevos polos urbanos satélites dentro de la gran Conurbación quiteña, regidos por autoridades municipales elegidas en cada uno de ellos, pero subordinadas al sistema municipal capitalino presidido por el alcalde de Quito. Es posible, entonces, que en la provincia de Pichincha se creen nuevos cantones, uno de ellos para la zona noroccidental, al otro lado del Pichincha, que se desarrolla más conforme nuevas vías de comunicación son construidas para incorporar esas feraces tierras, antes selva virgen no obstante su cercanía a Quito. Allí aumentarán en población e importancia las parroquias de Nono, Gualea, Pacto, Mindo, Nanegal, Los Bancos, Puerto Quito. Con toda seguridad la vía principal que parte de la capital será mejorada y pavimentada y constituirá la ruta más corta y preferente para ir, en apenas cuatro horas, desde Quito hasta Esmeraldas y los balnearios playeros de Atacames, Súa, Same y Muisne, en el litoral del océano Pacífico.

La creciente población y desarrollo de Santo Domingo de los Colorados, el último cantón creado hace un par de décadas en la provincia de Pichincha, ha comenzado a presionar para obtener que se eleve esa circunscripción a la categoría de nueva provincia, igualmente llamada de Santo Domingo de los Colorados (por la antigua etnia indígena, en

proceso de extinción, caracterizada por el pigmento rojo de origen vegetal, a base de «achiote» —*Bixa Orellana L.*—, con que se arreglaban sus cabellos, lo que motivó el nombre con que se les conoce, aunque ellos mismos se llaman *satchilas*). El proyecto de provincialización ha encontrado múltiples y poderosas oposiciones por cuanto significa desmembrar sectores de las actuales provincias de Esmeraldas, Manabí, Guayas, Cotopaxi y particularmente Pichincha, aunque es problable que las presiones aumenten con el transcurso del tiempo.

Los riesgos

Otro reto lo constituyen los peligros permanentes que se han manifestado como una constante histórica en la vida de Quito, el primero de ellos referente a los sismos, tanto de origen volcánico (es una de las zonas de más alta concentración de bocas de fuego en el planeta), cuanto tectónico. Para afrontarlo se va conformando un sistema de constante monitoreo mediante sismógrafos e inclinómetros en torno al Pichincha y al Cotopaxi, dos volcanes activos que de tiempo en tiempo parecen reactivar sus fumarolas y bramidos. Atendiendo a la resolución de la ONU que declaró «Década de la prevención de los reisgos naturales» los últimos 10 años del siglo XX, la Defensa Civil del Ecuador ha previsto una serie de actividades para este lapso, particularmente intensas para Quito, con la cooperación de la Policía Nacional, el Cuerpo de Bomberos, la Cruz Roja y la coordinación de organismos como el Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional, el Instituto Nacional de Hidrología y Meteorología (INERHI) y el Instituto Nacional de Minería (INEMIN), así como de escuelas, colegios y medios de comunicación social. La evidente actividad volcánica de la hoya de Quito y la influencia tectónica que sobre el Ecuador ejerce la placa de Nazca convierten a todo el país, y en particular a su capital, en región de alto riesgo (una de las cinco más peligrosas del continente americano), y la historia en efecto ha demostrado cuántas veces ha debido sufrir terremotos, erupciones, inundaciones, aluviones, derrumbes, deslaves y hundimientos del suelo. El gobierno de Italia coopera con los organismos ecuatorianos en el proyecto «Mitigación del Riesgo Volcánico en el Área Metropolitana de Quito».

La polución es otro riesgo que, como a toda gran conurbación,

amenaza a Quito, y aunque el rumbo de los vientos provenientes del noreste y del sureste parecería asegurar la limpieza de la atmósfera ecuatorial de Quito, la imponente mole del Pichincha es una barrera que retarda la evacuación de la capa de aire contaminado que empieza a observarse sobre la capital, aunque todavía levemente, y que exige la pronta toma de medidas para evitar que este peligro aumente.

La deforestación de los montes circundantes ha continuado, por desgracia, sobre todo debido a la acción de poderosos empresarios de la propiedad inmobiliaria, por una parte, que con todos los permisos legales necesarios, a veces mañosamente obtenidos, van sobrepasando continuamente la cota de construcción autorizada y atentando contra el bosque protector que, de acuerdo con las regulaciones municipales y nacionales pertinentes, debe cubrir el anfiteatro de montañas y colinas que rodea a Quito; y por otra parte, la misma actividad realizan las clases depauperadas, en especial inmigrantes campesinos que llegan a la ciudad y que, en forma clandestina, se apoderan de terrenos cubiertos por el bosque protector, en las laderas del Pichincha, al oeste, y en las colinas circundantes, al este, realizando lotizaciones donde alzan sus construcciones precarias, carentes de servicios, fuente de difíciles y múltiples problemas para los afanes de ordenamiento que procura cumplir el municipio de Quito.

La Fundación «Natura», de carácter privado, lleva adelante campañas persistentes para atenuar este peligro, y si toda la ciudadanía cooperara y ciertos funcionarios de la propia municipalidad no fueran lamentablemente proclives al soborno, o a la inercia cómplice —fenómeno deplorable que sufren todas las ciudades del mundo—, Quito podría triunfar en el empeño de mantener su entorno de verdes montañas y colinas, una de las características de su renombre. Algo palia este mal el sistemático afán edilicio por arborizar las nuevas avenidas urbanas creadas por el desarrollo de la ciudad en los últimos años, y la nueva política de parques puesta en marcha con la cooperación de la empresa privada para cuidar, mejorar y arborizar los existentes y crear otros nuevos como en Bellavista.

La construcción inadecuada es, en fin, otro peligro que atenta contra el futuro de Quito y se manifiesta en tres órbitas distintas pero coincidentes en el daño que causan: por una parte, la construcción precaria y antitécnica, con materiales perecederos que difícilmente soportan los riesgos ya anotados, tan presentes en la vida de Quito, realizada por las

clases depauperadas que migran a la ciudad; el deliberado abandono de las casas del Centro Histórico, por parte de algunos propietarios que de ese modo esperan que la ruina que las amenaza se haga realidad y las construcciones se vengan abajo, para poder levantar en los solares (que hasta tanto serían transformados en lugares de aparcamiento de vehículos) nuevas edificaciones que les permitan mayores rentas, pastiches disfrazados de «estilo colonial» pero estructurados internamente de tal manera que generen ingresos mayores facilitando un inadecuado aumento de la densidad tolerable; y, en fin, la peligrosa e irresponsable edificación capitalista, incrementada por el «boom» petrolero, de altos bloques de hasta 20 pisos, particularmente en ciertas zonas del norte de la capital (por ejemplo en la avenida González Suárez, al borde de una de las riesgosas fallas geológicas de la ciudad; y en «El Bosque», en las peligrosas laderas del Pichincha, proclives de modo especial a los estertores y corcoveos del volcán), construcciones realizadas por empresarios y profesionales que han traspasado indebidamente la avenida Occidental y han desoído la voz de la técnica y la experiencia, poniendo en riesgo, tras adecuada propaganda de comercialización, a cuantos se han dejado llevar de la novelería y el afán de enclaustramiento en guetos sociales que caracteriza a las clases opulentas, y han adquirido departamentos en propiedad horizontal en tales edificios por lo general sin particular belleza ni siquiera arquitectónica. También corren riesgo muchas construcciones de seudorrascacielos en la «Mariscal Sucre», «La Carolina» e «Iñaquito», por estar asentadas sobre áreas que hasta hace pocas décadas fueron pantanosas y que durante milenios fueron lagunas originadas por los deshielos pleistocénicos. Similar es el riesgo en el sur de Quito, particularmente en las zonas de las urbanizaciones «Mena I y II», Solanda y Turubamba, levantadas asimismo sobre la antigua laguna igualmente pleistocénica de ese sector. Ojalá ninguno de los posibles riesgos señalados llegue a convertirse en dolorosa realidad.

De todos modos, Quito seguirá siendo uno de los centros turísticos más importantes y atractivos de Sudamérica, característica que sin duda aumentará. La declaratoria de la capital ecuatoriana como «Patrimonio Cultural de la Humanidad» ha permitido que el apoyo internacional (de países amigos y organismos intergubernamentales) ayude a la restauración de sus monumentos afectados por los últimos flagelos. El propio Estado ha tomado conciencia de sus obligaciones y ha creado la Dirección Nacional del Patrimonio Cultural, dependiente del Gobierno cen-

tral, y la Dirección Municipal de Salvamento, así como la Comisión del Centro Histórico, a cargo del ayuntamiento capitalino, organismos que administran el denominado Fondo de Salvamento alimentado por donaciones de varios gobiernos amigos, diversos organismos internacionales y empresas privadas. Pronto se terminarán las obras de restauración de las iglesias de San Francisco, La Compañía, La Merced, Santo Domingo, San Roque, Santa Bárbara y otras afectadas por el sismo del 5 de marzo de 1987. Museos, archivos y bibliotecas continúan sus planes de mejoramiento y mejor servicio público. Quito, entonces, así lo esperamos, mantendrá su nombradía y continuará invitando a que la visiten personas de buena voluntad provenientes de los cuatro puntos cardinales, que tal parece haber sido siempre una de sus características.

Los perdurables elogios

Con toda seguridad seguirá Quito cosechando los encendidos elogios de cuantos sientan su peculiar e inigualable encanto a pesar de reconocer sus problemas. Sería larga una antología, aun somera, por lo que, sólo a modo de muestra, recordemos lo que han dicho de ella una alta figura de América, dos diplomáticos españoles que se enamoraron de la ciudad andina, un crítico de arte de reconocida memoria, un urbanista que quiso trazarle rutas de ordenado desarrollo, todos ellos extranjeros, y un fraile poeta franciscano nativo de las propias regiones ecuatoriales.

El doctor Joaquín Balaguer, seis veces presidente de la República Dominicana, fue ministro plenipotenciario de su país en el Ecuador, al comienzo de su carrera pública, y ya casi al final de ella escribió sus célebres *Memorias...,* donde dejó constancia de sus recuerdos sobre nuestra capital. Quito —dice— es una de las ciudades del mundo que «produjo mayor impresión en mi espíritu y sacudió más intensamente mis sentimientos...». El Pichincha

> se extiende sobre la ciudad que descansa a las faldas del volcán como un águila caudal al pie de un pico ingente. El cerro augusto, con su corona de nubes, mantiene encendida en la población la imagen de la jornada épica... Quito, que tiene perennemente ante los ojos la figura de lo heroico representada por la cúspide impasible de su volcán tutelar, vive con el alma perpetuamente rasgada por relámpagos marciales...

> La idea de lo sobrenatural está presente en la atmósfera, las calles que ascienden en línea recta como caminos abiertos al cielo, la pureza de sus mañanas de diamante y las campanas que a la hora del atardecer vuelan sobre la ciudad como aves melodiosas... La Plaza de San Francisco... es uno de los rincones más bellos del mundo... La suprema belleza que emana de este rincón egregio, mitad foro democrático y mitad tribunal del Santo Oficio, no tiene igual en América...

La emoción no impide a Balaguer el juicio crítico: «Lo que más profundamente nos impresiona en Quito es el contraste que existe entre la suntuosidad de las iglesias y la pobreza de la población indígena...» Pero al punto continúa el madrigal:

> Quito es de las pocas ciudades de América que conservan vivo su pasado... La Plaza de la Independencia es una joya prendida en el pecho... casi en el centro como en el corazón...
>
> Un museo —concluye el presidente Balaguer— no es otra cosa que una ciudad habitada por inmortales de piedra. Quito, una de esas ciudades de las cuales sólo hay seis o siete en el mundo, es un museo poblado por hombres de carne y hueso que respiran y se mueven entre sombras centenarias... [4].

Ernesto La Orden Miracle fue, en su juventud, secretario de la Embajada de España en el Ecuador y publicó en Madrid su bello libro *Elogio de Quito,* editado suntuosamente por el Instituto de Cultura Hispánica, primero con bellas fotografías en blanco y negro sobre sus paisajes, edificios y monumentos, y luego a todo color. Llamó a Quito «puerta del cielo», y entre los hermosos poemas en prosa que le dedica, el inicial se llama «Elogio de la luz y del emplazamiento de Quito».

> Cuando se vive permanentemente a más de 2.800 m de altura no es exagerado pensar que se está a las puertas del cielo —dice—. La capital del Ecuador se halla en un alto valle interandino, a tres kilómetros sobre el nivel del mar, y en verdad que es una ciudad cuasi celeste, antesala o zaguán del paraíso. Esas grandes nubes redondas, blancas y esponjosas como copos de algodón, que parecen insustituibles para representar a los bienaventurados, tienden en el aire de Quito su decoración todos los días, bogan por el azul empíreo más intacto y se traspasan con los rayos puros de un sol acabadito de acuñar. Las mañanas quiteñas tienen toda la gloria de la alborada del Génesis, cuando Dios decidió crear el mundo

[4] J. Balaguer, *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo,* Santo Domingo, 1988, pp. 339-343.

> después de pronunciar el «Fiat Lux»... Jamás se ha construido una ciudad sobre un suelo más atormentado, aun sin contar con los temblores que eran frecuentes por aquellos días. El tablero de ajedrez, con espaciosas plazas y derechas calzadas, se trazó en realidad casi en el aire. Ocultas arquerías cabalgan las quebradas y hay desniveles de cien metros en ocho o diez cuadras de edificación. Trepando osadamente sobre las faldas de su volcán, Quito parece un «belén» de nuestras navidades hogareñas, con sus casitas aupadas unas sobre otras, su río de lavanderas y de guijas, su cascada de «La Chorrera», casi colgada del cielo y sus indios vestidos de encarnado, pastorcitos de barro y bermellón. ¡Ah, las iglesias de Quito, verdaderamente dignas del cielo!... [5].

Otro español enamorado de Quito, diplomático también, es el conde Ignacio de Urquijo, quien como embajador de España en el Ecuador recorrió el país de canto a rincón y aun repitió la hazaña de Orellana al recorrer el Napo y el Amazonas. Pero de todo el país, nada le asombró tanto como Quito, a la que en varias ocasiones exaltó con palabras de emocionado aliento:

> Sobre las ruinas de los fastuosos templos, dedicados otrora al culto del Sol y de la Luna —exclama— surgió a impulsos de la raza hispano-americana la nueva ciudad de San Francisco de Quito. Quito, la ciudad sin sombras. Quito, la ciudad limpia de blasfemias. Quito, la antesala del cielo. Quito, relicario de arte, en donde no se sabe qué admirar más, si ese su barroco, único en el mundo, en el que los pámpanos y las flores españolas que adornan sus columnas, se ven enriquecidas por elementos autóctonos de la flora y de la fauna tropicales, o esas callejuelas, tortuosas, empedradas, zigzagueantes, típicamente andaluzas, con mansiones señoriales, rejerías, faroles y patios por donde discurren libres las aguas cristalinas del volcán muerto del Pichincha... [6].

El marqués de Lozoya llama a Quito «ciudad con ángel» y en uno de sus estudios críticos sobre el arte hispanoamericano afirma que

> las imágenes que se llaman «de Quito»... se reparten profusamente por América y llegan a las islas Canarias y a la misma España peninsular. Pero, para que rindan su máximo efecto, es preciso contemplarlas integrando los fabulosos conjuntos de las capillas ecuatorianas, entre columnas torsas cubiertas de racimos y de guirnaldas, entre yeserías polícromas en las que se confunden el barroco y el mudéjar en síntesis de fastuosi-

[5] E. La Orden Miracle, *Elogio de Quito,* Madrid, 1950, pp. 15-16.
[6] *Arte colonial quiteño,* Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1965.

> dad indescriptible, entre fragmentos de espejo que multiplican el efecto del oro y de los colores. Las iglesias de Quito, grutas encantadas que cobijan a las santas imágenes entre el revuelo de ángeles innumerables, son algo de lo más asombroso que hayan nunca inventado los hombres [7].

El urbanista uruguayo Jones Odriozola, que diseñó el primer Plan Regulador de la ciudad, no pudo sustraerse al encanto de la capital ecuatoriana:

> El primer golpe de vista y la emoción que se siente apenas se transita por entre las viejas piedras de la ciudad —anota— nos pone de manifiesto que San Francisco de Quito posee el conjunto de valores histórico-arquitectónicos más interesantes de toda Sud América. Ante esa realidad no contada por los hombres, sino emanada de las mismas piedras que, sumándose y encaramándose unas sobre otras han formado atrios, torres, claustros los más hermosos de las tierras de Sud América, surge una conclusión inmediata para el estudioso arquitecto-urbanista: la ciudad que posee un acervo histórico-arquitectónico tal, debe cuidarlo y conservarlo a toda costa con la más fuerte de las enterezas y la más sagrada de las decisiones... Quito, al igual que algunas pocas ciudades europeas, posee en una superficie urbana relativamente pequeña las joyas más preciosas que rodaron de la corona arquitectónica de España hacia las tierras de Sud América. La catedral, El Sagrario, La Compañía, San Francisco, La Merced, El Tejar, San Agustín y Santo Domingo forman un rosario precioso cuyas cuentas están unidas por distancias pequeñas. En mi concepto, lo más hermoso sería hacer del transitar entre esos monumentos una especie de deambular dentro de un museo... Algo así como el caminar en Florencia, desde la Piazza de la Signoría, junto al Palacio Vecchio, luego por la Galeria degli Ufizzi, llegar al Arno, pasar el Ponte Vecchio e ir remontando la calle que sube por entre escaparates de anticuarios y palacios y llega al Palacio Pitti en la altura... [8].

En otro libro que recoge testimonios gráficos de la ciudad, denominado *Quito eterno,* fray Agustín Moreno Proaño, un franciscano conocedor como pocos de los secretos y encantos de la ciudad consagrada al Poverello de Asís, culmina con estas saetas su encendido amor a la milenaria urbe ecuatorial:

[7] *Arte colonial quiteño,* Madrid, 1965.

[8] G. Jones Odriozola, «Nociones urbanísticas y su relación con la ciudad de San Francisco del Quito», *Gazeta Municipal,* Año XXVII, núm. 102, Quito, 1942, pp. 98-106.

> Quito, novia del sol, mestiza de cielo y tierra, fuerte como la piedra y estremecida como el agua, pródiga en la oración y el sentimiento, tachonada de oros y gemas, quedas en las pupilas de los hombres y en la sonrisa de Dios. Quedas... con toda tu hermosura y uno que otro lunar de obligadas ausencias. Quedas como una invitación y un testimonio, como un salmo seráfico y un clamor de centurias. Quedas como la perla que destella en la concha y que engendra el deseo de gozarla mejor. Urgida en la vehemencia de patéticos fuegos, conjugas el prodigio de tus pétreas columnas, atormentadas de altura, con el manso rumor de tus calles estrechas... Dejas que la sorpresa de tus encantos múltiples se nos entre en el alma y nos agobie el ansia de cantarte y amarte. Ciudad artesonada de nubes en el amplio horizonte de tus cielos azules. Ciudad donde se emula la riqueza de Dios. ¡Dios te bendiga siempre, Quito eterno, en belleza y en paz! [9].

Y así como los prosistas la han ensalzado, también los poetas en afiligranado salterio de versos cuya mención, por sintética que fuera, sería cuento de nunca acabar. Y a su vez, los pintores, desde Miguel de Santiago hasta Guayasamín, se han deleitado en reproducir sus perfiles, montañas, monumentos, plazas y callejas. ¡Quito en la poesía y en las artes plásticas: qué reto para noble ensayo de un cultor de las buenas letras! En la imposibilidad de afrontarlo, pero a manera de testimonio y resumen, permítaseme terminar con uno de mis escritos juveniles en honor de mi ciudad:

Alabanzas de Quito y su destino

Aquí, al pie del volcán mítico que como un dios tutelar y legendario custodia nuestra independencia, bajo las constelaciones de los dos hemisferios que aprendieron a conocer los aborígenes desde el principio mismo de la Patria, rodeado de montañas y besado por los vientos del Ande, Quito vive, sueña, lucha y avanza.

Circundada de sol y tempestades, su historia guarda el secreto de la libertad, el amor a la cultura, la custodia firme del derecho y el ademán fraternal de los brazos tendidos en llamamiento eterno a la paz: Quito abraza al mundo con la fuerza inacabable de la Línea y llama a la América con los brazos fuertes de la cordillera.

[9] H. Merino V. y A. Moreno P., *Quito eterno,* I, Ediciones Paralelo Cero, Quito, 1975, p. 352.

Su posición geográfica es misteriosa y augural: Quito es el corazón de una cruz que los Andes y el Ecuador terrestre forman sobre el mapa de nuestro Continente: Quito es una Ciudad Cruzada.

Ciudad con destino y vocación, codiciada desde toda la vida, nunca se ha dejado vencer, porque cuantas veces la invadieron ella cautivó a sus conquistadores con la gracia de su sonrisa, la pasión de su espíritu, el misterioso imán de sus entrañas y les contagió de humanidad, fuerza interior y clara luz.

No es Quito la capital de un país omnipotente, grande en extensión territorial, dominador en la economía imperialista, hercúleo en los amenazantes ejércitos, pero es la capitana de un pueblo de inagotable valor cultural, perpetuo amor a la justicia y al derecho, fiel adhesión a los valores del espíritu.

Aquí llegaron en son de guerra y conquista, durante el largo amanecer de la prehistoria, desde el Norte y el Sur, desde el mar de Poniente y las selvas de Levante, cien pueblos aborígenes cuyos vestigios no acabamos de descifrar, pero que aquí se mezclaron unos y otros para hacer el substráctum étnico de la Patria. Quito es, por eso, como Atenas y Roma y Toledo y Lutecia, lugar de encuentro de razas, centro de fusión de sangres, campo propicio para el contacto de culturas disímiles y la gestación de síntesis más alta, palestra para la superación y vuelo de las artes. Maestros en la alfarería, artífices en la metalurgia del oro y la plata, nuestros indios prehistóricos supieron unir los dos metales y trabajar con ellos y el platino y hacer una orfebrería que todavía asombra.

Aquí vinieron los incas con poderoso y agresivo empuje: nadie en todas las tierras por ellos conquistadas les hizo frente con más amor por su libertad que nuestras tribus. Y cuando Huayna Cápac avasalló a los Quitus, tras largos años de rudo batallar, su corazón guerrero quedó en cautiverio por el amor de una princesa india que le dio por hijo a uno de los más altos monarcas que vieron los anales del Universo, Atahualpa, el reivindicador de la quiteñidad, que no pudo gozar de su victoria porque el rayo de la tragedia abatió aquel roble poderoso en Cajamarca.

Aquí llegaron los españoles y al mezclarse con la raza quiteña, en vez de añorar el retorno a la Península soñaron hacer una Patria libre: cuando las luchas civiles entre los conquistadores, allá por 1544, pensaban ya que este Reino de Quito debía tener soberanía propia. Más aún, en la mañana misma del Período Hispánico de nuestra historia, hacia

1592, cuando la Revolución de las Alcabalas, ya hablaban de la Patria por primera vez en nuestro Continente. Mas no por ello perdían, aquellos remotos precursores, el amor y el orgullo simultáneos de su castellanía irreductible.

Aquí llegaron los pintores, escultores y arquitectos europeos y en vez de limitarse a enseñar a los indígenas, aprendieron a su vez de ellos y les cedieron al final la maestría, proclamando para esta ciudad la fama imperecedera con que hasta hoy se aureola.

Aquí admiraron los sabios académicos franceses, terciado el siglo XVIII, y el Barón Alejandro de Humboldt, a comienzos del XIX, bibliotecas que no habían encontrado en otros lugares de América.

> Algo ha de haber habido en aquel país, dice el historiador mexicano Carlos Pereyra, cuando de allí salieron el más formidable de los agitadores americanos, el más eminente de los oradores políticos que el Nuevo Mundo envió a España, y uno de los más excelsos poetas,

aludiendo así a Espejo, Mejía Lequerica y el guayaquileño José Joaquín Olmedo [10].

Aquí, pues, aquel indio admirable, Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, soñaba en la Independencia de América mientras Miranda, sin concretar todavía sus futuros planes autonomistas, recorría de país en país el Viejo Mundo, y hacía nuestro protomédico el elogio de Quito, sentando las bases de la «quiteñidad» o el «quiteñismo», que era como hablar de un justo sentimiento nacionalista casi un siglo antes de que surgieran en Europa las modernas tendencias nacionalistas de las grandes potencias.

Aquí se proclamó el primer gobierno independiente de Hispanoamérica en 1809, y en nuestra Constitución de 1812 fueron anticipados los ideales democráticos de las Cortes de Cádiz, y se izó la primera bandera republicana en cuyos pliegues murieron envueltos los mártires patriotas vencidos en la batalla de San Antonio de Ibarra.

Aquí estuvieron Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, al mando de los ejércitos libertadores, y también ellos doblegaron sus almas al amor quiteño.

Aquí, en esta ciudad, donde la Libertad y la Cultura y la Fe resplan-

[10] C. Pereyra, *Breve historia de América,* Editorial Ziz-Zag, Santiago de chile, 1946, p. 347.

decen y brillarán siempre, vibró desde el día mismo de su fundación el sutil, el vigoroso, el dulce hálito de la poesía. Con razón, pues, el jesuita Mariano Andrade, en el siglo XVIII, la definía como

esa ciudad donde el cielo
gastó todos sus aliños
como si plantase allí
el terrenal paraíso.

¿Y quién habrá sido el autor de ese dulce micrograma anónimo que hace la mejor alabanza de nuestra amada ciudad al decir:

Después del cielo, Quito;
y en el cielo un huequito
para seguir mirando a Quito?[11]

[11] J. Salvador Lara, *Quito en la poesía del Período Hispánico, discurso de incorporación a la Academia Ecuatoriana de la Lengua,* Quito, 1970.

APÉNDICES

dorera y brillante siempre, vibró desde el día mismo de su fundación el sonido, el vigoroso, el dulce batir de la poesía. Con razón, pues, el jesuita Mariano Andrade, en el siglo XVIII, la definía como:

[illegible]

[illegible] el señor [illegible] que tiene la [illegible] al decir:

[illegible]

[illegible]

CRONOLOGÍA

13000 a.C.		Tallas de Ilumbisí en madera
7080 a.C.		Herramientas líticas de El Inga
5000 a.C.		Punta de proyectil de basalto de Quito
2010 a.C.		Aldea formativa de Cotocollao
900 a.C.		Sitio formativo de Toctiuco
500 a.C.		Población aborigen de Cumbayá y asentamientos quitus en las laderas del Pichincha
900		Tolas caras de Cochasquí
1480		Los caras resisten a Túpac Yupangui, quien funda Quito
1500		Resistencia de los caras a Huayna Cápac. Nace Atahualpa
1526		Bartolomé Ruiz descubre la costa ecuatoriana
1528		Muerte de Huayna Cápac. Atahualpa, rey de Quito
1531		Francisco Pizarro recorre la costa ecuatoriana
1532	15 de noviembre	Pizarro captura a Atahualpa en Cajamarca
1533	16 de julio	Ejecución de Atahualpa en Cajamarca
1534	febrero	Benalcázar inicia su campaña sobre el Quito, resistencia de Rumiñahui
	junio	Primera entrada de Benalcázar en Quito
	15 de agosto	Fundación de Santiago de Quito
	28 de agosto	Fundación *de iure* de San Francisco de Quito por Almagro en Riobamba
	6 de diciembre	Fundación efectiva de San Francisco de Quito al pie del Pichincha por Sebastián de Benalcázar
	20 de diciembre	Traza de la villa de Quito

1535	5 de enero	Fray Jodoco Ricke funda el monasterio franciscano de Quito, cuya edificación dura hasta 1697
	25 de junio	El Cabildo de Quito deja constancia de la ejecución de Rumiñahui y otros líderes de la resistencia aborigen
	25 de julio	Primera fundación de Guayaquil por Benalcázar
1537		Comienza la edificación de la iglesia y convento de La Merced, obras que duran hasta 1736
1538	25 de julio	Fundación definitiva de Guayaquil por Orellana
1539	20 de noviembre	Francisco Pizarro crea la gobernación de Quito para darla a su hermano Gonzalo
1541	14 de marzo	El emperador Carlos V eleva Quito a ciudad y le otorga escudo de armas. Comienza la edificación de la iglesia y convento de Santo Domingo, con obras que duran hasta 1650
1542	11 de febrero	Descubrimiento del río Amazonas por Orellana en expedición que parte desde Quito dirigida por Gonzalo Pizarro
1545	8 de enero	Quito erigido en obispado por el papa Paulo III
1546	18 de enero	Batalla de Iñaquito y muerte del I virrey del Perú Blasco Núñez de Vela
1552		Los franciscanos fundan el colegio de San Juan Evangelista
1556	14 de febrero	Carlos V otorga a Quito estandarte real
1557	12 de abril	Fundación de Santa Ana de los Ríos de Cuenca
1560		Se consolida el establecimiento de los obrajes
1563	29 de agosto	Felipe II erige la Real Audiencia y Presidencia de Quito bajo la jurisdicción del virrey de Lima
1565		Se principia la construcción del Hospital de la Misericordia
1566	17 de octubre	Erupción del Pichincha; lluvia de cenizas.
1570		Se inicia la producción de cacao en la cuenca del Guayas

1573		Principia la construcción de la iglesia y convento de San Agustín, con obras que prosiguen hasta el siglo XVIII
1575	8 de setiembre	Nueva erupción del Pichinca
1581	17 de noviembre	Los dominicos comienzan la enseñanza del quichua
1582	11 de julio	Otra vez erupciona el volcán Pichincha
1583		Conspiración de Miguel de Benalcázar
1587	28 de agosto	Terremoto en Quito, provocado por nueva erupción del Pichincha. Comienza la construcción del Santuario de Guápulo.
1592	15 de agosto	Principia la Revolución de las Alcabalas, con varios motines que duraron hasta el año siguiente
1603		Los agustinos fundan la Universidad de San Fulgencio
1605		Principia la construcción de la iglesia de La Compañía, con obras que se realizan hasta 1765
1610		El presidente Fernández de Recalde comienza la construcción del Palacio de Gobierno
1622		Los jesuitas fundan la Universidad de San Gregorio
1633	10 de junio	El presidente Morga recopila las *Ordenanzas de Quito*
1645	26 de mayo	Muerte de santa Mariana de Jesús
1688		Los dominicos fundan la Universidad de Santo Tomás de Aquino
1704		Consolidación del régimen de haciendas iniciado en el siglo XVIII
1717	27 de mayo	Supresión de la Audiencia de Quito cuyo territorio pasa a la jurisdicción del virrey de Santa Fe de Bogotá
1720	18 de febrero	Restablecimiento de la Audiencia de Quito que vuelve a la jurisdicción del virrey de Lima
1727		Construcción del Arco de la Reina
1734	30 de noviembre	Terrible erupción del Cotopaxi. Plano de la ciudad de Quito por Alcedo
1736		Llegan a Quito los académicos franceses

1739	29 de agosto	La Audiencia de Quito pasa definitivamente a depender del virrey de Santa Fe de Bogotá
1742	15 de junio	Reinicia sus erupciones el Cotopaxi
1750	25 de abril	Grandes temblores en Quito, muy destructivos. Se imprime en Madrid el mapa de Quito por Pedro Vicente Maldonado
1754	25 de octubre	Llega a Guayaquil la primera imprenta, instalada inicialmente en Ambato y trasladada a Quito en 1759
1755	27 de abril	Destructivo terremoto en Quito
1765	22 de mayo	Revolución de los Estancos
1767	20 de agosto	Expulsión de los jesuitas quiteños
1789	15 de marzo	El padre Juan de Velasco termina en Faenza su *Historia del reino de Quito*
1791	23 de noviembre	Inauguración de la «Sociedad Patriótica de Amigos del País»
1792	5 de enero	Aparición del primer periódico *Primicias de la Cultura de Quito,* dirigido por Espejo.
	29 de setiembre	El obispo Pérez Calama deja Quito rumbo a México.
1794	11 de setiembre	Muerte del conde de Casa Jijón, promotor del progreso de Quito
1795	27 de diciembre	Muerte del doctor Eugenio Espejo, precursor de la independencia americana.
1797	4 de febrero	Gran terremoto que destruye Riobamba y afecta a otras ciudades inclusive Quito
1802		Llega Humboldt a Quito
1804		El presidente Carondelet inicia el templete y pretil de la catedral
1807	10 de agosto	Muerte del barón de Carondelet, presidente de la Audiencia de Quito y promotor de su progreso
1808	25 de diciembre	Conspiración independentista en la hacienda de Chillo Compañía
1809	10 de agosto	Revolución de Quito, deposición de las autoridades españolas y creación de la Junta Soberana de Quito con autoridades íntegramente criollas
1810	2 de agosto	Fracasada la Junta Independentista y presos sus dirigentes, 32 de ellos son asesinados en las mazmorras del Cuartel Real

1811	11 de diciembre	Reestablecida una nueva Junta gubernativa los patriotas proclaman solemnemente la independencia de España
1812	15 de febrero	Constitución política del Estado de Quito. El obispo Cuero y Caicedo, presidente del Estado de Quito,
	8 de noviembre	Batalla del Panecillo. El general español Toribio Montes reconquista Quito, defendida por Carlos Montúfar. Éxodo patriota hacia el norte
	27 de noviembre	Derrota de los patriotas en San Antonio de Ibarra
	8 de diciembre	Cae Ibarra en poder del general Montes
1815	9 de octubre	Muere desterrado en LIma monseñor Cuero y Caicedo, obispo-presidente de Quito
1816	31 de julio	Es fusilado en Buga el general Carlos Montúfar, principal líder militar de la Revolución de Quito
1820	9 de octubre	Revolución de Guayaquil
	3 de noviembre	Revolución de Cuenca
1822	21 de abril	Triunfo de la caballería patriota en Riobamba
	24 de mayo	El general Antonio José de Sucre triunfa en la batalla del Pichincha que sella la independencia del Quito
	29 de mayo	Incorporación de Quito a la Gran Colombia
	16 de junio	El general Simón Bolívar, libertador y prsidente de la Gran Colombia, llega a Quito por primera vez
	26 de julio	Entrevista de los generales Bolívar y San Martín en Guayaquil
1823	17 de julio	Batalla de Ibarra. Bolívar vence al realista Agualongo.
1827	6 de noviembre	Bolívar reorganiza la Universidad Central de Santo Tomás de Aquino
1830	27 de marzo	Los padres de familia de Quito piden a Bolívar venga a radicarse en el Ecuador
	13 de mayo	Instauración del Estado del Ecuador al quedar disuelta la Gran Colombia
	4 de junio	El mariscal Sucre es asesinado en las selvas de Berruecos por orden del general José María Obando

	14 de agosto	Se reúne en Riobamba la Primera Asamblea Constituyente del Ecuador
	24 de setiembre	Quito es proclamada capital de la República
	17 de diciembre	Muere el Libertador Bolívar en Santa Marta
1832	12 de mayo	Comienza a publicarse *El Quiteño Libre*, periódico de oposición al general Flores
1835	19 de abril	Entra en Quito Vicente Rocafuerte e inicia su constructiva presidencia
1849	13 de enero	Pío IX eleva a arzobispado la diócesis de Quito
1851	25 de julio	Abolición de la esclavitud
1853	13 de setiembre	Erupción del Cotopaxi
1859	22 de marzo	Terremoto en Quito. Caen las torres de las iglesias
1860	25 de setiembre	Tras un período de grave crisis Gabriel García Moreno consolida la unidad nacional con la toma de Guayaquil e inicia su enérgica y constructiva acción de gobierno
1869	16 de agosto	Terremoto de Ibarra. Nuevos daños en Quito
1870	3 de octubre	Inicia clases la Escuela Politécnica de García Moreno
1874	25 de marzo	En la catedral de Quito es consagrado el Ecuador al Corazón de Jesús
1875	3 de junio	Primera iluminación eléctrica en Quito
	6 de agosto	Asesinato de García Moreno en Quito
1877	26 de junio	Nueva erupción del Cotopaxi. Lluvia de cenizas en Quito
1883	10 de enero	Las fuerzas de oposición al dictador Veintemilla toman la ciudad de Quito
	25 de julio	Se inaugura el Teatro «Sucre»
1884	9 de julio	Primer telegrama entre Guayaquil y Quito
1892	junio	Exposición internacional en Quito por el IV Centenario del Descubrimiento de América
1895	4 de setiembre	Entra en Quito, tras vencer en la batalla de Gatazo, el caudillo liberal general Eloy Alfaro y da inicio a su progresista obra de gobierno
	diciembre	Se instala el servicio de luz eléctrica en las calles de Quito
1900	26 de abril	Alfaro restablece el Conservatorio Nacional de Música fundado por García Moreno

1904	24 de mayo	Plaza restablece la Escuela de Bellas Artes fundada por García Moreno
1906	1 de enero	Se funda el diario *El Comercio*
	11 de abril	Se funda el Banco del Pichincha
	20 de abril	Milagro de la Dolorosa del Colegio
1908	17 de junio	Llega a Quito el ferrocarril, obra iniciada por García Moreno y terminada por Alfaro
1909	24 de julio	González Suárez funda la Academia Nacional de Historia
	10 de agosto	Gran Exposición Internacional por el centenario de la independencia. Se inaugura la Estatua de la Libertad en la plaza Mayor
1912	28 de enero	Asesinato en Quito de Eloy Alfaro y siete de sus tenientes
1913	1 de agosto	Se funda el diario *El Día*
1914	12 de abril	Se funda el Teatro «Variedades»
	8 de octubre	Comienzan a circular los tranvías eléctricos
1919	25 de julio	Sismo con daños en Tambillo y Uyumbicho
1920	28 de noviembre	Aterriza en Quito el primer avión, en vuelo con escalas desde Guayaquil
1922	24 de mayo	Se inaugura en la Cima de la Libertad el Obelisco conmemorativo de la batalla del Pichincha
1927	4 de marzo	Se funda el Banco Central del Ecuador
1931	15 de diciembre	Comienza a funcionar la Radiodifusora HCJB
1932	29 de agosto	Se inicia la sangrienta y fratricida «guerra de los cuatro días»
1933	15 de abril	Se inaugura el Teatro «Bolívar»
1934	6 de diciembre	Quito celebra el IV Centenario de su fundación hispana
1935	25 de julio	Se inaugura el Monumento al Libertador Simón Bolívar
1938	9 de agosto	Terremoto en los Chillos, daños en Quito
1943	11 de noviembre	El presidente Arroyo del Río funda el Instituto Cultural Ecuatoriano, luego transformado, el 9 de agosto de 1944, en Casa de la Cultura Ecuatoriana por Decreto Supremo de Velasco Ibarra
1944	15 de setiembre	Terremoto de Pastocalle, con efectos en Quito
1945	27 de abril	El Municipio aprueba definitivamente el Primer Plan Regulador de la Ciudad

1946	4 de noviembre	Comienza a funcionar la Universidad Católica
1949	5 de agosto	Terremoto de Ambato, temblores en Quito
1950	29 de noviembre	Censo Nacional de Población
1956	2 de mayo	Se funda la Orquesta Sinfónica Nacional
1976	8 de setiembre	La UNESCO declara a Quito «Patrimonio Cultural de la Humanidad»
1980	11 de mayo	El rey Juan Carlos I de España llega a Quito en visita oficial
1985	29 de enero	El papa Juan Pablo II llega a Quito en visita pastoral
1987	5 de marzo	Terremoto en la Región Oriental, daños en Quito
1990	10 de agosto	Terremoto en Pomasqui y Malchinguí, daños en Quito
	15 de noviembre	V Censo Nacional de Población y IV de Vivienda. Quito, con más de 300.000 viviendas y más de un millón de habitantes

BIOGRAFÍAS

Quitumbe: fundador mítico de Quito (¿hacia 2000 a. C.?).

Huayna Cápac: Emperador inca del Tawantinsuyu, nacido en Tomebamba y muerto en Quito, cuya comarca conquistó y donde residió sus últimos años. Al morir dividió el Imperio entre sus hijos Atahualpa y Huáscar, a quienes legó respectivamente el Quito y el Cuzco.

Atahualpa (¿1500?-1533): Último monarca del Tawantinsuyu, nacido en Quito. Venció a su hermano Huáscar pero en Cajamarca cayó prisionero de Francisco Pizarro. Fue ejecutado, tras sumarísimo juicio, pese al áureo rescate pagado por su libertad.

Rumiñahui (¿1500?-1535): Uno de los grandes generales de Atahualpa. Rescató el cadáver del Inca y se retiró al Quito, donde organizó tenaz resistencia contra Benalcázar. Prefirió incendiar la ciudad antes que entregarla a los conquistadores españoles. Apresado al fin, fue ejecutado.

Sebastián de Benalcázar (¿1490?-1551): Extremeño, uno de los jefes españoles en el golpe de mano de Cajamarca, conquistó primero el Reino de Quito y, luego de participar en las fundaciones de Quito y Guayaquil y avizorar El Dorado, exploró y conquistó buena parte del sur y centro de la actual Colombia, donde fundó Popayán, Cali y otras ciudades menores. Murió en Cartagena de Indias.

Fray Jodoco Ricke (1498-1578): Franciscano flamenco, nacido en Gante, evangelizó el Reino de Quito. Fundó en 1535 el Monasterio de San Francisco y sembró el primer trigo en el Ecuador. Estableció los primeros centros educativos para los indígenas. Murió en Popayán.

Pedro Vicente Maldonado (1694-1748): Cartógrafo quitense nacido en Riobamba. Colaboró con los académicos franceses y cursó con La Condamine el río Amazonas, repitiendo la hazaña de Orellana que lo descubrió en 1542 partiendo desde Quito. Trazó el primer mapa del actual Ecuador. Miembro de la Academia de Ciencias de París y de la Royal Society, murió en Londres.

Juan de Velasco (1727-1792): Jesuita quitense nacido en Riobamba, desterrado por la Pragmática Sanción de Carlos III. Vivió sus últimos años en Faenza (Italia), donde murió. Es el mayor polígrafo ecuatoriano del siglo XVIII, naturalista, historiador y cartógrafo. Escribió, entre otras obras, la célebre *Historia del reino de Quito en la América meridional.*

Eugenio Espejo (1747-1795): Nació y murió en Quito. Precursor de la Independencia americana. Doctorado en derecho, cánones y medicina, pese a su humilde origen mestizo. Desterrado a Bogotá, leyó allí su «Discurso sobre la Escuela de la Concordia». Autor de varios libros, fundador del primer periódico, secretario de los «Amigos del País» y bibliotecario público, reducido a prisión sólo salió para morir.

Barón Luis Héctor de Carondelet (1748-1807): De antigua y noble familia belga, vinculada a España, se enroló en la milica, combatió en Argel y Panzacola, gobernó San Salvador y la Luisiana y en 1797 fue nombrado XXIX presidente del Quito, donde murió tras fecundas y notables obras.

José de Cuero y Caicedo (1739-1815): Nació en Cali, teólogo y abogado por las universidades quiteñas de San Gregorio y Santo Tomás, rector de ésta. Ya obispo de Quito participó en la I Junta libertaria, defendió a los insurgentes el 2 de agosto de 1810 y en la II Junta llegó a ser presidente del Estado de Quito. Fue desterrado a Lima, donde murió.

Carlos Montúfar (1780-1816): Hijo del marqués de Selva Alegre que presidió la I Junta libertaria de Quito. Partícipe de las exploraciones científicas de Humboldt viajó con él a Europa. Militó en España y combatió en Bailén. Volvió a Quito, en calidad de Comisionado Regio. Cuando el virrey Abascal le declaró insurgente, comandó las fuerzas patriotas. Defendió Quito, tomada por Montes. Ya general venció en El Palo. Derrotado y prisionero en la Cuchilla de Tambo, murió fusilado en Buga.

Antonio José de Sucre (1795-1830): Principal lugarteniente de Bolívar, nació en Cumaná (Venezuela). Luchó por la independencia desde muy joven y alcanzó los más altos grados militares por su valor, caballerosidad y talento. Venció en la batalla de Pichincha y libertó Quito. Acompañó a Bolívar al Perú, cuya libertad selló con la batalla de Ayacucho que le valió el titúlo de Gran Mariscal. Primer presidente de Bolivia, renunció y tornó a Quito donde contrajo matrimonio. Venció en Tarqui al mariscal La Mar, presidente del Perú. Presidió en Bogotá el Congreso Admirable. Murió asesinado en las montañas de Berruecos.

Gabriel García Moreo (1821-1875): Nació en Guayaquil. Dos veces presidente del Ecuador y uno de sus grandes constructores, gobernó doce años. Conservador en política, promovió con férrea energía la unidad y

disciplina del país, impulsó la enseñanza en especial científica, unició una red de vías de comunicación y comenzó el ferrocarril Guayaquil-Quito. Concordó con la Iglesia, defendió al Papado, consagró el Ecuador al Corazón de Jesús e impuso como requisito de ciudadanía las creencias católicas. Murió asesinado en Quito.

Eloy Alfaro (1842-1912): Nació en Montecristi (Manabí) y acaudilló la Revolución Liberal. Fue reconocido en su grado de general tras varios años como guerrillero. Dos veces presidente del Ecuador, al que gobernó 11 años, impuso el laicismo estatal y educativo y la ruptura con la Iglesia. Terminó el ferrocarril Guayaquil-Quito. Promovió la educación y consolidó el enunciado de libertades fundamentales. Murió asesinado en Quito junto con siete de sus adictos.

Federico González Suárez (1844-1817): Severo rector moral del Ecuador, nació en Quito. Ordenado sacerdote en Cuenca, escribió la historia del Ecuador desde sus orígenes hasta el fin de la época colonial. Obispo de Ibarra y arzobispo de Quito, patrocinó la no participación del clero en política, lo que le valió la oposición conservadora. Defendió la ortodoxia religiosa y los derechos de la Iglesia frente a la Revolución Liberal. Fundó la Academia Nacional de Historia. Murió en Quito.

Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950): Discípulo de González Suárez consagróse a investigar el pasado prehispánico del Ecuador. Director e ideólogo del Partido Conservador, fue candidato a la Presidencia de la República. Presidente del Municipio de Quito y alcalde de la ciudad, realizó vigorosa obra constructiva. Nació y murió en Quito.

José María Velasco Ibarra 1893-1979): Elocuente caudillo popular, cinco veces presidente de la República. Aunque sólo terminó un período, alcanzó a gobernar casi 13 años. Realizó amplia obra constructiva, particularmente en lo vial y educativo. Restableció las libertades de sufragio, enseñanza y militancia política. Nació y murió en Quito.

Galo Plaza Lasso (1906-1987): Propugnador e ideólogo de la democracia representativa, fue el primer presidente en terminar su período tras varios lustros de agitación política. Secretario general de la OEA y mediador de la ONU en varios conflictos internacionales. Nació en Nueva York y murió en Quito.

Camilo Ponce Enríquez (1912-1976): Fundador del Partido Social Cristiano, fue el primer católico militante en alcanzar el poder casi 60 años después de la Revolución Liberal. Su gobierno, de innegable eficacia, fue uno de los más fecundos en obras para el adelanto de la capital del Ecuador. Nació y murió en Quito.

[illegible] en especial científicas, artistas [illegible] Quito. [illegible] la Iglesia, defendió al Estado [illegible] Murió [illegible] en Quito.

Eloy Alfaro (1842-1912). Nació en Montecristi (Manabí) y acaudilló la Revolución Liberal. [illegible] Murió asesinado en Quito junto con otros de sus allegados.

Federico González Suárez (1844-1917). [illegible] Nació en Quito. [illegible] Murió en Quito.

Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950). [illegible]

José María Velasco Ibarra (1893-1979). [illegible] Murió en Quito.

Galo Plaza Lasso (1906-1987). [illegible]

Camilo Ponce Enríquez (1912-1976). [illegible]

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Esta reseña se refiere sólo a los estudios básicos sobre Quito, como orientación para quienes deseen un mejor conocimiento de la capital de la República del Ecuador, en la América del Sur.

I. Geografía

T. Wolf, *Geografía y geología del Ecuador* (1892), Quito, 1976.

Obra clásica. Su autor, el sabio ex jesuita alemán, profesor de la Politécnica de García Moreno, recorrió sistemáticamente todo el territorio ecuatoriano. Sus observaciones sobre Quito y su provincia son fundamentales.

Merecen también mención los siguientes estudios:

M. Acosta Solís, *Los recursos naturales del Ecuador y su conservación,* México, 1985.

L. Andrade Marín, *Una monografía de la provincia de Pichincha,* Quito, 1946.

M. Bustamante y V. M. Madrid, *Monografía de la provincia de Pichincha,* Quito, 1952.

P. Naranjo, *El clima del Ecuador,* Quito, 1981.

J. Salvador Lara, «La provincia de Pichincha», *Manual de Información de la República del Ecuador,* vol. III, Madrid, 1980.

G. Segarra, «Monografía de la provincia de Pichincha», *Libro de la ciudad de San Francisco de Quito,* Quito, 1951.

F. Terán, *Geografía e hidrografía de la hoya del Guayllabamba,* México, 1962.

El más importante estudio monográfico sobre la geografía de la hoya de Quito por uno de los más destacados geógrafos de los últimos tiempos.

II. Historias generales

Las historias generales de la República del Ecuador son fuente obligada para todo estudio sobre Quito. Las que principalmente hemos utilizado son las siguientes:

E. Ayala Mora, (ed.), *Nueva historia del Ecuador,* 11 vols., Quito, 1988-1990.

Valiosa reinterpretación de la historia ecuatoriana desde puntos de vista socioeconómicos, por un equipo de jóvenes escritores. El proyecto contempla 15 vols.

F. González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador* (1890-1894), 3 vols., Quito, 1969.

Por la belleza de estilo y la profundidad de la investigación esta obra fue reconocida desde el primer momento como clásica en la historiografía ecuatoriana. Aunque sólo llega hasta comienzos del siglo XIX, sigue siendo básica para conocer el Quito colonial.

J. Salvador Lara, (director científico), *Historia del Ecuador,* 8 vols., Quito-Barcelona, 1980-1982, ed. Salvat Ecuatoriana.

Esta obra, ampliamente ilustrada a todo color, constituyó el primer intento de trabajo en equipo (colaboraron en ella más de 50 especialistas) para una revisión moderna y completa de la historia general del país.

J. M. Vargas, O. P., *Historia del Ecuador. Siglo XVI,* Quito, 1977.

——, *Historia del Ecuador. Siglo XVII,* Quito, 1980.

Asiduo investigador de múltiples aspectos de la historia nacional, en estos volúmenes, basados en la documentación del Archivo General de Indias constante en la Colección Vacas Galindo confiada a su cuidado, el padre Vargas nos dio una visión profunda, completa y novedosa sobre los dos primeros siglos del Quito hispánico.

J. de Velasco, *Historia del Reino de Quito en la América meridional* (1789), 2 vols., Quito, 1960.

Otro clásico de la historiografía ecuatoriana. No obstante las precarias condiciones en que fuera escrita en Faenza (Italia) a fines del siglo XVIII, su autor, jesuita expulso, utilizó la más avanzada metodología científica de la época. La obra es verdadera enciclopedia sobre lo que se sabía del Reino y ciudad de Quito. Pese a continuados embates de algunos cultores modernos de las disciplinas que él abarcó, ha mantenido su condición de fuente ineludible sobre el pasado quitense.

III. Historias particulares de Quito

Muchos trabajos se han consagrado al pasado de la ciudad de Quito en todos sus aspectos. Merecen especial mención:

L. Andrade Marin, «Reminiscencias», en E. Enríquez, *Quito a través de los siglos,* I, Quito, 1938.

El autor fue acucioso investigador del pasado quiteño, particularmente sobre el lapso de transición entre los últimos decenios prehispánicos y el comienzo de la conquista española.

I. J. Barrera, *Quito colonial. Siglo XVIII. Comienzos del XIX (1922),* México, 1971.

Uno de los primeros y sugestivos ensayos en el presente siglo para revalorizar la importancia del Quito hispánico.

R. Descalzi, *La Real Audiencia de Quito, claustro en los Andes. Historia del Quito colonial,* 3 vols., Quito, 1978-1990.

Minucioso relato analítico de la vida de la capital ecuatoriana durante los siglos XVI y XVII.

E. Gangotena, ed., *El libro de la ciudad de San Francisco de Quito,* Quito, 1951.

P. Herrera, «Apuntes para la historia de Quito», en *Historiadores y críticos literarios,* Quito, 1960.

Primer intento, a fines del siglo XIX, por recopilar datos para una historia documentada de la capital ecuatoriana.

F. Jurado Noboa, *I. Calles de Quito; II. Plazas y plazuelas de Quito,* Quito, 1989.

Prolija y documentada relación sobre la nomenclatura y vicisitudes de casas, calles y plazas.

IV. Prehistoria

Entre las múltiples fuentes sobre antropología y arqueología prehispánicas del área de Quito constan las valiosas aportaciones de R. Bell, E. Bonifaz, M. A. Carlucci, O. Holm, J. Jijón y Caamaño, C. M. Larrea, W. J. Mayer-Oakes, M. del C. Molestina, E. Salazar, A. Santiana, M. Uhle y M. Villalba. Por su visión de conjunto o singulares aportes recuérdense en especial los siguientes trabajos:

I. Cruz, ed., *Quito antes de Benalcázar,* Quito, 1988.
Valiosos informes preliminares sobre últimas excavaciones arqueológicas.

P. I. Porras, *Arqueología de Quito. I. Fase Cotocollao,* Quito, 1982.
J. Salvador Lara, «Quito en la prehistoria», *Revista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador,* 1, Quito, 1972.

V. Cronistas de Indias

Entre los cronistas de Indias, soldados y misioneros, que traen referencias sobre Quito, requieren especial mención Cieza, Gómara, Betanzos, Cabello Balboa, Montesinos, Vásquez de Espinosa, etc. Para un más detallado conocimiento del desarrollo de la ciudad, véanse las *Relaciones geográficas de Indias* publicadas por Jiménez de la Espada.

VI. Relatos de científicos y viajeros

Mencionemos a C. M. de la Condamine, J. Juan y A. de Ulloa, A. Humboldt y J. Kolberg. Importantes recopilaciones sobre el testimonio dejado por diferentes visitantes del Ecuador, con particulares referencias a Quito pueden hallarse en:

E. Enríquez, *Quito a través de los siglos,* 2 vols., Quito, 1938 y 1941.
A. D. Lara, *Viajeros franceses al Ecuador en el siglo XIX,* Quito, 1972.
H. Toscano, *El Ecuador visto por los extranjeros,* Quito, 1960.

VII. Historia de la Independencia

Para el capítulo IV el autor ha preferido resumir o utilizar partes de algunos de sus anteriores trabajos tales como:

J. Salvador Lara, *La Patria heroica. Ensayos críticos sobre la independencia,* Quito, 1960.
——, «Trascendencia nacional y continental de la Batalla del Pichincha», *Boletín de la Academia Nacional de Historia,* 119, Quito, 1972.
——, *La revolución de Quito 1809-1822, según los primeros relatos e historias por autores extranjeros,* Quito, 1982.

VIII. Historia del Arte

Para las referencias en este campo se ha preferido a:

J. G. Navarro, *La escultura en el Ecuador (siglos XVI al XVIII),* Madrid, 1929.
——, *Artes plásticas ecuatorianas,* México, 1945.
——, *El arte en la provincia de Quito,* México, 1960.
——, *Guía artística de la ciudad de Quito,* Quito, 1961.

Descubridor de la trascendencia del arte quiteño, Navarro, internacionalmente reconocido, fue el más profundo de sus investigadores.

J. M. Vargas, O. P., *El arte ecuatoriano,* Quito, 1964.
——, *Historia de la cultura ecuatoriana,* Quito, 1965.
——, *Patrimonio artístico ecuatoriano,* Quito, 1967.

Continuador de la obra de Navarro, el padre Vargas fue un incansable estudioso de las artes en Quito e hizo al respecto numerosos aportes, todos de obligada consulta.

IX. Historia económica

La preocupación especializada sobre esta importante rama de la historia ha tenido cultores sólo en las últimas décadas. Entre la bibliografía básica mencionemos por su importancia especial:

C. Borchardt de Moreno, «El período colonial», S. Moreno (ed.), *Pichincha. Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana,* Quito, 1981.
C. Miño G. (ed.), *La economía colonial. Relaciones socio-económicas de la Real Audiencia de Quito,* Quito, 1984.

Importante recopilación precedida de un fundamental estudio por uno de los investigadores más serios de la nueva generación de historiadores ecuatorianos.

J. M. Vargas O. P., *La economía política del Ecuador durante la Colonia,* Quito, 1957.

Trascendental y pionero estudio sobre el desarrollo económico de la Audiencia de Quito, de obligada consulta y cita por quienes han continuado el estudio de este tema.

X. Urbanismo

F. Carrión, compilador, *El proceso urbano en el Ecuador,* Quito, 1987.
——, «El proceso urbano de Quito en su etapa metropolitana», *Quito,* Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1989.

El autor es actualmente director del Departamento Municipal de Planificación, función desde la cual ha comenzado a poner en práctica algunas de las valiosas sugerencias que como estudioso y teórico del urbanismo hiciera anteriormente.

M. A. Fernández, «Quito, crecimiento y dinámica de una ciudad andina», *Revista Geográfica,* 110, IPGH, México, 1989.
N. Gómez, *El área metropolitana de Quito. Estudio de geografía urbana,* Quito, 1977.
——, *Quito y su desarrollo urbano,* Quito, s/f.

Valiosos y metódicos estudios sobre la expansión de la capital ecuatoriana realizados por un geógrafo urbanista.

J. M. González de Balcárcel, *Restauración monumental y puesta en valor de las ciudades americanas,* Barcelona, 1977.

Este importante libro, magníficamente ilustrado, viene a constituir el informe final del programa de preservación monumental de la OEA que escogió a Quito para su Plan Piloto.

Hardoy, J., y Dos Santos, M., *Centro histórico de Quito: preservación y desarrollo,* Quito, 1984.

Sintético pero fundamental estudio crítico sobre el centro de Quito y su dinámica, por dos caracterizados especialistas en preservación arquitectónica de las grandes ciudades iberoamericanas.

T. Paz y Miño, *Cartografía quiteña, apuntaciones para una geografía urbana de Quito,* México, 1960.

Valiosísimo estudio sobre el desarrollo espacial de Quito desde su fundación castellana.

XI. Quito en imágenes

No estaría completa esta breve reseña bibliográfica si no se hiciera mención de algunos de los importantes álbumes fotográficos de Quito, que han contribuido a difundir la fama de singular belleza con que se aureola la capital del Ecuador.

C. de la Torre R. y S. Montes V., *Tesoros de Quito,* Bogotá, 1990.

El más reciente de los álbumes sobre la capital ecuatoriana, bellamente editado a todo color, con estupendas fotografías de Montes y castizo texto de De la Torre.

E. la Orden M., *Elogio de Quito,* Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1975.

Colección de admirables fotografías a color y en blanco y negro, muchas de ellas del propio autor del texto introductorio integrado por un conjunto de prosas poéticas, verdaderos madrigales de homenaje y amor a Quito por este diplomático español de grata recordación.

V. Llamazares, J. Benavides, F. Carrión y J. Salvador Lara, *Quito.* Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1989.

Dinámica colección de excelentes fotografías a color precedida por tres estudios, uno de ellos «Quito, la ciudad santa de los Hijos del Sol», por el autor de este libro, y

H. Merino y A. Moreno Proaño, Quito eterno, I. Iglesias y conventos, Quito, 1975; *II. El Quito de ayer y hoy,* Quito, 1976.

Bellas fotografías a color, poética declaración de amor a Quito por fray Agustín Moreno, O. F. M.

C. de la Torre R. y S. Montes V., *Tesoros de Quito*, Bogotá, 1990.

El más reciente de los álbumes sobre la capital ecuatoriana, bellamente editado a todo color, con espléndidas fotografías de Montes y escueto texto de De la Torre.

E. de Orden M., *Álbum de Quito*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1985.

Colección de admirables fotografías a color y en blanco y negro, muchas de ellas del propio autor del texto introductorio integrado por un conjunto de prosas poéticas, verdaderos madrigales de luminosa y dulce a Quito por este diplomático español de grata recordación.

V. Llamazares, J. Fernández, J. Carrera y J. Salvador Lara, *Quito*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1989.

Dinámica colección de excelentes fotografías a color precedida por tres estudios, uno de ellos «Quito, la ciudad santa de los hijos del Sol», por el autor de este libro.

H. Moreno y A. Moreno Proaño, *Quito eterno*, I. *Iglesias y conventos*, Quito, 1975; II. *El Quito de ayer y hoy*, Quito, 1976.

Bellas fotografías a color, precedidas con devoción de amor a Quito por fray Agustín Moreno, O.F.M.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO





Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Quito*, de Jorge Salvador Lara, forma parte de la Colección «Ciudades de Iberoamérica», dirigida por el profesor Manuel Lucena, Catedrático de Historia de América de la Universidad de Alcalá de Henares.

COLECCIÓN CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

- Río de Janeiro.
- Caracas.
- São Paulo.
- Lima.
- Quito.

En preparación:

- Ciudades precolombinas.
- La fundación de las ciudades hispanoamericanas.
- Barcelona.
- Lisboa.
- Manila.
- México.
- Sevilla.
- Buenos Aires.
- La Habana.
- Bogotá.
- Santiago de Chile.
- Madrid.
- Procesos de urbanización y modelos de ocupación del espacio en América del Sur.
- El impacto de la urbanización de los centros históricos de América Latina.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



EDITORIAL
MAPFRE